BIBLIOTECA

DE

ESCRITORES GRANADINOS.

XIX
1351

BIBLIOTECA

DE

ESCRITORES GRANADINOS,

DESDE LA CIVILIZACION ÁRABE HASTA NUESTROS DIAS.

MONUMENTO ELEVADO

A LAS GLORIAS DE LAS LETRAS PATRIAS

POR LA INICIATIVA Y BAJO LA PROTECCION DEL

EXCMO. SR. D. JOSÉ GUTIERREZ DE LA VEGA,

EX-GOBERNADOR DE GRANADA, Y GOBERNADOR DE MADRID.

OBRAS DE D. DIEGO HURTADO DE MENDOZA,

COLECCIONADAS POR

D. NICOLÁS DEL PASO Y DELGADO.

TOMO PRIMERO.

GRANADA.
IMPRENTA DE EL PORVENIR.
1864.

Rº 692

AL EXCMO. SR. D. JOSÉ GUTIERREZ DE LA VEGA,

CABALLERO DE VARIAS ÓRDENES NACIONALES Y EXTRANJERAS, INDIVIDUO DE MUCHAS SOCIEDADES CIENTÍFICAS Y LITERARIAS DE EUROPA, EX-DIPUTADO Á CÓRTES, EX-GOBERNADOR DE LA PROVINCIA DE GRANADA, ACTUAL GOBERNADOR DE LA DE MADRID, ETC. ETC. ETC.

EXCMO. SR.:

V. E. con su poderosa iniciativa, con su inquebrantable fé, con su decidido amor por la literatura patria, de la que es uno de sus mas dignos representantes, nos trajo el felicísimo pensamiento de publicar coleccionadas las obras de nuestros escritores, levantando así un monumento glorioso á la memoria de los mas ilustres hijos de Granada. Alentonos V. E. con el calor de su entusiasmo: nos ayudó con su esperiencia, proteccion y consejos, y, gracias á una cooperacion tan eficaz como ilustrada, el pensamiento de V. E. se vé hoy realizado, sino con el merecido acierto, con el empeño y buen deseo de que es digno por su grandeza.

La gloria es de V. E.: así lo comprendió la Junta congregada para escuchar de labios de V. E. la esplanacion

del pensamiento hoy convertido en hecho, al acordar que estas ediciones se dedicaran á su dignísimo promovedor, como una prueba de entusiasmo, de gratitud y de cariño: así lo ha comprendido esta Provincia y la Nacion entera, y así lo reconoce y confiesa el que suscribe, al llevar á cabo en estos desaliñados renglones, como editor de la obra, el acuerdo tomado en la memorable noche del 21 de Marzo del presente año.

Dígnese, pues, V. E., aceptar la dedicatoria que de esta BIBLIOTECA le ofrecemos, como una muestra de la gratitud de que son deudores los hijos de Granada al iniciador y protector de tan glorioso como patriótico pensamiento.

EXCMO. SR.,

EDUARDO DE LOS REYES.

EL EDITOR.

El Sr. D. Nicolás del Paso y Delgado, colector del presente tomo, ha querido asociar su nombre á la publicacion de la BIBLIOTECA, de una manera conforme á su ilustracion y generosidad. Á pesar de su absoluta escasez de tiempo, que todo tiene que dedicarlo á las graves atenciones del foro y de la cátedra, ha llevado á cabo este trabajo rehusando toda retribucion, y cediéndola en beneficio de los muchos sacrificios que he tenido que hacer para llevar á cabo la obra que con tanto empeño se trata de realizar.

Al consignarlo así, quiero dar al Sr. Paso y Delgado un público testimonio de aprecio y de gratitud, tanto mas merecido, cuanto mas raros son estos ejemplos de abnegacion y de desinterés, para protejer y alentar las letras patrias, harto decaidas, por desgracia, en nuestros tiempos.

E. DE LOS REYES.

EXPEDIENTE FORMADO POR ÓRDEN DEL EXCMO. SR. D. JOSÉ GUTIERREZ DE LA VEGA, EN LA SECRETARÍA DEL GOBIERNO CIVIL DE ESTA PROVINCIA, PARA REALIZAR EL PENSAMIENTO DE PUBLICAR LA BIBLIOTECA DE ESCRITORES GRANADINOS, DESDE LA CIVILIZACION ÁRABE HASTA NUESTROS DIAS.

ACTA PRIMERA.

En la ciudad de Granada á veinte y uno de Marzo de mil ochocientos sesenta y cuatro, en el despacho del Señor D. José Gutierrez de la Vega, Gobernador civil de la Provincia, prévia su invitacion, se reunieron los Señores D. Nicolás de Paso y Delgado, Doctor en Jurisprudencia, Catedrático de la Universidad literaria de esta ciudad y Presidente de la Academia de bellas artes; D. José Salvador de Salvador, D. Isidoro Lora y D. Antonio Afan de Rivera, Licenciados en Jurisprudencia, y Académicos profesores de la de ciencias y Literatura del Liceo de esta capital; D. José Ramos Lopez, Doctor en Sagrada Teología y Canónigo de la Colegiata del Sacromonte; D. Rafael Contreras, restaurador del Real Palacio Árabe de la Alhambra; D. Leopoldo Eguílaz, Licenciado en Leyes y en Letras, y Catedrático de esta Universidad; D. Francisco Fernandez Gonzalez, Doctor en Letras y Catedrático de literatura; D. Pedro Gamez, Abogado y Síndico del Ayuntamiento de esta ciudad; D. Manuel de Góngora y Martinez, Doctor en Letras, Catedrático de la misma facultad é Inspector de antigüedades de esta

provincia y de la de Jaen; D. Francisco Pagés Collantes, Doctor en Teología, Cura propio de San Justo y Pastor; D. José de Somoza y Llanos, Doctor en Letras y Catedrático en dicha facultad; D. Eduardo de los Reyes, Director del periódico «El Porvenir;» D. Francisco Javier Simonet, Doctor en Letras y Catedrático de lengua Árabe; D. Aureliano Ruiz, Director de la revista literaria «El Paraiso;» D. Francisco Rodriguez, Director del periódico «El Eco Granadino;» D. Francisco Bermudez de Cañas, Doctor en Teología y Canónigo del Sacromonte; D. Francisco Javier Cóbos, redactor del periódico «El Porvenir,» y el infrascrito Secretario, que lo es tambien de este Gobierno de provincia, Doctor en derecho civil y Canónico.

El Señor Gobernador usó de la palabra y manifestó: que desde su venida á esta Ciudad para ocupar el alto puesto con que S. M. se habia dignado honrarle, ante el recuerdo de tantos esclarecidos ingenios granadinos que han florecido en el mundo literario dando timbres de gloria á las letras Españolas, de tantos insignes escritores en ciencias y letras que forman un brillante y numeroso catálogo desde la civilizacion árabe hasta nuestros dias, concibió la idea de alzar un monumento de respeto á su memoria y de honra para las letras granadinas. Que los libros donde encierran tesoros las ciencias y la literatura no deben vivir en el olvido, ignorados de la generalidad y patrimonio exclusivo de algunas pocas personas dedicadas al estudio de las letras; que la propagacion de esos libros es un poderoso gérmen de cultura para la Sociedad moderna, y que al propagarlas hoy, pagariamos sagrada deuda de gratitud á los que ayer contribuyeron con su talento y sus trabajos á la magnífica obra de la civilizacion actual: que el mérito de nuestros poetas, historia-

dores, filósofos, teólogos, canonistas y gramáticos que desde la edad Média cultivaron los ramos del saber humano, habia conquistado á sus nombres la fama imperedera que perpetúa la memoria de los sabios y de los héroes, pero que diseminados sus escritos, incompleta la publicacion de algunos, inéditos otros, é ignorados muchos, el respeto á la memoria de tantos distinguidos escritores, el amor al pais que los ha visto nacer, y á las glorias granadinas que son glorias españolas, imponen el deber de difundirlos, publicando una *Biblioteca de Escritores Granadinos desde la civilizacion árabe hasta nuestros dias*; que ha reunido algunas de las personas mas ilustradas de esta Ciudad por sus trabajos literarios ó su aficion á ellos, en la imposibilidad de reunirlas á todas, pero con el propósito de que se entienda que se dirige á todos los escritores y á todos los amantes de las letras y de las glorias patrias; que les comunica su pensamiento; que les ruega lo acepten y espera lo harán suyo para llevarlo á cabo; que su realizacion será honrosa para todos; que á ella contribuirá con sus poderosos medios, y para conseguirlo hará un llamamiento á todas las eminencias políticas, literarias y científicas del pais, como lo hace á las respetables personas á quienes ha invitado para que se encarguen de realizar el pensamiento, contando con su mas decidida cooperacion, mientras sea necesaria, para superar cuantos obstáculos se ofrezcan.

A seguida, para contestar, usó de la palabra el Señor D. Nicolás de Paso y Delgado y expuso que participando del entusiasmo que en todos habia producido la iniciacion de la idea altamente laudable y gloriosa, concebida por el Señor Gobernador, é interpretando los sentimientos de que todos se encontraban animados en aquel instante, empezaba reconociendo la inmensa importancia del pen-

samiento que se les acababa de revelar; manifestaba la mas profunda gratitud al Señor Gobernador en nombre de la reunion y en nombre de Granada, por su conducta eminentemente patriótica, así como por la honra confiada á las personas reunidas, al encomendarles la egecucion de tan laudable idea, obra superior á sus fuerzas, pero que acometerian llenos de fe y de confianza contando con la eficacia y poderosa ayuda del mismo Señor Gobernador.

Los Señores concurrentes acordaron unánime y espontáneamente que se consignase en el acta de la reunion, un solemne voto de gracias al Sr. D. José Gutierrez de la Vega, por haber iniciado tan noble pensamiento, que ha de ser fecundo en brillantes resultados para las letras granadinas: que se dedique la BIBLIOTECA á su iniciador y protector, en demostracion de la gratitud de que le son deudores los hijos de Granada, y que conste en la portada de todos los volúmenes, que la BIBLIOTECA se publica por la iniciativa y bajo la proteccion del mismo Sr. D. José Gutierrez de la Vega; que se extendiese acta por el Secretario del Gobierno de la reunion celebrada, para que formándose expediente en las oficinas del Gobierno de la provincia se conserve en ella memoria de que el actual Señor Gobernador ha sido el autor é iniciador del pensamiento que se trata de realizar, y quede recomendada á sus sucesores la proteccion y ayuda á la BIBLIOTECA DE ESCRITORES GRANADINOS.

Tambien se acordó nombrar una comision gestora para dar los primeros pasos en la realizacion de la idea concebida é iniciada, y al efecto fueron designados los Señores D. Nicolás de Paso y Delgado, D. Pedro Gamez, D. José Ramos Lopez, D. José Salvador de Salvador, D. Isidoro Lora, D. Francisco Bermudez de Cañas, Don

Rafael Contreras, D. Francisco Rodriguez, D. Francisco Javier Cóbos y D. Aureliano Ruiz, con el carácter este de Vocal Secretario, cuya comision se ocuparia asíduamente de los preliminares indispensables para la publicacion de la BIBLIOTECA, y propondria en las Sesiones inmediatas los medios convenientes al efecto.

A la una de la noche terminó la Sesion, y cumpliendo con lo acordado en ella se estendió acta de la misma de que certifico.—José Sanchez de Molina.

ACTA SEGUNDA.

En la ciudad de Granada á diez de Julio de mil ochocientos sesenta y cuatro, se reunieron en el despacho del Sr. D. José Gutierrez de la Vega, Gobernador civil de esta provincia, los Sres. D. Nicolás de Paso y Delgado, D. Pedro Gamez, D. Francisco Pagés, D. Isidoro Lora, D. Eduardo de los Reyes, D. José Salvador de Salvador, D. Francisco Javier Cóbos y el infrascripto como Secretario de la nueva comision nombrada en la última reunion general para llevar á efecto la publicacion de la BIBLIOTECA DE ESCRITORES GRANADINOS.

Por la comision se dió cuenta de las numerosas reuniones generales que se habian celebrado para ver de vencer las dificultades graves que se oponian á la realizacion del pensamiento, por la falta de Editor que se encargase de la empresa, llegándose hasta el punto de considerar esta imposible é irrealizable y de abandonarla ya como muerta en manos del Señor Gobernador, quien volvió á

dar vida al moribundo pensamiento, haciéndolo posible y realizable tan pronto como habló con el Sr. D. Eduardo de los Reyes, el cual ofreció el Establecimiento tipográfico de su propiedad, comprometiéndose á ser Editor de la BIBLIOTECA y á realizar todo género de gastos que sean indispensables para su publicacion, cuyos compromisos ratificó espontáneamente ante la Comision.

Esta, en vista de la noble y desinteresada conducta del Sr. D. Eduardo de los Reyes, acordó darle las mas espresivas gracias.

El Vocal de la comision Sr. D. José Salvador de Salvador que habia recibido encargo de escribir el prospecto de la BIBLIOTECA, dió lectura de este documento, y acordó la comision se consignase en el acta la singular satisfaccion con que habia escuchado tan notable trabajo, que mereció por lo tanto la aprobacion de los concurrentes.

Se nombró una comision administrativa compuesta de los Sres. D. Francisco Pagés, D. Isidoro Lora y D. José Salvador de Salvador, para que asociados al Editor y al colector respectivo, velen é intervengan los intereses de la Empresa.

Se acordó, como bases de esta, que cada colector tendrá derecho á que deducidos los gastos materiales de su coleccion, se le entregue la mitad del producto que exceda de aquellos y que al efecto, en la Administracion, además de la cuenta general, se lleve otra particular con cada colector: que tambien se reservará á estos la propiedad de mitad de los ejemplares de su coleccion que no se expendan.

El Señor Gobernador manifestó que tenia una satisfaccion en haber vencido cuantas dificultades se presentaban para la realizacion de su pensamiento; que anunciada por el prospecto la publicacion de la BIBLIOTECA y próxima

á tener principio; organizada la Empresa con un Editor cuyo compromiso era garantía y seguridad de fecundos resultados; constituida la comision administrativa que habia de representar los intereses de todos los colectores y concertadas con el Editor las principales bases de la publicacion para garantir aquellos intereses, consideraba que su accion directa y hasta ahora tan necesaria debia cesar; que el pensamiento era ya realizable, y los colectores, la comision nombrada y el Editor, eran los llamados á completar y continuar su egecucion, siguiendo por su parte dispensando toda la proteccion de que es digna la BIBLIOTECA, recomendando la suscricion á todas las Corporaciones de la provincia y á todas las personas y Corporaciones distinguidas de fuera de ella; que la idea le habia pertenecido hasta entonces y en su egecucion habia intervenido directamente; pero en el momento en que se constituia una comision para la parte material en relacion directa con la parte literaria; en el momento en que la BIBLIOTECA iba á ser un hecho entre los colectores y el Editor y objeto de recíprocos derechos y obligaciones, el mismo élevado carácter oficial de que se encuentra investido y su propio decoro le alejan de una intervencion tan directa como hasta aquí, pero que moralmente permanecerá siempre unido á ella para protegerla, é impulsarla con todos los medios posibles y todo género de sacrificios.

La comision gestora, significó de nuevo al Sr. D. José Gutierrez de la Vega, que solo á su decidida y eficaz iniciativa se debia la realizacion de la honrosa idea concebida por él, y el reconocimiento y la gratitud de que le son desde hoy deudores las letras y las glorias Granadinas; y que contando siempre con su decidida y eficaz ayuda, le ofrecia continuar realizando su digno y elevado pensamiento.

El Señor Gobernador ofreció tambien invitar próximamente á las primeras Autoridades de la provincia y Jefes de Corporaciones científicas y literarias, á una reunion en la cual excitaria su patriotismo para la propagacion de la *Biblioteca*, y terminó la Sesion, de que certifico.—José Sanchez de Molina.

(PROSPECTO CITADO EN EL ACTA ANTERIOR.)

BIBLIOTECA DE ESCRITORES GRANADINOS

DESDE LA CIVILIZACION ÁRABE HASTA NUESTROS DIAS. MONUMENTO ELEVADO Á LAS GLORIAS DE LAS LETRAS PATRIAS POR LA INICIATIVA Y BAJO LA PROTECCION DEL SR. D. JOSÉ GUTIERREZ DE LA VEGA, GOBERNADOR DE GRANADA.

PROSPECTO.

Derecho y privilegio tienen los genios superiores que sobresalen entre los demás hombre de cada siglo por su sabiduría ó su valor, de vivir en la memoria de las edades futuras y de recibir de ellas vehemente y duradero tributo de admiracion respetuosa. Por su ciencia los unos, y los otros por su hazañas, son fuertes eslabones de la cadena intelectual y heróica de los pueblos, que, al recoger su alta enseñanza como provechosa herencia, ó el fruto de sus animosos sacrificios como social legado, contraen sagrados deberes de gratitud que rara vez dejan de cumplir con entusiasmo generoso y soberana justicia.

Pero entre las obras de unos y otros genios existe, en nuestro sentir, una esencial diferencia. Las de los primeros son al espíritu de los pueblos, lo que la sávia á la vida vegetal; mientras que las de los segundos se dirigen á impulsar y modificar las condiciones y desenvolvimiento de la existencia de los mismos pueblos, como el cultivo de

los arbustos aumenta su fuerza productora y altera sus formas y el sabor originario de sus frutos. Los unos son la luz y el movimiento los otros: aquellos la inteligencia, el alma de las generaciones, y estos su sentimiento y su corazon; los héroes de la ciencia reciben del cielo, por favor divino, la idea fecunda, y son, por decirlo así, la voluntad de la especie humana: los héroes del valor reciben de la naturaleza la fuerza y la sangre que prodigan por la gloria de las Naciones de que son brazo y espada.

Hay tambien otros genios (los mas augustos y conspicuos), á quienes el mundo llama santos, héroes de la virtud inmaculada.

Para estos tienen la ciencia, el valor y el juicio universal de las gentes, veneracion y altares; para aquellos, aplausos y coronas, himnos y estatuas. Todos los pueblos rinden el debido culto á esas tres clases de genios extraordinarios, en la justa medida de su mérito, y los que no lo hagan darán triste prueba de culpable abandono y mortal desidia.

El nuestro favorecido por Dios con cuanto constituye la grandeza de los mas célebres de la tierra, ha sido abundante venero de aquellas tres clases de espíritus predilectos. Consagrada está en sus magníficos templos la memoria de sus santos: grabada en su historia y en sus monumentos la fama de sus guerreros. ¡Á sus insignes sábios no ha levantado todavia un pedestal, ni dedicado una ofrenda, ni tejido una corona con las rosas fragrantes de sus perpétuos jardines!....

Remediar esta falta es nuestro propósito.

Principiamos por acusarnos de ella aunque nos disculpen muchas de las causas que eximen de igual responsabilidad á nuestros antecesores. Ni ellos tuvieron ni nosotros hemos tenido, hasta hoy, medios suficientes para realizar la noble empresa, y por eso ni la intentábamos, ni siquiera la concebiamos.

La oblacion mas significativa y gloriosa, la mas útil y elocuente será, sin duda alguna, la que mas directamente simbolice la gloria de los eminentes escritores hijos de nuestro suelo y padres de nuestra inteligencia; cuya pequeñez no les es imputable, y procede solo de nuestra propia inercia, ó de que nuestro entendimiento no basta á comprenderles é imitarles.

Tal consideramos el pensamiento de reunir y de publicar con escrupulosa correccion y ordenadas en forma de *Bibloteca*, las numerosas obras selectas que los escritores granadinos han producido desde la época de la civilizacion árabe hasta nuestros dias, precedidas de

apuntes biográficos y bibliográficos de sus autores, y de estudios comparativos de las ediciones conocidas, prefiriendo los textos mas genuinos y estimados por mejores, é incluyendo en esta novísima edicion los muchos manuscritos inéditos que yacen en el polvo de los archivos particulares, ó, cuando mas, se guardan, patrimonio exclusivo de las bibliotecas del Estado, como joyas de inestimable precio.

Concebido é iniciado y desenvuelto resueltamente este pensamiento por el Sr. D. José Gutierrez de la Vega, Gobernador civil de esta Provincia, ha sido aceptado por nosotros con gratitud y entusiasmo; nos hemos encargado de realizarle, y, más que de nuestros esfuerzos, de su valía y del apoyo que su autor nos ha ofrecido, esperamos el éxito de empresa tan árdua, que pocas en su género la igualarán y ninguna la aventajará en dificultades é importancia. Todo el honor de ella corresponde á su iniciador, y harto lo merece: á nosotros, por realizarla (si somos tan afortunados que lo conseguimos), nos contenta y satisface el reflejo de ese mismo honor, astro que despues nos bañará con sus lisonjeros rayos.

La patria de historiadores tan sagaces y eruditos como Hurtado de Mendoza, Mármol y Pedraza; de teólogos tan profundos como Fray Luis de Granada, Suarez y Loaysa; y de poetas tan clásicos é inspirados como Fray Luis de Leon, Mir de Amezcua y Martinez de la Rosa; la pátria cuna de varones tan renombrados en ciencias y bellas letras, doctos escriturarios, humanistas profundos, severos jurisconsultos, naturalistas aventajados, cronistas prolijos, maestros del buen decir y bardos sublimes, no podrá menos de regocijarse y de coadyuvar con todas sus facultades al logro del noble propósito que abrigamos, y que es, por sí mismo, el elogio mas completo y el homenaje mas distinguido que podemos tributar á las magníficas creaciones que han ido depositando con fecundidad prodigiosa en el templo de las letras, aquellos hombres ilustres, émulos de los mas celebrados en todas las edades.

Varios objetos de utilidad práctica (circunstancia que pesa mucho en la balanza de nuestra época) llenará la publicacion de la *Biblioteca de Escritores Granadinos desde la civilizacion árabe hasta nuestros dias*. Lo son la claridad y la igualdad de la edicion; la integridad del texto; la comodidad y baratura en la adquisicion de las obras; y la base, en fin, legítima y sólida que se echa para la formacion inmediata y urgente de bibliotecas municipales en todos los pueblos de la provincia; asunto de interés sumo para su ilustracion y verdadero

progreso en los órdenes moral y material, ahora que tanto se trabaja por perturbar hasta sus mas sencillas y arraigadas nociones del bien y del mal, de la verdad y del error, de la virtud y del vicio, del pecado y de la gracia.

Todas las clases sociales hallarán en esta *Biblioteca* saludable pasto intelectual, y recreo lícito y sabroso; porque los escritores granadinos han producido sazonada lectura en todos los ramos del saber humano y empleado las mas bellas formas de expresion que el habla castellana conoce. No rebaja el precio de sus obras la pasion adversa ó propicia que suele ofuscar la razon de los mas sesudos; ni la licencia maleante y peligrosa con que muchos autores festivos, á costa del pudor, arrancan sonrisas; ni el fanatismo servil é intolerante que condena sin dar tiempo al ánimo y partes proporcionadas á la razon y al sentimiento para que juzguen; ni la ligereza superficial y vana que degrada lo serio y elevado, sin entrañar lo profundo; ni la intencion laxa y transigente que todo lo otorga y nada recaba para la verdad, por el miedo hipócrita de aventurarla en la contienda. Nada, nada absolutamente de esto (muy comun por desgracia en otros famosos ingenios) encontrarán los lectores en la *Biblioteca* que anunciamos. El autor ascético de las *Postrimerías del hombre* y de la *Guia de pecadores:* el venerable profesor de filosofía en Segovia y de teología en Valladolid, Alcalá, Salamanca y Coimbra, cuyas obras sobre la materia forman autoridad, y entre todas su *Defensio catholicæ fidei contra anglicanæ sectæ autores*: el inspirado expositor del libro de Job, parafraseador de Virgilio, intérprete de Salomon, de David y de los Profetas y cantor de Dios en la *Contemplacion del Universo*: el historiador imparcial de la guerra granadina contra los moriscos, y de la conquista de Túnez, filósofo, traductor de Aristóteles, hábil diplomático, comentador político, esclarecido poeta y novelista: el concienzudo geógrafo del África y cronista de nuestras guerras con los infieles y de la rebelion del pueblo morisco quedado en este reino: el famosísimo Prelado, fundador de la antigua casa de Doctrina dotada con sus rentas é instituida en el Albaicin para enseñanza de los moros conversos; Padre del concilio Tridentino, en el cual resplandeció como sol brillante de la Iglesia Católica; apóstol evangélico en Estridonia, patria del gran Gerónimo, y autor de las *Constituciones Sinodales* del Arzobispado de Granada, vigentes todavia, á pesar de sus tres siglos de existencia: el monje austero cuyo sentimiento religioso le inspira *La subida del monte Carmelo*, la *Noche obscura del alma* y

la *Llama de amor viva:* la sierva de Dios, ilustre por su cuna y mucho mas aun por sus virtudes, que desde el fondo del claustro silencioso vuela en extásis poético á la confluencia de nuestros dos rios á llorar la muerte de su Padre y aumenta sus corrientes con el caudal de sus lágrimas; su ruido, con los gemidos de su corazon atribulado, y nuestro parnaso con sus églogas y canciones melancólicas, *El amor sencillo*, *Los Pastores y La Paloma del Altar;* y, en fin, todos los demás escritores selectos granadinos, brillan y descuellan por sus notorias condiciones de recto juicio, sana doctrina y diccion culta y castiza. No hay, pues, peligro alguno en extender y facilitar su estudio á todas las personas que en él busquen la ilustracion y deleite del entendimiento. Seguramente que los hallarán en las fuentes que á su sed abrimos: no se agotarán por muchos que sean los que beban de sus aguas; por que sus manantiales se surten de ideas, que en vez de extinguirse al ser bebidas, se engrandecen y multiplican. Y ¿qué mas honesto solaz puede codiciar el hombre con que dulcificar los desabrimientos y dolores de la vida? Fuéra de los consuelos que la religion le ofrece en este valle de lágrimas, ¿cuáles otros encontrará mas dulces y eficaces?

Es necesario, por lo mismo, que Granada y su extensa provincia acojan benevolentes y ayuden generosas nuestra empresa, para que podamos darla cima; en lo cual recibirán debido homenaje las pasadas generaciones, honra la presente y tesoros literarios las futuras, y sin lo cual todos los obligados, escritores y patricios, seguiremos en deuda con nuestros ilustres maestros, y responsables, ante ellos y la posteridad, de tamaña incuria y tan ingrato desapego.

Encarecer mas las importantes consecuencias de la publicacion de la *Biblioteca de Escritores Granadinos* sería redundante é inútil. Su mero anuncio ha sido saludado como un gran acontecimiento por la prensa de toda la península y por los mas caracterizados representantes de las letras españolas. Su aparicion (que del público favor depende), síntoma será de que los pueblos primeramente interesados acuden á enaltecer su propia gloria. Por el contrario, la nulidad de nuestros esfuerzos, la negacion de ese público favor, el fracaso de nuestras esperanzas, significarán el menosprecio á nuestros mayores y á nuestra grandeza de ellos heredada, y que cerramos ojos y oidos á la voz del deber, ó que la indiferencia mas reprensible nos ensordece y ciega, apartándonos de las vias llanas y amenas del verdadero progreso, tan decantado como apetecido, con tal de que sin nuestra cooperacion se verifique.

Doloroso será el desengaño, y no esperamos recibirlo. Confianza plena tenemos en que la provincia de Granada y todas las de España responderán á nuestro llamamiento, segun sus respectivas fuerzas y el interés que deba inspirarles la realizacion de nuestra difícil empresa. Si tal sucede: si la provincia de Granada contesta á nuestros trabajos con su auxilio, comprendiendo bien que á su propia gloria contribuye: si la culta nacion española entiende, como nosotros, que el esplendor literario y artístico de uno solo de sus hijos, diadema honorífica es que ella se ciñe: si todas y cada una de las fuerzas que necesitamos y pedimos, concurren al triunfo de nuestro propósito; nosotros, llenos de inquebrantable fé, persistiremos en él hasta conseguir las nobles aspiraciones de nuestro corazon y dar cima á la obra, con tan lisonjeros auspicios emprendida.

Prevenidos y prontos estamos para ella: el tiempo dirá (y no ha de menester largo plazo) si fundamos en sólida base nuestra esperanza.

Daremos principio á la *Biblioteca* con las obras del insigne historiador, novelista y poeta D. Diego Hurtado de Mendoza: seguiremos publicando las del R. P. Fray Luis de Granada; las de D. Francisco Bermudez de Pedraza; del cisne religioso y doctísimo maestro Fray Luis de Leon y demás escritores hijos de nuestra ciudad querida y de su antiguo reino, ó que tales puedan considerarse, porque aquí se formaron ó lucieron con destello vivo su talento, su genio y su inteligencia. No se nos oculta la conveniencia y perfeccion que tendria nuestro trabajo si guardásemos en él rigoroso órden cronológico; mas para así proceder habríamos de tardar todavía en comenzar á darle á luz mas tiempo del que su oportunidad y nuestro vehemente deseo reclaman, porque sería preciso inaugurarle con las obras de autores árabes y rabínicos, cuya version y publicacion imponen labor mas larga y dificultades de árdua solucion en los primeros dias de nuestro dificilísimo trabajo. Alternarán, sin embargo, con los escritores cristianos, y no se harán esperar mucho tiempo, la historia de los reyes nazaritas de Granada, que ha por título *El esplendor de la luna llena* y fué escrita por Mohammed Ebn Aljathib, eminente poeta, historiador político y filósofo granadino; el *Regalo de las almas y clámide de los habitantes del Andaluz*, obra histórico-militar por Ebn Hodzail, y otras muchas de igual mérito, buscadas y no halladas, y deleite exclusivo hasta ahora de contados y distinguidos orientalistas.

Al propio tiempo se irán preparando los escritos mas notables de los arabistas, historiadores y geógrafos del reino granadino en los pri-

meros años de su conquista por los Sres. Reyes Católicos, para que formen en su dia debido y necesario eslabon entre el período árabe y la edad moderna; y como la numeracion de los tomos de la *Biblioteca* se referirá á los de cada obra que conste de mas de uno, la colocacion ordenada de todos ellos quedará al cuidado de los suscritores, que hallarán datos para hacerla discretamente, antes en su ilustracion y después en la portada de cada libro.

Parécenos ya terminada la agradable mision de exponer nuestro pensamiento, y como la justicia no degenera ni se envilece por la abundancia de sus homenajes, reiteramos el mas cumplido de nuestra gratitud al Sr. D. José Gutierrez de la Vega que concibió aquel, nos le inspiró, hízole nuestro, nos ha guiado, animado y fortalecido hasta plantearle, y nos promete su eficaz cooperacion para desenvolverle y llevarle á cabo con tino y ventura. Excitamos á cuantos puedan ayudarnos con su ilustracion, para que se unan á nosotros, que á todos los que en tal caso se hallen recurrimos y á nadie rechazaremos que acuda á nuestra invitacion movido de buen espíritu y recta mira: damos las gracias á la bondadosa prensa española que ha otorgado sus simpatías al pensamiento, apenas traspiró vagamente formulado, y la rogamos que lo acoja y extienda hoy con su recomendacion respetable, si continúa estimando que la merece: confiamos en la culta mayoría de nuestros compatriotas que nos prestará su reclamado auxilio, sin el cual todo nuestro plan quedará reducido á sueño honroso y anhelo honrado; y, por último, nos damos el parabien por la parte que nos toca en la literaria tarea, aun cuando no se realizara por completo, pues, si así fuese, no habria de qué culparnos, y siempre hay gloria para los corazones entusiastas que, respondiendo al grito de la conciencia y llamamiento del deber, se conciertan y preparan para obedecerlo y cumplirlo.

Ahora bien, y como ligera reseña de la asombrosa fecundidad de nuestro suelo, jardin de ingenios admirables, casi olvidados por flores exóticas quizas de mas pálidos matices y de menor fragancia, vamos á apuntar los nombres de los escritores granadinos, ó que tal calificacion merecen porque á Granada cabe la dicha de que en ella floreciesen y brillasen. A la vez anotarémos el catálogo de los escritos de algunos de ellos, y ambos apuntes servirán de luz clara que ilumine el cuadro de nuestra pasada grandeza literaria, que nosotros nos proponemos solamente sacar de los rincones del abandono, sacudiéndole el polvo de los años y colgar en el rico museo de las letras españolas, del cual han venido á copiar y aprender las primeras inteligencias del mundo.

ESCRITORES ÁRABES.

Ebn Abdelhalim: historiador de África y España, autor de la historia *Alcarthás*, Granada, Siglo XIV.—Ebn Hodzail: historiador: escribió la notable obra histórico-militar titulada *Regalo de las almas y clámide de los habitantes del Andaluz*, id., Siglo id.—Mohammed Ebn Aljathib: poeta, historiador, político, orador, filósofo: cultivó todos los géneros literarios, y entre sus innnumerables obras, son dignas de mencion especial las siguientes: *Gran Diccionario biográfico de los mulmanes ilustres que habitaron en Granada.—Historia de los Reyes Nazaritas de Granada.—Historia de los Califas y Emires de Oriente y Occidente.—Viajes literarios.—Descripcion del reino de Granada y de la Mauritania.—Cartas y opúsculos políticos*, id., Siglo id.—Ahmed Annuxarsi: escribió la *Vida y hechos del Rey de Granada, Yusuf Abulhachág*, id., Siglo id.—Mohammed Abu Abdallah Allajmi: autor de la obra titulada *Reino de las Abejas*, acerca del orígen y progreso de las ciencias y de las artes, Granada, Siglo XIV.—Ben Said Salemi Lizan el Alkalib: escribió el *Vergel de Reyes;* las *Memorias biográficas* y el *Plenilunio de la dinastía Nazarita*, idem, Siglo id. —Muhamad Ben Harb el Kalebita: historiador, teógono, jurisconsulto y poeta, id., Siglo id.—Ebn Albeithar: famoso botánico, médico y filósofo, Málaga, Siglo XIII.—Alí Ben Mohammed Alchodzami: historiador de los *Reyes Nazaritas* de Granada, Málaga, Siglo XIV.—Abdallah Ismael Ben Jusuf: escribió la *Historia de los Benimerines*, en prosa y verso, id., Siglo id.—Ebn Jatima: médico ilustre, Almería, Siglo id.

ESCRITORES ARABISTAS Y RABÍNICOS.

Fray Pedro de Alcalá: autor del *Arte y vocabulista arábigo en letra castellana*, Granada, Siglo XV.—Al-Hazan, llamado despues Juan Leon el Africano: escribió en árabe una *Descripcion general de África*, y la tradujo despues al italiano.–*Historia Mahometana.–Coleccion de epitafios.—Gramática árabe.—Biografías de filósofos árabes*, id., Siglo id.—Luis del Mármol y Carvajal: autor de las obras siguientes: Descripcion general del África, é historia de las guerras entre los cristianos y los infieles.—Historia del rebelion y castigo de los moriscos del reino de Granada.—Traduccion de las revelaciones de Santa

Brígida.—Idem de las rúbricas del Breviario romano, Granada, Siglo XVI.—Alonso del Castillo: intérprete de Felipe II y colector de Inscripciones arábigas de Granada y otros importantes documentos en árabe y castellano, id., Siglo id.—Abraham Bar Izchag Marmon: escritor judío.—Sepher Habberith, libro del testamento, id., Siglo id.—Abu Harom Rabi Ben Hezra: escritor judío.—Poema hebreo de filosofía moral: oratoria, poesía y poetas árabes, hebreos y españoles, id., Siglo XVII.—Miguel de Luna: escritor morisco, id., Siglo id.

ESCRITORES CRISTIANOS.—TEÓLOGOS.

Fray Luis de Granada: son sus principales obras: Sermones de Tempore et sanctis.—Sermon predicado á los portugueses, persuadiéndoles que les convenia la union con Castilla.—Dogmáticas-Catecismo ó introduccion al símbolo de la fe, distribuido en cinco partes.—Morales-Tratado de la oracion y de la meditacion.—Memorial de la vida cristiana.—Adiciones al Memorial de la vida cristiana.—Guia de pecadores.—Vida del P. Maestro Juan de Avila, de sus virtudes y grandes predicaciones.—Vida de Doña Elvira de Mendoza.—Vida de Milicia Fernandez, portuguesa, gran sierva de Dios.—Diálogo de la Encarnacion de Nuestro Señor.—Traduccion de la Escala espiritual de S. Juan Clímaco.—Retórica eclesiástica sive de rationi concionandi.—Institucion y regla de bien vivir, para los que empiezan á servir á Dios, mayormente religiosos.—Carta al Ilmo. Patriarca de Antioquía con la vida de Sor María de la Visitacion, de la Órden de Santo Domingo, en el Convento de la Anunciata de Lisboa.—Reforma y correccion del libro Contemptus Mundi, de Tomás Kempi, Granada, Siglo XVI.—Fray Leandro Manrique, id., Siglo idem.—Diego Álvarez, id., Siglo id.—Diego Avellaneda, id., Siglo id.—Fray Alonso Herrera Salcedo, id., Siglo id.—D. Juan Hurtado de Mendoza, id., Siglo id.—Fray Estéban de Salazar, id., Siglo id.—Juan Viguera, id., Siglo id.—Miguel Palacios de Salazar, id., Siglo id.—Pedro Palacios de Salazar, id., Siglo XVII.—El Doctor eximio, Jesuita, Francisco Suarez, id., Siglo id.—D. Francisco Barahona Miranda, id., Siglo id.—Pedro Simancas, id., Siglo idem.—Fray Rodrigo de Loaysa, idem, Siglo XVII.—Fray Andrés Lúcas de Arcones, id., Siglo id.—Fray José de Madre de Dios, id., Siglo id.—D. Diego Matute de Peñafiel, id., Siglo id.—Fray Pablo de Granada, id., Siglo id.—Gregorio Peñuela Mendez, id., Siglo id.—Fray Basilio Ponce de Leon, id., Siglo id.

—El Padre Juan Echevarría, id., Siglo XVIII—Luis de Teva, Guadix, Siglo XVI.—Fernando Ayala, Baza.—Juan Zapata, Guadahortuna. —Alfonso de Torres, Málaga, Siglo XVI.—Antonio del Castillo, id., Siglo id.—Jorge Hemelman, id.—Miguel de Rivera, id.—Pedro de Santamaría, id.—Bartolomé Loaysa, Antequera, Siglo XVI.

HISTORIADORES.

D. Diego Hurtado de Mendoza: historiador, novelista, poeta: sus obras principales son: Guerra de Granada contra los moriscos.—Poesías.—El Lazarillo de Tormes.—Paraphrasis in totum Aristotelem.—Traduccion de la mecánica de Aristóteles.—Comentarios políticos.—Conquista de la ciudad de Túnez.—Batalla naval.—Representaciones. —Carta burlesca al Capitan Pedro de Salazar, bajo el nombre de Bachiller Arcadia.—Cartas al Rey y otras personas.—Notas á un Sermon portugués, publicado despues de la batalla de Aljubarrota.—Diálogo entre Caronte y el alma de Pedro Luis Farnesio, Granada, Siglo XVI. —Fray Fernando del Castillo, id., Siglo id.—D. Pedro Salazar, id., Siglo id.—Andrés Bernaldes, cura de los Palacios, id., Siglo id. —Ginés Perez de Hita, id., Siglo id.—Fray Pedro del Campo, id., Siglo XVII.—Fray Juan Chirinos, id., Siglo XVII.—D. Luis de la Cueva, id., Siglo id.—D. Pedro de Cáceres, id., Siglo id.—D. Francisco Bermudez de Pedraza: historiador y jurisconsulto, id., Siglo id. —El Padre La-Chica, id., Siglo XVIII.—D. Simon de Argote, id., Siglo id.—D. José Ruiz Perez, id., Siglo XIX.—D. Mariano Álvarez de Castro, id., Siglo id.—D. José Nicolás García, id., Siglo id. —D. Miguel Lafuente Alcántara, Archidona, Siglo id.—D. Bernardo Alderete, Málaga, Siglo XVI.—D. Francisco Vezmar, Vélez Málaga, Siglo XVII.—D. Lorenzo Padilla, Antequera, Siglo XVI.— D. Francisco Cabrera, id., Siglo XVII.—D. Agustin de Tejada, id.

JURISCONSULTOS.

D. Pedro Enriquez, Granada, Siglo XVI.—Fray Luis Guerrero, id., Siglo id.—D. Juan Sempere y Guarinos, id., Siglo XIX.—D. Juan Elizondo, id., Siglo id.—D. Lúcas Gomez Negro, id., Siglo id.—Don Antonio de Torrespardo, id., Siglo id.—D. Francisco de Paula Castro y Orozco, primer Marqués de Gerona, id., Siglo id.—D. José Jimenez-Serrano: jurisconsulto, historiador, novelista y poeta, idem,

Siglo id.—D. Francisco Javier de Búrgos: jurisconsulto, historiador, filósofo y poeta, Motril, Siglo XIX.—Hermenegildo Rojas de Almañsa, Baza.—D. Gutierre, Marqués de Careaga, Almería.—Francisco de Amaya, Antequera, Siglo XVII.—Diego Rivera, Ronda, Siglo id.—Bartolomé Humada, id.

MÉDICOS.

Pedro Mercado, Granada, Siglo XVI.—D. Fernando Bustos, id., Siglo id.—D. Andrés de Leon, id., Siglo XVII.—D. José María Zamora, id., Siglo XIX.—D. Agustin José García, id., Siglo id.—Don Juan de la Rada y Henares, id., Siglo id.—D. Mariano Lopez Mateos, id., Siglo id.—Tomás del Castillo de Ochoa, La Calahorra.—Juan Gallegos de la Serna, Málaga, Siglo XVII.—Juan Gimenez, Ronda.—Francisco Solano de Luque, autor de la famosa obra *Lapis Lydius Apollinis*, Antequera, Siglo XVII.—Nicolás Gutierrez de Angulo, id.

POETAS.

Fray Luis de Leon: teólogo, escriturario, humanista y poeta: filólogo: sus principales obras son: Traduccion en verso castellano de las Bucólicas y Geórgicas de Virgilio.—Id. id. de treinta Odas de Horacio.—Id. id. de las Odas de Píndaro, de varias Elegías de Tíbulo, y de muchos fragmentos de poetas griegos é italianos.—Id. de cuarenta Salmos.—Id. del Cantar de los Cantares.—Un volúmen de Poesías castellanas.—Los nombres de Cristo.—La perfecta casada.—El perfecto predicador.—De triplici codjunt. fidel. cum. Xpto.—Questiones quodlibet.—De agno Typico.—Exposicion del libro de Job, Granada, Siglo XVI.—San Juan de la Cruz: teólogo y poeta místico: autor de las Obras espirituales que encaminan una alma á la perfecta union con Dios, y del Cántico espiritual entre el alma y Cristo su esposo, id., Siglo id.—Pedro Soto de Rojas: autor de un Poema bucólico y de otro titulado *Los Rayos de Faeton*, id., Siglo id.—El Maestro Juan Latino, id., Siglo id.—Doña Mariana Carvajal, id., Siglo XVII.—Don Álvaro Cuvillo de Aragon, id., Siglo id.—D. Francisco Faria, id., Siglo id.—Sor Ana de San Jerónimo, id., Siglo XVIII.—D. José Fernandez Guerra, id., Siglo XIX.—D. Baltasar Lirola, id., Siglo id.—D. José Vicente Alonso, id., Siglo id.—D. Francisco Martinez

DE LA ROSA, id., Siglo id.—D. JOSÉ MENDOZA JORDAN, id., Siglo id.—D. MIGUEL GONZALEZ AURIOLES, id., Siglo id.—D. LINO TALAVERA, id., Siglo id.—DOÑA JOSEFA MORENO NARTOS, id., Siglo id.—D. ANTONIO MARÍA GOMEZ MATUTE, id., Siglo id.—D. ANTONIO MIR DE AMEZCUA, Guadix, Siglo XVII.—D. ANDRÉS BARRIONUEVO, Loja.—D. LUIS BARAHONA DE SOTO, Archidona, Siglo XVI.—D. VICENTE ESPINEL, Ronda, Siglo id.—D. LUIS DE LINARES, id., Siglo id.—D. CRISTÓBAL DE SALAZAR, id.—LUIS GALVEZ DE MONTALVO, Antequera, Siglo XVI.—LUIS MARTINEZ DE LA PLAZA, id.—PEDRO JERÓNIMO GATTERO, id.—D. RODRIGO DE CARVAJAL, id.—JERÓNIMO DE PORRAS, id.—JUAN DE VILCHEZ, idem.

ESCRITORES DE MATERIAS DIVERSAS.

D. BARTOLOMÉ BARRIENTOS, Granada, Siglo XVI.—FRAY FRANCISCO DE CASTRO, id., Siglo id.—D. FRANCISCO DE CASTRO, id., Siglo id.—D. ALFONSO CERON, id., Siglo id.—D. PEDRO GUERRA DE LORCA, id., Siglo id.—D. FRANCISCO LOPEZ TAMARIT, id., Siglo id.—FRAY JUAN LOPEZ, id., Siglo id.—D. JUAN NUÑEZ, id., Siglo id.—D. MELCHOR PELAEZ DE MIERES, id, Siglo id.—D. ALFONSO RODRIGUEZ DE GUEVARA, id., Siglo id.—FRAY GASPAR SANCHEZ, id., Siglo id.—FRAY PEDRO DE SAN RAIMUNDO, id., Siglo id.—FRAY ANTONIO SAN ROMAN, id., Siglo id.—FRAY SALVADOR DE MALLEA, id., Siglo XVII.—FRAY FRANCISCO SANTA MARÍA, id., Siglo id.—D. ANDRÉS DE LEON, id., Siglo id.—DON ALFONSO PEREZ, id., Siglo id.—FRAY ANTONIO PANES, id., Siglo id.

ACTA TERCERA.

En la ciudad de Granada á veinte y cinco de Julio de mil ochocientos sesenta y cuatro, en el despacho del Sr. D. José Gutierrez de la Vega, Gobernador civil de esta provincia, se reunieron prévia atenta invitacion, el Excmo. é Ilmo. Sr. Arzobispo, el Excmo. Sr. Capitan General, el Sr. Regente de la Excma. Audiencia, el Sr. Alcalde presidente del Excmo. Ayuntamiento, un Sr. Diputado

provincial y los Sres. Presidente del Consejo provincial, Rector de la Universidad literaria, Director de la Sociedad económica de Amigos del pais, Decano del Ilustre Colegio de Abogados, Presidente de las Academias de Ciencias y Literatura, de la de Medicina y de la de Bellas artes, Directores de la prensa local y otras muchas personas que habian asistido á las anteriores reuniones.

El Sr. D. José Gutierrez de la Vega usó de la palabra manifestando la idea que habia concebido de hacer que se reproduzcan por medio de una BIBLIOTECA DE ESCRITORES GRANADINOS las obras científicas y literarias de la brillante pléyade de escritores hijos de Granada que desde la civilizacion árabe hasta nosotros honraron á su patria con los trabajos de su ingenio en las ciencias y en las letras; que este era el testimonio mas distinguido de respeto que se podia ofrecer á la memoria de tantos hombres insignes en todos los ramos del saber, el mas glorioso para las letras granadinas y las letras patrias, y el mas fecundo en resultados para la grande obra de la civilizacion actual; que desde el honroso puesto que S. M. se dignó confiarle encargándole la administracion y Gobierno de esta provincia comprendia que al lado de los intereses materiales y sobre ellos habia otros muy respetables cuales son los intereses morales de la sociedad; que es indispensable favorecer é impulsar sus elementos propagadores, contribuyendo á la grande obra de la ilustracion y cultura de los pueblos; que ante la armonía necesaria entre esos grandes intereses sociales, habia reconocido el deber que le imponia su elevada posicion oficial de contribuir á la realizacion de aquella idea; que los infinitos obstáculos que se oponian á ella estaban ya vencidos, y que cuando se iba á dar principio á su ejecucion, reclamaba el concurso y la poderosa ayuda de las respetables

autoridades y corporaciones á quienes habia convocado; que hacia un llamamiento solemne á su patriotismo, á su amor á Granada y á las glorias del pais, para que prestaran eficaz apoyo á la realizacion del pensamiento iniciado; que para todas las clases y carreras del Estado representadas dignamente en las personas que le escuchaban, habria honra en la empresa que se iba á acometer, y un gran deber que cumplir, por que lo mismo en las letras sagradas que profanas y en las armas que en las ciencias y en las artes, Granada ha sido gloriosa cuna de sabios y de héroes, y concluyó repitiendo que esperaba todo el decidido apoyo que habia reclamado para la publicacion de la BIBLIOTECA DE ESCRITORES GRANADINOS DESDE LA CIVILIZACION ÁRABE HASTA NUESTROS DIAS.

Todas las Autoridades, Jefes é individuos de corporaciones oficiales, científicas y literarias, contestaron aceptando con efusion el pensamiento del Sr. Gobernador y ofreciendo toda su cooperacion mas decidida para difundir y propagar la BIBLIOTECA.

El Sr. D. José Gutierrez de la Vega, dió expresivamente las gracias á las Autoridades y demás Sres. concurrentes y se dió por terminada la sesion, de que certifico. —JOSÉ SANCHEZ DE MOLINA.

JULIO 26.—Recomiéndese á los Señores Gobernadores de todas las Provincias la propagacion de la *Biblioteca de Escritores Granadinos* por circular impresa segun minuta adjunta.—GUTIERREZ DE LA VEGA.—Cumplido en 29 por medio de la siguiente circular.

SR. GOBERNADOR. . .—Muy Sr. mio y mi apreciable compañero: El adjunto prospecto basta para dar á una persona tan ilustrada como V. completa idea del grandioso proyecto que van á realizar los hombres mas distinguidos de esta capital en las carreras de las letras.

Al iniciar y al ofrecer mi apoyo y proteccion al pensamiento de publicar una *Biblioteca de Escritores Granadinos desde la civilizacion árabe hasta nuestros dias*, conté siempre con la generosa proteccion y el galante apoyo de V. y de nuestros ilustrados compañeros de las demás provincias.

Grande es el favor que le pido, y no muy costoso ni mucho menos difícil el sacrificio: la adquisicion siquiera de media docena de suscritores en esa ciudad, que puede hacerse entre la Secretaría de ese Gobierno, la Diputacion, el Consejo y el Ayuntamiento, para sus correspondientes archivos.

Todo lo demás que se digne hacer estendiendo el anuncio de la *Biblioteca* por medio del *Boletin oficial* y de los otros periódicos de esa Capital, y propagando la suscricion entre las personas ilustradas de esa provincia, multiplicará el favor y superará á mis esperanzas.

En el segundo caso, y aun en el primero, le agradeceria á V. mucho que designase á uno de los oficiales mas ilustrados de su Secretaría, para que secunde los deseos de V., anote las suscriciones que adquiera y se entienda con la «Administracion de la *Biblioteca*, establecida en la calle Alta del Campillo, núm. 22, Granada.»

Dispenseme V. la libertad que me he tomado, disponga de mí en casos análogos y de todas clases á su arbitrio, reciba el homenage anticipado de mi agradecimiento, y acepte V. la protesta de la distinguida consideracion y alto aprecio con que se ofrece á V. como amigo, su atento servidor y compañero Q. S. M. B., José Gutierrez de la Vega. —Granada 29 de Julio de 1864.

Julio 29.—Recomiéndese á todos los Señores Alcaldes de esta Provincia la suscricion y propagacion de la *Biblioteca de Escritores Granadinos* conforme á la adjunta minuta.—Gutierrez de la Vega.—Cumplido en idem por medio de la siguiente circular.

Sr. Alcalde de. . .—Muy señor mio: La ley de gobierno de provincias impone á los gobernadores la obligacion de mover todos los resortes que puedan contribuir al desarrollo y adelantamiento intelectual y moral de los pueblos. En este concepto he iniciado el pensamiento de publicar una *Biblioteca de Escritores Granadinos desde la*

civilizacion árabe hasta nuestros dias, empresa de que se han encargado muchos hombres de letras, de los que figuran en esta capital en las carreras del periodismo, del profesorado y otras varias facultades científicas. El objeto de ese pensamiento es el de restaurar las glorias de los grandes hombres que han honrado á Granada y su antiguo reino con su sabiduría y sus obras inmortales, que han sido y son la admiracion del mundo ilustrado.

Los libros de los sábios, de los humanistas, de los moralistas, etc. son los que deben propagarse entre todas las clases sociales, como la mas ricas y preciosas fuentes para que fecunden en los pueblos la buena semilla, la que á la vez instruye y moraliza.

El prospecto que recibirá adjunto le dará á V. una idea completa de tan vasto pensamiento.

Ninguna coleccion de libros es mas apropósito que esta para servir de bases á bibliotecas municipales, que deben formar todos los ayuntamientos para que puedan ser consultadas por los niños como por los ancianos en sus ratos de estudio ó de recreo.

Á este fin tan civilizador, moralizador y humanitario, y á este objeto tan glorioso y patriótico, se dirije la muy eficaz recomendacion que hago á V. en varios conceptos:

1.° Los prospectos que V. reciba los circulará entre las personas mas ilustradas, los padres de familia mejor acomodados, y cuantos puedan hacer el pequeño sacrificio de suscribirse á esta publicacion, encareciéndoles mucho la importancia de la empresa, la utilidad de las obras y el hecho patriótico de apoyarla.

2.° Escitará V. al Secretario de ese Ayuntamiento á que por s mismo invite tambien y forme la lista de los suscritores, enviándola á la empresa y ayudándola en cuanto sea menester para la propagacion y aumento de suscriciones á la *Biblioteca*.

3.° Espero que suscribirá V. á ese Ayuntamiento, lo menos por un ejemplar para su archivo, y vería con mucho gusto que se suscribiesen personalmente los señores concejales, y aun que tomara mas suscriciones ese Ayuntamiento, para premiar con tan preciosos libros á los niños pobres mas instruidos y aplicados de ese pueblo. El importe de los ejemplares que adquieran los Ayuntamientos lo satisfarán con cargo al capítulo de suscriciones, y lo que falte, de la partida de imprevistos. En uno y otro caso les será de abono en sus cuentas municipales.

4.° El mayor número de suscritores que V. pueda proporcionar,

me probará su mayor celo por las glorias literarias del pais y por la ilustracion y moralizacion de sus administrados.

Queda de V. atento y seguro servidor Q. S. M. B.—*El Gobernador*, José Gutierrez de la Vega.—Granada 29 de Julio de 1864.

Julio 29.—Se recomendará á los Secretarios de todos los Ayuntamientos de esta Provincia que de acuerdo con los Señores Alcaldes gestionen la suscricion y propagacion de la *Biblioteca de Escritores Granadinos* en todos los pueblos de la misma, segun minuta que es adjunta.—Gutierrez de la Vega.—Cumplido en idem por medio de la circular que sigue.

Sr. Secretario del Ayuntamiento de. . .—Muy Sr. mio: El prospecto de la *Biblioteca de Escritores Granadinos desde la civilizacion árabe hasta nuestros dias*, que recibirá V. adjunto, le dará una idea completa del vasto pensamiento que he iniciado y que vá á desarrollarse bajo mi proteccion, á fin de reproducir las obras y restaurar las glorias científicas y literarias de los grandes hombres que han producido en todos tiempos esta hermosa provincia y su antiguo reino, mucho mas estenso todavia.

Á fin de que esta civilizadora empresa tenga la popular acogida que por su importancia merece, espero que auxiliará V. al Sr. Alcalde de ese Ayuntamiento con todo el patriótico celo que de V. reclame, segun las instrucciones que yo le he dado, y con cuanto además le sugiera á V. su amor á las letras.

Me prometo que distribuirá V. por sí mismo los prospectos que se le envien, entre las personas que por su clase y facultades puedan suscribirse, y que las invitará y escitará V. con ese objeto, sin perdonar diligencia ni esfuerzo alguno; para lo cual irá V. formando la lista de los suscritores que adquiera, poniéndose de acuerdo con la empresa.

El servicio que preste V. á las letras patrias, será tanto mas grande cuanto mayor sea el número de suscriciones que proporcione á la *Biblioteca*.

En las listas impresas de los suscritores de cada pueblo que se publicarán, podré yo apreciar el celo de cada Alcalde y cada Secretario por propagar la *Biblioteca* en su respectivo distrito.

Queda de V. atento servidor Q. S. M. B. *El Gobernador*, José Gutierrez de la Vega.—Granada y Julio 29 de 1864.

JULIO 29.—Sírvase el Sr. Secretario de este Gobierno recomendar la *Biblioteca de Escritores Granadinos* á los otros Señores Secretarios de todas las demás provincias.—GUTIERREZ DE LA VEGA.—Cumplido en 30 por medio de la carta siguiente.

SR. SECRETARIO DEL GOBIERNO CIVIL DE. . .—Muy señor mio y distinguido compañero: El Sr. Gobernador de esa provincia, digno Gefe nuestro, habrá recibido carta del que tambien dignamente se halla al frente de esta, recomendándole la suscricion á la *Biblioteca de Escritores Granadinos* y rogándole se digne emplear los medios que su elevada posicion le facilita para promover la suscricion á dicha obra, que tiene por objeto reproducir las glorias granadinas, que son las glorias españolas; empresa árdua; pero noble, por la que todo español debe sentir legítimo orgullo y cuyo éxito depende de la cooperacion que le presten las corporaciones y personas ilustradas del pais.

Para que cuantas encierra en su seno esa provincia ayuden á la realizacion de una empresa eminentemente gloriosa y esencialmente nacional, basta el eficaz apoyo de nuestro gefe en esa provincia, y el de V. secundando los deseos de este, á cuya iniciativa se debe la idea empezada á realizar, de levantar un monumento imperecedero á las letras granadinas, rindiendo homenage de gratitud y de justicia á tantos insignes y esclarecidos escritores que honraron á la pátria con las obras de su ingenio y de su ciencia.

Yo me permito rogar á V., y espero de su ilustracion, que recomiende á nuestros apreciables compañeros en esa Secretaría y á las dependencias de ese Gobierno la suscricion á la *Biblioteca*, y ofreciendo á V. mi recíproca ayuda, siempre que lo considere conveniente, queda de V. con la mas alta consideracion atento S. S. Q. S. M. B. —JOSÉ SANCHEZ DE MOLINA.=Granada 30 de Julio de 1864.

AGOSTO 9.—Se une á continuacion la carta particular impresa circulada por la comision gestora á todos los directores de los periódicos de Madrid, Málaga, Jaen, Almería y Granada, invitándoles para que asistan á la solemne inauguracion de la *Biblioteca de Escritores Granadinos*, en la que el Sr. Gobernador de esta provincia, tirará el primer pliego de dicha coleccion.—SANCHEZ DE MOLINA.

(CARTA QUE SE CITA EN LA NOTA ANTERIOR.)

SR. DIRECTOR DE. . .—Muy señor nuestro y de toda nuestra consideracion: El dia 14 del corriente se tirará el primer pliego de la *Biblioteca de Escritores Granadinos*, por el Sr. Gobernador de Granada, con presencia de los señores Arzobispo, Capitan general, Regente de la Audiencia, Senadores del Reino, Diputados á Córtes de la provincia, Comisiones del Ayuntamiento, de la Diputacion y del Consejo provinciales, de la Universidad, de todas las demás Corporaciones oficiales, de todas las Academias científicas, artísticas y literarias, escritores públicos y muchas mas personas de distincion de esta ciudad.

Al inaugurarse con toda la solemnidad correspondiente el glorioso pensamiento que tanto ha celebrado la prensa española, quisiera verse esta empresa favorecida con la asistencia, al menos, de representantes de los periódicos de Madrid, y de Málaga, Jaen y Almería, que formaron parte del antiguo reino granadino, cuyos escritores vamos á honrar reproduciendo sus obras inmortales.

En este concepto rogamos á V. se digne concurrir, avisándonos en caso afirmativo por despacho telegráfico, á fin de preparar todo lo conveniente.

Con este motivo tenemos la honra de ofrecernos á V. con la mas distinguida consideracion de aprecio, como sus atentos y seguros servidores Q. S. M. B.—Granada 9 de Agosto de 1864.—JOSÉ SALVADOR DE SALVADOR.—EDUARDO DE LOS REYES.—ISIDORO LORA.—JOSÉ SANCHEZ DE MOLINA.—FRANCISCO JAVIER CÓBOS.

AGOSTO 12.—Se une á continuacion la carta circular en que la comision gestora, invita á las personas mas notables de esta ciudad para que asistan á la solemne inauguracion de la *Biblioteca de Escritores Granadinos*. —SANCHEZ DE MOLINA.

SR. D. . .—Muy señor mio: El dia 14 del corriente á las 8 en punto de su tarde, en el salon de descanso del teatro Principal de esta Ciudad, tendrá lugar un solemne acto, en el cual, el Sr. Gobernador Civil de la provincia, imprimirá el primer pliego de las obras de Hurtado de Mendoza, que son las que van á formar el volúmen con que ha de inaugurarse la *Biblioteca de Escritores Granadinos*. La comision encargada de realizar este pensamiento, deseando darle el brillo y solemnidad que por su importancia reclama, suplica á V. se digne honrar con su presencia el acto memorable en que se vá á levantar tan grandioso monumento á las glorias literarias del país granadino.

Somos de V. con toda consideracion afectísimos seguros servidores Q. B. S. M.—Granada 12 de Agosto de 1864.—JOSÉ SALVADOR DE SALVADOR.—EDUARDO DE LOS REYES.—ISIDORO LORA.—JOSÉ SANCHEZ DE MOLINA.—FRANCISCO JAVIER CÓBOS.

AGOSTO 14.—Se unen á continuacion, el discurso leido por el Sr. D. Eduardo de los Reyes en el acto solemne de la inauguracion de la *Biblioteca de Escritores Granadinos*, el pliego primero de las *Guerras civiles de Granada* por D. Diego Hurtado de Mendoza, estampado por el Sr. Gobernador de la provincia y el acta original de dicha inauguracion.—SANCHEZ DE MOLINA.

DISCURSO LEIDO POR EL SR. D. EDUARDO DE LOS REYES, EN LA SOLEMNE INAUGURACION DE LOS TRABAJOS DE LA BIBLIOTECA DE ESCRITORES GRANADINOS.

SEÑORES.—Gratísimo espectáculo es para los verdaderos amantes de la gloria de su pais, y singular complacencia siente su alma, cuando se tiene la honra de asistir á estos actos, cuya grandeza y magestad contrastan con la modestia de su aparato y con la franca cordialidad que en ellos reina. Es que las letras siempre fueron exacta representa-

cion de lo grande y de lo bello, é imprimen su mismo carácter á todo cuanto con ellas tiene relacion; á todo aquello con que se ponen en contacto. Por eso al considerar el objeto de esta reunion, y ver en ella tan celosas como ilustradas autoridades, entendidas academias, respetables corporaciones, sabios profesores, entusiastas representantes de la prensa de Madrid, Almería, Jaen, Málaga y local y personas entendidas y reputadas en distintas profesiones é industrias, unidas en un solo pensamiento, conformes en una sola idea, la de rendir un tributo de admiracion y de respeto á la gloriosa memoria de nuestros prosistas y poetas, bendigo la inspiracion que nos reune, el sentimiento que nos mueve, los lazos que nos estrechan, y me hace creer que este entusiasmo ha de ser fecundo y provechoso para la vida futura de la *Biblioteca*.

Y en verdad que bien necesita de proteccion y amparo, una empresa superior á los recursos con que espontáneamente puede contarse en esta localidad; una empresa gloriosa, sí; pero emprendida con mas entusiasmo y buena voluntad que medios de realizacion, y desarrollada al calor del fuego que ha sabido encender en nosotros una Autoridad entusiasta por las glorias literarias. Efectivamente, la necesidad de una *Biblioteca* que reprodujera á precios cómodos y en volúmenes manuables las obras inmortales de nuestros prosistas y de nuestros poetas, de modo que pudieran andar en manos del mayor número como texto de saludable doctrina y provechosa enseñanza, era una cosa que estaba en la conciencia de todos pero que nadie se habia atrevido á formular. Fué necesario qne viniera en buen hora como delegado del poder supremo á administrar esta provincia el Sr. D. José Gutierrez de la Vega, el cual, en su entusiasmo por las glorias literarias y por la regeneracion moral é intelectual de los pueblos, pensado traia realizar una obra tan patriótica como reparadora, y que además de servir perfectamente para los antedichos fines, reune la circunstancia no menos meritoria y digna de la generacion actual de levantar un grandioso monumento literario que engrandezca mas y mas la gloria de los escritores que hoy la gozan por sus renombradas producciones, y se la dé á otros cuyos nombres andan perdidos entre el polvo de archivos y bibliotecas. Tan ilustrada autoridad comunicó su pensamiento á un reducido número de personas, entre las cuales se encontraban distinguidos profesores de esta Universidad, sábios teólogos, periodistas y poetas que lo acogieron con el entusiasmo propio de las almas capaces de comprender y rendir culto á las glorias del pais, sea cualquiera la forma bajo que se presenten; y desde entonces no se dieron tre-

gua ni descanso para trabajar en la realizacion del pensamiento, cada uno en la esfera de actividad que se le habia señalado.

Con graves obstáculos lucharon desde el principio: dificultades de no escasa monta se oponian diariamente á sus esfuerzos, y al mismo tiempo que de todos los ángulos de la península la prensa periódica nos traia entusiastas aclamaciones, plácemes y enhorabuenas al solo anuncio de la *Biblioteca*, inconvenientes gravísimos dificultaban su marcha y entorpecian los buenos deseos de la dignísima persona que habia iniciado el pensamiento con dolor de las que tomaron á su cargo el realizarla.

Entre todos los inconvenientes de que venimos hablando, ocupaba el primer lugar la falta de un editor que hiciera, por amor á su país y brillo de las letras, los sacrificios materiales propios de esta clase de empresas, sin mira alguna interesada ni esperanza inmediata de lucro ni ganancia; muchos hubieran deseado hacerlo, yo lo reconozco y lo aplaudo; pero no contando con recursos bastantes, estrelláronse ante la impotencia su voluntad y sus deseos. En este grave apuro, señores, yo, no mas inteligente ni en posicion mas desahogada, pero quizá mas emprendedor, me comprometí á editar la *Biblioteca de Escritores Granadinos*, cooperando de este modo á la realizacion de tan patriótico pensamiento, sin garantía ni seguridad alguna por los sacrificios que habia de llevar á cabo, comprendiendo que, la mejor garantía de los intereses de la *Biblioteca*, que son los mios, está en la bondad de sus obras y en el nunca desmentido amor que á sus glorias históricas y tradicionales profesan el pueblo granadino y la nacion española. Por otra parte, yo aspiro, señores, á asociar tambien mi nombre oscuro á el del iniciador del pensamiento y á los de los escritores que han de llevarlo á cabo coleccionando las obras, para que participe un poco de las glorias de todos, á semejanza de otros editores que con mayor celo y mas acierto del que yo pueda desplegar están haciendo tan importantes servicios á las letras españolas. Desde que solemnemente contraje el compromiso de imprimir las obras que han de componer la *Biblioteca de Escritores Granadinos*, se ha trabaja do incesantemente para preparar los materiales necesarios, á fin de que una vez empezada la publicacion no sufra retraso ni interrupciones, sino en el caso poco probable de que el público se mostrase con ella harto indiferente, ó en el nunca esperado de faltarle la proteccion que tendrá por parte de las dignísimas autoridades é ilustradas personas á quienes en este momento tengo la honra de dirigirles la palabra. Por los esfuerzos de

todos, la *Biblioteca* será lo que está llamada á ser, y lo que por su importancia literaria, moral y social reclama; por los esfuerzos de todos pagaremos la deuda que contraida tenemos con nuestros esclarecidos ingenios, demostrando al mismo tiempo que somos dignos de llamarnos sus descendientes, confesando, respetando y admirando su gloria. Van pues á volver á aparecer entre nosotros, no solo los escritores cristianos posteriores á la reconquista, sino tambien los arabistas y rabínicos y los árabes que desde los siglos XIII y XIV fueron la joya de mas precio que adornó brillante la expléndida corona de los Alhamares. Asi es que al lado de escritores tan ortodoxos como Fray Luis de Granada, Suarez y Loaisa, irán Mahomet Ebn Aljathib, Ebn Hodzail ó Albeithár, cantores de las victorias musulmanas y las excelencias de aquella doctrina; al lado de Fray Luis de Leon, Búrgos ó Martinez de la Rosa; al lado de Solano de Luque, el maestro Juan Latino; al lado de San Juan de la Cruz, Vicente Espinel ó Mira de Amezcua; en una palabra, tendrán cómoda y completa reproduccion, contando siempre con el concurso de todas las personas eruditas y amantes de las letras granadinas, la mayor parte de los escritores árabes que florecieron antes de la reconquista, y todos los que brillaron despues en Teología, Historia, Ciencias, Moral y Poesía.

Como historiador, novelista, crítico y poeta, correspondia el primer lugar al insigne D. Diego Hurtado de Mendoza, y sus obras van á publicarse tan completas como nos hace esperar el reconocido talento de su colector el Sr. D. Nicolás de Paso y Delgado. Para imprimir el primer pliego de las obras de aquel ingenio militar, literario y político, estamos aquí reunidos, señores; justo es que el iniciador del pensamiento S. D. José Gutierrez de la Vega, digno Gobernador civil de esta provincia, inicie tambien los primeros trabajos cuando ya está en vias de realizacion, uniendo su nombre ya ilustre en las letras á los nombres ilustres que vamos á restaurar. En nombre, pues, de la *Biblioteca*, en nombre de la comision que la representa, yo invito al Sr. Gutierrez de la Vega, Gobernador de esta provincia, para que se digne imprimir el primer pliego de las obras del insigne historiador Hurtado de Mendoza, saludando todos su aparicion con una frase ferviente y entusiasta, dirigida á la augusta persona que por ocupar el trono de Alfonso X, Isabel la Católica y Cárlos III, simboliza todas nuestras glorias.

Así pues, al dirigirnos al salon donde se halla colocada la prensa que ha de estampar el primer pliego de la *Biblioteca*, hagámos lo al grito de ¡Viva la Reina!

ACTA.

«En la ciudad de Granada, á 14 dias del mes de Agosto del año de mil ochocientos sesenta y cuatro del nacimiento de N. S. Jesucristo, en los salones del Teatro principal, y en presencia del Excmo. é Ilmo. Sr. Arzobispo de esta diócesi, del Ilmo. Sr. Regente de la Audiencia, del Señor Alcalde constitucional y Síndico del Ayuntamiento, del Sr. Rector de la Universidad literaria, Diputacion y Consejo provinciales, Academias, Escuelas, Corporaciones, representantes de la prensa periódica, escritores, poetas y otras muchas personas de distincion que firmarán, se imprimió con toda solemnidad el primer pliego de la BIBLIOTECA DE ESCRITORES GRANADINOS DESDE LA CIVILIZACION ÁRABE HASTA NUESTROS DIAS, por el Señor Don José Gutierrez de la Vega, Gobernador civil de la provincia, iniciador y protector de tan glorioso como patriótico pensamiento.

Y para que pueda constar en todo tiempo, se levanta la presente acta que firmarán los Señores concurrentes á tan solemne acto, en los salones del Teatro principal de Granada, fecha *ut supra*.»—Salvador Josef Arzobispo de Granada.=José Gutierrez de la Vega.=Francisco Amorós y Lopez.=José Sanchez Villanueva.=José María Palomo Mateos.=Rafael Barea.=José María Moreno Gonzalez.=José Salvador de Salvador.=Joaquin Marin.=Angel Bazo.=Emilio Zayas.=Anastasio Mojares.=Nicolás Cordon.=Valentin Agrela y Moreno.=Rogelia Leon.=Dolores Arraez de Lledó.=Ramon Carsi.=Fernando de la Cuadra.=José María Oloriz.=Mariano Pina.=Mariano Cordon.=Luis Ortiz de Lanzagorta.=Eduardo Moreno.=Victoriano Caro.=José

Francisco de Luque.=José Sanchez de Molina.=José Aguilera.=Gabriel Lorenzo Perez de los Cóbos.=Pedro Abades.=Francisco Ventura y Sabatel.=José Marin.=Leopoldo Eguilaz.=Tomás Astudillo.=Francisco de Paula Lozano y Ramos.=Emilio Castelar.=Pedro Antonio de Alarcon.=José María F. Calvo y Teruel.=Francisco Gomez.=Isidoro Lora.=Antonio Joaquin Afan de Ribera.=Manuel Gutierrez de la Vega.=Francisco Rodriguez Herrera.=Aureliano Ruiz.=Francisco Bermudez de Cañas.=Francisco de P. Diaz.=Francisco J. Cóbos.

Agosto 15.—Sírvase el Señor Secretario de la Junta de Instruccion pública de esta provincia, recomendar la *Biblioteca de Escritores Granadinos* á todos los Señores Secretarios de las Juntas de las demás Provincias. —Gutierrez de la Vega.—Cumplido en 16 por medio de la siguiente carta.

Sr. Secretario de la Junta de Instruccion pública de la provincia de . . .—Muy Señor mio y compañero de mi mayor aprecio: El Sr. Gobernador de esta provincia, entusiasta y decidido protector de las ciencias y bellas letras, ha iniciado el pensamiento de publicar una *Biblioteca de Escritores Granadinos*, de cuyo proyecto enterará á V. con mas estension el prospecto que tengo el honor de acompañarle. Esta empresa eminentemente gloriosa para Granada, y para la nacion toda, no puede menos de encontrar acogida en los españoles amantes de su patria, y muy particularmente en aquellas personas ilustradas que se deleitan con las creaciones del génio, cifrando en ellas sus principales goces. Y como V., sin duda, pertenece á esta clase, me tomo la libertad de dirigirle la presente carta por indicacion de la referida superior autoridad, á fin de que se sirva prestar su apoyo á tan interesante publicacion, poniendo en juego sus influencias y relaciones para que en esa capital y provincia se reuna el número posible de suscritores.

Esta ocasion me presenta la muy grata de ofrecerme de V. con la mayor consideracion atento S. S. Q. B. S. M.—José Aguilera.

Granada 16 de Agosto de 1864.

Agosto 16.—Sírvase el Señor Secretario de la Junta de Instruccion pública provincial recomendar la *Biblioteca de Escritores Granadinos* á todos los profesores de Instruccion primaria de los pueblos de esta provincia.—Gutierrez de la Vega.—Cumplido en id. por medio de la carta que sigue.

Señor Don. . .—Muy Sr. mio, de toda mi consideracion y aprecio: Con el presupuesto de gastos del material de esa escuela habrá V. recibido el prospecto de la *Biblioteca de Escritores Granadinos*, *desde la civilizacion árabe hasta nuestros dias*. Además de recomendarse por sí misma tan útil publicacion, monumento glorioso que se levanta á la memoria de aquellos distinguidos varones que con sus admirables creaciones en las Ciencias y Bellas letras supieron inmortalizar sus nombres y dar lustre al país que los vió nacer, el Sr. Gobernador de esta provincia, D. José Gutierrez de la Vega, que concibió el pensamiento y bajo cuyos auspicios vá á realizarse, tiene particular empeño en que la suscricion se difunda cuanto posible sea. En tal concepto, y pudiendo V. por su posicion social contribuir eficazmente á ello, me encarga dicha superior autoridad dirija á V. la presente con objeto de que se sirva desplegar su influencia y relaciones en esa localidad, á fin de que se suscriban cuantas personas puedan hacerlo en la Secretaría de ese Ayuntamiento, á cuyo Secretario está confiada la suscricion, remitiéndose una nota de las que lo hayan verificado para ponerlo en conocimiento de dicho Sr. Gobernador, quien mirará con el mayor aprecio la importante cooperacion de V. para el buen éxito de esta empresa.

Con este motivo tiene la satisfaccion de ofrecer á V. la seguridad de su aprecio su atento S. S. Q. B. S. M., José Aguilera.—Granada 16 de Agosto de 1864.

AGOSTO 17.—A continuacion se une el número 1.130 del periódico EL PORVENIR, en el cual se describe el acto solemne de la inauguracion de la *Biblioteca de Escritores Granadinos*.—SANCHEZ DE MOLINA.

(ARTÍCULO QUE SE CITA.)

En el acta levantada de la muy solemne inauguracion de la *Biblioteca de Escritores Granadinos* verán nuestros lectores hasta qué punto ha llegado el Sr. D. José Gutierrez de la Vega, gobernador de esta provincia, en honra de los célebres escritores granadinos, en apoyo de su nobilísimo pensamiento y en auxilio de los ilustrados jóvenes á quienes lo ha inspirado, ofreciéndoles ese auxilio, sin el cual no hubiera podido dar el primer paso en las vias de la realizacion de la empresa comenzada. Reciba en nombre de Granada el parabien, y no dude de que ha estampado de una sola vez el pliego primero de las obras de nuestros clásicos maestros; en el corazon de los hijos de esta ciudad encantadora, la mas profunda huella de gratitud, justa cuanto merecida, y en su escudo literario el timbre mas envidiable que la heráldica reconoce: el de la restauracion de grandes glorias sin razon y dolorosamente olvidadas.

Tambien debe Granada alta estima á las demás dignas autoridades que con su presencia han dado mayor realce y esplendidéz á este acto y otros anteriores, y con su concurso y eficáz ayuda han aumentado los medios necesarios para que pueda llevarse á cabo la edicion apetecida.

Cumplido este deber que el reconocimiento nos impone, vamos á hacer una ligera reseña del acto de la inauguracion, cuyas gratas impresiones jamás se borrarán de nuestra memoria.

Á las ocho de la noche principiaron á reunirse en los salones del teatro principal, decorados con exquisito gusto, sencillez severa y notoria elegancia, las Autoridades, Corporaciones y demás personas invitadas al efecto, que no mencionamos por su extraordinario número.

Dióse principio á la sesion con la lectura de las actas de las tres sesiones precedentes á la que se celebraba, perfectamente redactadas por el Sr. D. José Sanchez de Molina, Secretario del Gobierno civil de esta provincia y de la Comision nombrada para la organizacion de los

trabajos y planteamiento de la *Biblioteca*: desempeñó esta parte de su cometido con el acierto y delicada manera que de su talento y notorias dotes literarias esperábamos.

El Sr. D. Eduardo de los Reyes, Editor generoso y entusiasta de la publicacion, qué tanto honor hace á su elevado iniciador, á nuestros doctísimos antepasados y á la famosa ciudad en que vivimos, leyó en seguida un bello y sentido discurso, enlazando hábil é imparcialmente la historia grata del plausible suceso que nos congregaba, con las dificultades que su desarrollo ha ofrecido, y que fueron causa de que se resolviese á aceptar tamaño compromiso. Verdaderamente enaltece al Sr. Reyes su patriótica resolucion, y si no fuese Director del periódico en que escribimos (circunstancia que ata nuestra lengua y detiene nuestra pluma) encomiariamos su conducta hasta donde es de encomio merecedora.

Llegó, pues, el momento anhelado, y todas las Autoridades y concurrentes se trasladaron al salon bajo del edificio: colocáronse al frente de la prensa situada en el testero del local, bronceada, dorada y coronada de siemprevivas, y el Sr. Gobernador, en actitud grave y con acento solemne, pronunció un discurso tan elocuente como agradable, conmovedor y correcto; manifestando que como soldado de las letras, como obrero de la idea se habia acercado muchas veces á la máquina poderosa de Gutemberg con los trabajos de su inteligencia, á ganar el sustento de su vida, ó á esgrimir el arma difundidora de la luz en las luchas suscitadas por el error contra la verdad, como paladin incansable de esta; pero que nunca se habia sentido afectado de tan íntimo respeto y tan religioso entusiasmo como en aquel momento, que representaba juntamente la suma de sus muchos desvelos por la realizacion de su idea y de la constancia de la Comision en llevarla al término presente, lisonjero límite de que arrancará la restauracion de las glorias literarias granadinas, perdidas, ó casi ignoradas en nuestro tiempo, cuando Hurtado de Mendoza, los Luises de Leon y de Granada, Suarez el doctor eximio, Loaysa, Bermudez de Pedraza, Hita, Espinel, Sor Ana de San Gerónimo y todos los insignes hijos de Granada y de su antiguo reino, quecultivaron las ciencias y las letras, llenaron el mundo civilizado con la grandeza de sus nombres, y la sana doctrina, y la fama de sus clásicos escritos en todos los ramos del saber humano: añadió que su pensamiento esencialmente moralizador, por que abre anchos veneros de enseñanza provechosa al pueblo, en cuyas manos urge poner libros realmente buenos y exentos de cizaña, es

tambien un culto debido al mérito sublime de aquellos hombres eminentes que tan alto levantaron el nombre de las letras españolas; y, en un momento de poético arrebato, exclamó produciendo en el auditorio una sensacion profunda:—« Señores: yo que he atravesado las serenas aguas del azulado golfo de Nápoles, las del mar Tirreno y las del Adriático, qne bañan las pintorescas costas de la Italia, al compás de los remos y de las armoniosas cadencias con que los gondoleros recitan las admirables octavas de la Jerusalen libertada, porque el divino Tasso, el poeta de Sorrento vive en el alma de aquel pueblo, como el sentimiento inextinguible del amor á la patria; yo que he subido las agrias pendientes del Possilipo oyendo de boca de sus pastores, en las soledades del campo, los armoniosos versos de Virgilio, del dulcísimo Cisne de Ardés, honor de Mántua, entonados con ritmo maravilloso como melodias del cielo, y repetidos por los ecos de las montañas: yo que he sido conducido, en fin, por esos pastores y esos gondoleros á las tumbas veneradas de sus idolatrados poetas, y los he visto arrodillarse junto á ellas y con las lágrimas en los ojos y el dolor y el entusiasmo rebosando juntos de su corazon mostrármelas diciéndome:—¡Aquí están! Las Sicilias y la Lombardía plantaron ese sauce y ese laurel que dan melancólica sombra á sus restos regados por el llanto de todos los pobladores del mundo!—Yo quiero, señores, yo anhelo con toda la vehemencia de mi alma que el pueblo conozca y aprenda, recite y cante los sublimes libros de los genios granadinos, las brillantes epopeyas de nnestras guerras y de nuestra grandeza, las dulcísimas estancias de nuestros poetas, orgullo y préz de las musas españolas. Yo creo corresponder así debidamente á la mision que de Su Majestad y del Gobierno Supremo del Estado tengo recibida, y que la magnánima Reina de España D.ª Isabel II, la primera siempre en alentar y favorecer todos los pensamientos útiles y honrosos, aprobará que, en su augusto y amado nombre, inaugure esta colosal obra con que aspiramos á enaltecer la gloria de la gran Nacion cuyos destinos tan sabiamente rige!»—Y terminó victoreando á la Reina y poniendo en movimiento la máquina cuyo giro y presion produjo estampado el primer pliego de la *Guerra de Granada contra los moriscos* por don Diego Hurtado de Mendoza.

Al presentarlo el Sr. Gobernador á todos los asistentes, la música del regimiento de Segorbe, colocada en el pórtico del edificio, y cien palmas reales, disparadas oportunamente, llenaron el espacio de armonias y de luz, y trascendió, se comunicó, por decirlo así, al nume-

roso concurso que rodeaba á aquel llenando las plazas del Campillo, la alegría que experimentaban las personas que tomaban parte en la patriótica fiesta literaria. Firmaron estas el acta de la misma y pasaron á disfrutar las delicias de una ostentosa mesa que para todos tenia la comision dispuesta, engalanada de gigantescos ramilletes de flores y cubierta de dulces y almívares delicados, de bizcochos y pastas granadinas, de pasteles suizos, de sandwich, de biscuit, de cremas, gelatinas y flanes, de ponches frios, sorbetes y quesos helados, y de excelentes licores y vinos de Oporto, del Rhin, de Madera, y de Champagne. Ocuparon los centros de ambos lados el Sr. Gobernador civil y el Excmo é Ilmo. Sr. Arzobispo de esta Santa Iglesia Metropolitana, que, cuando ya habia dispensado este honor á todos los convidados, se retiró á su palacio por lo avanzado de la hora, dando una prueba de su adhesion á la idea que se solemnizaba con permanecer entre ellos hasta entonces, y despues de las brindis del Sr. Gobernador y del Ilmo. Sr. Regente de esta Excma. Audiencia Territorial, y de manifestar la primera Autoridad citada que acababa de recibir una muy lisonjera Real órden en favor de la árdua empresa acometida, la Srta. D.ª Rogelia Leon, el Sr. D. Aureliano Ruiz por encargo de la Sra. D.ª Dolores Arraez de Lledó, y el Sr. D. José Salvador de Salvador leyeron las poesias que con el discurso del Sr. D. Eduardo de los Reyes insertamos á continuacion. Un aplauso general contestó á ellas: repartiéronse impresas otras dos de los Sres. D. Miguel Luciano Dominguez y D. Manuel de Torres y Montes, y disolvióse la reunion con el mas vivo deseo de ver concluida la obra que les habia congregado y el placer extraordinario de saber que ya van respondiendo satisfactoriamente al llamamiento hecho la provincia de Granada y todas las de la extensa península española.

Reiteramos nuestros plácemes y la expresion de nuestra gratitud al Sr. Gutierrez de la Vega, á las demás Autoridades eclesiásticas, civiles y militares, Corporaciones administrativas, Academias científicas que asistieron, y á cuantos de alguna manera contribuyan al logro de la publicacion inaugurada, y ofrecemos nuestra modesta cooperacion en pro de la misma, sin mas mira, ni propósito, que la alegria que el corazon recibe siempre que ha cumplido un deber sagrado.

AGOSTO 16.—Insértese en el BOLETIN OFICIAL la Real órden por la cual S. M. se ha dignado recomendar á los Ayuntamientos de todos los pueblos de esta provincia la suscricion á la *Biblioteca de Escritores Granadinos*, con la nota que lleva al pié segun minuta.—GUTIERREZ DE LA VEGA.—Cumplido en idem.

Boletin oficial de la Provincia de Granada, del Miércoles 17 de Agosto de 1864.—Gobierno de la Provincia.—El Excmo. Sr. Ministro de la Gobernacion me comunica la Real órden siguiente:

«Ministerio de la Gobernacion del Reino.—Administracion local.—Negociado 2.°—Persuadida la Reina (q. D. g.) de la utilidad y conocimientos que ha de esparcir en todas las clases sociales de esa provincia, la propagacion de la *Biblioteca de Escritores Granadinos desde la civilizacion árabe hasta nuestros dias*, que ha de publicarse en esa Ciudad, por la iniciativa y decidida proteccion de V. S., y considerando S. M. el precio que tiene la elevacion de un monumento á las glorias de la literatura patria, ha tenido á bien recomendar á los Ayuntamientos de esa provincia su suscricion voluntaria, en la inteligencia, que se declara de abono su coste en las cuentas municipales.

De Real órden lo digo á V. S. para su conocimiento y efectos correspondientes.—Dios guarde á V. S. muchos años. Madrid 6 de Julio de 1864.—*Cánovas*.—Sr. Gobernador de la provincia de Granada.»

Despues de leida la antecedente Real Órden, en que S. M. en su alta sabiduria se ha dignado honrar con sus elogios el pensamiento iniciado por mí, diciendo que está *persuadida de la utilidad y conocimientos que ha de esparcir en todas las clases sociales de esta Provincia la propagacion de la Biblioteca*, y cuando ha llevado su soberana dignacion hasta el punto de apreciar la empresa como *la elevacion de un monumento á las glorias de la literatura patria*, nada puedo yo añadir para recomendarla á la ilustracion de los Ayuntamientos, encargados muy principalmente de fomentar la moralizacion y cultura de los pueblos.

La generosidad y munificencia soberanas hacia mi pensamiento de publicar una *Biblioteca de Escritores Granadinos*, han ido hasta el extremo de recomendar su suscricion á las Corporaciones Municipales, mandando que los gastos empleados en ella, les sean aprobados en las cuentas respectivas.

Al cumplir los Sres. Alcaldes con la soberana resolucion, darán una prueba clara y evidente de que han sabido estimar toda la importancia y trascendencia de tan glorioso proyecto, lo cual será debida y detenidamente apreciado por mí, para recomendar á S. M. la Reina los esfuerzos que hagan en pró de las ciencias y de las letras granadinas, y en beneficio de la instruccion y moralizacion de sus administrados.

Por consiguiente, espero que los señores Alcaldes, no solamente recomendarán la suscricion á los Ayuntamientos, si no que tambien la propagarán entre todas las clases sociales de esta provincia.—Granada 16 de Agosto de 1864.—*El Gobernador*, J. Gutierrez de la Vega.

Agosto 19.—Únanse á este expediente las adjuntas cartas del Excmo. Sr. D. Alejandro Mon, presidente del Consejo de Ministros; Excmo. Sr. D. Joaquin Francisco Pacheco, Ministro de Estado; Excmo. Sr. Don Pedro Salaverría, Ministro de Hacienda; Excmo. Sr. Don José María Marchesi, Ministro de la Guerra; Excmo. Sr. D. Augusto Ulloa, Ministro de Fomento; Excmo. Sr. D. Antonio Ros de Olano, Director general de Infantería, é Ilmo. Sr. D. Tomás Rodriguez Rubí, Director general de Beneficencia.—Gutierrez de la Vega.—Cumplido.

Sr. D. José Gutierrez de la Vega.—Muy Sr. mio y amigo: he visto con el mayor gusto por su estimada del 29 de Julio anterior, que ha sido coronado de un éxito feliz el laudable pensamiento de V. de publicar una *Biblioteca de Escritores Granadinos*, y que al efecto cuenta con la cooperacion de las autoridades y Corporaciones de esa provincia y con muchas de las personas ilustradas que encierra esa Capital.

Nada ciertamente mas útil que dar á conocer y popularizar si es posible las antiguas glorias de esa bella Comarca, tan rica en monumentos de la civilizacion árabe y de los que atestiguan la viva fe de ilustres monarcas, como célebre por ser la cuna de varones insignes, así en las artes y en las letras, como en las ciencias.

Yo felicito á V. por el buen resultado de su pensamiento, pues en

ello veo una prueba de que en el ejercicio de su mando, sin desatender las mejoras materiales, los intereses morales deben á V. decidida proteccion y apoyo.

Con este motivo se repite de V. atento S. S. Q. B. S. M.—*Alejandro Mon.*—San Ildefonso 10 de Agosto de 1864.

Ilmo. Sr. D. José Gutierrez de la Vega, Gobernador de la provincia de Granada.—San Ildefonso 4 de Agosto de 1864.—Muy Sr. mio: He recibido la atenta carta de 29 del próximo pasado en que me participa V. haber intentado con feliz éxito la publicacion de una *Biblioteca* de todos los *Escritores Granadinos* desde la dominacion árabe hasta nuestros dias.

Digna es, por todos conceptos, la empresa de difundir los conocimientos literarios, estimulando al efecto el legítimo orgullo que debe infundir en todo pueblo la memoria de sus hijos ilustres, y salvando acaso, al propio tiempo, de un olvido imperdonable, algunos nombres y obras dignas de veneracion y aun de gloria.

Felicito á V. pues, por su oportuna iniciativa, y deseo que el mejor resultado corone sus laudables esfuerzos.

Queda de V. atento seguro servidor Q. B. S. M.—*J. F. Pacheco.*

Sr. D. José Gutierrez de la Vega.—Granada.—Madrid 5 de Agosto de 1864 —Muy Sr. mio y de mi estimacion: tuve el gusto de recibir en los baños de Viesgo la favorecida de V. de 29 del pasado, con el prospecto de la obra que con el título de *Biblioteca de Escritores Granadinos* y bajo la iniciativa y proteccion de V., vá á publicarse en esa Capital.

Semejante pensamiento es altamente laudable, por que al pagar á los genios privilegiados que honraron en lo antiguo nuestras ciencias, un justo tributo de respeto, se despierta en los tiempos modernos una noble emulacion precursora del adelanto moral que es el principal fundamento de la civilizacion.

Ojalá que los esfuerzos de V. y de las demás distinguidas personas que han concurrido á la realizacion de aquella idea, sean justamente recompensados. Yo así lo espero, y me complazco en manifestárselo á V. al mismo tiempo que tengo el gusto de repetirme suyo atento S. S. Q. B. S. M.—*P. Salaverría.*

Excmo. Sr. D. José Gutierrez de la Vega.—Madrid 15 de Agosto de 1864.—Muy Sr. mio: con su atenta carta fecha 29 del mes último, recibí varios ejemplares del prospecto de la obra titulada *Biblioteca de Escritores Granadinos*, cuya produccion se debe á los constantes esfuerzos y cooperacion de V. E. Tal pensamiento le honra mucho, así como á los demás colaboradores, y deseo que el resultado corresponda á sus esfuerzos.

El Ministerio de mi cargo se suscribe por un ejemplar, que es lo que necesita para su Biblioteca, pudiendo V. E. si gusta dirigirse á los Directores de las armas, por si estiman procedente hacer alguna suscricion á su nombre.

Aprovecha la oportunidad para ofrecerse de V. E. con la mas distinguida consideracion atento y seguro servidor Q. B. S. M.—*José María Marchesi.*

Sr. D. José Gutierrez de la Vega.—San Ildefonso 7 de Agosto de 1864.—Muy Sr. mio y estimado amigo. He recibido con mucho gusto la atenta carta que se ha servido V. dirigirme, y los prospectos de la *Biblioteca de Escritores Granadinos desde la civilizacion árabe hasta nuestros dias.*

Excelente me parece el pensamiento de dar á conocer obras raras ó inéditas de insignes ingenios nacidos en esa afortunada region, y no menos útil reproducir por medio de la estampa aquellas que han adquirido justamente celebridad universal.

Felicito á V., pues, por la iniciativa que ha tomado en tan oportuna idea, y celebraré mucho verla realizada como requiere y es de esperar de la ilustracion de las personas encargadas de llevarla á cabo.

Queda de V. afectísimo amigo S. S. Q. B. S. M.—*Augusto Ulloa.*

Sr. D. José Gutierrez de la Vega.—Madrid 3 de Agosto de 1864.—Muy Sr. mio y de mi aprecio y consideracion: Con su muy atenta carta de 30 del pasado, he tenido el gusto de recibir el prospecto de la *Biblioteca de Escritores Granadinos* que se vá á publicar en esa Capital, y cuyo pensamiento se debe á la ilustracion de V. y á su deseo de honrar la buena memoria de los grandes escritores que han nacido en ese País.

Al dar á V. mi enhorabuena por haber concebido y realizado tan feliz pensamiento, ruego á V. tenga la bondad de decir á quien corresponda que se me considere como uno de los suscritores á dicha *Biblio-*

teca, y que se me remitan con la oportunidad debida los tomos que vayan publicando.

Aprovecho esta ocasion para ofrecerme de V. con la mayor consideracion atento y S. S. Q. B. S. M.—*Antonio Ros de Olano.*

Sr. D. José Gutierrez de la Vega.—Mi querido amigo: con particular estimacion he recibido con su apreciable carta de 30 de Julio último, el prospecto de la *Biblioteca de Escritores Granadinos*, que la posteridad deberá á la ilustrada iniciativa de V. y por cuyo magnífico pensamiento le felicito cordialmente.

De nada puede servir mi modesta aprobacion para el mayor brillo de tan grandioso monumento á las letras andaluzas, cuando ya ha conseguido la de todos los hombres inteligentes y amantes de las glorias nacionales: solo me es dado expresar mi aplauso declarándome suscritor de publicacion tan notable, rogando á Dios que á V. y á mí nos conceda la suficiente vida para ver terminada honrosa y felizmente tan alentada empresa.

Es de V. con el afecto de siempre su verdadero amigo y servidor Q. B. S. M.—*Tomás Rodriguez Rubí.*—3 de Agosto 1864. Madrid.

Setiembre 1.°—Sírvase el Sr. Jefe de Fomento recomendar la *Biblioteca de Escritores Granadinos* á todos los demás jefes de las otras provincias.—Gutierrez de la Vega.-Cumplido en 9 por medio de la siguiente carta.

Sr. Jefe de Fomento de la Provincia de. . .—Muy señor mio y compañero de mi mayor consideracion y aprecio: Granada, fecunda siempre en escritores eminentes, reclamaba ya una coleccion metódica y con esmero é inteligencia anotada, que reprodujese en nuestro dias las obras de sus inmortales hijos. Empresa tan importante y árdua, que además de llevar en pos de sí una brillante aureola de gloria para esta Capital, proporciona á la Nacion inmensas ventajas, pues facilita la lectura de preciosas producciones, difíciles de adquirir hasta aquí por la escaséz de ejemplares, reservada estaba á nuestro celoso Gobernador y distinguido literato el Sr. Don José Gutierrez de la Vega, quien habiendo concebido el pensamiento, lo ha desarrollado con increible actividad y llevádolo á cabo, contribuyendo eficazmente á

que se publique la *Biblioteca*, cuyo prospecto tengo el honor de remitir á V.

La idea, bajo este concepto, es á todas luces de interés general, y digna por lo mismo de encontrar apoyo en los españoles amantes de las letras y de su progreso en nuestro suelo. Y atendido que, al mas acendrado patriotismo, reune V. una completa ilustracion, cualidades que no podrán menos de asociarle al proyecto, no he dudado un momento dirigirle esta carta, siguiendo las inspiraciones del referido Sr. Gobernador, para que tenga la bondad de acoger bajo su proteccion la *Biblioteca de Escritores Granadinos*, recomendándola por medio de sus relaciones, á fin de que logre una suscricion tan numerosa en esa provincia, como desde luego augura la ilustracion de sus habitantes, y mas que todo, la importante influencia de V.

Tiene la honra de ofrecer á V. con este motivo la seguridad de la mas alta consideracion y afecto, su atento S. S. Q. B. S. M., Gabriel Lorenzo Perez de los Cóbos.—Granada 9 de Setiembre de 1864.

Setiembre 19.

Al dejar el Gobierno de esta provincia para ir á tomar el de la de Madrid, con que S. M. la Reina se ha dignado honrarme, voy á poner mi última firma en el expediente del primer pensamiento que traje al venir á Granada.

Si fuéramos á despertar el sentimiento de la grandeza humana en un pueblo vírgen, empezariamos por narrarle la historia de los pueblos civilizados.

Pero si fuéramos á revivir aquel mismo sentimiento en un pueblo culto, heredero de un gran pueblo, no tendriamos que hacer otra cosa sino asomarlo al espejo en que todavía se reflejan con los mas vivos y magníficos resplandores sus grandes hombres y sus grandes obras.

Esto he querido yo hacer con Granada al asomarla al espejo en que se refleja con toda su espléndida grandeza el antiguo reino granadino.

He iniciado el pensamiento, lo he desenvuelto y desarrollado con la cooperacion mas entusiasta de los hombres de letras de esta Ciudad, y las máquinas gímen arrojando los últimos pliegos del primer tomo de la BIBLIOTECA DE ESCRITORES GRANADINOS.

Aun queda mucha gloria que recoger consolidando y perpetuando el pensamiento que con salvas universales de generoso aplauso ha recibido toda la prensa española.

Regalo toda esa gloria á mis dignos sucesores en el mando de esta hermosa Provincia, que es la mayor recomendacion que puedo hacerles, y la mas rica herencia que puedo dejarles.—JOSÉ GUTIERREZ DE LA VEGA.

NOTICIAS

BIOGRÁFICAS Y BIBLIOGRÁFICAS

ACERCA

DE DON DIEGO HURTADO DE MENDOZA

Y SUS OBRAS,

ESPECIALMENTE LAS COMPRENDIDAS EN ESTE TOMO.

Llamados á coleccionar con escrupuloso esmero las obras de uno de los mas ilustres y nombrados escritores granadinos, tenemos aceptada la obligacion de hacerlas preceder de una introduccion biográfica y bibliográfica, todo lo extensa que puedan producirla nuestros escasos conocimientos, y tan acabada como nuestras graves y multiplicadas ocupaciones nos lo permitan. Vamos, pues, á dar en este discurso cuantas noticias biográficas y bibliográficas han llegado hasta nosotros acerca de Don Diego Hurtado de Mendoza y sus obras, y mas especialmente sobre las comprendidas en este tomo; deteniéndonos, segun es de justicia y nos parece de necesidad, en el juicio crítico y en la particular bibliografía de la principal de aquellas: *La guerra de Granada*. Así, parece lo mas lógico que dividamos en dos partes nuestro trabajo, cual corresponde á su índole biográfica y bibliográfica; empezando naturalmente por la biografía de nuestro autor, y examinando despues sus obras, con las noticias bibliográficas que tenemos de las en este tomo contenidas; siendo la guerra de Granada la primera de

aquellas á que consagraremos nuestra atencion; como es debido á su mérito, á su importancia y aun á su valor de localidad, que la hace tan recomendable á los granadinos.

I.

D. Diego Hurtado de Mendoza nació en Granada, á fines del año de 1503 ó á principios del siguiente: pues en una carta suya, dirigida á Gerónimo de Zurita, con fecha 9 de Diciembre de 1573, le manifestó *que iba á cumplir 70 años*; la cual hace ver que su nacimiento tuvo lugar en Diciembre de 1503 ó acaso en el mes de Enero siguiente. Que Granada es su pátria, no puede hoy ya dudarse; á pesar de que Toledo le reclama como hijo suyo por boca del erudito D. Tomás Tamayo de Vargas en sus *elogios de los célebres escritores carpetanos*, cuya pretension está completamente destituida de fundamento, por que consta que los padres de D. Diego Hurtado de Mendoza permanecieron en Granada en la indicada época del nacimiento de éste, á causa de ser necesaria su presencia en esta Ciudad, no de mucho antes conquistada y ya inquieta y revuelta por los moriscos desde 1499, con aquel movimiento y aquella rebeldía que duraron largo tiempo. El Conde de Tendilla y Marqués de Mondejar no podia de modo alguno abandonar á nuestro Reino en semejantes circunstancias; y tampoco es creible que D.ª Francisca Pacheco, segunda muger del Marqués y madre de D. Diego Hurtado de Mendoza, se apartase de su marido retirándose á Toledo para huir de las turbulencias de Granada; cuando aparece por la relacion de Mármol, que aquella Señora, de ánimo heróico y varonil, se quedó con sus hijos pequeños, á manera de

rehenes, en una casa junto á la Mezquita mayor, luego que el Marqués logró sosegar á los sediciosos que se alzaron en el Albaicin. Además, el mismo D. Diego, en una carta que escribió al Capitan Salazar, asegura *que nació en Granada;* firmándose, con arreglo al gusto de su época, con este dulce pseudónimo: *el Bachiller de Arcádia*, probablemente aludiendo de un modo delicadísimo á nuestro hermoso país, que desde tierra extrangera recordaría con amor, como mas tarde otro ilustre granadino decia:

Ví en el Támesis umbrío
cien y cien naves cargadas
de riqueza;
ví su inmenso poderío,
sus ártes tan celebradas,
su grandeza.
Mas el ánima afligida
mil suspiros exhalaba
y ayes mil;
y ver la orilla florida
del manso dauro anhelaba
y del Genil.

Acerca de la genealogía de D. Diego Hurtado de Mendoza no hay ni la menor dificultad; pues todos sus biógrafos convienen en que fué hijo de Don Íñigo Lopez de Mendoza, segundo Conde de Tendilla y primer Marqués de Mondéjar, procreado en su matrimonio con su segunda muger D.ª Francisca de Pacheco, hija de Don Juan Pacheco, primer Duque de Escalona y Marqués de Villena; por lo cual nuestro D. Diego fué descendiente del famoso Marqués de Santillana, que tanto ilustró á la literatura española en el reinado de D. Juan 2.º

De todas las biografías á que podemos referirnos, la que consideramos mas completa es la escrita por Don Ignacio Lopez de Ayala, é inserta por Sedano en su *Parnaso Español* (1770) al principio del tomo 4.°, la cual fué reproducida por Benito Monfort al frente de su edicion de la *guerra de Granada*, hecha en Valencia en 1776 y calificada como la mas bella y correcta, á la vez que la mas completa de todas. Por lo tanto, y sin dejar de atender á las demás noticias que los otros biógrafos nos dan, vamos principalmente á ceñirnos á la *vida de D. Diego Hurtado de Mendoza* compuesta por el citado Lopez de Ayala.

Logró D. Diego particular instruccion en su niñez y verosimilmente recibió la mayor parte de ella de Pedro Mártir de Anglería; porque habiendo este sido el instructor de los hijos de casi todos los magnates de aquel tiempo, residiendo en Granada y estando tan obligado á los Mendozas, como que el primer Conde de Tendilla le trajo á España, por lo cual mantuvo el Pedro Mártir estrecha y franca comunicacion con el D. Íñigo Lopez de Mendoza padre de nuestro autor, es lo natural que Anglería facilitase á este la enseñanza que con menor obligacion habia comunicado, y daba en aquel tiempo, á otros jóvenes distinguidos. Aprendió, pues, D. Diego las lenguas castellana y latina en Granada, y despues la griega y la arábiga, en Salamanca; de lo cual hace mérito Ambrosio de Morales en su dedicatoria á D. Diego Hurtado de Mendoza de sus *antigüedades de España*, donde le dice: «Habiendo estudiado vuestra Señoría las tres lenguas latina, griega y arábiga en Granada y Salamanca, y despues allí los derechos Civil y Canónico; y habiendo andado buena parte de España para ver y sacar fielmente las piedras antiguas della, pasó á Italia... etc.»

Es infundado lo que algunos han dicho de que los padres de D. Diego trataron de consagrarle á la Iglesia; de lo cual no hay dato alguno, y antes bien el Marqués de Mondéjar en la Historia de la casa de este nombre, que existe manuscrita en la Biblioteca nacional, pone en duda semejante aserto, y se apoya en el citado testimonio de Ambrosio de Morales, quien estando tan enterado de la vida de D. Diego Hurtado de Mendoza en todos sus pormenores, no habria omitido seguramente esta noticia de su dedicacion á la carrera eclesiástica, ó de las tentativas hechas por sus padres para que la siguiese, á ser verdad que hubo semejantes propósitos. El hecho es que D. Diego pasó su mocedad militando en Italia y en otras partes; si bien hermanando, como otros muchos célebres españoles, el servicio de las armas con los estudios y la profesion de las letras. No constan en particular las guerras y batallas en que se halló; pero hablando él mismo del mal aparejo y desórdenes que veia en la guerra de Granada, de que fué historiador tan diligente, dijo: «que no podia por menos de acordarse de los numerosos ejércitos *en que se halló*, guiados por el Emperador D. Cárlos y por el Rey Francisco de Francia:» de donde puede inferirse, que se encontró entre los sitiadores de Marsella en 1524, y en la batalla de Pavía; siendo tal vez el D. Diego de Mendoza cuya compañía tanto se distingnió en esta, como afirma Sandoval. Igualmente es verosimil que concurrió á la guerra que se hizo contra Lautrec sobre el ducado de Milan, y á la batalla de la Bicoca en 1522; así como á la entrada de Cárlos 5.° en Francia en 1536. Pero en medio de la inquietud y estruendo de las armas mostraba de contínuo su ardiente inclinacion á la literatura, y en el tiempo de invierno, en que aquellas regularmente permitian mas descanso,

pasaba á las famosas Universidades de Bolonia, Pádua, Roma y otras, donde el antiguo escolar de Salamanca y el discípulo de Pedro Mártir de Anglería, cultivaba las matemáticas, la filosofía y otras ciencias; teniendo por Maestros á Profesores tan célebres como Agustin Nifo y el sevillano Juan Montesdoca que murió en 1532.

Los talentos y laboriosidad de D. Diego Hurtado de Mendoza, juntamente con su esclarecida estirpe, le hicieron tan recomendable á los ojos del Emperador Cárlos 5.° que le concedió este todo su aprecio, y se lo mostró confiándole los negocios mas árduos y las Embajadas mas críticas que durante su imperio hubo. En 1538 estaba ya D. Diego de Embajador en Venecia; y no sabemos si entonces, ó en otra época de su larga carrera diplomática, formó el juicio del gravísimo empleo de Embajador que luego emitió con desembozada ironía en su carta á D. Luis de Zúñiga, cuando dice:

¡Oh Embajadores, puros majaderos,
que si los Reyes quieren engañar,
comienzan por vosotros los primeros!

Lo cierto es que en la embajada de Venecia prestó eminentes servicios; y ajustadas las paces, por influjo de Francisco 1.°, sucedió que los comisarios enviados por este, que fueron muertos en el Pó, llevaban instrucciones muy contrarias á los intereses de Venecia; de las cuales hizo D. Diego presentacion al Senado, para que el mismo comprendiese las potencias de que debia fiarse, y conociera el error que habia cometido en abandonar la alianza del Emperador y procurar mantener amistad con el Rey de Francia, que conspiraba contra la República.

Además de desempeñar la embajada con esplendor, D. Diego Hurtado de Mendoza perseveró con teson en el

estudio, y sobre todo puso particular esmero en juntar manuscritos griegos, hacerlos copiar á grande costa, buscarlos y traerlos de los mas remotos senos de la Grecia; de suerte que envió hasta la Thesalia y Monte Athos, á Nicolás Sofiano, natural de Corcira, á investigar y recoger cuanto hallase recomendable de la erudicion griega. Valióse tambien de Arnoldo Ardenio, doctísimo griego, para que le trasladase, con extraordinarios gastos, muchos Códices manuscritos de varias Bibliotecas y principalmente de la que fué del Cardenal Besarion.

Por este medio logró la Europa poseer muchas obras que no habia aun visto, y quiza no veria, de los mas célebres autores griegos, asi sagrados como profanos; á saber: San Basilio, San Gregorio Nacianceno, San Cirilo Alejandrino, todo Archímedes, Heron, Apiano y otros. De su Biblioteca se publicaron las obras completas de Josefo; pero lo que principalmente lo ha hecho memorable fué el regalo que mereció al Gran Turco Soliman, por haberle enviado un cautivo á quien amaba con extremo libre y sin rescate; aunque Don Diego lo compró á fuerte precio de los que le habian aprisionado. El Gran Señor queria manifestar su agradecimiento con dones correspondientes á su magnificencia; pero Hurtado de Mendoza, admitió solamente una recompensa propia de la nobleza de su nacimiento y del desinterés de un Ministro público. La Señoría de Venecia se hallaba con extrema escasez de granos, y por sacarla de tan estrecho ahogo pidió á Soliman que permitiese á los vasallos de aquella comprar libremente trigo en los Estados Turcos y conducirle á los de la República. Logró esta peticion, y otra segunda, que fué la remision de muchos manuscritos griegos, que preferia á los mas ricos tesoros. Varian mucho los autores sobre el número de ellos. Andrés Es-

coto no duda asegurar que recibió *una nave cargada de manuscritos:* Claudio Clemente copia las mismas palabras en la *Historia de la Biblioteca del Escorial:* Ambrosio de Morales y D. Nicolás Antonio aseguran que fueron *seis arcas llenas*. Últimamente, D. Juan de Iriarte en la *Historia de los manuscritos griegos de la Librería Real de esta Corte*, obra recomendable por su mérito y por las muchas noticias que da de varios escritos apreciables de célebres autores aun no publicados, rebaja extraordinariamente el número de volúmenes, y persuadido de poseer el catálogo de los manuscritos griegos de D. Diego que copió de un códice propio de la librería del Duque de Alba, aseguró que no fueron mas que *treinta y un volúmenes;* cuyo catálogo inserta en dicha Biblioteca.

La casa de D. Diego Hurtado de Mendoza era la mansion de las personas erúditas, pues trataba á los sabios de Italia con la estimacion de un hombre que lo era. En el Senado (dice Lopez de Ayala) era un Demóstenes y un Sócrates en Casa: en aquel admiraban el torrente de su elocuencia los Senadores y en esta embelesaba con su erudicion, con sus noticias y discursos filosóficos á los Cardenales, Obispos, Nobles y Literatos que con gran frecuencia le visitaban. En estas ocupaciones le vino á interrumpir el nombramiento de Gobernador de la República de Sena, rica y populosa Ciudad libre de la Toscana, que habiendo conservado por muchos siglos su independencia fué trabajada luego por la discordia y al fin tuvieron sus habitantes que apelar al Emperador implorando su patrocinio, el cual obtuvieron siéndoles enviado por Cárlos 5.° el ilustre D. Diego Hurtado de Mendoza, quien alcanzó vencer por buenos términos todos los inconvenientes y mantener á los ciudadanos en perfecta tranquilidad.

Por este tiempo el Pontífice Pablo 3.° en su bula de 22 de Mayo de 1542 habia designado á la Ciudad de Trento para la celebracion del Concilio á que le instaba el Emperador, el cual estando en Barcelona en 18 de Octubre de aquel año, nombró por sus Embajadores para que le representaran en tan augusta asamblea al gran Canciller Granvela, su hijo el Obispo de Arras y Don Diego Hurtado de Mendoza, quienes llegaron á Trento en 8 de Enero de 1543; pues aun cuando el Marqués de Aguilar, Embajador de España en Roma, estuvo tambien nombrado para asistir al concilio, no se apartó de aquella Capital. Los legados del Papa fueron, en un principio, los Cardenales Moron, Paris y Polo, despues los del Monte y Santa Cruz.

D. Diego Hurtado de Mendoza tenia ostensiblemente la comision de instar y apresurar cuanto posible fuese la reunion del concilio; mas los que solo miran en este una augusta asamblea de Prelados eclesiásticos para definir los dogmas y reformar canónicamente la disciplina de la Iglesia, no conocen ciertamente su historia, lo cual nos patentiza que, si no en sus sesiones públicas, en las secretas ó preparatorias, fué aquel un Congreso europeo en donde se discutieron los mas altos intereses políticos, y en que, por consecuencia, era muy necesaria la presencia de los hombres mas capaces de manejarlos. Granvela pasó desde Trento á la dieta de Nuremberg, y no habiéndose adelantado en esta cosa alguna y creyéndose inútil que Hurtado de Mendoza permaneciera en Trento, se le comunicó la órden de retirarse, á fines de 1543; volviendo á su embajada de Venecia, en la que le aguardaban asuntos de no pequeña entidad.

Dos años mas adelante, en el mes de Marzo de 1545, fué otra vez Don Diego á Trento para la apertura del

Concilio, y en union de Granvela reprodujo las proposiciones que tenia hechas en cumplimiento de las instrucciones que llevaba. Entonces fué cuando Hurtado de Mendoza excitó la universal admiracion con el discurso que pronunció en lengua latina, en la conferencia de 8 de Abril, delante de hombres tan competentes como el Cardenal Madrucci, y los Obispos de Feltre (Tomás Copeggi) de la Caba (Tomás de San Felix) y de Bitondo (Fr. Cornelio Muro), franciscano; en cuya ocasion, á la par que de su sabiduría, dió muestras de su altivez castellana, pretendiendo sentarse inmediatamente despues de los legados y antes del Cardenal Madrucci; siendo el resultado de la disputa que promovió y sostuvo con dignidad, colocarse de modo que *ni cedió ni precedió*. Si en 1546 no se disolvió el Concilio, al acercarse á la Ciudad el ejército protestante del Tirol, debido en gran parte fué á la firmeza de D. Diego Hurtado de Mendoza, quien, ateniéndose siempre á las instrucciones del Emperador cuya representacion ostentaba secundando lealmente su política, se opuso á la intentada disolucion con aquella energía y aun con aquella impetuosidad que se dibujan en su carácter: si bien creemos que algunos historiadores contemporáneos exajeran sus noticias y apreciaciones, cuando dicen (y á ellos se refiere Sarpi) que Don Diego amenazó al Cardenal de Santa Cruz con *echarle al rio* si persistía en aconsejar que el Concilio se disolviese.

Aquejado de calenturas intermitentes, Hurtado de Mendoza tuvo que regresar á Venecia; mas no por ello desatendió ni su gobierno de Sena ni su representacion en el Concilio. No asistió, á causa de su enfermedad, á las solemnes sesiones de 13 de Diciembre de 1545 y 7 de Enero de 1546; pero envió á su Secretario Alonso de

Zorrilla, para que le excusase; prometiéndose poder concurrir á la tercera: cosa que le fué imposible, por haber esta tenido lugar demasiado pronto, en 4 de Febrero de dicho año. Por desgracia sus cuartanas se hicieron rebeldes y frustraron los buenos propósitos de Hurtado de Mendoza, quien, á toda costa, queria ir á la cuarta sesion; despues de la cual, y estando ya nombrado para sustituirle D. Francisco de Toledo, llegó á Trento, desde Padua donde residia en busca de su salud, acompañado del Doctor Paez de Castro; siendo instado á concurrir por el mismo Toledo. Por fin concurrió á las sesiones 5.ª, 6.ª, 7.ª y 8.ª, celebradas en 17 de Junio de 1546; 13 de Enero de 1547; 3 de Marzo del mismo, y 11 del propio Marzo; en cuyo dia acordó el Concilio trasladarse á Bolonia; si bien para evitarlo, se prorogó su sesion inmediata hasta el 21 de Abril.

Despues de la excision del Concilio, en el citado año de 1547, fué D. Diego Hurtado de Mendoza nombrado embajador de España en Roma; llevando en su compañía á D. Manuel Perez de Ayala, é instrucciones terminantes para sostener las pretensiones del Emperador, el cual mandó tambien á sus comisarios Francisco de Vargas y Martin Soria Velasco que protestasen en Bolonia sobre la traslacion del Concilio á esta Ciudad. Con semejante motivo, y con toda la firmeza de su carácter, se presentó D. Diego en el consistorio, y dirigiéndose al Papa en presencia de los Cardenales, hizo una fuerte reclamacion, que concluyó diciendo: *que tenia órden de protestar contra la reunion de Bolonia:* protesta que dió lugar á muchos incidentes en cuya narracion no podemos detenernos, y que al cabo formalizó Hurtado de Mendoza en el año de 1548, ante todos los cardenales y embajadores que se hallaban en Roma. Poco despues protestó

de nuevo ante el Papa en nombre y con órden especial del Emperador, con la natural energía de su carácter; y habiéndole aquel contestado: *que parase mientes en que estaba en su casa, y que no se excediese*, D. Diego le replicó: «que era caballero, y su padre lo habia sido, y como tal *habia de hacer al pié de la letra lo que su señor le mandaba, sin temor alguno de su Santidad;* guardando siempre la reverencia que se debe á un vicario de Cristo; y *que siendo ministro del Emperador, su casa era donde quiera que pusiese los piés*, y allí estaba seguro.»

Sería mejor referir mas al pormenor los importantes servicios que prestó D. Diego en ocasion tan señalada y en circunstancias tan difíciles, los cuales el citado Lopez de Ayala extracta de la historia del Concilio de Trento del Cardenal Palaviccino; y apartándonos ya de esta época de la vida de nuestro autor, volvemos á encontrarle en España por los años de 1554, y le hallamos ora en el Consejo de Estado, ora en compañía de Felipe 2.° en la gran jornada de San Quintin, en 1557. Despues de esta, se mantuvo en la Corte de España con menos aceptacion por parte del nuevo Rey de la que justamente habia merecido al Emperador. Entonces publicó algunas de sus cartas en que se distinguió, mas que por su aguda crítica, por su estilo elocuente y lleno de los mas delicados primores del habla castellana; si bien se encubría con el pseudónimo del Bachiller de Arcadia ó Bachiller Arcade. Y le sucedió entonces que hallándose en Palacio tuvo palabras muy duras con cierto caballero, á quien se vió en la necesidad de quitar su puñal y arrojar por un balcon: hecho ruidoso que desagradó mucho al severo Rey D. Felipe, quien tomándole á desacato y sin atender á sus legítimas excusas, le desterró de la Corte.

Retirado D. Diego á Granada, vivió tranquilamente

consagrado al estudio en su honrosa y respetable ancianidad, dedicado principalmente á escribir su historia de la guerra de los moriscos, parte de la cual vió, como dice, y parte óyó de las personas que en ella *pusieron las manos y el entendimiento*. No llevaba, sin embargo, de buen talanto el destierro, como lo insinua en la última estrofa de la cancion que dirigió á D. Diego de Espinosa su amigo, Presidente de Castilla, felicitándole por el Capelo que la Santidad de Pio V le concedió en el mes de Marzo de 1568. Aquí era consultado de los sabios sobre distintas materias y en particular acerca de las antigüedades de España, como consta por la dedicatoria de Ambrosio de Morales, donde celebra este su extraordinaria erudicion en la geografía y su grande juicio para determinar qué sitios y pueblos modernos corresponden á las Villas y Ciudades antiguas, para lo cual hacia muy útil uso de las lenguas griega, hebrea y árabe que nunca dejó de cultivar, dedicándose singularmente á las antigüedades arábigas y habiendo juntado mas de cuatrocientos Códices árabes, como lo atestigua Gerónimo de Zurita, á quien comunicó algunos datos para sus anales de Aragon.

D. Diego Hurtado de Mendoza en los últimos años de su vida, postrado por la edad y las enfermedades, buscó alivio á sus dolencias en la comunicacion con Santa Teresa de Jesús y otras religiosas de su Órden, con las cuales nuestro autor sostuvo una notable correspondencia, no menos que con el P. Fray Gerónimo Gracian de quien era muy conocido y estimado. No vivió mucho despues. El Rey Felipe le permitió ir á la Corte, y habiendo Don Diego encomendado á Zurita que le buscase habitacion proporcionada é inmediata á la suya, juntó sus libros de que hizo ofrenda al Rey, emprendió su viaje y logró al cabo llegar á Madrid, donde á los pocos dias le acome-

tió la última enfermedad y se le acabó la vida en Abril de 1575.

De ningun modo podemos terminar esta biografía mejor que repitiendo algunas palabras del biógrafo que nos ha servido de guia: «Tuvo religion, dice, sin mezcla de superticiones y fué tenaz y constante en los empeños que emprendia; resuelto é incapaz de miedo en la egecucion do ellos; celoso del bien público que defendia aun exponiendo su persona; diestro en el manejo de los negocios; perspicaz en el conocimiento de los hombres, de los que se valía el tiempo que le aprovechaban. Esto como Ministro público: como particular era afable, humano, amigo y protector de los sábios, inclinado á honestas diversiones y á la conversacion de los hombres doctos. Declinaba tal vez en algunas chanzas y agudezas satíricas, como lo manifiestan muchas de sus poesías inéditas y algunas impresas. La gloria inmortal con que este grande hombre siguió las carreras militar, política y literaria, merece, sin duda, un elogio histórico mas bien acabado que éstas imperfectas noticias.

II.

D. Diego Hurtado de Mendoza dejó escritas las obras siguientes:

Guerra de Granada.

El Lazarillo de Tormes.

Diálogo entre Caronte y el alma de Pedro Luis Farnesio.

Carta burlesca al Capitan Pedro de Salazar.

Estas cuatro son las comprendidas en el presente tomo.

Tambien se dice escribió algunas que no se llegaron á imprimir, como son:

Paraphrasis in totum Aristotelem.

Traduccion de la mecánica de Aristóteles.
Comentarios políticos.
Conquista de la Ciudad de Tunez.
Batalla Naval.

Y en la Biblioteca nacional se conservan inéditos algunos manuscritos, que se atribuyen á este escritor; á saber:

Sus Representaciones.
Cartas al Rey y otras personas.
Notas á un Sermon portugués.
Cartas sobre la vida de Cantariveras; cuyo verdadero autor parece fué D. Eugenio de Salazar y Alarcon.

En el año de 1610 se publicaron en Madrid las obras poéticas del insigne Caballero D. Diego de Mendoza, Embajador del Emperador Cárlos V en Roma, por Frey Juan Diaz Hidalgo, dedicadas á D. Íñigo Lopez de Mendoza, cuarto Marqués de Mondejar.

La *Guerra de Granada*, como se vé, es la primera y mas importante de las obras de nuestro autor, y la que formó y asegura su mayor fama, tanto por su ingenio cuanto por su elocuencia; proporcionándole las dos coronas de historiador y hablista. Es menester, por consiguiente, detenernos muy en particular en el estudio de la *Guerra de Granada*.

En cuanto á su bibliografía, tenemos que la primera edicion de esta obra se hizo en Madrid por Luis Tribaldos de Toledo en el año de 1610, en cuarto: despues se reprodujo en Lisboa por Craestek, en 1627; en Madrid, en la imprenta Real en 4.°, en el año de 1674; en Valencia, por Cabrera en 1730, y por Mallen y Berard en 1830, en 8.°; y en París en el *Tesoro* de *Historiadores españoles*, en 1840: en Barcelona en 1842; imprenta de Juan Oliveres, se reprodujo la edicion mas correcta; ó

sea, la hecha en Valencia por Monfort en 1776 en 4.°; en la cual por primera vez se publicó el trozo que faltaba al fin del libro 3.°, hallado por Luis Tribaldos el año de 1628, y que suplió en la primera edicion el Conde de Portalegre. Finalmente, en la *Biblioteca de Autores españoles* desde la formacion del lenguaje hasta nuestros dias, que con tan grande acierto y tanta gloria suya está publicando el Sr. D. Manuel Rivadeneyra, se ha vuelto á reproducir la edicion de Monfort, con sus notas, en el tomo XXI, bajo el título de *Historiadores de sucesos particulares*, coleccion dirigida é ilustrada por D. Cayetano Rosell.

Varias introducciones han sido puestas á la Guerra de Granada de Hurtado de Mendoza. Nosotros conservamos al frente de esta obra clásica el prólogo de Luis Tribaldos de Toledo, á quien es debida la edicion príncipe, ó sea, la de Madrid de 1610. Sin embargo, no creemos deber condenar al olvido, y antes nos consideramos en la obligacion de insertar, como lo hacemos á seguida, la *introduccion de D. Juan de Silva, Conde de Portalegre, Gobernador y Capitan General del Reino de Portugal, á la Historia de Granada de D. Diego de Mendoza*, que dice así:

«Mostró D. Diego de Mendoza en la Historia de la Guerra de Granada tanto ingenio y elocuencia, que, al parecer de muchos, adelantó un gran trecho los límites de la lengua castellana. Es el estilo tan grave, y tan cubierto de artificio, que hizo competir una materia estrecha y humilde con las muy finas de estado y con cuantos misterios quiere Marchinveli colegir de Tito Livio. Fué muy diestro en la imitacion de los clásicos, tanto, que

sin perjuicio de nuestra lengua, con propiedad y sin afectacion, se sirve de los conceptos, de las sentencias y muchas veces de las palabras de los autores latinos traducidos á la letra, y se verán en esta obra cláusulas enteras y mayores pedazos de Salustio y de Cornelio Tácito. Guardó con gran destreza el rigor á la apariencia de la neutralidad, loando enemigos y culpando amigos: en lo primero, se igualó á los mejores, porque no alaba mas ni de peor gana Salustio á Marco Tulio, que Don Diego al Duque de Alba: en lo segundo, pienso que excedió á todos; porque hablando de su padre y de su hermano como de extraños, y de su sobrino cuasi como enemigo, allá no se por donde los torna á enderezar de manera, que vienen á quedar como les cumple, amenazados á la cabeza, heridos en la ropa, y al fin alabados. Hasta de las imperfecciones, que no le habian de faltar, puede ser loado; porque tiene gracia en ellas, no sabiendo refrenar cierta travesura suya que le inclina á burlar con las veras á veces demasiado. Tuvo todavía una gran desgracia esta historia, que por ser escrita en estilo tan diverso del ordinario, se corrompieron miserablemente las copias que della se sacaron, y fueron muchas; porque los que no la entienden, ó á lo menos no la penetran, por la fama del autor la buscan y la estiman, obligándose á mostrar que gustan della. Y D. Diego tambien no castigaba mucho sus obras, en prosa ó en verso; como suelen los grandes ingenios, que no liman con paciencia lo que labran. De aquí resulta notarle algunos (con causa ó sin causa) que rompió los fueros de la historia y que merece mas loor por partes que por junto. Resultaron asímismo tantos yerros en la ortografía y en la puntuacion, que pasó el daño adelante á trocar, quitar y añadir palabras, sacando de su sitio las conjunciones y ligadu-

ras de la oracion. Costó trabajo enmendar de dos ó tres copias esta, religiosamente como era justo, porque no se mudaron sino puntos, pasando pocas veces á otra parte las mismas palabras si la cláusula no se puede entender bien de otra manera, ó quitando algunas, muy pocas, cuando son notoriamente superfluas. Finalmente, entre esta copia y cualquiera de los originales de donde se sacó, hay menos diferencia de las que ellas entre sí tenian.»

Y ya que hablamos de la edicion en que intervino el Conde de Portalegre, nos parece oportuno insertar aquí el complemento que éste puso al libro 3.° de la obra de Hurtado de Mendoza, y corrió en todas las ediciones desde la de 1610 hasta la de Valencia de 1776. Dice así:

«Hemos llegado á un peligroso paso, donde D. Diego deja la historia rota por desgracia, si no fué de industria para ganar honra con la comparacion del que la pretendiese continuar. Por que sea quien fuere, lo añadido sería de estofa mucho menos fina, y aunque se hallaran cuando esto se escribe testigos vivos y de vista, por cuya relacion se pudiera perseguir cumplidamente lo que falta, será lo mas seguro hacer tomarlo de esta quiebra, y no suplemento; imitando antes á Floro con Livio, que á Hirtio con César; pues no le bastó su tan docto, tan curioso, testigo de sus empresas y camarada (como dicen los soldados) para que no se vea muy clara la ventaja que hace el estilo de los comentarios al suyo. En el trozo que se corta se contiene la segunda salida del Sr. D. Juan en Campaña, el sitio peligroso y porfiado de la Villa de Galera, la expugnacion de aquella plaza, la muerte de Luis Quijada, desgraciada y lastimosa, el suceso de Seron y de Tíjola; cosas todas de gran consecuencia y consideracion, si D. Diego las escribiera, haciendo á su modo anatomía de los afectos de los ministros y de las

obras de los soldados. Mas no se puede restaurar lo que se perdió (si algun dia no se descubre); contentémonos con saber que:

De Baza fué el Sr. D. Juan á Güescar de donde salió el Marqués de los Vélez á encontrarle y tornó acompañándole con muestras de mucha cortesía y satisfaccion hasta ponerle á la puerta de la posada donde habia de alojar. De allí tomó licencia sin apearse, admirándose los presentes, y con un trompeta delante y cinco ó seis gentiles-hombres se retiró (sin detenerse) á su casa, de donde no salió despues, porque, segun se decia, no se quiso acomodar á servir con cargo que no fuese supremo.

De Güescar fué D. Juan á reconocer á Galera con Luis Quijada y el Comendador mayor: reconocida, hizo venir el ejército, sitióla por todas partes y alojóse en el puesto de donde el Marqués se habia levantado. El sitio de aquella Villa, se hace muy fuerte, porque está en una eminencia sin padrastros y estrechándose, va bajando hasta el rio acabando en punta con la figura de una proa de galera, de que toma el nombre, dejando en lo alto la popa. Estan las casas arrimadas á la montaña y esta es su fortaleza y la razon por que puede excusar la muralla; porque siendo casa-muro la bala que pasa las casas sale y métese en la montaña, y así viene á ser lo mismo batir aquella tierra que batir un monte. No se habia esto esperimentado con la batería del Marqués, porque no tenia sino cuatro lombardas antiguas del tiempo del rey D. Fernando (como se dijo atras) que con las balas de piedra blanda no hacian efecto ninguno, por lo cual hizo D. Juan venir algunas piezas gruesas de bronce de Cartagena, Sabiote y Cazorla. Atrincheóse con gran cantidad de sacos de lana, por que faltaba tierra y sobraba lana de los labaderos que

tenian en Güescar los Ginoveses que la compran para llevar á Italia; no poniendo las sacas por costado sino de punta, por hacer mas ancha la trinchea: sucedió con todo alguna vez penetrar una bala de escopeta turquesa la saca, y meter al soldado que estaba detrás, con seguridad á su parecer. Batióse Galera con poco efecto, porque teniendo la muralla delgada, no hacian las balas ruina, sino agujeros, pasando de claro, los cuales servian despues á los enemigos de troneras. Diósele el asalto por dos partes, y fueron rebotados los nuestros con notable daño en la superior, por no se haber hecho buena batería, y en la mas baja, por la eminencia de los terrados, de donde los ofendian los moros con gran ventaja, como tambien lo hicieron en algunas salidas, que costaron mucha sangre nuestra y suya, y en una degollaron cuasi entera la compañía de Catalanes que traia D. Juan Buil. Con estos sucesos pareció que no se podia ganar la plaza por batería y comenzóse á minar secretamente; pero no se les pudo esconder á los enemigos la mina; la cual reconocieron, y lo publicaban á voces de la muralla; visto esto, se ordenó que se hiciese otra juntamente, por consejo, segun dicen, del Capitan Juan Despuche, con intento de hacer demostracion que se arremetia, moviéndose los escuadrones hasta ciertas señales que estaban puestas para que volando la primera, se engañasen los moros, creyendo que era pasado el peligro y saliesen á la defensa. Sucedió ni mas ni menos, y dióse fuego á la segunda, la cual hizo tanta obra, que los voló hasta la plaza de armas, sin dejar hombre vivo de cuantos estaban á la frente; subieron los nuestros con trabajo, pero sin peligro y plantaron las banderas en lo mas alto, que fué la ocasion de desconfiarlos del todo, y de rendirse sin resistencia, degollándolos, sin excepcion de sexo ni edad,

por espacio de dos horas. Cansose el Sr. D. Juan y mandó envainar la fúria de los soldados y que cesase la sangre. Murieron sobre esta fuerza veinte y cuatro Capitanes: cosa no vista hasta entonces; despues dicen los de Flandes que compraron al mismo precio las Villas de Harlen y Maestrich, con que se confirma la opinion de los antiguos, que llaman á nuestra nacion pródiga de la vida y anticipadora de la muerte.

De Galera caminó el campo á Caniles la vuelta de Seron. Pasó Luis Quijada por la vanguardia, á reconocerle, y hallándole desamparado, porque la gente se subió á la montaña, se desmandaron algunos de los nuestros, y entraron sin órden á saquear la tierra; los moros los vieron, y bajaron de lo alto, dieron sobre ellos y pusiéronles en huida, tomándolos de sobresalto ocupados en el saco. Llegó Luis Quijada á recojerlos y amparándolos y metiéndolos en escuadron, fué herido desde arriba, de un arcabuzazo en el hombro de que murió en pocos dias. Era hijo de Gutierre Quijada, Señor de Villa García, famoso justador al modo castellano antiguo; sirvió al Emperador de page, subiendo por todos los grados de la Casa de Borgoña, hasta ser su mayordomo y Coronel de la infantería española que ganó á Ternana, plaza muy nombrada en Picardía; y solo este caballero escogió, cuando dejó sus reinos «para que le sirviese y acompañase en el monasterio de Yuste, haciendo el oficio de mayordomo mayor de pequeña casa y de gran príncipe. Dejóle encargado secretamente á D. Juan de Austria, su hijo natural: crióle sin decirle que lo era, hasta el tiempo en que quiso el rey su hermano que le descubriese, siendo entonces Luis Quijada caballerizo mayor del príncipe D. Cárlos, y despues del Consejo de Estado y presidente de las Indias. La desgracia subió de punto por no

dejar hijos. Sintió y lloró su muerte el Sr. D. Juan, como de persona que le habia criado, y á quien tanto debia. Detúvose en aquel alojamiento algunos dias con muchas necesidades: los moros se recogieron en Tíjola y Purchena, y representáronse en este tiempo á nuestro campo tres ó cuatro veces con cuatro mil peones y cuarenta ó cincuenta caballos, extendiendo las mangas hasta tiro de escopeta de los nuestros. Ordenóse que, so pena de la vida, ninguno trabáse escaramuza con ellos, y así, tornaron siempre sin hacer ni recibir daño; y el campo se movió para ir sobre Tíjola, y ellos se retiraron á Purchena, dejando á Tíjola bien guarnecida de gente y municionada. Salióse á la redonda; mas la tierra es tan áspera, que hubo gran dificultad en subir la artillería donde pudiese hacer efecto; en fin, se subió con grande industria, y se les quitaron las defensas con ella; habíase de batir mas de propósito al dia siguiente, pero los moros no lo esperaron, y saliéronse á los diez dias de aquella noche por diversas partes, habiendo hurtado el nombre al ejército (cosa muy rara); y dándole todos á las primeras postas á un mismo tiempo, rompieron por los cuerpos de guardia y salieron á la campaña. Perdiéronse tantos en esta salida, que los menos se salvaron. Por la mañana se siguió el alcance á los desmandados hasta Purchena, que se rindió sin resistencia, porque la gente estaba ya fuera, y no habia sino mujeres, pocos hombres y alguna ropa. Algunos de los nuestros quedaron dentro, los mas pasaron, siguiendo á los enemigos hasta el rio de Macael. D. Juan pasó de Tíjola á Purchena y guarnecióla: de allí fué, dejando presidios en Cantoria, Tavernas, Frexiliana y Almería, y llegó á Andarax, donde se juntaron el Duque de Sesa y el Comendador mayor. Venia el Duque de hacer su jornada,

que concurrió con la misma de Galera que se ha referido en este sumario; tornando á atar el hilo de la historia de D. Diego en el libro siguiente.»

Hablando de esta obra el erudito D. Antonio de Capmany y de Montpalau, en el tomo 3.° de su *Teatro histórico-crítico de la elocuencia española*, emite el juicio siguiente:

«De todos los escritos de este hábil político, el que le ha grangeado mas celebridad y opinion en la república literaria, es su Historia de la guerra contra los Moros de Granada, de la cual entresacamos algunos pasages, por haber parecido los mas sobresalientes en la elevacion del estilo, grandeza de los pensamientos, y viveza de las imágenes. Con razon le han comparado algunos á Salustio, á quien imita, mas que otro escritor español, en lo enérgico, preciso y sentencioso; pero en la austeridad é imparcialidad de su juicio es superior á todos, cuando pinta con sus colores propios los caractéres, costumbres y designios de los gefes y capitanes que pusieron el entendimiento ó las manos en aquella guerra; sin adular á los cristianos ni á los moros, á los amigos ni enemigos, á los deudos ni estraños. En fin, es el primer historiador español que supo hermanar la elocuencia política; es decir, que supo juntar en una misma obra el arte de escribir bien con el de pensar. Su expresion, que es nerviosa y concisa, forma un estilo grave, tan lleno de cosas como de palabras, al cual dá el último realce el uso oportuno de sentencias y reflexiones, cortadas por el mismo aire. Mas tambien hemos de confesar, que al paso que su elocucion es noble, enérgica y grave, no es siempre fácil y natural en aquellos rasgos en que manifiesta su esmero en imitar la brevedad y rapidez de Salustio ó de Tácito; si ya no era este rigor de

laconismo hijo de la severidad de su condicion. Tampoco se advierte mucha correccion en el estilo; por lo que me inclino á creer que el autor no cuidó de limar ni castigar este excelente parto de su extraordinario ingenio; á menos de que se quiera achacar á infidelidad y alteracion de las copias que corrieron en los 36 años antes de su primera impresion, las frecuentes repeticiones de una misma palabra dentro de una oracion, la ingrata asonancia ó consonancia de las terminaciones duras de los infinitivos, y la supresion de artículos y partículas, que deja desatadas alguna vez las cláusulas.

La concision de Mendoza es algunas vcces extremada en que sin duda afectó particular estúdio; de tal manera que deja el sentido ambiguo y otras veces oscuro; defecto que no nace, como algunos han creido, de vocablos oscuros y latinizados (siendo claros y de buen romance los que usa); sino de la construccion de las frases, algunas mutiladas, digamoslo así, y otras desenlazadas, por faltarles las voces copulativas que ligan los miembros del período, ó señalan las secciones ó tránsitos de uno ó otro; modos de hablar que solo admite la lengua latina, muy opuestos á la índole y claridad de la Castellana.

Si es verdad que al estilo de este historiador le faltan fluidez, melodia y correccion, en recompensa le sobran precision, vigor y energía. Ojalá hubiese tenido entonces el gusto de desembarazar el cuerpo de la narraccion de tantas repeticiones de las palabras *liviano y liviandad*, *necesitar* y *necesitado*, *desasosegar* y *desasosegado*, y otras favoritas suyas, que siembra á cada paso; y descargarlo de las muchas digresiones sobre noticias erudito-geográficas, y explicaciones de costumbres, usos y linajes, que algunas repite al pié de la letra, y otras con muy poca variedad; las cuales, colocadas en forma de notas, como

ilustraciones á la obra, no destruirian la uniformidad y vigor del estilo, ni cortarian la rápida pintura y série de los sucesos. Lo mas recomendable de la historia de Mendoza es: la introduccion del libro primero, á imitacion de la de Tácito, por la magnificencia de las ideas y fuerza de pincel; el discurso de el Zaguer, exhortando y animando á los moriscos, por la vehemencia y valor de la elocuencia; y la descripcion del sitio de Sierra Bermeja, donde murió peleando D. Alonso de Aguilar, por la expresion patética de los afectos, sacada de las mas tristes imágenes y melancólicos recuerdos.

Siendo el estilo de Mendoza tan breve en la frase, cortada en algnna manera sobre el molde del latin, ningun escritor necesitaba de mayor exactitud en la puntuacion ortográfica, y cabalmente ninguno la ha merecido mas desatinada y monstruosa de sus editores; acabando por la impresion de Valencia de 1776, á pesar del esmero que allí se promete y no se cumple. Admiro cómo se han hallado lectores que se confiesen enamorados de las ideas y estilo de este historiador; siendo imposible que leyendo las cláusulas desatadas ó confundidas por la perversa ortografía, comprendan claramente el sentido del escrito ni la mente del escritor.»

Benito Monfort en su edicion de Valencia y año de 1776, que segun hemos dicho y á pesar de lo que expone Capmany, es la mas correcta de todas, puso una advertencia preliminar; en la cual, á la vez que se confirman las anteriores apreciaciones del sabio crítico, «se manifiesta cómo, merced á Luís Tribaldos de Toledo, ha sido conservada y ostenta todo el carácter de autentecidad, que por su grande importancia merece, la guerra de Granada. Dice así la advertencia de Monfort: «Considerando que muchos de los libros con que nuestros sá-

bios españoles honraron en otros tiempos nuestra nacion y asombraron las extrangeras, se habian hecho ya tan raros, que apenas se encontraban ejemplares con que satisfacer la ansia de los que les buscaban, aunque fuesen de malísimas ediciones; me apliqué á reimprimir algunos de ellos muy correctos y con mucha limpieza; pero, con harta admiracion mia, he observado, que siendo así que en los tiempos de sus autores y en los inmediatos, se despacharon muchas reimpresiones, ahora son muy pocos los que los buscan; mas con todo, siguiendo mi inclinacion en esta parte, llevo adelante mis ideas, y creo hacer á mi nacion un servicio, que aunque ahora no se estime por muchos como tal, puede ser que con el tiempo se repute por muy grande. Así, doy á la luz pública la Historia de la guerra de los Moriscos de Granada, escrita por D. Diego Hurtado de Mendoza. Este célebre escritor, á quien con mucha justicia dan el nombre de Salustio Español, compuso su Historia cuasi al mismo tiempo que sucedió la rebelion; y se conservó manuscrita hasta que la publicó Luis Tribaldos de Toledo, en Madrid, año de 1610, en cuarto. Todo el tiempo que pasó desde que fué escrita hasta su impresion, fué buscada, copiada y tenida en mucho aprecio por los eruditos, como se vé en el uso que de ella hicieron; pues Luis del Marmol copió á la letra algunos períodos en su segundo libro de la Rebelion, capítulo tercero. Lo mismo confiesa de sí el Padre presentado Fray Jaime Bleda en su *Chronología de los Moros de España*, libro sexto, capítulo primero. Reimprimióse despues la Obra de D. Diego en Lisboa en 1627. En Valencia se han hecho dos impresiones. En todas cuantas ediciones se han hecho hasta ahora, está incompleto el libro tercero, por faltarle el fin. Luis Tribaldos y D. Juan de Silva, Conde de

Portalegre, creyeron que D. Diego habia dejado incompleta su Historia, y por esta razon suplió el segundo lo que juzgó faltaba á la perfeccion de esta Historia. Despues de impresa, halló Luis Tribaldos, año de 1628, en la librería del Duque de Béjar, una copia completa, y trasladando de su mano los pasages que faltaban á la edicion que habia cuidado, los insertó en los lugares correspondientes de un ejemplar impreso, que fué de la librería particular de Felipe IV; y por esta circunstancia se guarda ahora entre los manuscritos de la Real Biblioteca. Se debe este descubrimiento á la *Biblioteca Griega* de D. Juan de Iriarte; y por no privar al público de tan precioso hallazgo, le ofrezco esta impresion íntegra y correcta; añadiendo al fin lo que el Conde de Portalegre suplió, para satisfaccion de los curiosos, á quienes deseo servir.»

Únicamente nos resta manifestar, con respecto á esta obra principal de nuestro autor (pues cualquiera se hará cargo de que no podemos, bajo concepto alguno, reproducir aquí los extensos análisis que incluyó Capmany en su *Teatro histórico-crítico de la elocuencia española*, y en los cuales extractó la Guerra de Granada) que las notas que van puestas, en la forma correspondiente, son las mismas qne, como marginales, encontramos en la edicion de Valencia de 1776, ó sea, la de Benito Monfort.

La segunda obra que insertamos en este volúmen es *La vida de Lazarillo de Tormes*, y nos apresuramos á consignar que únicamente su primera parte es de D. Diego Hurtado de Mendoza. No obstante, hemos creido de nues-

tro deber publicar las dos segundas partes, una de autor desconocido, y la otra de un H. Luna, que parece ser un seudónimo adoptado por el Domínico Fr. Manuel Cardoso, porque completan esta novelita que nos parece importante, ora por la gracia y oportunidad de su invencion, ora en cierto modo, por las bellezas de su estilo.

En la edicion hecha en Madrid, año de 1844, imprenta de Don Pedro Omar y Soler, se encuentra, bajo la firma del Sr. D. Benito Maestre, una *breve noticia sobre la novela titulada La vida de Lazarillo de Tormes y sus fortunas y adversidades*, que bien merece la consideracion de ser aquí citada y resumida:

«Generalmente, dice, se presume que fué el autor de esta novela anónima D. Diego Hurtado de Mendoza, el que se supone la escribió en su juventud en Salamanca, cuando seguia sus estudios en aquella Universidad por los años de 1520 al 1530, y que no se imprimió por los motivos que se dejan conocer. Luego pasó á Italia en la carrera de las armas, en donde regularmente la leería á algunos amigos, que habiéndoles gustado se encargaron de imprimirla, sin poner su nombre; lo que se verificó por primera vez (segun Brunet) en Amberes en 1553, en 16.° Como Flandes era entonces una provincia Española, probablemente se remitirian á España algunos ejemplares; haciéndose por ellos en Búrgos una reimpresion en el siguiente año de 1554, que debe tenerse por la primera hecha en España: tambien en el mismo año se hizo nueva edicion en Amberes, en 12.°; apareciendo en el de 1555 una segunda parte igualmente anónima, y del mismo tamaño, que regularmente se encuentra encuadernada junta con la anterior del 54.»

Continúa el Sr. Maestre manifestando, que la Inquisicion prohibió la primera parte que era la conocida;

pero como seguia imprimiéndose en castellano, fuera de España, particularmente en Amberes, y se introducian clandestinamente muchos ejemplares, dispuso espurgarla de varios lances que se podia sospechar atacaban en algo á las creencias religiosas de aquella época; reimprimiéndose ya en esta forma en Madrid en 1573 en 8.°, en seguida de *La Propaladia* de Torres Naharro; en Tarragona en 1586, y en Zaragoza en 1599; así como en 1603 se reimprimió de nuevo en Medina del Campo, y en Valladolid en el mismo año, ambas ediciones en 12.° y precedida esta última del *Galateo español*, de Lúcas Gracian Dantisco, y del *Destierro de ignorancia;* expresándose en la portada que estaba castigado; y de ahí tomaria orígen la equivocada voz de que Gracian fué quien la espurgó, sin duda porque los que la supusieron no habian visto la edicion de 1573 de que se ha hecho referencia. Y siguiendo el escritor á quien nos referimos en sus noticias, dice que en 1652 se hizo otra impresion en Zaragoza, con segunda parte diferente de la de Amberes, compuesta por H. Luna, castellano, intérprete de lengua castellana en París; pero debe suponerse que es suplantado el pueblo de la impresion, la cual parece haber sido hecha en Francia, ya porque no está espurgada como todas las que se verificaron en España desde 1573; ya por su locucion viciosa, y ya por el papel y tipo de la letra. En 1664 se hizo otra edicion en Madrid, sin segunda parte; en cuyos términos se han seguido haciendo las muchas que en España y aun en el extrangero, se han repetido hasta el dia.

El Sr. D. Benito Maestre hace notar, que los lances graciosos de esta novelita y la sal con que su autor los cuenta, gustaron mucho, no solo á nuestros nacionales, sino tambien á los mismos extrangeros; habiéndose hecho

traducciones al francés, aleman é italiano; esta última con el título *Il picariglio castigliano*, y esto quizá sería lo que movió á algunos anónimos á escribir las dos segundas partes citadas; porque en efecto la primera deja (segun costumbre de los novelistas de aquel tiempo) pendiente la novela; saliendo al público, como se lleva dicho, dos diferentes, la primera la del año de 1555, anónima y sumamente disparatada; pues en ella se convierte Lazarillo en un pez llamado *Atun*, y bajo de esta forma cuenta lo que le pasó con sus compañeros durante la transformacion; y la otra la de 1620, que sigue con mas regularidad el estilo de la primera parte, y que algunos atribuyen á un fraile Domínico llamado Fr. Manuel Cardoso; á pesar de estar suscrita por H. Luna.

Sin embargo, la verdad es que el mucho mérito de la primera parte oscurece el poco de las dos segundas, en términos de no saberse que se hayan hecho de ellas mas que cuatro impresiones en español; esto es, la de Amberes en 1555; una reimpresion de la misma en Milan en 1587; la de París de H. Luna, de 1620; y la supuesta de Zaragoza de 1652.

El *Diálogo* entre Caronte y el alma de Pedro Luis Farnesio, considerado como hijo del Papa Paulo 3.°, es una obra que parece escribió D. Diego Hurtado de Mendoza en imitacion de Luciano. Está tomado el asunto de la muerte que varios nobles conjurados dieron al Pedro Luis Farnesio, siendo Duque de Plasencia y de Parma, en su mismo palacio, el dia 10 de Setiembre de 1547. Se dice que, cansados aquellos patricios de sufrir por una parte, las violencias del tiránico gobierno del Duque, y movidos, por otra, de las ocultas instigacio-

nes de los enemigos de Farnesio, se arrojaron á cometer el crímen, que ningun hombre de buen criterio podrá disculpar, aun despues de levantado á la esfera de la mas elevada apoteosis por los demagogos de la revolucion francesa del siglo diez y ocho, el hecho heróico del tiranicidio. Pero sea como quiera, lo que de ningun modo nos atreveríamos á afirmar, sin pruebas muy cumplidas, es que aquellas ocultas instigaciones que se asignan como causa determinante del asesinato, partiese del Emperador Cárlos 5.°, siendo sus agentes D. Fernando Gonzaga, Capitan general de Milan, el castellano de Crémono, el Obispo de Arras y aun el mismo D. Diego Hurtado de Mendoza. Los que tales afirmaciones lanzan contra la memoria de tan insignes personajes, lo verifican apoyados únicamente en la voz que corrió por Italia en aquel tiempo; y hace muchos años que el sábio benedictino Feijoo destruyó con las armas de su ilustrada crítica y de su ironía incisiva y picante el falsísimo axioma de *vox populo vox cœli*.

El argumento del *Diálogo* es el siguiente: El Duque Pedro Luis Farnesio baja, despues de muerto, á la laguna Estigia, y tiene con Aqueronte un largo coloquio sobre los negocios de Roma y el concilio de Trento. La obra está escrita con aquel ingenio vivísimo y aquella sagaz política que D. Diego Hurtado de Mendoza usa en casi todos sus escritos; pero tiene la grande incongruencia de aparecer Aqueronte muy interesado por la causa de los cristianos; incongruencia que no debe atribuirse tanto á D. Diego Hurtado de Mendoza, cuanto al gusto general que habia en su siglo, de mezclar en los trabajos de invencion las tradiciones de los gentiles con las de los cristianos. No es estraño que D. Diego de Mendoza haga que las almas de los cristianos vayan á la laguna

Estigia á que Aqueronte las conduzca en su barca, cuando Miguel Angel en su gran fresco del juicio final, pintaba al mismo Aqueronte empleado en ejercicio igual al que le dió la imaginacion de los gentiles. Otros ejemplos pudiéramos citar, si les creyeramos necesarios para excusar á D. Diego.

Del Diálogo de Caronte y Pedro Luis Farnesio existen dos copias manuscritas en la Biblioteca Nacional, y en la clásica del Sr. Rivadeneyra se halla impreso por primera vez, segun afirma el ilustrado colector del tomo en que se encuentra inserto con otros opúsculos igualmente curiosos.

La carta que escribió D. Diego Hurtado de Mendoza oculto con el nombre del *Bachiller de Arcadia*, contra el Capitan Pedro de Salazar, autor de la crónica del Emperador Cárlos V, trata de la guerra que el monarca español movió contra los Luteranos y rebeldes de Alemania, y los sucesos que en ella hubo. Imprimióse por vez primera en Nápoles el año de 1548, y por segunda en Sevilla el año de 1555, segun unos, ó 1552 segun quieren otros.

Pero se cree generalmente que dicha crónica no es la misma contra la cual escribió el Bachiller de Arcadia su epístola; pues aquella está dedicada á Felipe II siendo príncipe, y el libro de que trata esta, á la Duquesa de Alba: la una, no tiene estampas de estandartes y banderas del enemigo; y la otra sí, segun el testimonio de Hurtado de Mendoza; cuyas observaciones ha hecho el distinguido orientalista Sr. de Gayangos en su version de la Historia de la literatura española de Mister Tiknor. Lo que parece mas verosimil es, que la obra que criticó D. Diego Hurtado de Mendoza debió ser alguna

relacion sucinta de la batalla del Albis, relacion escrita por Salazar, que luego la incluiria en la Historia de la guerra de Alemania. De todos modos, la carta de Don Diego merece colocarse entre las mejores de su género que hay en lengua Castellana; porque nada se puede dar que encierre una ironía mas fina y penetrante. Otra epístola se dice que escribió tambien D. Diego, á nombre del mismo Capitan Salazar y en defensa burlesca de su libro; pero nosotros no la hemos podido aun obtener, y por eso no la incluimos en este tomo; reservándola, como igualmente las demás obras de D. Diego Hurtado de Mendoza no coleccionadas en el presente volúmen, para formar con todas ellas otro de los que han de componer esta Biblioteca de escritores granadinos.

GUERRA DE GRANADA

HECHA POR EL REY DE ESPAÑA DON FELIPE II,

CONTRA LOS MORISCOS DE AQUEL REINO, SUS REBELDES;

HISTORIA ESCRITA EN CUATRO LIBROS

POR DON DIEGO DE MENDOZA.

GUERRA DE GRANADA

HECHA POR EL REY DE ESPAÑA DON FILIPE II

CONTRA LOS MORISCOS DE AQUEL REINO, SUS REBELDES;

HISTORIA ESCRITA EN CUATRO LIBROS

POR DON DIEGO DE MENDOZA,

DEL CONSEJO DEL EMPERADOR DON CÁRLOS V, SU EMBAJADOR EN ROMA Y VENECIA, SU GOBERNADOR Y CAPITAN GENERAL EN TOSCANA. PUBLICADA POR EL LICENCIADO LUIS TRIBALDOS DE TOLEDO, CRONISTA MAYOR DEL REY NUESTRO SEÑOR POR LAS INDIAS.

LUIS TRIBALDOS DE TOLEDO AL LECTOR.

Siendo D. Diego de Mendoza de los sugetos de España mas conocidos en toda Europa, fuera cosa superflua ponerme á describirle; principalmente habiéndolo hecho en pocos pero elegantes renglones el Sr. D. Baltasar de Zúñiga. Tampoco me detendré en alabar esta Historia, ni en probar que es absolutamente la mejor que se escribió en nuestra lengua; porque ningun docto lo niega, y pudiéraseme preguntar lo que Archidamo lacedemonio á quien le leia un elogio de Hércules: *Et quis vituperat?* Solamente diré qué causas hubo para no publicarse antes; las que me movieron á hacerlo agora; qué ejemplar seguí en esta edicion, y qué márgenes.

Cuanto á lo primero, es muy sabido y muy antigo en el mundo el odio á la verdad, y muy ordinario padecer trabajos y contradiciones los que la dicen, y aun mas los que la escriben. Del conocimiento deste principio nace que todos los historiadores cuerdos y prudentes empren-

den lo sucedido antes de sus tiempos, ó guardan la publicacion de los hechos presentes para siglo en que ya no vivan los de quien ha de tratar su narracion. Por esto nuestro D. Diego determinó no publicar en su vida esta Historia, y solo quiso, con la libertad que no solo en él, mas en toda aquella ilustrísima casa de Mondéjar es natural, dejar á los venideros entera noticia de lo que realmente se obró en la guerra de Granada; y pudo bien alcanzarla por su agudeza y buen juicio; por tio del general que la comenzó, á donde todo venia á parar; por hallarse en el mismo reino, y aun presente á mucho de lo que escribe. Afectó la verdad y consiguióla, como conocerá facilmente quien cotejare este libro con cuantos en la materia han salido; porque en ninguno leemos nuestras culpas ó yerros tan sin rebozo, la virtud ó razon agena tan bien pintada, los sucesos todos tan verisímiles: marcas por las cuales se gobiernan los lectores en el crédito de lo que no vieron. La determinacion de D. Diego me prueban unas gravísimas palabras, escritas de su letra al principio de un traslado desta Historia, que presentó á un amigo suyo, en que juntamente pronostica lo que hoy vemos: *Veniet, qui conditam, et saeculi sui malignitate compressam veritatem, dies publicet. Paucis natus est, qui populum aetatis suae cogitat. Multa annorum millia, multa populorum supervenient: ad illa respice. Etiamsi omnibus tecum viventibus silentium livor indixerit, venient qui sine offensa, qui sine gratia judicet.* (Sénec, epístol. 79.) Dije que no quiso sacarla; añado que ni pudo, porque no la dejó acabada, y le falta aun la última mano; lo que luego se echa de ver en repetir cosas que bastaban una vez dichas, como la significacion de atajar y atajadores, los daños de la milicia concejil, y otras deste jaez; y aun mas, de algunas notables omi-

siones que hacen bulto y muestran falta, cual la de la toma de Galera y muerte de Luis Quijada, advertida y elegantemente suplida por el gran conde de Portalegre; y otra no menor, cuando siendo encomendado lo de la sierra de Ronda á los dos duques de Medina-Sidonia y de Arcos, cuenta muy extensamente el progreso deste; pero en el otro hace tan alto silencio, que ni aun nos declara las causas de no venir á la empresa; siendo así que para ello debió un tan grande señor tenerlas, y aun muchas y muy justificadas. Otras faltas apuntara, mas basten estas dos para ejemplo. Muerto D. Diego, viviendo aun personas que él nombraba, duraba el impedimento que en vida; demás de que los eruditos, á quien semejantes cuidados tocan, quieren mas ganar fama con escritos proprios que aprovechar á la república con dar luz á los ajenos.

Cuanto á lo segundo, hoy, que son ya pasados cerca de sesenta años, y no hay vivo ninguno de los que aquí se nombran, cesa ya el peligro de la escritura, no doliendo á nadie verse allí mas ó menos lucido; y aunque hay dellos ilustrísimos descendientes ó parientes, por haber militado en esta guerra una muy gran parte de la nobleza de España, seria demasiado melindre y aun desconfianza celar alguna faltilla del difunto que les toca, cuando ninguna de las que se notan es mortal, ni de las que disminuyen la honra ó la fama; porque estas no las hubo ni se cometieron, ni D. Diego, siendo quien era, se habia de olvidar tanto de sus obligaciones, que las perpetuase, aun cuando se hubieran cometido. Porque la historia escríbese para provecho y utilidad de los venideros, enseñándolos y honrándolos, no corriéndolos ó afrentándolos, aun cuando para escarmiento qniera tal vez ensangrentarse la pluma. Tampoco me acobarda el quedar imperfecta; pues si este Júpiter olímpico, estando

sentado, toca con la cabeza el techo del Templo, ¿adonde llegara con ella si se levantara en pié? Adonde si le colocaran y subieran en una básis?

En esta edicion lo que principalmente procuré fué puntualidad, sin dar lugar á ninguna conjetura, ni emendar alguno por juicio proprio: cotejé varios manuscriptos, hallándolos entre sí muy diferentes, hasta que me abracé con el último, y sin dubda alguna el mas original, que es uno del duque de Aveiro, en forma de 4.°, trasladado de mano del comendador Juan Baptista Labaña, y corregido de la del conde de Portalegre, con el cual conocí cuan en balde habia cansádome con otros. Este texto es el que sigo, sin alterarle en nada, y es el genuino y proprio de quien en su introduccion habla aquel gran conde. Deseaba yo ornar las márgenes con lugares de autores clásicos, bien imitados por el nuestro, y no me fuera muy difícil juntarlos; mas guardándolo para la postre, me sobrevino esta enfermedad tan larga y pesada, que me imposibilitó; y porque se me dá mucha priesa, los guardo para segunda edicion, si acaso la hubiere, que espero serán muy gratos á los doctos. Dábame pesadumbre que fuese esta gran obra tan desnuda, que ni unos sumarios llevase, hasta que se me acordó de los que leí en un manuscripto desta Historia que ha tres años me prestó aquí un caballero que agora está en Lisboa, adonde al amigo que atiende á la edicion encargué buscarlos y ponerlos; y segun veo en los veinte pliegos que ya están impresos cuando esto escribo, podrán servir en el ínterin; y esto es cuanto se me ofrece decir al lector.

GUERRA DE GRANADA

HECHA POR EL REY DON FILIPE II

CONTRA LOS MORISCOS DE AQUEL REINO,

SUS REBELDES.

LIBRO PRIMERO.

Mi propósito es escribir la guerra que el rey católico de España don Filipe el Segundo, hijo del nunca vencido emperador don Cárlos, tuvo en el reino de Granada contra los rebeldes nuevamente convertidos; parte de la cual yo ví, y parte entendí de personas que en ella pusieron las manos y el entendimiento. Bien sé que muchas cosas de las que escribiere parecerán á algunos livianas y menudas para historia, comparadas á las grandes que de España se hallan escritas: guerras largas de varios sucesos, tomas y desolaciones de ciudades populosas, reyes vencidos y presos, discordias entre padres y hijos, hermanos y hermanas, suegros y yernos, desposeidos, restituidos, y otra vez desposeidos, muertos á hierro; acabados linajes, mudadas sucesiones de reinos: libre y extendido campo, y ancha salida para los escriptores. Yo escogí camino mas estrecho, trabajoso, estéril y sin gloria, pero provechoso y de fructo para los que adelante vinieren: comienzos bajos, rebelion de salteadores, junta de esclavos, tumulto de villanos, competencias, odios, ambiciones y pretensiones; dilacion de provisiones, falta de dinero, inconvenientes ó no creidos ó tenidos en poco; remision y flojedad en ánimos acostumbrados á entender, proveer y disimular mayores cosas; y así, no será cuidado perdido considerar de cuán livianos principios y causas particulares se viene á colmo de grandes trabajos, dificultades y daños públicos y cuasi fuera de remedio. Veráse una guerra, al parecer tenida en poco y liviana dentro en casa, mas fuera estimada y de gran coyuntura; que en cuanto duró tuvo atentos, y no sin esperanza, los ánimos de príncipes amigos y enemigos, lejos y cerca; primero cubierta y sobresanada, y al fin descubierta, parte con el miedo y la industria, y parte criada con el arte y ambicion. La gente que

dije, pocos á pocos junta, representada en forma de ejércitos; necesitada España á mover sus fuerzas para atajar el fuego; el Rey salir de su reposo y acercarse á ella; encomendar la empresa á don Juan de Austria, su hermano, hijo del emperador don Cárlos, á quien la obligacion de las victorias del padre moviese á dar la cuenta de sí que nos muestra el suceso. En fin; pelearse cada dia con enemigos, frio, calor, hambre, falta de municiones, de aparejos en todas partes; daños nuevos, muertes á la continua; hasta que vimos á los enemigos, nacion belicosa, entera, armada, y confiada en el sitio, en el favor de los bárbaros y turcos, vencida, rendida, sacada de su tierra, y desposeida de sus casas y bienes; presos y atados hombres y mujeres; niños captivos vendidos en almoneda ó llevados á habitar á tierras lejos de la suya: captiverio y transmigracion no menor que las que de otras gentes se leen por las historias. Victoria dudosa y de sucesos tan peligrosos, que alguna vez se tuvo duda si éramos nosotros ó los enemigos los á quien Dios queria castigar; hasta que el fin della descubrió que nosotros éramos los amenazados, y ellos los castigados. Agradezcan y acepten esta mi voluntad libre, y lejos de todas las causas de odio ó de amor, los que quisieren tomar ejemplo ó escarmiento; que esto solo pretendo por remuneracion de mi trabajo, sin que de mi nombre quede otra memoria. Y porque mejor se entienda lo de adelante, diré algo de la fundacion de Granada, qué gentes la poblaron al principio, cómo se mezclaron, cómo hubo este nombre, en quién comenzó el reino della, puesto que no sea conforme á la opinion de muchos; pero será lo que hallé en los libros arábigos de la tierra, y los de Muley Hacen, rey de Túnez, y lo que hasta hoy queda en la memoria de los hombres, haciendo á los autores cargo de la verdad.

La ciudad de Granada, segun entiendo, fué poblacion de los de Damasco (724), que vinieron con Tarif, su capitan, y diez años después que los alárabes echaron á los godos del señorío de España, la escogieron por habitacion, porque en el suelo y aire parecia mas á su tierra. Primero asentaron en Libira, que antiguamente llamaban Illiberis, y nosotros Elvira, puesta en el monte contrario de donde ahora está la ciudad; lugar falto de agua, de poco aprovechamiento, dicho el cerro de los Infantes, porque en él tuvieron su campo los infantes don Pedro y don Juan cuando murieron rotos por Ozmin, capitan del rey Ismael. Era Granada uno de los pueblos de Iberia, y habia en él la gente que dejó Tarif Abentiet después de haberla tomado por luengo cerco; pero poca, pobre y de varias naciones, como sobras de lugar destruido. No

tuvieron rey hasta Habuz Aben Habuz (1014), que juntó los moradores de uno y otro lugar, fundando ciudad á la torre de San Josef, que llamaban de los Judíos, en el alcazaba; y su morada (1) en la casa del Gallo, á San Cristóbal, en el Albaicin. Puso en lo alto su estátua (2) á caballo, con lanza y adarga, que á manera de veleta se revuelve á todas partes, y letras que dicen: «Dijo Habuz Aben Habuz el sabio, que así se debe defender el Andalucía.» Dicen que del nombre de *Naath*, su mujer, y por mirar al poniente (que en su lengua llaman *garb*) la llamó *Garbnaath*, como Naath la del poniente. Los alárabes y asianos hablan de los sitios como escriben; al contrario y revés que las gentes de Europa. Otros, que de una cueva á la puerta de Bibataubin, morada de la Cava, hija del conde Julian el traidor; y de *Nata*, que era su nombre propio, se llamó *Garnata*, la cueva de Nata. Porque el de la Cava, todas las historias arábigas afirman que le fué puesto por haber entregado su voluntad al rey de España don Rodrigo, y en la lengua de los alárabes *cava* quiere decir mujer liberal de sú cuerpo. En Granada dura este nombre por algunas partes, y la memoria en el soto y torre de Roma, donde los moros afirman haber morado; no embargante que los que tratan de la destruicion de España ponen que padre y hija murieron en Ceuta. Y los edificios que se muestran (3) de lejos á la mar sobre el monte, entre las Cuejinas y Xarjel al poniente de Argel, que llaman sepulcro de la Cava cristiana, cierto es haber sido un templo de la ciudad de Cesarea, hoy destruida, y en otros tiempos cabeza de la Mauritania, á quien dió el nombre de Cesariense. Lo de la amiga del rey Abenhut, y la compra que hizo, á ejemplo de Dido, la de Cartago, cercando con un cuero de buey cercenado el sitio donde ahora está la ciudad, los mismos moros lo tienen por fabuloso. Pero lo que se tiene por mas verdadero entre ellos, y se halla en la antigüedad de sus escripturas, es haber tomado el nombre de una cueva que atraviesa de aquella parte de la ciudad hasta la aldea que llaman Alfacar, que en mi niñez yo vi abierta y tenida por lugar religioso, donde los ancianos de aquella nacion curaban personas tocadas de la enfermedad que

(1) *Y morada para sí*, dice con mas elegancia el MS. de la Biblioteca Nacional, citado por el Sr. D. Cayetano Rosell en la edicion del Sr. D. Manuel Rivadeneyra; ó sea, el de letra del siglo XVI, que se conserva en el estante G, núm. 106, y parece haberse compulsado con otros muchos; segun se deduce de las enmiendas y aclaraciones marginales que en él abundan.

(2) *De bronce*, añade el mismo MS.

(3) Y aquí añade tambien, *en Berbería*.

dicen demonio (1). Esto cuanto al nombre que tuvo en la edad de los moros: tanta variedad hay en las historias arábigas, aunque las llaman ellos escripturas de la verdad. En la nuestra, conformando el sonido del vocablo con la lengua castellana, la decimos Granada, por ser abundante. Habuz Aben Habuz deshizo el reino de Córdoba, y puso á Idriz en el señorío del Andalucía. Con esto, con el desasosiego de las ciudades comarcanas, con las guerras que los reyes de Castilla hacian, con la destruicion de algunas, juntos los dos pueblos en uno, fué maravilla en cuán poco tiempo Granada vino á mucha grandeza. Desde entonces no faltaron reyes en ella hasta Abenhut, que echó de España los almohades, y hizo á Almería cabeza del reino. Muerto Abenhut á manos de los suyos, con el poder y armas del rey santo don Fernando el Tercero, tomaron los de Granada por rey á Mahamet Alhamar, que era señor de Arjona, y volvió la silla del reino de Granada (2), la cual fué en tanto crecimiento, que en tiempo del rey Bulhaxix, cuando estaba en mayor prosperidad, tenia setenta mil casas, segun dicen los moros; y en alguna edad hizo tormenta, y en muchas puso cuidado á los reyes de Castilla. Hay fama que Bulhaxix halló el alquimia, y con el dinero della cercó el Albaicin; dividióle de la ciudad, y edificó el Alhambra, con la torre que llaman de Comáres (porque cupo á los de Comáres fundalla); aposento real y nombrado, segun su manera de edificio, que después acrecentaron diez reyes sucesores suyos, cuyos retratos se ven en una sala; alguno dellos conocido en nuestro tiempo por los ancianos de la tierra.

Ganaron á Granada los reyes llamados Católicos, Fernando y Isabel (1492), después de haber ellos y sus pasados sojuzgado y echado los moros de España, en guerra continua de setecientos setenta y cuatro años, y cuarenta y cuatro reyes; acabada en tiempo que vimos al rey último Boabdelí (con grande exaltacion de la fe cristiana) desposeido de su reino y ciudad, y tornado á su primera patria allende la mar. Recibieron las llaves de la ciudad en nombre de señorío, como es costumbre de España; entraron al Alhambra, donde pusieron por alcaide y capitan general á don Íñigo Lopez de Mendoza, conde de Tendilla, hombre de prudencia en negocios graves, de ánimo firme, asegurado con

(1) Siguen en el MS. algunas conjeturas mas sobre la etimología de la voz *Granada,* pero tan sútiles y confusas, que sin duda es esta una de las cláusulas *notoriamente superfluas* á que alude en su introduccion el conde de Portalegre.

(2) *A Granada* debiera decir, y dice en efecto el MS.

luenga experiencia de rencuentros y batallas ganadas, lugares defendidos contra moros en la misma guerra; y por prelado pusieron á fray Fernando de Talavera, religioso de la órden de san Hierónimo, cuyo ejemplo de vida y santidad España celebra, y de los que viven, algunos hay testigos de sus milagros. Diéronles compañía calificada y conveniente para fundar república nueva; que habia de ser cabeza de reino, escudo y defension contra los moros de África, que en otros tiempos fueron sus conquistadores. Mas no bastaron estas provisiones, aunque juntas, para que los moros (cuyos ánimos eran desasosegados y ofendidos) no se levantasen en el Albaicin, temiendo ser echados de la ley, como del estado; porque los reyes, queriendo que en todo el reino fuesen cristianos, enviaron á fray Francisco Jimenez, que fué arzobispo de Toledo y cardenal, para que los persuadiese; mas ellos, gente dura, pertinaz, nuevamente conquistada, estuvieron recios. Tomóse concierto que los renegados ó hijos de renegados tornasen á nuestra fe, y los demás quedasen en su ley por entonces. Tampoco esto se observaba, hasta que subió al Albaicin un alguacil, llamado Barrionuevo, á prender dos hermanos renegados en casa de la madre. Alborotóse el pueblo, tomaron las armas, mataron al alguacil, y barrearon las calles que bajan á la ciudad; eligieron cuarenta hombres autores del motin para que los gobernasen, como acontece en las cosas de justicia escrupulosamente fuera de ocasion ejecutadas. Subió el conde de Tendilla al Albaicin, y después de habérsele hecho alguna resistencia, apedreándole el adarga (que es entre ellos respuesta de rompimiento), se la tornó á enviar: al fin la recibieron, y pusiéronse en manos de los Reyes, con dejar sus haciendas á los que quisiesen quedar cristianos en la tierra, conservar su hábito y lengua, no entrar la Inquisicion hasta ciertos años, pagar fardas y las guardas: dióles el Conde por seguridad sus hijos en rehenes. Hecho esto, salieron huyendo los cuarenta electos, y levantaron á Guéjar, Lanjaron, Andarax, y últimamente Sierra Bermeja, nombrada por la muerte de don Alonso de Aguilar, uno de los mas celebrados capitanes de España, grande en estado y linaje. Sosegó el conde de Tendilla y concertó el motin de Albaicin; tomó á Guéjar, parte por fuerza, parte rendida sin condicion, pasando á cuchillo los moradores y defensores. En la cual empresa, dicen que por no ir á Sierra Bermeja, debajo de don Alonso de Aguilar, su hermano, con quien tuvo emulacion, se halló á servir y fué el primero que por fuerza entró en el barrio de abajo, Gonzalo Fernandez de Córdoba, que vivia á la sazon en Loja desdeñado de los Reyes Católicos, abriendo ya el camino para el título de Gran

Capitan, que á solas dos personas fué concedido en tantos siglos: una entre los griegos, caido el imperio, en tiempo de los emperadores Comnenos, como á restaurador y defensor dél, á Andrónico Contestefano, llamándole *megaduca*, vocablo bárbaramente compuesto de griego y latino, como acontece con los estados perderse la elegancia de las lenguas; otra á Gonzalo Fernandez entre los españoles y latinos, por la gloria de tantas victorias suyas como viven y vivirán en la memoria del mundo. Halláronse allí, entre otros, Alarcon sin ejercicio de guerra, y Antonio de Leiva, mozo teniente de la compañía de Juan de Leiva, su padre, y despues sucesor en Lombardía de muchos capitanes generales señalados, y á ninguno dellos inferior en victorias. La presencia del Rey Católico dió fin con mayor autoridad á esta guerra; mas guardóse el rincon de Sierra Bermeja para la muerte de don Alonso de Aguilar, que ganada la sierra y rotos los moros, fué necesitado á quedar en ella con la escuridad de la noche, y con ella misma le acometieron los enemigos, rompiendo su vanguardia. Murió don Alonso peleando, y salvóse su hijo don Pedro entre los muertos: salió el conde de Ureña, aunque dando ocasion á los cantares y libertad española; pero como buen caballero.

Sosegada esta rebelion tambien por concierto, diéronse los reyes Católicos á restaurar y mejorar á Granada en religion, gobierno y edificios: establecieron el cabildo, baptizaron los moros, trujeron la chancillería, y dende algunos años vino la Inquisicion. Gobernábase la ciudad y reino, como entre pobladores y compañeros, con una forma de justicia arbitraria, unidos los pensamientos, las resoluciones encaminadas en comun al bien público: esto se acabó con la vida de los viejos. Entraron los celos, la division sobre causas livianas entre los ministros de justicia y de guerra, las concordias en escrito confirmadas por cédulas; traido el entendimiento dellas por cada una de las partes á su opinion; la ambicion de querer la una no sufrir igual, y la otra conservar la superioridad, tratada con mas disimulacion que modestia. Duraron estos principios de discordia disimulada y manera de conformidad sospechosa el tiempo de don Luis Hurtado de Mendoza (*a*), hijo de don Íñigo, hombre de gran sufrimiento y templanza; mas sucediendo otros, aunque de conversacion blanda y humana, de condicion escrupulosa y propria, fuése apartando este oficio del arbitrio militar, fundándose en la legalidad y derechos, y subiéndose hasta el peligro de la autoridad cuanto á las preeminencias: cosas que cuando estiradamente

(*a*) Este don Luis fué segundo marqués de Mondéjar y presidente de Castilla.

se juntan, son aborrecidas de los menores y sospechosas á los iguales. Vínose á causas y pasiones particulares, hasta pedir jueces de términos, no para divisiones ó suertes de tierras, como los romanos y nuestros pasados, sino con voz de restituir al Rey ó al público lo que le tenian ocupado, y intento de echar algunos de sus heredamientos. Este fué uno de los principios en la destruicion de Granada, comun á muchas naciones; porque los cristianos nuevos, gente sin lengua y sin favor, encogida y mostrada á servir, veian condenarse y quitar ó partir las haciendas que habian poseido, comprado ó heredado de sus abuelos, sin ser oidos. Juntáronse con estos inconvenientes y divisiones, otros de mayor importancia, nacidos de principios honestos, que tomaremos de mas alto.

Pusieron los Reyes Católicos el gobierno de la justicia y cosas públicas en manos de letrados, gente media entre los grandes y pequeños, sin ofensa de los unos ni de los otros; cuya profesion eran letras legales, comedimiento, secreto, verdad, vida llana y sin corrupcion de costumbres; no visitar, no recibir dones, no profesar estrecheza de amistades; no vestir ni gastar suntuosamente; blandura y humanidad en su trato: juntarse á horas señaladas para oir causas ó para determinallas, y tratar del bien público. Á su cabeza llaman presidente, mas porque preside á lo que se trata, y ordena lo que se ha de tratar, y prohibe cualquier desórden, que porque los manda. Esta manera de gobierno, establecida entonces con menos diligencia, se ha ido extendiendo por toda la cristiandad, y está hoy en el colmo de poder y autoridad: tal es su profesion de vida en comun, aunque en particular haya algunos que se desvien. Á la suprema congregacion llaman Consejo Real, y á las demás, chancillerías; diversos nombres en España, segun la diversidad de las provincias. Á los que tratan en Castilla lo civil llaman oidores, y á los que tratan lo criminal alcaldes (que en cierta manera son sujetos á los oidores): los unos y los otros por la mayor parte ambiciosos de oficios ajenos y profesion que no es suya, especialmente la militar, persuadidos del ser de su facultad, que (segun dicen) es noticia de cosas divinas y humanas, y ciencia de lo que es justo é injusto; y por esto amigos en particular de traer por todo, como superiores, su autoridad, y apuralla á veces hasta grandes inconvenientes y raíces de los que agora se han visto. Porque en la profesion de la guerra se ofrecen casos que á los que no tienen plática della parecen negligencias; y si los procuran emendar (1), cáese en imposibilidades y lazos, que no

(1) Emendar *con rigor*, pone el **MS.**

se pueden desenvolver, aunque en ausencia se juzgan diferentemente. Estiraba el Capitan General su cargo sin equidad, y procuraban los ministros de justicia emendallo. Esta competencia fué causa que menudeasen quejas y capítulos al Rey; con que cansados los consejeros, y él con ellos, las provisiones saliesen varias ó ningunas, perdiendo con la oportunidad (1) el crédito; y se proveyesen algunas cosas de pura justicia, que atenta la calidad de los tiempos, manera de las gentes, diversidad de ocasiones, requerian templanza ó dilacion. Todo lo de hasta aquí se ha dicho por ejemplo y como muestra de mayores casos, con fin que se vea de cuán livianos principios se viene á ocasiones de grande importancia, guerras, hambres, mortandades, ruinas de estados, y á veces de los señores dellos. Tan atenta es la Providencia divina á gobernar el mundo y sus partes por órden de principios y causas livianas, que van creciendo por edades, si los hombres las quisiesen buscar con atencion.

Habia en el reino de Granada costumbre antigua, como la hay en otras partes, que los autores de delitos se salvasen y estuviesen seguros en lugares de señorío: cosa que mirada en comun y por la haz, se juzgaba que daba causa á mas delitos, favor á los malhechores, impedimento á la justicia, y desautoridad á los ministros della. Pareció, por estos inconvenientes, y por ejemplo de otros estados, mandar que los señores no acogiesen gentes desta calidad en sus tierras, confiados que bastaba solo el nombre de justicia para castigallos donde quiera que anduviesen. Manteniase esta gente con sus oficios en aquellos lugares, casábanse, labraban la tierra, dábanse á vida sosegada. Tambien les prohibieron la inmunidad de las iglesias arriba de tres dias; mas después que les quitaron los refugios, perdieron la esperanza de seguridad, y diéronse á vivir por las montañas, hacer fuerzas, saltear caminos, robar y matar. Entró luego la duda, tras el inconveniente, sobre á qué tribunal tocaba el castigo, nacida de competencia de jurisdiciones; y no obstante que los generales acostumbrasen hacer estos castigos, como parte del oficio de la guerra, cargaron, á color de ser negocio criminal, la relacion apasionada ó libre de la ciudad, y la autoridad de la audiencia, y púsose en manos de los alcaldes, no excluyendo en parte al Capitan General. Dióseles facultad para tomar á sueldo cierto número de gente repartida pocos á pocos, á que usurpando el nombre, llamaban cuadrillas, ni bastantes para asegurar, ni fuertes para resistir. Del

(2) El MS., *importunidad.*

desden, de la flaqueza de provision, de la poca experiencia de los ministros en cargo que participaba de guerra, nació el descuido, ó fuese negligencia ó voluntad de cada uno, que no acertase su émulo. En fin, fué causa de crecer estos salteadores (monfíes los llamaba la lengua morisca) en tanto número, que para oprimillos ó para reprimillos no bastaban las unas ni las otras fuerzas. Este fué el cimiento sobre que fundaron sus esperanzas los ánimos escandalizados y ofendidos, y estos hombres fueron el instrumento principal de la guerra. Todo esto parecia al comun cosa escandalosa; pero la razon de los hombres, ó la Providencia divina (que es lo mas cierto), mostró con el suceso que fué cosa guiada para que el mal no fuese adelante, y estos reinos quedasen asegurados mientras fuese su voluntad. Siguiéronse luego ofensas en su ley, en las haciendas y en el uso de la vida, así cuanto á la necesidad, como cuanto al regalo, á que es demasiadamente dada esta nacion; porque la Inquisicion los comenzó á apretar mas de lo ordinario. El Rey les mandó dejar la habla morisca, y con ella el comercio y comunicacion entre sí; quitóseles el servicio de los esclavos negros, á quienes criaban con esperanzas de hijos, el hábito morisco, en que tenian empleado gran caudal; obligáronlos á vestir castellano con mucha costa, que las mujeres trujesen los rostros descubiertos, que las casas, acostumbradas á estar cerradas, estuviesen abiertas: lo uno y lo otro tan grave de sufrir entre gente celosa. Hubo fama qne les mandaban tomar los hijos y pasallos á Castilla; vedáronles el uso de los baños, que eran su limpieza y entretenimiento; primero les habian prohibido la música, cantares, fiestas, bodas conforme á su costumbre, y cualesquier juntas de pasatiempo. Salió todo esto junto, sin guardia ni provision de gente, sin reforzar presidios viejos ó firmar otros nuevos; y aunque los moriscos estuviesen prevenidos de lo que habia de ser, les hizo tanta impresion, que antes pensaron en la venganza que en el remedio. Años habia que trataban de entregar el reino á los príncipes de Berbería ó al Turco; mas la grandeza del negocio, el poco aparejo de armas, vituallas, navíos, lugar fuerte donde hiciesen cabeza, el poder grande del Emperador y del rey Filipe, su hijo, enfrenaba las esperanzas y imposibilitaba las resoluciones, especialmente estando en pié nuestras plazas mantenidas en la costa de África, las fuerzas del Turco tan lejos, las de los cosarios de Argel mas ocupadas en presas y provecho particular que en empresas difíciles de tierra. Fuéronseles con estas dificultades dilatando los designios, apartándose ellos de los del reino de Valencia; gente menos ofendida y mas armada. En fin, cre-

ciendo igualmente nuestro espacio por una parte, y por otra los excesos de los enemigos, tantos en número, que ni podian ser castigados por manos de justicia ni por tan poca gente como la del Capitan General, eran ya sospechosas sus fuerzas para encubiertas, aunque flacas para puestas en ejecucion. El pueblo de cristianos viejos adivinaba la verdad; cesaba el comercio y paso de Granada á los lugares de la costa: todo era confusion, sospecha, temor, sin resolver, proveer ni ejecutar. Vista por ellos esta manera en nosotros, y temiendo que con mayor aparejo les contraviniésemos, determinaron algunos de los principales de juntarse en Cádiar, lugar entre Granada y la mar y el rio de Almería, á la entrada de la Alpujarra. Tratóse del cuándo y cómo sé debian descubrir unos á otros, de la manera del tratado y ejecucion; acordaron que fuese en la fuerza del invierno, porque las noches largas les diesen tiempo para salir de la montaña y llegar á Granada, y á una necesidad tornarse á recoger y poner en salvo, cuando nuestras galeras reposaban repartidas por los invernaderos y desarmadas; la noche de Navidad, que la gente de todos los pueblos está en las iglesias, solas las casas, y las personas ocupadas en oraciones y sacrificios; cuando descuidados, desarmados, torpes con el frio, suspensos con la devocion, fácilmente podian ser oprimidos de gente atenta, armada, suelta y acostumbrada á saltos semejantes. Que se juntasen á un tiempo cuatro mil hombres de la Alpujarra con los del Albaicin, y acometiesen la ciudad y el Alhambra, parte por la puerta, parte con escalas; plaza guardada mas con la autoridad que con la fuerza; y porque sabian que el Alhambra no podia dejar de aprovecharse de la artillería, acordaron que los moriscos de la Vega tuviesen por contraseño las primeras dos piezas que se disparasen, para que en un tiempo acudiesen á las puertas de la ciudad, las forzasen, entrasen por ellas y por los portillos, corriesen las calles, y con el fuego y con el hierro no perdonasen á persona ni á edificio. Descubrir el tratado sin ser sentidos y entre muchos, era dificultoso: pareció que los casados lo descubriesen á los casados, los viudos á los viudos, los mancebos á los mancebos; pero á tiento, probando las voluntades y el secreto de cada uno. Habian ya muchos años antes enviado á solicitar con personas ciertas, no solamente á los príncipes de Berbería, mas al emperador de los turcos dentro en Constantinopla, que los socorriese y sacase de servidumbre, y postreramente al rey de Argel pedido armada de levante y poniente en su favor; porque faltos de capitanes, de cabezas, de plazas fuertes, de gente diestra, de armas, no se hallaron poderosos para tomar y proseguir á solas tan gran empresa.

Demás desto, resolvieron (1) proveerse de vitualla, elegir lugar en la montaña donde guardalla, fabricar armas, reparar las que de mucho tiempo tenian escondidas, comprar nuevas, y avisar de nuevo á los reyes de Argel, Fez, señor de Tituan, de esta resolucion y preparaciones. Con tal acuerdo partieron aquella habla; gente á quien el regalo, el vicio, la riqueza, la abundancia de las cosas necesarias, el vivir luengamente en gobierno de justicia y igualdad desasosegaba y traia en continuo pensamiento.

Dende á pocos dias se juntaron otra vez con los principales del Albaicin en Churriana, fuera de Granada, á tratar del mismo negocio. Habiánles prohibido, como arriba se dijo, todas las juntas en que concurria número de gente; pero teniendo el Rey y el prelado mas respeto á Dios que al peligro, se les habia concedido que hiciesen un hospital y confradía de cristianos nuevos, que llamaron de la Resurreccion. (Dicen en español confradía una junta de personas que se prometen hermandad en oficios divinos y religiosos con obras). Y en dias señalados concurrian en el hospital á tratar de su rebelion con esta cubierta, y para tener certinidad de sus fuerzas, enviaron personas pláticas de la tierra por todos los lugares del reino, que con ocasion de pedir limosna, reconociesen las partes dél á propósito para acogerse, para recebir los enemigos, para traellos por caminos mas breves, mas secretos, mas seguros, con mas aparejo de vituallas, y estos echasen un pedido á manera de limosna; que los de veinte y cuatro años hasta cuarenta y cinco contribuyesen diferentemente de los viejos, mujeres, niños y impedidos: con tal astucia reconocieron el número de la gente útil para tomar armas, y la que habia armada en el reino.

Estos y otros indicios, y los delitos de los monfíes, mas públicos, graves y á menudo que solian, dieron ocasion al marqués de Mondéjar (*a*), al conde de Tendilla, su hijo, á cuyo cargo estaba la guerra, á don Pedro de Deza, presidente de la chancillería, caballero que habia pasado por todos los oficios de su profesion y dado buena cuenta dellos, al Arzobispo, á los jueces de Inquisicion, de poner nuevo cuidado y diligencia en descubrir los motivos destos hombres, y asegurarse parte con lo que podian, y parte con acudir al Rey y pedir mayores fuerzas cada uno, segun su oficio, para hacer justicia y reprimir la insolencia;

(1) En la 1.ª edicion falta la palabra *resolvieron*.

(*a*) El tercer marqués de Mondéjar es el que de aquí adelante siempre se nombra: llamóse don Iñigo, y fué virey de Valencia y Nápoles, y sobrino del autor.

que este nombre le ponian, como á cosa incierta; hasta que estando el marqués de Mondéjar en Madrid, fué avisado el Rey mas particularmente. Partió el Marqués en diligencia, y llevó comision para crecer en la guardia del reino alguna poca gente, pero la que pareció que bastaba en aquella ocasion y en las que se ofreciesen por mar contra los moros berberíes. Mas las personas á cuyo cargo era la provision, aunque se creyeron los avisos, ó importunados con el menudear dellos, ó juzgando á los autores por mas ambiciosos que diligentes, hicieron provision tan pequeña, que bastó para mover las causas de la enfermedad, y no para remedialla, como suelen medicinas flojas en cuerpos llenos. Por lo cual, vistas por los monfíes y principales de la conjuracion las diligencias que se hacian de parte de los ministros para apurar la verdad del tratado, el temor de ser prevenidos, y la avilanteza de nuestras pocas fuerzas, los acució á resolverse sin aguardar socorro, con solo avisar á Berbería del término en que las cosas se hallaban, y solicitar gente y armas con la armada, dando por contraseño que entre los navíos que viniesen de Argel y Tituan trajesen las capitanas una vela colorada, y que los navíos de Tituan acudiesen á la costa de Marbella para dar calor á la sierra de Ronda y tierra de Málaga, y los de Argel á cabo de Gata, que los romanos llamaban promontorio de Caridemo, para socorrer á la Alpujarra y rios de Almería y Almanzora, y mover con la vecindad los ánimos de la gente sosegada en el reino de Valencia. Mas estos estuvieron siempre firmes, ó que en la memoria de los viejos quedase el mal suceso de la sierra de Espadan en tiempo del emperador Cárlos, ó que teniendo por liviandad el tratado y dificultosa la empresa, esperasen á ver cómo se movia la generalidad, con qué fuerzas, fundamento y certeza de esperanzas, en Berbería. Enviaron á Argel al Partal, que vivia en Narila, lugar del partido de Cádiar, hombre rico, diligente, y tan cuerdo, que la segunda vez que fué á Berbería llevó su hacienda y dos hermanos, y se quedó en Argel. Este y el Jeniz, que después vendió y mató al Abenabó, su señor, á quien ellos levantaron por segundo rey, estaban en aquella congregacion como diputados en nombre de toda la Alpujarra; y por tener alguna cabeza en quien se mantuviesen unidos, mas que por sujetarse á otras sino á las que el rey de Argel los nombrase, resolvieron en 27 de setiembre (1568) hacer rey (*b*), persuadidos con la razon de don Fernando de Válor, el Zaguer, que en su lengua quiere decir el menor,

(*b*) Algo difiere Mármol, lib. 4, cap. 7. (Véase.)

á quien por otro nombre llamaban Aben-Jauhar, hombre de gran autoridad y de consejo maduro, entendido en las cosas del reino y de su ley. Este, viendo que la grandeza del hecho traia miedo, dilacion, diversidad de casos, mudanzas de pareceres, los juntó en casa de Zinzan, en el Albaicin, y los habló:

«Poniéndoles delante la opresion en que estaban, sujetos á hombres públicos y particulares, no menos esclavos que si lo fuesen. Mujeres, hijos, haciendas y sus proprias personas en poder y arbitrio de enemigos, sin esperanza en muchos siglos de verse fuera de tal servidumbre; sufriendo tantos tiranos como vecinos, nuevas imposiciones, nuevos tributos, y privados del refugio de los lugares de señorío, donde los culpados, puesto que por accidentes ó por venganzas (esta es la causa entre ellos mas justificada), se aseguran; echados de la inmunidad y franqueza de las iglesias, donde por otra parte los mandaban asistir á los oficios divinos con penas de dinero; hechos sujetos de enriquecer clérigos; no tener acogida á Dios ni á los hombres; tratados y tenidos como moros entre los cristianos para ser menospreciados, y como cristianos entre los moros para no ser creidos ni ayudados. — Excluidos de la vida y conversacion de personas, mándannos que no hablemos nuestra lengua; no entendemos la castellana: ¿en qué lengua habemos de comunicar los conceptos, y pedir ó dar las cosas sin que no puede estar el trato de los hombres? Aun á los animales no se vedan las voces humanas. ¿Quién quita que el hombre de lengua castellana no pueda tener la ley del Profeta, y el de la lengua morisca la ley de Jesus? Llaman á nuestros hijos á sus congregaciones y casas de letras; enséñanles artes que nuestros mayores prohibieron aprenderse, porque no se confundiese la puridad, y se hiciese litigiosa la verdad de la ley. Cada hora nos amenazan quitarlos de los brazos de sus madres y de la crianza de sus padres, y pasarlos á tierras ajenas, donde olviden nuestra manera de vida, y aprendan á ser enemigos de los padres que los engendramos, y de las madres que los parieron. Mándannos dejar nuestro hábito, y vestir el castellano. Vístense entre ellos los tudescos de una manera, los franceses de otra, los griegos de otra, los frailes de otra, los mozos de otra, y de otra los viejos; cada nacion, cada profesion y cada estado usa su manera de vestido, y todos son cristianos; y nosotros moros, porque vestimos á la morisca, como si trujésemos la ley en el vestido, y no en el corazon. Las haciendas no son bastantes para comprar vestidos para dueños y familias; del hábito que traiamos no podemos disponer, porque nadie compra lo que no ha de traer; para traello es prohibido, para

vendello es inútil. Cuando en una casa se prohibiere el antiguo, y comprare el nuevo del caudal que teniamos para sustentarnos, ¿de qué vivirémos? Si queremos mendigar, nadie nos socorrerá como á pobres, porque somos pelados, como ricos; nadie nos ayudará, porque los moriscos padecemos esta miseria y pobreza, que los cristianos no nos tienen por prójimos. Nuestros pasados quedaron tan pobres en la tierra de las guerras contra Castilla, que casando su hija el alcaide de Loja, grande y señalado capitan que llamaban Alatar, deudo de algunos de los que aquí nos hallamos, hubo de buscar vestidos prestados para la boda. ¿Con qué haciendas, con qué trato, con qué servicio ó industria, en qué tiempo adquirirémos riqueza para perder unos hábitos y comprar otros? Quítannos el servicio de los esclavos negros; los blancos no nos eran (1) permitidos por ser de nuestra nacion; habíamoslos comprado, criado, mantenido: ¿esta pérdida sobre las otras? ¿Qué harán los que no tuvieren hijos que los sirvan, ni hacienda con que mantener criados, si enferman, si se inhabilitan, si envejecen, sino prevenir la muerte? Van nuestras mujeres, nuestras hijas, tapadas las caras, ellas mismas á servirse y proveerse de lo necesario á sus casas; mándanles descubrir los rostros: si son vistas, serán codiciadas y aun requeridas, y veráse quién son las que dieron (2) la avilanteza al atrevimiento de mozos y viejos. Mándannos tener abiertas las puertas que nuestros pasados con tanta religion y cuidado tuvieron cerradas, no las puertas, sino las ventanas y resquicios de casa. ¿Hemos de ser sujetos de ladrones, de malhechores, de atrevidos y desvengonzados adúlteros, y que estos tengan dias determinados y horas ciertas, cuando sepan que pueden hurtar nuestras haciendas, ofender nuestras personas, violar nuestras honras? No solamente nos quitan la seguridad, la hacienda, la honra, el servicio, sino tambien los entretenimientos, así los que se introdujeron por la autoridad, reputacion y demostraciones de alegría en las bodas, zambras, bailes, músicas, comidas, como los que son necesarios para la limpieza, convenientes para la salud. ¿Vivirán nuestras mujeres sin baños, introduccion tan antigua? ¿Veránlas en sus casas tristes, sucias, enfermas, donde tenian la limpieza por contentamiento, por vestido, por sanidad?—

«Representóles el estado de la cristiandad, las divisiones entre herejes

(1) El citado MS. corrige al márgen el tiempo de este verbo, diciendo *no nos serán.*

(2) Y del mismo modo, *las que darán.*

y católicos en Francia, la rebelion de Flándes; Inglaterra sospechosa, y los flamencos huidos solicitando en Alemania á los príncipes della. El Rey falto de dineros y gente plática, mal armadas las galeras, proveidas á remiendos, la chusma libre, los capitanes y hombres de cabo descontentos, como forzados. Si previniesen, no solamente el reino de Granada, pero parte del Andalucía, que tuvieron sus pasados, y agora poseen sus enemigos, pueden ocupar con el primer ímpetu, ó mantenerse en su tierra, cuando se contenten con ella sin pasar adelante. Montaña áspera, valles al abismo, sierras al cielo, caminos estrechos, barrancos y derrumbaderos sin salida: ellos gente suelta, plática en el campo, mostrada á sufrir calor, frio, sed, hambre; igualmente diligentes y animosos al acometer, prestos á desparcirse y juntarse; españoles contra españoles, muchos en número, proveidos de vitualla, no tan faltos de armas que para los principios no les basten; y en lugar de las que no tienen, las piedras delante de los piés, que contra gente desarmada son armas bastantes. Y cuanto á los que se hallaban presentes, que en vano se habian juntado, si cualquiera dellos no tuviera confianza del otro que era suficiente para dar cobro á tan gran hecho, y si, como siendo sentidos habian de ser compañeros en la culpa y el castigo, no fuesen después parte en las esperanzas y fructos dellas, llegándolas al cabo; cuanto mas que ni las ofensas podian ser vengadas, ni deshechos los agravios, ni sus vidas y casas mantenidas, y ellos fuera de servidumbre, sino por medio del hierro, de la union y concordia, y una determinada resolucion con todas sus fuerzas juntas; para lo cual era necesario eligir cabeza dellos mismos, ó fuese con nombre de jeque, ó de capitan, ó de alcaide, ó de rey, si les pluguiese que los tuviese juntos en justicia y seguridad.»

Jeque llaman ellos el mas honrado de una generacion, quiere decir, el mas anciano: á estos dan el gobierno con autoridad de vida y muerte. Y porque esta nacion se vence tanto mas de la vanidad de la astrología y adivinanzas, cuanto mas vecinos estuvieron sus pasados de Caldea, donde la ciencia tuvo principio, no dejó de acordalles á este propósito cuántos años atrás por boca de grandes sabios, en movimiento y lumbre de estrellas, y profetas en su ley, estaba declarado que se levantarian á tornar por sí, cobrarian la tierra y reinos que sus pasados perdieron, hasta señalar el mismo año después que Mahoma les dió la ley (ahlegira le llaman ellos en su cuenta, que quiere decir el destierro, porque la dió siendo desterrado de Meca), y venia justo con esta rebelion. Representóles prodigios y apariencias extraordinarias de gente

armada en el aire á las faldas de Sierra-Nevada, aves de desusada manera dentro en Granada, partos monstruosos de animales en tierra de Baza, y trabajos del sol con el eclipse de los años pasados, que mostraban adversidad á los cristianos, á quien ellos atribuyen el favor ó disfavor deste planeta, como á sí el de la luna.

Tal fué la habla que don Fernando el Zaguer les hizo; con que quedaron animados, indignados y resolutos en general de rebelarse presto, y en particular de eligir rey de su nacion; pero no quedaron determinados en el cuándo precisamente, ni á quién. Una cosa muy de notar califica los principios desta rebelion: que gente de mediana condicion, mostrada á guardar poco secreto y hablar juntos, callasen tanto tiempo, y tantos hombres, en tierra donde hay alcaldes de corte y inquisidores, cuya profesion es descubrir delitos. Habia entre ellos un mancebo llamado don Fernando de Válor, sobrino de don Fernando el Zaguer, cuyos abuelos se llamaron Hernandos y de Válor, porque vivian en Válor el alto, lugar de la Alpujarra puesto cuasi en la cumbre de la montaña: era descendiente del linaje de Aben Humeya, uno de los nietos de Mahoma, hijos de su hija, que en tiempos antigos tuvieron el reino de Córdoba y el Andalucía; rico de rentas, callado y ofendido, cuyo padre estaba preso por delitos en las cárceles de Granada. En este pusieron los ojos, así porque les movió la hacienda, el linaje, la autoridad del tio, como porque habia vengado la ofensa del padre matando secretamente uno de los acusadores y parte de los testigos.

Desta resolucion, aunque no tan en particular, hubo noticia y fué el Rey avisado; pero estaba el negocio cierto y el tiempo en duda: y como suele acontecer á las provisiones en que se junta la dificultad con el temor, cada uno de los consejeros era en que se atajase con mayor poder; pero juntos juzgaban ser el remedio fácil y las fuerzas de los ministros bastantes, el dinero poco necesario, porque habia de salir del mismo negocio; y menospreciaban esto, encareciendo el remedio de mayores cosas; porque los estados de Flándes, desasosegados por el príncipe de Orange, eran recien pacificados por el duque de Alba. Mas, puesto que las fuerzas del Rey y la experiencia del Duque capitan, criado debajo de la disciplina del Emperador, testigo y parte en sus victorias, bastasen para mayores empresas, todavía lo que se temia de parte de Inglaterra, y las fuerzas de los hugonotes en Francia, y algunas sospechas de príncipes de Alemania y designios de Italia, daban cuidado; y tanto mayor, por ser la rebelion de Flándes por

causas de religion comunes con los franceses, ingleses y alemanes, y por quejas de tributos y gravezas comunes con todos los que son vasallos, aunque sean livianas, y ellos bien tratados.

Esto dió á los enemigos mayor avilanteza, y á nosotros causa de dilacion. Comenzaron á juntar mas al descubierto gente de todas maneras: si hombre ocioso habia perdido su hacienda, malbaratádola por redimir delitos; si homicida, salteador ó condenado en juicio, ó que temiese por culpas que lo seria; los que se mantenian de perjurios, robos, muertes; los que la maldad, la pobreza, los delitos traian desasosegados, fueron autores ó ministros desta rebelion. Si algun bueno habia y fuera de semejantes vicios, con el ejemplo y conversacion de los malos brevemente se tornaba como ellos; porque cuando el vínculo de la vergüenza se rompe entre los buenos, mas desenfrenados son en las maldades que los peores. En fin, el temor de que eran descubiertos, y seria prevenida su determinacion con el castigo, movió á los que gobernaban el negocio, y entre ellos á don Fernando el Zaguer, á pensar en algun caso con que obligasen y necesitasen al pueblo á salir de tibieza y tomar las armas. Juntáronse tercera vez las cabezas de la conjuracion y otras, con veinte y seis personas del Alpujarra, á S. Miguel, en casa del Hardon, hombre señalado entre ellos, á quien mandó el duque de Arcos después justiciar; posaba en la casa del Carcí, yerno suyo. Eligieron á don Fernando de Válor por rey con esta solemnidad: los viudos á un cabo, los por casar á otro, los casados á otro, y las mujeres á otra parte. Leyó uno de sus sacerdotes, que llaman faquíes, cierta profecía hecha en el año de los árabes de... y comprobada por la autoridad de su ley, consideraciones de cursos y puntos de estrellas en el cielo, que trataba de su libertad por mano de un mozo de linaje real, que habia de ser baptizado y hereje de su ley, porque en lo público profesaria la de los cristianos. Dijo que esto concurria en don Fernando y concertaba con el tiempo. Vistiéronle de púrpura, y pusiéronle á torno del cuello y espaldas una insignia colorada á manera de faja. Tendieron cuatro banderas en el suelo, á las cuatro partes del mundo, y él hizo su oracion inclinándose sobre las banderas, el rostro al oriente (zalá la llaman ellos), y juramento de morir en su ley y en el reino, defendiéndola á ella y á él y á sus vasallos. En esto levantó el pié, y en señal de general obediencia, postróse Aben Farax en nombre de todos, y besó la tierra donde el nuevo rey tenia la planta. Á este hizo su justicia mayor; llevároнle en hombros, levantáronle en alto diciendo: «Dios ensalce á Mahomet Aben Humeya, rey de Granada y de Córdoba.» Tal

era la antigua ceremonia con que eligian los reyes de la Andalucía, y después los de Granada. Escribieron cartas los capitanes de la gente á los compañeros en la conjuracion; señalaron dia y hora para ejecutalla; fueron los que tenian cargos á sus partidos. Nombró Aben Humeya por capitan general á su tio Aben Jauhar, que partió luego para Cádiar, donde tenia casa y hacienda.

Pasaba el capitan Herrera á la sazon de Granada para Adra con cuarenta caballos, y vino á hacer la noche en Cádiar. Mas Aben Jauhar el Zaguer, vista la ocasion tan á su propósito, habló con los vecinos, persuadiéndoles que cada uno matase á su huésped. No fueron perezosos; porque pasada la media noche, no hubo dificultad en matar muchos á pocos, armados á desarmados, prevenidos á seguros; y torpes con el sueño, con el cansancio, con el vino, pasaron al capitan y á los soldados por la espada. Venida la mañana, juntáronse y tomaron lo áspero de la sierra, como gente levantada, donde ni hubo tiempo ni aparejo para castigallos. Este fué el primer exceso y mas descubierto con que los enemigos, ó por fuerza ó por voluntad, fueron necesitados á tomar las armas, sin otra respuesta de Berbería mas de esperanzas, y esas generales. Era entonces Selim el Segundo emperador de los turcos recien heredado, victorioso por la toma de Zigueto, plaza fuerte y proveida en Hungría; habia hecho nueva tregua con el emperador Maximiliano el Segundo, concertándose con el Sofí por la parte de Armenia, y por la de Suria con los jeques alárabes que le trabajaban sus confines, y con los genízaros, infantería que se suele desasosegar con la entrada de nuevo señor. Tenia en el ánimo las empresas que descubrió contra venecianos en Cipro, contra el rey de Túnez en Berbería; y que como no le convenia repartir sus fuerzas en muchas partes, así le convenia que las del Rey Católico estuviesen repartidas y ocupadas. Dícese que en este tiempo vino del rey de Argel respuesta á los moriscos, animándolos á perseverar en la prosecucion del tratado, pero excusándose de enviar él armada con que esperaba órden de Constantinopla. El rey de Fez, como religioso en su ley, y del linaje de los Jarifes, tenidos entre los moros por santos, les prometió mas resoluto socorro. Todavía vinieron por medio de personas fiadas á tratar ambos reyes de la calidad del caso, de la posibilidad de los moriscos; y midiendo sus fuerzas de mar y tierra con las del rey de España, hallaron no ser bastantes para contrastalle; y aunque se confederaron, solo fué para que el rey de Argel hiciese la empresa de Túnez y Biserta, en tanto que el rey don Filipe estaba ocupado en allanar la rebelion de Granada; y juntamente permitir que de

sus tierras fuese alguna gente á sueldo, en especial de moros andaluces, que se habian pasado á Berbería; y mercaderes pudiesen cargar armas, municiones, vitualla, con que los moriscos fuesen por sus dineros socorridos.

Alpujarra llaman toda la montaña sujeta á Granada, como corre de levante á poniente, prolongándose entre tierra de Granada y la mar, diez y siete leguas en largo, y once en lo mas ancho, poco mas ó menos: estéril y áspera de suyo, sino donde hay vegas; pero con la industria de los moriscos (que ningun espacio de tierra dejan perder), tratable y cultivada, abundante de frutos y ganados y cria de sedas. Esta montaña, como era principal en la rebelion, así la escogieron por sitio en que mantener la guerra, por tener la mar, donde esperaban socorro, por la dificultad de los pasos y calidad de la tierra, por la gente que entre ellos es tenida por brava. Habian ya pensado rebelarse otras dos veces antes; una Juéves Santo, otra por setiembre deste año: tenian prevenido á Aluch Alí con el armada de Argel; mas él, entendiendo que el conde de Tendilla estaba avisado y aguardándole en el campo, volvió, dejándose de la empresa, con el armada á Berbería. En fin, á los 23 de diciembre, luego que sucedió el caso de Cádiar, la misma gente, con las armas mojadas en la sangre de aquellos pocos, salieron en público; movieron los lugares comarcanos y los demás de la Alpujarra y rio de Almería, con quien tenian comun el tratado, enviando por corredores y para descubrir los ánimos y motivo de la gente de Granada y la Vega, á Farax Aben Farax con hasta ciento y cincuenta hombres, gente suelta y desmandada, escogida entre los que mayor obligacion y mas esfuerzo tenian. Ellos, recogiendo la que se les llegaba, tomaron resolucion de acometer á Granada, y caminaron para ella con hasta seis mil hombres mal armados, pero juntos y con buena órden, segun su costumbre.

En España no habia galeras; el poder del Rey ocupado en regiones apartadas, y el reino fuera de tal cuidado, todo seguro, todo sosegado; que tal estado era el que á ellos parecia mas á su propósito. Los ministros y gente en Granada, mas sospechosa que proveida, como pasa donde hay miedo v confusion. Pero fué acontecimiento hacer aquella noche tan mal tiempo y caer tanta nieve en la sierra que llaman Nevada y antiguamente Soloria, y los moros Solaira, que cegó los pasos y veredas cuanto bastaba para que tanto número de gente no pudiese llegar. Mas Farax, con los ciento y cincuenta hombres, poco antes del amanecer entró por la puerta alta de Guadix, donde junta con Granada el camino

de la sierra, con instrumentos y gaitas, como es su costumbre. Llegaron al Albaicin, corrieron las calles, procuraron levantar el pueblo haciendo promesas, pregonando sueldo de parte de los reyes de Fez y Argel, y afirmando que con gruesas armadas eran llegados á la costa del reino de Granada: cosa que escandalizó y atemorizó los ánimos presentes, y á los ausentes dió tanto mas en que pensar, cuanto mas lejos se hallaban; porque semejantes acaecimientos cuanto mas se van apartando de su principio, tanto parecen mayores y se juzgan con mayor encarecimiento. ¡Y que en un reino pacífico, lleno de armas, prudencia, justicia; riquezas; gobernado por rey que pocos años antes habia hecho en persona el mayor principio que nunca hizo rey en España, vencido en un año dos batallas, ocupado por fuerza tres plazas al poder de Francia, compuesto negocio tan desconfiado como la restitucion del duque de Saboya, hecho por sus capitanes otras empresas, atravesado sus banderas de Italia á Flándes (viaje al parecer imposible) por tierras y gentes que después de las armas romanas nunca vieron otras en su comarca; pacificado sus estados con victorias, con sangre, con castigos; dentro en el reposo, en la seguridad de su reino, en ciudad poblada por la mayor parte de cristianos, tanto mar en medio, tantas galeras nuestras, éntrase gente armada con espaldas de tantos hombres por medio de la ciudad, apellidando nombres de reyes infieles enemigos! Estado poco seguro es el de quien se descuida, creyendo que por sola su autoridad nadie se puede atrever á ofendelle. Los moriscos, hombres mas prevenidos que diestros, esperaban por horas la gente de la Alpujarra: salian el Tagari y Monfarrix, dos capitanes, todas las noches al cerro de Santa Helena por reconocer; y salieron la noche antes con cincuenta hombres escogidos y diez y siete escalas grandes, para, juntándose con Farax, entrar en el Alhambra; mas visto que no venian al tiempo, escondiendo las escalas en una cueva, se volvieron, sin salir la siguiente noche, pareciéndoles, como poco pláticos de semejantes casos, que la tempestad estorbaria á venir tanta gente junta, con que pudiesen ellos y sus compañeros poner en ejecucion el tratado del Alhambra; debiéndose esperar semejante noche para escalarla. Mas los del Albaicin estuvieron sosegados en las casas, cerradas las puertas, como ignorantes del tratado, oyendo el pregon; porque, aunque se hubiese comunicado con ellos, no con todos en general ni particularmente, ni estaban todos ciertos del dia (aunque se dilató poco la venida), ni del número de la gente, ni de la órden con que entraban, ni de la que en lo por venir ternian. Díjose que uno de los viejos abriendo la ventana preguntó

cuántos eran, y respondiéndole seis mil, cerró y dijó: «Pocos sois y venis presto;» dando á entender que habian primero de comenzar por el Alhambra, y después venir por el Albaicin, y con las fuerzas del rey de Argel. Tampoco se movieron los de la Vega que seguian á los del Albaicin, especialmente no oyendo la artillería del Alhambra, que tenian por contraseño. Habia entre los que gobernaban la ciudad emulacion y voluntades diferentes; pero no por esto, así ellos como la gente principal y pueblo, dejaron de hacer la parte que tocaba á cada uno. Estúvose la noche en armas; tuvo el conde de Tendilla el Alhambra á punto, escandalizado de la música morisca; cosa en aquel tiempo ya desusada; pero avisado de lo que era, con mejor guardia. El Marqués, aunque no tenia noticia del contraseño que los moros habian dado á la gente de la Vega, y él le tenia dado á la gente de la ciudad que en la ocasion habia de disparar tres piezas; temiendo que si se hacia pensasen los moros que estaba en aprieto, y acometiesen el Alhambra, en que habia poca guardia, mandó que ningun movimiento se hiciese, ni se pidiese gente á la ciudad; que fué la salvacion del peligro, aunque proveido á otro propósito; porque acudiendo los moriscos de la Vega al contraseño, necesitaban á los del Albaicin á declararse y juntarse con ellos, y como descubiertos, combatir la ciudad. Bajó el Conde á la plaza nueva y puso la gente en órden: acudieron muchos de los forasteros y de la ciudad, personas principales, al presidente don Pedro de Deza, por su oficio, por el cuidado que le habian visto poner en descubrir y atajar el tratado, por su afabilidad, buena manera generalmente con todos, y algunos por la diferencia de voluntades que conocian entre él y el marqués de Mondéjar. Este con solos cuatro de á caballo y el corregidor subió al Albaicin, mas por reconocer lo pasado, que suspender el daño que se esperaba ó asosegar los ánimos que ya tenia por perdidos; contento con alargar algun dia el peligro, mostrando confianza, y gozar del tiempo que fuese comun á ellos, para ver cómo procedian sus valedores, y á él para armarse y proveerse de lo necesario y resistir á los unos y á los otros. Hablóles: «Encareció su lealtad y firmeza, su prudencia en no dar crédito á la liviandad de pocos y perdidos, sin prendas, livianos, hombres que con las culpas ajenas pensaban redimir sus delitos ó adelantarse. Tal confianza se habia hecho siempre, y en casos tan calificados, de la voluntad que tenian al servicio del Rey, poniendo personas, haciendas y vidas con tanta obediencia á los ministros; ofreciéndose de ser testigo y representador de su fe y servicios, intercediendo con el Rey para que fuesen conocidos, estimados y re-

munerados.» Pero ellos, respondiendo pocas palabras, y esas mas con semblante de culpados y arrepentidos que de determinados, ofrecieron la obra y perseverancia que habian mostrado en todas las ocasiones; y pareciéndole al Marqués bastar aquello, sin quitalles el miedo que tenian del pueblo, se bajó á la ciudad. Habia ya enviado á reconocer los enemigos; porque ni del propósito ni del número ni de la calidad dellos, ni de las espaldas con que habian entrado, se tenia certeza, ni del camino que hacian. Refirieron que habiendo parado en la casa de las Gallinas, atravesaban el Genil la vuelta de la sierra; puso recaudo en los lugares que convenia; encomendó al Corregidor la guardia de la ciudad; dejó en el Alhambra, donde habia pocos soldados mal pagados, y estos de á caballo, el recaudado que bastaba, juntando á este los criados y allegados del conde de Tendilla, personas de crédito y amistades en la ciudad. El, con la caballería que se halló, siguió á los enemigos, llevando consigo á su yerno y hijos (*a*); siguiéronle, parte por servir al Rey, parte por amistad ó por probar sus personas, por curiosidad de ver toda la gente desocupada y principal que se hallaba en la ciudad. Salió con la gente de su casa el conde de Miranda don Pedro de Zúñiga (*b*), que á la sazon residia en pleitos; grande, igual en estado y linaje: eran todos pocos, pero calificados. Mas los enemigos, visto que los vecinos del Albaicin estaban quedos y los de la Vega no acudian, con haber muerto un soldado, herido otro, saqueado una tienda y otra como en señal de que habian entrado, tomaron el camino que habian traido, y por las espaldas de la Alhambra prolongando la muralla, llegaron á la casa que por estar sobre el rio llamaban los moros Dar-al-huet, y nosotros de las Gallinas, segun los los atajadores habian referido. Pararon á almorzar y estuvieron hasta las ocho de la mañana: todo guiado por Farax, para mostrar que habia cumplido con la comision, y acusar á los del Albaicin ó su miedo ó su desconfianza, y aun con esperanza que, llegada la gente de la Alpujarra, harian mas movimiento. Pero después que ni lo uno ni lo otro le sucedió, acogióse al camino de Nigüéles, arrimándose á la falda de la montaña; y puesto en lo áspero, caminó haciendo muestra que esperaba. Pocos de la compañía del Marqués alcanzaron á mostrarse, y ninguno llegó á las manos, por la aspereza del sitio; aunque le siguieron por el paso del rio de Monachil

(*a*) Era este yerno don Alonso de Cárdenas, que después, por muerte de su padre, fué conde de la Puebla.

(*b*) Era este don Pedro conde de Miranda, hermano y suegro del que en nuestros dias fué presidente de Italia y de Castilla.

hasta atravesar el barranco, y de allí al paraje de Dílar, por donde entraron sin daño en lo mas áspero.

Duró este siguimiento hasta el anochecer, que pareció al Marqués poco necesario quedar allí, y mucho proveer á la guarda y seguridad de la ciudad; temeroso que juntándose los moriscos del Albaicin con los de la Vega, la acometerian, sola de gente y desarmada. Tornó una hora antes de media noche, y sin perder tiempo comenzó á prevenir y llamar la gente que pudo, sin dineros, y que estaba mas cerca; los que por servir al Rey, los que por su seguridad, por amistad del Marqués, memoria del padre y abuelo, cuya fama era grande en aquel reino, por esperanza de ganar, por el ruido ó vanidad de la guerra, quisieron juntarse. Hizo llamamientos generales, pidiendo gente á las ciudades y señores de la Andalucía, á cada uno conforme á la obligacion antigua y usanza de los concejos, que era venir la gente á su costa el tiempo que duraba la comida que podian traer á los hombros (talegas las llamaban los pasados, y nosotros ahora mochilas). Contábase para una semana; mas acabada, servian tres meses pagados por sus pueblos enteramente, y seis meses adelante pagaban los pueblos la mitad, y otra mitad el Rey: tornaban estos á sus casas, venian otros; manera de levantarse gente, dañosa para la guerra y para ella, porque siempre era nueva. Esta obligacion tenian como pobladores, por razon del sueldo que el Rey les repartia por heredades, cuando se ganaba algun lugar de los enemigos. Llamó tambien á soldados particulares, aunque ocupados en otras partes, á los que vivian al sueldo del Rey, á los que, olvidadas ó colgadas las esperanzas y armas, reposaban en sus casas. Proveyó de armas y de vituallas, envió espias por todas partes á calar el motivo de los enemigos, avisó y pidió dineros al Rey para resistillos y asegurar la ciudad. Mas en ella era el miedo mayor que la causa: cualquier sospecha daba desasosiego, ponia los vecinos en arma; discurrir á diversas partes, de ahí volver á casa; medir el peligro cada uno con su temor, trocados de continua paz en continua alteracion, tristeza, turbacion y priesa; no fiar de persona ni de lugar; las mujeres á unas y á otras partes preguntar, visitar templos: muchas de las principales se acogieron al Alhambra, otras con sus familias salieron, por mayor seguridad, á lugares de la comarca. Estaban las casas yermas y las tiendas cerradas, suspenso el trato, mudadas las horas de oficios divinos y humanos, atentos los religiosos y ocupados en oraciones y plegarias, como se suele en tiempo y punto de grandes peligros. Llegó en las primeras la gente de las villas sujetas á Granada, la de Alcalá y

Loja; envió el Marqués una compañía que sacase los cristianos viejos que estaban en Restával, cierto que el primer acometimiento seria contra ellos; en Dúrcal puso dos compañías, porque los enemigos no pasasen á Granada sin quedar guarnicion de gente á las espaldas; y á don Diego de Quesada, con una compañía de infantería y otra de caballos, en guarda de la puente de Tablate, paso derecho de la Alpujarra á Granada. El Presidente, aliviado ya del peligro presente, comenzó á pensar con mas libertad en el servicio del Rey ó en la emulacion contra el marqués de Mondéjar: escribió á don Luis Fajardo, marqués de Vélez, que era adelantado del reino de Murcia y capitan general en la provincia de Cartagena (ciudad nombrada mas por la seguridad del puerto y por la destruicion que en ella hizo Scipion el Africano, que por la grandeza ó suntuosidad del edificio), animándole á juntar gente de aquellas provincias y de sus deudos y amigos, y entrar en el rio de Almería, donde haria servicio al Rey, socorreria aquella ciudad, que de mar y tierra estaba en peligro, y aprovecharia á la gente con las riquezas de los enemigos. Era el Marqués tenido por diligente y animoso; y entre él y el marqués de Mondéjar hubo siempre diferencias y alongamiento de voluntad, traido dende los padres y abuelos. El de Vélez sirvió al Emperador en las empresas de Túnez y Provenza, el de Mondéjar en la de Argel; ambos tenian noticia de la tierra donde cada uno de ellos sería. Comenzó el de Vélez á ponerse en órden, á juntar gente, parte á sueldo de su hacienda, parte de amigos.

Entre tanto el nuevo electo rey de Granada, en cuanto le duró la esperanza que el Albaicin y la Vega habian de hacer movimiento, estuvo quedo; mas como vió tan sosegada la gente, y las voluntades con tan poca demostracion, salió solo camino de la Alpujarra: encontráronle á la salida de Lanjaron, á pié, el caballo del diestro; pero siendo avisado que no pasase adelante, porque la tierra estaba alborotada, subió en su caballo, y con mas priesa tomó el camino de Válor. Habian los moriscos levantados hecho de sí dos partes: una llevó el camino de Órgiba, lúgar del duque de Sesa (que fué de su abuelo el gran capitan) entre Granada y la entrada de la Alpujarra, al levante tierra de Almería, al poniente la de Salobreña y Almuñécar, al norte la misma Granada, al mediodía la mar con muchas calas, donde se podian acoger navíos grandes. Sobre esta villa, como mas importante, se pusieron dos mil hombres repartidos en veinte banderas: las cabezas eran el alcaide de Mecina y el corcení de Motril. Fueron los cristianos viejos avisados, que serian como ciento y sesenta personas, hombres, mujeres

y niños; recogiólos en la torre Gaspar de Saravia, que estaba por el Duque. Mas los moros comenzaron á combatirla; pusieron arcabucería en la torre de la iglesia, que los cristianos, saltando fuera, echaron della: llegáronse á picar la muralla con una manta, la cual les desbarataron echando piedras y quemándola con aceite y fuego; quisieron quemar las puertas, pero halláronlas ciegas con tierra y piedra. Amonestábalos á menudo un almuedano desde la iglesia con gran voz, que se rindiesen á su rey Aben-Humeya. (Dicen almuedano al hombre que á voces los convoca á oracion, porque en su ley se les prohibe el uso de las campanas.) Llamaron á un vicario de Poqueira, hombre entre los unos y los otros de autoridad y crédito, para que los persuadiese á entregarse, certificándoles que Granada y el Alhambra estaban ya en poder de los moros: prometian la vida y libertad al que se rindiese, y al que se tornase moro la hacienda y otros bienes para él y sus sucesores: tales eran los sermones que les hacian. La otra banda de gente caminó derecho á Granada á hacer espaldas á Farax-Aben-Farax y á los que enviaron, y á recibir al que ellos llamaban rey, á quien encontraron cerca de Lanjaron, y pasaron con él adelante hasta Dúrcal. Pero entendiendo que el Marqués habia dejado puesta guarnicion en él, volvieron á Válor el alto, y de allí á un barrio que llaman Laujar, en el medio de la Alpujarra; adonde con la misma solemnidad que en Granada, le alzaron en hombros y le eligieron por su rey. Allí acabó de repartir los oficios, alcaidías, alguacilazgos por comarcas (á que ellos llaman en su lengua tahas) y por valles, y declaró por capitan general á su tio Aben-Jauhar, que llamaban don Fernando el Zaguer, y por su alguacil mayor á Farax-Aben-Farax. (Alguacil dicen ellos al primer oficio después de la persona del Rey, que tiene libre poder en la vida y muerte de los hombres sin consultarlo.) Vistiéronle de púrpura; pusiéronle casa como á los reyes de Granada, segun que lo oyeron á sus pasados. Tomó tres mujeres, una con quien él tenia conversacion y la trujo consigo, otra del rio de Almanzora, y otra de Tavernas, porque con el deudo tuviese aquella provincia mas obligada, sin otra con quien él primero fué casado, hija de uno que llamaban Rojas. Mas dende á pocos dias mandó matar al suegro y dos cuñados porque no quisieron tomar su ley; dejó la mujer, perdonó la suegra porque la habia parido, y quiso gracias por ello como piadoso. Comenzaron por el Alpujarra, rio de Almería, Boloduí y otras partes á perseguir á los cristianos viejos, profanar y quemar las iglesias con el Sacramento, martirizar religiosos y cristianos, que, ó por ser contrarios á su ley, ó por haberlos

dotrinado en la nuestra, ó por haberlos ofendido, les eran odiosos. En Güécija, lugar del rio de Almería, quemaron por voto un convento de frailes agustinos, que se recogieron á la torre, echándoles por un horado de lo alto aceite hirviendo; sirviéndose de la abundancia que Dios les dió en aquella tierra, para ahogar sus frailes. Inventaban nuevos géneros de tormentos: al cura de Mairena (1) hincheron de pólvora y pusiéronle fuego; al vicario enterraron vivo hasta la cinta, y jugáronle á las saetadas; á otros lo mismo, dejándolos morir de hambre. Cortaron á otros miembros, y entregáronlos á las mujeres que con agujas los matasen; á quién apedrearon, á quién acañaverearon, desollaron, despeñaron; y á dos hijos de Arce, alcaide de la Peza, uno degollaron y otro crucificaron, azotándole y hiriéndole en el costado primero que muriese. Sufriólo el mozo, y mostró contentarse de la muerte conforme á la de nuestro Redentor, aunque en la vida fué todo al contrario, y murió confortando al hermano, que descabezaron. Estas crueldades hicieron los ofendidos por vengarse; los monfíes por costumbre convertida en naturaleza. Las cabezas, ó las persuadian ó las consentian; los justificados las miraban y loaban, por tener al pueblo mas culpado, mas obligado, mas desconfiado, y sin esperanzas de perdon; permitíalo el nuevo rey, y á veces lo mandaba. Fué gran testimonio de nuestra fé, y de compararse con la del tiempo de los apóstoles, que en tanto número de gente como murió á manos de infieles, ninguno hubo (aunque todos ó los mas fuesen requeridos y persuadidos con seguridad, autoridad y riquezas, y amenazados y puestas las amenazas en obra) que quisiese renegar; antes con humildad y paciencia cristiana, las madres confortaban á los hijos, los niños á las madres, los sacerdotes al pueblo, y los mas distraidos se ofrecian con mas voluntad al martirio. Duró esta persecucion cuanto el calor de la rebelion y la furia de las venganzas; resistiendo Aben-Jauhar y otros tan blandamente, que encendian mas lo uno y lo otro. Mas el Rey, porque no pareciese que tantas crueldades se hacian con su autoridad, mandó pregonar que ninguno matase niño de diez años abajo, ni mujer ni hombre sin causa. En cuanto esto pasaba envió á Berbería á su hermano (que ya llamaban Abdalá) con presente de captivos y la nueva de su eleccion al rey de Argel, la obediencia al señor de los turcos; dióle comision que pidiese ayuda para mantener el reino. Tras él envió á Hernando el Habaquí á tomar tur-

(1) *De Terque*, dice el MS. citado; pero probablemente seria el beneficiado Geuriqui, cuya muerte menciona Mármol, lib. 4, cap. 17.

cos á sueldo, de quien adelante se hará memoria. Mas este, dejando concertados soldados, trajo consigo un turco llamado Dalí, capitan, con armas y mercaderes, en una fusta. Recibió el rey de Argel á Abdalá como á hermano del Rey; regalóle y vistióle de paños de seda; envióle á Constantinopla, mas por entretener al hermano con esperanzas que por dalle socorro. En este mismo tiempo se acabaron de rebelar los demás lugares del rio de Almería.

Estaba entonces en Dalías Diego de la Gasca, capitan de Adra, que habiendo entendido el motin víspera de Navidad (dia señalado generalmente para rebelarse todo el reino), iba por reconocer á Ujíjar; mas hallándola levantada, fué seguido de los enemigos hasta encerralle en Adra, lugar guardado á la marina, asentado cuasi donde los antigos llamaban Aldera; que Pedro Verdugo, proveedor de Málaga, con barcos basteció de gente y vituallas luego que entendió la muerte del capitan Herrera en Cádiar. Pasaron adelante, visto el poco efeto que hacian en Adra; y juntando con su misma gente hasta mil y cuatrocientos hombres con un moro que llamaban el Ramí, ocuparon el Chitre (Chutre le dicen otros), sitio fuerte junto á Almería, creyendo que los moriscos vecinos de la ciudad tomarian las armas contra los cristianos viejos: escribieron y enviaron personas ciertas á solicitar, entre otros, á don Alonso Venégas, hombre noble de gran autoridad, que con la carta cerrada se fué al ayuntamiento de los regidores; y leida, pensando un poco cayó desmayado, mas tornándole los otros regidores y reprendiéndole, respondió: «Recia tentacion es la del reino;» y dióles la carta en que parecia como le ofrecian tomalle por rey de Almería. Vivió doliente dende entonces, pero leal y ocupado en el servicio del Rey. Estaba don García de Villarroel, yerno de don Juan, el que murió dende á poco en las Guájaras, por capitan ordinario en Almería, y tomando la gente de la ciudad y la suya, dió sobre los enemigos otro dia al amanecer, pensando ellos que venia gente en su ayuda, rompiólos, y mató al Ramí con algunos. Los que de allí escaparon, juntándose con otra banda del Cehel, y llevando á Hocaid de Motril por capitan, tomaron á Castil de Ferro, tenencia del duque de Sesa, por tratado, matando la gente, sino á Machin el Tuerto, que se la vendió. De ahí pasaron á Motril, juntaron (1) una parte del pueblo, y llevaron casas de moriscos, volviendo sobre Adra; de donde salió Gasca con cuarenta caballos y noventa arcabuceros á reco-

(1) El MS. mencionado, *quemaron*.

nocellos, y apartándose, llamó un trompeta, cuyo nombre era Santiago, para enviar á mandar la gente; mas fué tan alta la voz, que pudieron oilla los soldados, y creyendo que dijese Santiago, como es costumbre de España para acometer los enemigos, arremetieron sin mas órden. Juntóse Diego de la Gasca con ellos, y fueron cuasi rotos los moros, retirándose con pérdida de cien hombres á la sierra. Iban estas nuevas cada dia creciendo; menudeaban los avisos del aprieto en que estaban los de la torre en Órgiba; que los moros de Berbería habian prometido gran socorro; que amenazaban á Almería y otros lugares, aunque guardados en la marina, proveidos con poca gente. Temia el Marqués, si grueso número se acercase á Granada, que desasosegarian el Albaicin, levantarian las aldeas de la Vega, y tanto mayores fuerzas cobrarian, cuanto se tardase mas la resistencia; daríase ánimo á los turcos de Berbería de pasar á socorrellos con mayor priesa, confianza y esperanza; fortificarian plazas en que recogerse, y no les faltarian personas plátícas desto y de la guerra entre otras naciones que les ayudasen, y firmarian el nombre de reino, puesto que vano y sin fundamento, perjudicial y odioso á los oidos del señor natural, por grande y poderoso que sea; daríase avilanteza á los descontentos para pensar novedades.

Estando las cosas en estos términos, vino Aben Humeya con la gente que tenia sobre Tablate, y trabando con don Diego de Quesada una escaramuza gruesa, cargó tanta gente de enemigos, que le necesitó á dejar la puente y retirarse á Dúrcal. Estas razones y el caso de don Diego fueron parte para que el Marqués, con la gente que se hallaba, saliese de Granada á resistillos, hasta que viniese mas número con que acometellos á la iguala; dejando proveido á la guarda y seguridad de la ciudad y el Alhambra á su hijo el conde de Tendilla por su teniente; al corregidor el sosiego, el gobierno, la provision de vituallas, la correspondencia de avisar al uno y al otro, con el Presidente, de cuya autoridad se valiesen en las ocasiones. Salió de Granada á los 3 de febrero (1569) con propósito de socorrer á Órgiba: vino á Alendin, y de allí al Padul. La gente que sacó fueron ochocientos infantes y doscientos caballos; demás destos, los hombres principales que ó con edad ó con enfermedad ó con ocupaciones públicas no se excusaron, seguíanle, mirábanle como á salvador de la tierra, olvidada por entonces ó disimulada la pasion. Paró en el Padul, pensando esperar allí la gente de la Andalucía, sin dinero, sin vitualla, sin bagajes: con tan poca gente tomó la empresa; pero la misma noche á la segunda guardia, oyéndose golpes de arcabuz en Dúrcal, creyendo todos que los enemigos habian aco-

metido la guardia que allí estaba, partió con la caballeria; halló que sintiendo su venida por el ruido de los caballos en el cascajo del rio, se habian retirado con la escuridad de la noche, dejando el lugar y llevando herida alguna gente; y el Marqués, para no darles avilanteza, tornando al Padul, acordó hacer en Dúrcal la masa. En tiempo de tres dias llegaron cuatro banderas de Baeza, con que crecia el Marqués á mil y ochocientos infantes y una compañía de noventa caballos; y teniendo aviso del trabajo en que estaban los de Órgiba, y que Aben Humeya juntaba gente para estorballe el paso de Tablate, salió de Dúrcal.

Entre tanto el conde de Tendilla recebia y alojaba la gente de las ciudades y señores en el Albaicin; y porque no bastaba para asegurarse de los moriscos de la ciudad y la tierra y proveer á su padre de gente, nombró diez y siete capitanes, parte hijos de señores, parte caballeros de la ciudad, parte soldados; pero todos personas de crédito: aposentólos y mantúvolos sin pagas con alojamientos y contribuciones. El Marqués, dejando guardia en Dúrcal, paró aquella noche en Elchite, de donde partió en órden camino de la puente; y habiendo enviado una compañía de caballos con alguna arcabucería á recoger la gente que habia quedado atrás, para que asegurasen los bagajes y embarazos, y mandado volver á Granada los desarmados que vinieron de la Andalucía, tuvo aviso que los enemigos le esperaban, parte en la ladera, parte en la salida de la misma puente, y la estaban rompiendo. Eran todos cuasi tres mil y quinientos hombres, los mas dellos armados de arcabuces y ballestas, los otros con hondas y armas enhastadas: comenzóse una escaramuza trabada; mas el Marqués, visto que remolinaban algunas picas de su escuadron, arremetió adelante con la gente particular, de manera que apretó los enemigos hasta forzarlos á dejar la puente, y pasó una banda de arcabucería por lo que della quedaba entero. Con esta carga fueron rotos del todo, retrayéndose en poca órden á lo alto de la montaña. Algunos arcabuceros llegaron á Lanjaron y entraron en el castillo, que estaba desamparado; reparóse la puente con puertas, con rama, con madera que se trajo del lugar de Tablate, por donde pasó la caballería; el resto del campo se aposentó en él sin seguir los enemigos, por ser ya tarde y haberse ellos acogido á lo fuerte, donde los caballos no les podian dañar. El dia siguiente, dejando en la puente al capitan Valdivia con su compañía para seguridad de las escoltas que iban de Granada á la Alpujarra, por ser paso de importancia, tomó el camino de Órgiba, donde los enemigos le esperaban al paso en la cuesta de Lanjaron; y habiendo sacado una banda de arcabucería con algu-

nos caballos, mandó á don Francisco, su hijo (*a*), que con ellos se mejorase en lo alto de la montaña, yendo él su camino derecho sin estorbo; porque Aben Humeya, con miedo que le tomasen los nuestros las cumbres que tenia para su acogida, dejó libre el paso, aunque la noche antes habia tenido su campo enfrente del nuestro con muchas lumbres y música en su manera, amenazando nuestra gente y apercibiéndola para otro dia á la batalla. Llegado el Marqués á Órgiba, socorrió la torre, en término que si tardara, era necesario perderse por falta de agua y vitualla, cansados de velar y resistir. He querido hacer tan particular memoria del caso de Órgiba porque en él hubo todos los accidentes que en un cerco de grande importancia: sitiados combatidos, quitadas las defensas, salidas de los de dentro con los cercadores, á falta de artillería picados los muros, al fin hambreados, socorridos con la diligencia que ciudades ó plazas importantes, hasta juntarse dos campos tales cuales entonces los habia, uno á estorbar, otro á socorrer, darse batalla, donde intervino persona y nombre de rey. Socorrida y proveida Órgiba de vitualla, municion y gente la que bastaba para asegurar las espaldas al campo, mandando volver á Granada, á órden del conde su hijo, cuatro compañías de caballería, y una de infantería para guarda de la ciudad (1), partió contra Poqueira, donde tuvo aviso que Aben Humeya habia parado resuelto de combatir: juntó con su gente dos compañías, una de infantería y otra de caballos que le vino de Córdoba. Cerca del rio que divide el camino entre Órgiba y Poqueira descubrió los enemigos en el paso que llaman Alfajarali. Eran cuatro mil hombres los principales que gobernaban apeados: hicieron una ala delgada en medio, á los costados espesa de gente, como es su costumbre ordenar el escuadron; á la mano derecha, cubiertos con un cerro, habia emboscados quinientos arcabuceros y ballesteros; demás desto, otra emboscada en lo bondo del barranco, luego pasado el rio, de mucho mayor número de gente. La que el Marqués llevaba serian dos mil infantes y trescientos caballos en un escuadron prolongado, guarnecido de arcabucería y mangas, segun la dificultad del camino; la caballería, parte en la retaguardia, parte al un lado, donde la tierra era tal que podian mandarse los caballos, pero guarnecida asimismo de alguna

(*a*) Este don Francisco es el almirante de Aragon, que después de varios casos y fortunas se ordenó de clérigo y fué Obispo de Sigüenza.

(1) Aquí añade el MS.: *de las que le habian alcanzado en Lanjaron de las ciudades de Ubeda y Baeza.*

infantería; porque en aquella tierra, aunque los caballos sirvan mas para atemorizar que para ofender, todavía son provechosos. Apartó del escuadron dos bandas de arcabucería y cien caballos, con que su hijo don Francisco fuese á tomar las cumbres de la montaña: en esta órden bajando al rio, comenzó á subir escaramuzando con los enemigos; mas ellos, cuando pensaron que nuestra gente iba cansada, acometieron por la frente, por el costado y por la retaguardia todo á un tiempo; de manera que cuasi una hora se peleó con ellos á todas partes y á las espaldas, no sin igualdad y peligro; porque la una banda de arcabucería estuvo en términos de desórden, y la caballería lo mismo; pero socorrió el Marqués con su persona los caballos, enviando socorro á los infantes. Viendo los enemigos que les tomaba los altos nuestra arcabucería, ya rotos se recogieron á ellos con tiempo, desamparando el paso. Siguióse el alcance mas de media legua hasta un lugar que dicen Lubien: la noche y el cansancio estorbó que no se pasase adelante; murieron dellos en este rencuentro cuasi seiscientos; de los nuestros siete; hubo muchos heridos de arcabuces y ballestas. Don Francisco de Mendoza, hijo del Marqués, y don Alonso Portocarrero fueron aquel dia buenos caballeros, entre otros que allí se hallaron, don Francisco, cercado y fuera de la silla, se defendió con daño de los enemigos, rompiendo por medio. Don Alonso, herido de dos saetadas con yerba, peleó hasta caer trabado del veneno usado dende los tiempos antiguos entre cazadores. Mas porque se va perdiendo el uso della con el de los arcabuces, como se olvidan muchas cosas con la novedad de otras, diré algo de su naturaleza. Hay dos maneras, una que se hace en Castilla en las montañas de Béjar y Guadarrama (á este monte llaman los antiguos Orospeda, y al otro Idubeda), cociendo el zumo de vedegambre, á que en lengua romana y griega dicen eléboro negro, hasta que hace correa, y curándolo al sol, lo espesan y dan fuerza (*a*); su olor agudo no sin suavidad, su color escuro, que tira á rubio. Otra se hace en las montañas nevadas de Granada de la misma manera; pero de la yerba que los moros dicen rejalgar, nosotros yerbas, los romanos y griegos acónito, y porque mata los lobos, licoctónos; color negro, olor grave, prende mas presto, daña mucha carne; los accidentes en ambas los mismos, frio, torpeza, privacion de vista, revolvimiento de estómago, arcadas, espumajos, desflaquecimiento de fuerzas hasta caer. Envuélvese la pon-

(*a*) Algo difiere de lo que dice Laguna sobre Dioscórides, lib. 4, cap. 79 y cap. 153.

zoña con la sangre donde quier que la halla, y aunque toque la yerba á la que corre fuera de la herida, se retira con ella y la lleva consigo por las venas al corazon, donde ya no tiene remedio; mas antes que llegue hay todos los generales: chúpanla para tirarla afuera, aunque con peligro; psylos llaman en lengua de Egipto á los hombres que tenian este oficio (*b*). El particular remedio es zumo de membrillo, fruta tan enemiga de esta yerba, que donde quier que la alcanza el olor, le quita la fuerza; zumo de retama, cuyas hojas machacadas he yo visto lanzarse de suyo por la herida cuanto pueden, buscando el veneno hasta topallo y tiralle afuera: tal es la manera desta ponzoña, con cuyo zumo untan las saetas envueltas en lino, porque se detenga. La simplicidad de nuestros pasados, que no conocieron manera de matar personas sino á hierro, puso á todo género de veneno nombre de yerbas, usóse en tiempos antiguos en las montañas de Abruzzo, en las de Candia, en las de Persia; en los nuestros, en los Alpes que llaman Monsenis hay cierta yerba poco diferente, dicha tora, con que matan la caza, y otra que dicen antora, á manera de dictamno, que la cura.

Entróse Poqueira, lugar tan fuerte, que con poca resistencia se defendiera contra mucho mayores fuerzas. Los moros, confiándose del sitio, le habian escogido por depósito de sus riquezas, de sus mujeres, hijos y vitualla: todo se dió á saco; los soldados ganaron cantidad de oro, ropa, esclavos; la vitualla se aprovecho cuanto pudo; mas la priesa de caminar en seguimiento de los enemigos, porque en ninguna parte se firmasen, y la falta de bagajes en que la cargar, y gente con que aseguralla, fué causa de quemar la mayor parte, porque ellos no se aprovechasen. Partió el Marqués el dia siguiente de Poqueira, y vino á Pítres, donde se detuvo curando los heridos, dando cobro á muchos captivos cristianos que libertó, ordenando las escoltas y tomando lengua. Alcanzáronle en este lugar dos compañías de caballos de Córdoba y una de infantería: en él luvo nueva como Aben Humeya con mayor número de gente le esperaba en el puerto que llaman de Jubíles, lugar, á su parecer dellos, donde era imposible pasar sin pérdida. Mas queriendo los enemigos tentar primero la fortuna de la guerra, saltearon nuestro alojamiento con cinco banderas, en que habia ochocientos hombres: el dia siguiente á mediodía, aprovechándose de la niebla y de la hora del comer, acometieron por tres partes, y porfiaron de manera, hasta que llegaron á los cuerpos de guardia peleando; pero en ellos fueron resistidos con pér-

(*b*) Plin., lib. 7, cap. 2, y lib. 8, cap. 25.

dida de gente y dos banderas: hubo algunos heridos de los nuestros. Sosegada y refrescada la gente, dejando los heridos y embarazos con buena guardia, partió el Marqués ahorrado contra Aben Humeya; y por descuidarle escogió el camino áspero de Trevélez por la cumbre de la sierra de Poquéira, donde algunos moros desmandados desasosegaron nuestra retaguardia sin daño. Pasóse aquella noche fuera de Trevélez sobre la nieve, con poco aparejo, y frio demasiado. Habia venido á Pítres un mensajero (1) de Zaguer, que decian Aben-Jauhar, tio y general de Aben Humeya, á pedir apuntamientos de paz; pero llevándole el Marqués consigo, le respondió «que brevemente pensaba dalle la respuesta como convenia al servicio de Dios y del Rey». Dícese que ya el Zaguer andaba recatado de que Aben-Humeya le buscase la muerte; y continuando su camino para Jubiles con una compañía mas de infantería y otra de caballos de Écija, cuyo capitan era Tello de Aguilar, llegó á vista de Jubíles, donde salió un cristiano viejo con tres moros á entregalle el castillo. Habia dentro mujeres y hijos de los moros que estaban en campo con Aben Humeya; gente inútil y de estorbo para quien no tiene cuenta con las mujeres y niños, y algunos moros de paz viejos; mas porque era necesario ocupar mucha gente para guardallos, y si quedaran sin guarda se huyeran á los enemigos, mandó que los llevasen á Jubiles. Acaeció que un soldado de los atrevidos llegó á tentar una mujer si traia dineros, y alguno de los moriscos, ó fuese marido ó pariente, á defendella, de que se trabó tal ruido, que de los moriscos cuasi ninguno quedó vivo; de las moriscas hubo muchas muertas; de los nuestros algunos heridos, que con la escuridad de la noche se hacian daño unos á otros. Dícese que hubo gente de los enemigos mezclada para ver si con esta ocasion pudieran desordenar el campo, y que, arrepentidos de la entrega que el Zaguer hizo, los padres, hermanos y maridos de las moras quisieron procurar su libertad: la escuridad de la noche y la confusion fué tanta, que ni capitanes ni oficiales pudieron estorbar el daño.

(1) El siguiente trozo, que sin duda por formar un paréntesis demasiado largo, se suprimió en el impreso, consta en el MS. Un mensajero, *cristiano viejo, llamado Hierónimo de Aponte, que por ser bienquisto entre ellos, habia quedado vivo, de los que los moros hubieron á las manos en Ujíjar de la Alpujarra.*

LIBRO SEGUNDO.

En tanto que las cosas de la Alpujarra pasaban como tenemos dicho, se juntaron hasta quinientos moros con dos capitanes, Giron de las Albuñuelas y Nacoz de Nigüeles, á tentar la guardia que el Marqués habia dejado en la puente de Tablate; teniendo por cierto que si de allí la pudiesen apartar se quitaria el paso y el aparejo á las escoltas, y nuestro campo con falta de vituallas se desharia. Vinieron sobre la puente hallándola falta de gente, y la que habia desapercebida acometieron con tanto denuedo, que la hicieron retirar; parte no paró hasta Granada; muchos dellos murieron sin pelear en el alcance; parte se encerraron en una iglesia, donde acabaron quemados; con que la puente quedó por los enemigos. Mas el conde de Tendilla, sabida la nueva, envió á llamar con diligencia á don Alvaro Manrique, capitan del marqués de Pliego, que con trescientos infantes y ochenta caballos de su cargo estaba alojado dos leguas de Granada. Llegó á la puente de Genil al amanecer, donde el Conde le esperaba con ochocientos infantes y ciento y veinte caballos: avisado del número de los enemigos, entrególe la gente, y dióle órden que peleando con ellos, desembarazado el paso, le dejase guardado, y él con el resto della pasase á buscar al Marqués. Cumplió don Alvaro con su comision, hallando la puente libre y los moros idos.

En Jubíles llegó el capitan don Diego de Mendoza, enviado por el Rey para que llevase relacion de la guerra, manera de cómo se gobernaba el Marqués, del estado en que las cosas se hallaban; porque los avisos eran tan diferentes, que causaban confusion en las provisiones, como no faltan personas que por pretensiones ó por pasion ó opinion ó buen celo culpan ó excusan las obras de los ministros. Partió el Marqués de Jubíles, vino á Cádiar, donde fué la muerte del capitan Herrera, de allí á Ujíjar: en el camino mandó combatir una cueva, en que se defendian encerrados cantidad de moros con sus mujeres y hijos, hasta que con fuego y humo fueron tomados. Estando en Ujíjar fué avisado que Aben Humeya, juntas todas sus fuerzas, le esperaba en el paso de Paterna, tres leguas de Ujíjar, y sin detenerse partió. Caminando le vinieron dos moros de parte de Aben Humeya con nuevos partidos de paz, mas el Marqués sin respuesta los llevó consigo hasta dar con su vanguardia en la de los enemigos; y en una quebrada junto á Iñiza pelearon con harta pertinacia, por ser mas de cinco mil hombres y mejor armados que en Jubíles; pero fueron rotos del todo, tomándoles el alto

y acometiéndolos con la caballería don Alonso de Cárdenas, conde de la Puebla: no se siguió el alcance por ser noche. Envió el Marqués doscientos caballos, que les siguieron hasta la nieve y aspereza de la sierra, matando y captivando; y él á dos horas de noche paró en Iñiza; otro dia vino á Paterna; dióla á saco; no hallaron los soldados en ella menos riqueza que en Poqueira. El rencuentro de Paterna fué la postrera jornada en que Aben Humeya tuvo gente junta contra el Marqués, el cual partió sin detenerse para Andarax en seguimiento de las sobras de los enemigos, habiendo enviado delante infantería y caballería á buscallos en el llano y en la sierra que dicen el Cehel, cerca de la mar; montaña buena para ganados, caza y pesca, aunque en algunas partes falta de agua. Dicen los moros que fué patrimonio del conde Julian el traidor, y aun duran en ella y cerca memorias de su nombre: la torre, la rambla Juliana y Castil de Ferro. Llegado á Andarax, envió á su hijo don Francisco con cuatro compañías de infantería y cien caballos á Obánez, donde entendió que se recogian enemigos; mas por avisos ciertos del capitan de Adra supo que en él no habia cuarenta personas, y por alguna falta de vituallas le mandó tornar. Recogió y envió á Granada gran cantidad de captivos cristianos, á quien había dado libertad en todos los pueblos que ganó y se le rindieron: recibió los lugares que sin condicion se le entregaron. Estaba Diego de la Gasca sospechoso en Adra que los vecinos de Turon, lugar de los rendidos en el Cehel, acogian moros enemigos, y queriendo él por sí saber la verdad para dar aviso al Marqués, fué con su gente; mas no hallando moros, entró de vuelta á buscar cierta casa, de donde salió uno dellos, que le dió cierta carta de aviso fingida, y al abrirla le metió un puñal por el vientre; hirió tambien dos soldados antes que le matasen. Murió Gasca de las heridas, y mandó en su testamento que las ganancias que habia hecho en la guerra se repartiesen entre soldados pobres, huérfanos, viudas, mujeres é hijas de soldados; era sobrino hijo de hermano de Gasca, obispo de Sigüenza, que venció en una batalla á los Pizarros y pacificó el reino del Perú.

En el mismo tiempo don Luis Fajardo, marqués de Vélez, gran señor en el reino de Murcia, solicitado, como dijimos, por cartas del presidente de Granada, habia salido con sus amigos, deudos y allegados á entrar en el rio de Almería: era la gente que llevaba número de dos mil infantes y trescientos caballos, la mayor parte escogidos. La primera jornada fué combatir una gruesa banda de moros que atravesaban desmandados en Illar; de allí fué sobre Filix; tomóla y saqueóla, en-

riqueciendo la gente; peleóse con harto riesgo y porfía; murieron de los enemigos muchos, pero mas mujeres que hombres, entre ellos su capitan, llamado Futei, natural del Cenete. Hecho esto, por falta de vituallas se recogió á los lugares del rio de Almería, donde para mantener la gente y su persona vino á Cosar de Canjáyar, barranco de la Hambre le llaman por otro nombre en su lengua, porque en él se recogieron los moros cuando el rey católico don Fernando hizo la empresa de Andarax en el primer levantamiento, donde pasaron tanta hambre, que cuasi todos murieron.

La toma de Poqueira, Jubíles y Paterna puso temor á los enemigos, porque tenian reputacion de fuertes, y indignacion por la pérdida que en ellos hicieron de todas sus fortunas: comenzaron á recogerse en lugares ásperos, ocupar las cumbres y riscos de las montañas, fortificando á su parecer lo que bastaba, pero no como gente plática; antes ponian todas sus esperanzas y seguridad en esparcirse, y dejando la frente al enemigo, pasar á las espaldas, más con apariencia de descabullirse que de acometer. Pareció al Marqués con estos sucesos quedar llana toda la Alpujarra; y dando la vuelta por Andarax y Cádiar, tornó á Órgiba, por estar mas en comarca de la mar, rio de Almería, Granada y la misma Alpujarra. Entre tanto, aunque la rebelion parecia estar en la Alpujarra en términos de sosegada, echó raíces por diversas partes: á la parte de poniente, por las Guájaras, tres lugares pequeños juntos que parten la tierra de Almuñécar de la de Val de Leclin, puestos en el valle que desciende al puerto de la Herradura, desdichado por la pérdida de veinte y tres galeras anegadas con su capitan general don Juan de Mendoza, hombre de no menos industria y ánimo que su padre don Bernardino y otros de sus pasados, que en diversos tiempos valieron en aquel ejercicio. El señor de uno de aquellos lugares, ó con ánimo de tenellos pacíficos, ó de roballos y captivar la gente, juntando consigo hasta doscientos soldados desmandados de la costa, forzó á los vecinos que le alojasen y contribuyesen extraordinariamente. Vista por ellos la violencia, dilatándolo hasta la noche, le acometieron de improviso, y necesitaron á retraerse en la iglesia, donde quemaron á él y á los que entraron en su compañía. No dió tiempo á los malhechores la presteza del caso para pensar en otro partido mas llano que juntarse, llegando á sí, de la gente de los lugares vecinos, tres mil personas de todas edades, en que habia mil y quinientos hombres (1) de provecho,

(1) El MS. dice *mil y ochocientos*.

armados de arcabuces, ballestas, lanzas y gorguces, y parte hondas, como la ira y la posibilidad les daba; y sin tomar capitan, de comun parecer ocuparon dos peñones, uno alto, de subida áspera y difícil, otro menor y mas llano. Aquí pusieron su guardia y se repararon sin traveses, parte con piedra seca, parte con mantas y jalmas como rumbadas, á falta de rama y tierra. Estos dos sitios escogieron para su seguridad, juntando después consigo algunos salteadores, Giron, Márcos el Zamar, capitanes, y otros hombres á quien convidaba la fortaleza del sitio, el aparejo de la comarca y la ocasion de las presas. Fué el Marqués avisado, que andaba visitando algunos lugares de la tierra como seguro de tal novedad; y visto que el fuego se comenzaba por parte peligrosa de lugares importantes, guardados á la costa con poca gente, recelando que saltase á la sierra de Bentomiz ó á la Hoya y Jarquía de Málaga, deliberó partir con cuasi dos mil infantes y doscientos caballos, avisando al Conde que de Granada le reforzase con mas gente de pié y de caballo. Eran los mas aventureros ó concejiles: tomó el camino de las Guájaras, dejando á sus espaldas lugares como Ohánez y Válor el alto, sospechosos y sobresaltados, aunque solos de gente, segun los avisos. Algunos le juzgaban diciendo que pudiera enviar otra persona ó á su hijo el Conde en su lugar; pero él escogió para sí la empresa con este peligro, ó porque el Rey, vista la importancia del caso, no le proveyese de compañero, ó por entretener la gente en la ganancia: tanto puede la ambicion en los hombres, puesto que sea loable, que aun de los hijos se recatan. Sacar al Conde de Granada, que le aseguraba la ciudad á las espaldas y le proveia de gente y de vitualla, parecia consejo peligroso, y partir la empresa con otro, despojarse de las cabezas, que si muchas en número y calidad de personas, en experiencia eran pocas. Estas dudas saneó con la presteza, porque antes que los enemigos pensasen que partia, les puso las armas delante. Halláronse en toda la jornada muchas personas principales, así del reino de Granada como de la Andalucía, que en las ocasiones serán nombrados. Partió el Marqués de Andarax, y sin perder tiempo vino de Cádiar á Órgiba, y tomando vitualla á Vélez de Benabdalá, pasó el rio de Motril, la infantería á las ancas de los caballos, y llegó á las Guájaras, que están en medio. Vino don Alonso Portocarrero con mil soldados, ya sano de sus heridas, y otras dos banderas de infantería, ciento y cincuenta caballos; gente hecha en Granada, que enviaba el conde de Tendilla; el conde de Santistéban con muchos deudos y amigos de su casa y vasallos suyos. Mas los enemigos, como de improviso descubrieron el cam-

po, comenzaron á tomar el camino de los peñones, y víanse subir por la montaña con mujeres y hijos. Viendo el Marqués que se recogian á sus fuertes, envió una compañía de arcabuceros á reconocerlos y dañarlos si pudiesen; pero dende á poco le trajo un soldado mandado del capitan, que por ser los enemigos muchos y su gente poca, ni se atrevia á seguillos porque no le cargasen, ni á retirarse porque no le rompiesen: pedia para la uno y lo otro mil hombres. Envióle alguna arcabucería, y él con la gente que pudo llegar ordenada le siguió hasta las Guájaras altas por hacerle espaldas, donde alojó aquella noche con mal aparejo; pero los unos y los otros sin temor; los nuestros por la confianza de la victoria, los enemigos de la defensa.

Entre los que allí vinieron á servír fué uno don Juan de Villarroel, hijo de don García de Villarroel, adelantado que fué de Cazorla, y sobrino (segun fama) de fray Francisco Jimenez, cardenal y arzobispo de Toledo, gobernador de España entre la muerte del rey católico don Fernando y el reinado del emperador don Cárlos. Era á la sazon capitan de Almería y servia de comisario general en el campo; hombre de años, probado en empresas contra moros, pero de consejos sutiles y peligrosos, que habia ganado gracia con hallar culpas en capitanes generales, siendo á veces escuchado, y al fin remunerado. Este, por abrirse camino para algun nombre en aquella ocasion, gastó la noche sin sueño en persuadir al Marqués que le mandase con cincuenta soldados á reconocer el fuerte de los enemigos, diciendo que del alojamiento no se descubria el paso del peñon alto. Concurrió el Marqués, mostrando hacerlo mas por permision y licencia que mandamiento, pero amonestándole que no pasase del cerro pequeño, que estaba entre su alojamiento y la cuesta, y que no llevase consigo mas de cincuenta arcabuceros; blandura que suele poner á veces á los que gobiernan en grandes y presentes peligros. Mas don Juan, pasando el cerro, comenzó á subir la cuesta sin parar, aunque fué llamado del Marqués, y á seguillo mucha gente principal y otros desmandados, ó por acreditar sus personas ó por codicia del robo. Pasaban ya los que subian de ochocientos, sin poderlo el Marqués estorbar; porque don Juan, viéndose acrecentado con número de gente, y concibiendo en sí mayores esperanzas, teniéndose por señor de la jornada, sin guardar la órden que se le dió ni la que se debe en hechos semejantes, desmandada la gente no con mas concierto que el que daba su voluntad á cada uno, comenzó la subida con el ímpetu y priesa que suele quien va ignorante de lo que puede acontecer, mas dende á poco con flojedad y cansancio. Vista por los enemigos la desórden, hicieron

muestra de encubrirse con el peñon bajo, dando apariencia de escapar: pensaron los nuestros que huian, y apresuraron el paso; creció el cansancio, oíanse tiros perdidos de arcabucería, voces de hombres desordenados; víanse arremeter, parar, cruzar, mandar; movimientos segun el aliento ó apetito de cada uno: en ochocientas personas mostrarse mas capitanes que hombres, antes cada cual lo era de sí mismo; el hábito del capitan un capote, una montera, una caña en la mano. No se estaba á media cuesta cuando la gente comenzó á pedir municion de mano en mano: oyeron los enemigos la voz, peligrosa en semejantes ocasiones; y viendo la desorden, saltaron fuera con el Zamar hasta cuarenta hombres, esos con pocas armas y menos muestra de acometer; pero convidados del aparejo, y ayudados de piedras que los del peñon echaban por la cuesta, y de alguna gente mas, dieron á los nuestros una carga harto retenida, aunque bastante para que todos volviesen las espaldas con mas priesa que habian subido, sin que hombre hiciese muestra de resistir ni la gente particular fuese parte para ello; antes los seguian mostrando querellos detener: fueron los moros creciendo, ejecutando y matando hasta cerca del arroyo. Murió don Juan de Villarroel desalentado, con la espada en la cinta, cuchilladas en la cabeza y las manos, segun se reparaba; don Luis Ponce de Leon, nieto de don Luis Ponce, que herido de muerte y caido, le despeñó un su criado por salvalle, y Juan Ronquillo, veedor de las compañías de Granada, y un hijo solo del maestre de campo Hernando de Oruña, viéndole su padre y todos peleando. Fueron los muertos muchos mas que los que los seguian, y algunos ahogados con el cansancio; los demás se salvaron, y entre ellos don Jerónimo de Padilla, hijo de Gutierrez Lopez de Padilla, que herido y peleando hasta que cayó, le sacó arrastrando por los piés un esclavo á quien él dió libertad. El Marqués, vista la desórden, y que los enemigos crecian y venian mejorados, y prolongándose por la loma de la montaña á tomarle las espaldas, encaminados á un cerro que les estaba encima, envió á don Alonso de Cárdenas con pocos arcabuceros que pudo recoger; hombres sueltos y de campo, el cual previno y aseguró el alto. Estaba el Marqués apeado con la caballería, las lanzas tendidas, guarnecido de alguna arcabuceria, esperando los enemigos y recogiendo la gente que venia rota: pudo esta demostracion y su autoridad refrenar la furia de los unos, detener y asegurar los otros, aunque con peligro y trabajo. Otro dia al amanecer llegó la retaguardia: serian por todos cinco mil y quinientos infantes y cuatrocientos caballos; compañía bastante para mayor empresa, si se hubiera de tener cuenta con solo el número Or-

denó solo un escuadron, por el temor de la gente que el dia de antes habia recebido desgracia, guarnecido á los costados con mangas prolongadas de arcabucería. Era el peñon por dos partes sin camino, mas por la que se continuaba con la montaña habia salida menos áspera: aquí mandó estar caballería y arcabucería apartada, pero cubierta, porque vistos no estorbasen la huida. Son los moros cuando se ven encerrados impetuosos y animosos para abrirse paso; mas abierto, procuran salvarse sin tornar el pecho al enemigo; y por esto, si á alguna nacion se ha de abrir lugar por donde se vayan, es á ellos. Acometiolos con esta órden, y duró el combatir con pertinacia hasta la escuridad de la noche; los unos animados, los otros indignados del suceso pasado: mandó tocar á recoger, y alojó pegado con el fuerte, encomendando la guardia á los que llegaron holgados. Puso la noche á los enemigos delante de los ojos el peligro, el robo, la captividad, la muerte; trájoles el miedo confusion y discordia, como en ánimos apretados que tienen tiempo para discurrir: unos querian defenderse, otros rendirse, otros huir; al fin, salió la mayor parte de la gente forastera y monfíes con los capitanes Giron y el Zamar, sacando las mujeres y niños que pudieron, y quedó todavía número de gente de los naturales; y aunque flacamente reparada, si tuvieran esfuerzo y cabezas, con el favor de lo pasado y el aparejo del sitio, solas mujeres bastaban á defenderse. Hicieron al principio resistencia, ó que el desdeño de verse desamparados ó la ira los encendiese; pero apretados, enflaquecieron, y dando lugar, fueron entrados por fuerza; no se perdonó con órden del Marqués á persona ni á edad; el robo fué grande, y mayor la muerte, especialmente de mujeres: no faltó ambicion que se ofreciese á solicitalla como cargo de mayor importancia. Escapó Giron; fué preso y herido de un arcabucero por el muslo el Zamar por salvar una hija suya doncella, que no podia con el trabajo del camino; y llevado á Granada, le mandó atenazar el conde de Tendilla, que hizo calificada la victoria.

Tomado el fuerte de las Guájaras, envió el Marqués el campo con el conde de Santistéban, que le esperase en Vélez de Benabdalá; y fué á visitar á Almuñécar, Salobreña, Motril, lugares á la marina; guardados contra los cosarios de Berberia, y quedó por entonces asegurada aquella tierra hasta Ronda. Puso en el oficio de don Juan de Villarroel á don Francisco de Mendoza, su hijo; nombró veedores y otros oficiales de hacienda, sin que el gobierno del campo no podia pasar. Pero no dejaron perder sus émulos aquella ocasion de calumniarle, diciendo

ser él mismo quien proveia, libraba, pagaba, repartia las contribuciones, presas y depósitos, pues sus hijos y criados lo hacian; cosa que los capitanes generales suelen y deben huir. Pero la necesidad y la salida del negocio mostró haber sido mas provechoso consejo para la hacienda del Rey, en lo poco que se gastó con mucha gente y en mucho tiempo. Llegado á Vélez, tornó á Órgiba; dióse á recebir gentes y pueblos que se venian á rendir; entregaban las armas los que habitaban por toda la Alpujarra y rio de Almería, y los que en las montañas andaban alzados rendíanse á merced del Rey sin condicion; traian mujeres, hijos y haciendas; comenzaban á poblar sus casas; ofrecíanse á ir con ellas á morar como y donde los enviasen; y si en la tierra los quisiesen dejar, mantener guardia para defension y seguridad della, solamente que se les diesen las vidas y libertad; pero aun estas dos condiciones no les admitió. No por eso dejaban de venirse: dábales salvaguardia con que vivian pacíficos, aunque no del todo asegurados; y hallando el campo lleno de esclavos y cristianos que comian la vitualla, depositó quinientas moriscas en poder de sus padres, hermanos y maridos, y sobre sus palabras las recibieron en Ujíjar, y dende á poco envió con alguaciles por ellas para volvellas á sus dueños, que sin faltar persona las tornaron; cosa no vista en otro tiempo, ó fuese el miedo y la obediencia, ó fuese que restituian las mujeres de que hallan abundancia en toda parte, y por esto son estimadas como alhaja, y los hijos donde se los criasen, descargándose de bocas inútiles y embarazo cojijoso; y aquí hizo particulares justicias de muchos culpados.

Discurrian los soldados de veinte en veinte sin daño; dábanse á descubrir personas y ropa escondida por la montaña; combatian cuevas donde habia moriscos alzados: todo era esclavos, despojos, riquezas. No eran por entonces tantas las desórdenes, que los moriscos no las pudiesen sufrir, ni tantos los autores, que no pudiesen ser castigados; pero fuéronse los unos con la ganancia, vinieron otros nuevos codiciosos que mudaban el estado de paz en desasosiego, y de obediencia en desconfianza. Vióse un tiempo en el cual los enemigos (ó estubiesen rendidos ó sobresanados) pudieran con facilidad y poca costa ser oprimidos, y venirse al término que después se vino de castigo, de opresion ó de destierro; ó sacándolos á morar en Castilla, poblar la tierra de nuevos habitadores, sin pérdida de tanto tiempo, gente y dineros, sin hambre, sin enfermedad, sin violencia de vasallos. No son los hombres jueces de los pensamientos y motivos de los reyes; pero mucho puede en el ánimo de un príncipe ofendido por caso de rebelion, aunque in-

teresada ó apasionada, que le inclina á rigor y venganza; porque cualquier tiempo que se dilata, aunque sea por mayor oportunidad, le parece estorbo.

En esto la gente de Granada, libre del miedo y de la necesidad, tornó á la pasion acostumbrada: enviaban al Rey personas de su ayuntamiento; pedian nuevo general; nombraban al marqués de Vélez, engrandeciendo su valor, consejo, paciencia de trabajos, reputacion: partes que, aunque concurriesen en él, la mudanza de voluntades y los mismos oficios hechos en su perjuicio dende á pocos dias que entonces en su favor, mostraban no haberse movido los autores con fin de loallas porque fuesen tales. Calumniaban al de Mondéjar que permitia mucho á sus oficiales; que no se guardaban las vituallas; que los ganados, pudiendo seguir el campo, se llevaban á Granada; que no se ponia cobro en los quintos y hacienda del Rey; que teniendo presidente cabeza en los negocios de justicia, tantas personas graves y de consejo en la chancillería, un ayuntamiento de ciudad, un corregidor solícito, tantos hombres prudentes; no solamente no les comunicaba las ocasiones en general, pero de los sucesos no les daba parte por escrito ni de palabra; antes indignado por competencias de jurisdicciones, preeminencias de asientos ó maneras de mandar, sabian de otros antes la causa porque se les mandaba, que recibiesen el mandamiento. Loaban la diligencia del Presidente en descubrir los tratados, los consejos, los pensamientos de los enemigos; entretener la gente de la ciudad, exhortar á los señores del reino que tomasen las armas, en particular al marqués de Vélez, y otras demostraciones que, atribuidas al servicio del Rey, eran juzgadas por honestas, y á su particular por tolerables: empresas de reputacion y autoridad, no desdeñando ni ofendiéndola; y que, en fin, como quiera, eran de suyo provechosas al beneficio público: que la guerra no estaba acabada, pues los enemigos aun quedaban en pié; que las armas entregadas eran inútiles y viejas; mostrábanse indignados y rebeldes, resolutos á no mandarse por el Marqués. Los alcaldes (oficio usado á seguir el rigor de la justicia, y aun el de la venganza, porque cualquiera dilacion ó estorbo tienen por desacato) culpaban la tibieza en el castigar, recebir á merced y amparar gente traidora á Dios y al Rey; las armas en mano de padre y hijo, oprimida la justicia y el gobierno, llena Granada de moros, mal defendida de cristianos, muchos soldados y pocos hombres, peligros de enemigos y defensores, deshaciendo por un cabo la guerra y criándola por otro. Por el contrario, los amigos y allegados del Marqués á su casa decian

que la guerra era libre, y los oficiales y soldados concejiles, y esos sin sueldo, movidos de su casa por la ganancia; los ganados habidos de los enemigos, que por todo se hallaría que la carne y el trigo y cebada se aprovechaba de dia en dia; que mal se podian fundar presidios para guardia de vitualla con tan poca gente, ni asegurar las espaldas sino andando tan pegados con los enemigos, que les mostrasen cada hora las cuerdas de los arcabuces y los hierros de las picas; que los quintos tenian oficiales del Rey en quien se depositaban y pasaban por almonedas; que los oficios eran tan apartados, y los consejos de la guerra requerian tanto secreto, que fuera dellas no se acostumbraba comunicarlos con personas de otra profesion, aunque mas autoridad tuviesen; porque como plática extraña de sus oficios, no sabian en qué lugar se debia poner el secreto; que tras el publicar venia el yerro, y tras el yerro el castigo; y que como el Presidente y oidores ó alcaldes no le comunicaban los secretos de su acuerdo, así él no comunicaba con ellos los de la guerra, ni se vian, ni habia causas porque hubiese esta desigualdad, ó fuese autoridad ó superioridad. De lo que tocaba al corregidor y la ciudad burlaban, como cosa de concejo y mezcla de hombres desigual. Que los que eran para entender la guerra, andaban en ella, y servian ellos ó sus hijos al Rey y obedecian al Marqués, sin pasion (1); que los cumplimientos eran parte de buena crianza, y cada uno, si queria ser malquisto, podia ser mal criado. Que trayendo tan á la continua la lanza en la mano, mal podia desembarazalla para la pluma. Que la guerra era acabada segun las muestras, y el castigo se guardaria para la voluntad del Rey, y entonces ternian su lugar la mano y la indignacion de las justicias; y si decian que sobresanada, porque estaban los enemigos en pié y armados, lo sobresanado ó acabado, lo armado y desarmado es todo un, cuando los enemigos ó se rinden ó están de manera que pueden ser oprimidos sin resistencia, como lo estaban á la sazon los del reino y la ciudad de Granada. Que de aquello servia la gente en el Albaicin y la Vega, la cual, como entretenida con alojamientos y sin pagas, no podia sin dar pesadumbre y desordenarse; ni como poco plática, saber la guerra tan de molde que no se les pareciese que eran nuevos. Pero la carga de lo uno y de lo otro estaba sobre los enemigos, á quien ellos decian que se habia de dar riguroso castigo, lo cual, aunque se diferia, no se olvidaba; que espantallos sin tiempo era perder el fin y las comodidades que se podian

(1); El MS.: y á los que no andaban faltaban capacidad.

sacar dellos; que las personas, cuando eran tales, siempre serian provechosas, especialmente las que sirviesen á su costa, como la del marqués de Vélez, probada para cualquier gran cargo que estuviese sin dueño.

Mas el Marqués, hombre de estrecha y rigurosa disciplina, criado al favor de su abuelo y padre en gran oficio, sin igual ni contradictor, impaciente de tomar compañía, comunicaba sus consejos consigo mismo, y algunos con las personas que tenia cabe sí, pláticas en la guerra, que eran pocas; de las apariencias, aunque eran comunes á todos, á ninguno daba parte; antes ocasion á algunos, especialmente á mozos y vanos, de mostrarse quejosos. Tomó la empresa sin dineros, sin municion, sin vitualla, con poca gente, y esa concejil, mal pagada, y por esto no bien disciplinada, mantenida del robo, y á trueco de alcanzar ó conservar este, mucha libertad, poca vergüenza y menos honra; excepto los particulares que á su costa venian de toda España á servir al Rey, y eran los primeros á poner las manos en los enemigos. Tuvo siempre por principal fin pegarse con ellos; no dejar que se afirmasen en lugar ni juntasen cuerpo; acometellos, apretallos, seguillos; no dalles ocasion á que le siguiesen, ni mostrarles las espaldas aunque fuese para su provecho; recebir los que dellos viniesen á rendirse; disminuillos y desarmallos, y á la fin oprimillos; para que poniéndoles guarniciones con un pequeño ejército, pudiese el Rey castigar los culpados, desterrar los sospechosos, deshabitar el reino, si le pluguiese pasar los moradores á otra parte: todo con seguridad y sin costa, antes á la dellos mismos. Hizo muchas veces al Rey cierto del término en que las cosas se hallaban; y aunque guiando ejércitos no hubiese venido otras veces á las manos con los enemigos, todavía con la plática que tenia de la manera del guerrear destos, aprendida de padres y abuelos y otros de su linaje, que tuvieron continuas guerras con los moros, los trajo á tal estado y en tan breve tiempo como el de un mes; no embargante que muchas veces se le escribiese que procediese con ellos atentamente. Puesta la guerra en estos términos, túvola por acabada, facilitando lo que estaba por hacer; con que se hizo mas odioso, pareciendo á hombres ausentes cuerdos y de experiencia, que habia de retoñecer con mayor fuerza, como el tiempo diese lugar y las esperanzas de Berbería se calentasen, y los castigos y reformaciones comenzasen á ejecutarse; y tuvieron por largo el negocio, por ser de montaña, contra gente suelta y plática della, y otras causas que por nuestra parte se les habian de dar.

En este mismo tiempo comenzó á descubrirse la guerra en el rio de Almería, con la ida del marqués de Mondéjar á las Guájaras y tierra de Almuñécar. Ohánez es un lugar puesto entre dos rios en los confines de la Alpujarra, marquesado de Cenete y tierra de Almería: aquí se recogieron moros que andaban huidos en la montaña (sobras de los rencuentros pasados), convidados de la fortaleza del sitio, y persuadidos por el Tahalí, á quien tomaron por capitan. Pusieron mil hombres á la guardia del lugar donde habian encerrado sus hijos, mujeres, y haciendas; sin otro mayor número que defendian la tierra, todos determinados á pelear.

Estaba el marqués de Vélez en el rio de Almería entretenido con parte de la gente del reino de Murcia, y la demás era vuelta, como es costumbre, rica de la ganancia; esperaba órden del Rey si tornaria á la tierra de Cartagena, que confina con el reino de Granada por el rio de Mojácar, que los antiguos llamaban Murgis; ampararia la tierra del Rey y la suya vecina á la mar; defenderia que los moros del reino de Granada no pasasen por aquella parte á desasosegar los del reino de Valencia, recelado y cuasi cierto peligro en la primera ocasion de pérdida nuestra importante; y convenia (ocupado el marqués de Mondéjar en las Guájaras) atajar el fuego á las espaldas. No habia en pié otras armas tan cerca como estas, solicitadas por el presidente de Granada, mas después con aprobacion del Rey.

Los que igualmente juzgaban lo bueno que lo malo, atribuian á pasion esta diligencia, por excluir ó dar compañero al marqués de Mondéjar; pero las personas libres, á buena provision y en conveniente coyuntura. Movióse el marqués de Vélez con tres mil infantes y trescientos caballos contra los enemigos, que le esperaban á la subida de la montaña en un paso áspero y dificultoso; combatiólos y rompiólos no sin dificultad; donde se mostró por su persona buen caballero. Mas los enemigos, recogiéndose á Ohánez, estuvieron á la defensa. Acometiólos con pocas armas, y rompiólos segunda vez; murieron cuasi doscientos hombres, con Tahalí, su capitan, y en la entrada muchas mujeres; de los nuestros algunos: salváronse de los moros, por las espaldas del lugar, la mayor parte que estaba á la defensa, sin ser seguidos; y pudieran, si algun capitan plático los gobernara, hacer daño á los nuestros, embebecidos y cargados con el saco. Fué grande la importancia del hecho por la ocasion. Á las gradas de la iglesia halló el Marqués cortadas veinte cabezas de doncellas, los cabellos tendidos, puestas por órden, que los de aquella tierra, cuando el rio de Almería se rebeló,

en una junta que tuvieron en Güécija prometieron sacrificar juntamente con veinte sacerdotes adoradores de los ídolos (que tal nombre dan á las imágenes), porque Dios y su profeta los ayudase. Poco antes que el Marqués entrase habian degollado las doncellas; los sacerdotes hicieron mayor defensa; mas con quemar veinte frailes ahogados en aceite hirviendo pagaron el voto en la misma Güécija: cruel y abominable religion, aplacar á Dios con vida y sangre inocente; pero usada dende los tiempos antiguos en África, traida de Tiro, introducida en la ciudad de Cartago por Dido, su fundadora; tan guardada hasta nuestros tiempos entre los moradores de aquella region, que es fama que en la gran empresa que el emperador don Carlos, vencedor de muchas gentes, hizo contra Barbaroja, tirano de Túnez, sacrificaron los moros del cabo de Cartago cinco niños cristianos al tiempo que descubrieron nuestra armada, á reverencia de cinco lugares que tienen en el Alcoran, donde se inclinan porque Dios los ampare y defienda en los peligros. El Marqués, habido este suceso en su favor, se recogió con la gente que con él quiso quedar en Terque, lugar del rio de Almería, corriendo por la tierra.

Las cosas de Granada estaban en el estado que tengo dicho. El Rey habia enviado á don Antonio de Luna, hijo de don Alvaro de Luna, y á don Juan de Mendoza, hombres de gran linaje, pláticos en la guerra, que habian tenido cargos y dado buena cuenta dellos, para que asistiesen con el conde de Tendilla como consejeros, estando á la órden que él les diese en ausencia del Marqués su padre, avisando al Conde de la provision con palabras blandas y comedidas, para que con ellos pudiese descargar parte del trabajo. Puso el Conde á don Juan dentro en la ciudad con la infantería, cuyas armas habia profesado, y á don Antonio á la guarda de la Vega con doscientos caballos y parte tambien de la infantería.

Llegado el marqués de Mondéjar á Órgiba continuando su propósito, ocupóse en recibir pueblos y gente, que sin condicion venian á rendirse con las armas, y en perseguir las sobras del campo de Aben Humeya, su persona, parientes y allegados, que eran muchos, y con él andaban huidos, por las montañas. Estaba aun Válor el alto por rendirse, pero sosegado; adonde tuvo aviso que Aben Humeya se recogia con treinta hombres en las casas de su padre, y en Mecina su tio Aben Jauhar. Envió dos compañías de infantería, que no los hallando, se tornaron con haber saqueado á Válor y Mecina; mas á los de Mecina, que estaban con salvaguardia, mandó volver la ropa y captivos dende á

poco. Fué tambien avisado que en el mismo lugar se escondia Aben Humeya con ocho personas, y envió dos escuadras con sendos adalides plá-ticos de la tierra con órden que vivo ó muerto le hubiesen á las manos. Llaman adalides en lengua castellana á las guias y cabezas de gente del campo, que entran á correr tierra de enemigos, y á la gente llamaban almogavares: antiguamente fué calificado el cargo de adalides; elegían-los sus almogavares; saludábanlos por su nombre, levantándolos en alto de piés en un escudo; por el rastro conocen las pisadas de cualquiera fiera ó persona, y con tanta presteza, que no se detienen á conjeturar, resolviendo por señales, á juicio de quien las mira livianas, mas al suyo tan ciertas, que cuando han encontrado con lo que buscan, parece ma-ravilla ó envahimiento. No hallaron en Válor el alto rastro de Aben Humeya, pero en el bajo oyeron chasquido de jugar á la ballesta, mú-sicas, canto y regocijo de tanta gente, que no la osando acometer, se tornaron á dar aviso. Envió dos capitanes, Antonio de Avila y Alvaro Flores, con trescientos arcabuceros escogidos entre la gente que á la sazon habia quedado, que era poca, porque con la ganancia de los Guá-jaras, y con tener por acabada la guerra, se habian ido á sus casas; hombres levantados sin pagas, sin el son de la caja, concejiles, que tie-nen el robo por sueldo, y la codicia por superior. Fueron con estos trescientos otros mas de quinientos aventureros y mochileros á hurto, sin que guarda ó diligencia pudiese estorballo. Llevaron los capitanes órden de palabra que tomasen y atajasen los caminos, cercasen el lugar, y sin que la gente entrase dentro, llamasen los regidores y principales; requiriésenlos que entregasen á Aben Humeya, que se llamaba rey; y en caso que se excusasen, con personas deputadas por ellos mismos y por los capitanes le buscasen por las casas, y no pareciendo, trajesen los regidores presos ante el Marqués, sin hacer otro daño en el lugar. Partieron con esta resolucion, y antes que llegasen á Válor, donde se descubre la punta de Castil de Ferro los alcanzó Ampuero, capitan de campaña, y les dió la misma órden por escrito, añadiendo que si gente de salvaguardia ó de Válor el alto la hallasen en el bajo, la dejasen estar. Mas Antonio de Avila, que ya traia consigo la mala fortuna, di-cen que respondió «que si en algo se excediese de la órden, todo seria dar la culpa á los soldados». Llegando á Válor, tomaron los caminos, cercaron el lugar, salieron los principales á ofrecer favor, diligencia, vituallas; mas los que vinieron al cuartel de Antonio de Avila fueron muertos sin ser oidos. Alteróse el lugar, entraron los soldados matan-do y saqueando; juntáronseles los de Alvaro Flores, que para esto eran

todos en uno; murieron algunos moriscos que no pudieron defenderse ni huir; fué robada la tierra, y los soldados recogieron el robo en la iglesia, diciendo los capitanes que su órden era llevar los moriscos presos, y no podian de otra manera cumplir con ella. Mas los moriscos, visto el daño, hicieron ahumadas á los suyos que andaban por la montaña y á los que cerca estaban escondidos; los nuestros al nacer del dia, partiendo la presa, en que habia ochocientos captivos y mucha ropa, las bestias y ellos cargados, tomaron el camino de Órgiba, los embarazos y presas en medio. Partida la vanguardia, mostróse á la retaguardia Abenzaba, capitan de Aben Humeya en aquel partido, con trescientos hombres como de paz; requerialos con la salvaguardia, que dejando las personas captivas llevasen el resto; mas viendo cuán poco les aprovechaba, comenzaron á picallos y desordenallos, hasta que á la cubierta de un viso dieron en la emboscada de doscientos hombres, y volviéndose á las mujeres, les dijeron: «Damas, no vais con tan ruin gente.» Juntamente con estas palabras, el Partal, hombre cuerdo y valiente, uno de cinco hermanos, todos deste nombre, que vivian en Narila, acometió la retaguardia por el costado; mas los soldados por no desamparar la presa hicieron poca resistencia; la vanguardia caminaba cuando podia, sin hacer alto ni descargarse de la presa, y todos iban ya ahilados; los delanteros por llegar á Órgiba, los postreros por juntarse con los delanteros; en fin, del todo puestos en rota sin osar defenderse ni huir, muertos los capitanes y oficiales, rendidos los soldados y degollados, con la presa á cuestas ó en los brazos: salváronse entre todos como cuarenta; los demás fueron muertos, sin recebir á prision, ni perder los enemigos hombre, de quinientos que se juntaron. Como sucedió el caso, enviaron á excusarse con el Marqués, cargando la culpa á los capitanes y ofreciendo estar á justicia. Mas él, entendida la desgracia, puso en Órgiba mayor guarda, repartió los cuarteles á la caballería, como quien esperaba los enemigos. Llegó el mismo dia el aviso á Granada, y el conde de Tendilla despachó á don Antonio de Luna con mil infantes y cien caballos, y órden que llegado á Lanjaron, hasta donde era el peligro, dejando la gente en lugar seguro y el gobierno al sargento mayor, tornase á Granada. Llegaron á Órgiba dentro del tercero dia que el caso aconteció; reforzó las guardias en el Alhambra, en la ciudad y la Vega, porque los moriscos, favorecidos con este suceso, no intentasen novedad.

Habia escrito el Rey al Marqués que temporizase con los enemigos, no se poniendo en ocasion de peligro; temeroso de nuestra gente, por

ser toda número (1), excepto los particulares. Representábansele los inconvenientes que en una desgracia pueden suceder; acabarse de levantar el reino, venir los de Berbería en ocasion que las armas del Gran Turco se comenzaban á mostrar en Levante; incierto dónde pararia tan gran armada aunque se veia que amenazase á Cipro. Pareciánle las fuerzas del Marqués pocas para mantener lo de dentro y fuera de Granada; tenia lo pasado mas por correrías, escaramuzas y progresos de gente desarmada que por guerra cumplida. El General calumniado en la ciudad que le tenia de hacer espaldas, de donde habia de salir el nervio de la guerra; la voluntad de algunas ciudades y señores en Andalucía no muy conformes con la suya, los soldados descontentos, y no faltaban pretensiones de personas que andaban cerca de los príncipes, ó á las orejas de quien anda cerca dellos. Pareció por entonces consejo de necesidad suspender las armas, y tanto mas cuando llegó la nueva de la desgracia acontecida en Válor. Escribióse al Marqués resolutamente que no hiciese movimiento; y porque la autoridad que tenia en aquella tierra era grande, y la costumbre de mandar muy arraigada de padre y abuelo, y parecia que en reino extendido y tierra doblada no podia dar cobro á tantas partes, como la experiencia lo mostraba, porque estando en Orgiba, se levantaron las Guájaras, y yendo á las Guájaras, Ohánez acordó dividir la empresa, dando al marqués de Vélez cargo de los rios de Almería y Almanzora, tierra de Baza y Guadix, y al de Mondéjar el resto del reino de Granada; enviar á ella por superior de todo á su hermano don Juan de Austria, por ventura resoluto á descomponer al uno y al otro, y cierto de que ninguno dellos se ternia por agraviado, pues con la autoridad y nombre de su hermano cesaban todos los oficios, los pueblos se mandarian con mayor facilidad, contribuirian todos mas contentos, servirian mas listos teniendo cerca del Rey á su hermano por testigo, los soldados un general que los gratificase y adelantase, la eleccion daria mayor sonido entre naciones apartadas, suspenderia los ánimos de los bárbaros, quitariales la avilanteza de armar, imposibilitaríalos de hacer el socorro formado como empresa difícil y sin efecto; ocuparia á don Juan en hechos de tierra, como lo estaba en los de mar; haríale plático en lo uno y en lo otro: mozo despierto, deseoso de emplear y acreditar su persona, á quien despertaba la gloria del padre y la virtud del hermano. Decíase tambien que en esta empresa el Rey de-

(1) El MS., *poca en número.*

seaba ver el ánimo del marqués de Mondéjar, inclinado á mayores demostraciones de rigor, por la venganza del desacato divino y humano por la rebelion, por el ejemplo de otros pueblos. Encendian esta opinion relaciones y pareceres de personas que cualquiera cosa donde no ponen las manos les parece fácil, sin medir tiempo ni posibilidad, presente ó porvenir, y de otras apasionadas; no sin artificio y entendimiento de unas con otras. Mas los príncipes toman lo que les conviene de las relaciones, dejando la pasion para su dueño.

Estando las cosas en tales términos, con el suceso de Válor tomaron los enemigos ánimo para descubrirse, y Aben Humeya entró con mayor autoridad y diligencia en el gobierno, no como cabeza de pueblos rogados ó gente esparcida sin órden, sino como rey y señor. Siguió nuestra órden de guerra, repartió la gente por escuadras, juntóla en compañías, nombró capitanes, mandó que aquellos y no otros arbolasen banderas, púsolos debajo de coroneles, y cada partido que estuviese al gobierno de uno que dicen alcaide (*tahas* llaman ellos á los partidos, de *tahar*, que en su lenguaje quiere decir sujetarse): este mandaba lo de la guerra, nombre entre ellos usado dende tiempos antiguos, y puesto por nosotros á los que tienen fortalezas en guarda. Para seguridad de su persona pagó arcabucería de guardia, que fué creciendo hasta cuatrocientos hombres; levantó un estandarte bermejo, que mostraba el lugar de la persona del Rey, á manera de guion.

Del principio desta ceremonia en los reyes de Granada, olvidada por haber pasado el reino á los de Castilla, dirémos ahora. Muerto Abenhut, que tenia á Almería por cabeza del reino, tomaron (como dijimos) por rey en Granada á Mahamet Alhamar, que quiere decir el Bermejo. Cuando el santo rey don Fernando el Tercero vino sobre Sevilla, hallóse con mucha caballería este Mahamet á servir en aquella empresa, por haberle ayudado el rey don Fernando á tomar el reino; parecióle autoridad el uso de guion, agradecimiento y honra poner en él la color y banda que traen los reyes de Castilla. Armóle caballero el Rey el dia que entró en Sevilla; dióle el estandarte por armas para él y los que fuesen reyes en Granada; la banda de oro en campo rojo con dos cabezas de sierpes á los cabos, segun la traen en su guion los reyes de Castilla; añadió él las letras azules que dicen. «No hay otro vencedor sino Dios;» por timbre tomó dos leones coronados que sobre las cabezas sostienen el escudo; traen el timbre debajo de las armas, como nosotros encima, porque así escriben y muestran los sitios, y cuentan las partes del cielo y la tierra, al contrario de nosotros. Mas las armas an-

tiguas de los reyes de la Andalucía eran una llave azul en campo de plata, fundándose en ciertas palabras del Alcoran, y dando á entender que con la destreza y el hierro abrieron por Gibraltar la puerta á la conquista de poniente, y de allí llaman á Gibraltar por otro nombre el monte de la Llave. Hoy duran sobre la principal puerta de la Alhambra estas armas, con letras que declaran la causa y el autor del castillo.

Hacia con los suyos Aben Humeya su residencia en los lugares de Válor y Poqueira y en los que están en lo áspero de la Alpujarra; comiendo la vitualla que tenian encerrada y la que hallaban sin dueño, con mayor abundancia y á mas bajos precios que nosotros. Las rentas que para mantenimiento del reino le señalaron fueron el diezmo de los frutos y el quinto de las presas, y mas lo que tiránicamente quitaba á sus súbditos. De esta manera se detuvieron, el marqués de Mondéjar rehaciéndose de gente en Órgiba, incierto en qué pararia la suspension del Rey, y Aben Humeya gozando del tiempo, cobrando fuerzas, esperando el socorro de Berbería para mantener la guerra, ó navíos en que pasarse y desamparar la tierra.

Estando las armas en este silencio, porque el bullicio no cesase en alguna parte, sucedió en Granada un caso, aunque liviano, que por ser en ocasion y no pensado escandalizó. Habia en la cárcel de la chancillería hasta ciento y cincuenta moriscos presos, parte por seguridad (que eran escandalosos), parte por delitos ó sospecha dellos; todos como de los mas ricos y acreditados en la ciudad, así de los mas inhábiles para las armas; gente dada á trato y regalo. Contra estos se levantó voz á media noche, estando los hombres en sosiego, que procuraban quebrantar las prisiones, matar las guardias, salir de las cárceles, y juntos con los moros de la Vega y Alpujarra, levantar el Albaicin, degollar los cristianos, escalar el Alhambra y apoderarse de Granada: empresa difícil para sueltos y muchos y experimentados, aunque con menos recatamiento se estuviera. Mas no dejó de tener este movimiento algunas causas; porque hubo informacion que lo trataban, y deposiciones de testigos, que en ánimos sospechosos lo imposible hacen parecer fácil. Acrecentaron la sospecha algunas escalas, aunque de esparto, anchas y fuertes, fabricadas para escalar muralla, que el Conde halló en cierta cueva al cerro de Santa Elena; pertrecho que los moros guardaban para entrar en el Alhambra la noche que vinieron al Albaicin, como está dicho. Alborotado el pueblo, corrió á las cárceles con autoridad de justicia, acriminando los ministros el caso y acrecentando la indignacion; mataron cuasi todos los moriscos presos, puesto que algu-

nos hiciesen defensa con las armas que hallaban á mano, como piedras, vasos, madera, poniendo tiempo entre la ira del pueblo y su muerte. Habia en ellos culpados en pláticas y demostraciones, y todos en deseo; gente flaca, liviana, inhábil para todo, sino para dar ocasion á su desventura.

No dejaban los moros en todo tiempo de procurar algun lugar de nombre en la costa para dar reputacion á su empresa, y acoger armada de Berbería; pero su principal intento se encaminaba á tomar á Almería, ciudad asentada en sitio mas á propósito que Málaga, y después della la mas importante; habitada de moriscos y cristianos viejos, cerca de los puertos de cabo de Gata, y de abundancia de carne, pan, aceite, frutas; puesta á la entrada de muchos valles, que unos llevan á la parte del maestral á Granada, y otros á la del griego al rio de Almanzora y tierra de Baza; al levante la de Cartagena, y al poniente Almuñécar y Veléz Málaga. En tiempo de romanos y godos fué, como ahora, cabeza de provincia llamada Virgi, y en el de los moros, de reino, después que fueron echados de Córdoba. Pobláronla los de Tiro que vinieron á Cádiz, poco apartada de la mar; los moros por la comodidad del agua, pasaron la poblacion adonde ahora está. Destruyóla el emperador de España don Alonso el Sétimo, trayendo á sueldo el conde de Barcelona, con sesenta galeras y ciento y sesenta y tres (1) navíos de genoveses, con Balduino y Ansaldo de Oria, generales de la armada, á quien el Rey dió, por cuenta de sus sueldos, el vaso verde que hoy muestran en San Juan, y dicen ser esmeralda, y puédese creer sin maravilla, vista la grandeza de las que comienzan á venir del Nuevo Mundo y la que refieren algunos antigos escriptores. Esto tratan nuestras historias, aunque las de genoveses refieren haberle tomado en la conquista de Cesárea en Asia, siendo su capitan Guillelmo, que llamaban Cabeza de Martillo: quede la fe desto al arbitrio de los que leen. Tornó á restaurar la ciudad Abenhut. Cerca del nombre, aprendí de los moros naturales, que por la fábrica de espejos, de que habia gran trato la llamaron Almería, tierra de espejos quiere decir, porque al espejo llaman *meri*. Dicen los moros valencianos que por espejo del reino le pusieron este nombre. Las historias arábigas, que en gran parte son fabulosas, cuentan que en lo mas alto habia un espejo semejante al que se finge de la Coruña, en que se descubrian las armadas. La memoria de los antigos antes de los moros es que habia atalaya, á que los

(1) *Sesenta* y *tres* navíos solamente dice el citado MS.

latinos llamaban *specula*, como en la misma Coruña, para encaminar y mostrar los navíos que venian á la costa, y de allí le dieron el nombre. Pero el autor que yo sigo, y entre los arábigos tiene mas crédito, dice que cuando los moros, ganada España, se quisieron volver á sus casas, para detenellos les dieron á poblar á cada uno la tierra que mas parecia á la suya; y á estas provincias llamaron *Coras*, que quiere decir tanto como la redondez de la tierra que descubre la vista: horizonte la podrian llamar los curiosos de vocablos. Los de Almería (1), ciudad populosa en la provincia de Frigia, donde fué cabeza la gran Troya, escogieron á Virgi por habitacion, porque les pareció semejante á su ciudad, y le dieron su nombre, como dijimos que los de Damasco dieron el suyo á Granada. Fué Almería la de Asia destruida por el emperador Constancio, en tiempo de Mauhía IV, sucesor de Mahoma. Pues viendo el Rey que los moros insistian tanto en la empresa de Almería, y si la ocupasen seria tener la puerta del reino y fundar en ella nombre y cabeza, segun la tuvieron en otros tiempos, aunque por don García de Villarroel se guardase con bastante diligencia, quiso guardarla con mas autoridad. Mandó que por entonces tuviese el cargo con mayor número de gente don Francisco de Córdoba, que vivia retirado en su casa; hombre plático en la guerra contra los moros, y que habia seguido al Emperador en algunas; criado debajo del amaestramiento de dos grandes capitanes, uno don Martin de Córdoba, su padre, conde de Alcaudete; otro don Bernardino de Mendoza, su tio. Estando en Almería don Francisco, llegó Gil de Andrada con las galeras de su cargo y otras con que guardaba la costa; y teniendo ambos aviso que en la sierra de Gador se recogia gran número de moros con sus mujeres y hijos (sobras de gente corrida (2) por los marqueses de Mondéjar y Vélez), acompañados de treinta turcos, temiendo que juntos con otros le desasosegasen á Almería, juntó gente de la tierra de la guardia della, y de las galeras hasta setecientos arcabuceros y cuarenta caballos. Fué sobre ellos, que estaban fuertes, y á su pensar defendidos con algun reparo de manos y aspereza del lugar: á la tierra llaman Alcudia, y al pueblo Inox, pocas leguas de Almería. Estuvo detenido cuasi cuatro dias (por ser malo el tiempo en fin de enero) al pié de la montaña y cuasi desconfiado de la empresa; resolvióse á combatillos por dos partes, aunque era difícil la subida; hicieron la defensa que pudieron con piedras y

(1) *Amorio* la llama en su *Geografía* Ptolomeo, lib. 5, cap. 2.
(2) El MS., *barrida*.

gorguces, porque en tanto número como mil y quinientos hombres, habia solos cuarenta arcabuceros y ballesteros: fueron rotos; murieron muchos y con mas pertinacia que los de otras partes, porque hasta las mujeres meneaban las armas (1); hubo captivos cuasi dos mil personas; saliéronse los moros, y entre ellos el capitan llamado Corcuz de Dalias, para caer después en las manos de los nuestros cerca de Vera, y morir en Adra sacados los ojos, con un cencerro al cuello, entregado á los muchachos, por los daños que siendo cosario habia hecho en aquella costa. Tornó don Francisco la gente á Almería rica y contenta; dividió la presa entre los soldados; proveyó de esclavos las galeras; mas dende á pocos días, entendiendo como el marqués de Vélez venia por general de toda aquella provincia, y pareciéndole que bastaba para la ciudad un solo defensor, pidió licencia, y habida del Rey, tornó á su casa.

Crecia la libertad por todo y la permision de los ministros, unos mostrando contentarse, otros no castigando; hombres á quien las desórdenes de nuestros soldados parecian venganzas, otros á quien no pesaba que creciesen estas y se diese ocasion á que el resto de los moriscos que estaba pacífico tomase las armas. Juntábanseles los ministros de justicia, pertinaces de su opinion, impacientes de esperar tiempo para el castigo, poco pláticos de temporizar hasta la ocasion; el interese de los que desean acrecentar los inconvenientes, la avaricia de los soldados, y por ventura la indignacion del Príncipe, la voz del pueblo, y quién sabe si la de Dios, para que el castigo fuese general, como habia sido la ofensa.

Estaba por revelar la vega de Granada, de donde y de la tierra á la redonda cada dia se pasaba gente y lugares enteros á los enemigos, excusándose con que no podia sufrir los robos de personas y haciendas, las fuerzas de hijas y mujeres, los captiverios, las muertes. Estaba sosegada la serranía y el habaral de Ronda, la hoya y jarquía de Málaga, la sierra de Bentomiz, el rio de Boloduí, la hoya y tierra de Baza, Güéscar, el rio de Almanzora, la sierra de Filábres, el Albaicin y barrios de Granada poblados de moriscos. Habia levantados algunos lugares en tierra de Almuñécar, el Val de Leclin, el Alpujarra, tierra de Guadix, marquesado de Cenete, rio de Almeria, que en esto se encierra todo el reino de Granada poblado de moriscos. Mas Aben Humeya no perdia ocasion de solicitallos por medio de personas que tenian

(1) *Las manos*, segun el mismo MS.

entre ellos autoridad, ó deudos de las mujeres con quien se habia casado: usaba de blandura general; queria ser tenido por cabeza, y no por rey; la crueldad, la codicia cubierta engañó á muchos en los principios, pero no á su tio Aben Jauhar, que, dejando parte del dinero y riquezas en poder del sobrino, llevando lo mejor consigo, resoluto de huir á Berberia, mostró ir á solicitar el levantamiento de la sierra de Bentomiz: vino á Pórtugos, donde murió de dolor de la ijada, viejo, descontento y arrepentido. Mostró Aben Humeya descontentamiento, mas por haberle la enfermedad quitado el cuchillo de las manos que por la falta del tio; tomóle los dineros y hacienda con ocasion de entregarse de mucha que habia entrado en su poder de diezmos y quintos. Tal fué la fin de don Fernando el Zaguer Aben Jauhar, cabeza del levantamiento en la Alpujarra, inventor del nombre de rey entre los moros de Granada, poderoso para hacer señor á quien le quitó la hacienda y fué causa de su muerte; tal el desagradecimiento de Aben Humeya contra su sangre, que le habia dado señorío y título de rey, pudiéndolo tomar para sí. Mas así á los príncipes verdaderos como á los tiranos son agradables los servicios en cuanto parece que se pueden pagar; pero cuando pasan muy adelante, dase aborrecimiento en lugar de merced.

Acabó de resolverse el Rey en la venida de su hermano á Granada para empleralle en empresa que, puesto que de suyo fuese menuda, era de muchos cabos peligrosa, por la vecindad de Berberia, y queriéndose llevar por violencia, larga; por ser guerra de montaña, en ocasion que el rey de Argel estaba armado y la armada del Gran Turco junta contra venecianos. Hizo dos provisiones: una en don Luis de Requesenes que estaba por embajador en Roma, teniente de don Juan de Austria en la mar, para que con las galeras de su cargo que habia en Italia, y trayendo las banderas del reino, de que don Pedro de Padilla era maestro de campo, viniese á hacer espaldas á la empresa, poniendo la gente en tierra donde á don Juan pareciese que podia aprovechar y juntando con sus galeras las de España, cuyo capitan era don Sancho de Leiva, hijo de Sancho Martinez de Leiva, estorbase el socorro que podia venir de Berberia á los enemigos, proveyese de vitualla y municiones las plazas del reino de Granada que están á la costa, y al ejercito cuando estuviese en parte á propósito. Otra provision (resoluto de hacer la guerra con mayores fuerzas) fué mandar al marqués de Mondéjar, que estaba en Órgiba para salir en campo, que dejando en su lugar á don Antonio de Luna ó á don Juan de Mendoza, cual dellos

le pareciese, con expresa órden que no innovasen ni hiciesen la guerra, viniese á Granada para recebir á don Juan y asistir con él en consejo, juntamente con los que hiciesen de tratar los negocios de paz y guerra, no dejando el uso de su oficio, como capitan general de la gente ordinaria del reino de Granada; ó si mejor le pareciese, quedase en Órgiba á hacer la guerra, guardando en todo la órden que don Juan de Austria, su hermano, le diese, á quien enviaba por cabeza y señor de la empresa. Pareció al Marqués escojer la asistencia en consejo, ó porque con la plática de la guerra pasada, con el conocimiento de la tierra y gente y con el ejercicio de aquella manera de milicia en que se habia criado (aqunque en todo diferente de la ordinaria), esperaba que el crédito y el gobierno pararía en su parecer y la ejecucion en su mano, ó temiendo quedar debajo de mano ajena y ser mal proveido, mandado y á veces calumniado ó reprendido como ausente: dejó á don Juan de Mendoza contento, regalado y honrado en Órgiva, por ser hombre plático, mas desocupado de su nombre, y con cuyos deudos tenia antigua amistad (aunque algunos creen que en ello no hizo su provecho), y vino á Granada. Salido de Órgiva, estuvo aquella frontera sosegada, sin hacer ni recebir daño de los enemigos, discurriendo ellos á una y otra parte con libertad.

Llegó don Juan de Austria, trayendo consigo á Luis Quijada (plático en gobernar infantería, cuyo cargo habia tenido en tiempo del Emperador), hombre de gran autoridad, por voluntad del Rey, que le remitió la suma de todo lo que tocaba al gobierno de la persona y consejo del hermano, y por la crianza quo habia hecho en él por mandado del Emperador. Fué recebido don Juan con grandes demostraciones y confianza, sin dejar ninguna manera de ceremonia, excepto las ordinarias que se suelen hacer á los reyes; y aun la lisonja (que su verdad está en las palabras) se extendió á llamarle alteza, no embargante que hubiese órden expresa del Rey para que sus ministros y consejeros le llamasen excelencia, y él no se consintiese llamar de sus criados otro título. Posó en las casas de la audiencia, por estar en medio de la ciudad; casas de la mala ventura las llamaban en su tiempo los moros, y así dellas salió su perdicion. Llegó dende á pocos dias Gonzalo Hernandez de Córdoba, duque de Sesa, nieto del Gran Capitan, que después de haber dejado el gobierno del estado de Milan, conformando mas su voluntad con la de sus émulos que con la del Rey, vivia en su casa libre de negocios, aunque no de pretensiones: fué llamado para consejo y uno de los ministros desta empresa, como quien habia dado

buena cuenta de las que en Lombardia tuvo á su cargo. Lo primero que se trató fué procurar que se asegurase Granada contra el peligro de los enemigos declarados fuera y sospechosos dentro; visitar la gente que estaba alojada en el Albaicin y otras partes, por la ciudad y la Vega, y en frontera contra los enemigos; repartir y mudar las guardias, al parecer con mas curiosidad que necesidad de los muros adentro; y aun quedó muchos meses de parte del realejo sin guardia, á discrecion de pocos enemigos. En el campo andaban solas dos cuadrillas, ningunos atajadores por la tierra, que daba avilanteza á los contrarios de inquietar la ciudad, y á nosotros causa de correr las calles á un cabo y á otro, y algunas veces salir desalumbrados, inciertos del camino que llevaban. Atajadores llaman entre gente del campo hombres de á pié y de á caballo, diputados á rodear la tierra, para ver si han entrado enemigos en ella ó salido. Era excusable esta manera de defensa, por ser aventurera la gente, muchas banderas de poco número, mantenidas sin pagas, con solos alojamientos; la ciudad grande, continuada con la montaña; los pasos, como pocos y ciertos en tiempo de nieve, así muchos y inciertos estando desnevada la sierra; un ejército en Órgiba, que los moros habian de dejar á las espaldas viniendo á Granada, aunque lejos.

El propósito requiere tratar brevemente del asiento de Granada por clareza de lo que se escribe. Es puesta parte en monte y parte en llano: el llano se extiende por un cabo y otro de un pequeño rio que llaman Darro, que la divide por medio; nace en la Sierra Nevada, poco lejos de las fuentes de Genil, pero no en lo nevado; de aire y agua tan saludable, que los enfermos salen á repararse, y los moros venian de Berbería á tomar salud en su ribera, donde se coge oro; y entre los viejos hay fama que el rey de España don Rodrigo tenia riquísimas minas debajo de un cerro que dicen del Sol. Está lo áspero de la ciudad en cuatro montes: el Alhambra á levante, edificio de muchos reyes, con la casa real, y San Francisco, sepultura del marqués don Íñigo de Mendoza, primer alcaide y general, humilde edificio, mas nombrado por esto; fuerza hecha para sojuzgar la parte de la ciudad que no descubre la Alhambra, con el arrabal de la Churra y calle de los Gomeres que todo se continúa con la sierra de Guéjar; el Antequeruela, y las torres bermejas, que llaman Mauror, á mediodía; el Albaicin, que mira al norte, con el Hajariz, y como vuelve por la calle de Elvira, la ladera que dicen Cenete por ser áspera; el Alcazaba cuasi fuera de la ciudad, á mano derecha de la puerta de Elvira, que mira al poniente. Con estos

dos montes Albaicin y Alcazaba se continúa la sierra de Cogollos y la que decimos del Puntal. En torno destos montes y la falda dellos se extienden los edificios por lo llano hasta llegar al rio Genil, que pasa por defuera. Al principio de la ciudad, la plaza Nueva sobre una puente; y cuasi al fin, la de Bibarrambla, grande, cuadrada, que toma nombre de la puerta; ambas plazas juntadas con la calle de Zacatin; antes la iglesia mayor, templo el mas suntuoso después del Vaticano de San Pedro; la capilla en que están enterrados los reyes don Fernando y doña Isabel, conquistadores de Granada, con sus hijos y yernos; el Alcaicería, que hasta ahora guarda el nombre romano de César (á quien los árabes en su lengua llaman Caizar), como casa de César. Dicen las historias arábigas y algunas griegas, que por encerrarse y marcarse dentro la seda que se vende y compra en todo el reino la llaman desa manera, dende que el emperador Justino concedió por privilegio á los árabes scenitas que solos pudiesen crialla y beneficialla; mas extendiendo debajo de Mahoma y sus sucesores su poder por el mundo, llevaron consigo el uso della, y pusieron aquel nombre á las casas donde se contrataba; en que después se recogieron otras muchas mercaderías, que pagaban derechos á los emperadores, y perdido el imperio á los reyes. Fuera de la ciudad el hospital Real, fabricado de los reyes don Fernando y doña Isabel, San Hierónimo, suntuoso sepulcro del gran capitan Gonzalo Hernandez y memoria de sus victorias; el rio Genil, que cuasi toca los edificios dichos de los antiguos Singilia, que nace en la Sierra Nevada, á quien llamaban Solaria y los moros Solaira, de dos lagunas que están en el monte cuasi mas alto, de donde se descubre la mar, y algunos presumen ver de allí la tierra de Berbería. En ellas no se halla suelo ni otra salida sino la del rio, cuyas fuentes tienen los moradores por religion, diciendo que horadan el monte por milagro de un santo que está sepultado en otro monte contrario, dicho Sant Alcazaren. Va primero al norte, y pequeño; mas en poco camino, grande con las nieves cuando se deshacen y arroyos que se le juntan. Á una y otra parte moraban pueblos, que agora aun el nombre dellos no queda: iliberitanos ó liberinos en tiempo de los antiguos españoles, lo que decimos Elvira, en cuyo lugar entró Granada; ilurconeses, pequeños cortijos; la torrecilla y la torre de Roma, recreacion de la Cava romana, hija del conde Julian el traidor: todo poblaciones de los soldados que acompañaron á Baco en la empresa de España, segun muestran los nombres y muchos letreros y imágenes, en que se ven esculpidas procesiones y personajes que representan juegos y ceremonias del mismo

Baco, á quien tuvieron por dios: todo esto en la Vega. Después Loja, Antequera, dicha Singilia, del nombre del mismo rio; Ecija, dicha Astígis: colonias de romanos antiguamente, hoy ciudades populosas en el Andalucía, por donde pasa, hasta que haciendo mayor á Guadalquivir, deja en él aguas y nombre.

Cesaron los oficios de guerra y gobierno, excepto de justicia, con la presencia de don Juan. Su comision fué sin limitacion ninguna; mas su libertad tan atada, que de cosa grande ni pequeña podia disponer sin comunicacion y parecer de los consejeros y mandado del Rey, salvo deshacer ó estorbar; que para esto la voluntad es comision: mozo afable, modesto, amigo de complacer, atento á los oficios de guerra, animoso, deseoso de emplear sn persona. Acrecentaba estas partes la gloria del padre, la grandeza del hermano, las victorias del uno y del otro. Lo primero en que se ocupó fué en reformar los excesos de capitanes y soldados en alojamientos, contribuciones, aprovechamientos de pagas, estrechando la costa, aunque no atajando las causas de la desórden. En aquellos principios don Juan era poco ayudado de la experiencia, aunque mucho del ingenio y habilidad. Luis Quijada, áspero, riguroso, atado á la letra, que tuvo la primera órden de guerra en la postrera empresa del Emperador contra el rey Enrico II de Francia, siempre mandado. El y el duque de Sesa, acostumbrados á tratar gente plática, con menos licencia, mas proveida, mayores pagas y mas ordinarias en Flándes, en Lombardía, lejos cada uno de su tierra; do convenia esperar pagas, contentarse con los alojamientos; ántes que tornar á España, la mar en medio: todo aquí por el contrario. El marqués de Mondéjar, tambien capitan general antes que soldado, criado á las órdenes de su abuelo y padre, al poco sueldo, á las limitaciones de la milicia castellana, no guiar ejércitos, poca gente, menos ejercicio de guérra abierta. El Presidente sin plática de lo uno y de lo otro; la aspereza de unos, la blandura de otros, la limitacion de todos, causaba irresolucion de provisiones y otros inconvenientes, No faltaron algunos de la opinion del marqués de Mondéjar, que daban la guerra por acabada. Habia pocos oficiales de pluma, perdian los soldados el respeto, hacíase costumbre del vicio, envilecíase el buen nombre y reputacion de la milicia; apocóse tanto la gente, que fué necesario tratar de nuevo con las ciudades no solo del Andalucía y Extremadura, mas con las mas apartadas de Castilla, que enviasen suplemento della; y vinieron las de mas cerca, con que parecia remediarse la falta.

Regalaba y armaba Aben Humeya los que se iban á él: tornó á

solicitar con personas ciertas los príncipes de Berbería, segun parecia por las respuestas que fueron tomadas; envió dineros, ropa, captivos: acercóse á nuestros presidios, especialmente á Órgiba, donde entendió que faltaba vitualla. Aunque don Juan de Mendoza mantenia la gente disciplinada, ocupada en fortificar el lugar, segun la flaqueza dél, mandó don Juan que fuese del Padul proveido, y llevase la escolta á su cargo Juan de Chaves de Orellana, uno de los capitanes que trujeron la gente de Trujillo. Mas él, por estar enfermo, envió su alférez, llamado Moriz, con la compañía; hidalgo, pero poco próvido y muy libre: caminó con doscientos y cincuenta soldados, hombres si tuvieran cabeza. Entendieron los moros la salida de la escolta por sus atalayas; juntáronse trescientos arcabuceros y ballesteros, mandados por el Macox, hombre diestro y plático de la tierra, á quien después prendió don Fernando de Mendoza, cabeza de las cuadrillas, y mandó justiciar el duque de Arcos en Granada. Emboscó parte en la cuesta de Talera y un arroyo que la divide del lugar, parte en las mismas casas; y dejándolos pasar la primera emboscada, acometió á un tiempo á los que iban en la rezaga, y los delanteros. Peleóse en una y otra parte, pero fueron rotos los nuestros, y murieron todos; con ellos el alférez, por no reconocer, y aun dicen que borracho, mas de confianza que de vino. Perdiéronse bagajes, bagajeros y la vitualla, sin escapar mas de dos personas; hoy se ven blanquear los huesos no lejos del camino. Túvose deste caso tanto secreto, que primero se supo de los enemigos; mas porque muchos moriscos de paz, especialmente de las Albuñuelas, se hallaron con el Macox, y porque los vecinos de aquel lugar acogian y daban vitualla á los moros, y con ellos tenian continua plática, pareció que debian ser castigados y el lugar destruido, así por ejemplo de otros, como por entretener con algun cebo justificado la gente que estaba ociosa y descontenta. Es las Albuñuelas lugar asentado en la falda de la montaña, á la entrada de Val de Lecrin, depósito de todos los frutos y riquezas del mismo Valle, cinco leguas de Granada, en tres barrios, uno apartado de otro; la gente mas polida y ciudadana que los otros de la sierra; tenidos los hombre por valientes, y que pudieron resistir las armas del rey católico don Fernando hasta concertarse con ventaja. Mandóse á don Antonio de Luna, capitan de la Vega, que con cinco banderas de infantería y doscientos caballos amaneciese sobre el lugar, degollase los hombres; hiciese captiva toda manera de persona, robase, quemase, asolase las casas. Mas don Antonio, hombre cuidadoso y diligente, ó que no midiese el tiempo, ó que la gente

caminase con pereza, llegó cuando los vecinos, parte eran huidos á la montaña, parte estaban prevenidos en defensa de las calles y casas, con un moro por capitan, llamado Lope. Anduvo la ejecucion tan espaciosa, la gente tan tibia, que de los enemigos murieron pocos, y desos los mas, viejos, pérezosos y enfermos; y de los nuestros algunos: captiváronse niños y mujeres, los que no pudieron escapar á lo alto; fué saqueado el uno de los tres barrios, y el escarmiento de los enemigos tan liviano, que saliendo por una parte nuestra gente, entraba la suya por otra; habitaron las casas, segaron sus panes aquel año, y sembraron sin estorbo para el siguiente.

Estaban las cosas calladas y suspensas, sin el continuo desasosiego que daban los moros en la ciudad; gobernábalos en la parte que cae al valle y la Vega un capitan llamado Nacoz (que en su lengua quiere decir campana), mostrándose á todas horas y en todos lugares. Ya se habian encontrado él y don Antonio de Luna con número cuasi igual de gente de á pié, aunque con ventaja don Antonio, por la caballería que llevaba: se partieron con igualdad; cuasi sin poner manos á las armas, poniéndose el Nacoz en salvo, el barranco en medio de su gente y nuestra caballería. Dicen que de allí atravesó la sierra de la Almijara, y por Almuñécar, con su hacienda y familia pasó á Berbería.

Visto por don Juan que los enemigos crecian en número y experiencia; que eran avisados por los moriscos de Granada, ayudados con vitualla, reforzados con parte de la gente moza de la ciudad y la Vega; que no cesaban las pláticas y tratados, el concierto de poner en ejecucion el primero aun estaba en pié; que tenian señalado el dia y hora cierta para acometer la ciudad, número de gente determinado, capitanes nombrados, Giron, Nacoz, uno de los Partales, Farax, Chocon, Rendati, moriscos; Caracax y Hhosceni, turcos, y Dali, capitan general de todos, venido por mandado del rey de Argel; dió aviso de todo, encareciendo el peligro por parte de los enemigos si se juntaban con los de Granada y la Vega, y de los nuestros por la flaqueza que sentia en la gente comun, por la corrupcion de costumbres y órden de guerra.

Mandó el Rey que todos los moriscos habitantes en Granada saliesen á vivir repartidos por lugares de Castilla y el Andalucía, porque morando en la ciudad, no podian dejar de mantenerse vivas las pláticas y esperanzas dentro y fuera. Habia entre los nuestros sospechas, desasosiego, poca seguridad; parecia á los que no tenian experiencia de mantener pueblos, oprimiendo ó engañando á los enemigos de dentro y resistiendo á los de fuera, estar en manifiesto peligro. Con tal resolucion,

ordenó don Juan, á los 23 de junio, que encerrasen todos los moriscos en las iglesias de sus parroquias. Ya era llegada gente de las ciudades á sueldo del Rey, y se estaba con mas seguridad. Puso la ciudad en arma, la caballería y la infantería repartida por sus cuarteles; ordenó al marqués de Mondéjar que subiendo al Albaicin, se mostrase á los moriscos, y con su autoridad los persuadiese á encerrarse llanamente. Recogidos que fueron desta manera, mandáronlos ir al hospital Real, fuera de Granada un tiro de arcabuz; anduvo don Juan por las calles con guardas de á caballo y guion; viólos recoger inciertos de lo que habia de ser dellos; mostraban una manera de obediencia forzada, los rostros en el suelo con mayor tristeza que arrepentimiento; ni desto dejaron de dar alguna señal, que uno dellos hirió al que halló cerca de sí, dícese que con acometimiento contra don Juan, pero lo cierto no se pudo averiguar, porque fué luego hecho pedazos; yo que me hallé presente, diria que fué movimiento de ira contra el soldado, y no resolucion pensada. Quedaron las mujeres en sus casas algun dia, para vender la ropa y buscar dineros con que seguir y mantener sus maridos. Salieron, atadas las manos, puestos en la cuerda, con guarda de infantería y caballería por una y otra parte, encomendados á personas que tuviesen cargo de irlos dejando en lugares ciertos de Andalucía, y guardallos, tanto porque no huyesen, como porque no recibiesen injuria. Quedaron pocos mercaderes y oficiales para el servicio y trato de la ciudad; algunos á contemplacion y por interese de amigos. Muchos de los mancebos, que adivinaron la mala ventura, huyeron á la sierra, donde la hallaban mayor; los que salieron por todos tres mil y quinientos; el número de mujeres mucho mayor. Fué salida de harta compasion para quien los vió acomodados y regalados en sus casas; muchos murieron por los caminos, de trabajo, de cansancio, de pesar, de hambre, á hierro, por mano de los mismos que los habian de guardar, robados, vendidos por captivos.

Ya el Rey habia enviado personas que tuviesen cuenta con su hacienda, porque antes no las habia, como en negocio de que presto se vernia al fin; contador, pagador, veedor general y particulares; dentro en consejo al licenciado Muñatones, que habia servido de alcalde de corte al Emperador en sus jornadas, y de su consejo; hombre hidalgo y limpio, y en diversos tiempos de próspera y contraria fortuna. Como los moriscos salieron de Granada, perdióse la comodidad de los soldados, cesaron los alojamientos, camas, fuego, vasos: cosas que se dan en hospedaje, sin que la gente no puede vivir ni cómoda ni

suficientemente. Aun para la ciudad y soldados no estaba hecha provision de vitualla, pero entraron ó mantener la gente con socorros, mudando término y propósito. Fué mayor el aprovechamiento de los capitanes y oficiales de guerra con los socorros y raciones, cuanto mas á menudo se tomaban las muestras; entraban á ellas, en lugar de soldados, vecinos del pueblo; sucedieron á cumplir la hacienda del Rey, en lugar de los moriscos, los bagajeros y vivanderos rescatados; por todo se robaba á amigos como á enemigos, á cristianos como á moros; padecian los soldados, adolecian, íbanse, crecieron las desórdenes y compasiones por la Vega. Nació una opinion entre los ministros, la cual como provechosa donde el pueblo es enemigo y la gente poca, así errada donde no hay pueblo contrario; y fué que no se debian tomar muestras, porque los enemigos no entendiesen cuán pocos eran los soldados; y que se debia permitir la licencia y excesos, porque no se amotinasen ni huyesen. La gente de la ciudad era mucha, buena y armada; los moriscos fuera, los soldados no tan pocos, que no fuesen superiores, juntos con el pueblo, á los enemigos; guarda de á pié y de á caballo en la Vega, armado en Orgiba don Juan de Mendoza, ¿qué temor ó recatamiento podia estorbar el remedio de inconvenientes que eran causa de poner en peligro la empresa, y de que los moros de la Vega, no pudiendo sufrir tanto maltratamiento, yéndose á la sierra acrecentasen el número de los enemigos? Duró tantos meses esta manera de gobierno, que dió causa á intenciones libres y sospechosas de pensar que no faltaban personas á quien contentase que, creciendo los inconvenientes, fuese mayor la necesidad.

Declaró el Rey, como estaba acordado, que el marqués de Vélez tuviese cargo de los partidos de Almería, Guadix, Baza, rio de Almanzora, sierra de Filábres; y queriendo salir contra los enemigos, parecióle asegurar el puerto que dicen de la Ravaha, paso de la Alpujarra para tierra de Guadix y Granada; mandó que con cuatrocientos hombres enviados de Guadix, Gonzalo Fernandez, capitan viejo, plático en las escaramuzas de Oran, tomase lo alto del puerto, y se hiciese fuerte hasta tener órden suya. Comenzó á subir la montaña sin reconocer; mas los moros, que estaban cubiertos en lo alto y en lo hondo del camino, dejando subir parte de la gente, echaron cuarenta arcabuceros que acometiesen la frente, y por el costado dieron cien hombres, hasta ponellos en desórden; y cargándolos en rota, murió la mayor parte huyendo; perdiéronse las armas, municion y vitualla que llevaban; poca gente tornó á Guadix con el capitan. Don Juan,

temeroso que los enemigos cargasen á la parte de Guadix, proveyó para guardia della á Francisco de Molina, que sirvió de capitan al Emperador en la guerra de Alemania.

Con el suceso de la Ravaha se levantó la sierra de Bentomiz y tierra de Vélez Málaga; no hicieron los excesos que en el Alpujarra; antes contentándose con recoger la ropa á lugares fuertes sin hacer daños, echaron bando que ninguno matase ó captivase cristiano, quemase iglesia, tomase bienes de cristianos ó de moros que no se quisiesen recoger con ellos; fortificaron para refugio y seguridad de sus personas un monte llamado Frexiliana la vieja, á diferencia de la nueva cerca dél, deshabitado de muchos tiempos; los antigos españoles y romanos le llamaron Sexifirmun. Estuvieron desta manera tanto mas sospechosos á Vélez, cuanto procedian mas justificadamente, sin comunicacion ó comercio en el Alpujarra. Mas Arévalo de Suazo, corregidor de Málaga y Vélez, avisado primero por cartas de don Juan como los moriscos de aquella sierra estaban para levantarse y ocupar á Vélez, movido por la razon de que se podia continuar aquel levantamiento por la hoya y jarquía de Málaga, hasta tierra de Ronda, si con tiempo no se atajase, y con alguna esperanza de pacificar los moros por via de concierto, partió de Málaga con cuatrocientos infantes y cincuenta caballos, llegó á Vélez, y hizo salir del fuerte la gente del pueblo que habia desamparado lo llano; puso el lugar en defensa, socorrió el castillo de Caniles, lugar del marqués de Comáres, que estaba en aprieto, echando los moros de la tierra, los cuales y los de Sedella se fueron á juntar con los de toda la sierra, y á un tiempo descubrieron el levantamiento que tengo dicho. Volvió á Vélez Suazo juntando mil y quinientos infantes con la caballería que se hallaba; y entendiendo que se recogian y fortificaban en la sierra, quiso ir á reconocellos y en ocasion combatillos. Hallólos en Frexiliana la vieja fortificados: el general dellos era Gomel, y tenia consigo otros capitanes; todos se mandaban por la autoridad de Benaguazil. Pero en la subida de la montaña, creyendo que bastaria mostralles las armas, trabó la gente desmandada una escaramuza, y siguieron dos banderas de infantería sin órden, y sin podellos Arévalo de Suazo retirar, harto ocupado en estorbar que el resto no saliese tras ellos. Mas los moros, que habian hecho rostro á la escaramuza, viendo la gente que cargaba de nuevo, y conociendo la desórden, comenzáronse á retirar hasta sus reparos, y saltando fuera golpe de arcabuceros y ballesteros, apretaron nuestra gente cuasi puesta en rota, ejecutándola hasta lo llano. Arévalo de Suazo, parte acometiendo, parte reti-

rando y amparando la gente, volvió con ella, algunos muertos y pocos heridos, á Vélez donde estuvo á la guarda del lugar y la tierra; y los moros volvieron á continuar su fuerte. Don Juan, visto el caso, y pareciéndole dar dueño á la empresa que la hiciese á menos costa y con mas autoridad, aunque en Arévalo de Suazo no hubiese, como no hubo, falta, ofreció aquella jornada por mandado del Rey á don Diego de Córdoba, marqués de Comáres, gran señor en el Andalucía, y fuera della de mayores esperanzas, que tenia parte de su estado en aquella montaña pacífico y guardado; pero fué la oferta de manera, que justificadamente pudo excusarse.

En este tiempo se declararon los preparamientos del rey de Argel ser contra el de Túnez Muley Hamida; y el rey de Fez se quietó. Partió el de Argel con siete mil infantes turcos y andaluces y doce mil caballos, parte de su sueldo, y parte alárabes que labraban la tierra: juntáronse á una legua de Beja, ciudad grande, y veinte de Túnez; mas el rey de Túnez fué roto, y salvóse con doscientos caballos hácia la tierra que dicen de los Dátiles. Perdió á Beja y Túnez, que ahora está en poder de turcos, y á Biserta, que comenzaron á fortificar; lugar de comarca provechoso para quien lo ocupare y pudiere mantener; Hippon Diarritos le llamaron los griegos, á diferencia de Bona; púsole el nombre Agatócles, tirano de Sicilia, en la gran empresa que tuvo contra los cartagineses. Mas por quitar duda y oscuridad, diré lo que entiendo destos reinos. El de Fez fué reino de Sifax, que tuvo guerra con los romanos, de quien tanta memoria hacen sus historias. Despues de varias mudanzas, edificó la ciudad Idriz, del linaje de Ali, que conquistó á Berberia, y en memoria tienen su alfanje colgado en el templo principal con gran veneracion. Dióle el nombre del rio que pasa por medio, llamado entonces Fez. Juntó los edificios Jusef Miramarazohir Aben Jacob, del linaje de los de Benimerin, que fué vencido del rey don Alonso en la batalla de Tarifa; y por la comodidad de guerrear contra el rey de Trenecen, la hizo de nuevo cabeza del reino poseido al presente por los hijos de Jarife; hombre que, de predicador y tenido por santo y del linaje de Mahoma, vino, juntando las armas con la religion, al señorío de Marruecos y Fez, como lo han hecho muchos de su secta en Africa, comenzando de Mahoma hasta los almoravides, los almohades, los benimerines, los benioaticis, jarifes que hoy son; todos religiosos y armados, y que por este medio vinieron á la alteza del reino. El de Túnez tuvo mayor antigüedad, por fundarse en las sobras de la gran Cartago, destruida

por Scipion Africano, y vuelta á restaurar, primero por los cónsules romanos y por Tiberio Graco, después mudado el sitio á lo llano por César Augusto, y habitada de romanos; poseida de los emperadores, ganada por los vándalos, y recuperada por Belisario, capitan del emperador Justiniano; siempre tenida por la tercia parte del imperio griego hasta el tiempo de los alárabes, que fué por Occuba Ben-Nafic, capitan de Mauhía, sojuzgada, venciendo y matando al conde Gregorio, lugarteniente del emperador Constantino, hijo de Constante, con setenta mil caballeros cristianos, en la gran batalla junto á Africa que los moros llaman Mehedia (del nombre de un su príncipe dicho Moahedin); y los romanos Adrumentum, agora lugar destruido por el ejército del emperador don Cárlos. Las armas con que se halló el conde Gregorio, á quien los alárabes llaman Groguir, dicen que fueron muchas mujeres en torno bien aderezadas y hermosas; él en una litera de hombros, con piedras preciosas, cubierta de paño de oro, y dos mancebos que con mosqueadores de plumas de pavo le quitaban el polvo. Mauhía ocupó á Cartago por entrega de María, hija del conde Gregorio, con pacto que casase con ella; mas, descontento del casamiento, la dejó. Deshabitó á Cartago, pasó la poblacion donde ahora es Túnez, que entónces era pequeño lugar y siempre del mismo nombre. Quedaron repartidos los romanos en doce aldeas, que hoy son de labradores moros en el cabo que llaman de Cartago, donde fué la ciudad competidora de Roma; el nombre della dura en un pequeño pueblo, y ese sin gente: tantas mudanzas hace el mundo, y tan poca seguridad hay en los estados. Gobernóse Túnez en forma de república hasta los tiempos del miramamolin Jusef, que envió á Abdeluahhed, su capitan, natural de Sevilla, que los gobernó y sujetó con ocasion de defendellos contra los Alárabes; cuyo hijo quedó por señor y fué el primero rey de Túnez hasta Muztancoz, que ennobleció la ciudad, y dende él á Hamida, que hoy reina, sin perderse la sucesion, segun la verdad de sus historias, cegando ó matando los padres á los hijos, ó los hijos á los padres, como hizo Hamida, que cegó á Muley Hacen, su padre, y le quitó el reino, en que el emperador don Cárlos, vencedor de muchas gentes, le habia restituido, echando á Barbaroja, tirano dél, puesto por mano del gran señor de los turcos.

Menores fueron los principios del señorío de Argel que hoy está en mayor grandeza: al lugar llaman los moros Algezair por nna isla que tenia delante; nosotros le llamamos Argel; antiguamente se pobló de los moradores de Cesarea, que ahora se llama Xargel. Estuvo siem-

pre en el señorío de los reyes godos de España hasta que vinieron los moros, y en tiempo dellos fué lugar de poco momento, regido por jeques; mas después el rey don Fernando el Católico hizo tributario al señor y edificó el Peñon. Muerto el Rey, el cardenal fray Francisco Jimenez, gobernador de España en los principios del reinado del emperador don Cárlos, tomó á Bugía (casa real del rey Bocho de Mauritania, dicha por esto de su nombre, segun los alárabes), y quiso crecer el tributo moviendo nuevo concierto con el Jeque: ofendidos los moros, reprendido y arrepentido el señor, se retiró. El Cardenal, hombre de su condicion armígero y aun desasosegado, armó contra él, haciendo capitanes á Diego de Vera y Juan del Rio: juntóse esta armada á manera de arrendamiento; que todos los que tenian oficios menores, si los querian pasar en sus hijos por una vida, fuesen á servir, ó llevasen ó diesen en su lugar tantos hombres, segun la importancia del oficio. Perdióse la armada por mal tiempo, confusion y poca plática de los que gobernaban, y esta fué la primera pérdida que se hizo sobre Argel. Mas el Jeque, temiendo que con mayores fuerzas se renovaria la guerra, trajo por huésped y soldado á Barbaroja, hermano del que fué tirano de Túnez, que entonces era su lugarteniente y secretario; venidos á la grandeza que tuvieron, de capitanes de un bergantin. Habia tentado Barbaroja Horux (que así se llamaba el mayor) la empresa de Bugía, perdido el tiempo, la gente, un brazo y el armada; recogídose con cuarenta turcos á un pequeño castillo, de donde el Jeque otra vez le trajo al sueldo; mas él, juntándose con los principales, mató al jeque llamado Selin Etenri estando comiendo en un baño; hízose señor y llamóse rey. Dende á poco salió para la empresa de Tremecen, y ocupado aquel reino, quedó por señor, y su hermano Harradin por gobernador en Argel; mas echado despues de Tremecen por los capitanes del alcaide de los Donceles, abuelo de este marqués de Comáres, que era entonces general de Oran, y muerto huyendo, quedó el reino de Argel en poder del hermano. Habia don Hugo de Moncada hecho tributarios los Gelves después algunos años de la pérdida del conde Pedro Navarro y muerte de don García de Toledo, hijo del duque de Alba don Fadrique, padre del duque don Fernando, que hoy gobierna los estados de Flándes; y tornando con el armada por mandado del emperador sobre Argel, con intento de destruilla, y asegurar la marina de España, tentó desdichadamente la venganza de Diego de Vera y Juan del Rio; porque con tormenta perdió mucha parte de la armada, y echando

gente en tierra para defender los que se iban á ella con miedo de la mar, perdió tambien lo uno y lo otro. Crecieron las fuerzas de Barbaroja; extendióse por la tierra adentro su poder; deshizo el Peñon, que era isla, continuóla con la tierra firme, ocupó los lugares de la mar, Xargel, Guijan, Brisca y el reino de Túnez, aunque pequeño. Vino á noticia del señor de los turcos que pretendia por seguridad y paz de sus hijos ocupar á Africa y poner en Túnez á Bayaceto, que se mató á sí mismo: adelantó á Barbaroja en fuerzas y autoridad por conseguir este fin y poner al Emperador en estrecho y necesidad. Dióle mayor armada con que ocupase y afirmase el reino de Túnez, de donde echado por el Emperador, pasó á Constantinopla; quedó general de la armada del Turco, y despues favorecido y honrado hasta que murió, tenido en mas por haberle vencido el Emperador; porque los vencedores honrados honran á los vencidos. Quedó el reino de Argel en poder de gobernadores enviados por el Turco; mas el Emperador, temiendo la poca seguridad que tenia en sus estados con la grandeza de los turcos en Argel, y hallándose en Alemania al tiempo que el Gran Turco venia sobre ella, mal proveido de dineros para resistille, no quiso obligarse á la empresa. Quedar sin salir á ella en Alemania era poca reputacion: tomó por expediente la de Argel, donde fué roto de la tormenta; retiróse por tierra á Bugía, perdiendo mucha parte de la armada, pero salvó el ejército y la reputacion, con gloria de sufrido, de diestro y valeroso capitan. De allí crecieron sin resistencia las fuerzas de los señores de Argel; tomaron á Tremecen, á Bugía; y por su órden los cosarios á Jayona, de los moros, á Trípol, de la órden de san Juan; rompieron diversas armadas de galeras, sin otra adversidad mas qne la pérdida que hicieron de su armada en la batalla que don Bernardino de Mendoza ganó á Alí Hamete y Cara Mami, sus capitanes, sobre la isla de Arbolan. Por este camino vino el reino de Argel á la grandeza que ahora tiene.

LIBRO TERCERO.

Entretenia el Gran Turco los moros del reino de Granada con esperanzas por medio del rey de Argel, para ocupar, como dijimos, las fuerzas del rey don Felipe en tanto que las suyas estaban puestas contra venecianos; como quien (dando á entender que las despreciaba) ninguna ocasion de su provecho, aunque pequeña, dejaba pasar. En-

tre tanto el comendador mayor don Luis de Requesenes sacó del reino y embarcó la infantería española en las galeras de Italia, dejando órden á don Alvaro de Bazan que con las catorce de Nápoles que eran á su cargo, y tres banderas de infantería española, corriese las islas y asegurase aquellos mares contra los cosarios turcos. Vino á Civitavieja; de allí á Puerto Santo Estéfano, donde juntando consigo nueve galeras y una galeota del duque de Florencia, estorbado de los tiempos, entró en Marsella. Dende á poco, pareciendo bonanza, continuó su viaje; mas entrando la noche, comenzó el narbonés á refrescar, viento que levanta grandes tormentas en aquel golfo y travesía para la costa de Berbería, aunque lejos: tres dias corrió la armada tan deshecha fortuna, que se perdieron unas galeras de otras; rompieron remos, velas, árboles, timones; y en fin, la capitana sola pudo tomar á Menorca, y dende allí á Palamós, donde los turcos forzados, confiándose en la flaqueza de los nuestros por el no dormir y continuo trabajo, tentaron levantarse con la galera; pero sentidos, hizo el Comendador mayor justicia de treinta. Nueve galeras de las otras siguieron la derrota de la capitana; cuatro se perdieron con la gente y chusma; la una, que era de Estéfano de Mari, gentilhombre genovés, en presencia de todas, en el golfo embistió por el costado á otra, y fué la embestida salva, y á fondo la que embistió; acaecimiento visto pocas veces en la mar: las demás dieron al través en Córcega y Cerdeña, ó aportaron en otras partes con pérdida de la ropa, vitualla, municiones y aparejos, aunque sin daño de la gente. Luego que pasó la tormenta, llegó don Alvaro de Bazan á Cerdeña con las galeras de Nápoles; puso en órden cinco de las que habian quedado para navegar; en ellas y en las suyas embarcó los soldados que pudo; llegó á Palamós, y juntándose con el Comendador mayor, navegaron la costa del reino de Granada á tiempo que poco habia fuera el suceso de Bentomiz y otras ocasiones, mas en favor de los moros que nuestro. Llevó consigo de Cartagena la galeras de España que traia don Sancho de Leiva; y tornando don Alvaro á guardar la costa de Italia, él partió con veinte y cinco galeras para Málaga; mas al pasar, avisado por Arévalo de Suazo de lo sucedido en Bentomiz, envió con don Miguel de Moncada á comunicar con don Juan su intento, y el peligro en que estaba toda aquella tierra si no se ponia remedio con brevedad, sin esperar consulta del Rey. Puso entre tanto sus galeras en órden; armó y rehizo la infantería, que serian en diez banderas mil soldados viejos y quinientos de galera; juntó y armó de Málaga, Vélez y Antequera, por medio de

Arévalo de Suazo y Pedro Verdugo, tres mil infantes. Volvió don Miguel con la comision de don Juan, y partió el Comendador mayor á combatir los enemigos. Llegado á Torrox, envió á don Martin de Padilla, hijo del adelantado de Castilla, con alguna infantería suelta para reconocer el fuerte de Frexiliana, y volvió trayendo consigo algun ganado. Púsose al pié de la montaña, y después de haber reconocido de mas cerca, dió la frente á don Pedro de Padilla con parte de sus banderas y otras, hasta mil infantes, y mandóle subir derecho. Á don Juan de Cárdenas (*a*), hijo del conde de Miranda, mandó subir con cuatrocientos aventureros y otra gente plática de las banderas de Italia por la parte de la mar, y por la otra á don Martin de Padilla con trescientos soldados de galera y algunos de Málaga y Vélez; los demás, que acometiesen por las espaldas del fuerte, donde parece que la subida estaba mas áspera, y por esto menos guardada, y estos mandó que llevase Arévalo de Suazo con alguna caballería por guarda de la ladera y del agua. Mas don Pedro, aunque de su niñez criado á las armas y modestia del Emperador, soldado suyo en las guerras de Flándes, despreciando con palabras la órden del Comendador mayor, la cual era que los unos esperasen á los otros hasta estar igualados (porque parte dellos iban por rodeos), y entonces arremetiesen á un tiempo, arremetió sin él y llegó primero por el camino derecho.

Los enemigos estuvieron á la defensa, como gente plática, y juntos resistieron, con mas daño de los nuestros que suyo; pero al fin, dado lugar á que nuestros armados se pegasen con el fuerte, y comenzasen con las picas á desviarlos y á derribar las piedras dél, y los arcabuceros á quitar traveses, estuvieron firmes hasta que salió un turco de galera enviado por el Comendador mayor á reconocer dentro, con promesa de la libertad. Este dió aviso de la dificultad que habia por la parte que eran acometidos, y cuánto mas fácil seria la entrada al lado y espaldas. Partió la gente, y combatiólos por donde el turco decia: lo mismo hicieron los enemigos para resistir, pero con mucho daño de los nuestros, que eran heridos y muertos de su arcabucería al prolongarse por el reparo. Todavía, partidas las fuerzas con esto, aflojaron los que estaban á la frente, y don Juan de Cárdenas tuvo tiempo de llegar; lo mismo la gente de Málaga y Vélez, que iba por las espaldas. Mas los moros, viéndose por una y otra parte apretados, salie-

(*a*) Este don Juan de Cárdenas fué después conde de Miranda, virey de Nápoles, presidente de Italia y Castilla.

ron por la del maestral, que estaba mas áspera y desocupada, como dos mil personas, y entre ellos mil hombres los mas sueltos y plá-ticos de la tierra: fué porfiado por ambas partes el combate hasta venir á las espadas, de que los moros se aprovechan menos que nosotros, por tener las suyas un filo y no herir ellos de punta. Con la salida destos y sus capitanes tuvieron los nuestros menos resistencia; entraron por fuerza por la parte mas difícil y no tan guardada que tocó á Arévalo de Suazo, donde él fué buen caballero y buena la gente de Málaga y Vélez; pero no entraron con tanta furia, que no diesen lugar á los que combatian de don Pedro de Padilla y á los demás para que tambien entrasen al mismo tiempo. Murieron de los enemigos dentro del fuerte quinientos hombres, la mayor parte viejos; mujeres y niños cuasi mil y trescientos con el ímpetu y enojo de la entrada y después de salidos en el alcance, y heridos otros cerca de quinientos. Captiváronse cuasi dos mil personas: los capitanes Garral y el Melilu, general de todos, con la gente que salió, vinieron destrozados á Válor, donde Aben Humeya los recogió, y mandó dende á pocos dias tornar al mismo Frexiliana. Mas el Melilu, rico y de ánimo, hizo ahorcar á Chacon, que trataba con los cristianos, por una carta de su mujer que le hallaron, en que le persuadia á dejar la guerra y concertarse. Dícese que en el fuerte los viejos de concierto se ofrecieron á la muerte porque los mozos se saliesen en el entre tanto; al revés de lo que suele acontecer y de la órden que guarda naturaleza, como quier que los mozos sean animosos para ejecutar y defender á los que mandan, y los viejos para mandar, y naturalmente mas flacos de ánimo que cuando eran mozos. De los nuestros fueron heridos mas de seiscientos, y entre ellos de saeta don Juan de Cárdenas, que fué aquel dia buen caballero. Entre otros, murieron peleando don Pedro de Sandoval, sobrino del obispo de Osma, y pasados de trescientos soldados, parte aquel dia, y parte de heridas en Málaga, donde los mandó el Comendador mayor, y vender y repartir la presa entre todos, á cada uno segun le tocaba, repartiéndoles tambien el quinto del Rey.

Es el vender las presas y dar las partes costumbre de España, y el quinto, derecho antigo de los reyes dende el primer rey don Pelayo, cuando eran pocas las facultades para su mantenimiento; agora, porque son grandes, llévanlo por reconocimiento y señorío; mas el hacer los reyes merced dél en comun y por señal de premio á los que pelean, es causa de mayor ánimo; como, por el contrario, á cada uno lo que ganare, y á todos el quinto generalmente cuando vienen á la guerra,

ocasion para que todos vengan á servir en las empresas con mayor voluntad. Pero esta se trueca en codicia, y cada uno tiene por tan proprio lo que gana, que deja por guardallo el oficio de soldado, de que nacen grandes inconvenientes en ánimos bajos y poco plá́ticos; que unos huyen con la presa, otros se dejan matar sobre ella de los enemigos, impedidos y enflaquecidos; otros, desemparadas las banderas, vuelven á sus tierras con la ganancia. Viénense por este camino á deshacer los ejércitos hechos de gente natural, que campean dentro en casa: el ejemplo se ve en Italia entre los naturales, como se ha visto en esta guerra dentro en España.

El buen suceso de Frexiliana sosegó la tierra de Málaga y la de Ronda por entonces: el Comendador mayor se dió á guardar la costa, á proveer con las galeras los lugares de la marina; mas en tierra de Granada, el mal tratamiento que los soldados y vecinos hacian á los moriscos de la Vega, la carga de alojamientos, contribuciones y composiciones, la resolucion que se tomó de destruir las Albuelas flacamente ejecutada, dió ocasion á que muchos pueblos, que estaban sobresanados, se declarasen y subiesen á la sierra con sus familias y ropa. Entre estos fué el rio de Bolodúi á la parte de Guadix, y á la de Granada Guéjar, que en su calidad no dió poco desasosiego. La gente della, recogiendo su ropa y dineros, llevando la vitualla, y dejando escondida la que no pudieron, con los que quisieron seguillos se alzaron en la montaña, cuasi sin habitacion por la aspereza, nieve y frio. Quiso don Juan reconocer el sitio del lugar, llevando á Luis Quijada y al duque de Sesa: tratóse si lo debia mantener ó dejar; no pareció por entonces necesario para la seguridad de Granada mantenerle y fortificarle, como flaco y de poca importancia, pero la necesidad mostró lo contrario; y en fin, se dejó, ó porque no bastase la gente que en la ciudad habia de sueldo á asegurar á Granada todo á un tiempo y socorrer en una necesidad á Guéjar, como la razon lo requeria; ó que no cayesen en que los enemigos se atreverian á fundar guarnicion en ella tan cerca de nosotros, ó, como dice el pueblo (que escudriña las intenciones sin perdonar sospecha, con razon ó sin ella), por criar la guerra entre las manos, celosos del favor en que estaba el marqués de Velez, y hartos de la ociosidad propia y ambiciosos de ocuparse, aunque con gasto de gente y hacienda: decíase que fuera necesario sacar un presidio razonable á Guéjar, como después se hizo lejos de Granada para mantener los lugares de en medio: cada uno, sin examinar causas ni posibilidad, se hacia juez de sus superiores.

Mas el Rey, viendo que su hermano estaba ocupado en defender á Granada y su tierra, y que teniendo la masa de todo el gobierno era necesario un capitan que fuese dueño de la ejecucion, nombró por general de toda la empresa al marqués de Vélez, que entonces estaba en gran favor, por haber salido á servir á su costa. Sucedióle dichosamente tener á su cargo ya la mitad del reino, calor de amigos y deudos; cosas que cuando caen sobre fundamento, inclinan mucho los reyes. Á esto se juntó haberse ofrecido por sus cartas á echar á Aben Humeya el Tirano, que así se llamaba, y acabar la guerra del reino de Granada con cinco mil hombres y trescientos caballos pagados y mantenidos, que fué la causa mas principal de encomendalle el negocio. Á muchos cuerdos parece que ninguno debe de cargar sobre sí obligacion determinada que el cumplilla ó el estorbo della esté en mano de otro. Fué la eleccion del Marqués (á lo que el pueblo de Granada juzgaba y algunos colegian de las palabras y continente) harto contra voluntad de los que estaban cerca de don Juan, pareciéndoles que quitaba el Rey á cada uno de las manos la honra desta empresa.

Habian crecido las fuerzas de Aben Humeya y venidole número de turcos y capitanes pláticos, segun su manera de guerra; moros berberíes, armas, parte traidas, parte tomadas á los nuestros, vituallas en abundancia, la gente mas y mas plática de la guerra. Estaba el Rey con cuidado de que la gente y las provisiones se hacian de espacio; y pareciéndole que llegarse él mas el reino de Granada seria gran parte para que las ciudades y señores de España se moviesen con mayor calor y ayudasen con mas gente y mas presto, y que con el nombre y autoridad de su venida los príncipes de Berberia andarian retenidos en dar socorro, ciertos que la guerra se habia de tomar con mayores fuerzas, acabada, con todas ellas cargar sobre sus estados, mandó llamar cortes en Córdoba para dia señalado, adonde se comenzaron á juntar procuradores de las ciudades y hacer los aposentos.

Salió el marqués de Vélez de Terque por estorbar el socorro que los moros de Berberia continuamente traian de gente, armas y vitualla, y los de la Alpujarra recebian por la parte de Almería. Vino á Berja (que antiguamente tenia el mismo nombre), donde quiso esperar la gente pagada y la que daban los lugares de la Andalucía. Mas Aben Humeya, entendiendo que estaba el Marqués, con poca gente y descuidado, resolvió combatille antes que juntase el campo. Dicen los moros haber tenido plática con algunos esclavos que escondiesen los frenos de los caballos, pero esto no se entendió entre nosotros, y por-

que los moros, como gente de pié y sin picas, recelaban la caballería, quiso combatille dentro del lugar antes del dia. Llamó la gente del rio de Almería, la del Boloduí, la de la Alpujarra, los que quisieron venir del rio de Almanzora, cuatrocientos turcos y berberíes: eran por todos cuasi tres mil arcabuceros y ballesteros y dos mil con armas enhastadas. Echó delante un capitan, que le servia de secretario, llamado Mojajar, que con trescientos arcabuceros entrase derecho á las casas donde el Marqués posaba, diese en la centinela (lo que ahora llamamos centinela, amigos de vocablos extranjeros, llamaban nuestros españoles, en la noche escucha, en el dia atalaya: nombres harto mas proprios para su oficio), llegando con ella á un tiempo el arma y ellos en el cuerpo de guardia: siguióle otra gente, y él quedó en la retaguardia sobre un macho y vestido de grana. Mas el Marqués, que estaba avisado por una lengua que los nuestros lo trujeron, atravesó algunas calles que daban en la plaza, puso la arcabucería á las puertas y ventanas, tomó las salidas, dejando libres las entradas por donde entendió que los enemigos vendrian, y mandó estar apercebida la caballería y con ella su hijo don Diego Fajardo; abrió camino para salir fuera, y con esta órden esperó á los enemigos. Entró Mojajar por la calle que va derecha á dar á la plaza, al principio con furia; después, espantado y recatado de hallar la villa sin guardia, olió humo de cuerdas, y antes que se recatase, sintió de una y otra parte jugar y hacerle daño la arcabucería; mas queriendo resistir la gente con alguna otra que le habia seguido, no pudo; salióse con pocos y desordenadamente al campo. El Marqués, con la caballería y alguna arcabucería, á un tiempo saltó fuera con don Diego, su hijo, don Juan, su hermano, don Bernardino de Mendoza, hijo del conde de Coruña, don Diego de Leiva, hijo natural del señor Antonio de Leiva, y otros caballeros; dió en los que se retiraban y en la gente que estaba para hacelles espaldas: rompiólos otra vez; pero aunque la tierra fuese llana, impedida la caballería de las matas y de la arcabucería de los turcos y moros, que se retiraban con órden, no pudo acabar de deshacer los enemigos. Murieron dellos cuasi seiscientos hombres: Aben Humeya tornó la gente rota á la sierra, y el Marqués á Berja. El Rey dió noticia, pero á don Juan poca y tarde; hombre preciado de las manos mas que de la escritura, ó que queria darlo á entender, siendo enseñado en letras y estudioso. Comenzó don Juan, con órden del Rey, á reforzar el campo del Marqués; antes formallo de nuevo: puso con dos mil hombres á don Rodrigo de Beuavides en la guarda de Guadix;

á Francisco de Molina envió con cinco banderas á la de Órgiba; mandó pasar á don Juan de Mendoza con cuasi cuatro mil infantes y ciento y cincuenta caballos adonde el Marqués estaba, y al Comendador mayor, que tomando las banderas de don Pedro de Padilla (rehechas ya del daño que recibieron en Frexiliana), las pusiese en Adra, donde el Marqués vino de Berja á hacer la masa. Llegó don Sancho de Leiva á un mismo tiempo con mil y quinientos catalanes de los que llaman *delados*, que por las montañas andan huidos de las justicias, condenados y haciendo delitos, que por ser perdonados vinieron los mas dellos á servir en esta guerra: era su cabeza Antic Sarriera, caballero catalan; las armas, sendos arcabuces largos y dos pistoletes, de que se saben aprovechar. Llegó Lorenzo Tellez de Silva, marqués de la Favara, caballero portugués, con setecientos soldados, la mayor parte hechos en Granada y á su costa; atravesó sin daño por el Alpujarra entre las fuerzas de los enemigos, y por tenerlos ocupados en el entre tanto que se juntaba el ejército, y las guarniciones de Tablate, Dúrcal y el Padul seguras (á quien amenazaban los moros del valle y los que habian tornado á las Albuñuelas); por impedir asimismo que estos no se juntasen con los que estaban en la sierra de Guéjar y con otros de la Alpujarra; por estorbar tambien el desasosiego en que ponian á Granada con correrías de poca gente, y por quitalles la cogida de los panes del valle, mandó don Juan que don Antonio de Luna con mil infantes y doscientos caballos fuese á hacer este efecto, quemando y destruyendo á Restával, Pinillos, Melijix, Concha, y, como dije, el Valle hasta las Albuñuelas. Partió con la misma órden y á la misma hora que cuando fué á quemallas la vez pasada, pero con desigual fortuna; porque llegando tarde, halló los moros levantados por el campo y en sus labores con las armas en la mano: tuvieron tiempo para alzar sus mujeres, hijos y ganados, y ellos juntarse, llevando por capitanes á Rendati, hombre señalado, y á Lope el de las Albuñuelas, ayudados con el sitio de la tierra barrancosa. Acometieron la gente de don Antonio, ocupada en quemar y robar, que pudo con dificultad, aunque con poca pérdida, resistir y recogerse, siguiéndole y combatiéndole por el valle abajo, malo para la caballería. Mas don Antonio, ayudándole don García Manrique, hijo del marqués de Aguilar, y Lázaro de Heredia, capitan de infantería, haciendo á veces de la vanguardia retaguardia, á veces, por el contrario, tomando algunos pasos con la arcabucería, se fué retirando hasta salir á lo raso, que los enemigos con temor de la caballería le dejaron. Murió en esta refriega, apartado

de don Antonio, el capitan Céspedes á manos de Rendati, con veinte soldados de su compañía, peleando, sesenta huyendo; los demás se salvaron á Tablate, donde estaba de guardia. No fué socorrido, por estar ocupada la infantería quemando y robando, sin podellos mandar don Antonio. Tampoco llegó don García (á quien envió con cuarenta caballos), por ser lejos y áspera la montaña, los enemigos muchos. Pero el vulgo ignorante, y mostrado á juzgar á tiento, no dejaba de culpar al uno y al otro; que con mostrar don Antonio la caballería de lo alto en las eras del lugar, los enemigos fueran retenidos ó se retiraran; que don García pudiera llegar mas á tiempo, y Céspedes recogerse á ciertos edificios viejos que tenia cerca; que don Antonio le tenia mala voluntad dende antes, y que entonces habia salido sin órden suya de Tablate, habiéndole mandado que no saliese. Á mí, que sé la tierra, paréceme imposible ser socorrido con tiempo, aunque los soldados quisieran mandarse, ni hubiera enemigos en medio y á las espaldas. Tal fué la muerte de Céspedes, caballero natural de Ciudad-Real, que habia traido la gente á su costa, cuyas fuerzas fueron excesivas y nombradas por toda España; acompañólas hasta la fin con ánimo, estatura, voz y armas descomunales. Volvió don Antonio con haber quemado alguna vitualla, trayendo presa de ganado á Granada, donde menudeaban rebatos; las cabezas de la milicia corrian á una y otra parte, mas armados que ciertos donde hallar los enemigos; los cuales, dando armas por un cabo, llevaban de otro los ganados. Habia don Juan ya proveido que don Luis de Córdoba con doscientos caballos y alguna infantería recogiese á Granada y á la Vega los de la tierra; comision de poco mas fruto que de aprovechar á los que los hurtaron; porque no se pudiendo mantener, fué necesario volvellos á sus lugares faltos de la mitad, donde fueron comunes á nosotros y á los enemigos.

Hallábase entre tanto el marqués de Vélez en Adra (lugar antiguamente edificado cerca de donde ahora es, que llamaban Abdera) con cuasi dos mil infantes y setecientos caballos: gente armada, plática, y que ninguna empresa rehusara por difícil; extendida su reputacion por España con el suceso de Berja, su persona subida en mayor crédito. Venian muchos particulares á buscar la guerra, acrecentando el número y calidad del ejército; pero la esterilidad del año, la falta de dinero, la pobreza de los que en Málaga fabricaban bizcocho, y la poca gana de fabricarlo, por las continuas y escrupulosas reformaciones antes de la guerra; la falta de recuas por la carestía, la de vivande-

ros, que suelen entretener los ejércitos con refrescos, y con esto las resacas de la mar, que en Málaga estorban á veces el cargar, y las mesmas el descargar en Adra, fué causa que las galeras no proveyesen de tanto bastimento y tan á la continua. Era algunas veces mantenido el campo de solo pescado, que en aquella costa suele ser ordinario; cesaban las ganancias de los soldados con la ociosidad; faltaban las esperanzas á los que venian cebados dellas; detenían se las pagas; comenzó la gente á descontentarse, á tomar libertad y hablar como suelen en sus cabezas. El General, hombre entrado en edad, y por esto mas en cólera, mostrado á ser respetado y aun temido, cualquiera cosa le ofendia: dióse á olvidar á unos, tener poca cuenta con otros, tratar á otros con aspereza; oia palabras sin respeto, y oíanlas dél. Un campo grueso, armado, lleno de gente particular, que bastaba á la empresa de Berbería, comenzó á entorpecerse nadando y comiendo pescados frescos, no seguir los enemigos habiéndolos rompido, no conocer el favor de la victoria, dejarlos engrosar, afirmar, romper los pasos, armarse, proveerse, criar guerra en las puertas de España. Fué el Marqués juntamente avisado y requerido de personas que veian el daño y temian el inconveniente, que con la vitualla bastante para ocho dias saliese en busca de Aben Humeya. Por estos términos comenzó á ser mal quisto del comun, y de allí á pegarse la mala voluntad en los principales; aborrecerse él de todos y de todo, y todos dél.

Al contrario de lo que al marqués de Mondéjar aconteció, que de los principales vino á pegarse en el pueblo; pero con mas paciencia y modestia suya, dicen que con igual arrogancia. Yo no vi el proceder del uno ni del otro; pero á mi opinion ambos fueron culpados, sin haber hecho errores en su oficio y fuera dél, con poca causa, y esa comun en algunos otros generales de mayores ejércitos. Y tornando á lo presente, nunca el marqués de Vélez se halló tan proveido de la vitualla, que le sobrase en el comer ordinario de cada dia para llevar consigo cuantidad que pudiese gastar á la larga; pero vista la falta della, la poca seguridad que se tenia de la mar; pareciéndole que de Granada y el Andalucía, Guadix y marquesado de Cenete, y de allí por los puertos de la Ravaha y Loh, que atraviesan la sierra hasta la Alpujarra, podia ser proveido, escribió á don Juan (aunque lo solia hacer pocas veces) que le mandase tener hecha la provision en la Calahorra, porque con ella y la que viniese por mar se pudiese mantener el ejército en la Alpujarra y echar della los enemigos.

El Comendador mayor, segun el poco aparejo, ninguna diligencia

posible dejaba de hacer, aunque fuese con peligro, hasta que tuvo en Adra puesta vitualla de respeto por tanto tiempo, que ayudado el Marqués con alguna de otra parte (aunque fuese habida de los enemigos), podia guerrear sin hambre y esperar la de Guadix; mas viendo que el Marqués, incierto de la provision que hallaria en la Calahorra, se detenia, dábale priesa en público, y requeríale en consejo que saliese contra los enemigos. Mas dando el Marqués razones por donde no convenia salir tan presto, dicen que pasó tan adelante, que en presencia de personas graves y en un consejo le dijo que no lo haciendo, tomaria él la gente y saldria con ella en campo.

En Granada ninguna diligencia se hizo para proveer al Marqués, porque pues no replicaba, tuvieron creido que no tenia necesidad, y que estaba proveido bastantemente en Adra, de donde era el camino mas corto y seguro: tenian por dificultoso el de la Calahorra; los enemigos muchos, las recuas pocas, la tierra muy áspera, de la cual decian que el Marqués era poco plático. Mas el pueblo, acostumbrado ya á hacerse juez, culpábale de mal sufrido en palabras y obras igualmente con la gente particular y comun; á sus oficiales de liberales en distribuir lo voluntario, y en lo necesario estrechos; detenerse en Adra buscando causas para criar la guerra, tenido en otras cosas por diligente; escribíanse cartas, que no faltaba adonde cayesen á tiempo; disminuíase por horas la gracia de los sucesos pasados; decian que dello no pesaba á don Juan ni á los que le estaban cerca: era su parcial solo el Presidente, pero ese algunas veces, ó no era llamado, ó le excluian de los consejos á horas y lugares, aunque tenia plática de las cosas del reino y alteraciones pasadas. Pasó este apuntamiento (1) hasta ser avisado el Consejo por cartas de personas y ministros importantes (segun el pueblo decia), y aun reprendido que parecia desautoridad y poca confianza no llamar un hombre grave de experiencia y dignidad. Pero no era de maravillar que el vulgo hiciese semejantes juicios, pues por otra parte se atrevia á escudriñar lo intrínseco de las cosas, y examinar las intenciones del Consejo.

Decian que el duque de Sesa y el marqués de Vélez eran amigos, mas por voluntad suya que del Duque, no embargante que fuesen tio y sobrino. El marqués de Mondéjar y el Duque, émulos de padres y abuelos sobre la vivienda de Granada, aunque en público profesasen amistad; antigua la enemistad entre los marqueses y sus padres, re-

(1) En el MS. se lee *apartamiento*.

novada por causas y preeminencias de cargos y jurisdicciones; lo mismo el de Mondéjar y el Presidente, hasta ser maldiciente en procesos el uno contra el otro. Luis Quijada, envidioso del de Vélez. ofendido del de Mondéjar porque siendo conde de Tendilla no quiso consentir al Marqués su padre que le diese por mujer una hija que le pidió con instancia; amigo intrínseco de Eraso y de otros enemigos de la casa del Marqués. El duque de Feria, enemigo atrevido de lengua y por escrito del marqués de Mondéjar; ambos dende el tiempo de don Bernardino de Mendoza, cuya autoridad después de muerto los ofendia. El duque de Sesa y Luis Quijada, á veces tan conformes cuanto bastaba para excluir los marqueses, y á veces sobresanados por la pretension de las empresas, hablábanse bien, pero huraños y recatados, y todos sospechosos á la redonda. Entreteníase Muñatones, mostrado (1) á sufrir y disimular, culpando las faltas de proveedores y aprovechamientos de capitanes, lo uno y lo otro sin remedio. Don Juan, como no era suyo, contentábale cualquiera sombra de libertad; atado á sus comisiones, sin nombramiento de oficiales, sin distribucion de dinero, armas y municiones y vitualla, si las libranzas no venian pasadas de Luis Quijada; que en esto y en otras cosas no dejaba con algunas muestras de arrogancia de dar á entender lo que podia, aunque fuese con quiebra de la autoridad de don Juan, que entendia todos estos movimientos, pero sufríalos con mas paciencia que disimulacion: solamente le parecia desautoridad que el marqués de Mondéjar ó el Conde, su hijo, usasen sus oficios, aunque no estaban excluidos ni suspendidos por el Rey. Tampoco dejaron de sonarse cosquillas de mozos y otros, que las acrecentaban entre el Conde y ellos: tal era la apariencia del Gobierno. Pero no por eso se dejaba de pensar y poner en ejecucion lo que parecia mejor al beneficio público y servicio del Rey; porque los ministros y consejeros no entran con las enemistades y descontentamientos al lugar donde se juntan, y aunque tengan diferencia de pareceres, cada uno encamina el suyo á lo que conviene; pero los escriptores, como no deben aprobar semejantes juicios, tampoco los deben callar cuando escriben con fin de fundar en la historia ejemplos por donde los hombres huyan lo malo y sigan lo bueno.

Dende los 10 de junio á los 27 de julio (1569) estuvo el marqués de Vélez en Adra sin hacer efecto; hasta que entendiendo que Aben

(1) Véase la nota que acompaña á esta palabra en las páginas siguientes.

Humeya se rehacia, partió con diez mil infantes y setecientos caballos, gente, como dije, ejercitada y armada, pero yá descontenta: llevó vitualla para ocho dias; el principio de su salida fué con alguna desórden. Mandó repartir la vanguardia, retaguardia y batalla por tercios; que la vanguardia llevase el primer dia don Juan de Mendoza, el segundo don Pedro de Padilla; y habiendo ordenado el número de bagajes que debia llevar cada tercio, fué informado que don Juan llevaba mas número dellos; y puesto que fuesen de los soldados particulares, ganados y mantenidos para su comodidad, y aunque iban para no volver á Adra, mandó tornar don Juan al alojamiento con la vanguardia, pudiéndole enviar á contar los embarazos y reformarlos; cosa no acontecida en la guerra sin grande y peligrosa ocasion; con que dió á los enemigos ganado tiempo de dos dias, y á nosotros perdido. Salió el dia siguiente con haber hallado poco ó ningun yerro que reformar; llevó la misma órden, añadiendo que la batalla fuese tan pegada con la vanguardia, y la retaguardia con la batalla, que donde la una levantase los piés, lo pusiese la otra, guardando el lugar á los impedimentos; la caballería á un lado y á otro; su persona en la batalla, porque los enemigos no tuviesen espacio de entrar. Vino á Berja, y de allí fué por el llano que dicen de Lucainena, donde al cabo dél vieron algunos enemigos, con quien se escaramuzó sin daño de las partes, mostrando Aben Humeya su vanguardia, en que habia tres mil arcabuceros, pocos ballesteros; pero encontinente subió á la Sierra: la nuestra alojó en el llano, y el Marques en Ujíjar, donde se detuvo un dia, y mas el que caminó; dilacion contra opinion de los pláticos, y que dió espacio á los enemigos de alzar sus mujeres, hijos y ropa, esconder y quemar la vitualla, todo á vista y media legua de nuestro campo. El dia siguiente salió del alojamiento; los enemigos mostrándose en ala, como es su costumbre, y dando grita, acometieron á don Pedro de Padilla, á quien aquel dia tocaba la vanguardia, con determinacion, á lo que se veia, de dar batalla. Eran seis mil hombres entre arcabuceros y ballesteros, algunos con armas enhastadas; víase andar entre ellos cruzando Aben Humeya, bien conocido, vestido de colorado, con su estandarte delante; traia consigo los alcaides y capitanes moriscos y turcos que eran de nombre. Salió á ellos don Pedro con sus banderas y con los aventureros que llevaba el marqués de la Favara, y resistiendo su ímpetu, los hizo retirar cuasi todos; pero fueron poco seguidos, porque el marqués de Vélez pareció que bastaba resistillos, ganalle el alojamiento y

esparcillos. Retiráronse á lo áspero de la montaña con pérdida de solos quince hombres: fué aquel dia buen caballero el marqués de la Favara, que apartado con algunos particulares que le siguieron, se adelantó, peleó y siguió los enemigos: lo mismo hizo don Diego Fajardo con otros. Aben Humeya, apretado, huyó con ocho caballos á la montaña, y dejarretándolos, se salvó á pié; el resto de su gente se repartió sin mas pelear por toda ella: hombres de paso, resolutos á tentar y no hacer jornada, cebados con esperanzas de ser por horas socorridos ó de gente para resistir, ó de navios para pasar en Berberia; y esta flaqueza los trujo á perdicion. Contentóse el Marqués con rompellos, ganalles el alojamiento y esparcillos, teniendo que bastaba, sin seguir el alcance, para sacallos de la Alpujarra, ó que esperase mayor desórden, ó que le pareciese que se aventuraba en dar la batalla el reino de Granada, y que para el nombre bastaba lo hecho: hallóse tan cerca del camino, que con doscientos caballos acordó pasar aquella noche á reconocer la vitualla á la Calahorra, donde no hallándo qué comer, volvió otro dia al campo, que estaba alojado en Válor el alto y bajo. Detúvose en estos dos lugares diez dias, comiendo la vitualla que trajo y alguna que se halló de los enemigos, sin hacer efecto, esperando la provision que de Granada se habia de enviar á la Calahorra, y teniendo por incierta y poca la de Adra; y aunque los ministros á quien tocaba afirmasen que las galeras habian traido en abundancia, resolvió mudarse á la Calahorra, fortaleza y casa de los marqueses de Cenete, patrimonio del conde Julian en tiempo de godos, que en el de moros tuvieron los Cenetes venidos de Berberia, una de las cinco generaciones descendientes de los alárabes que poblaron y conquistaron á Africa. Tuvo el Marqués por mejor consejo dejar á los enemigos la mar y la montaña, que seguillos por tierra áspera y sin vitualla, con gente cansada, descontenta y hambrienta, y asegurar tierra de Guadix, Baza, rio de Almanzora, Filábres, que andaba por levantarse, y allanar el rio de Boloduí, que ya estaba levantado, comer la vitualla de Guadix y el marquesado.

Mas la gente, con la ociosidad, hambre y descomodidad de aposentos, comenzó á adolecer y morir. Ningun animal hay mas delicado que un campo junto, aunque cada hombre por sí sea recio y sufridor de trabajo; cualquier mudanza de aires, de aguas, de mantenimientos, de vinos; cualquier frio, lluvia, falta de limpieza, de sueño, de camas, le adolece y deshace; y al fin todas las enfermedades le son

contagiosas. Andaban corrillos, quejas, libertad, derramamientos de soldados por unas y otras partes, que escogian por mejor venir en manos de los enemigos; íbanse cuasi por compañías, sin órden ni respeto de capitanes. Como el paradero destos descontentamientos ó es amotinarse, ó un desarrancarse (1) pocos á pocos, vino á suceder así, hasta quedar las banderas sin hombres; y tan adelante pasó la desórden, que se juntaron cuatrocientos arcabuceros, y con las mechas en las serpentinas salieron á vista del campo: fué don Diego Fajardo, hijo del Marqués, por detenerlos, á quien dieron por respuesta un arcabuzazo en la mano y el costado, de que peligró y quedó manco. La mayor parte de la gente que el Marqués envió con él se juntó con ellos y fueron de compañía: tanto en tan breve tiempo habia crecido el odio y desacato.

En fin, llegado y alojado en el lugar, temiendo de su persona, pasó á posar en la fortaleza; la gente se aposentó en el campo, comiendo á libra escasa de pan por soldado, sin otra vianda; pero dende á pocos dias dos libras por dia, y una de carne de cabra por semana; los dias de pescado algun ajo y una cebolla por hombre, que esto tenian por abundancia: sufrieron mucho las banderas de Nápoles con el nombre de soldados viejos y la gente particular; quedaron en pié cuasi solas estas compañías y doscientos caballos. Tal fué el suceso de aquella jornada, en que los enemigos vencidos quedaron con la mar y tierra, mayores fuerzas y reputacion, y los vencedores sin ella, faltos de lo uno y de lo otro.

En el mismo tiempo los vecinos del Padul, á tres leguas de Granada, se quejaban que habian tenido y mantenido mucho tiempo gruesa guarnicion, que no podian sufrir el trabajo ni mantener los hombres y caballos. Pidieron que ó se mudase la guardia, ó se disminuyese, ó los llevasen á ellos á vivir en otro lugar. Vínose en esto, y salidos ellos, la siguiente noche, juntándose con los moros de la sierra, dieron en la guarnicion, mataron treinta soldados y hirieron muchos acogiéndose á lo áspero; cuando el socorro de Granada llegó, halló hecho el daño y á ellos en salvo.

La desórden del campo del Marqués puso cuidado á don Juan de proveer en lo que tocaba á la tierra de Baza, porque la ciudad estaba sin mas guardia que la de los vecinos. Envió á don Antonio de Luna con mil infantes y doscientos caballos, que estuvo dende medio agosto hasta medio noviembre sin acontecer novedad ó cosa señalada, mas del apro-

(1) *Desrancharse*, segun el MS.

vechamiento de los soldados, mostrados á hacer presas contra amigos y enemigos. Puso en su lugar á don García Manrique á la guardia de la Vega, sin nombre ó titulo de oficio. Vióse una vez con los enemigos, matándoles alguna gente sin daño de la suya.

Entre tanto no cesaban las envidias y pláticas contra los marqueses, especialmente las antiguas contra el de Mondéjar; porque aunque sus compañeros en la suficiencia fuesen iguales, vióse que en el conocimiento de la tierra y de la gente donde y con quien habia hecho la vida, y en las provisiones, por el luengo uso de proveer armadas, era su parecer mas aprobado que apacible; pero siempre seguido (1), hasta que el marqués de Vélez subió en favor y vino á ser señor de las armas. Entonces dejaron al de Mondéjar, y tornaron á deshacer las cosas bien hechas del de Vélez. Mas cuando este comenzó á faltar de la gracia particular y general, tornaron sobre el de Mondéjar; y temiendo que las armas de que estaba despojado tornasen á sus manos, claramente le excluian de los consejos, calumniaban sus pareceres, publicaban por una parte las resoluciones, y por otra hacíanle autor del poco secreto; parecíales que en algun tiempo habia de seguirse su opinion cuanto al recebir los moriscos y después oprimillos; que cesarian las armas, y por esto la necesidad de las personas por quien eran tratadas.

Estaban nuestras compañías tan llenas de moros aljamiados, que donde quiera se mantenian espías: las mujeres, los niños esclavos, los mismos cristianos viejos daban avisos, vendian sus armas y munícion, calzado, paño y vituallas á los moros. El Rey por una parte informado de la dificultad de la empresa, por otra dando crédito á los que la facilitaban, vistos los gastos que se hacian, y pareciéndole que el marqués de Mondéjar, émulo del de Vélez y de otros, aunque no daba ocasíon á quejas, daba avilanteza á que se descargasen de culpas, diciendo que por tener él mano en los negocios eran ellos mal proveidos, y que la ciudad descontenta dél, y persuadida por el corregidor Juan Rodriguez de Villafuerte, que era interesado, y del Presidente, que le hacia espaldas, de mejor gana contribuiria con dinero, gente y vitualla hallándose ausente que presente; que de ninguno podia informarse mas clara y particularmente; envióle á mandar que con diligencia viniese á Madrid: algunos dicen que en conformidad de sus compañeros; el suceso mostró que la intencion del Rey era apartalle de los negocios. Mas porque se vea como los príncipes, pudiendo resoluta-

(1) El MS., *perseguido*.

mente mandar, quieren justificar sus voluntades con alguna honesta razon, he puesto las palabras de la carta:

«Marqués de Mondéjar, primo, nuestro capitan general del reino »de Granada: Porque queremos tener relacion del estado en que al »presente están las cosas dese reino, y lo que converná proveer para »el remedio dellas, os encargamos que en recibiendo esta os pongais en »camino, y vengais luego á esta nuestra corte para informarnos de lo »que está dicho, como persona que tiene tanta noticia dellas; que en »ello, y en que lo hagais con toda la brevedad, nos ternémos por muy »servido. Dada en Madrid, á 3 de setiembre de 1569.»

Llegó el Marqués y fué bien recibido del Rey, y algunas veces le informó á solas: de los ministros fué tratado con mas demonstracion de cortesía que de contentamiento; nunca fué llamado en consejo, mostrando estar informados á la larga por otra via. Muñatones, plático de semejantes llamamientos y falto de un ojo, dijo, como le mostraron la carta, «que le sacasen el otro si el Marqués tornaba de allá durante la guerra.» Anduvo muchos dias como suspendido y agraviado, cierto que siempre habia seguido la voluntad del Rey y de solo ella hecho caudal. Mas entre los reyes y sus ministros, la parte de los reyes es la mas flaca: no embargante la informacion que el Marqués dió, eran tantas y tan contrarias unas de otras las que se enviaban, que pareció juntar con ellas la de don Enrique Manrique, alcaide que fué del castillo de Milan, y habiéndolo él dejado, estaba descansando en su casa. Pasó por Granada entendiendo lo de allí; vino á do el marqués de Vélez estaba, y partió sin otra cosa de nuevo mas de errores en la guerra, cargos de unos ministros á otros, dados por via de justificacion, necesidad de cargar con mayores fuerzas, crecidas las de los enemigos con la diminucion de las nuestras.

Pareció á los ministros la gente con que el Marqués habia ofrecido echar á los enemigos de la tierra, poca, y la oferta menos pensada, pues con doblado número no se hizo mayor efeto, y no dejaron de deshacelle el buen suceso con decir que los moros muertos habian sido menos de lo que se escribió. Pero el Rey, tomando la parte del Marqués, respondió «que habia sido importante desbaratar y partir los enemigos, aunque no con tanto daño dellos como se dijo»; y esto mas por reprimir alguna intencion que se descubria contra el Marqués, que por alaballe, como se vió dende á poco. Decia el Marqués que la falta de vitualla habia sido causa de haberse deshecho su campo; cargaba á don Juan, al consejo de Granada: quedó la suma de todo su cam-

po en poco mas de mil y quinientos infantes y doscientos caballos; en fin, fué necesitado á recogerse dentro en el lugar, atrincherarse, y aun derribar casas, por parecerle el sitio grande. Mas dende á pocos dias enviaron de Granada tanta provision, que no habiendo á quien repartilla ni buena órden, valian cien libras de pan un real.

No estaba Granada por esto mas proveida de vitualla, ni se hacian los partidos della con mayor recatamiento, aunque el Presidente remediaba parte del daño con industria, ni en lo que tocaba á la gente y pagas se guardaban las órdenes de don Juan, á quien tampoco perdonaba el pueblo de Granada, libre y atrevido en el hablar, pero en presencia de los superiores siervo y apocado, movido á creer y afirmar fácilmente sin diferencia lo verdadero y lo falso; publicar nuevas ó perjudiciales ó favorables, seguillas con pertinacia; ciudad nueva, cuerpo compuesto de pobladores de diversas partes, que fueron pobres y desacomodados en sus tierras, ó movidos á venir á esta por la ganancia; sobras de los que no quisieron quedar en sus casas cuando los Reyes Católicos la mandaron poblar, como es en los lugares que se habitaban de nuevo. No se dice esto porque en Granada no haya tambien nobleza escogida por los mesmos reyes cuando la república se fundó, venida de personas excelentes en letras, á qnien su profesion hizo ricos, y los descendientes de unos y otros nobles de linaje ó de ánimo y virtud, como en esta guerra lo mostraron no solamente ellos, pero el comun; mas porque tales son las ciudades nuevas, hasta que, envejeciéndose la virtud y riqueza, la nobleza se funda. Discurrian las intenciones libres por todos, sin perdonar á ninguno, y las lenguas por los que osaban, y no sin causa; porque en guerra de mucha gente, de largo tiempo, varia de sucesos, nunca faltan casos que loar ó condenar. Las compañias de Granada eran tan faltas y mal disciplinadas, que ni con ellas se podia estar dentro ni salir fuera; pero la mayor desórden fué que, habiendo mandado el Rey castigar con rigor los soldados que se venian del marqués de Vélez, y procurando don Juan que se pusiese en ejecucion, cansados los ministros de ejecutar, y don Juan de mandar, visto lo poco que aprovcchaba, se tomó expediente de callar, y por no quedar del todo sin gente, consentir que las compañias se hinchiesen de la que desamparaba las banderas del Marqués, no sin alguna sombra de negligencia ó voluntad; la cual fué causa de que viniese el campo á quedar deshecho, y los enemigos señores de mar y tierra, campeando Aben Humeya con siete mil hombres, quinientos turcos y berberies, sesenta caballos, mas para autoridad que necesidad.

Ya Jérgal, en el rio de Almería, lugar del conde de la Puebla, se habia levantado á instancia de Portocarrero, mayordomo suyo: ó por la habilidad ó por el barato ocupó la fortaleza con poca artillería y armas, y echando della al Alcaide, puso gente dentro; mas él dende á poco dió en las manos del conde de Tendilla, y fué atenazado en Granada. Estaba tambien levantado el valle y rio de Boloduí, paso entre tierra de Guadix, Baza y la mar confinante con el Alpujarra. El Marqués, por tener ocupada la gente, darle alguna ganancia, mantener la reputacion de la guerra, determinó ir en persona sobre él, habiéndolo consultado con el Rey, que le remitió la ida ó á allí, ó á tierra de Baza en caso que la gente no fuese tan poca, que no llegase á número de los cinco mil hombres. Llevando pues á don Juan de Mendoza sin gente, con la de don Pedro de Padilla y parte de la que don Rodrigo de Benavides tenia en Guadix, alguna otra de amigos y allegados que seguian la guerra, doscientos y cincuenta caballos, partió á deshacer una masa de gente que entendió juntarse en Boloduí, temiendo que dañase tierra de Baza, y pusiesen á don Antonio de Luna en necesidad, y juntándose con ellos Aben Humeya, pasase el daño adelante. Partió de la Calahorra, vino á Fiñana, llevando la vanguardia don Pedro de Padilla con las banderas de Nápoles. Habia nueve leguas de Fiñana al lugar donde los enemigos se recogian; mas no pudiendo caminar á pié los soldados tan gran trecho, fueron necesitados á quedar la noche cansados y mojados (porque el rio se pasa muchas veces), á dos leguas de los enémigos; inconveniente que acontece á los que no miden el tiempo con la tierra, con la calidad y posibilidad de la gente. Los moros, apercebidos de la venida de los nuestros, dieron avisos con fuegos por toda la tierra, alzaron la ropa y personas que pudieron. Habíase adelantado con la caballería el Marqués, tomando consigo cuatrocientos arcabuceros á las ancas de los caballos y bagajes; mas cansados unos y otros, dejaron la mayor parte. Los enemigos, aguardando ora á un paso del rio, ora á otro, segun vian que nuestra caballería se movia, ora haciendo alguna resistencia, se acogieron á la sierra. Dejaban muchos bagajes, mujeres y niños, en que los soldados se ocupasen; y viéndolos embarazados con el robo, sin espaldas de arcabucería, hicieron vuelta, cargando de manera, que los nuestros fueron necesitados á retirarse con pérdida, no sin alguna desórden, aunque todavía con mucho de la presa. Parte de la caballería se acogió fuera de tiempo, disculpándose que no se les hubiese dado la órden ni esperado la arcabucería que dejaban atrás. Pero el Marqués, viendo que la retirada era por conservar

el robo (causa que puede con la gente mas que otra), envió persona con veinte caballos y algunos arcabuceros, que con autoridad de justicia quitase á la caballería la presa, para que después se repartiese igualmente, llamando á la parte los soldados de don Pedro de Padilla que quedaron atrás. El Comisario, hallando alguna contradiccion, compró tres esclavas, una de las cuales se ofreció á descubrille gran cantidad de ropa y dineros; mas ella, viéndose en la parte que deseaba, hizo señas; á que se juntaron muchos moros; mataron algunos caballos y todos los arcabuceros; salvóse el Comisario á la parte contraria del Marqués, corriendo hasta Almería, diez leguas de donde comenzó á salvarse, y todas por tierras de enemigos: quedaron los caballos con la presa, pero tan ocupados, que fueron de poco provecho, y el Marqués por esto tornó retirándose con órden (aunque cargándole los enemigos), hasta juntar consigo la gente de don Pedro. Dende allí vino á Fiñana con mucha parte de la cabalgada y con igual daño de muertos y heridos. Mas entendiendo que los moros de la sierra de Baza y rio de Almanzor andaban en cuadrillas y desasosegaban la tierra, temiendo que llevasen tras sí los lugares de aquella provincia y Filábres, donde tenia su estado, gruesos y fuertes, y que las fuerzas de don Antonio de Luna no serian bastantes á resistillos, partió en príncipio de invierno, con mil infantes y doscientos y cincuenta caballos que tenia, para Baza. Pero don Antonio, hombre prevenido (dicen que con órden de don Juan), dejó la gente antes que llegase el Marqués, y volvió á servir su cargo en Granada, ó por haber oido que no se entendia blandamente con las cabezas de la gente, ó porque tuvo por mas á propósito de su autoridad ser mandado de don Juan, que entonces gastaba su tiempo en mantener á Granada á manera de sitiado, contra las correrías de los enemigos, descontento y ocioso igualmente, mas deseando y procurando comision del Rey para emplear su persona en cosa de mayor momento. Las cabezas de su gente con cualquier liviana ocasion no dejaban de mostrarse en todas partes de la ciudad, corriendo las calles armados (puesto que yacía de enemigos), inciertos á qué parte fuese el peligro, siguiendo esos pocos por las mismas pisadas que salian, sin haber atajado la tierra, hasta dejallos en salvo y recogidos á la montaña. Llaman atajar la tierra en lengua de hombres del campo, rodealla al anochecer y venir de dia para ver por los rastros qué gente de enemigos y por qué parte ha entrado ó salido. Esta diligencia hacen todos los dias personas ciertas de pié y de caballo, puestos en postas, que cercan á la redonda la comarca, y llámanlos atajadores; oficio de por sí y apartado del de

los soldados. Por qué no se hacia esta diligencia en tierra escura y doblada, y en lugar que, aunque grande, no era el circuito extendido, y eran los pasos ciertos, no pude entender la causa,

Aben Humeya, viéndose libre del marqués de Vélez con los siete mil hombres que tenia se puso sobre Adra con ánimo de tomar el lugar, que pensaba estar desamparado; mas viendo que perdia el tiempo, pasó á Berja, y quísola batir con dos piezas; pero levantóse de allí, corrió y estragó la tierra del marqués de Vélez, el lugar de las Cuevas, quemó los jardines, dañó los estanques, todo guardado con curiosidad de mucho tiempo para recreacion; acometiendo llegar á los Vélez en sierra de Filábres, tornó á Andarax, donde, como asegurado de la fortuna, vivia ya con estado de rey, pero con arbitrio de tirano, señor de las haciendas y personas; tenido por manso, engañaba con palabras blandas, mas para quien recatadamente le miraba, oscuras y suspensas, de mayor autoridad que crédito; codicia en lo hondo del pecho, rigor nunca descubierto sino cuando habia ofendido, y entonces sosegado, como si hubiera hecho beneficio, queria gracias dello. Contaba el dinero y los dias á quien mas familiar trataba con él, y algunos destos, á que pensaba ofender, escogia por compañeros de sus consejos y conversacion. Tal era Aben Humeya, y puesto que entre nosotros fuese tenido por inocente y llamado don Hernandillo de Válor, el oficio descubrió cuál es el hombre. Con todo esto, duró algunos dias que le hacian entender que era bienquisto, y él lo creia, ignorante de su condicion; hasta que el vulgo comenzó á tratar de su manera, de su vida, de su gobierno, todo con libertad y desprecio, como riguroso y tenido en poco. Apartáronse de su servicio descontentas algunas cabezas, que tomaron avilanteza; en tierra de Granada, el Nacoz; en la de Baza, Maleque; en la de Almuñécar, Giron; en la de Vélez, Garral; en el rio de Almería, Mojájar; en el de Almanzora, Aben Mequenun, que decian Portocarrero, hijo del que levantó á Jérgal; y al fin Farax, uno de los principales que fueron en hacelle rey. Cargábanle culpas, escarnecíanle, burlaban de su condicion sus mismos consejeros; señales que por la mayor parte preceden á la destruicion del tirano. Quejábanse los turcos, entre otros muchos, que habiendo dejado su tierra por venir á serville, no los ocupaba donde ganasen; descontentos y entretenidos con sueldos ordinarios. Mas él, espacioso, irresoluto hasta su daño, tanto dilató la respuesta, que se enemistó con ellos, habiéndolos traido para su seguridad, y después proveyó fuera de tiempo. Traia en el ánimo quemar y destruir á Motril, lugar guardado con alguna ventaja

de como solia; pero grande, abierto, llano y á la marina. Mas por descuidar los nuestros, acordó enviar fingidamente los turcos (para mandallos tornar) á las Albuñuelas, frontera de Granada, mostrando querer que fuesen regalados y mantenidos en el vicio y abundancia del Val de Lecrin, el uno de tres barrios fuertes, las espaldas á la sierra. Entre los amigos de quien mas fiaba, era uno Abdalá Abenabó, de Mecina de Bombaron, primo suyo, y tambien de la sangre de Aben Humeya, alcaide de los alcaides, tenido por cuerdo y animoso, de buena palabra, comunmente respetado, usado al campo, y entretenido mas en criar ganados que en el vicio del lugar. Á este mandó ir por comisario general para que los alojase y mandase, y los capitanes estuviesen á su obediencia; dióle órden que donde le tomase otro mandado suyo, tornase con ellos y la mas gente que pudiese juntar, trayendo vitualla para seis dias; que él avisaria del lugar donde debia ir. Partieron seiscientos hombres, cuatrocientos turcos y doscientos berberíes, en el mismo hábito, todos arcabuceros; eran sus capitanes á la sazon Hhusceni y Caravaji. Apenas llegaron á Cádiar, cuando Aben Humeya despachó un correo dando gran priesa que volviesen aquella noche á Ferreira. De aquí se tramó su muerte. Trataré de mas lejos la verdadera causa della, por haberse publicado diferentemente.

El principio fué, descontentamiento de los turcos, mostrados á mandar su rey, en Berberia; temor que dél tenian sus amigos, poca seguridad de las personas y haciendas, sospechas que se entendia con nosotros. Y el tratado fué tal luego que le eligieron, que ninguno en su compañía tuviese morisca por amiga, sino por legítima mujer, y guardábase esto generalmente. Mas habia entre las mujeres una viuda, mujer que fuera de Vicente de Rojas, pariente de Rojas, suegro de Aben Humeya, mujer igualmente hermosa y de linaje, buena gracia, buena razon en cualquier propósito, ataviada con mas elegancia que honestidad, diestra en tocar un laud, cantar, bailar á su manera y á la nuestra; amiga de recoger voluntades y conservallas. Á esta se llegó un primo suyo, como es costumbre entre parientes, después de muerto el marido en la guerra, de quien Aben Humeya se fiaba, llamado Diego Alguacil; vivian juntos, comunicábanse mas que familiarmente; trataba él con Aben Humeya loando sus buenas partes y conversacion, tanto, que á desearla ver le inclinó; y contento della, por no ofender al amigo, disimulábalo; ausentábale con comisiones; pudo en fin mas el apetito que el respeto, y mandó al primo que, no

embargante que fuese casado con otra, la tomase por mujer; rehusándolo, trújola el Rey como en depósito á su casa, y usó della por amiga. Avisó dello la viuda á su primo, mostrando descontentamiento, ofendida entre tantas mujeres de no ser tenida por una dellas, estar forzada, y holgar de verse fuera de sujecion, habiendo aparejo; que Aben Humeya, celoso dél y sospechoso de venganza, buscaba ocasion para matalle. Huyó Alguacil, y juntándose con una cuadrilla de mozos ofendidos por otras causas, andaba recatado sin entrar en Válor. Mas dende á pocos dias supo de la misma como Aben Humeya enviaba los turcos á cierta empresa, yendo á juntarse con ellos por la ganancia; trújole á las manos el caso al mensajero, y sabiendo dél como iba á llamar los turcos, le mató; y tomándoles las cartas usó de semejante ardid que el conde Julian con los capitanes del rey don Rodrigo en Ceuta. No sabia escribir Aben Humeya, y firmar mal en arábigo; pero servíale de secretario y firmaba algunas veces por él un sobrino del Alguacil, que á la sazon se halló con su tío, él tambien agraviado. En lugar de la carta escribieron otra para Abenabó, en que le mandaba que tornando aquella noche con los turcos á Mecina, y juntándose con la gente de la tierra y cien hombres que llevaria consigo Diego Alguacil, los degollase con sus capitanes durmiendo y cansados; lo mismo hiciese de Alguacil, después de haberse valido dél. Envió con esta carta un hombre de confianza, midiendo el tiempo de manera que llegasen él y el mensajero á Cádiar cuasi á una misma hora. Dió el hombre la carta poco antes, y llegó Diego Alguacil, hallando confuso y maravillado á Abenabó: díjóle como traia la gente consigo; mas que no pensaba hallarse en tal crueldad, por ser personas que habian venido á favorecer su casta fiados dél, y ellos puesto la vida por sus haciendas, por su libertad y por sus vidas; cansados ya de servir á un hombre voluntario, ingrato, cruel, ¿qué podian esperar sino lo mismo? Bueno de palabras, mas de ánimo malo y perverso; que no habia mujeres, no haciendas, no vidas con que hartar el apetito, la sed de dinero y sangre. Pasó Hhusceni, capitan de los turcos, (persona de crédito entre ellos, tenido por cuerdo, valiente y amigo del Rey), antes que Abenabó le respondiese; quísole hablar alterado; y Abenabó, ó porque el otro no le previniese, ó con temor que le matasen los turcos, ó con ambicion y cebo del reino, mostró la carta á Caravaji y Hhusceni, en que hacia compañero suyo en la traicion á Diego Alguacil y de los turcos en la muerte. Dicen que todo á un tiempo sacó el mesmo Alguacil una confícion que suelen usar para salir de sí cuando han de pelear y á veces para em-

borracharse, hecha con apio y simiente de cáñamo, fuerte para dormir sueño pesado: esta dijo que habian de dar á los capitanes y cabezas en la cena con el beber, sedientos y cansados del camino, á manera de la que llaman los alárabes alhaxix. Entendiendo el hecho, resolvieron entre si de descomponer y matar á Aben Humeya, parte por asegurarse, parte por roballe, persuadiéndose que tenia gran tesoro, y hacer á Abenabó cabeza. Juntaron consigo la gente de Diego Alguacil, y con silencio caminaron hasta Andarax, donde Aben Humeya estaba: aseguraron la centinela, como personas conocidas y que se sabia habellos enviado á llamar. Pasaron el cuerpo de guardia, entraron en la casa, que era en el barrio llamado Laujar; quebraron las puertas del aposento: halláronle desnudo medio dormido, y vilmente entre el miedo y el sueño, y dos mujeres, embarazado dellas, especialmente de la viuda amiga de Diego Alguacil, que se abrazó con él; fué preso en presencia de los que él trataba familiarmente, hombres bajos (que á tales tenia mayor inclinacion y daba crédito), criados suyos, el Mejuar, Barzana. Deliar, Juan Cortés de Pliego y su escribano, que era del Deire. Teniendo veinte y cuatro hombres dentro en casa, cuatrocientos de guardia, mil y seiscientos alojados en el lugar, no hizo resistencia; ninguno hubo que tomase las armas ni volviese de palabra por él. Mas como solo el que es rey puede mostrar á ser rey un hombre, así solo el que es hombre puede mostrar á ser hombre un rey. Faltó maestro á Aben Humeya para lo uno y lo otro; porque ni supo proveer y mandar como rey ni resistir como hombre. Atáronle las manos con un almaizar; juntáronse Abenabó, los capitanes y Diego Alguacil delante de la mujer á tratar del delito y la pena en su presencia; leyéronle y mostráronle la carta, que él, como inocente y maravillado, negó: conoció la letra del pariente de Diego Alguacil; dijo que era su enemigo; que los turcos no tenian autoridad para juzgalle; protestóles de parte de Mahoma, del emperador de los turcos y del rey de Argel, que le tuviesen preso, dando noticia dello y admitiendo sus defensas. Mas la razon tuvo poca fuerza con hombres culpados y prendados en un mismo delito, y codiciosos de sus bienes: saqueáronle la casa, repartiéronse las mujeres, dineros, ropa; desarmaron y robaron la guardia, juntáronse con los capitanes y soldados, y otro dia de mañana determinaron su muerte. Eligieron á Abenabó por cabeza en público, segun lo habian acordado en secreto, aunque mostró sentimiento y rehusallo, todo en presencia de Aben Humeya, el cual dijo que nunca su intencion habia sido ser moro; mas que habia aceptado el reino por

vengarse de las injurias que á él y á su padre habian hecho los jueces del rey don Felipe, especialmente quitándole un puñal y tratándole como á un villano, siendo caballero de tan gran casta; pero que él estaba vengado y satisfecho, lo mismo de sus enemigos, de los amigos y parientes dellos, de los que le habian acusado y atestiguado contra él y su padre, ahorcándolos, cortándoles las cabezas, quitándoles las mujeres y haciendas; que pues habia cumplido su voluntad, cumpliesen ellos la suya. Cuanto á la eleccion de Abenabó, que iba contento, porque sabia que haria presto el mismo fin; que moría en la ley de los cristianos, en que habia tenido intencion de vivir si la muerte no le previniera. Ahogáronle dos hombres, uno tirándole de una parte y otro de otra de la cuerda que le cruzaron en la garganta; él mismo se dió la vuelta como le hiciesen menos mal, concertó la ropa, cubrióse el rostro.

Tal fin hizo Aben Humeya, en quien después de tantos años revivió la memoria de aquel linaje, que fué uno de los en cuya mano estuvo la mayor parte de lo que entonces se sabia en el mundo. La ocasion convida á considerar que, como todo lo que en él vemos se mantenga por partes, que juntas le dan el ser, y una dellas sea las cartas ó linajes de los hombres, estas como en unos tiempos parece estar acabadas hasta venir á pobres labradores, así en otros salen y suben hasta venir á grandes reyes. Pero muchas veces el Hacedor de todo, no hallando sugeto aparejado, produce cosas diminuidas semejantes á las grandes, como fruto en tierra cansada ó olvidada, ó como queriendo hacer hombre, hace enano, por falta de sugeto, de tiempo, de lugar. No habia en el pueblo de Granada moriscos, fuerzas, ocasion ni aparejo para crear y mantener rey: salió de un comun consentimiento de muchas voluntades juntas (hombres que se tenian por agraviados y ofendidos hecho un tirano con sombra y nombre de rey, y este, descendiente de casta olvidada, mas que tanto tiempo habia señoreado. Dicen que de una sola hija que tuvo Mahoma llamada Fátima, y de Hali Abenseib, vinieron dos linajes, uno de Aben Humeya (1), otro de Abenhabet, cuya cabeza fué Abdalá Abenhabet Miramamolin, señor de España, que echó los berberíes del reino della, y el postrero Jusef Hali Atan, á quien echó del reino Abdurrabi Menhadali, cabeza del linaje de Aben Humeya, hasta el último Hiscen, que reinó en discordia; que habiéndole los de Córdoba echado del reino con ayuda de Habuz, rey de Granada,

(1) En lo que aquí dice Mendoza del orígen de Aben Humeya, difiere mucho de Garibay, Mármol y otros.

uno del mismo linaje escogió ser electo rey por un solo dia, con condicion que le matasen pasadas las veinte y cuatro horas; eligiéronle y matáronle, y acabaron juntos el linaje de Aben Humeya y el reino de Córdoba. Los que descendian deste rey, de un dia vinieron á poblar las montañas de Granada, y los moros establecieron por ley que ninguno del linaje de Aben Humeya pudiese reinar en Córdoba. Porque si después reinaron en el Andalucía los almoravides y almohades y el linaje de Abenhut, ya no tuvieron á Córdoba por cabeza del reino, hasta que vino á poder del santo rey don Fernando el Tercero. Esto se ha dicho por muestra, y acordar qüe no hay reino perpetuo, pues vino á desvanecerse un reino tan poderoso como fué el de Córdoba.

Tomado por cabeza Abdalá Abenabó, diéronle mando sobre todo por tres meses, hasta que viniese confirmacion del rey de Argel y título de rey: envió con Ben Daud, morisco tintorero en Grauada, inventor y tramador del levantamiento, á dar nueva de su eleccion al rey de Argel; dióle dineros y oro para presentar; diéronle los capitanes cada uno por su parte ayuda con que fuese, y quedó allá; y envió la aprobacion mucho antes del tiempo. Hicieron con Abenabó la ceremonia, pusiéronle en la mano izquierda un estandarte y en la derecha una espada desnuda, vistiéronle de colorado, levantáronle en alto y mostráronle al pueblo, diciendo: «Dios ensalce al rey de la Andalucía y Granada, Abdalá Abenabó.» Diéronle generalmente la obediencia los pueblos de moriscos que no la habian dado á Mahomet Aben Humeya, y los capitanes, excepto Aben Mequenun, que llamaban Portocarrero, hijo del que levantó á Jérgal con cuatrocientos hombres en el rio de Almanzora, que tambien el duque de Arcos mandó justiciar en Granada; y en tierra de Almuñécar y Almijara, Giron el Archidoni, que murió reducido y perdonado en Jayena. Hizo repartimiento de las alcaidías y gobierno en hombres naturales de las mismas tahas; escogió para su consejo seis personas demás de los capitanes turcos Caracax y Don Dali, capitan; porque Caravaji, luego como se hizo la eleccion, partió á Berbería con ocasion de traer gente. Eligió por capitan general para los rios de Almería, Boloduí y Almanzora, sierras de Baza y Filábres, tierra del marquesado de Cenete y Guadix al que llamaban el Habaquí (1) por cuyo parecer se gobernaba en todo; otro de Sierra-Nevada, tierra de Vélez, el valle, el Alpujarra y Granada, á quien decian

(1) Hierónimo el Melech dice Mármol, porque el Habaquí fué embajador á Berbería.

Joaibi de Güejar: á estos obedecian los otros capitanes de tahas; por alguacil, que después del Rey es el supremo magistrado, á su hermano Muhamet Abenabó. Envió á Hoscein con otro presente de captivos al rey de Argel, pidiéndole gente y armas; juntó un ejército ordinario de cuatro mil arcabuceros, que alojase la cuarta parte cerca de su persona; la guardia de doscientos arcabuceros; fuera del lugar las centinelas apartadas y perdidas, que ni se acogen al cuerpo de guardia, sino á lo alto ó lejos, ni se les da otro nombre mas de un contraseño de los caminos, que es dejar pasar solamente al que viniere por parte señalada, y á los que vinieren por otra parte detenellos ó dar arma; dende allí avisan por donde vienen los enemigos. Tienen siempre atalayas de noche y de dia por las cumbres; llaman al sargento mayor alguacil de la guardia, que reparte y requiere las centinelas, ordena la gente, alójala, hace justicia en el cuerpo de guardia; dentro en la casa residen veinte arcabuceros, á que dicen porteros. Fué poco á poco comprando y proveyéndose de armas traidas de Berbería ó habidas de las presas en gran cuantidad, que repartió á bajos precios entre la gente; llegó desta manera á tener ocho mil arcabuceros; el sueldo de los turcos eran ocho ducados al mes, el de los moriscos la comida. Con estos principios de gobierno, con la necesidad de cabeza, con la reputacion de valiente y hombre del campo, con la afabilidad, gravedad, autoridad de la presencia, con haber padecido en la persona por tormentos siendo esclavo, fué bienquisto, respetado, obedecido, tenido como rey generalmente de todos.

Mandó en este tiempo don Juan que Pedro de Mendoza fuese á visitar el presidio de Órgiba, con órden que sirviese en lugar de Francisco de Molina, porque entendia estar indispuesto, sabiendo que Abenabó, nuevo rey, juntaba gente para venir sobre la plaza. Mas sucedió una novedad trasordinaria, siendo siete leguas de Granada, como las que suelen acontecer en las Indias, á tres mil de España; que de cinco banderas, sola una, con su capitan don García de Montalvo, quedó libre sin amotinarse, y acusando á Francisco de Molina á una voz de estar loco, pedian por cabeza á Pedro de Mendoza. Las señales que daban de su locura, que los apretaba con rigor á las guardias, que estando enfermos los requería, que no dormia de noche, hombre rico y recatado, que falto de gente particular, ayudaba con dineros á los que enviaba con licencia por cobrar crédito para que viniesen otros; repartia la vitualla por tasa, como quien sospechaba cerco. Pero visto que se encaminaba á motin, quiso prender los capitanes; y sosegán-

dolos, procuró que Pedro de Mendoza saliese de Órgiba; mas por satisfacer la gente que estaba ociosa y descontenta y proveerse de vitualla, envió la compañía de Antonio Moreno con su alférez Vilches á correr en el Cehel; que atajados por los moros en el barranco de Tarascon, fueron todos muertos, sin escapar mas de tres soldados.

Abenabó con esta ocasion proveyó á Castil de Ferro de armas, artillería y vitualla; puso dentro cincuenta turcos con su capitan, llamado Leandro, para que pudiese recibir el socorro que traeria Caravaji con el armada de Argel, y en persona vino sobre Órgiba, movido por quejas de los pueblos comarcanos y daños que continuamente recibian de la guarnicion que en ella residia. Eran los capitanes moros Berbuz, Rendati, Macox; y turcos, Dali, capitan á quien dejó cabeza de la empresa y de la gente. Apretaron el lugar, mostraron quererle hambrear; fuéronse con trincheas llegando hasta las casas; vínoles gente, y entraron en ellas; señoreáronlas de manera, que descubrian la plaza, y los nuestros no atravesaban ni estaban á los reparos sin ser enclavados; tomaban por dias el agua peleando; era la hambre y la sed mayor que el temor de los enemigos. Dió Francisco de Molina aviso, y pareció á don Juan que el duque de Sesa la socorriese, por la experiencia, por la gracia y autoridad con la gente, ser del consejo y el lugar suyo; detúvose algunos dias esperando la vitualla con harta dilacion; partió con seis mil infantes y trescientos caballos, mas número de gente que de hombres, la mayor parte concejil; pero en Acequia le tomó la gota, enfermedad ordinaria suya, y tan recia, que le inhabilitaba la persona, aunque dejándole libre el entendimiento. Trató don Juan de enviar á Luis Quijada en su lugar, no sin ambicion; pero el Duque mejoró, y en principio de noviembre envió dende Acequia á Vilches, que por otro nombre llamaban Pié de palo, buen hombre de campo, plático de la tierra, que con cuatro compañías de infantería, en que habia ochocientos hombres, dejando á la mano derecha á Lanjaron, hiciese el camino por lo áspero de la montaña, desusado muchos años, pero posible para caballería; y que reconociendo el barranco que atraviesa el camino de Órgiba, tomase lo alto de la montaña y estuviese quedo adonde el camino de Lanjaron hace la vuelta cerca de Órgiba, de allí diese aviso á Francisco de Molina; y por asegurar á Vilches, envió á sus espaldas otros ochocientos hombres, siguiendo él con el resto de la gente y caballería, sospechoso que los unos y los otros habrian menester socorro.

Mas los moros, que tenian no solamente aviso de la salida de Ace-

quia, pero atalayas por todo, que con señas contaban á los nuestros los pasos, dándolas de una en otra hasta Órgiba, hicieron de sí dos partes; una quedó sobre Órgiba, y otra de la demás gente salió con sus banderas á esperar al Duque. Estos fueron Hhusceni y Dali, encubriéndose parte de la gente. Comenzó Dali, capitan, á mostrarse tarde y entretenerle escaramuzando. Entre tanto apartaron seiscientos hombres, cuatrocientos con Rendati, que se emboscó á las espaldas de Vilches, y Macox adelante al entrar de lo llano tomando el camino de Acequia de las Tres Peñas (llaman los moros á aquel lugar Calat el Hhajar en su lengua); cosa pocas veces vista y de hombres muy pláticos en la tierra, apartarse tanta gente escaramuzando, y emboscarse sin ser sentida ni de los que estaban en la frente ni de los que venian á las espaldas. Cayó la tarde, y cargó Dali, capitan, reforzando la escaramuza á la parte del barranco cerca de la agua; de manera que á los nuestros pareció retirarse adonde entendian que venia el Duque, pero con órden. Descubrióse la primera emboscada, y fueron cargados tan recio, que hallándose lejos del socorro y que apuntaba la noche, cuasi rotos se recogieron á un alto cerca del barranco, con propósito de esperar, hechos fuertes, donde pudieran estar seguros, aunque con algun daño, si el capitan Perea tuviera sufrimiento; pero viendo el socorro, echóse por el barranco, y la gente tras él; donde seguido de los moros, fué muerto peleando con parte de los que iban con él, y pasando adelante, cargaron hasta llegar á dar en el Duque ya de noche, que los socorrió y retiró; pero dando en la segunda emboscada de Macox, apretado por una parte de los enemigos, y por otra incierto del camino y de la tierra con la escuridad, y confuso con el miedo que la gente llevaba, que le iban faltando, fué necesitado á hacer frente á los enemigos por su persona; quedaron con él don Gabriel, su tio, don Luis de Córdoba, don Luis de Cardona, don Juan de Mendoza y otros caballeros y gente particular, muchos dellos apeados con la infantería, dando cargas y siendo seguidos hasta cerca del alojamiento: dicen que si los moros cargaran como al principio, estuviera en peligro la jornada. Pero el daño estuvo en que Pié de palo partiese á hora que el dia no le bastó al Duque para llegar á Órgiba con sol ni para socorrerle. Engaña el tiempo en el reino de Granada á muchos hombres que no le miden por la aspereza de la tierra, hondura de los barrancos y estrecheza de los caminos. Murieron de los nuestros cuatrocientos hombres, y perdieron muchas armas, segun los moros, gente vana que acrecienta sus prosperidades; mas segun nosotros (que en esta guerra nos mostramos

á disimular y encubrir las pérdidas), solos sesenta; lo uno ó lo otro con daño de los enemigos y reputacion del Duque. De noche, sospechoso de la gente, apretado de los enemigos, impedido de la persona, tuvo libertad para poner en ejecucion lo que se ofrecia proveer á toda parte, resolucion para apartar los enemigos, y autoridad para detener los nuestros, que habian comenzado á huir, recogiéndose á Acequia cuasi á media noche: larga y trabajosa retirada de tres grandes leguas, dos siendo cargada su gente.

Y considerando yo las causas por qué nacion tan animosa, tan aparejada á sufrir trabajos, tan puesta en el punto de lealtad, tan vana de sus honras (que no es en la guerra la parte de menos importancia), obrase en esta al contrario de su valentía y valor, truje á la memoria numerosos ejércitos disciplinados y reputados en que yo me hallé, guiados por el emperador don Cárlos, uno de los mayores capitanes que hubo en muchos siglos; otros por el rey Francisco de Francia, su émulo, y hombre de no ménos ánimo y experiencia. Ninguno mas armado, mas disciplinado, mas cumplido en todas sus partes, mas plático, abundado de dinero, de vituallas, de artillería, de municion, de soldados particulares, de gente aventurera de corte, de cabezas, capitanes y oficiales, me parece haber visto ni oido decir, que el ejército que don Felipe II, rey de España, su hijo, tuvo contra Enrique II de Francia, hijo de Francisco, sobre Durlan, en defension de los estados de Flándes, cuando hizo la paz tan nombrada por el mundo, de que salió la restitucion del duque Filiberto de Saboya; negocio tan desconfiado: como por el contrario, ninguno he visto hecho tan á remiendos, tan desordenado, tan cortamente proveido, y con tanto desperdiciamiento y pérdida de tiempo y dinero; los soldados iguales en miedo, en codicia, en poca perseverancia y ninguna disciplina. Las causas pienso haber sido comenzarse la guerra en tiempo del marqués de Mondéjar con gente concejil aventurera, á quien la codicia, el robo, la flaqueza y las pocas armas que se persuadieron de los enemigos al principio, convidó á salir de sus casas cuasi sin órden de cabezas ó banderas: tenian sus lugares cerca; con cualquier presa tornaban á ellos; salian nuevos á la guerra, estaban nuevos, volvian nuevos. Mas el tiempo que el marqués de Mondéjar, hombre de ánimo y diligencia, que conocia las condiciones de los amigos y enemigos, anduvo pegado con ellos, á las manos, en toda hora, en todo lugar, por medio de los hombres particulares que le seguian, estuvieron estas faltas encubiertas. Pero después que los enemigos se repartieron, acontecieron des-

gracias por donde quedaron desarmados los nuestros y armados ellos; comunicábase el miedo de unos en otros; que como sea el vicio mas perjudicial en la guerra, así el mas contagioso: no se repartian las presas en comun; era de cada uno lo que tomaba, como tal lo guardaba; huian con ello sin union, sin respondencia; dejábanse matar abrazados ó cargados con el robo, y donde no le esperaban, ó no salian, ó en saliendo tornaban á casa; guerra de montaña, poca provision, menos aparejo para ella, dormir en tierra, no beber vino, las pagas en vitualla, tocar poco dinero ó ninguno: cesando la codicia del interese, cesaba el sufrir trabajo; pobres, hambrientos, impacientes, adolecian, morian, ó huyéndose los mataban; cualquier partido destos escogian por mas ventajoso que durar en la guerra cuando no traian la ganancia entre las manos. De los capitanes, algunos, cansados ya de mandar, reprender, castigar, sufrir sus soldados, se daban á las mismas costumbres de la gente, y tales eran los campos que della se juntaban. Pero tambien hubo algunos hombres entre los que vinieron enviados por las ciudades, á quien la vergüenza y la hidalguía era freno. Tambien la gente enviada por los señores, escogida, igual, disciplinada, y la que particularmente venia á servir con sus manos, movidos por obligacion de virtud y deseo de acreditar sns personas, animosa, obediente, presente á cualquiera peligro: tantos capitanes ó soldados como personas; y en fin autores y ministros de la victoria. Los soldados y personas de Granada todos aprobaron para ser loados. No parecerá filosofía sin provecho para lo porvenir esta mi consideracion verdadera, aunque experimentada con daño y costa nuestra.

Envió el Duque á dar noticia de lo que pasaba á Francisco de Molina, mandándole que en caso que no se pudiese detener, desamparase la plaza y se retirase por el camino de Motril; porque el de Lanjaron tenian ocupado los enemigos, y no le podia socorrer. Mas ellos no curaron de tornar sobre Órgiba, así porque en ella y en la refriega que tuvieron habian perdido gente y muchos heridos, como porque les pareció que bastaba tener á Francisco de Molina corto con poca gente, y ellos hacer rostro á la del Duque, estorbar el daño que podia hacer en los lugares del Valle, que tenian como proprios. Francisco de Molina, con la órden del Duque, conforme á la que él tenia de don Juan, teniendo por cierto que si volvieran sobre él, se perderia sin agua ni vitualla, enclavó y enterró algunas piezas que no pudo llevar, recogió los enfermos y embarazos en medio, tomó el camino de Motril, libre de los enemigos; donde llegó con toda la gente que salió, y con poca

pérdida en el fuerte, dando harto contraria muestra del suceso en el cerco y retirada, de lo que la desvergüenza de los soldados habia publicado; desamparóse por ser corta la provision de vituallas, lugar que habia costado muchas, mucho tiempo, mucha gente y trabajo mantener y socorrer; fué el primero y solo que los enemigos tomaron por cerco: deshicieron las trincheas, quemaron y destruyeron la tierra, llevaron dos piezas, aunque enclavadas. Tomáronse dos moros con cartas que los capitanes escribian á la gente de las Albuñuelas y el Valle y otras partes, certificándoles la venida del Duque á socorrer á Órgiba, y animándolos que siguiesen su retaguardia; porque ellos con la gente que tenian se les mostrarian á la frente, como le estorbasen el socorro ó les combatiesen con ventaja. No estuvieron ociosos el tiempo que él se detuvo en Acequia; porque bajaron por Güéjar y el Puntal á la Vega, llevaron ganados, quemaron á Mairena hasta media legua de Granada, acogiéndose sin pérdida y con la presa, por divertir ó porque la guerra pareciese con igualdad. Esperó en Acequia por entender el motivo de los enemigos y entretenellos que no diesen estorbo á la retirada de Francisco de Molina, y por su indisposicion, con falta de vitualla y descontentamiento de la gente: por esto y la ociosidad, y por ser ya el mes de noviembre y la sementera en la mano, se comenzó á deshacer el campo. Mas llamado por don Juan, salió por las Albuñuelas con poca gente, y esa temerosa por lo sucedido (trataban los turcos de ponerse de guarnicion en aquel lugar), y caminando el dia, los enemigos al costado, llegó temprano sin acercarse los unos á los otros, dando culpa á las guias: quemó el un barrio, y después de haber enviado á don Luis de Córdoba á quemar á Restával, Melejix, Concha, y otros lugares del Valle que don Antonio de Luna dejó enteros, y dejado á Pedro de Mendoza con seiscientos hombres alcjado en el otro barrio, tornó á Granada, donde halló á don Juan ocupado en la reformacion de la infantería, provisiones de vitualla y otras cosas, por medio y industria de Francisco Gutierrez de Cuéllar, del Consejo, á quien el Rey envió particularmente á mirar por su hacienda; caballero prudente, plático en la administracion della, bueno para todo.

Habian las desórdenes pasado tan adelante, que fué necesario para remediallas hacer demostracion no vista ni leida en los tiempos pasados en la guerra; suspender treinta y dos capitanes de cuarenta y uno que habia, con nombre de reformacion; pero no se remedió por eso; que el gobierno de las compañías quedó á sus mismos alféreces, de quien suele salir el daño. Porque como se nombran capitanes sin cré-

dito de gente ó dineros, encomiendan sus banderas á los alféreces y oficiales que les ayudan á hacer las compañías, gastando dinero con los soldados, de quien no pueden desquitarse tomándoselo de las pagas, porque se les desharian las compañías, y procuran hacello engañando en el número. Pero los capitanes y oficiales cuasi todos engañan en las pagas, aunque unos las ponen en calificar soldados y entretenellos con pagar ventajas ó darles de comer, y estos son tolerables; otros son perniciosos y aun tenidos como traidores, porque engañan á su señor en cosa que le hacen perder la honra, el estado y la vida, fiándose dellos, y estos son los que para si hacen ganancia con las compañías, teniendo menos gente, ó robando los huéspedes, ó componiéndolos: la misma reformacion se hizo en los comisarios, partidos, y distribucion de vituallas, armas y municiones.

En el tiempo que el duque de Sesa partió para el socorro de Órgiba, y don Juan entendía en reformar las desórdenes, se alzo Galera, una legua de Güéscar, en tierra de Baza; lugar fuerte para ofender y desasosegar la comarca, en el paso de Cartagena al reino de Granada, y no lejos del de Valencia. Mas los de Güescar, entendiendo el levantamiento, fueron sobre el lugar con mil y doscientos hombres y alguna caballería; estuvieron hasta tercero dia; y sin hacer mas de salvar cuarenta cristianos viejos que estaban retirados en la iglesia, se tornaron. Habian entrado en Galera por mandado de Abenabó cien arcabuceros turcos y berberíes con el Maleh, alcaide del partido, y era capitan dellos Caravajal, turco que saltó fuera cargando en la retaguardia, y poniéndolos en desórden les quitó la presa de ganados y mató pocos hombres, de que los de Güéscar, indignados, mataron algunos moriscos por la ciudad y en la casa del Gobernador, donde se habian recogido, quemaron parte della, saquearon y quemaron otras en Güéscar, ciudad de los confines del reino de Murcia y Granada, patrimonio que fué del rey católico don Fernando, y dada en satisfaccion de servicios al duque de Alba don Fadrique de Toledo; pueblo rico, gente áspera y á veces mal mandada, descontenta de ser sujeta á otro sino al Rey; y desasosegada con este estado que tiene, procura trocalle con otros, que á veces desasiosegan mas.

Levantóse de ahí á pocos dias Orce, una legua de Galera, que los antiguos llamaron Urci; y estando los de Güéscar preparándose para ir á allanarla ó destruirla, los vecinos cristianos nuevos que habian quedado, indignados, metieron de noche sin ser sentidos al Maleh con trescientos hombres en sus casas, que dejó emboscados en los lavade-

ros hasta dos mil, y en ellos trescientos turcos y berberíes, que se habian juntado para el efecto; mas los de la ciudad, que tuvieron noticia, vueltas contra ellos las armas, peleando los echaron fuera con daño y rotos, y dando con el mesmo ímpetu en la emboscada, la rompieron, matando seiscientos hombres. Fuera la victoria del todo si los turcos y berberíes no resistieran, reparando la gente y haciendo retirar parte della con alguna órden. Ya Abenabó habia hecho declarar todo el rio de Almanzora (que en arábigo quiere decir de la Victoria) con Purchena (en otro tiempo llamada de los antiguos Illipula grande, á diferencia de otra menor, ribera de Guadalquivir), la sierra de Filábres y los lugares de tierra de Baza. Quedaban Seron y Tíjola, del duque de Escalona; Tíjola inexpugnable, pero falta de agua. Envió sobre Seron, y saliéndose la guardia, prendió el Alcaide (algunos dicen que por voluntad), tomó armas, municion, vitualla, doce piezas de bronce. Tíjola siguió á Seron: de esta manera quedaron levantados todos los moriscos del reino, sino los de la hoya de Málaga y serranía de Ronda.

Estos motivos, y la priesa que el Rey daba á reforzar el campo del marqués de Vélez, que estaba en Baza, enviando caballeros principales de su casa por las ciudades á solicitar gente, que saliese antes que los enemigos tomasen fuerzas, apresuró al Marqués con la gente que trajo de la Peza y la que don Antonio de Luna dejó en Baza, y la qne se juntó de Güéscar y otras partes, por todos cuatro mil infantes y trescientos y cincuenta caballos, á ponerse sobre Galera: el Maleh y su hijo desampararon el lugar, desconfiados que se pudiese mantener. Caravajal, turco, dende á dos dias que el Marqués llegó, juntó el pueblo; persuadiólos que salvasen la gente, la ropa y á sí mismos, pues tenian aparejo y la sierra cerca; y diciéndole que dentro en sus casas querian morir, les respondió que aun no era llegado el tiempo, ni era su oficio morir; que se salvasen y dejasen aquello para otros que vernian brevemente á morir por ellos. Mas visto que estaban pertinaces, con ciento y treinta turcos y berberíes, dando una arma de noche á los nuestros, se salió con su gente y dinero sin recebir daño; y vino por mandado de Abenabó á residir en Güéjar con los otros capitanes.

Habian los enemigos (como dijimos) entrado en ella, fundado frontera, atajado con una trinchea de piedra seca, de monte á monte, el trecho que llaman la Silla; mantenianse contra Granada, hacian presas, solicitando pueblos que se levantasen, recogiendo y regalando los que se alzaban. Á veces estaban en ella cuatro mil, á veces menos,

y de ordinario seiscientos hombres, segun las ocasiones: eran capitanes Joaibi, natural del lugar, por otro nombre llamado Pedro de Mendoza (que este apellido, tomaban muchos por la naturaleza que tenia en la tierra la casta del marqués don Iñigo Lopez de Mendoza, primer capitan general), Hocein, Caravajal, turco, Chocon (que en su lengua quiere decir degollador), Macox, Mojájar y otros. Crecia el desasosiego de la ciudad y parecia estarse con menos seguridad, pero en nada se via acrecentada la manera de la defensa, descubierta la parte de la ciudad que llaman Realejo, frontera á los enemigos, el barrio de Antequeruela no sin peligro muchos meses, muy á menudo los apercebimientos, que se hacian de persona en persona y con secreto, mostrando que los enemigos vernian cada noche á dar en la ciudad, las mas veces por esta parte. Al fin se achicó la puerta que dicen de los Molinos y se puso una compañía de guardia en Antequeruela, pero no que se atajasen los caminos del Facar, Veas, el Puntal; maravillándose los que no tienen noticia de las causas ó licencia de escudriñallas, cómo se encarecian tanto las fuerzas de los enemigos y el peligro, y se estaba con tan flaca guardia; en fin, se puso una concejil en la puerta de los Molinos, reforzóse la de Antequeruela, púsose guardia en los Mártires y en Pinillos y Cenes (presidios todos contra Güéjar), y á don Jerónimo de Padilla mandaron estar en Santa Fé con una compañía de caballos para asegurar el llano de Loja, demás de la guardia de la Vega. Púsose caballería en Iznalloz; pero todo no estorbaba que hasta las puertas de Granada se hiciesen á la continua presas.

Estando en estos términos, comenzó el marqués de Vélez á batir á Galera con seis piezas de bronce y dos bombardas de hierro, de espacio y con poco fruto. Saltaban fuera los moros á menudo, haciendo daño sin recebillo.

Cargó don Juan la mano con el Rey, como agraviado que le hubiese mandado venir á Granada en tiempo que todos estaban ocupados, por tenelle ocioso, siendo el que menos convenia holgar: mostrábale deseo de emplear su persona; hijo y hermano de tan grandes príncipes, en cuya casa habian entrado tantas victorias; mozo no conocido de la gente; el espacio con que se trataba la guerra en Almanzora, el atrevimiento de los enemigos, la Alpujarra sin guarniciones, la mar desproveida, los moros en Güéjar, lo que convenia tomar el negocio con mayores fuerzas y calor. Pareció al Rey apretar los enemigos, acometiéndolos á un tiempo con dos campos, uno por el rio de Almanzora

á cargo de don Juan, con quien asistiesen el marqués de Vélez, el comendador mayor de Castilla y Luis Quijada; otro por el Alpujarra con el duque de Sesa; y por no dejar embarazo tan importante como enemigos á las espaldas, mandó que antes de su partida viniese sobre Güéscar. El nombre de la salida fué (porque el de Vélez no se hubiese por ofendido) dar órden en lo que tocaba á Guadix y Baza, como habia sido con el marqués de Mondéjar darla en lo de Granada. Estando Güéjar y Galera por los enemigos, cualquier otra empresa parecería difícil y el peligro cierto; en Güéjar, por dejarlos á las espaldas; en Galera, porque podia saltar la rebelion en el reino de Valencia, y con la tardanza conservarse los moros en sus plazas, Purchena, Seron, Tíjola, Jérgal, Cantoria, Castil del Ferro y otras. Partió el Comendador mayor de Cartajena, por órden de don Juan, con ocho piezas de campo, trescientos carros de vitualla, municion y armas. El Marqués aunque entendiendo la ida de don Juan mostraba algun sentimiento, no dejó de verse con el Comendador mayor, que proveyéndole de vitualla y municion, pasó á esperar á don Juan en Baza. Dicen, y confiésalo el Comendador mayor, que escribió al Rey como el Marqués no le parecia á propósito para dar cobro á la empresa del reino de Granada, y que las cartas vinieron á las manos del Marqués primero que á las del Rey; mas leyólas y disimulólas, ó fuese pensando que la necesidad habia de traelle tiempo á las manos en que diese á conocer lo contrario, ó cansado y ofendido, dando á entender que la peor parte sería de quien no le emplease. Eran ya los 15 de diciembre (1569), y no parecia señal ni esperanza de que se hiciese efecto contra Galera. Mas el Rey solicitaba con diligencia los señores de la Andalucía y las ciudades de España, pidiendo nueva gente para la empresa y salida de don Juan, y enviando personas calificadas de su casa á procurallo.

Llegó la órden para que don Juan hiciese la jornada de Güéjar primero que partiese para Guadix y Baza: habíase enviado muchas veces á reconocer el lugar con personas pláticas; lo que referian era que dentro estaban siete mil arcabuceros y ballesteros resolutos á venir una noche sobre Granada (número que si de mujeres y hombres ellos lo tuvieran, y no les faltaran cabezas y experiencia, era bastante para forzar la ciudad); que estaban fortificados y empantanaban la Vega; que allanaban el camino que va por la sierra á la Alpujarra para recebir gente. Tanto mas puede el recelo que la verdad, aunque cargue sobre personas sin sobresalto. Todavía no fueron creidos del todo los

que daban el aviso; pero reforzáronse las guardias con mas diligencia, y difirióse la ida de don Juan hasta que mas gente de las ciudades y señores fuese llegada. Por hacer la jornada con mas seguridad envió á don García Manrique y Tello de Aguilar que reconóciesen el lugar de noche y la mañana hasta el dia: lo que trujeron fué que dentro habia mas de cuatro mil infantes, no haber visto fuego á las trincheas ni en el cuerpo de guardia, no humo aun para encender las cuerdas, en el corazon del invierno, tierra frigidísima y á la falda de la nieve; no trocar las guardias, no cruzar á la mañana gente de las casas á la trinchea ó de la trinchea á las casas; no acudir con el arma á la trinchea: atribuíase todo á señales de gran recatamiento; pero, á juicio de algunas personas pláticas, de lugar desamparado. Notaban que en tanto tiempo, tan cerca, lugar abierto y pequeño, se sospechase y no se supiese cierto el número de la gente, pudiéndose contar por cabezas ó por la comida, y que todos afirmasen pasar de seis mil hombres, y los reconocedores, de cuatro mil, llegando tan cerca y trayendo señales de poca gente ó ninguna. Pareció que seria conveniente servirse de los capitanes que habian sido suspendidos, porque la gente se gobernaria mejor por ellos, y los mas eran personas de experiencia. Mandáronles tomar sus compañías, y todos lo quisieron hacer, pudiendo emplear sus personas, sin volver á los cargos de que una vez fueron echados.

Habia costumbre en el Alhambra de salir los capitanes generales y alcaides cuando se ofrecia necesidad, dejando en la guardia della personas de su linaje y suficientes. Mostraba el conde de Tendilla títulos suyos, de su padre, abuelo y bisabuelo, de capitanes generales de la ciudad sin el cargo del reino, y pretendia salir con la gente della. Pero Juan Rodriguez de Villafuerte, que entonces era tenido por enemigo suyo declarado, pretendia que como corregidor le tocase: traia ejemplo de Málaga, donde el Corregidor tenia cargo de la gente, no obstante que el Alcaide tuviese título de capitan de la ciudad; mas, ó fuese mandamiento expreso ó inclinacion á otros, ó desabrimiento particular con la casa ó persona del Conde, no obstante las cédulas, y que la profesion de Juan Rodriguez fuese otra que armas, hizo don Juan una manera de pleito de la pretension del Conde, y remitió el negocio al consejo del Rey, quitándole el uso de su oficio y dándole á Juan Rodriguez, que aquel dia llevó cargo de la gente de la ciudad, y le tuvo otros muchos. Partió á los 23 de diciembre con nueve mil infantes, seiscientos caballos, ocho piezas de campo. Habia dos cami-

nos de Granada á Güéjar; uno por la mano izquierda y los altos, y este llevó él con cinco mil infantes y cuatrocientos caballos: llevaba Luis Quijada la vanguardia con dos mil, donde iba su persona; á don García Manrique encomendó la caballería; y la retaguardia, con la artillería, munición y vitualla (donde iba su guion), al licenciado Pedro Lopez de Mesa y á don Francisco de Solís, ambos caballeros cuerdos, pero sin ejercicio de guerra; lo cual dió ocasion á pensar que la empresa fuese fingida, y don Juan cierto que el lugar estaba desamparado, pues encomendaba á personas pacíficas lugar adonde podia haber peligro y era menester experiencia; dando al Duque el camino del rio mas breve con cuatro mil infantes y trescientos caballos, en que iba la gente de la ciudad. Aquella noche se aposentó en Veas, dos leguas de Granada y otras tantas de Güéjar, con órden que juntos, por diversas partes, llegasen á un tiempo y combatiesen los enemigos, para que los que del uno escapasen, diesen en el otro; pero quedóles abierto el camino de la sierra. Don Diego de Quesada, á quien tenia por plático de la tierra, iba por guia del campo de don Juan, aunque otros hubiese en la compañía tan soldados, criados en aquella tierra y mas pláticos en ella, segun lo mostró el suceso. Estaban á la guardia del lugar ciento y veinte turcos y berberíes con Caravajal, que estuvo en Galera, cuatrocientos y treinta de la tierra, todos arcabuceros; la cabeza era Joaibi; los capitanes Cholon, Macox y Rendati, y el Partal por sargento mayor, venidos, segun se entendió, solo por la ganancia de las presas, con la seguridad de la montaña, y mudábanse por meses; muchas mujeres, muchachos y viejos de los lugares vecinos, que no querian apartarse de sus casas, proveidos de pan y carne en abundancia; y dicen ellos que nunca hubo mas gente ordinaria. Entendieron dias antes la ida de don Juan, y tuvieron tiempo de salvar lo mejor de su ropa, sus personas y ganados. El dia antes, que don García y Tello de Aguilar fueron á reconocer avisando la gente, partieron los turcos á la Alpujarra; y de los moros, el dia antes que don Juan llegase, salieron cuatrocientos hombres con Partal y el Macox y Rendati en ocasion de correr nuestras espaldas, y hicieron daño el mismo dia que llegó don Juan: quedaron en Güéjar ochenta hombres con Joaibi para retirar el removiente de la gente inútil y ropa. Partieron á un tiempo de Granada el Duque y don Juan de Veas al amanecer. Hay pocos hombres del campo que sepan caminar bien de noche la tierra que han visto de dia; esta era toda de un color igual, aunque doblada, que dió causa á la guia de engañarse cuasi en la salida del

lugar, y á don Juan de gastar tiempo. Con todo se detuvo, esperando el dia, incierto del camino que haria el Duque, y avisando las atalayas de los moros con fuegos á los suyos de lo que ambos hacian. Mas el Duque caminó por derecho; envió delante á don Juan de Mendoza, que halló la trinchea desamparada sino de diez ó doce viejos, que de pesados escogieron quedar á morir en ella; estos fueron acometidos y degollados. Entrado y saqueado el lugar por la gente que don Juan de Mendoza llevaba de vanguardia, vieron subir por la sierra mujeres y niños, bagajes cargados, con espaldas de sesenta arcabuceros y ballesteros, que haciendo vuelta sobre los nuestros en defensa de su ropa, se salvaron de espacio, aunque seguidos poco trecho y detenidamente; pero lo que se pudo, y con mas daño nuestro que suyo: murieron, entre hombres y mujeres, sesenta personas, y fueron cautivas otras tantas; la demás gente por la sierra fueron á parar en Válor y Poqueira y otros lugares de la Alpujarra; húbose mucho trigo y ganado mayor: de nuestra gente murieron cuarenta soldados, porque los moros en lo áspero de la tierra y entre las matas, cubiertos con las tocas de las mujeres, esperaban á nuestros soldados, qué pensando ser mujeres, llegasen á captivallas y los arcabuceasen. Entre ellos murió el capitan Quijada, siguiendo el alcance, desatinado de una pedrada que una mujer le dió en la cabeza. Don Juan, ora apartándose del lugar dos leguas, ora acercándose á menos de un cuarto por camino que todo se podia correr, se halló pasado mediodía sobre Güéjar, dentro de la trinchea de los enemigos, en el cerro que llaman la Silla: llevó la gente ordenada, y á los que nos hallamos en las empresas del Emperador parecia ver en el hijo una imágen del ánimo y provision del padre, y un deseo de hallarse presente en todo, en especial con los enemigos. Descubrió de lo alto á la gente del Duque delante del lugar en escuadron, y tan de improviso, que Luis Quijada envió con don Gomez de Guzman de mano en mano á pedir artillería, pensando que fuesen enemigos, ó dando á entender que lo pensaba. Esta voz se continuó con mucha priesa; y caminando con dos pezezuelas, llegó don Luis de Córdoba, de parte del Duque, con el aviso que los enemigos iban rotos y los nuestros estaban dentro en el lugar. Quedamos espantados cómo Luis Quijada no conoció nuestras banderas y órden de escuadron dende tan cerca, hombre plático en la guerra y de buena vista, y cómo el Duque enviaba á decir que los enemigos iban rotos, no habiendo enemigos. Mostró don Juan contentamiento del buen suceso, y queja del agravio de que le hubiesen guiado por tanto rodeo,

que no alcanzase á ver enemigos. Pero don Diego de Quesada se excusaba con que en consejo se le mandó que guiase por parte segura, y Luis Quijada le dijo que por donde no peligrase la persona de don Juan; que él no sabia cómo cumplir su comision mas á la letra que guiando siempre cubierto y dos leguas de los enemigos. Tuvo la toma de Güéjar mas nombre lejos que cerca, mas congratulaciones que enemigos. Volvieron la misma noche á Granada don Juan y el duque de Sesa; mandó quedar á don Juan de Mendoza en Güéjar con gruesa guardia por algunos dias, y después á don Juan de Alarcon con las banderas de su cargo; dende á pocos dias á don Francisco de Mendoza, reparado y trincheado un fuerte, pero con poca gente. Decian que si cuando los moros desampararon el lugar y don Juan fué á reconocelle, se hubiera hecho el fuerte (que podia en una noche) y puesto en él una pequeña guardia, como se hizo en Tablate, se salvaran pasadas de tres mil personas, que murieron á manos de los enemigos, mucha pérdida de ganado, reputacion y tiempo, el nombre de guerra, desasosiego de noche y dia; todo hecho por mano de poca gente.

Dende este dia parece que don Juan, alumbrado, comenzó á pensar en las gracias de victoria tan fácil, y buscadas las causas para conseguilla, hacer y proveer por su persona lo que se ofrecia con mayor beneficio y mas breve despacho. Extendióse por España la fama de su ida sobre Galera, y movióse la nobleza della con tanto calor, que fué necesario dar el Rey á entender que no era con su voluntad ir caballeros sin licencia á servir en aquella empresa. Enviaron las ciudades nueva gente de á pié y de caballo; crecieron algunas que no tenian proprios los precios á las vituallas para gastos de la guerra; otras entre cinco vecinos mantenian un soldado. Entraron el tiempo que duró la masa pasadas de ciento y veinte banderas con capitanes naturales de sus pueblos, personas calificadas, sin la gente que vino al sueldo pagado por el Rey, que fué la tercia parte: tanta reputacion pudo dar á los enemigos la voluntad de venganza. Mandó don Juan, que ya era señor de sí mismo y de todo, que una parte de la masa se hiciese en el mismo campo del marqués de Vélez, pasando la gente por Guadix; y otra pasando por Granada en las Albuñuelas, donde estuviese don Juan de Mendoza á recogella y hacer provision de vitualla. Ordenó que el duque de Sesa quedase su lugarteniente en Granada, pasase á posar en el mismo aposento que él tenia en la chancillería, y que formado su campo, partiese por Órgiba contra el Alpujarra, á un mismo tiempo que él para Galera, por divertir las fuerzas de los enemigos.

Mas Abdalá Abenabó, indignado del suceso de Güéjar, quiso recompensar la fortuna y la reputacion, procurando ocupar algun lugar de nombre en la costa. Escogió tres mil hombres, y en un tiempo con escalas y como pudo acometieron de noche á Almuñécar, que los antiguos llamaban Manoba, y á Salobreña, que llamaban Selambina; pero el capitan de Almuñécar resistió retenidamente por ser de noche, y con algun daño de los enemigos, que dejando las escalas, se acogieron á la sierra, donde corrian de continuo la comarca: lo mismo hicieron los que iban á Salobreña, que, rebotados por don Diego Ramirez, alcaide della, con dificultad, por aguardarse con menos gente, se retiraron, juntándose con la compañía. Visto Abenabó que sus empresas le salian inciertas y que las fuerzas de España se juntaban contra él, envió de nuevo al alcaide Hoceni á Argel, solicitando gente para mantener, ó navíos para desamparar la tierra y pasarse; y juntamente con él un moro suyo á Constantinopla. Dicen que llegados á Argel, hallaron órden del señor de los turcos para que fuese socorrido.

En el mismo tiempo batia el Marqués á Galera con poco efecto, defendíanse los vecinos, y reparaban el daño fácilmente; saltaban algunas veces fuera, y entre ellas, trabando una gruesa escaramuza, cargaron nuestra gente de manera, que matando al capitan Leon y veinte soldados, cuasi pusieron en rota el cuartel; pero retiráronse cargados sin daño; colgaron de la muralla la cabeza del capitan y otras, y el Marqués partió á Güéscar un dia por rehacerse de gente; volviendo, trajo consigo pocos soldados. Mas don Juan partió de Granada con tres mil infantes y cuatrocientos caballos á juntarse con el Marqués; vino á Guadix, que los antiguos llamaban Acci, pueblo en España grande y cabeza de provincia, como agora lo es: adoraban los moradores al sol en forma de piedra redonda y negra; aun hoy en dia se hallan por la tierra algunas dellas con rayos en torno. La nobleza y gente de la ciudad han mantenido el lugar, viéndose á menudo con los moros y partiéndose dellos con ventaja. De Guadix vino de espacio á Baza, que llamaban los antiguos, como los moros Basta, cabeza de una gran partida de la Andalucía, que del nombre de la ciudad decian Bastetania, en que habia muchas provincias; y de allí á Güéscar, donde el Marqués estaba con su gente, la cual junta con la de la ciudad y tierra, hicieron gran recebimiento y salva, mostrando mucha alegría, con la venida de don Juan. Solo el Marqués salió descontento á recebirle por ver que habia de obedecer, siendo poco antes obedecido y temido. Mas

don Juan le recebió con alegre y blando acogimiento, y aunque sintió su disgusto, le saludó y abrazó con mucha serenidad, diciéndole: «Marqués ilustre, vuestra fama con mucha razon os engrandece, y atribuyo á buena suerte haberse ofrecido ocasion de conoceros. Estad cierto que mi autoridad no acortará la vuestra, pues quiero que os entretengais conmigo y que seais obedecido de toda mi gente, haciéndolo yo asimismo como hijo vuestro, acatando vuestro valor y canas, y amparándome en todas ocasiones de vuestros consejos.» Á estas ofertas respondió el Marqués por los términos extraños que siempre usó, aunque medido con su grandeza, diciendo: «Yo soy el que mas ha deseado conocer de mi rey uu tal hermano, y quien mas ganará de ser soldado de tan alto príncipe, mas si respondo á lo que siempre profesé, irme quiero á mi casa, pues no conviene á mi edad anciana haber de ser cabo de escuadra». Fué la respuesta muy notada, así de sentenciosa y grave, cuanto aguda; y así, el Marqués fué breve en su jornada, porque tarde ó nunca mudó de consejo. Entró don Juan en consejo sobre lo de Galera, y después de haberla reconocido, se determinó de ír sobre ella y ponerle cerco.

LIBRO CUARTO.

Luego que don Juan salió de Granada, fué á posar el Duque en casa del Presidente, conforme á la órden que tenia de don Juan. Comenzóse á entender en la provision de vitualla en Guadix, Baza y Cartagena, lugares de Andalucía y la comarca, para proveer el campo de don Juan, y en Granada y su tierra el del Duque; pero de espacio y con alguna confusion, por la poca plática y desórdenes de comisarios y tenedores, inclinados todos á hacer ganancia y extorsiones con el Rey y particulares; y aunque Francisco Gutierrez fué parte para atajar la corrupcion, no lo era él ni otro para remedialla del todo. Salió el Duque de Granada á 24 de hebrero de 1570, quedando por cabeza y gobierno de paz y guerra el Presidente; y por ser eclesiástico, quedó don Gabriel de Córdoba para el de guerra y ejecutar lo que el Presidente mandase, que daba el nombre; y hacia el oficio de general un consejo, formado de tres oidores, auditor general Francisco Gutierres de Cuéllar, el corregidor de Granada; quedaron á la guardia de la ciudad cuatro mil infantes: hacíase con la misma dili-

gencia con el Albaicin despoblado, Güéjar en presidio nuestro, guardada la Vega con las mismas centinelas, las postas, los cuerpos de guarda, los presidios en Cénes y Pinillos, que cuando la Vega estaba sospechosa, el Albaicin lleno de enemigos, Güéjar en su poder; y duró esta costa y recato hasta la vuelta de don Juan, ó fuese por olvido, ó por otras causas el guardar contra los de dentro y los de fuera. ¡Qué cosa para los curiosos que vieron al señor Antonio de Leiva teniendo sobre sí el campo de la liga, cuarenta mil infantes, nueve mil caballos y la ciudad enemiga; él, con solo siete mil infantes enfrenalla, resistir los enemigos, sitiar el castillo y al fin tomallo, echar y seguir los enemigos, fuertes, armados, unidos, la flor de Italia, soldados y capitanes! Vino al Padul (1) el mismo dia que salia de Granada, donde en Acequia se detuvo muchos dias esperando gente y vitualla, y haciendo reducto en Acequia y las Albuñuelas para asegurarse las espaldas y asegurar á Granada en un caso contrario ó furia de enemigos, y el paso á las escoltas que partiesen de la ciudad á su campo; otro fuerte en las Guájaras para asegurar aqnella tierra y los peñones, donde otra vez los echó el marqués de Mondéjar; y por dar tiempo á don Juan para que juntos entrasen en el rio de Almanzora y Alpujarra. Allí le fué á visitar el Presidente y dar priesa á su salida; tomó el camino de Orgiba con ocho mil infantes y tresciento y cincuenta caballos. Iban con él muchos caballeros del Andalucía, muchos de Granada, parte con cargos, y parte por voluntad. Llegó sin que los enemigos le diesen estorbo, aunque se mostraron pocos y desordenados, al paso de Lanjaron y de Cáñar.

Mientras el Duque se ocupaba en esto, salió don Juan de Austria de Baza con su campo para Galera, adonde puso su cerco, enviando á reconocella; y considerando primero el daño que de un castillo que estaba en la parte alta les podia venir, se trató de minalla; y habiendo hecho algunas minas, les pusieron fuego, con que cayó un gran pedazo del muro con muerte de algunos de los moros cercados. Algunos soldados de los nuestros, de ánimo alborotados, arremetieron luego por medio del humo y confusion, sin aguardar tiempo ni órden conveniente, á los cuales siguieron otros muchos y al fin gran parte del ejército, procurando embestir la fortaleza por el destrozo que las minas habian hecho, todo sin hacer efecto, por estar un peñon delante. Los enemigos estaban puestos en arma y haciendo á su salvo mu-

(1) El MS. añade oportunamente *el Duque*.

cho daño en los cristianos con muchas rociadas de arcabuces y flechas, sin ser necesaria la punteria, porque no echaban arma que diese en vacío, sin que esto fuese parte para hacer retirar los ánimos obstinados de los soldados, ni ninguna prevencion ni diligencia de oficiales y capitanes; tanto, que necesitó á don Juan de Austria á ponerse con su persona al remedio del daño, y no con poco peligro de la vida; porque andando con suma diligencia y valor persuadiendo á los soldados que se retirasen, sin olvidarse de las armas, fué herido en el peto con un balazo, que aunque no hizo daño en su persona, escandalizó mucho á todo el campo, particularmente á su ayo Luis Quijada, que nunca le desamparaba, cuyas persuasiones obligaron á don Juan á retirarse, por el inconveniente que se sigue en un ejército del peligro de su general. Mas ordenó al capitan don Pedro de Rios y Sotomayor que con diligencia hiciese retirar la gente porque no se recibiese mas daño; el cual entró por medio de los nuestros con una espada y rodela, á tiempo que se conocia alguna mejoria de nuestra parte, diciendo: «Afuera, soldados, retirarse afuera; que así lo manda nuestro príncipe.» Habia ya cesado algun tanto el alarido y voces, de suerte que se oian claro las cajas á recoger, y todo junto fué parte para que tuviese fin este asalto tan inadvertido. Aquí se mostró buen caballero don Gaspar de Sámano y Quiñones, porque habiendo con grande esfuerzo y valentía subido de los primeros en el lugar mas alto del muro y sustentado con la mano el cuerpo para hacer un salto dentro, le fueron cortados los dedos por un turco que se halló cerca dél: sin que esto le perturbase nada de su valor, echó la otra mano y porfió á salir con su intento y saltar del muro adentro; mas no dándole lugar los enemigos, le fué resistido de manera, que dieron con él del muro abajo. No fué parte este daño para que á los nuestros les faltase voluntad de continuarle segunda vez otro dia, y así lo pidieron á don Juan; el cual, pareciéndole no ser bien poner su gente, en mas riesgo con tan poco fruto, y tratádose en consejo, mandó que hiciesen un par de minas para que en este tiempo se entretuviesen y descansasen los soldados. Los enemigos, considerando su peligro cercano y la tardanza de socorro, despacharon á Abenabó pidiéndole favor, á lo cual Abenabó cumplió con solas esperanzas, porque la diligencia del Duque en lo del Alpujarra le traia sobre aviso, temeroso y puesto en arma. Acabadas las minas, mandó don Juan que se encendiesen la una una hora antes que la otra. Hízose, y la primera rompió catorce brazas de muralla, aunque con poco daño de los cercados, por estar

prevenidos en el hecho; y así, seguros de mas ofensa, se opusieron á la defensa de lo que estaba abierto, unos trayendo tierra, madera y fagina para remediarlo, y otros procurando ofender con mucha priesa de tiros continuos; y estando en esto sucedió luego la otra mina, que derribando todo lo de aquella parte, hizo gran estrago en los enemigos, y tras esto, cargando la artillería de nuestra parte, se comenzó el asalto muy riguroso; porque no teniendo los moros defensa que los encubriese y amparase, eran forzados á dejar el muro con pérdida de muchas vidas; adonde se mostró buen caballero por su persona don Sancho de Avellaneda, herido del dia antes, haciendo muchas muestras de gran valor entre los enemigos, hasta que de un flechazo y una bala todo junto murió. Siguióse la victoria por nuestra parte hasta que del todo se rindió Galera, sin dejar en ella cosa que la contrastase que todo no lo pasasen á cuchillo. Repartióse el despojo y presa que en ella habia, y púsose el lugar á fuego, así por no dejar nido para rebelados, como porque de los cuerpos muertos no resultase alguna corrupcion; lo cual todo acabado, ordenó don Juan que el ejército marchase para Baza, adonde fué recebido con mucho regocijo.

Hallábase Abenabó en Andarax, resoluto de dejar al Duque el paso de la Alpujarra, combatille los alojamientos, atajarle las escoltas, cierto que la gente cansada, hambrienta, sin ganancia, le dejaria. Este dicen que fué parecer de los turcos, ó que le tuviesen por mas seguro, ó que hubiesen comenzado á tratar con don Juan de su tornada á Berbería, como lo hicieron, y no quisiesen despertar ocasiones con que se rompiese el tratado. Pero á quien considera la manera que en esta guerra se tuvo de proceder por su parte desde el principio hasta el fin, pareceránle hombres que procuraban detenerse, sin hacer jornada, por falta de cabezas y gente diestra, ó con esperanza de ser socorridos para conservarse en la tierra, ó de armada para irse á Berbería con sus mujeres, hijos y haciendas; y así, teniendo muchas ocasiones, las dejaron perder como irresolutos y poco pláticos. Partió de Órgiba el Duque, después de haberse detenido en fortificarla y esperar la entrada de don Juan treinta dias, la vuelta de Poqueira; mas Abenabó, teniendo aviso que el Duque partia, y que de Granada pasara una gruesa escolta al cargo del capitan Andrés de Mesa, con cuatrocientos soldados de guarda y algunos caballos, púsose delante en el camino que va á Jubíles, por donde el Duque habia de pasar, haciendo muestra de mucha gente y tener ocupadas las cumbres; trabó una gruesa escaramuza con la arcabucería del Duque, haciendo espaldas

con cuasi seis mil hombres en cuatro batallas. Reforzó el Duque la escaramuza apartando los enemigos con la artillería, y tomó el camino de Poqueira por el rodeo. Los enemigos, creyendo que el Duque les tomaba las espaldas, desampararon el sitio; mas en el tiempo que duró la escaramuza acómetieron á la escolta de Andrés de Mesa, en la cuesta de Lanjaron, Dali, capitan turco, y el Macox, con mil hombres, y rompiéronla sin matar ó captivar mas de quince; solo se ocuparon en derramar vituallas, matar bagajes, escoger y llevar otros cargados; pelearon al principio, pero poco; mataron el caballo á don Pedro de Velasco, que aquel dia fué buen caballero y salvóse á las ancas de otro. Enviábale el Rey á dar priesa en la salida del Duque y llevar relacion del campo y mandar lo que se habia de hacer. Súpose de un moro á quien captivaron tres soldados que solos siguieron el campo de Abenabó, como su intento solo habia sido entretener al Duque; pero él, luego que entendió el caso de Andrés de Mesa, mas por sospechas que por aviso, envió caballería que le hiciese espaldas, y llegaron á tiempo que hicieron provecho en salvar la gente ya rota y parte de la escolta. Hecho esto, se siguió el camino de los aljibes, entre Ferreira, y rio de Cádiar, por el de Jubíles, y aquella noche tarde hizo alojamiento en ellos. Tenia la guardia Joaibi con quinientos arcabuceros, que viendo alojar los nuestros tarde y con cansancio, y por esto con alguna desórden, dió en el campo, y túvole en arma gran parte de la noche, llegando hácia el cuerpo de guardia y matando alguna gente desmandada; pero fué resistido, sin seguillo por no dar ocasion á la gente que se desordenase de noche. Dicen que si los enemigos aquella noche cargaran, que se corria peligro, porque la confusion fué grande, y la palabra entre la gente comun, viles, que mostraba miedo; mas valió el ánimo y la resolucion de la gente particular y la provision del Duque, enderezada á deshacer los enemigos sin aventurar un dia de jornada, en que parecian conformarse Abenabó y él, porque cada uno pensaba deshacer al otro y rompelle con el tiempo y falta de vitualla, y salieron ambos con su pretension. Envió Abenabó á retirar á Joaibi, siguiendo el parecer de los turcos, y después por bando público mandó que sin órden suya no se escaramuzase ni desasosegasen nuestro campo. Vino el Duque á Jubíles por el camino de Ferreira, adonde halló el castillo desamparado; y comenzado á reparar, envió á don Luis de Córdoba y á don Luis de Cardona con cada mil infantes y ciento y cincuenta caballos que corriesen la tierra á una y otra parte; pero no hallaron sino algunas mujeres y niños; y llegó á Ujíjar sin dejar los

moros de mostrarse á la retaguardia, y de allí sin estorbo á Válor, donde se alojaron.

Salió don Juan de Baza la vuelta de Seron con intento de combatilla, y llegando con su campo á vista de Caniles, recibió cartas del Duque pidiéndole con grande instancia la brevedad de su venida, proponiéndole ser toda la importancia para que hubiese fin la guerra del Alpujarra, dando por último remedio que se juntasen los dos campos y cogiesen en medio á Abenabó. Pareciéndole á don Juan este buen medio, y sin mas detenerse, caminó la vuelta del campo del Duque, y marchando el suyo, llegaron á vista de Seron, donde algunos pocos soldados desmandados, viendo los moros tan puestos en defensa, no lo pudiendo sufrir, se movieron á quererlos combatir, contra el presupuesto de don Juan, diciendo en alta voz: «Nuestro príncipe piensa vanamente si pretende pasar de aquí sin castigar esta desvengüenza;» y diciendo: «Cierra, cierra, Santiago, y á ellos,» los siguieron otros muchos, incitados de su ejemplo, y tras ellos toda la demás gente, sin que valiese ninguna resistencia; y sin mas autoridad ni órden embistieron el lugar con tan grande ímpetu, que aunque salieron los moros de Tíjola, no fué parte para que dejasen de allanar el lugar del primer asalto, y le metiesen á sacomano; aunque no les salió á algunos tan barata esta jornada, la cual lo poco que duró fué bien reñida, y adonde entre otros fué herido Luis Quijada de un peligroso balazo que le quitó la vida con grande sentimiento de don Juan, conforme al mucho amor que le tenia. No tuvo aun cuasi lugar don Juan de atender á este sentimiento, provocado de mil moros que se metieron en Seron, y le dieron ocasion de mas batalla; y no la rehusando, volvió sobre ellos con deseo de acabar esta ocasion por acudir á las cosas del Alpujarra, lo cual hizo después de algunas dificultades livianas con un asalto que fué el remate desta victoria. Este dia se señaló don Lope de Acuña, mostrando bien el gran ser de que siempre estuvo acompañado en muchas ocasiones.

Abenabó, visto que el duque de Sesa estaba en el corazon de la Alpujarra, repartió su campo y la gente de vecinos que traia consigo; puso ochocientos hombres entre el duque y Órgiba, para estorbar las escoltas de Granada; envió mil con Mojajar á la sierra de Gador, y á lo de Andarax, Adra y tierra de Almería; seiscientos con Garral á la sierra de Bentomiz, de donde habia salido don Antonio de Luna, dejando proveido el fuerte de Cómpeta, para correr tierra de Vélez; envió parte de su gente á la Sierra-Nevada, y el Puntal que corriesen

lo de Granada; quedó él con cuatro mil arcabuceros y ballesteros, y destos traia los dos mil sobre el campo del Duque, que con la pérdida de la escolta estaba en necesidad de mantenimientos, pero entretúvose con fruta seca, pescado y aceite, y algun refresco qne Pedro Verdugo le enviaba de Málaga, hasta que viendo por todas partes ocupados los pasos, mandó al marqués de la Favara que con mil hombres y cien caballos y gran número de bagajes atravesase el puerto de la Ravaha, y cargase de vitualla en la Calahorra (porque fuese dos veces nombrada con hambre y hierro en daño nuestro), adonde habia hecha provision, y tan poco camino, que en un dia se podia ir y venir. Dicen que el Marqués rehusó la gente que se le daba, por ser la que vino de Sevilla, pero no la jornada; y siendo asegurado que fuese cual convenia, partió antes de amanecer con las compañías de Sevilla y sesenta caballos de retaguardia, y él con trescientos infantes y cuarenta caballos de vanguardia, los embarazos de bagajes y bagajeros, enfermos, esclavos en medio, la escolta guarnecida de una y otra parte con arcabucería. Mas porque parece que en la gente de Sevilla se pone mácula, siendo de las mas calificadas ciudades que hay en el mundo, hase de entender que en ella, como en todas las otras, se juntan tres suertes de personas: unas naturales, y estos cuasi así la nobleza como el pueblo son discretos, animosos, ricos, atienden á vivir con sus haciendas ó de sus manos; pocos salen á buscar su vida fuera, por estar en casa bien acomodados; hay tambien extranjeros, á quien el trato de las Indias, la grandeza de la ciudad, la ocasion de ganancia, ha hecho naturales, bien ocupados en sus negocios, sin salir á otros; mas los hombres forasteros que de otras partes se juntan al nombre de las armadas, al concurso de las riquezas; gente ociosa, corrillera, pendenciera, tahura, hacen de las mujeres públicas ganancia particular, movida por el humo de las viandas; estos, como se mueven por el dinero que se da de mauo á mano, por el sonido de las cajas, listas de las banderas, así fácilmente las desamparan con el temor dellas en cualquier necesidad apretada, y á veces por voluntad: tal era la gente que salió en guardia de aquella escolta. El Marqués, sin noticia de los enemigos ni de la tierra, sin ocupar lugares ventajosos, y confiado que la retaguardia haria lo mismo, como quien llevaba en el ánimo la necesidad en que dejaba el campo, y no que la diligencia fuera de tiempo es por la mayor parte dañosa, comenzó á caminar aprisa con la vanguardia; pero aun los últimos que aun sin impedimento suelen de suyo detenerse y hacer cola, porque el delantero no espera, y estorba á los que le siguen, y el pos-

trero es estorbado y espera, abrieron mucho espacio entre sí, y la escolta hizo lo mismo entre si y la vanguardia. Mas Abenabó, incierto por dónde caminaria tanto número de gente, mandó al alcaide Alarabi, á cuyo cargo estaba la tierra del Cenete, que siguiese con quinientos hombres (Cenete llaman aquella provincia, ó por ser áspera ó por haber sido poblada de los Cenetes, uno de cinco linajes alárabes que conquistaron á África y pasaron en España, que es lo mas cierto). Partió el Alarabi su gente en tres partes: él con cien hombres quiso dar en la escolta; al Piceni de Güéjar, con doscientos, ordenó que acometiese la retaguardia por la frente, y al Martel del Cenete, con otros doscientos, la rezaga de la vanguardia, entrando entre la escolta y ella, al tiempo que él diese en la escolta, y en caso que no le viesen cargar con toda la gente, que estuviesen quedos y emboscados, dejándola pasar. Los nuestros, parándose á robar pocas vacas y mujeres, que por ventura los enemigos habian soltado para dividirlos y desordenarlos, fueron acometidos del Alarabi con solos cuatro arcabuceros por la escolta, cargados de otros treinta que les hacian espaldas, y puestos en confusion; tras esto cargó el resto de la gente del Alarabi, que rompió del todo la escolta, sin hacer resistencia los que iban á la defensa. Dió el Piceni en la caballería, que era de retaguardia, la cual rompió, y ella la infantería; lo mismo hizo Martel con los últimos de la vanguardia del Marqués al arroyo de Vayárzal; lo uno y lo otro tan callando, que no se sintió voz ni palabra. Iba el Piceni ejecutando la retaguardia de manera, que parecia á los nuestros que lo vian ir ejecutando al Martel. Siguieron este alcance sin volver la caballería ni rehacerse la infantería hasta cerca de la Calahorra, todos á una, matando el Alarabi enfermos y bagajeros, y desviando bagajes; llegó el arma, con el silencio y miedo de los nuestros, al Marqués tan tarde, que no pudo remediar el inconveniente, aunque con veinte caballos y algunos arcabuceros procuró llegar; murieron muchos enfermos que iban en la escolta, muchos de los moros y bagajeros, entre estos y soldados cuasi mil personas; quitaron setenta moriscas captivas, y llevá-ronse mas de trescientas bestias sin las que mataron; captivaron quince hombres, no perdieron uno: aconteció esta desgracia en 16 de abril (1570). Llevó el Marqués las sobras de la gente rota y lo demás de lo que pudo salvar á la Calahorra, y reformándose de gente en Guadix, salió adonde estaba don Juan. Los enemigos, habiendo puesto la presa en cobro, quedaron seis dias en el paso y por la sierra.

Mas el Duque, entendiendo la desgracia y el poco aparejo de pro-

veerse por la parte de Guadix, fiando poco de la gente, quiso acercarse mas á la mar por haber vitualla de Málaga; y por ser el abril entrado, y dar el gasto á los panes, quitar á los enemigos el paso para Berbería, vino á Berja ya después de haber talado la cogida en el Alpujarra; y hizo lo mismo en el campo de Dalías, donde tenian las esperanzas de cebada y grano. Al alojar en Berja hubo una pequeña escaramuza, en que murieron de los nuestros algunos; de los moros, segun ellos, cuarenta. Mas la hambre y poca ganancia, y el trabajo de la guerra, y la costumbre de servir á su voluntad, y no á la de quien los manda, pudo con los soldados tanto, que sin respeto de que hubiesen sido bien tratados de palabra y ayudados de obra, con dinero, con vitualla, quitando lo uno y lo otro á la gente de su casa, y á veces á su persona, se desranchaban, como habian hecho con el marqués de Vélez; pero acostumbrado á ver y sufrir semejantes vueltas en los soldados, vino de Berja á Adra, donde tuvo mas vitualla, aunque no mas sosiego con la gente: parecíales desacato culparle, y volvíanse contra don Juan de Mendoza, y decian palabras sin causa; acriminábanle la muerte de un soldado de quien hizo justicia como juez, por que debia ser loado; amenazaban, protestaban de no quedar á su gobierno: excusábanse de don Juan, que ya andaba entre ellos recatado; no dejaban de poner bolatines (llaman ellos bolatines las cédulas que de noche esparcen con las quejas contra sus cabezas cuando andan en celo para amotinarse, en que declaran su ánimo, y mueven los no determinados con quejas y causas de sus cabezas); saliéronse de Adra trescientos arcabuceros, ó fuese, segun ellos publicaban, haciendo escolta á un correo; y dando en los enemigos, fueron los doscientos y treinta muertos por el alcaide Alarabi y el Mojajar, y captivos setenta: no se supo mas de lo que los moros refieren, y que entendiendo de uno de los captivos como nuestro campo habia desalojado de Ujíjar con pérdida y desórden, y dejado municiones escondidas, sacaron de un aljibe cantidad de plomo, municiones y embarazos. En el mismo tiempo mataron los moros que Abenabó enviaba la vuelta de Bentomiz, gente de sus casas que iban á Salobreña, y entre ellos mercaderes italianos y españoles, tonándoles el dinero; y los que envió hácia á Granada captivaron peleando con muchas heridas á don Diego Osorio, que venia de con despachos del Rey para don Juan y el Duque, en que se trataba la resolucion de la guerra, y concierto que se habia platicado con los moros y turcos por mano del Habaqui; matáronle veinte arcabuceros de escolta, y él tuvo manera como soltarse; y aun querido, vino sin las cartas á Adra.

Ya don Juan trataba con calor la reduccion de los moros y la ida de los turcos á Berbería; mas algunos de los ministros, ó que les pareciese hacer su parte y prevenir las gracias á don Juan, ó que mas fácilmente se podia acabar cuanto por mas partes se tratase con ellos, metiéronse á platicar de conciertos (dicen que algunos sobresanadamente), y dejaban (1) de condenar la manera del trato que don Juan traia, holgando que se publicasen por concedidas las condiciones que los enemigos pedian, aunque exorbitantes. Por otra parte, en Granada, cuanto á la guerra se procedia con toda seguridad en el Gobierno del Presidente; pero cuanto á la paz, con licencia en el tratamiento que se hacia á los moriscos reducidos y que venian á reducirse, y poniendo algunos impedimentos, y mostrando celos de don Alonso Venegas, enviaban moriscos á toda Castilla: sacaban los ministros muchos para galeras; denostaban á los que se iban á rendir, y por livianas causas los daban por captivos su ropa perdida; trataban del encierro como perjudicial; ayudábanse por vias indirectas del cabildo de la ciudad, que estaba oprimido y sujeto á la voluntad de pocos, todo en ocasion de estorbo; no dando cuenta particular á don Juan para que él la diese al Rey, haciendo cabeza de sí mismos; escribiendo primero por su parte con palabras sobresanadas, tocaban á veces en su autoridad ó fuese (segun el pueblo) para que las armas no les saliesen de las manos, ó ambiciones de su opinion, por excluir toda manera de medios que no fuese sangre, ofendidos que pasase algo sin darles cuenta particular. Los efectos manifiestos daban licencia para que fuesen juzgados diversamente, y todos en daño del negocio; y aun añadian que estando el Rey en Córdoba, no faltaba atrevimiento para escribir trocadamente y hacer negociacion del estorbo, sospechando él alguna cosa: atrevimiento que suele acontecer á los que andan por las Indias, con los que desde España los gobiernan; por donde hay mas que maravillar de la disimulacion que los reyes tienen cuando siguen sus pretensiones, que pasan por los estorbos sin dar á entender que son ofendidos.

Tenia el Duque avisos, ansí por espías como por cartas tomadas, que los turcos se armaban para socorrer á Abenabó por la parte de Castil de Ferro, aunque pequeño, á propósito para desembarcar gente, y por el aparejo de la Rambla juntarse seguramente con los enemigos. Parecíale que si esto se hacia, deshaciéndose por horas de su

(1) *No dejaban*, segun el MS.

gente, podia ser ofendido, ó á lo menos encerrado, con poca reputacion nuestra y mucha dellos. Acordó combatir aquella plaza, y los enemigos si viniesen á socorrerla, y trujo por mar de Almeria piezas de batir; púsose sobre ella, repartió los cuarteles, vinieron las galeras en ayuda y para impedir el socorro de Argel; encomendó la batería al marqués de la Favara, que puso diligencia en asentarla. Llegóse y combatió por mar con las galeras, y por tierra con tanta priesa, que abrió portillo para batalla. Murieron dentro algunos con la artillería, y entre los principales Leandro, á cuyo cargo estaba el castillo, sin otro daño nuestro mas del poco que sus piezas hicieron en una galera. Los soldados turcos y moros que estaban á la defensa, que eran cincuenta y dos, desconfiados del socorro de Berbería, sus armas en las manos y una mujer consigo, salieron por la batería y nuestras centinelas, con la escuridad de la noche y confusion de la arma, guiándolos Mevaebal, su capitan, que dos dias antes habia entrado. Es fama que de los nuestros procedió, que dellos murieron doce, pero no se vieron en nuestro campo, y refieren los moros que todos llegaron al de Abenabó, algunos dellos herido. Desamparado Castil de Ferro, envió por la mañana á don Juan de Mendoza y al marqués de la Favara y otros que se apoderasen dél. Hallaron dentro algunos viejos y berberíes y turcos mercaderes, hasta veinte hombres, y diez y siete mujeres de moriscos que las tenian para embarcar; alguna ropa, veinte quintales de bizcocho y la artillería que antes estaba en el castillo, poca y ruin. Entendióse por uno destos moros que estándole batiendo, llegaron catorce Galeras de turcos con socorro, y se tornaron oyendo el ruido de la artillería. Sonó la toma de Castil de Ferro, tanto por el aparejo y la importancia del sitio, por haber sido perdido y recuperado, por ser en ocasion que los enemigos venian á darle socorro, cuanto por la calidad del hecho.

En el mismo tiempo envió don Juan á don Antonio de Luna con mil y quinientos infantes de la tierra, las compañías del duque de Sesa y Alcalá, y la caballería de los duques de Médina Sidonia y Arcos, para que asegurase la tierra de Vélez Málaga contra los que en Frexiliana se habian recogido. Salió de Antequera con esta gente, mas con poco trabajo, escaramuzando á veces, unas con ventaja suya, otras de los moros, comenzó un fuerte en Cómpeta, legua y media de Frexiliana; lugar que fué donde antiguamente se juntaban de la comarca en una feria, y por esto le llamaban los romanos *Compita;* agora piedras y cimientos viejos, como quedaron muchos en el reino de Granada: otro

hizo en el Saliar; y con haber enviado mil hombres á correr el rio de Chillar, y tornado con poca presa y pérdida igual, dejando en los fuertes cada dos compañías, volvió la gente á Antequera, y él á su casa con licencia. Recogióse el Duque con su campo en Adra, esperando en qué pararia la plática que se traia con el Habaqui, donde fué proveido de Málaga por Pedro Verdugo bastantemente y con algun regalo. Pasaban seguras las escoltas de su campo al de don Juan; pero los soldados, gente libre y disoluta, á quien por entonces la falta de pagas y vitualla habia dado mas licencia y quitado á los ministros el aparejo de castigarlos, estaban con igual descontentamiento en la abundancia que en la hambre; huian como y por donde y siempre que podian: de tantas compañías quedaron solos mil y quinientos hombres, los mas dellos particulares y caballeros, que seguian al Duque por amistad; con ellos mantenia y aseguraba mar y tierra. Tornó el Rey á Córdoba por Jaen y por Ubeda y Baeza, remitiendo la conclusion de las Córtes para Madrid, donde llegó.

No era negocio de menos importancia y peligro lo de la sierra de Ronda, porque estaba cubierto, y los ánimos de los moriscos con la misma indignacion que los de la Alpujarra y rio de Almería y Almanzora: montaña áspera y difícil, de pasos estrechos, rotos en muchas partes, ó atajados con piedras mal puestas y árboles cortados y atravesados; aparejos de gente prevenida. El consejo mas seguro pareció al Rey, antes que se acabasen de declarar, asegurarse, sacándolos fuera de la tierra con sus familias, como á los demás. Para esto mandó á don Juan que enviase á don Antonio de Luna con la gente que le pareciese, y que por halagos y con palabras blandas, sin hacerle fuerza ni agravio ó darles ocasion de tomar las armas, los pusiesen en tierra de Castilla adentro, enviando con ellos guarda bastante. Recibida la órden de don Juan, partió don Antonio de Antequera á 20 de mayo (1570), llevando consigo dos mil y quinientos infantes de guarda de aquella ciudad, y cincuenta caballos. Era toda la gente que don Antonio sacó de Ronda cuatro mil y quinientos infantes y ciento y diez caballos. El dia que partió envió á Pedro Bermudez, á quien el Rey habia enviado á la guardia de aquella ciudad, para que con quinientos infantes en Jubrique, pueblo de importancia y lugar á propósito, estuviese haciendo espaldas á los que habian de sacar los moriscos; juntamente repartió las compañías por otros lugares de la tierra, dándoles órden que en una hora todos á un tiempo comenzasen á sacar los moros de sus casas. Partieron el sol levantado á las ocho horas de la

mañana. Mas los moros, que estaban sospechosos y recatados, como descubrieron nuestra gente, subiéronse con sus armas á la montaña, desamparando casas, mujeres, hijos y ganados: comenzaron á robar los soldados, como es costumbre, cargarse de ropa, hacer esclavos toda manera de gente, hiriendo, matando sin diferencia á quien daba alguna manera de estorbo. Vista por los moros la desórden, bajaban por la sierra, mataban los soldados, que codiciosos y embebidos con el robo, desampararon la defensa de sí mismos y de sus banderas: iba esta desórden creciendo con la escuridad de la noche; mas Pedro Bermudez, hombre usado en la guerra, dejando alguna gente en la iglesia de Jubrique á la guarda de las mujeres, niños y viejos que allí tenia recogidos, escogió fuera del lugar sitio fuerte donde se recogiese; entraron los moros en el lugar, y combatiendo la iglesia, sacaron los que en ella estaban encerrados, quemándola con los soldados, sin que pudiesen ser socorridos: luego acometieron á Pedro Bermudez, que perdió cuarenta hombres en el combate, y hubo algunos heridos de una y otra parte; y con tanto, se acogieron los enemigos á la sierra.

Vista por don Antonio la desórden y lo poco que se habia hecho, retiró las banderas con hasta mil y doscientas personas; pero con muchos esclavos y esclavas, ropa y ganado en poder de los soldados, sin ser parte para estorbarlo: recogióse á Ronda, donde y en la comarca la gente públicamente vendia la presa, como si fuera ganada de enemigos. Deshízose todo aquel pequeño campo, como suelen los hombres que han hecho ganancia y temen por ello castigo; pues enviando la gente que sacó de Antequera á sus aposentos, y cuasi las mil y doscientas personas á Castilla, sin hacer mas efecto, partió para Sevilla á dar al Rey cuenta del suceso. Cargaban á don Antonio los de Ronda y los moros juntamente: los de Ronda, que habiendo de amanecer sobre los lugares, habia sacado la gente á las ocho del dia y que la habia dividido en muchas partes; que habia dado confusa la órden, dejando libertad á los capitanes; los moros, que les habian quebrantado la seguridad y palabra del Rey, que tenian como por religion ó vínculo inviolable; que estando resueltos de obedecer á los mandamientos de su señor natural, les habian por este acatamiento y sacrificio que hacian de sus casas, mujeres y hijos, y de sí mismos, robado y dejado por hacienda y libertad las armas que tenian en las manos y la aspereza y esterilidad de la montaña, donde por salvar las vidas se habian acogido, aparejados á dejarlo todo si les restituian las mujeres y hijos y viejos captivos, y ropa que con mediana diligencia pudiese cobrarse. Habia tantos

interesados, que por solo esto fueron tenidos por enemigos; no embargante que se hallase haberse movido provocados y en defension de sus vidas. Excusábase don Antonio con haber repartido la gente como convenia por tierra áspera y no conocida; poderse caminar mal de noche; que partida la gente, á ciegas, deshilada, fácilmente pudiera ser salteada y oprimida de enemigos avisados, pláticos en los pasos y cubiertos con la escuridad de la noche; la gente libre, mal mandada, peor disciplinada, que no conoce capitanes ni oficiales, que aun el sonido de la caja no entendian; sin órden, sin señal de guerra; solamente atentos al regalo de sus casas y al robo de las ajenas: fueron admitidas las razones de don Antonio, por ser caballero de verdad y de crédito, y dada toda la culpa á la desórden de la gente, confirmada ya con muchos sucesos en daño suyo.

Ido don Antonio, salió la gente de la comarca, cristianos viejos á robar por los lugares mujeres, niños, ganados; sobras de la de don Antonio, que fué, como he dicho, creido por tenerse buen crédito de su persona y por no tenerse bueno por entonces de los soldados en comun. Mas los enemigos, persuadidos de los que habian huido de la Alpujarra, y libres de todos los embarazos, despojados de lo que se suele querer bien y dar cuidado, comenzaron á hacer la guerra descubiertamente, recoger las mujeres, hijos y vitualla que les habia quedado; fortificarse en sierra Bermeja y sierra de Istan, tomar la mar á las espaldas para recibir socorro de Berbería y bajar hasta las puertas de Ronda; desasosegar la tierra, robar ganados, captivar, matar labradores, no como salteadores, sino como enemigos declarados. Estaba, como tengo dicho, á la sazon el rey don Felipe en Sevilla, suplicado por la ciudad que viniese á recebir en ella servicio.

Sevilla es en nuestro tiempo de las célebres, ricas y populosas ciudades del mundo; concurren á ella mercaderes de todo poniente especialmente del Nuevo Mundo, que llamamos Indias, con oro, plata, piedras, esmeraldas poco menores que las que maravillaba la antigüedad en tiempo de los reyes de Egipto, pero en gran abundancia; cueros y azúcar, y la yerba que sucede en lugar de púrpura, ó por usar del vocablo arábigo y comun, carmesí (cochinilla la llaman los indios, donde ella se cria). Fué Sevilla la segunda escala que pobladores de España hicieron cuando con el gran rey y capitan Baco (á quien llamaban Libero por otro nombre) vinieron á conquistar el mundo. La ocasion nos convida, tratando de tan gran ciudad, á declarar nuestra opinion, como en cosa tan dudosa por su antigüedad, acerca de la

fundacion de ella y del nombre de toda España. Dése la autoridad á los escritores y el crédito á las conjeturas. Marco Varron, autor gravísimo y diligente en buscar los principios de los pueblos, dice, segun Plinio refiere, que en España vinieron los persas, iberos y fenices, todas naciones de oriente, con Baco. Por este se entiende tambien haber sido hecha la empresa de la India, segun los escritos de Nono, poeta griego, que compuso de los hechos de Baco, y llamó Dionisiaca, porque se llamaba, demás del nombre de Baco y Líbero, Dionisio. Dice tambien Salustio en sus historias haber él mismo pasado en Bería y dado principio á muchas naciones. Con este Baco vinieron capitanes, hombres señalados, y mujeres que celebraban su nombre; uno de los cuales se llamó Luso, y una de las mujeres Lissa, que dice el mismo Marco Varron haber dado el nombre á la parte de Portugal, que antiguamente llamaban Lusitania. Tuvo Baco un lugarteniente que dijeron Pan, hombre áspero y rústico, á quien la antigüedad honró por dios de los pastores, ó quizá eran conformes en el nombre; pero por intervenir en las procesiones ó fiestas de Baco el pan se puede creer ser el mismo: este Pan dice Varron que dió nombre á toda España, y lo mismo Appiano Alejandrino en sus historias, en el libro que llaman *Español* y en griego *Iberice*. *Panios* quiere decir cosa de pan, y el *hi* que tiene delante, dice el artículo, que juntado con el *panios*, dirá la tierra ó provincia de Pan: quedó á los españoles el vocablo griego ni más ni ménos que los griegos lo pronuncian, ambiciosos de dar nombre en su lengua á las naciones hispánicas, y pronunciámoslo nosotros España: de aquí vino á decirse que Hispan ó el Pan que los griegos llaman lugar teniente, fué sobrino de Hércules y que dió el nombre á España. Lo cierto es que Baco dejó por aquella comarca lugares del nombre de los que le seguian, y que dos veces vino el que llamaron Hércules, ó fuesen dos Hércules, en aquella parte de España. El nombre pudo venir á Sevilla de haber sido poblada cuando la segunda vez Hércules, ó fuese Baco, ó fuese Hércules tebano, vino en España; y si así fué, presupuesto que en la lengua griega *palin* quiere decir otra vez, y *hi* la, el nombre de *Hispalis* querrá decir la de otra vez, porque los griegos son fáciles en acabar en la letra *s*.

Demás del concurso de mercaderes y extranjeros, moran en Sevilla tantos señores y caballeros principales como suele haber en un gran reino: entre ellos hay dos casas, ambas venidas del reino de Leon, ambas de grande antoridad y grande nobleza, y en que unos ó otros tiempos no faltaron grandes capitanes; una la casa de Guzman, duques

de Medina Sidonia, que en tiempo antiguo fué poblacion de los de Tiro, poco después de poblada Cádiz, destruida por los griegos y gente de la tierra, restaurada por los moros, segun el nombre lo muestra; porque en su lengua *medina* quiere decir lo que en la nuestra puebla, como si dijésemos la puebla de Sidonia: este linaje moró gran tiempo en las montañas de Leon, y vinieron con el rey don Alonso el Sexto á la conquista de Toledo, y de allí con el rey don Fernando el Tercero á la de Sevilla, dejando un lugar de su nombre, de donde tomaron el nombre con otros treinta y ocho lugares de que entonces eran ya señores. El fundador de la casa fué el que, guardando á Tarifa, echó el cuchillo con que degollaron á su hijo, que tenia por hostaje, por no rendir él la tierra á los moros. La otra casa es de los Ponces de Leon, descendientes del conde Hernan Ponce, que murió en el portillo de Leon cuando Almanzor, rey de Córdoba, la tomó: dicen traer su orígen de los romanos que poblaron á Leon, y su nombre de la misma ciudad; duques en otro tiempo de Cádiz hasta el que escaló á Alhama y dió principio á la guerra de Granada; y después que sus nietos fueron en tutorías despojados del estado por los reyes don Fernando y doña Isabel, se llamaron duques de Arcos, que los antiguos españoles decian *Arcobrica*, poblacion de las primeras de España antes que viniesen los de Tiro á poblar Cádiz. Los señores de aquestas dos casas siempre fueron émulos de aquella ciudad, y aun cabezas á quien se arrimaban otras muchas de la Andalucía: de la de Medina era señor don Alonso de Guzman, mozo de grandes esperanzas; de la de Arcos don Luis Ponce de Leon, hombre que en la empresa de Durlan habia seguido sin sueldo las banderas del rey don Felipe, inclinado y atento á la arte de la guerra: á estos dos grandes encomendó el Rey el sosiego y pacificacion de la sierra de Ronda, por tener á ella vecinos sus estados. Grandes llaman en España los señores á quien el Rey manda cubrir la cabeza, sentar en actos y lugares públicos, y la Reina se levanta del estrado á recibir á ellos y á sus mujeres, y les manda dar por honra cojin en que se sienten; ceremonias que van y vienen con los tiempos y voluntades de los príncipes; pero firmes en España en solas doce casas, entre las cuales estas dos son y fueron de grande autoridad. Después que creció el favor y la riqueza, por merced de los reyes han acrecentádose muchas. Dió poder el Rey á estos dos príncipes para que en su nombre concertasen y recogiesen los moriscos y les volviesen las mujeres, hijos, muebles, y los enviasen por España la tierra adentro, pues no habian sido partícipes en la rebelion, y lo sucedido habia sido mas

por culpa de ministros que por la suya. Tenia el duque de Arcos una parte de su estado en la serranía de Ronda, que hubo su casa por desigual recompensa de Cádiz, en tiempo de tutorías; parecióle por aprovechar llegarse á Casares, lugar suyo, y dende mas cerca tratar con los moros; envió una lengua, que fué y volvió no sin peligro: lo que trajo es que á ellos les pesaba de lo acontecido; que por personas suyas vendrian á tratar con el Duque donde y como él mandase, y se reducirian y harian lo que se les ordenase con ciertas condiciones. Esto afirmaron, en nombre de todos, el Alarabique y el Ataifar, hombres de gran autoridad y por quien ellos se gobernaban; bajó el Alarabique y el Ataifar á una ermita fuera de Casares, y con ellos una persona en nombre de cada pueblo de los levantados. Mas el Duque, por escandalizarlos menos y mostrar confianza, vino con pocos; osadía de que suelen suceder inconvenientes á las personas de tanta calidad. Hablóles, persuadióles con eficacia, y ellos respondieron lo mismo, dando firmados sus capítulos, y con decir que daria aviso al Rey, se partió dellos; mas antes que la respuesta del Rey volviese, le vino mandamiento que, juntando la gente de las ciudades de la Andalucía vecinas á Ronda, estuviese á punto para hacer la guerra en caso que los moros no se quisiesen reducir; mandó apercibir la gente de Andalucía y de los señores della, de á pié y de á caballo, con vitualla para quince dias, que era lo que parecia que bastase para dar fin á esta guerra. En el entre tanto que la gente se juntaba, le vino voluntad de ver y reconocer el fuerte de Calalui, en Sierra Bermeja, que los moros llaman *Gebalhamar*, adonde en tiempos pasados se perdieron don Alonso de Aguilar y el conde de Ureña; don Alonso señalado capitan, y ambos grandes príncipes entre los andaluces; el de Ureña abuelo suyo de parte de su madre, y don Alonso bisabuelo de su mujer. Salió de Casares descubriendo y asegurando los pasos de la montaña; provision necesaria por la poca seguridad en acontecimientos de guerra y poca certeza de la fortuna. Comenzaron á subir la sierra, donde se decia que los cuerpos habian quedado sin sepultura; triste y aborrecible vista y memoria: habia entre los que miraban, nietos y descendientes de los muertos, ó personas que por oidas conocian ya los lugares desdichados. Lo primero dieron en la parte donde paró la vanguardia con su capitan, por la escuridad de la noche, lugar harto extendido y sin mas fortificacion que la natural, entre el pié de la montaña y el alojamiento de los moros: blanqueaban calaveras de hombres y huesos de caballos amontonados, desparcidos, segun, como y donde habian parado; pedazos de armas,

frenos, despojos de jaeces; vieron mas adelante el fuerte de los enemigos, cuyas señales parecian pocas y bajas y aportilladas; iban señalando los pláticos de la tierra donde habian caido oficiales, capitanes y gente particular; referian cómo y dónde se salvaron los que quedaron vivos, y entre ellos el conde de Ureña y don Pedro de Aguilar, hijo mayor de don Alonso; en qué lugar y dónde se retrajo don Alonso y se defendia entre dos peñas; la herida que el Feri, cabeza de los moros, le dió primero en la cabeza y después en el pecho, con que cayó; las palabras que le dijo andando á brazos: «Yo soy don Alonso;» las que el Feri le respondió cuando le heria: «Tú eres don Alonso, mas yo soy el feri de Benastepar;» y que no fueron tan desdichadas las heridas que dió don Alonso como las qne recibió. Lloráronle amigos y enemigos, y en aquel punto renovaron los soldados el sentimiento; gente desagradecida, sino en las lágrimas. Mandó el General hacer memoria por los muertos, y rogaron los soldados que estaban presentes que reposasen en paz, inciertos si rogaban por deudos ó por extraños; y esto les acrecentó la ira y el deseo de hallar gente contra quien tomar venganza.

Vista la importancia del lugar si los enemigos le ocupasen, envió dende apoco el Duque una bandera de infantería que entrase en el fuerte y lo guardase. Vino en este tiempo resolucion del Rey que concedia á los moros cuasi todo lo que le pedian que tocaba al provecho dellos, y comenzaron algunos á reducirse, pero con pocas armas, diciendo que los que en su campo quedaban no se las dejaban traer. Habia entre los moros uno, llamado el Melqui, hombre atrevido y escandaloso, imputado de herejía, y suelto de las cárceles de la Inquisicion, ido y vuelto á Tituan: este, ó que le parecia que perdia el crédito de hasta entonces, ó que fuese obligado al principe de Tituan, juntó el pueblo, que ya estaba resoluto á reducirse, disuadiéndole y afirmando lo que con ellos trataba el Alarabique ser engaño y falsedad; haber recibido del Duque nueve mil ducados, vendido por precio su tierra, su costa y los hijos, mujeres y personas de su ley; venidas las galeras á Gibraltar, la gente levantada, las cuerdas en las manos á punto, con que los principales habian de ser ahorcados; y el pueblo atado y puesto perpetuamente al remo para sufrir hambre, frio y azotes, y seguir forzados la voluntad de sus enemigos, sin esperanza de otra libertad sino la muerte. Tuvieron estas palabras y la persona tanta fuerza, que se persuadió el pueblo ignorante, y tomando las armas, hicieron pedazos al Alarabique y á otro compañero suyo berberí que era de la

misma opinion; con esto mudaron de propósito y quedaron mas rebeldes que estaban; algunos que quisieran reducirse, estorbados por el Melqui con guardas y espantados con amenazas, dejaron de hacello; los de Benahabiz, lugar de importancia en aquella montaña, enviaron por el perdon del Rey con propósito de reducirse: llevólo un moro, llamado el Barcoquí, juntamente con carta del Duque para Marbella y los que guardaban el fuerte de Montemayor, que tuviesen cuenta con él y sus compañeros, acompañándolos hasta dejarlos en lugar seguro; mas la gente, ó por codicia de algo, si lo llevaban, ó por estorbar la reduccion, con que cesaria la guerra, hiciéronlo tan al contrario, que mataron al Barcoquí: esta desórden mudó á los de Benahabiz, y confirmó la razon del Melqui de manera, que no fué parte el castigo que el Duque hizo de ahorcar y echar en galeras los culpados para estorbar el motin general. Apercebida la gente, vino el Duque á Ronda, donde hizo su masa, y salió con cuatro mil infantes y ciénto cincuenta caballos á ponerse algo mas camino que dos leguas de la sierra de Istan, donde los enemigos le esperaban fortificados; lugar asperísimo y dificultoso de subir, las espaldas á la mar; dejando en Ronda á Lope Zapata, hijo de don Luis Ponce, para que en su nombre recogiese y encaminase los moros que viniesen á reducirse. Vinieron pocos ó ningunos, escandalizados del caso del Barcoquí y espantados, porque en Ronda y Marbella el pueblo habia rompido la salvaguardia del Duque y fe del Rey, matando cuasi cien moros al salir de los lugares. No le pareció al Duque detenerse á hacer el castigo; pero envió por juez al Rey, que castigó los culpados como convenia; y él caminó á la Fuenfría, donde se encendió fuego en el campo, que puso en cuidado, ó fuese echado por los enemigos ó por descuido de alguno; el autor (1) y el fuego cesó por industria y diligencia del Duque.

El dia siguiente con mil infantes y alguna caballería reconoció el fuerte de los enemigos desde la sierra de Arboto, puesta enfrente dél, juntamente con el alojamiento y el lugar de la agua; y aunque se mostraron los enemigos algo mas abajo fuera de su fuerte, no fueron acometidos, ansí por ser cerca de la noche, como por esperar á Arévalo de Suazo con la gente de Málaga. Entre tanto puso su guardia en la sierra de Arboto con arta contradiccion de los enemigos, porque

(1) El autor *no se supo*, y el fuego cesó. etc. Así se lee, enmendado el descuido de la impresion, en el citado MS.

juntamente acometieron el alojamiento del Duque y trabaron una escaramuza tan larga, que duró tres horas, no muy apriesa, pero bien extendida. Eran ochocientos hombres arcabuceros y ballesteros, y algunos con armas enhastadas; mas visto que con dos banderas de arcabuceros les tomarian la cumbre, se retiraron á su fuerte con poco daño de los nuestros y alguno de los suyos. Reforzóse la guardia de aquel sitio, por ser de importancia, con otras dos banderas; y era ya llegado Arévalo de Suazo con dos mil infantes de Málaga y cien caballos, con que se tomó resolucion de combatir los enemigos en su fuerte al otro dia: á la parte del norte, que la subida era mas difícil, envió el Duque á Pedro Bermudez con ciento y cincuenta infantes, que tomase las dos cumbres qne suben al fuerte con dos banderas de arcabuceros, haciéndoles espaldas con el rostro á la mano derecha Pedro de Mendoza con otra tanta gente y la mesma órden, dejando entre sí y Pedro Bermudez una parte de la montaña que los moros habian quemado, porque las piedras que desde arriba se tirasen corriesen por mas descubierto y con menos estorbo. Arévalo de Suazo con la gente de su cargo se seguia á la mano derecha, y con dos banderas de arcabucería delante; mas á mano derecha de Arévalo de Suazo, Luis Ponce de Leon con seiscientos arcabuceros por un pinar, camino menos embarazado que los otros. El Duque escogió para sí, con el artilleria y caballería y mil y quinientos infantes, el lugar entre Pedro de Mendoza y Arévalo de Suazo, como mas desembarazado así mas descubierto; mandó á Pedro de Mendoza con mil infantes y algun número de gastadores que fuese adelante aderezando los pasos para la caballería y que todos al pasar se cubriesen con la falda de la montaña y quebrada hácia el arroyo, que á un tiempo comenzasen á subir igualmente á pequeño paso, guardando el aliento para su tiempo. Quedaba con esta órden la montaña cercada, sino por la parte de Istan, que no podia con la aspereza recebir gente. Vianse unos á otros, y todos se podian cuasi dar las manos: quedó resoluto combatir los enemigos otro dia á la mañana; mas los moros, viendo que Pedro de Mendoza estaba mas desviado y en parte donde no podia con tanta diligencia ser socorrido, acometiéronle al caer de la tarde con poca gente y desmandada, trabando una escaramuza de tiros perdidos. Pedro de Mendoza, confiado de sí mismo, soldado de mucbo tiempo y no tanta experiencia, pudiendo guardar la órden y contentarse con estar quedo y sin peligro, saltó á la escaramuza con demasiado calor. Deshízose la gente por la montaña arriba sin órden, sin aguardar unos á otros, y los moros unas

veces retirándose, otras reparándose, parecian ir cerrando (1) á los nuestros. Visto el peligro y no pudiéndolo ya estorbar, Pedro de Mendoza (ó fuese recelo ó desconfianza de su poca autoridad con la gente, aunque la habia tenido para meterla adelante), envió á avisar al Duque, pero á tiempo que, puesto que hubiese enviado á retirarla tres capitanes, fué necesitado á tomar lo alto para reconocer el lugar; el Duque, con los que con él se hallaban y los que pudo retirar, atravesó donde estaban los que subian y valió tanto su autoridad, que la gente desmandada se detuvo, y los moros, que ya habian comenzado á desemboscarse y se mostraban á los enemigos, vista la determinacion del Duque, se recogieron á su fuerte en ocasion de que estaba cerca la noche y la gente de Pedro de Mendoza cansada y desordenada, y se temian de algun desastre, especialmente los que traian á la memoria el acontecimiento de don Alonso de Aguilar por los mismos términos.

Hallóse el Duque tan adelante, que vistas las celadas descubiertas y los moros puestos en órden de cargar á la gente que subia, y que era imposible retirallos todos, quiso aprovecharse de la desórden; y con la gente que traia consigo y la que habia recogido, todo á un tiempo acometió á los enemigos, y pegóse con el fuerte de manera, que fué de los primeros al entrar. Mas los moros, que no osaron esperar el ímpetu de los nuestros, se descolgaron por lugares de la montaña, que era luenga y continuada; y de allí se repartieron, unos á Rioverde, otros á la vuelta de Istan, otros á la de Monda, y otros á la de sierra Blanquilla, dejando de sus mujeres y hijos como cuatrocientas personas; embarazo de guerra y gente inútil que les comian los bastimentos, quedando mas ahorrados para hacer la guerra por aquellas montañas. Todavía envió á seguir el alcance con poco fruto, por ser la noche y tierra tan cerrada; él pasó en el fuerte de los enemigos sin ropa ni vitualla, y visto que todos se habian esparcido y que la montaña quedaba desamparada, dejó el fuerte; y dando licencia á la gente de Málaga con órden de correr la tierra á una y otra parte, pasó con la resta de su campo á Istan, y envió cuatro compañías sin banderas. El efecto que hicieron las tres fué quemar dos barcas grandes que tenian fabricadas para pasar á Tituan; la cuarta, con su capitan Morillo, á quien el Duque mandó que corriese Rioverde, no guardando la órden, dió en los enemigos no lejos de Monda, en un cerro que los de la

(1) El MS. *cebando*.

tierra llaman Alborno, á vista de Istan; y seguido y rota la gente, se retiró. Era el lugar tan cerca del campo, que se oyeron los golpes de arcabuces, y con sospecha de lo que podia ser, se ordenó al capitan Pedro dé Mendoza socorriese y recogiese la gente; mas llegando á vista de los enemigos, contentóse con solo recoger algunos que huian, y estuvo sin pasar adelante, ó fuese temiendo alguna emboscada, aunque el lugar era gran trecho descubierto, ó arrepentido de la demasiada diligencia del dia antes en la sierra de Istan: murió la mayor parte de la compañía y su capitan peleando. El mismo dia los moros que andaban repartidos encontraron con el alcaide de Ronda y capitan Ascanio, que con ciento y cincuenta soldados y otra gente habia salido sin órden y sabiduría del Duque, como hombres que no estaban á su cargo; matáronlos con la mayor parte de la compañía. El mismo acometimiento hicieron contra un correo que partió del campo para Granada con escolta de cien soldados, aunque con pérdida de algunos se recogió en Monda. Entendiendo pues el Duque que por la sierra andaba cuantidad de moros, envió órden á Arévalo de Suazo que con la gente de Málaga tornase á Monda, y á don Sancho de Leiva, general de las galeras de España, que enviase ochocientos infantes de la gente que andaba á su cargo, y á Pedro Bermudez que viniese con la de Ronda, y él con la que habia quedado se vino á esperarlos á Monda, de donde junta la gente partió ahorrado sin estorbos la vuelta de Hójen, y allí le encontró don Alonso de Leiva, hijo de don Sancho, con ochocientos soldados de galera. Entendíase que los moros esperaban á una legua, y con este presupuesto ordenó el Duque á Pedro Bermudez que con mil arcabuceros de los de su cargo tomase la mano izquierda, y á don Alonso con la gente que habia tenido fuese derecho á Hójen por un monte que dicen el Negral; él con lo demás del campo siguió derecho el Corvachin, tierra de grande aspereza. Con esta órden se llegó á un tiempo al lugar donde los enemigos habian estado, y de allí bajando hasta llegar á vista de la Fuengirola, sin hallar otra cosa sino rastro de gente y sobras de comida (porque los moros, recelándose que serian descubiertos, se habian esparcido como es su costumbre y extendido por todas las montañas), dió el Duque licencia á don Alonso que tornase á embarcarse, y á Arévalo de Suazo á Málaga, corriendo primero la tierra: él volvió á Monda, y de allí á Marbella. Este lugar es el que los antiguos llaman Barbésola; mas el que agora llamamos Monda pienso que fué poblado de los habitadores de Monda la vieja, tres leguas mas acá, donde parecen señas y muestras mas claras de haber sido la antiga

Monda, siguiendo los moros que conquistaron á España su antiga costumbre de pasar los moradores de unos lugares á otros con el nombre del lugar que dejaban. En Ronda y otras partes se ven estatuas y letreros traidos de Monda la vieja, y en torno della la campaña, atolladeros y pantanos en el arroyo de que Hirtio hace memoria en sus historias.

Habia ya cumplido la gente de las ciudades y señores el tiempo que eran obligados á servir por el llamamiento, y las aguas hartado la tierra para sembrar: faltaba el provecho de la guerra, por la diligencia que los moros ponian en las guardas por todo, en alzar y esconder la ropa, mujeres y niños, en esparcirse pocos á pocos en las montañas, y gran parte dellos pasar á Berbería, donde con cualquier aparejo tenian la traviesa corta y mas segura, no podian ser seguidos con ejército formado, y el que habia se iba poco á poco deshaciendo. Parecíó consejo de necesidad enviar la gente á sus casas, y el Duque volver á Ronda, guarnecer los lugares de donde con mayor facilidad los enemigos pudiesen ser perseguidos y echados de la tierra, y andar tras dellos en cuadrillas, sin dejarlos reformar en alguna parte; mas detuvo la gente de su estado ya diestros y ejercitados, que servian á su costa, sin sueldo ni raciones; dejó gente en Hójen, Istan, Monda, Tollox. Guaro, Cartagima, Jubrique y en Ronda, cabeza de toda la sierra, Habia ya el Rey avisado al Duque como se determinaba á un tiempo sacar los moros de Granada á poblar Castilla, y que estuviese apercebido para cuando le llegase la órden de don Juan de Austria. Cuando esto pasaba llegaron las cartas de don Juan, en que decia como la salida de los moros de todo el reino seria el postrero dia de otubre; encomendábale el secreto hasta el dia que el bando se publicase; apercebíale para la ejecucion en tierra de Ronda; enviábale la patente en blanco para que el Duque hinchiese la persona que le pareciese mas á propósito.

Echando el bando, mandó recoger en el castillo de Ronda los moros de paces con su ropa, hijos y mujeres, y en la patente hinchió el nombre de Flores de Benavides, corregidor de Gibraltar, ordenándole con seiscientos hombres de guarda llevar cuasi mil y doscientas personas que serian los reducidos, hasta dejallos en Íllora, para que juntos fuesen á Castilla con otros de la vega de Granada. Era ya entrado el mes de noviembre, con el frio y las aguas en mayor cuantidad. Los enemigos, creyendo que por ir los rios mayores y las avenidas en las montañas dificultar mas los pasos, ellos podian extenderse por la tierra, y

nuestra gente ocupada en labrar la suya, se juntaban con dificultad; en todas partes y á todas horas desasosegaban la tierra de Ronda y Marbella, cautivando labradores, llevando ganados, y salteando caminos hasta cuasi las puertas de Ronda: acogíanse en las vertientes de Rioverde, á quien los antigos llamaban Barbésola, del nombre de la ciudad que agora llamamos Marbella, y de allí en las cumbres y contorno de sierra Blanquilla. El Duque, por el menudear de los avisos y por excusar los daños, que aunque no fuesen señalados, eran contínos; por castigar los enemigos que habian en Rioverde y en la sierra de Alborno muerto nuestra gente; porque de la Alpujarra por una parte, y por otra con la vecindad de Berbería, no se criase en aquella montaña nido, determinó rematar la empresa, combatir los enemigos y desarraigallos ó acaballos del todo. Salió de Ronda con mil y quinientos arcabuceros de la guardia della, y gente de señores, y mil de sus vasallos, y con la caballería que pudo juntar improvisamente; mas antes que llegase, entendió por avisos de espías y algunos que se pasaron de los enemigos, que el número poco mas ó menos era de tres mil, los dos mil dellos arcabuceros gobernados por el Melqui, hombre entre ellos diligente, animoso y ofendido, ido y venido á Tituan; que tenian atados los pasos con grandes piedras, árboles atravesados; que estaban resolutos de morir defendiendo la sierra. Ordenó á Pedro de Mendoza que con seiscientos arcabuceros caminase derecho á la boca del rio Verde por el pié de la sierra, y á Lope Zapata con otros seiscientos á Gaimon, á la parte de las viñas de Monda: iban estos dos capitanes el uno del otro media legua, y entre ambos iba el Duque con el resto de la infantería y caballería. Ordenó á Pedro Bermudez y á Cárlos de Villegas, que estaba á la guarda de Istan y Hójen con dos compañías y cincuenta caballos, que se saliesen á un mismo tiempo, y con doscientos arcabuceros tomasen lo alto de la sierra y las espaldas de los enemigos; que Arévalo de Suazo partiese de Málaga, y con mil y doscientos soldados y cincuenta caballos acudiese á la parte de Monda. Todos á un tiempo partieron á la noche para hallarse á la mañana con los enemigos; mas ellos, avisados por un golpe de arcabuz que habian oido entre la gente de Setenil, mudáronse del lugar, mejorándose á la parte de Pedro de Mendoza, que era el postrero, por tener la salida mas abierta: comenzó á subir el Duque, y Pedro de Mendoza, que estaba mas cerca, á pelear con igualdad, y ellos á mejorarse. El Duque, aunque algo apartado, oyendo los golpes de arcabuz, y visto que se peleaba por aquella parte de Pedro de Mendoza, se mejoró; y por la

ladera descubriendo la escaramuza, con la caballería y con lo que pudo de arcabucería acometió los enemigos, llevando cerca de sí á su hijo, mozo cuasi de trece años, don Luis Ponce de Leon: cosa usada en otra edad en aquella casa de los Ponces de Leon, criarse los muchachos peleando con los moros y tener á sus padres por maestros. Porfiaron algun tanto los enemigos, mas no pudiendo resistir, tomaron lo alto de la sierra, y de allí se repartieron á unas y otras partes. Murieron mas de cien hombres, y entre ellos el Melqui, su capitan; y si Pedro Bermudez y Villegas salieran á la hora que se les órdenó, hiciérase mayor efecto. Habido este buen suceso, repartió el Duque la gente que pudo por cuadrillas para seguir el alcance; captivaron á las mujeres y niños y ropa que les habia quedado, mataron en este seguimiento otros ochenta. Quedaron los moros tan escarmentados, que ni por engaño ni por fuerza los pudieron hallar juntos en parte de la montaña, y buscaron tambien la sierra que llaman de Daidin, y el mismo Duque repartió el campo en cuadrillas, pero tampoco se hallaron personas juntas; con esto, él se tornó á Ronda, y aquella guerra quedó acabada, la tierra libre de los enemigos, parte muertos y parte esparcidos ó idos á Berbería.

He querido tratar tan particularmente desta guerra de Ronda, lo uno porque fué varia en su manera y hecha con gran sufrimiento de Capitan General, y con gente concejil, sin la que los señores enviaron, y la mayor parte del mismo duque de Arcos; y aunque en ella no hubo grandes rencuentros, ni pueblos tomados por fuerza, no se trató con menos cuidado y determinacion que la de otras partes deste reino, ni hubo menos desórdenes que corregir cuando el Duque la tomó á su cargo; guerra comenzada y suspendida por falta de gente, de dineros, de vitualla, tornada á restaurar sin lo uno y sin lo otro; pero sola ella acabada del todo, y fuera de pretensiones, emulaciones ó envidias. Lo otro por haberse en tiempos antigos recogido en aquellas partes las fuerzas del mundo, y competido César y los hijos de Pompeyo, cabezas dél, sobre cuál quedaría con el señorío de todo, hasta que la fortuna determinó por César, dos leguas de donde está agora Ronda, y tres de la que llamamos Monda, en la gran batalla cerca de Monda la vieja, donde hoy dia, como tengo dicho, se ven impresas señales de despojos, de armas y caballos, y ven los moradores encontrarse por el aire escuadrones, óyense voces como de personas que acometen: estantiguas llama el vulgo español á semejantes apariencias ó fantasmas, que el vaho de la tierra, cuando el sol sale

ó se pone, forma en el aire bajo, como se ven en el alto las nubes formadas en varias figuras y semejanzas (1).

Estaba don Juan en Granada con el Duque (*a*) y el Comendador mayor, acudiendo á lo que se ofrecia; y por dar remate á cosas y fin de los enemigos que quedaban, ordenó que el Comendador mayor, con la gente que se pudo juntar, parte de la propria ciudad y parte de los que se habian venido de su campo y del campo del Duque, que por todos serian siete mil personas, llevasen delante y ante todas las cosas bastimento y municion que bastase para dos meses, y que esto se guardase en Órgiba, y con esta prevencion partió el campo la vuelta de la Alpujarra. Llegados á Lanjaron, por mandado del General se dió un rebato falso, porque la gente no estuviese descuidada; otro dia llegaron á Órgiba, y en ella reposó el campo tres dias, tomando la órden que se habia de tener para hallar los enemigos, porque andaban esparcidos por la tierra. El cuarto dia salió la gente hechas dos mangas de á mil hombres cada una, con órden que la una de la otra fuese desviada cuatro leguas, guiando la una á la mano derecha y la otra á la siniestra, y el resto del campo por medio: desta suerte corrieron la tierra hasta llegar á Pítres de Ferreira, y dejando allí presidio de quinientos hombres, pasaron adelante hasta Pórtugos, y allí dejaron cien hombres, y en Cádiar trescientos con el capitan Berrío. Aquí tuvo nuevas el Comendador mayor que los moros se habian retirado al Cehel, costa de la mar, por ser tierra áspera y de muchos jarales: mandó á don Miguel de Moncada que con mil y doscientos hombres corriese aquella tierra; halló parte dellos, y matando siete moros, captivó doscientas personas entre moras y muchachos, y ropa y despojos; perdió solo un soldado, que engañado de una mora, le hizo entender que en una choza tenia mucha riqueza, y al entrar en ella le dió con una almarada por debajo del brazo y lo mató. Volvió don Miguel con la cabalgada á Cádiar, donde quedó el campo; de aqui envió el Comendador mayor mil hombres á Ujíjar de la Alpujarra, para que en ella hiciesen presídio, y dejando en él trescientos soldados, fuesen á Donduron y dejasen allí una compañía de cien hombres con su capitan, y en Ayator otros cientos, y en Berja otros ciento, con órden que todos corriesen la tierra cada dia, dejando

(1) Aquí terminan todos los manuscritos que hemos examinado.

(*a*) Este duque es necesariamente el de Sesa, porque el de Arcos no se vió con don Juan.

guarda en los presidios. Mandó á don Lope de Figueroa que con mil y quinientos infantes y algunos caballos corriese el rio de Almería y toda aquella sierra, con el Boloduí y tierra de Guéneja, y que juntando consigo la gente que salia de Almería, corriese la tierra de Jerez á Fiñana v rio de Almanzora: volvió á Granada, dejando presidio en las Guájaras altas y bajas y en Vélez de Benaudalla, y en todos los presidios bastimento y municion para algunos dias.

Luego que llegó á Granada, proveyó don Juan otros capitanes de cuadrillas, que fueron Juan Carrillo Paniagua, Camacho, Reinaldos y otros; y hecho esto, don Juan con el Duque y el Comendador mayor se partió á Madrid, y de allí á la armada de la liga, dejando á don Pedro de Deza, presidente de Granada, con título de capitan general, y en Almeria por general de la infantería á don Francisco de Córdoba, descendiente de aquella cama de leones del conde don Martin. Corrian la tierra á menudo las cuadrillas, metian en Granada moros y moras, y no habia semana que no hubiese cabalgada. Al entrar en la puerta de las Manos hacian salva, subiendo por el Zacatin arriba, hasta llegar á la chancillería; daban noticia al presidente para que viese lo que traian, y entregaban los moros en la cárcel, y de cada uno les daban veínte ducados, como está dicho: atenazaban y ahorcaban los capitanes y moros señalados, y los demás llevaban á galeras, que sirviesen al remo esclavos del Rey.

Entre estos trujeron un moro natural de Granada llamando Farax. Este, como supiese la voluntad de Gonzalo el Xeniz, alcaide sobre los alcaides, y de sus sobrinos Alonso y Andrés el Xeniz, y otros muchos, que era de entregarse y reducirse si se les concediese perdon, llamó á Francisco Barredo, dándole parte de la voluntad y propósito que muchos moros tenian, y aun de matar á su rey si no se quisiese reducir con ellos; para lo cual convenia que procurase verse con Gonzalo el Xeníz, que era uno de los que mas lo deseaban. Sabido esto, Francisco Barredo se fué á las Alpujarras, y en llegando al presidio de Cádiar sacó de una bóveda del castillo un moro que tenian preso (1), y le dió una carta para Gonzalo el Xeniz, en que le hacia saber la causa de su venida; que viese la órden que habia de tener para verse con él: recibida la carta, respondió que otro dia al amanecer se viniese á un cerro media legua de Cádiar, y que adonde viese una cruz en lo alto le aguardase, soltando la escopeta tres veces por contraseña:

(1) *Zatahari* le llama Mármol, como puede verse en su obra.

fué, y hecha la seña, llegó el Xeniz, sus sobrinos y otros moros mostrando mucha alegria de velle: lo que trataron fué que si le traia perdon del Rey para él y los que se quisiesen reducir, que les entregaría á Abenabó, su rey, muerto ó vivo: con esto se despidió, prometiéndoles de hacello y ponello por obra, y avisallos de la voluntad del Rey. Vino á Granada Francisco Barredo, dió cuenta al Presidente de lo que habia pasado con Gonzalo el Xeniz, y lo que le habia prometido: dió el Presidente aviso al Rey, que visto lo que prometia el Xéniz, le concedió perdon á él y á todos los que con él viniesen: vino la cédula real al Presidente, que visto que no habia quien con veras lo pudiese hacer, hizo llamar á Barredo, y entregándole la cédula le pidió con las veras y recato que en tal negocio convenia lo hiciese.

Recibida la cédula, se partió, y llegó á Cádiar con el moro que antes habia llevado la carta: avisóle como tenia lo que pedia; que se viese con él en el sitio y lugar que antes se habian visto. Llegado el Xéniz, y vista la cédula y perdon, la besó y puso sobre su cabeza: lo mismo hicieron los que con él venian; y despidiéndose dél, fueron á poner en ejecucion lo concertado. Francisco Barredo se volvió al castillo de Bérchul, porque allí le dijo el Xeniz que le aguardase; Gonzalo el Xeniz y los demás acordaron, para hacello á su salvo, que seria bien que uno dellos fuese á Abdalá Abenabó, y de su parte le dijese que la noche siguiente se viese con él en las cuevas de Bérchul, porque tenia que platicar con él cosas que convenian á todos. Sabido por Abenabó, vino aquella noche á las cuevas solo con un moro, de quien se fiaba mas que de ninguno; y antes que llegase á las cuevas despidió veinte tiradores que de ordinario le acompañaban, todo á fin de que no se supiese adonde tenia la noche. Saludóle Gonzalo el Xeniz, diciéndole: «Abdalá Abenabó, lo que te quiero decir es que mires estas cuevas, que están llenas de gente desventurada, así de enfermos como de viudas y huérfanos, y ser las cosas llegadas á tales términos, que si todos no se daban á merced del Rey, serían muertos y destruidos; y haciéndolo, quedarian libres de tan gran miseria.» Cuando Abenabó oyó las palabras del Xeniz, dió un grito que pareció se le habia arrancado el alma, y echando fuego por los ojos le dijo: «¡Como, Xeniz! ¿Para esto me llamabas? ¿Tal traicion me tenias guardada en tu pecho? No me hables mas ni le vea yo;» y diciendo esto, se fué para la boca de la cueva; mas un moro que se decia Cubayas le asió los brazos por detrás, y uno de los sobrinos del Xeniz le dió con el mocho de la escopeta en la cabeza y le aturdió, y el Xeniz le dió con

una losa y le acabó de matar: tomaron el cuerpo, y envuelto en unos zarzos de cañas le echaron la cueva abajo, y esa noche le llevaron sobre un macho á Bérchul, adonde hallaron á Francisco Barredo y á su hermano Andrés Barredo: allí le abrieron y sacaron las tripas, hinchiendo el cuerpo de paja. Hecho esto, Francisco Barredo requirió á los soldados del presidio y á su capitan que le diese ayuda y favor para llevarle á Granada. Visto el requerimiento, le acompañaron, y en el camino encontraron con doscientos y cincuenta moros de paz, que sabida la muerte de Abenabó, y el nuevo perdon que el Rey daba, llegaron á reducirse. Vinieron á Armilla, lugar de la Vega, y allí le pusieron caballero en un macho de albarda, y una tabla en las espaldas, que sustentaba el cuerpo, que todos le viesen; los moros de paz iban delante y los soldados y Francisco Barredo detrás. Llegados á Granada, al entrar en la plaza de Bibarrambla hicieron salva; lo proprio en llegando á la chancillería: allí á vista del Presidente la cortaron la cabeza, y el cuerpo entregaron á los muchachos, que después de habello arrastrado por la ciudad, lo quemaron; la cabeza pusieron encima de la puerta de la ciudad, la que dicen puerta del Rastro, colgada de una escarpia á la parte de dentro, y encima una jaula de palo, y un rétulo en ella que decia:

ESTA ES LA CABEZA
DEL TRAIDOR DE ABENABÓ.
NADIE LA QUITE,
SO PENA DE MUERTE.

Tal fin hizo este moro, á quien ellos tuvieron por rey despues de Aben Humeya: los moros que quedaban, unos se dieron de paz y otros se pasaron á Berbería; y á los demás las cuadrillas y la frialdad de la sierra y mal pasar los acabó; y feneció la guerra y levantamiento.

Quedó la tierra despoblada y destruida; vino gente de toda España á poblarla, y dábanles las haciendas de los moriscos con un pequeño tributo que pagan cada un año: á Francisco Barredo le hizo el Rey merced de seis mil ducados, y que estos se los diesen en bienes raíces de los moriscos, y una casa en la calle de la Aguila, que era de un mudéjar echado del reino; después pasó en Berbería algunas veces á rescatar captivos, y en un convite le mataron.

LA VIDA

DE

LAZARILLO DE TORMES,

Y

SUS FORTUNAS Y ADVERSIDADES.

PARTE PRIMERA

por

DON DIEGO HURTADO DE MENDOZA.

AL LECTOR.

PRÓLOGO DEL AUTOR.

Yo por bien tengo que cosas tan señaladas y por ventura nunca oidas ni vistas vengan á noticia de muchos, y no se entierren en la sepultura del olvido; pues podria ser que alguno que las lea, halle algo que le agrade, y á los que no ahondáren tanto, los deleite. Y á este propósito dice Plinio: que no hay libro por malo que sea, que no tenga alguna cosa buena; mayormente que los gustos no son todos unos, mas lo que uno no come, otro se pierde por ello; y así vemos cosas tenidas en poco de algunos, que de otros no lo son; y por esto ninguna cosa se deberia romper ni echar á mal (si muy detestable no fuese), sino que á todos se comunicase, mayormente siendo sin perjuicio, y pudiendo sacar de ella algun fruto. Porque si así no fuese, muy pocos escribirian para uno solo, pues no se hace sin trabajo; y quieren, ya que lo pasan, ser recompensados, no con dineros, mas con que vean y lean sus obras, y si hay de qué, se las alaben. Y á este propósito dice Tulio: *la honra cria las artes*. ¿Quién piensa que el soldado que es primero en la escala tiene mas aborrecido el vivir? no por cierto; mas el deseo de alabanza le hace ponerse al peligro; y así en las artes y letras es lo mismo. Predica muy bien el Presentado, y es hombre que desea mucho el provecho de las ánimas; mas pregunten á su merced, si le pesa cuando le dicen: ¡oh qué maravillosamente lo ha hecho V. R.! Justó muy ruinmente el Sr. D. Fulano, y dió el sayete de armas al truhan, porque lo loaba de haber llevado muy buenas lanzas: ¿qué hiciera si fuera verdad? Y todo va de esta manera: que confesando yo no ser mas santo que mis vecinos, de esta nonada que en este grosero estilo escribo, no me pesará que hayan parte y se huelguen con ello todos los que en ella algun gusto hallaren, y vean que vive un hombre con tantas fortunas, peligros y adversidades. Suplico á vuestra merced reciba el pobre servicio de mano de quien lo hiciera mas rico, si su poder y deseo se conformaran. Y pues vuestra merced escribe se

le escriba y relate el caso muy por estenso, parecióme no tomalle por el medio, sino del principio, porque se tenga entera noticia de mi persona; y tambien porque consideren los que heredaron nobles estados, cuán poco se les debe, pues fortuna fue con ellos parcial; y cuanto mas hicieron los que, siéndoles contraria, con fuerza y maña remando salieron á buen puerto.

LA VIDA

DE

LAZARILLO DE TORMES,

Y SUS FORTUNAS Y ADVERSIDADES.

CUENTA LÁZARO SU VIDA Y CÚYO HIJO FUÉ.

Pues sepa vuestra merced ante todas cosas, que á mi llaman Lázaro de Tormes, hijo de Tomé Gonzalez y de Antona Perez, naturales de Tejares, aldea de Salamanca. Mi nacimiento fué dentro del rio Tormes, por la cual causa tomé el sobrenombre, y fué de esta manera: Mi padre (que Dios perdone) tenia cargo de proveer una molienda de una aceña que está ribera de aquel rio, en la cual fue molinero mas de quince años: y estando mi madre una noche en la aceña preñada de mi, tomóla el parto y parióme allí; de manera que con verdad me puedo decir nacido en el rio. Pues siendo yo niño de ocho años, achacaron á mi padre ciertas sangrías mal hechas en los costales de los que allí á moler venian, por lo cual fué preso, y confesó y no negó, y padeció persecucion por justicia. Espero en Dios que esté en la gloria, pues el Evangelio los llama bienaventurados. En este tiempo se hizo cierta armada contra Moros, entre los cuales fué mi padre, que á la sazon estaba desterrado por el desastre ya dicho, con cargo de acemilero de un caballero que allá fué, y con su señor, como leal criado, feneció su vida. Mi viuda madre, como sin marido y sin abrigo se viese, determinó arrimarse á los buenos por ser uno de ellos, y vínose á vivir á la ciudad, y alquiló una casilla, y metiase á guisar de comer á ciertos estudiantes, y lavaba la ropa á ciertos mozos de caballos del Comendador de la Magdalena; de manera que frecuentando las caballerizas, ella y un hombre moreno de aquellos que las bestias cuidaban, vinieron en conocimiento. Este algunas veces se venia á nuestra casa, y se iba á la mañana. Otras veces de dia llegaba á la puerta en achaque de comprar huevos, y entrábase en la casa. Yo al

principio de su entrada pesábame con él, y habíale miedo viendo el color y mal gesto que tenia; mas de que ví que con su venida mejoraba el comer, fúile queriendo bien; porque siempre traia pan, pedazos de carnes, y en el invierno leños á que nos calentábamos; de manera que continuando la posada y conversacion, mi madre vino á darme un negrito muy bonito, el cual yo brincaba y ayudaba á calentár. Y acuérdome que estando el negro de mi padrastro trebejando con el mozuelo, como el niño veia á mi madre y á mi blancos, y á él no, huia de él con miedo para mi madre, y señalando con el dedo decia: madre, coco; respondió él riendo, hideputa. Yo, aunque bien muchacho, noté aquella palabra de mi hermanico, y dije entre mí: cuántos debe de haber en el mundo que huyen de otros, por que no se ven á sí mismos. Quiso nuestra fortuna que la conversacion del Zayde (que así se llamaba) llegó á oidos del mayordomo; y hecha pesquisa, hallóse que la mitad por medio de la cebada que para las bestias le daban, hurtaba; y salvados, leña, almohazas, mandiles, y las mantas y sábanas de los caballos hacia perdidas: y cuando otra cosa no tenia, las bestias desherraba; y con todo esto acudia á mi madre para criar á mi hermanico. No nos maravillemos de un clérigo ni de un fraile, por que el uno hurta de los pobres y el otro de su casa para sus devotas y para ayuda de otro tanto, cuando á un pobre esclavo el amor le animaba á esto. Y probósele cuanto digo y aun mas; porque á mí con amenazas me preguntaban, y como niño respondia y descubria cuanto sabia con miedo, hasta ciertas herraduras que por mandado de mi madre á un herrero vendí. Al triste de mi padrastro azotaron y pringaron, y á mi madre pusieron pena por justicia sobre el acostumbrado centenario, que en casa del sobredicho Comendador no entrase, ni al lastimado Zayde en la suya acogiese. Por no echar la soga tras el caldero, la triste se esforzó y cumplió la sentencia; y por evitar peligro y quitarse de malas lenguas, se fué á servir á los que al presente vivian en el meson de la Solana, y allí padeciendo mil importunidades acabó de criar á mi hermanico hasta que supo andar, y á mi hasta ser buen mozuelo, que iba á los huéspedes por vino y candelas y por lo demás que me mandaban.

En este tiempo vino á posar al meson un ciego, al cual pareciéndole que yo sería apropósito para adestralle, me pidió á mi madre, y ella me encomendó á él, diciéndole como era hijo de un buen hombre, el cual por ensalzar la fé, habia muerto en la batalla de los Gelves; y que ella confiaba en Dios no saldria peor hombre que mi padre, y que

le rogaba me tratase bien y mirase por mí, pues era huérfano. Él respondió que así lo haria y que me recibia, no por mozo, sino por hijo; y así le comencé á servir y adestrar á mi nuevo y viejo amo. Como estuvimos en Salamanca algunos dias, pareciéndole á mi amo que no era la ganancia á su contento, determinó irse de allí. Y cuando nos hubimos de partir, yo fuí á ver á mi madre; y ambos llorando, me dió su bendicion, y dijo: hijo, ya sé que no te veré mas; procura de ser bueno, y Dios te guie. Criado te hé, y con buen amo te he puesto; válete por ti. Y así me fui para mi amo, que esperándome estaba.

Salimos de Salamanca, y llegando á la puente, está á la entrada de ella un animal de piedra que casi tiene forma de toro; y el ciego mandóme que llegase cerca del animal, y allí puesto me dijo: Lázaro, llega el oido á este toro y oirás gran ruido dentro de él. Yo simplemente llegué, creyendo ser así; y como sintió que tenia la cabeza á par de la piedra, afirmó recio la mano y dióme una gran calabazada en el diablo del toro, que mas de tres dias me duró el dolor de la cornada; y díjome: nécio, aprende que el mozo del ciego un punto ha de saber mas qne el diablo, y rió mucho de la burla.

Parecióme que en aquel instanle disperté de la simpleza en que, como niño, dormido estaba, y dije entre mí: verdad dice este, que me cumple avivar el ojo y avisar, pues solo soy, y pensar como me sepa valer. Comenzamos nuestro camino, y en muy pocos dias me mostró gerigonza. Y como me viese de buen ingenio, holgábase mucho, y decia: yo oro ni plata no te lo puedo dar, mas avisos para vivir muchos te mostraré. Y fue así, que despues de Dios este me dió la vida, y siendo ciego, me alumbró y adestró en la carrera de vivir. Huelgo de contar á vuestra merced estas niñerías, para mostrar cuánta virtud sea saber los hombres subir siendo bajos; y dejarse bajar, siendo altos, cuánto vicio.

Pues tornando al bueno de mi ciego y contando sus cosas, vuestra merced sepa que desde que Dios crió el mundo, ninguno formó mas astuto ni sagaz. En su oficio era un águila. Ciento y tantas oraciones sabia de coro; un tono bajo reposado y muy sonable, que hacia reresonar la Iglesia donde rezaba; un rostro humilde y devoto, que con muy buen continente ponia cuando rezaba, sin hacer gestos ni visages con boca ni ojos, como otros suelen hacer. Allende de esto tenia otras mil formas y maneras para sacar el dinero. Decia saber oraciones para muchos y diversos efectos: para mugeres que no parian; para las que estaban de parto; para las qtie eran mal casadas, que sus maridos las

quisiesen bien. Echaba pronósticos á las preñadas, si traian hijo ó hija; pues en caso de medicina decia que Galeno no supo la mitad que él para muelas, desmayos y males de madre. Finalmente nadie le decia padecer alguna pasion, que luego no le decia: haced esto, hareis estotro, coced tal yerba, tomad tal raiz. Con esto andábase todo el mundo tras él, especialmente mugeres, que cuanto les decia creian. De estas sacaba él grandes provechos con las artes que digo, y ganaba mas en un mes que cien ciegos en un año. Mas tambien quiero que sepa vuestra merced, que con todo lo que adquiria y tenia, jamás tan avariento ni mezquino hombre no ví; tanto que me mataba á mi de hambre, y así no me remediaba de lo necesario. Digo verdad: si con mi sotileza y buenas mañas no me supiera remediar, muchas veces me finara de hambre. Mas con todo su saber y aviso le contraminaba de tal suerte, que siempre ó las mas veces me cabia lo mas y mejor. Para esto le hacia burlas endiabladas, de las cuales contaré algunas, aunque no todas á mi salvo. Él traia el pan y todas las otras cosas en un fardel de lienzo, que por la boca se cerraba con una argolla de hierro y su candado y llave; y al meter de las cosas y sacarlas, era con tanta vigilancia y tan por contadero, que no bastara todo el mundo hacerle menos una migaja. Mas yo tomaba aquella laceria que él me daba, la cual en menos de dos bocados era despachada: y despues que cerraba el candado y se descuidaba, pensando que yo estaba entendiendo en otras cosas, por un poco de costura que muchas veces del un lado del faldel descocia y tornaba á coser, sangraba el avariento faldel; sacando no por tasa pan, mas buenos pedazos, torreznos y longanizas. Y así buscaba conveniente tiempo para rehacer, no la chaza, sino la endiablada falta que el mal ciego me faltaba. Todo lo que podia sisar y hurtar, traia en medias blancas; y cuando le mandaban rezar y le daban blancas, como él carecia de vista, no habia el que se la daba amagado con ella, cuando yo la tenia lanzada en la boca y la media aparejada, que por presto que él echaba la mano, ya iba de mi cambio aniquilada en la mitad del justo precio. Quejábaseme el mal ciego, porque al tiento luego conocia y sentia que no era blanca entera, y decía: qué diablo es esto, que despues que conmigo estás no me dan sino medias blancas, y de antes una blanca y un maravedí hartas veces me pagaban: en tí debe de estar esta desdicha.

Tambien él abreviaba el rezar y la mitad de la oracion no acababa, porque me tenia mandado que en yéndose el que la mandaba rezar, le tirase por el cabo del capuz. Yo así lo hacia, y luego él tornaba á dar

voces, diciendo: ¿mandan rezar tal y tal oracion? como suelen decir.

Usaba poner cabe si un jarrillo de vino cuando comíamos; yo muy de presto le asia y daba un par de besos callados; y tornábale á su lugar; mas duróme poco, que en los tragos conocia la falta; y por reservar su vino á salvo, nunca despues desamparaba el jarro, antes lo tenia por el asa asido. Mas no habia piedra iman, que así trajese á sí como yo con una paja larga de centeno que para aquel menester tenia hecha; la cual metiéndola en la boca del jarro, chupando el vino, lo dejaba á buenas noches. Mas como fuese el traidor tan astuto, pienso que me sintió: y dende en adelante mudó de propósito, y asentaba su jarro entre las piernas y tapábale con la mano, y así bebia seguro. Yo como estaba hecho al vino, moria por él: y viendo que aquel remedio de la paja no me aprovechaba ni valia, acordé en el suelo del jarro hacerle una fuentecilla y agujero sutil, y delicadamente con una muy delgada tortilla de cera taparlo; y al tiempo de comer, fingiendo haber frio, entrábame entre las piernas del triste ciego á calentarme en la pobrecilla lumbre que teniamos; y al calor de ella, luego derretida la cera, por ser muy poca, comenzaba la fuentecilla á destilarme en la boca, la cual yo de tal manera ponia, que maldita la gota se perdia. Cuando el pobrete iba á beber no hallaba nada: espantábase, maldecíase, daba al diablo el jarro y el vino, no sabiendo qué podia ser. No direis, tio, que os lo bebo yo, decia, pues no le quitais de la mano. Tantas vueltas y tientos dió al jarro, que halló la fuente y cayó en la burla: mas así lo disimuló como si no lo hubiera sentido; y luego otro dia, teniendo rezumando mi jarro como solia, no pensando el daño que me estaba aparejado, ni que el mal ciego me sentia, sentéme como solia, estando recibiendo aquellos dulces tragos, mi cara puesta hácia el cielo, un poco cerrados los ojos, por mejor gustar el sabroso licor. Sintió el desesperado ciego que agora tenia tiempo de tomar de mí venganza, y con toda su fuerza alzando con dos manos aquel dulce y amargo jarro, le dejó caer sobre mi boca, y ayudándose, como digo, con todo su poder; de manera que el pobre Lázaro, que de nada de esto se guardaba, antes, como otras veces, estaba descuidado y gozoso, verdaderamente me pareció que el cielo con todo lo que en él hay, me habia caido encima. Fué tal el golpecillo, que me desatinó y sacó de sentido, y el jarrazo tan grande, que los pedazos de él se me metieron por la cara, rompiéndomela por muchas partes, y me quebró los dientes, sin los cuales hasta hoy dia me quedé. Desde aquella hora quise mal al mal ciego: y aunque me queria y regalaba y me curaba, bien ví

que se habia holgado del cruel castigo. Lavóme con vino las roturas que con los pedazos del jarro me habia hecho, y sonriéndose, decia: que te parece, Lázaro, lo que te enfermó te sana y da salud, y otros donaires qué á mi gusto no lo eran. Ya que estuve medio bueno de mi negra trepa y cardenales, considerando que á pocos golpes tales el cruel ciego ahorraria de mí, quise yo ahorrar de él: mas no lo hice tan presto, por hacerlo mas á mi salvo y provecho.

Aunque yo quisiera asentar mi corazon y perdonalle el jarrazo, no daba lugar el mal tratamiento que el mal ciego desde allí adelante me hacia; que sin causa ni razon me heria, dándome coscorrones y repelándome. Y si alguno le decia, por qué me trataba tan mal, luego contaba el cuento del jarro, diciendo: ¿pensais que este mi mozo es algun inocente? pues oid si el demonio ensayara otra tal hazaña. Santiguándose los que le oian, decian: mira, quien pensara de un mochacho tan pequeño tal ruindad, y reian mucho del artificio, y decíanle: castigadlo, castigadlo, que de Dios lo habreis; y él con aquello nunca otra cosa hacia: y en esto yo siempre le llevaba por los peores caminos, y adrede por le hacer mal y daño. Si habia piedras, por ellas; si lodo, por lo mas alto; que aunque yo no iba por lo mas enjuto, holgábame á mí de quebrar un ojo por quebrar dos al que ninguno tenia. Con esto siempre con el cabo alto del tiento me atentaba el colodrillo, el cual siempre traia lleno de tolondrones y pelado de sus manos. Y aunque yo juraba no lo hacer con malicia, sino por no hallar mejor camino, no me aprovechaba ni me creia; mas tal era el sentido y el grandísimo entendimiento del traidor.

Y porque vea vuestra merced á cuánto se estendia el ingenio de este astuto ciego, contaré un caso de muchos que con él me acaecieron, en el cual me parece dió bien á entender su gran astucia. Cuando salimos de Salamanca, su motivo fué venir á tierra de Toledo, porque decia ser la gente mas rica, aunque no muy limosnera. Arrimábase á este refran: *mas da el duro que el desnudo*. Y vinimos á este camino por los mejores lugares. Donde hallaba buena acogida y ganancia, detenïamonos; donde no, al tercero dia haciamos San Juan. Acaeció que llegando á un lugar que llaman *Almorox*, al tiempo que cogian las uvas, un vendimiador le dió un racimo de ellas en limosna; y como suelen ir los cestos maltratados, y tambien porque la uva en aquel tiempo está muy madura, desgranábasele el racimo en la mano; para echarlo en el fardel, tornábase mosto; y de lo que á él se llegaba, acordó de hacer un banquete, así por no lo poder llevar, como por

contentarme; que aquel dia me habia dado muchos rodillazos y golpes. Sentámonos en un valladar, y dijo: agora quiero yo usar contigo de una liberalidad, y es que ambos comamos este racimo de uvas, y que hayas de él tanta parte como yo. Partillo hemos de esta manera: tú picarás una vez, y yo otra, con tal que me prometas no tomar cada vez mas de una uva, yo haré lo mismo hasta que lo acabemos, y de esta suerte no habrá engaño. Hecho así el concierto comenzamos, mas luego al segundo lance el traidor mudó propósito, y comenzó á tomar de dos en dos, considerando que yo deberia hacer lo mismo. Como ví que él quebraba la postura, no me contenté ir á la par con él, mas aun pasaba adelante, dos á dos y tres á tres, y como podia las comia. Acabado el racimo, estuvo un poco con el escobajo en la mano, y meneando la cabeza, dijo: Lázaro, engañádomehas: juraré yo á Dios que has tú comído las uvas tres á tres. No comí, dije yo: mas ¿por qué sospechais eso? Respondió el sagacísimo ciego: ¿sabes en qué veo que las comiste tres á tres? en que comia yo dos á dos, y callabas. Reíme entre mí, y aunque mochacho, noté la discreta consideracion del ciego. Mas por no ser prolijo, dejo de contar muchas cosas así graciosas como de notar, que con este mi primer amo me acaecieron; y quiero decir el despidiente, y con él acabar. Estábamos en Escalona, villa del Duque de ella, y dióme un pedazo de longaniza que le asase. Ya que la longaniza habia pringado, y comídose las pringadas, sacó un maravedí de la bolsa, y mandóme que fuese por él de vino á la taberna. Púsome el demonio el apárejo delante los ojos, el cual (como suelen decir) hace al ladron: y fué que habia cabe el fuego un nabo pequeño, larguillo y ruinoso, y tal que por no ser para la olla, debió de ser echado allí. Y como al presente nadie estuviese sino él y yo solos, como me ví con apetito goloso, habiéndome puesto dentro el sabroso olor de la longaniza, del cual solamente sabia que habia de gozar, no mirando qué me podria suceder, pospuesto todo el temor por cumplir con el deseo, en tanto que el ciego sacaba de la bolsa el dinero, saqué la longaniza, y muy presto metí el sobredicho nabo en el asador: el cual mi amo, dándome el dinero para el vino, tomó y comenzó á dar vueltas al fuego, queriendo asar al que de ser cocido por sus deméritos habia escapado. Yo fuí por el vino, con el cual no tardé en despachar la longaniza: y cuando vine, hallé al pecador del ciego que tenia entre dos rebanadas apretado el nabo, al cual aun no habia conocido, por no haber tentado con la mano. Como tomase las rebanadas y mordiese en ellas, pensando tambien llevar parte de la longaniza, hallóse en

frio con el frio nabo, alteróse y díjo: ¿qué es esto, Lazarillo? ¡Lazerado de mí, dije yo, si quereis á mi echar algo! ¿yo no vengo de traer el vino? alguno estaba ahí, y por burlar haria esto. No, no, dijo él, que yo no he dejado el asador de la mano; no es posible. Yo torné á jurar y perjurár que estaba libre de aquel trueco y cambio; mas poco me aprovechó, pues á las astucias del maldito ciego nada se le escondia. Levantose y asióme por la cabeza y llegóse á olerme, y como debió sentir el huelgo á uso de buen podenco, por mejor satisfacerse de la verdad, y con la gran agonía que llevaba, asiéndome con las manos, abrióme la boca mas de su derecho, y desatentadamente metia la nariz, la cuál él tenia luenga y afilada. que en aquella sazon con el enojo se habia aumentado un palmo, con el pico de la cual me llegó al gallillo. Con esto y con el gran miedo que tenia y con la brevedad del tiempo, la negra longaniza aun no habia hecho asiento en el estómago; y lo mas principal, con el destiento de la cumplidísima nariz, medio casi ahogado me tuvo: todas estas cosas se juntaron y fueron causa que el hecho y golosina se manifestase, y lo suyo fuese vuelto á su dueño: de manera que antes que el mal ciego sacase de mi boca su trompa, tal alteracion sintió mi estómago, que le dió con el hurto en ella, de suerte que su nariz y la negra mal mascada longaniza á un tiempo salieron de mi boca. ¡Oh gran Dios! ¡quién estuviera á aquella hora sepultado, que muerto ya lo estaba! Fué tal el corage del perverso ciego, que si al ruido no acudieran, pienso no me dejara con la vida.

Sacáronme dentre sus manos, dejándoselas llenas de aquellos pocos cabellos que tenia, arañada la cara y rascuñado el pescuezo y la garganta: y esto bien lo merecia, pues por mi maldad me venian tantas persecuciones. Contaba el mal ciego á todos cuantos allí se allegaban mis desastres, y dábales cuenta una y otra vez, así de la del jarro, como de la del racimo, y agora de lo presente. Era la risa de todos tan grande, que toda la gente que por la calle pasaba entraba á ver la fiesta. Mas con tanta gracia y donaire contaba el ciego mis hazañas, que aunque yo estaba tan maltratado y llorando, me parecia que hacia injusticia en no se las reir. Y en cuanto esto pasaba, á la memoria me vino una cobardía y flojedad que hice porque me maldecia, y fué no dejalle sin narices, pues tan buen tiempo tuve para ello, que la mitad del camino estaba andado; que con solo apretar los dientes se me quedaran en casa, y con ser de aquel malvado por ventura lo retuviera mejor mi estómago, que retuvo la longaniza, y no pareciendo ellas, pudiera negar la demanda. Pluguiera á Dios que lo hubiera hecho,

que eso fuera así que así. Hiciéronnos amigos la mesonera y los que allí estaban, y con el vino que para beber le habia traido, laváronme la cara y la garganta, sobre lo cual discataba el mal ciego donaires, diciendo: por verdad mas vino me gasta este mozo en lavatorios al cabo de año, que yo bebo en dos. Á lo menos Lázaro eres en mas cargo al vino que á tu padre, porque él una vez te enjendró, mas el vino mil te ha dado la vida. Y luego contaba cuantas veces me habia descalabrado y harpado la cara, y con vino luego sanaba. Yo te digo, dijo, que si hombre en el mundo ha de ser bienaventurado con vino, que serás tú; y reian mucho los que me lavaban con esto, aunque yo renegaba. Mas el pronóstico del ciego no salió mentiroso, y despues acá muchas veces me acuerdo de aquel hombre que sin duda debia tener espíritu de profecía; y me pesa de los sinsabores que le hice, aunque bien se los pagué, considerando lo que aquel dia me dijo, salirme tan verdadero como adelante vuestra merced oirá.

Visto esto y las malas burlas que el ciego burlaba de mí, determiné de todo en todo dejalle, y como lo traia pensado y lo tenia en voluntad, con este postrer juego que me hizo, afirmelo mas. Y fué así que luego otro dia salimos por la villa á pedir limosna, y habia llovido mucho la noche antes, y porqne el dia tambien llovia, andaba rezando debajo de unos portales que en aquel pueblo habia, donde no nos mojábamos. Mas como la noche se venia y el llover no cesaba, díjome el ciego: Lázaro, esta agua es muy porfiada, y cuanto la noche mas cierra, mas recia: acojámonos á la posada con tiempo. Para ir allá habíamos de pasar un arroyo que con la mucha agua iba grande; yo le dije: tio, el arroyo va muy ancho; mas si quereis, yo veo por donde travesemos mas ahina sin mojarnos, porque se estrecha allí mucho, y saltando pasaremos á pié enjuto. Parecióle buen consejo y dijo: discreto eres, por esto te quiero bien: llévame á ese lugar, donde el arroyo se ensangosta, qne ahora es invierno y sabe mal el agua, y mas llevar los piés mojados. Yo que ví el aparejo á mi deseo, saquéle debajo los portales y llevéle derecho de un pilar ó poste de piedra que en la plaza estaba, sobre el cual y sobre otros cargaban saledizos de aquellas casas, y díjele: tio este es el paso mas angosto que en el arroyo hay. Como llovia recio y el triste se mojaba, y con la prisa que llebávamos de salir del agua que encima nos caia, y lo mas principal porque Dios le cegó aquella hora el entendimiento, fué por darme de él venganza. Creyóse de mí, y dijo: ponme bien derecho y salta tú el arroyo. Yo le puse bien derecho en frente del pilar, y doy un salto y

póngeme detrás del poste, como quien espera tope de toro, y díjele: sus, salta todo lo que podais, porque deis de este cabo del agua. Aun apenas lo habia acabado de decir, cuando se abalanza el pobre ciego como cabron, de toda su fuerza arremete, tomando un paso atrás de la corrida para hacer mayor salto, y da con la cabeza en el poste, que sonó tan recio como si diera con una gran calabaza, y cayó luego para atrás medio muerto y hendida la cabeza. ¡Cómo! ¿y oliste la longaniza y no el poste? oledle, dije yo. Y déjole en poder de mucha gente que le habia ido á socorrer, y tomo la puerta de la villa en los piés de un trote; y antes que la noche viniese, dí conmigo en Torrijos. No supe mas lo que Dios de él hizo, ni curé de lo saber.

COMO LÁZARO SE ASENTÓ CON UN CLÉRIGO,

Y DE LAS COSAS QUE CON ÉL PASÓ.

Otro dia no pareciéndome estar allí seguro, fuime á un lugar que llaman Maqueda, adonde me toparon mis pecados con un Clérigo, que llegando á pedir limosna, me preguntó si sabia ayudar á misa; yo dije que sí, como era verdad; que aunque maltratado, mil cosas buenas me mostró el pecador del ciego, y una de ellas fué esta. Finalmente, el Clérigo me recibió por suyo.

Escapé del trueno y dí en el relámpago, porque era el ciego para con este un Alejándro Magno, con ser la misma avaricia, como he contado. No digo mas, sino que toda la lacería del mundo estaba encerrada en este. No sé si de su cosecha era, ó lo habia anejado con el hábito de clerecía. Él tenia un arcaz viejo y cerrado con su llave, la cual traia atada con un agujeta del paletoque: y en viendo el bodigo de la Iglesia, por su mano era luego allí lanzado, y tornaba á cerrar el arca: en toda la casa no habia ninguna cosa de comer, como suele estar en otras algun tocino colgado al humero, algun queso puesto en alguna tabla, ó en el armario algun canastillo con algunos pedazos de pan que de la mesa sobran, que me parece á mí, que aunque de ello no me aprovechara, con la vista de ello me consolara: solamente habia una horca de cebollas y tras la llave en una cámara en lo

alto de la casa ; de estas tenia yo de racion una para cada cuatro dias; y cuando le pedia la llave para ir por ella, si alguno estaba presente echaba mano al falsopeto, y con gran continencia la desataba y me la daba, diciendo: toma, y vuélvela luego, no hagais sino golosinar; como si debajo de ella estuvieran todas las conservas de Valencia, con no haber en la dicha cámara, como dije, maldita la otra cosa que las cebollas colgadas de un clavo, las cuales él tenia tan bien por cuenta, que si por mal de mis pecados me desmandara á mas de mi tasa, me costara caro. Finalmente yo me finara de hambre, pues ya que conmigo tenia poca caridad, consigo usaba mas: cinco blancas de carne era su ordinario para comer y cenar: verdad es que partia conmigo del caldo; que de la carne, tan blanco el ojo, sino un poco de pan: y pluguiera á Dios que me demediara. Los sábados cómense en esta tierra cabezas de carnero, y enviábame por una que costaba tres maravedís. Aquella la cocia, y comia los ojos y la lengua, y el cogote y sesos, y la carne que en las quijadas tenia, y dábame todos los huesos roidos, y dábamelos en el plato, diciendo: toma, come, triunfa, que para ti es el mundo: mejor vida tienes que el Papa: ¡tal te la dé Dios! decia yo paso entre mí.

Á cabo de tres semanas que estuve con él, vine á tanta flaqueza que no me podia tener en las piernas de pura hambre. Vime claramente ir á la sepultura, si Dios y mi saber no me remediaran. Para usar de mis mañas no tenia aparejo, por no tener en que dalle asalto: y aunque algo hubiera, no pudiera cegalle, como hacia al que Dios perdone, si de aquella calabazada feneció: que todavía aunque astuto, con faltalle aquel preciado sentido, no me sentia. Mas estotro, ninguno hay que tan aguda vista tuviese, como él tenia. Cuando al ofertorio estábamos, ninguna blanca en la concha caia, que no era de él registrada: el un ojo tenia en la gente, y el otro en mis manos. Bailábanle los ojos en el cajo como si fueran azogue. Cuantas blancas ofrecian tenia por cuenta, y acabado el ofrecer, luego me quitaba la concheta y la ponia sobre el altar. No fuí yo señor de asirle una blanca todo el tiempo que con él viví, ó por mejor decir, morí. De la taberna nunca le traje una blanca de vino: mas aquel poco que de la ofrenda habia metido en su arcaz, compasaba de tal forma que le duraba toda la semana. Y por ocultar su gran mezquindad, decíame: mira, mozo, los sacerdotes han de ser muy templados en su comer y beber, y por esto yo no me desmando como otros. Mas el lacerado mentia falsamente, porque en cofradías y mortuorios que rezamos á costa agena, comia como

lobo y bebia mas que un saludador. Y porque dije mortuorios, Dios me perdone, que jamás fuí enemigo de la naturaleza humana sino entonces: y esto era porque comíamos bien y me hartaban. Deseaba y aun rogaba á Dios que cada dia matase el suyo. Cuando dábamos sacramento á los enfermos, especialmente la Extremauncion, como manda el Clérigo rezar á los que estan allí, yo cierto no era el postrero de la oracion; y con todo mi corazon y buena voluntad rogaba al Señor, no que le echase á la parte que mas servido fuese, como se suele decir, mas que le llevase de este mundo: y cuando alguno de estos escapaba (Dios me lo perdone), que mil veces le daba al diablo, y el que se moria otras tantas bendiciones llevaba de mí dichas: porque en todo el tiempo que allí estuve, que serian cuasi seis meses, solas veinte personas fallecieron; y estas bien creo que las maté yo, ó por mejor decir, murieron á mi recuesta: porque viendo el Señor mi rabiosa y continua muerte, pienso que holgaba de matarlos por darme á mí vida. Mas de lo que al presente padecia, remedio no hallaba, que si el dia que enterrábamos, yo vivia, los dias que no habia muerto, por quedar bien vezado de la hartura, tornando á mi cuotidiana hambre, mas lo sentia; de manera que en nada hallaba descanso, salvo en la muerte, que yo tambien para mí como para los otros deseaba algunas veces. Mas no la via, aunque estaba siempre en mi.

Pensé muchas veces irme de aquel mezquino amo, mas por dos cosas lo dejaba. La primera, por no me atrever á mis piernas, por temer de la flaqueza que de pura hambre me venia; y la otra, consideraba y decia: yo he tenido dos amos; el primero traíame muerto de hambre, y dejándole topé con estotro, que me tiene ya con ella en la sepultura; pues si de este desisto y doy con otro mas bajo, ¿qué será sino fenecer? Con esto no me osaba menear, porque tenia por fe que todos los grados habia de hallar mas ruines, y á abajar otro punto, no sonára Lázaro ni se oyera en el mundo.

Pues estando en tal afliccion, que plega al Señor librar de ella á todo fiel cristiano, y sin saber darme consejo, viéndome ir de mal en peor; un dia que el cuitado, ruin y lacerado de mi amo habia ido fuera del lugar, llegóse acaso á mi puerta un calderero, el cual yo creo que fué ángel enviado á mí por mano de Dios en aquel hábito, y preguntome si tenia algo que adobar.

En mí teníades bien que hacer; y no haríades poco, si me remediásedes, dije paso que no me oyó. Mas como no era tiempo de gastallo en decir gracias, alumbrado por el Espíritu Santo, le dije: tio, una

llave de esta arca he perdido, y temo mi señor me azote: por vuestra vida veais, si en estas que traeis, hay alguna que le haga, que yo os lo pagaré. Comenzó á probar el angélico calderero una y otra de un gran sartal que de ellas traia, y yo á ayudalle con mis flacas oraciones: cuando no me cato, veo en figura de panes, como dicen, la cara de Dios dentro del arcaz; y abierto, díjele; yo no tengo dineros que os dar por la llave, mas tomad de ahí el pago. Él tomó un bodigo de aquellos, el que mejor le pareció, y dejándome mi llave se fué muy contento, dejándome mas á mí. Mas no toqué en nada por el presente, porque no fuese la falta sentida; y aun porque me ví de tanto bien señor, parecióme que la hambre no se me osaba llegar.

Vino el mísero de mi amo, y quiso Dios no miró en la oblada que el ángel habia llevado; y otro dia en saliendo de casa, abro mi paraiso panal y tomo entre las manos y dientes un bodigo, y en dos credos le hice invisible, no se me olvidando el arca abierta: y comienzo á barrer la casa con mucha alegría, pareciéndome con aquel remedio remediar dende en adelante la triste vida, y así estuve con ello aquel dia y otro gozoso. Mas no estaba en mi dicha que me durase mucho aquel descanso, porque luego al tercero dia me vino la terciana derecha; y fué que veo á deshora al que me mataba de hambre sobre nuestro arcaz, volviendo y revolviendo, contando y tornando á contar los panes. Yo disimulaba, y en mi secreta oracion y devociones y plegarias decia, S. Juan y ciégale.

Despues que estuvo un gran rato echando la cuenta, por dias y dedos contando, dijo: si no tuviera á tan buen recaudo esta arca, yo dijera que me habian tomado de ella panes; pero de hoy mas, solo por cerrar puerta á la sospecha, quiero tener buena cuenta con ellos; nueve quedan y un pedazo. Nuevas malas te dé Dios, dije yo entre mí; parecióme con lo que dijo pasarme el corazon con saeta de montero, y comenzóme el estómago á escarbar de hambre, viéndose puesto en la dieta pasada. Fué fuera de casa, yo por consolarme abro el arca, y como ví el pan comencélo de adorar (no osando recibillo), contélos, si á dicha el lacerado se errara; y hallé su cuenta mas verdadera que yo quisiera. Lo mas que yo pude hacer, fué dar en ellos mil besos: y lo mas delicado que yo pude, del partido partí un poco al pelo que él estaba, y con aquel pasé aquel dia, no tan alegre como el pasado: mas como la hambre creciese, mayormente que tenia el estómago hecho á mas pan aquellos dos ó tres dias ya dichos, moria mala muerte, tanto que otra cosa no hacia en viéndome solo, sino

abrir y cerrar el arca y contemplar en aquella cara de Dios, que así dicen los niños. Mas el mismo Dios que socorre á los afligidos, viéndome en tal estrecho, trujo á mi memoria un pequeño remedio, que considerando entre mí, díje: este arqueton es viejo y grande y roto por algunas partes, aunque pequeños agujeros; puédese pensar que ratones entrando en él hacen daño á este pan. Sacarlo entero, no es cosa conveniente, porque verá la falta el que en tanta me hace vivir. Esto bien se sufre, y comienzo á desmigajar el pan sobre unos no muy costosos manteles que allí estaban, y tomo uno y dejo otro: de manera que en cada cual de tres ó cuatro desmigajé su poco, despues como quien toma gragea, lo comí, y algo me consolé. Mas él como viniese á comer y abriese el arca, vió el mal pesar, y sin duda creyó ser ratones los que el daño habian hecho porque estaba muy al propio contrahecho de como ellos lo suelen hacer. Miró todo el arcaz de un cabo á otro, y vióle ciertos agujeros por do sospechaba habian entrado, y llamóme diciendo: Lázaro, mira, mira que persecucion ha venido aquesta noche por nuestro pan. Yo híceme muy maravillado, preguntándole qué sería. ¿Qué ha de ser, dijo él? ratones que no dejan cosa á vida. Pusímonos á comer, y quiso Dios que aun en esto me fué bien: que me cupo mas pan que la lacería que me solia dar, porque rayó con un cuchillo todo lo que pensó ser ratonado, diciendo: cómete eso, que el raton cosa limpia es. Y así aquel dia añadiendo la racion del trabajo de mis manos ó de mis uñas, por mejor decir, acabamos de comer, aunque yo nunca empezaba. Y luego me vino otro sobresalto, que fué verle andar solícito, quitando clavos de paredes y buscando tablillas, con las cuales clavó y cerró todos los agujeros de la vieja arca. ¡Oh Señor mio! dije yo entonces: ¡á cuánta miseria y fortuna y desastres estamos puestos los nascidos! ¡y cuán poco duran los placeres de esta nuestra trabajosa vida! Héme aquí, que pensaba con este pobre y triste remedio remediar y pasar mi lacería, y estaba ya cuanto que alegre y de buena ventura. Mas no quiso mi desdicha, despertando á este lacerado de mi amo, y poniéndole mas diligencia de la que él de suyo tenia (pues los míseros por la mayor parte nunca dea aquella carecen), ahora cerrando los agujeros del arca, cerrase la puerta á mi consuelo y la abriese á mis trabajos.

Así lamentaba yo en tanto que mi solícito carpintero con muchos clavos y tablillas dió fin á sus obras, diciendo: agora, dones traidores ratones, conviene os mudar propósito, que en esta casa mala medra teneis.

De que salió de su casa, voy á ver la obra, y hallé que no dejó en la triste y vieja arca agujero ni aun por donde pudiese entrar un mosquito. Abro con mi desaprovechada llave, sin esperanza de sacar provecho; y ví los dos ó tres panes comenzados, los que mi amo creyó ser ratonados; y de ellos todavia saqué alguna lacería, tocándolos muy ligeramente á uso de esgremidor diestro.

Como la necesidad sea tan gran maestra, viéndome con tanta siempre noche y dia estaba pensando la manera que ternia en sustentar el vivir: y pienso para hallar estos negros remedios que me era luz la hambre, pues dicen que el ingenio con ella se avisa, y al contrario con la hartura; y así era por cierto en mí. Pues estando una noche desvelado en este pensamiento, pensando cómo me podria valer y aprovecharme del arca, sentí que mi amo dormia, porque lo mostraba con roncar y en unos resoplidos grandes que daba cuando estaba durmiendo. Levantéme muy quedito, y habiendo en el dia pensado lo que habia de hacer, y dejado un cuchillo viejo que por allí andaba en parte do le hallase, voime al triste arcaz, y por do habia mirado tener menos defensa, le acometí con el cuchillo, que á manera de barreno de él usé: y como la antiquísima arca, por ser de tantos años, la hallase sin fuerza y corazon, antes muy blanda y carcomida, luego se me rindió, y consintió en su costado por mi remedio un buen agujero. Esto echo, abro muy paso la llagada arca, y al tiento del pan que hallé partido, hice segun de yuso está escripto. Y con aquello algun tanto consolado, tornando á cerrar me volví á mis pajas, en las cuales reposé y dormí un poco, lo cual yo hacia mal, y echábalo al no comer; y así sería, porque cierto en aquel tiempo no me debian de quitar el sueño los cuidados del Rey de Francia.

Otro dia fué por el señor mi amo visto el daño, así del pan como del agujero que yo habia hecho, y comenzó á dar al diablo los ratones y decia: ¿qué diremos á esto? nunca haber sentido ratones en esta casa sino agora. Y sin duda debia de decir verdad, porque si casa habia de haber en el reino justamente de ellos privilegiada, aquella de razon habia de ser, porque no suelen morar donde no hay que comer. Torna á buscar clavos por la casa y por las paredes, y tablillas para tapallos. Venida la noche y su reposo, luego yo era puesto en pié con mi aparejo, y cuantos él tapaba de dia, destapaba yo de noche.

En tal manera fué, y tal priesa nos dimos, que sin duda por esto se debió de decir: donde una puerta se cierra otra se abre. Finalmente parecíamos tener á destajo la tela de Penélope, pues cuanto él tejia

de dia, rompia yo de noche. Y en pocos dias y noches pusimos la pobre dispensa de tal forma, que quien quisiera propiamente de ella hablar, mas corazas viejas de otro tiempo que no arcaz la llamára, segun la clavazon y tachuelas sobre sí tenia. De que vió no aprovecharle nada su remedio, dijo: este arcaz está tan maltratado, y es de madera tan vieja y flaca, que no habrá raton á quien se defienda, y va ya tal, que si andamos mas con él, nos dejará sin guarda; y aun lo peor, que aunque hace poca, todavia hará falta faltando, y me pondrá en costa de tres ó cuatro reales. El mejor remedio quo hallo, pues el de hasta aqui no aprovecha, armaré por de dentro á estos ratones malditos. Luego buscó prestada una ratonera, y con cortezas de queso que á los vecinos pedia, contino el gato estaba armado dentro del arca: lo cual era para mí singular auxilio, porque puesto caso que yo no habia menester muchas salsas para comer, todavia me holgaba con las cortezas del queso que de la ratonera sacaba, y sin esto no perdonaba el ratonar del bodigo. Como hallase el pan ratonado y el queso comido, y no cayese el raton que lo comia, dábase al diablo, preguntaba á los vecinos qué podria ser, comer el queso y sacarlo de la ratonera, y no caer y ni quedar dentro el raton, y hallar caida la trampilla del gato. Acordaron los vecinos no ser el raton el que este daño hacia, porqne no fuera menos de haber caido alguna vez. Díjole un vecino: en vuestra casa yo me acuerdo que solia andar una culebra, y esta debe de ser sin duda: y lleva razon, que como es larga, tiene lugar de tomar el cebo; y aunque la coja la trampilla encima, como no entre toda dentro, tórnase á salir. Cuadró á todos lo que aquel dijo, y alteró mucho á mi amo; y dende en adelante no dormia tan á sueño suelto, que cualquier gusano de la madera que de noche sonase, pensaba ser la culebra que le roia el arca. Luego era puesto en pié, y con un garrote que á la cabecera (desde que aquello le dijeron) ponia, daba en la pecadora del arca grandes garrotazos, pensando espantar la culebra. Á los vecinos despertaba con el estruendo que hacia, y á mí no dejaba dormir. Ibase á mis pajas y trastornábalas y á mí con ellas, pensando que se iba para mí, y se envolvia en mis pajas ó en mi sayo, porque le decian que de noche acaescia á estos animales buscando calor irse á las cunas donde estan criaturas, y aun mordellas y hacerles peligrar. Yo las mas veces hacia del dormido, y en la mañana decíame él: esta noche, mozo, ¿no sentiste nada? pues trás la culebra anduve, y aun pienso se ha de ir para ti á la cama, que son muy frias y buscan calor. Plega á Dios que no me muerda, decia yo, que harto miedo le

tengo. De esta manera andaba tan elevado y levantado del sueño que mi fé la culebra, ó el culebro por mejor decir, no osaba roer de noche ni levantarse al arca: mas de dia mientras estaba en la Iglesia ó por el lugar, hacia mis saltos.

Los cuales daños viendo él, y el poco remedio que les podia poner, andaba de noche, como digo, hecho trasgo. Yo hube miedo que con aquellas diligencias no me topase con la llave que debajo de las pajas tenia, y parecióme lo mas seguro metella de noche en la boca, porque ya desde que viví con el ciego, la tenia tan hecha bolsa, que me acaesció tener en ella doce ó quince maravedís todo en medias blancas, sin que me estorbase el comer, porque de otra manera no era señor de una blanca, quel maldito ciego no cayese con ella, no dejando costura ni remiendo que no me buscaba muy á menudo. Pues así como digo, metia cada noche la llave en la boca, y dormia sin recelo que el brujo de mi amo cayese con ella. Mas cuando la desdicha ha de venir, por demas es diligencia.

Quisieron mis hados, ó por mejor decir mis pecados, que una noche que estaba durmiendo, la llave se me puso en la boca, que abierta debia tener, de tal manera y postura, que el aire y resoplo que yo durmiendo echaba, salia por lo hueco de la llave, que de cañuto era, y silbaba (segun mi desastre quiso) muy recio: de tal manera, que el sobresaltado de mi amo lo oyó, y creyó sin duda sea el silbo de la culebra; y cierto lo debia parecer. Levantóse muy paso con su garrote en la mano, y al tiento y sonido de la culebra se llegó mi con mucha quietud, por no ser sentido de la culebra; y como cerca se vió, pensó que allí en las pajas do yo estaba echado, al calor mio se habia venido. Levantando bien el palo, pensando tenerla debajo, y darle tal garrotazo que la matase, con toda su fuerza me descarga en la cabeza tan gran golpe, que sin ningun sentido y muy mal descalabrado me dejó. Como sintió que me habia dado, segun yo debia hacer gran sentimiento con el fiero golpe, contaba él que se habia llegado á mi, y dándome grandes voces llamándome procuró recordarme. Mas como me tocase con las manos, tentó la mucha sangre que se me iba, y conoció el daño que me habia hecho; y con mucha priesa fué á buscar lumbre; y llegando con ella, hallóme que jando, todavia con mi llave en la boca, que nunca la desamparé, la mitad fuera, bien de aquella manera que debia estar al tiempo que silbaba con ella. Espantado el matador de culebras qué podria ser aquella llave, miróla sacándomela del todo de la boca, y vió lo que era, porque en las guardas nada de la suya dife-

renciaba. Fué luego á proballa, y con ella probó el maleficio. Debió de decir el cruel cazador: el raton y culebra que me daban guerra y me comian mi hacienda, he hallado.

De lo que sucedió en aquellos tres dias siguientes ninguna fé daré, porque los tuve en el vientre de la ballena; mas de como esto que he contado, oí (despues que en mí torné) decir á mi amo, el cual á cuantos allí venian, lo contaba por estenso. Al cabo de tres dias yo torné en mi sentido, y vime echado en mis pajas, la cabeza toda emplastada, y llena de aceites y ungüentos, y espantado dije: ¿qué es esto? Respondióme el cruel sacerdote: á fé que los ratones y culebras que me destruian, ya los he cazado. Y miré por mí, y vime tan maltratado que luego sospeché mi mal. Á esta hora entró una vieja que ensalmaba y los vecinos, y comiénzanme quitar trapos de la cabeza y curar el garrotazo; y como me hallaron vuelto en mi sentido, holgáronse mucho, y dijeron: pues ha tornado en su acuerdo, placerá á Dios no será nada. Ahí tornaron de nuevo á contar mis cuitas y á reirlas, y yo pecador á llorarlas. Con todo esto diéronme de comer, que estaba transido de hambre, y apenas me pudieron demediar: y así de poco en poco á los quince dias me levanté y estuve sin peligro, mas no sin hambre y medio sano. Luego otro dia que fui levantado, el señor mi amo me tomó por la mano y sacóme la puerta fuera, y puesto en la calle díjome: Lázaro, de hoy mas eres tuyo y no mio; busca amo y vete con Dios, que yo no quiero en mi compañía tan diligente servidor. No es posible sino que hayas sido mozo de ciego; y santiguándose de mí, como si yo estuviera endemoniado, se torna á meter en casa y cierra su puerta.

COMO LÁZARO SE ASENTÓ CON UN ESCUDERO,

Y DE LO QUE LE ACAECIÓ CON ÉL.

De esta manera me fué forzado sacar fuerzas de flaqueza, y poco á poco, con ayuda de las buenas gentes, dí conmigo en esta insigne ciudad de Toledo, adonde, con la merced de Dios, dende á quince dias se me cerró la herida, mientras estaba malo siempre me daban alguna limosna; mas despues que estuve sano, todos me decian: tú bellaco y

gallofero eres; busca busca un amo á quien sirvas. Y ¿á dónde se hallará ese? decia yo entre mí, si Dios agora de nuevo, como crió el mundo, no le criase.

Andando así discurriendo de puerta en puerta con harto poco remedio (porque ya la caridad se subió al cielo), topome Dios con un escudero que iba por la calle con razonable vestido, bien peinado, su paso y compás en órden. Miróme, y yo á él, y díjome: mochacho, ¿buscas amo? yo le dije: si señor. Pues vente tras mí, me respondió, que Dios te ha hecho merced en topar conmigo: alguna buena oracion rezaste hoy; yo seguile dando gracias á Dios por lo que le oí, y tambien que me parescia segun su hábito y continente ser el que yo habia menester. Era de mañana cuando este mi tercero amo topé, y llevóme trás sí gran parte de la ciudad. Pasamos por las plazas do se vendia pan y otras provisiones; yo pensaba y aun deseaba que allí me queria cargar de lo que se vendia, porque esta era propia hora cuando se suele proveer de lo necesario: mas muy á tendido paso pasaba por estas cosas. Por ventura no le vé aqui á su contento, decia yo, y querrá que lo compremos en otro cabo.

De esta manera anduvimos, hasta que dió las once: entonces se entró en la Iglesia Mayor y yo trás él, y muy devotamente le ví oir misa y los otros oficios divinos, hasta que todo fué acabado y la gente ida; entonces salimos de la Iglesia, y á buen paso tendido comenzamos á ir por una calle abajo. Yo iba el mas alegre del mundo en ver que no nos habiamos ocupado en buscar de comer: bien consideré que debia ser hombre mi nuevo amo que se proveia en junto, y que ya la comida estaria á punto, y tal como yo la deseaba y aun la habia menester. En este tiempo dió el relox la una despues de medio dia, y llegamos á una casa, ante la cual mi amo se paró y yo con él, y derribando el cabo de la capa sobre el lado izquierdo, sacó una llave de la manga y abrió su puerta: entramos en casa, la cual tenia la entrada oscura y lóbrega, de tal manera que parecia que ponia temor á los que en ella entraban, aunque dentro della estaba un patio pequeño y razonables cámaras. Desque fuimos entrados, quita de sobre sí su capa, y preguntando si tenia las manos limpias, la sacudimos y doblamos, y muy limpiamente soplando un poyo que allí estaba, la puso en él; hecho esto, sentóse cabo della, preguntándome muy por estenso de donde era, y cómo habia venido á aquella ciudad: yo le dí mas larga cuenta que quisiera, porque me parecia mas conveniente hora de mandar poner la mesa y escudillar la olla, que de lo que me pedia.

Con todo eso, yo le satisfice de mi persona lo mejor que mentir supe, diciendo mis bienes, y callando lo demas, porque me parecia no ser para en cámara. Esto hecho, estuvo así un poco, y yo luego ví mala señal, por ser ya cuasi las dos, y no le ver mas aliento de comer que á un muerto. Despues desto consideraba aquel tener cerrada la puerta con llave, ni sentir arriba ni abajo pasos de viva persona por la casa. Todo lo que habia visto eran paredes, sin ver en ella silleta ni tajo, ni banco, ni mesa, ni aun tal arcaz como el de marras. Finalmente ella parescia casa encantada. Estando así, díjome: tú, mozo, ¿has comido? No señor, dije yo, que aun no eran dadas las ocho cuando con vuestra merced encontré; pues aunque de mañana, yo habia almorzado, y cuando así como algo, hágote saber que hasta la noche me estoy así: por eso pásate como pudieres, que despues cenaremos.

Vuestra merced crea, cuando esto le oí, que estuve en poco de caer de mi estado, no tanto de hambre, como por conoscer de todo en todo la fortuna serme adversa. Allí se me representaron de nuevo mis fatigas, y torné á llorar mis trabajos. Allí se me vino á la memoria la consideracion que hacía cuando me pensaba ir del Clérigo, diciendo que aunque aquel era desventurado y mísero, por ventura toparia con otro peor. Finalmente allí lloré mi trabajosa vida pasada, y mi cercana muerte venidera; y con todo, disimulando lo mejor que pude, le dije: señor, mozo soy que no me fatigo mucho por comer, bendito Dios, de eso me podré yo alabar entre todos mis iguales por de mejor garganta, y así fuí yo loado della, hasta hoy dia de los amos que yo he tenido. Virtud es esa, dijo él, y por eso te querré yo mas, porque el hartar es de los puercos, y el comer regladamente es de los hombres de bien. Bien te he entendido, dije yo entre mí: maldita tanta medicina y bondad como aquestos mis amos que yo hallo, hallan en la hambre.

Púseme á un cabo del portal, y saqué unos pedazos de pan del seno, que me habian quedado de los de por Dios. Él, que vió esto, díjome: ven acá, mozo, ¿qué comes? Yo lleguéme á él y mostréle el pan; tomóme él un pedazo de tres que eran, el mejor y mas grande, y díjome: por mi vida que paresce este buen pan. Y como agora, dije yo, ¿señor, es bueno? Si á fe, dijo él: ¿á dónde lo hubiste? ¿es amasado de manos limpias? No sé yo eso, le dije, mas á mí no me pone asco el sabor dello. Así plega á Dios, dijo, el pobre de mi amo; y llevándole á la boca, comenzó á dar en él tan fieros bocados, como yo en lo otro. Sabrosísimo pan está, dijo, por Dios; y como le sentí de

qué pié cojeaba, díme priesa, porque le ví en disposicion si acababa antes que yo, se comediria á ayudarme á lo que me quedase; y con esto acabamos casi á una. Comenzó á sacudir con las manos unas pocas de migajas y bien menudas, que en los pechos se le habian quedado, y entró en una camareta que allí estaba, y sacó un jarro desbocado y no muy nuevo; y desque hubo bebido, convidóme con él. Yo por hacer del continente, dije: señor, no bebo vino. Agua es, me respondió, bien puedes beber. Entonces tomé el jarro y bebí no mucho, porque de sed no era mi congoja. Así estuvimos hasta la noche, hablando en cosas que me preguntaba, á las cuales yo le respondí lo mejor que supe. En este tiempo metióme en la cámara donde estaba el jarro de que bebimos, y díjome: mozo, párate allí y verás como hacemos esta cama, para que la sepas hacer de aquí adelante. Púseme de un cabo y él del otro, é hicimos la negra cama, en la cual no habia mucho que hacer; porque ella tenia sobre unos bancos un cañizo, sobre el cual estaba tendida la ropa en un colchon, que por no estar muy continuado á lavarse, no lo parecia, aunque servia dél con harta menos lana que era menester. Aquel tendimos haciendo cuenta de ablandalle, lo cual era imposible, porque de lo duro mal se puede hacer blando. El diablo del enjalma maldita la cosa tenia dentro de sí, que puesto sobre el cañizo, todas las cañas se señalaban y parecian á lo propio entrecuesto de flaquísimo puerco; y sobre aquel hambriento colchon un alfamar del mismo jaez, del cual el color yo no pude alcanzar.

Hecha la cama y la noche venida, díjome: Lázaro, ya es tarde, y de aquí á la plaza hay gran trecho: tambien en esta ciudad andan muchos ladrones, que siendo de noche capean: pasemos como podamos, y mañana veniendo el dia, Dios hará merced; porque yo por estar solo no estoy proveido, antes he comido estos dias por allá fuera; mas agora hacerlo hemos de otra manera. Señor, de mí, dije yo, ninguna pena tenga vuestra merced, que bien sé pasar una noche y aun mas, si es menester, sin comer. Vivirás mas sano, me respondió; porque, como decíamos hoy, no hay tal cosa en el mundo para vivir mucho que comer poco. Si por esa via es, dije entre mí, nunca yo moriré, que siempre he guardado esa regla por fuerza, y aun espero en mi desdicha á tenella toda mi vida.

Acostóse en la cama, poniendo por cabecera las calzas y el jubon, y mandóme echar á sus piés, lo cual yo hice; mas maldito el sueño que yo dormí, porque las cañas y mis salidos huesos en toda la noche

dejaron de rifar y encenderse, que con mis trabajos, males y hambre pienso que en mi cuerpo no habia libra de carne: y tambien como aquel dia no habia comido casi nada, rabiaba de hambre, la cual con el sueño no tenia amistad; maldíjeme mil veces (Dios me lo perdone) y á mi ruin fortuna allí lo mas de la noche; y lo peor no osándome revolver por no despertalle, pedí á Dios muchas veces la muerte.

La mañana venida levantámonos, y comienza á limpiar y sacudir sus calzas y jubon, sayo y capa, y yo que le servia de pelillo, y vísteseme muy á su placer despacio, echéle aguamanos, y peinóse, y púsose su espada en el talabarte, y al tiempo que la ponia, díjome: ¡oh si supieses, mozo, qué pieza es esta! no hay marco de oro en el mundo porque yo la diese: mas así ninguna de cuantas Antonio hizo, no acertó á ponelle los aceros tan prestos como esta los tiene: y sacóla de la vaina, y tentóla con los dedos, diciendo: vesla aquí, yo me obligo con ella á cercenar un copo de lana. Y yo, dije entre mí, y yo con mis dientes, aunque no son de acero, un pan de cuatro libras. Tornóla á meter y ciñósela, y un sartal de cuentas gruesas del talabarte, y con un paso sosegado y el cuerpo derecho, haciendo con él y con la cabeza muy gentiles meneos, echando el cabo de la capa sobre el hombro y á veces so el brazo, y poniendo la mano derecha en el costado, salió por la puerta diciendo: Lázaro, mira por la casa en tanto que voy á oir misa, y haz la cama, y vé por la vasija de agua al rio, que aquí bajo está, y cierra la puerta con llave, no nos hurten algo, y ponla aquí al quicio, porque si yo viniere en tanto, pueda entrar. Y súbese por la calle arriba con tan gentil semblante y continente, que quien no le conociera, pensara ser muy cercano pariente del Conde de Arcos, ó á lo menos camarero que le daba de vestir. Bendito seais vos, Señor, quedé yo diciendo, que dais la enfermedad y poneis el remedio. ¿Quien encontrará á aquel mi señor, que no piense segun el contento de sí lleva, haber anoche bien cenado y dormido en buena cama; y aunque agora es de mañana, no le cuenten por bien almorzado? Grandes secretos son, Señor, los que vos haceis, y las gentes ignoran. ¿Á quién no engañará aquella buena disposicion y razonable capa y sayo? ¿y quien pensará que aquel gentil hombre se pasó ayer todo el dia con aquel mendrugo de pan, que su criado Lázaro trujo un dia y noche en el arca de su seno, do no se le podia pegar mucha limpieza? ¿y hoy lavándose las manos y cara, á falta de paño de manos, se hacia servir de la halda del sayo? nadie por cierto lo sospechará. ¡Oh Señor, y cuantos de aquestos debeis vos tener por

el mundo derramados, que padecen por la negra qne llaman honra lo que por vos no sufririan!

Así estaba yo á la puerta, mirando y considerando estas cosas, hasta que el señor mi amo traspuso la larga y angosta calle. Torneme á entrar en casa, y en un credo la anduve toda alto y bajo sin hacer represa ni hallar en qué.

Hago la negra y dura cama, y tomo el jarro y doy conmigo en el rio: donde en una huerta ví á mi amo en gran recuesta con dos rebozadas mujeres, al parecer de las que en aquel lugar no hacen falta; antes muchas tienen por estilo de irse á las mañanicas del verano á refrescar y almorzar, sin llevar qué, por aquellas frescas riberas, con confianza que no ha de faltar quien se lo dé, segun las tienen puestas en esta costumbre aquellos hidalgos del lugar. Y como digo, él estaba entre ellas hecho un Macías, diciéndoles mas dulzuras que Ovidio escribió; pero cuando sintieron de él que estaba bien enternecido, no se les hizo de vergüenza pedirle de almorzar con el acostumbrado pago. Él sintiéndose tan frio de bolsa cuanto caliente del estómago, tomóle tal calofrio que le robó la color del gesto, y comenzó á turbarse en la plática, y á poner escusas no válidas. Ellas que debian ser bien instruidas, como le sintieron la enfermedad, dejáronle para el que era. Yo que estaba comiendo ciertos tronchos de berzas, con los cuales me desayuné, con mucha diligencia como mozo nuevo, sin ser visto de mi amo, torné á casa, de la cual pensé barrer alguna parte, que bien era menester, mas no hallé con qué.

Púseme á pensar qué haria, y parescióme esperar á mi amo hasta que el dia demediase, y si viniese y por ventura trajese algo que comiésemos; más en vano fué mi esperanza. Desque ví ser las dos y no venia, y la hambre me aquejaba, cierro mi puerta y pongo la llave do mandó, y tórnome á mi menester con baja y enferma voz, é inclinadas mis manos en los senos, puesto Dios ante mis ojos y la lengua en su nombre, comienzo á pedir pan por las puertas y casas mas grandes que me parecia. Mas como yo este oficio le hubiese mamado en la leche, quiero decir, que con el gran maestro el ciego lo aprendí, tan suficiente discípulo salí, que aunque en este pueblo no habia caridad, ni el año fuese muy abundante, tan buena maña me dí, que antes que el relox diese las cuatro, ya yo tenia otras tantas libras de pan ensiladas en el cuerpo, y mas de otras dos en las mangas y senos. Volvíme á la posada, y al pasar por la tripería, pedí á una de aquellas mugeres, y dióme un pedazo de uña de vaca con otras pocas de tripas coci-

das. Cuando llegué á casa, ya el bueno de mi amo estaba en ella, doblada su capa y puesta en el poyo, y él paseándose por el patio. Como entré, vínose para mí, pensé que me queria reñir la tardanza; mas mejor lo hizo Dios. Preguntóme do venia; yo dije: señor, hasta que dió las dos estuve aquí, y de que ví que vuestra merced no venia, fuíme por esa ciudad á encomendarme á las buenas gentes, y hánme dado esto que veis. Mostréle el pan y las tripas que en un cabo de la halda traia; á lo cual él mostró buen semblante, y dijo: pues esperado te hé á comer, y de que ví que no veniste, comí, mas tú haces como hombre de bien en eso, que mas vale pedillo por Dios, que no hurtallo; y así me ayude como ello me paresce bien; y solamente te encomiendo no sepan que vives conmigo, por lo que toca á mi honra: aunque bien creo que será secreto, segun lo poco que en este pueblo soy conoscido: nunca á él yo hubiera de venir. De eso pierda, señor, cuidado, le dije yo; que maldito aquel que ninguno tiene de pedirme esa cuenta, ni yo de dalla. Agora, pues, come, pecador, que si Dios place, presto nos veremos sin necesidad, aunque te digo que despues que en esta casa entré, nunca bien me ha ido: debe ser de mal suelo, que hay casas desdichadas y de mal pié, que á los que viven en ellas pegan la desdicha. Esta debe de ser sin duda dellas; mas yo te prometo, acabado el mes, no quede en ella, aunque me la den por mia.

Sentéme al cabo del poyo, y porque no me tuviese por gloton, callé la merienda, comienzo á cenar y morder en mis tripas y pan; disimuladamente miraba al desventurado señor mio, que no partia sus ojos de mis faldas, que á aquella sazon servian de plato. Tanta lástima haya Dios de mí, como yo habia dél, porque sentí lo que sentia, y muchas veces habia por ello pasado, y pasaba cada dia. Pensaba si seria bien comedirme á convidalle, mas por me haber dicho que habia comido, temiame no aceptaria el convite. Finalmente yo deseaba quel pecador ayudase á su trabajo del mio y se desayunase, como el dia antes hizo; pues habia mejor aparejo, por ser mejor la vianda y menos mi hambre: quiso Dios cumplir mi deseo, y aun pienso que el suyo, porque como comencé á comer, él se andaba paseando. Llegóse á mí, y díjome: dígote, Lázaro, que tienes en comer la mejor gracia que en mi vida ví á hombre, y que nadie te lo vé hacer, que no le pongas gana, aunque no la tenga. La muy buena que tú tienes (díje yo entre mí) te hace parecer la mia hermosa. Con todo parescióme ayudalle, pues se ayudaba y me abria camino para ello, y díjele: señor, el buen

aparejo hace buen artífice. Este pan está sabrosísimo, y esta uña de vaca tan bien cocida y sazonada, que no habrá á quien no convide con su sabor. ¿Uña de vaca es? —Sí, señor.—Dígote, díjo él, que es el mejor bocado del mundo, y que no hay faisan que así me sepa.—Pues pruebe, señor, y verá que tal está. Póngole en las uñas la otra y tres ó cuatro raciones de pan de lo mas blanco. Asentóseme al lado, y comienza á comer, como aquel que lo habia gana, royendo cada huesecillo de aquellos mejor que un galgo suyo lo hiciera. Con almodrote, decia, es este singular manjar. Con mejor salsa lo comes tú, respondí yo paso. Por Dios, que me ha sabido como si no hubiera hoy comido bocado. Así me vengan los buenos años como es ello, dije entre mí. Pidióme el jarro del agua, y díselo como lo habia traido. Es señal, que pues no le faltaba el agua, que no le habia á mi amo sobrado la comida. Bebimos, y muy contentos nos pusimos á dormir como la noche pasada. Y por evitar prolijidad, desta manera estuvimos ocho ó diez dias, yéndose el pecador en la mañana con aquel continente y paso contado á papar aire por las calles, teniendo en el pobre Lázaro una cabeza de lobo.

Contemplaba yo muchas veces mi desastre, que escapando de los amos ruines que habia tenido, y buscando mejoría víniese á topar con quien no solo no me mantuviese, mas á quien yo habia de mantener. Con todo le queria bien, con ver que no tenia ni podia mas, y antes le habia lástima que enemistad: y muchas veces, por llevar á la posada con que él lo pasase, yo lo pasaba mal: porque una mañana levantándose el triste en camisa, subió á lo alto de la casa á hacer sus menesteres, y en tanto yo por salir de sospecha desenvolvíle el jubon y las calzas que á la cabecera dejó, y hallé una bolsilla de terciopelo raso, hecha cien dobleces, y sin maldita la blanca ni señal que la hubiese tenido mucho tiempo. Este, decia yo, es pobre, y nadie dá lo que no tiene: mas el avariento ciego y el malaventurado mezquino clérigo, que con dárselo Dios á ambos, al uno de mano besada, y al otro de lengua suelta, me mataban de hambre; aquellos es justo desamar, y aqueste es del haber mancilla. Dios es testigo, que hoy dia cuando topo con alguno de su hábito con aquel paso y pompa, le he lástima, con pensar si padece lo que aquel le vi sufrir, al cual con toda su pobreza holgaria de servir mas que á los otros, por lo que he dicho. Solo tenia del un poco de descontento; que quisiera yo que no tuviera tanta presuncion, mas que abajara un poco su fantasia con lo mucho que subia su necesidad. Mas segun me parece, es regla ya

entre ellos usada y guardaba, aunque no haya cornado de trueco, ha de andar el birrete en su lugar: el Señor lo remedie, que ya con este mal han de morir.

Pues estando yo en tal estado pasando la vida que digo, quiso mi mala fortuna que de perseguirme no era satisfecha, que en aquella trabajada y vergonzosa vivienda no durase. Y fué, como el año en esta tierra fuese estéril de pan, acordaron el Ayuntamiento, que todos los pobres estrangeros se fuesen de la ciudad; con pregon, que el que de allí adelante topasen, fuese punido con azotes. Y así ejecutando la ley, desde á cuatro dias que el pregon se dió, ví llevar una procesion de pobres azotando por las cuatro calles, lo cual me puso tan gran espanto, que nunca osé desmandarme á demandar. Aquí viera, quien verlo pudiera, la abstinencia de mi casa, y la tristeza y silencio de los moradores de ella; tanto que nos acaeció estar dos ó tres dias sin comer bocado ni hablar palabra. Á mí diéronme la vida unas mugercillas hilanderas de algodon, que hacian bonetes y vivian par de nosotros, con las cuales yo tuve vecindad y conocimiento; que de la laceria que les traian, me daban alguna cosilla, con la cual muy pasado me pasaba.

Y no tenia tanta lástima de mí como del lastimado de mi amo, que en ocho dias maldito el bocado que comió; á lo menos en casa bien los estuvimos sin comer: no sé yo cómo ó dónde andaba y qué comia; y verle venir á mediodia la calle abajo, con estirado cuerpo mas largo que galgo de buena casta; y por lo que tocaba á su negra, que dicen honra, tomaba una paja de las que aun asaz no habia en casa, y salia á la puerta escarbando los que nada entre sí tenian, quejándose todavía de aquel mal solar, diciendo: malo está de ver, que la desdicha de esta vivienda lo hace. Como ves, es lóbrega, triste y oscura; mientras aquí estuviéremos, hemos de padecer; ya deseo se acabe este mes por salir della.

Pues estando en esta afligida y hambrienta persecucion un dia, no sé por cual dicha ó ventura, en el pobre poder de mi amo entró un real, con el cual vino á casa tan ufano, como si tuviera el tesoro de Venecia, y con gesto muy alegre y risueño me lo dió, diciendo: toma, Lázaro, que Dios ya va abriendo su mano: vé á la plaza, y merca pan, y vino y carne; quebremos el ojo al diablo: y mas te hago saber, porque te huelgues, que he alquilado otra casa, y en esta desastrada no hemos de estar más de en cumpliendo el mes. Maldita sea ella y el que en ella puso la primera teja, que con mal en ella entré. Por

nuestro Señor, cuanto há que en ella vivo, gota de vino ni bocado de carne no he comido, ni he habido descanso ninguno, mas tal vista tiene, y tal oscuridad y tristeza: vé y ven presto, y comamos hoy como condes. Tomo mi real y jarro, y á los piés dándoles priesa, comienzo á subir mi calle, encaminando mis pasos para la plaza muy contento y alegre. Mas ¿qué me aprovecha, si está constituido en mi triste fortuna, que ningun gozo me venga sin zozobra? Y así fué este, porque yendo la calle arriba, echando mi cuenta en lo que le emplearia que fuese mejor y mas provechosamente gastado, dando infinitas gracias á Dios que á mi amo habia hecho con dinero, á deshora me vino al encuentro un muerto, que por la calle abajo muchos clérigos, y gente en unas andas traian. Arriméme á la pared por darles lugar, y desque el cuerpo pasó, venia luego par del lecho una que debia ser la muger del defunto, cargada de luto y con ella otras muchas mugeres; la cual iba llorando á grandes voces, y diciendo: marido y señor mio, ¡á dónde os me llevan! ¡á la casa triste y desdichada, á la casa lóbrega y oscura, á la casa donde nunca comen ni beben! Yo que aquello oí, juntóseme el cielo con la tierra, y dije: ¡oh desdichado de mí! para mi casa llevan este muerto.

Dejo el camino que llevaba, y hendí por medio de la gente, y vuelvo por la calle abajo á todo el mas correr que pude para mi casa; y entrando en ella, cierro á grande priesa, invocando el auxilio y favor de mi amo, abrazándome de él, que me venga á ayudar y á defender la entrada. El cual algo alterado, pensando que fuese otra cosa, me dijo: ¿ques eso, mozo, qué voces das? ¿qué has, por qué cierras la puerta con tal furia? O señor, dije yo, acuda aquí, que nos traen acá un muerto. ¿Cómo así? respondió él. Aquí arriba lo encontré, y venia diciendo su muger: marido y señor mio, ¡á dónde os llevan! ¡á la casa lóbrega y oscura, á la casa triste y desdichada, á la casa donnunca comen ni beben! acá, señor, nos le traen. Y ciertamente cuando mi amo esto oyó, aunque no tenia porque estar muy risueño, rió tanto, que muy gran rato estuvo sin poder hablar. En este tiempo tenia yo ya echada el aldaba á la puerta, y puesto el hombro en ella por mas defensa. Pasó la gente con su muerto, y yo todavia me recelaba que nos le habian de meter en casa. Y desque fué ya mas harto de reir que de comer, el bueno de mi amo díjome: verdad es, Lázaro, segun la viuda lo va diciendo, tú tuviste razon de pensar lo que pensaste; mas pues Dios lo ha hecho mejor y pasan adelante, abre, abre, y vé por de comer.

Déjalos, señor, acaben de pasar la calle, dije yo. Al fin vino mi amo á la puerta de la calle, y ábrela esforzándome; que bien era menester segun el miedo y alteracion, y me torno á encaminar. Mas aunque comimos bien aquel dia, maldito el gusto yo tomaba en ello, ni en aquellos tres dias torné en mi color; y mi amo muy risueño todas las veces que se le acordaba aquella mi consideracion.

De esta manera estuve con mi tercero y pobre amo, que fué este Escudero, algunos dias, y en todos deseando saber la intencion de su venida y estada en esta tierra, porque desde el primer dia que con él asenté, le conocí ser estrangero por el poco conocimiento y trato que con los naturales della tenia. Al fin se cumplió mi deseo y supe lo que deseaba; porque un dia que habíamos comido razonablemente y estaba algo contento, contóme su hacienda, y díjome ser de Castilla la Vieja, y que habia dejado su tierra no mas de por no quitar el bonete á un caballero, su vecino. Señor, dije yo, si él era lo que decís y tenia mas que vos, no errabádes en quitárselo primero, pues decís quel tambien os lo quitaba. Si es, y sí tiene, y tambien me lo quitaba él á mí; mas de cuantas veces yo se le quitaba primero, no fuera malo comedirse él alguna y ganarme por la mano. Paréceme, señor, le dije yo, que en eso no mirara, mayormente con mis mayores que yo, y que tienen mas. Eres muchacho, me respondió, y no sientes las cosas de la honra, en que el dia de hoy está todo el caudal de los hombres de bien. Pues hágote saber, que yo soy, como ves un Escudero; mas vótote á Dios, si al Conde topo en la calle, y no me quita muy bien quitado del todo el bonete, que otra vez que venga, me sepa yo entrar en una casa, fingiendo yo en ella algun negocio, ó atravesar otra calle si la hay antes que llegue á mí, por no quitárselo: que un hidalgo no debe á otro que á Dios y al Rey nada, ni es justo, siendo hombre de bien, se descuide un punto de tener en mucho su persona. Acuérdome que un dia deshonré en mi tierra á un oficial, y quise poner en él las manos, porque cada vez que le topaba, me decia: mantenga Dios á vuestra merced. Vos, D. Villano Ruin, le dije yo, ¿por qué no sois bien criado? ¿mantengaos Dios, me habeis de decir, como si fuese quienquiera? De allí adelante de aquí acullá me quitaba el bonete, y hablaba como debia. ¿Y no es buena manera de saludar un hombre á otro, dije yó, decirle que le mantenga Dios? Mira, mucho de en hora mala, dijo él, á los hombres de poca arte dicen eso, mas á los mas altos como yo, no les han de hablar menos de: beso las manos de vuestra merced; ó por lo menos, bésoos, señor, las manos, si

el que me habla es caballero. Y así de aquel de mi tierra que me atestaba de mantenimiento, nunca mas le quise sufrir, ni sufria, ni sufriré á hombre del mundo del Rey abajo, que mantengaos Dios, me diga. Pecador de mí, dije yo, por eso tiene tan poco cuidado de mantenerte, pues no sufres qué nadie se lo ruegue. Mayormente, dijo, que no soy tan pobre que no tengo en mi tierra un solar de casas, que á estar ellas en pié y bien labradas, diez y seis leguas de donde nací, en aquella costanilla de Valladolid, valdrian mas de doscientos mil maravedís, segun se podrian hacer grandes y buenas. Y tengo un palomar que á no estar derribado, como está, daria cada año mas de doscientos palominos; y otras cosas que me callo, que dejé por lo que tocaba á mi honra; y vine á esta ciudad, pensando que hallaria un buen asiento, mas no me ha sucedido como pensé. Canónigos y señores de la Iglesia muchos hallo, mas es gente tan limitada, que no los sacará de su paso todo el mundo. Caballeros de media talla tambien me ruegan, mas servir á estos es gran trabajo, porque de hombres os habeis de convertir en malilla, y si no, anda con Dios, os dicen: y las mas veces son los pagamentos á largos plazos, y las mas ciertas comido por servido. Ya cuando quieren reformar conciencia, y satisfaceros vuestros sudores, sois librado en la recámara en un sudado jubon, ó raida capa ó sayo. Ya cuando asienta hombre con un señor de título, todavia pasa su laceria; pues por ventura ¿no hay en mí habilidad para servir y contentar á estos? Por Dios si con él topase, muy gran su privado pienso que fuese, y que mil servicios le hiciese; porque yo sabria mentille tan bien como otro, y agradalle á las mil maravillas; reille ia mucho sus donaires y costumbres, aunque no fuesen las mejores del mundo: nunca decille cosa con que le pesase, aunque mucho le cumpliese; ser muy diligente en su persona en dicho y hecho; no me matar por no hacer bien las cosas que él no habia de ver, y ponerme á reñir, donde él lo oyese, con la gente de servicio, porque pareciese tener gran cuidado de lo que á él tocaba; si reñiese con alguno su criado unos puntillos agudos para le encender la ira, y que pareciesen en favor del culpado; decirle bien de lo que bien le estuviese, y por el contrario ser malicioso mofador; malsinar á los de casa y á los de fuera; pesquisar y procurar de saber vidas agenas, para contárselas, y otras muchas galas de esta calidad, que hoy dia se usan en Palacio, y á los señores del parecen bien, y no quieren ver en sus casas hombres virtuosos; antes los aborrecen y tienen en poco, y llaman necios, y que no son personas de negocios, ni con quien el Señor se puede

descuidar. Y con estos los astutos usan, como digo, el dia de hoy de lo que yo usaria; mas no quiere mi ventura que le halle.

Desta manera lamentaba tambien su adversa fortuna mi amo, dándome relacion de su persona valerosa. Pues estando en esto, entró por la puerta un hombre y una vieja; el hombre le pide el alquilé de la casa, y la vieja el de la cama. Hacen cuenta, y de dos meses le alcanzaron lo que él en un año no alcanzara: pienso que fueron doce ó trece reales. Y él les dió muy buena respuesta, que saldria á la plaza á trocar una pieza de á dos, y que á la tarde volviesen. Mas su salida fué sin vuelta; por manera que á la tarde ellos volvieron, mas fué tarde: yo les dije, que aun no era venido. Venida la noche, y él no, yo hube miedo de quedar en casa solo, y fuíme á las vecinas, y contéles el caso, y allí dormí.

Venida la mañana, los acreedores vuelven y preguntan por el vecino: mas á estotra puerta. Las mugeres le responden: veis aquí su mozo, y la llave de la puerta. Ellos me preguntaron por él, y díjeles que no sabia adonde estaba, y que tampoco habia vuelto á casa desque salió á trocar la pieza, y que pensaba que de mí y de ellos se habia ido con el trueco. De que esto me oyeron, van por un alguacil y un escribano, y hélos do vuelven luego con ellos, y toman la llave y llámanme y llaman testigos y abren la puerta, y entran á embargar la hacienda de mi amo hasta ser pagados de su deuda. Anduvieron toda la casa, y halláronla desembarazada como he contado, y dícenme: ¿ques de la hacienda de tu amo? sus arcas y paños de pared, y alhajas de casa? No sé yo eso, les respondí. Sin duda, dicen ellos, esta noche lo deben de haber alzado y llevado á alguna parte. Señor alguacil, prended á este mozo, que él sabe donde está. En esto vino el alguacil y echóme mano por el collar del jubon, diciendo: mochacho, tú eres preso si no descubres los bienes deste tu amo. Yo como en otra tal no me hubiese visto, porque asido del collar sí habia sido muchas veces, mas era mansamente de él trabado, para que mostrase el camino al que no via; yo hube mucho miedo, y llorando prometíle de decir lo que me preguntaban. Bien está, dicen ellos: pues dí lo que sabes y no hayas temor. Sentóse el escribano en un poyo para escribir el inventário, preguntándome qué tenia. Señores, dije yo, lo que este mi amo tiene, segun él me dijo, es muy buen solar de casas, y un palomar derribado. Bien está, dicen ellos. Por poco que eso valga, hay para nos entregar de la deuda. ¿Y á qué parte de la cindad tiene eso? me preguntaron. En su tierra, les respondí. Por Dios que está bueno el

negocio, dijeron ellos; ¿y á dónde es su tierra? De Castilla la Vieja me dijo él que era, les dije. Riéronse mucho el alguacil y el escribano, diciendo, bastante relacion es esta para cobrar vuestra deuda, aunque mejor fuese. Las vecinas que estaban presentes dijeron: señores, este es un niño inocente, y há pocos dias que está con ese Escudero, y no sabe del mas que vuestras mercedes, sino cuanto el pecadorcico se llega aquí á nuestra casa, y le damos de comer lo que podemos por amor de Dios, y á las noches se iba á dormir con él.

Vista mi inocencia, dejáronme dándome por libre: y el alguacil y el escribano piden al hombre y á la muger sus derechos, sobre lo cual tuvieron gran contienda y ruido: porque ellos alegaron no ser obligados á pagar, pues no había de qué, ni se hacia el embargo. Los otros decian que habian dejado de ir á otro negocio que les importaba mas, por venir á aquel. Finalmente despues de dadas muchas voces, al cabo carga un porqueron con el viejo alfamar de la vieja, y aunque no iba muy cargado, allá van todos cinco dando voces: no sé en qué paró. Creo yo quel pecador alfamar pagara por todos; y bien se empleaba, pues el tiempo que habia de reposar y descansar de los trabajos pasados, se andaba alquilando.

Así como he contado, me dejó mi pobre tercero amo, do acabé de conocer mi ruin dicha: pues señalándose todo lo que podria contra mí, hacia mis negocios tan al revés, que los amos que suelen ser dejados de los mozos, en mí no fuese así, mas que mi amo me dejase y huyese de mí.

COMO LÁZARO SE ASENTÓ CON UN FRAILE DE LA MERCED,

Y DE LO QUE LE ACAECIÓ CON ÉL.

Hube de buscar el cuarto, y este fué un fraile de la Merced, que las mugercillas que digo me encaminaron, al cual ellas le llamaban pariente: gran enemigo del coro y de comer en el convento: perdido por andar fuera, amicísimo de negocios seglares y visitas; tanto que pienso qne rompia él mas zapatos que todo el convento. Este me dió los primeros zapatos que rompí en mi vida, mas no me duraron ocho dias, ni yo pude con su trote durar mas. Y por esto y otras cosíllas que no digo, salí del.

COMO LÁZARO SE ASENTÓ CON UN BULDERO,

Y DE LAS COSAS QUE CON ÉL PASÓ. (1)

En el quinto que por mi ventura dí, fué un buldero, el mas desenvuélto y desvergonzado, y el mayor echador dellas que jamás yo ví, ni ver espero, ni pienso nadie vió; porque tenia y buscaba modos y maneras, y muy sotiles invenciones. En entrando en los lugares do habian de presentar la bula, primero presentaba á los clérigos ó curas algunas cosillas, no tampoco de mucho valor ni sustancia: una lechuga murciana, si era por el tiempo; un par de limas ó naranjas, un melocoton, un par de duraznos, cada sendas peras verdiñales. Así procuraba tenerlos propicios, porque favoreciesen su negocio y llamasen sus feligreses á tomar la bula, ofreciéndosele á él las gracias. Informábase de la suficiencia dellos: si decian que entendian, no hablaba palabra en latin, por no dar tropezon: mas aprovechábase de un gentil y bien cortado romance y desenvoltísima lengua; y si sabian que los dichos clérigos eran de los reverendos, digo, que mas con dineros que con letras y con reverandas se ordenan, hacíase entre ellos un santo Tomás, y hablaba dos horas en latin, á lo menos que lo parecia, aunque no lo era. Cuando por bien no le tomaban las bulas, buscaba como por mal se las tomasen, y para aquello hacia molestias al pueblo, y otras veces con mañosos artificios. Y porque todos los que le veia hacer, seria largo de contar, diré uno muy sotil y donoso, con

(1) En 12 de Julio del año de 1512 se expidió por el Consejo Real, una provision para cortar los abusos y arterías que se ponian en juego por los subalternos comisionados de la Comisaría general de Cruzada para publicar y expender la bula; abusos que dieron mucho tiempo lugar á quejas y turbulencias de los pueblos; habiéndose circulado bastantes órdenes y providencias á fin de evitar los daños que ocasionaban tales reclamaciones: de esto hablan algunas leyes insertas en el tít. 10, lib. 1.° de la Recopilacion; siendo la mayor parte de las disposiciones, posteriores á las Cortes que se tuvieron en Burgos en el citado año de 1512 por el Rey Católico, administrador de los reinos de Castilla por su hija Doña Juana; las cuales, entre otras peticiones, comprenden muchas particularidades relativas á este asunto; con especialidad en la 5.ª peticion se hace mérito de la provision citada, pidiendo que los comisarios no llevasen ni percibiesen derechos algunos, por razon de gastos estraordinarios que hacian varias cofradias en comidas y fiestas de toros, puesto que dichos desembolsos eran del peculio de los

el cual probaré bien su suficiencia. En un lugar de la Sagra de Toledo habia predicado dos ó tres dias, haciendo sus acostumbradas diligencias, y no le habian tomado bula, ni á mi ver tenian intencion de se la tomar: estaba dado al diablo con aquello; y pensando qué hacer, se acordó de convidar al pueblo para otro dia de mañana para despedir la bula. Y esa noche despues de cenar pusiéronse á jugar la colacion él y el alguacil, y sobre el juego vinieren á reñir y á haber malas palabras. El llamó al alguacil ladron, y el otro á él falsario; sobre esto el señor Comisario, mi señor, tomó un lanzon que en el portal do jugaban estaba; el alguacil puso mano á su espada, que en la cinta tenia. Al ruido y voces que todos dimos, acuden los huéspedes y vecinos, y métense en medio; y ellos muy enojados, procurándose de desembarazar de los que en medio estaban, para se matar. Mas como la gente al gran ruido cargase, y la casa estuviese llena della, viendo que no podian afrentarse con las armas, decíanse palabras injuriosas, entre las cuales el alguacil dijó á mi amo, que era falsário, y las bulas que predicaba eran falsas; finalmente los del pueblo viendo que no bastaban ponellos en paz, acordaron de llevar al alguacil de la posada á otra parte; y así quedó mi amo muy enojado. Y despues que los huéspedes y vecinos le hubieron rogado que perdiese el enojo y se fuese á dormir, así nos echamos todos.

La mañana venida mi amo se fué á la Iglesia, y mandó tañer á misa y al sermon para despedir la bula: y el pueblo se juntó, el cual andaba murmurando de las bulas, diciendo como eran falsas, y que el mismo alguacil riñendo lo habia descubierto: de manera que tras que tenian mala gana de tomalla, con aquello del todo la aborrecieron.

---

mismos cofrades. Esponian los Procuradores á Cortes, que los referidos Comisarios no habian querido obedecer las órdenes del Consejo, y así reclamaban su cumplimiento, y que restituyesen lo que por esta razon hubiesen percibido; y el Rey mandó que el Doctor Tello, de acuerdo con el Obispo de Palencia, dictase las providencias oportunas en orden á remediar este abuso. La comision que se les dió sobre este particular, fué estensiva tambien á otros objetos comprendidos en las peticiones 3.ª y 4.ª; en ellas esponian los Procuradores del reino, las grandes opresiones y agravios que hacian en los pueblos los Comisarios, tesoreros y predicadores de la Cruzada, y las amenazas y censuras que imponian, especialmente en las aldeas y pueblos cortos, deteniendo á sus vecinos en las Iglesias dos y tres dias para que oyesen sus sermones, sin permitirles salir de ellas á ganar su sustento en sus respectivas labores, para obligarles de este modo á tomar la bula; á cuyo fin iban tambien examinándolos por las calles, prescribiendo á los que hallaban ineptos, la pena de que tomasen bulas, conduciéndolos además presos por

El señor Comisario se subió al pulpito, y comienza su sermon, y á animar la gente, á que no quedasen sin tanto bien é indulgencia como la santa bula traia. Estando en lo mejor del sermon, entra por la puerta de la Iglesia el alguacil; y desque hizo oracion, levantóse, y con voz alta y pausada cuerdamente comenzó á decir:

Buenos hombres, oidme una palabra, que despues oireis á quien quisiereis. Yo vine aquí con este echacuervo que os predica, el cual me engañó y dijo que le favoreciese en este negocio, y que partiríamos la ganancia. Y agora visto el daño que haría á mi conciencia y á vuestras baciendas, arrepentido de lo hecho os declaro claramente que que las bulas que predica son falsas, y que no le creais ni las tomeis, y yo directe ni indirecte no soy parte en ellas, y que desde agora dejo la vara y doy con ella en el suelo: y si en algun tiempo este fuere castigado por la falsedad, que vosotros me seais testigos como yo no soy con él, ni le doy á ello ayuda; antes os desengaño y declaro su maldad; y acabó su razonamiento.

Algunos hombres honrados que allí estaban, se quisieron levantar, y echar al alguacil fuera de la Iglesia por evitar escándalo, mas mi amo les fué á la mano, y mandó á todos que sopena de excomunion no le estorbasen, mas que le dejasen decir todo lo que quisiese; y así él tambien tuvo silencio, mientras el alguacil dijo todo lo que he dicho.

Como calló, mi amo le preguntó si queria decir mas, que lo dijese. El alguacil dijo: harto mas hay que decir de vos y de vuestra falsedad, mas por agora basta. El señor Comisario se hincó de rodillas en el púlpito, y puestas las manos y mirando al cielo dijo así: Señor Dios,

los lugares con los alguaciles y ejecutores que á este efecto los acompañaban; con otras estorsiones y atropellos. Igualmente se quejaban los Procuradores de que tambien los Comisarios exigían en los pueblos ciertos derechos por la presentacion de testamentos, para lo cual usaban de las mismas violencias; dando, por su autoridad propia, por inciertas y nulas las mandas, que en sentir de teólogos y juristas, eran muy valederas. Otras quejas deducian además, acerca de entrometerse los tales Comisarios en componer las usuras, contra lo publicado y dispuesto, y cuyo cumplimiento pedian, añadiendo que el trato mas lícito, si no convenia á sus intereses, lo supondrian y calificarian por tal usura: y sobre lo que se mandó expedir la competente provision para su remedio. De todas estas quejas y peticiones se hizo despues ámplia mencion en las Cortes de Valladolid, convocadas por la Reina Doña Juana y su hijo el Emperador Cárlos V, en el año de 1524, resultando de ellas las disposiciones que se dejan insinuadas: sirviendo todo esto quizá de motivo á D. Diego Hurtado de Mendoza para escribir este satírico capítulo. (N. D. E.)

á quien ninguna cosa es escondida, antes todas manifiestas, y á quien nada es imposible, antes todo posible; tú sabes la verdad, y cuán injustamente yo soy afrentado. En lo que á mi toca, yo le perdono, por qué tú, Señor, me perdones. No mires á aquel, que no sabe lo que hace ni dice: mas la injuria á ti hecha, te suplico y por justicia te pido, no disimules, porque alguno que está aquí que por ventura pensó tomar aquesta santa bula, dando crédito á las falsas palabras de aquel hombre, lo dejará de hacer; y pues es tanto perjuicio del prójimo, te suplico yo, Señor, no lo disimules, mas luego muestra aquí milagro, y sea de esta manera: que si es verdad lo que aquel dice y que yo traigo maldad y falsedad, este púlpito se hunda conmigo y meta siete estados debajo de tierra, do él y yo jamás parezcamos. Y si es verdad lo que yo digo, y á aquel persuadido del demonio (por quitar y privar á los que estan presentes de tan gran bien) dice maldad, tambien sea castigado, y de todos conocida su malicia.

Apenas habia acabado su oracion el devoto señor mio, cuando el negro alguacil cae de su estado, y da tan gran golpe en el suelo, que la Iglesia toda hizo resonar; y comenzó á bramar y echar espumajos por la boca y torcella, y hacer visajes con el gesto, dando de pié y de mano, revolviéndose por aquel suelo á una parte y á otra. El estruendo, y voces de la gente era tan grande, que no se oian unos á otros. Algunos estaban espantados y temerosos. Unos decian: el Señor le socorra y valga; otros: bien se le emplea, pues levantaba tan falso testimonio.

Finalmente, algunos que allí estaban, y á mi parecer no sin harto temor, se llegaron y le trabaron de los brazos, con los cuales daba fuertes puñadas á los que cerca del estaban. Otros le tiraban por las piernas y tuvieron reciamente, porque no habia mula falsa en el mundo que tan recias coces tirase: y así le tuvieron un gran rato; porque mas de quince hombres estaban sobre él, y á todos daba las manos llenas, y si se descuidaban, en los hocicos.

Á todo esto el señor mi amo estaba en el púlpito de rodillas, las manos y los ojos puestos en el cielo, trasportado en la divina esencia, que el planto y ruido y voces que en la Iglesia habia, no eran parte para apartalle de su divina contemplacion. Aquellos buenos hombres llegaron á él, y dando voces le despertaron y le suplicaron quisiese socorrer á aquel pobre que estaba muriendo, y que no mirase á las cosas pasadas ni á sus dichos malos, pues ya dellos tenia el pago; mas si en algo podia aprovechar para librarle del peligro y pasion que

padescia, por amor de Dios lo hiciese; pues ellos veian clara la culpa del culpado y la verdad y bondad suya, pues á su peticion y venganza el Señor no alargó el castigo.

El señor Comisario, como quien despierta de un dulce sueño, los miró, y miró al delincuente y á todos los que alrededor estaban, y muy pausadamente les dijo: buenos hombres, vosotros nunca habiades de rogar por un hombre en quien Dios tan señaladamente se ha señalado; mas pues él nos manda, que no volvamos mal por mal y perdonemos las injurias, con confianza podremos suplicarle, que cumpla lo que nos manda, y su Majestad perdone á este que le ofendió, poniendo en su santa fé obstáculo. Vamos todos á suplicarle. Y así bajó del púlpito y encomendó aquí muy devotamente suplicasen á nuestro Señor tuviese por bien de perdonar á aquel pecador, y volverle en su salud y sano juicio, y lanzar del el demonio, si su Majestad habia permitido que por su gran pecado en él entrase. Todos se hincaron de rodillas, y delante del altar con los clérigos comenzaban á cantar con voz baja una letania, y viniendo él con la cruz y agua bendita, despues de haber sobre él cantado, el señor mi amo, puestas las manos al cielo y los ojos, que casi nada se le parecia sino un poco de blanco, comienza una oracion no menos larga que devota, con la cual hizo llorar á toda la gente, como suelen hacer en los sermones de pasion de predicador y auditorio devoto; suplicando á nuestro Señor, pues no queria la muerte del pecador, sino su vida y arrepentimiento, que á aquel encaminado por el demonio y persuadido de la muerte y pecado, le quisiese perdonar y dar vida y salud, para que se arrepintiese y confesase sus pecados. Y esto hecho, mandó traer la bula y púsosela en la cabeza, y luego el pecador del alguacil comenzó poco á poco á estar mejor y tornar en sí. Y desque fué bien vuelto en su acuerdo, echóse á los piés del señor Comisario, y demandándole perdon, confesó haber dicho aquello por la boca y mandamiento del demonio, lo uno por hacer á él daño y vengarse del enojo, lo otro y mas principal, porqué el demonio recibia mucha pena del bien que allí se hiciera en tomar la bula. El señor mi amo le perdonó, y fueron hechas las amistades entre ellos; y á tomar la bula hubo tanta priesa, que casi ánima viviente en el lugar no quedó sin ella; marido y muger, hijos é hijas, mozos y mozas.

Divulgóse la nueva de lo acaecido por los lugares comarcanos: y cuando á ellos llegábamos, no era menester sermon ni ir á la Iglesia; que á la posada la venian á tomar, como si fueran peras que se dieran

de valde: de manera que en diez ó doce lugares de aquellos alrededores donde fuimos, echó el señor mi amo otras tantas mil bulas sin predicar sermon. Cuando se hizo el ensayo, confieso mi pecado que tambien fui dello espantado, y creí que así era como otros muchos. Mas con ver despues la risa y burla que mi amo y el alguacil llevaban y hacian del negocio, conocí como habia sido industriado por el industrioso é inventivo de mi amo; y aunque mochacho, cayóme mucho en gracia, y dije entre mí: cuántas destas deben de hacer estos burladores entre la inocente gente.

Finalmente estuve con este mi quinto amo cerca de cuatro meses, en los cuales pasé tambien hartas fatigas.

COMO LÁZARO SE ASENTÓ CON UN CAPELLAN,

Y LO QUE LE ACAECIÓ CON ÉL.

Despues desto asenté con un maestro de pintar panderos para molelle los colores; y tambien sufrí mil males. Siendo ya en este tiempo buen mozuelo, entrando un dia en la Iglesia mayor, un capellan della me recibió por suyo, y púsoseme en poder un buen asno y cuatro cántaros y un azote, y comencé á echar agua por la ciudad.

Este fué el primer escalon que yo subí para venir á alcanzar buena vida, porque mi boca era medida: daba cada dia á mi amo treinta maravedís ganados, y los sábados ganaba para mí, y todos los demás entre semana de treinta maravedís. Fuéme tan bien en el oficio, que al cabo de cuatro años que lo usé, con poner en la ganancia buen recaudo, ahorré para me vestir muy honradamente de la ropa vieja, de la cual compré un jubon de fustan viejo, y un sayo raido de manga tranzada y puerta, y una capa que habia sido frisada, y una espada de las viejas primeras de Cuellar. Desque mé ví en hábito de hombre de bien, dije á mi amo se tomase un asno, que no quería mas seguir aquel oficio.

COMO LÁZARO SE ASENTÓ CON UN ALGUACIL,

Y DE LO QUE LE ACAECIÓ CON ÉL.

Despedido del capellan, asenté por hombre de justicia con un alguacil mas muy poco viví con él por parecerme oficio peligroso, mayormente que una noche nos corrieron á mí y á mi amo á pedradas y á palos unos retraidos; y á mi amo que esperó, trataron mal, mas á mí no me alcanzaron.

Con esto renegué del trato; y pensando en qué modo de vivir haria mi asiento para tener descanso y ganar algo para la vejez, quiso Dios alumbrarme, y ponerme en camino y manera provechosa; y con favor que tuve de amigos y señores, todos mis trabajos y fatigas hasta entonces pasados fueron pagados con alcanzar lo que procuré, que fué un oficio Real, viendo que no hay nadie que medre, sino los que le tienen: en el cual el dia de hoy yo vivo y resido á servicio de Dios y de vuestra merced. Y es que tengo cargo de pregonar los vinos que en esta ciudad se venden, y en almonedas y cosas perdidas; acompañar los que padecen persecuciones por justicia, y declarar á voces sus delitos: pregonero hablando en buen romance. Háme sucedido tambien, y yo le he usado tan fácilmente, que casi todas las cosas al oficio tocantes pasan por mi mano; tanto que en toda la ciudad el que ha de echar vino á vender ó algo, si Lázaro de Tormes no entiende en ello, hace cuenta de no sacar provecho.

En este tiempo viendo mi habilidad y buen vivir, teniendo noticia de mi persona el señor Arcipreste de S. Salvador, mi señor, y servidor y amigo de vuestra merced, porque le pregonaba sus vinos, procuró casarme con una criada suya. Y visto por mí que de tal persona no podia venir sino bien y favor, acordé de lo hacer, y asi me casé con ella: y hasta agora no estoy arrepentido, porque allende de ser buena hija, y diligente servicial, tengo en mi señor Arcipreste todo favor y ayuda: y siempre en el año le da en veces al pié de una carga de trigo, por las Pascuas su carne, y cuando el par de los bodigos, las calzas viejas que deja, é hízonos alquilar una casilla par de la suya. Los domingos y fiestas casi todas las comíamos en su casa: mas malas lenguas, que nunca faltaron, no nos dejan vivir, diciendo no sé qué: y sí sé que ven á mi mujer irle á hacer la cama y guisarle de comer; y mejor les ayude Dios que ellos dicen la verdad, porque allende de

no ser ella muger que se pague de estas burlas, mi señor me ha prometido lo que pienso cumplirá, que él me habló un dia muy largo delante della, y me dijo: Lázaro de Tormes, quien ha de mirar á dichos de malas lenguás, nunca medrará: digo esto, porque no me maravillaría alguno murmurase viendo entrar en mí casa á tu mujer y salir della. Ella entra muy á tu honra y suya, y esto te lo prometo; por tanto no mires á lo que pueden decir, sino á lo que te toca, digo, á tu provecho. Señor, le dije, yo determiné arrimarme á los buenos: verdad es que algunos de mis amigos me han dicho algo deso, y aun por mas de tres veces me han certificado, que antes que conmigo casase habia parido tres veces, hablando con reverencia, de vuestra merced, porque está ella delante. Entonces mi mujer echó juramento sobre sí, que yo pensé la casa se hundiera con nosotros, y despues tomóse á llorar y á echar mil maldiciones sobre quien conmigo la habia casado: en tal manera, que quisiera ser muerto antes que se me hubiese soltado aquella palabra de la boca. Mas yo de un cabo y mi señor de otro, tanto le dijimos y otorgamos, que cesó su llanto, con juramento que le hice de nunca mas en mi vida mentalle nada de aquello, y que yo holgaba y habia por bien de que ella entrase y saliese de noche y de dia, pues estaba bien seguro de su bondad. Y así quedamos todos tres bien conformes. Hasta el dia de hoy nunca nadie nos oyó sobre el caso, antes cuando alguno siento que quiere decir algo de ella, le atajo y le digo: mira, si sois mi amigo, no me digais cosa que me pese, que no tengo por mi amigo al que me hace pesar, mayormente si me quieren meter mal con mi muger, que es la cosa del mundo que yo mas quiero, y la amo mas que á mí, y me hace Dios con ella mil mercedes y mas bien que yo merezco: que yo juraré sobre la hostia consagrada, que es tan buena muger como vive dentro de las puertas de Toledo, y quien otra cosa me dijere, yo me mataré con él. Desta manera no me dicen nada, y yo tengo paz en mi casa.

Esto fué el mesmo año que nuestro victorioso Emperador en esta insigne ciudad de Toledo entró y tuvo en ella Cortes, y se hicieron grandes regocijos y fiestas, como vuestra merced habrá oido: pues en este tiempo estaba en mi prosperidad y en la cumbre de toda buena fortuna.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

LA VIDA
DE
LAZARILLO DE TORMES,
Y
SUS FORTUNAS Y ADVERSIDADES.

PARTE SEGUNDA.

ANÓNIMA.

CAPÍTULO PRIMERO.

EN QUE DÁ CUENTA LÁZARO DE LA AMISTAD QUE TUVO EN TOLEDO CON UNOS TUDESCOS, Y LO QUE CON ELLOS PASABA.

En este tiempo estaba en mi prosperidad y en la cumbre de toda buena fortuna: y como yo siempre anduviese acompañado de una buena galleta, de unos buenos frutos que en esta tierra se crian para muestra de lo que pregonaba, cobré tantos amigos y señores, así naturales como estranjeros, que do quiera que llegaba, no habia para mí puerta cerrada: y en tanta manera me ví favorecido, que me parece si entonces matara un hombre, ó me acaeciera algun caso recio, hallara á todo el mundo de mi bando, y tuviera en aquellos mis señores todo favor y socorro. Mas yo nunca los dejaba boquisecos, queriéndolos llevar conmigo á lo mejor que yo habia echado en la ciudad, á do hacíamos la buena y espléndida vida y jira. Allí nos aconteció muchas veces entrar en nuestros piés y salir en agenos: y lo mejor desto es que todo este tiempo maldita la blanca Lázaro de Tormes gastó ni se la consentian gastar. Antes si alguna vez yo de industria echaba mano á la bolsa fingiendo querello pagar, tomábanlo por afrenta, mirábanme con alguna ira, y decian: *nite*, *nite*, *asticot*, *lanz;* reprendiéndome diciendo: que do ellos estaban, nadie habia de pagar blanca. Yo con aquello moríame de amores de tal gente, porque no solo esto, mas de perniles de tocino, pedazos de piernas de carnero cocidas en aquellos cordiales

vinos, con mucha de la fina especia, y de sobras de cecinas y de pan me henchian la falda y los senos cada vez que nos juntábamos, que tenia en mi casa de comer yo y mi muger hasta hartar una semana entera. Acordábame en estas harturas de las mis hambres pasadas, y alababa al Señor y dábale gracias; que así andan las cosas y tiempos. Mas, como dice el refran: *quien bien te hará, ó se te irá, ó se morirá;* así me acaeció, que se mudó la gran Corte como hacer suele, y al partir fui muy requerido de aquellos mis grandes amigos me fuese con ellos, y que me harian y acontecerian. Mas acordándome del proverbio que dice: *mas vale el mal conocido que el bien por conocer*, agradeciéndoles su buena voluntad, con muchos abrazos y tristeza me despedí de ellos. Y cierto, si casado no fuera, no dejara su compañía, por ser gente hecha muy á mi gusto y condicion: y es vida graciosa la que viven, no fantásticos ni presuntuosos, sin escrúpulo ni asco de entrarse en cualquier bodegon, la gorra quitada, si el vino lo merece; gente llana y honrada, y tal y tan bien proveida, que no me la depare Dios peor, cuando buena sed tuviere. Mas el amor de la mujer y de la patria, que ya por mia tengo, pues como dicen: *¿de do eres, hombre?* tiraron por mí. Y así me quedé en esta ciudad, aunque muy conocido de los moradores della, con mucha soledad de los amigos y vida cortesana.

Estuve muy á mi placer, con acrecentamiento de alegría y linage por el nacimiento de una muy hermosa niña, que en estos medios mi muger parió, que aunque yo tenia alguna sospecha, ella me juró que era mia: hasta que á la fortuna le pareció haberme mucho olvidado, y ser justo tornarme á mostrar su airado y severo gesto cruel, y aguarme estos pocos años de sabrosa y descansada vida con otros tantos de trabajos y amarga muerte. ¡Oh gran Dios! ¡y quién podrá escribir un infortunio tan desastrado, y acaecimiento tan sin dicha, que no deje holgar el tintero, poniendo la pluma á sus ojos!

CAPÍTULO II.

Como Lázaro por importunacion de amigos se fué á embarcar para la guerra de Arjel, y lo que allá le acaeció.

Sepa vuestra merced que estando el triste Lázaro de Tormes en esta gustosa vida, usando su oficio y ganando él muy bien de comer y de beber, porque Dios no crió tal oficio, y vale mas para esto que la mejor Veinticuatría de Toledo, estando asímismo muy contento y pagado con mi mujer y alegre con la nueva hija, sobreponiendo cada dia en mi casa alhaja, sobre alhaja mi persona muy bien tratada, con dos pares de vestidos, unos para las fiestas y otros para de contino, y mi mujer lo mismo, mis dos docenas de reales en el arca. Vino á esta ciudad, que venir no debiera, la nueva para mí y aun para otros muchos, de la ida de Argel; y comenzáronse de alterar unos, no sé cuántos vecinos mios, diciendo: vamos allá que de oro hemos de venir cargados. Y comenzáronme con esto á poner codicia, díjelo á mi mujer, y ella con gana de volverse con mi señor el Arcipreste, me dijo: haced lo que quisiéredes, mas si allá vais, y buena dicha teneis, una esclava querría que me trujésedes que me sirviese, que estoy harta de servir toda mi vida. Y tambien para casar á esta niña, no serian malas aquellas Tripolinas y doblas Zahenas, de que tan proveidos dicen que estan aquellos perros moros. Con esto y con la codicia que yo me tenia, determiné (que no debiera) ir á este viaje. Y bien me lo desviaba mi señor el Arcipreste, mas yo no lo queria creer; al fin habian de pasar por mí mas fortunas las pasadas.

Y así con un caballero de aqui de la orden de S. Juan, con quien tenia conocimiento, me conserté de le acompañar y servir en esta jornada, y que él me hiciese la costa, con tal que lo que allá ganase fuese para mí. Y así fué que gané y fué para mi mucha malaventura, de la cual aunque se repartió por mucho, yo truje harta parte. Partimos desta ciudad aquel caballero y yo, y otros, y mucha gente muy alegres, y muy ufanos como á la ida todos van, y por evitar prolijidad de todo lo acaecido en este camino no hago relacion por no hacer nada á mi propósito. Mas de que nos embarcamos en Cartagena, y entramos en una nao bien llena de gente, y vituallas, y dimos con nosotros donde los otros. Y levantóse en el mar la cruel y porfiada fortuna que habrán contado á vuestra merced, la cual fué causa de tantas

muertes y pérdida cual en el mar gran tiempo há no se perdió, y no fué tanto el daño que la mar nos hizo como el que unos á otros nos hicimos; porque como fué de noche y aun de dia el tiempo recio de las bravas ondas, y olas del tempestuoso mar tan furiosas, ningun saber habia que lo remediase que las mismas naos se hacian pedazos unas con otras, y se anegaban con todos los que en ellas iban. Mas pues sé que de todo lo que en ella pasó y se vió, vuestra merced estará como he dicho, informado de muchos que lo vieron y pasaron, y quiso Dios que escaparon, y de otros á quien aquellos lo han contado: no me quiero detener en ello, sino dar cuenta de lo que nadie sino yo la puede dar, por ser yo solo el que lo vió, y el que de todos los otros juntos que allí estuvieron, ninguno mejor que yo lo vió. En lo cual me hizo Dios grandes mercedes, segun vuestra merced oirá. De moro ni de mora no doy cuenta, porque encomiendo al diablo el que yo ví. Mas ví la nuestra nao hecha pedazos por muchas partes, vila á hacer por otras tantas, no viendo en ella mastil ni entena, todas las obras muertas derribadas, y el casco tan hecho cascos, y tal cual he dicho. Los capitanes y gente granada que en ella iban, saltaron en el barco y procuraron de se mejorar en otras naos, aunque en aquella sazon pocas habian que pudiesen dar favor. Quedamos los ruines en la ruin y triste nao, porque la justicia y cuaresma diz que es mas para estos que para otros. Encomendámonos á Dios, y comenzámosnos á confesar unos á otros, porque dos clérigos que en nuestra compañía iban, como se decian ser caballeros de Jesucristo, fuéronse en compañía de los otros y dejáronnos por ruines. Mas yo nunca ví ni oí tan admirable confesion; que confesarse un cuerpo antes que se muera acaecederá cosa es, mas aquella hora entre nosotros no hubo ninguno que no estuviese muerto; y muchos que cada ola que la brava mar en la mansa nao embestia, gustaban la muerte, por manera que pueden decir que estaban cien veces muertos, y así á la verdad las confesiones eran de cuerpos sin almas. Á muchos dellos confesé, pero maldita la palabra me decian sino sospirar y dar tragos en seco, que es comun á los turbados, y otro tanto hice yo á ellos; pues estándonos anegando en nuestra triste nao sin esperanza de ningun remedio que para evadir la muerte se nos mostrase despues de llorada por mí mi muerte, y arrepentido de mis pecados y mas de mi venida allí; despues de haber rezado ciertas devotas oraciones que del ciego mi primero amo aprendí aprobadas para aquel menester, con el temor de la muerte vinome una mortal y grandísima sed, y considerando como se habia de satisfacer con aquella salada mal

sabrosa agua del mar, parecióme inhumanidad usar de poca caridad conmigo mismo, y determiné que en lo que la mala agua habia de ocupar era bien engullirlo de vino excelentísimo que en la nao habia, el cual en aquella hora estaba tan sin dueño como yo sin alma, y con mucha priesa comencé á beber. Y allende de la gran sed que el temor de la muerte, y la angustia della me puso, y tambien no ser yo de aquel oficio mal maestro, el desatino que yo tenia sin casi saber lo que hacia, me ayudó de tal manera, que yo bebí tanto, y de tal suerte me atesté, descansando y tornando á beber, que sentí de la cabeza á los piés no quedar en mi triste cuerpo rincon ni cosa que de vino no quedase llena; y acabado de hacer esto, y la nao hecha pedazos y sumirse con todos nosotros, todo fué uno; y esto seria dos horas despues de amanecido: quiso Dios que con el gran desatino que hube de me sentir del todo en el mar sin saber lo que hacia, eché mano á mi espada, que en la cinta tenia, y comencé á bajar por mi mar abajo. Aquella hora vi acudir allí gran número de pescados grandes y menores de diversas hechuras, los cuales ligeramente asiendo con sus dientes de aquellos mis compañeros despedazaban y los talaban. Lo cual viendo, temí que lo mismo harian á mí que á ellos si me detuviese con ellos en palabras, y con esto dejé el bracear que los que se anegan hacen, pensando con aquello escapar de la muerte, de mas y allende que yo no sabia nadar, aunque nadé por el agua para abajo, y caminaba cuanto podia mi pesado cuerpo, y comenceme á apartar de aquella ruin conversacion priesa y ruido, y muchedumbre de pescados que al traquido que la nao dió acudieron; pues yendo yo así bajando por aquel muy hondo piélago sentí, y ví venir trás mí grande furia de un crecido y grueso ejército de otros peces: y segun yo pienso, venian ganosos de saber á que yo sabia; y con muy grandes silbos y estruendo se llegaron á quererme asir con sus dientes: yo que tan cercano á la muerte me ví, con la rabia de la muerte, sin saber lo que hacia, comienzo á esgrimir mi espada que en la diestra mano llevaba desnuda, que aun no la habia desamparado; y quiso Dios me sucediese de tal manera, que en un pequeño rato hice tal riza dellos dando á diestro y á siniestro, que tomaron por partido apartarse de mi algun tanto: y dándome lugar, se comenzaron á ocupar en se cebar de aquellos de su misma nacion á quien yo defendiéndome habia dado la muerte, lo cual yo sin mucha pena hacia, porque como estos animales tengan poca defensa, y sus cuberturas menos; en mi mano era matar cuantos queria, y á cabo de un gran rato que dellos me aparté, yén-

dome siempre bajando y tan derecho como si llevara mi cuerpo y piés fijados sobre alguna cosa, llegué á una gran roca que en medio del hondo mar estaba, y como me ví en ella de piés, holguéme algun tanto, y comencé á descansar del gran trabajo y fatiga pasada, la cual entonces sentí, que hasta allí con la alteracion y temor de la muerte no habia tenido lugar de sentir.

Y como sea comun cosa á los afligidos y cansados respirar, estando sentado sobre la peña dí un gran suspiro, y caro me costó porque me descuidé y abrí la boca que hasta entonces cerrada llevaba, y como habia ya el vino hecho alguna evacuacion, por haber mas de tres horas que se habia embasado, lo que del faltaba, tragué de aquella salada y desaborida agua, la cual me dió infinita pena, rifando dentro de mí con su contrario. Entonces conocí como el vino me habia conservado la vida, pues por estar lleno del hasta la boca no tuvo tiempo el agua de me ofender: entonces ví verdaderamente la filosofía que cerca desto habia profetizado mi ciego, cuando en Escalona me dijo: que si á hombre el vino habia de dar vida habia de ser á mí. Entonces tuve gran lástima de mis compañeros que en el mar perecieron, porque no me acompañaron en el beber, que si lo hicieran estuvieran allí conmigo, con los cuales yo recibiera alguna alegria. Entonces entre mí lloré todos cuantos en el mar se habian anegado, y tornaba á pensar que quizá aunque bebieran no tuvieran el teson conveniente, porque no son todos Lázaro de Tormes, que deprendió el arte en aquella insigne escuela, y bodegones toledanos con aquellos señores de otra tierra. Pues estando así pasando por la memoria estas y otras cosas, ví que venia do yo estaba un gran golpe de pescados, los unos que subian de lo bajo, y los otros que bajaban de lo alto, y todos se juntaron y me cercaron la peña, conocí que venian con mala intencion, y con mas temor que gana me levanté con mucha pena y me puse en pié para ponerme en defensa; mas en vano trabajaba, porque á esta sazon yo estaba perdido y encallado de aquella mala agua que en el cuerpo se me entró, estaba tan mareado que en mis piés no me podia tener ni alzar la espada para defenderme. Y como me ví tan cercano á la muerte, miré si veria algun remedio; pues buscallo en la defensa de mi espada no habia lugar por lo que dicho tengo; y andando por la peña como pude, quiso Dios hallé en ella una abertura pequeña y por ella me metí; y de que dentro me ví, ví que era una cueva que en la mesma roca estaba, y aunque la entrada tenia angosta, dentro habia harta anchura, y en ella no habia otra puerta. Parecióme que el Señor me habia traido allí para

que cobrase alguna fuerza de la que en mí estaba perdida: y cobrando algun ánimo vuelvo el rostro á los enemigos, y puse á la entrada de la cueva la punta de mi espada; y asimismo comienzo con muy fieras estocadas á defender mi homenage. En este tiempo toda la muchedumbre de los pescados me cercaron, y daban muy grandes vueltas y arremetidas en el agua, y llegábanse junto á la boca de la cueva; mas algunos que de mas atrevidos presumian, procurando de me entrar, no les iba dello bien, y como yo tuviese puesta la espada lo mas recio que podia con ambas manos á la puerta, se metian por ella y perdian las vidas: y otros que con furia llegaban heríanse malamente, mas no por esto levantaban el cerco. En esto sobrevino la noche y fué causa que el combate algo mas se aflojó, aunque no dejaron de acometerme muchas veces por ver si me dormia, ó si hallaban en mí flaqueza.

Pues estando el pobre Lázaro en esta angustia, viéndose cercado de tantos males, en lugar tan estraño y sin remedio: considerando como mi buen conservador el vino poco á poco me iba faltando: por cuya falta la salada agua se atrevia y cada vez se iba conmigo desvergonzando, y que no era posible poderme sustentar siendo mi ser tan contrario de los que allí lo tienen, y que asimismo cada hora las fuerzas me iban mas faltando, así por haber gran rato que á mi atribulado cuerpo no se habia dado refeccion sino trabajo, como porque el agua digiere y gasta mucho. Ya no esperaba mas de cuando el espada se me cayese de mis flacas y tremulentas manos, lo cual luego que mis contrarios viesen, ejecutarian en mí muy amarga muerte haciendo sus cuerpos sepultura; pues todas estas cosas considerando y ningun remedio habiendo, acudí á quien todo buen cristiano debe acudir, encomendándome al que dá remedio á los que no le tienen, que es el misericordioso Dios nuestro Señor. Allí de nuevo comencé á gimir, y llorar mis pecados, y á pedir dellos perdon y á encomendarme á él de todo mi corazon y voluntad, suplicándole me quisiese librar de aquella rabiosa muerte, prometiéndole grande enmienda en mi vivir si de dármela fuese servido. Despues torné mi plegarias á la gloriosa santa María madre suya, y Señora nuestra, prometiéndole visitalla en las sus casas, de Monserrat y Guadalupe y la Peña de Francia, despues vuelvo mis ruegos á todos los santos y santas, especialmente á San-Telmo y al señor San Amador que tambien pasó fortunas en la mar cuajada. Y hecho esto, no dejé oracion de cuantas sabia que del ciego habia deprendido, que no recé con mucha devocion, la del conde, la de la emparedada, la del justo juez, y otras muchas que tienen vir-

tud contra los peligros del agua. Finalmente, el señor por virtud de su pasion, y por los ruegos de los dichos y por lo demas qne ante mis ojos tenia, quiso obrar en mí un maravilloso milagro, aunque á su poder pequeño, y fué: que estando yo así sin alma mareado y medio ahogado de mucha agua, que como he dicho me habia entrado á mi pesar, y asimismo encallado y muerto de frio de la frialdad que mientras mi conservador en sus trece estuvo, nunca habia sentido, trabajado y hecho pedazos mi triste cuerpo de la congoja y contínua persecucion, y desfallecido del no comer; á deshora sentí mudarse mi ser de hombre, quiera no me caté, cuando me ví hecho pez ni mas ni menos, y de aquella propia hechura y forma que eran los que cercado me habian tenido y tenian. Á los cuales, luego que en su figura fuí tornado, conocí que eran atunes, entendí como entendian en buscar mi muerte y decian: este es el traidor de nuestras sabrosas y sagradas aguas enemigo: este es nuestro adversario y de todas las naciones de pescados, que tan ejecutivamente se ha habido con nosotros desde ayer acá hiriendo y matando tantos de los nuestros, no es posible que de aquí vaya, mas venido el dia tomaremos del venganza. Así oia yo la sentencia que los señores estaban dando contra el que ya hecho atun como ellos estaba. Despues que un poco estuve descansando y refrescando en el agua, tomando aliento y hallándome tan sin pena y pasion como cuando mas sin ella estuve, lavando mi cuerpo de dentro y de fuera en aquella agua que al presente y dende en adelante muy dulce y sabrosa hallé, mirándome á una parte y á otra, por ver si veria en mí alguna cosa que no estuviese convertido en atun; estándome en la cueva muy á mi placér, pensé si seria bien estarme allí hasta que el dia viniese, mas hube miedo me conociesen y les fuese manifiesta mi conversion; por otro cabo temia la salida por no tener confianza de mí si me entendería con ellos, y les sabria responder á lo que me interrogasen, y fuese esto causa de descubrirse mi secreto, que aunque los entendia y me veia de su hechura, tenia gran miedo de verme entre ellos. Finalmente, acordé que lo mas seguro no era me hallasen allí, porque ya que me tuviesen por dellos, como no fuese hallado Lázaro de Tormes, pensarian yo haber sido en salvalle y me pedirian cuenta dél: por lo cual me pareció que saliendo antes del dia, y mezclándome con ellos, con ser tantos, por ventura no me echarian de ver, ni me hallarian estraño; y como lo pensé así lo puse por obra.

CAPÍTULO III.

Como Lázaro de Tormes hecho atun salió de la cueva, y como le tomaron las centinelas de los atunes y lo llevaron ante el General.

En saliendo, señor, que salí de la roca quise luego probar la lengua, y comencé â grandes voces é decir *muera*, *muera*, aunque apenas habia acabado estas palabras, cuando acudieron las centinelas que sobre el pecador de Lázaro estaban, y llegados á mí me preguntan quién viva: señor, dije yo, viva el pece y los ilustrísimos atunes: ¿pues por qué das voces, me dijeron, qué has visto ó sentido en nuestro adversario que así nos alteras? ¿de qué capitanía eres? yo les dije, me pusiesen ante el señor de los Capitanes, y que allí sabrian lo que preguntaban. Luego el uno destos atunes mandó á diez dellos me llevasen, al general y él se quedó haciendo la guarda con mas de diez mil atunes. Holgaba infinito de verme entender con ellos y dije entre mí: el que me hizo esta gran merced ninguna hizo coja. Así caminamos y llegamos ya que amanecia al gran ejército, do habia juntos tan gran número de atunes, que me pusieron espanto: como conocieron á los que me llevaban dejáronnos pasar, y llegados al aposento del general, uno de mis guias haciendo su acatamiento contó en qué manera y en el lugar do me habian hallado, y que siéndome preguntado por su capitan Licio quién yo era, habia respondido que me pusiesen ante el general, y por esta causa me traian ante su grandeza. El Capitan general era un atun aventajado de los otros en cuerpo y grandeza, el cual me preguntó quién era y cómo me llamaba, y en qué capitanía estaba, y qué era lo que pedia, pues pedí ser ante él traido. Á esta sazon yo me hallé confuso, y ni sabia decir mi nombre, aunque habia sido bien baptizado, escepto si dijera ser Lázaro de Tormes; pues decir de dónde ni de qué capitania tampoco lo sabia por ser tan nuevamente trasformado, y no tener noticia de los mares, ni conocimiento de aquellas grandes compañías, ni de sus particulares nombres, por manera que disimulando algunas de las preguntas que el General me hizo, respondí yo y dije: señor, siendo tu grandeza tan valeroso como por todo el mar se sabe, gran poquedad me parece que un miserable hombre se defienda de tan gran valor y poderoso ejército, y seria menoscabar mucho su estado, y el gran poder de todos los atunes; y digo, que yo

soy tu súbdito y estoy á tu mando y de tu bandera, y ofrezco poner en tu poder sus armas y despojo, y si no lo hiciere que mandes hacer justicia cruel de mí; aunque por sí ó por no, no me ofrecí á darle á Lázaro por no ser tomado en malatin; y este punto no fué de latin, sino de letrado mozo de ciego. Hubo desto el General placer por ofrecerme á lo que me ofrecí y no quiso saber de mí mas particularidades; mas luego respondió y dijo: verdad es que por escusar muertes de los mios está determinado tener cercado á aquel traidor y tomalle por hambre, mas si tú te atreves á entralle como dices, serte há muy bien pagado, aunque me pesaria si por hacer tú por nuestro Señor el Rey y mí, tomases muerte en la entrada como otros han hecho, porque yo precio mucho á los mis esforzados atunes, y á los que con mayor ánimo veo, querria guardar mas como buen capitan debe hacer. Señor, respondí yo, no tema tu ilustrísima excelencia mi peligro qne yo pienso lo efectuar sin perder gota de sangre. Pues si así es, el servicio es grande y te lo pienso hien gratificar, y pues el dia se viene yo quiero ver como cumples lo que has prometido. Mandó luego á los qne tenian cargo que moviesen contra el lugar donde el enemigo estaba, y esto fué admirable cosa de ver mover un campo pujante y caudaloso, que cierto nadie lo viera á quien no pusiese espanto. El capitan me puso á su lado preguntándome la manera que pensaba tener para entralle, yo se la decia fingiendo grandes maneras y ardides, y hablando llegamos á las centinelas que algo cerca de la cueva ó roca estaban. Y Alicio el capitan, el cual me habia enviado al General, estaba con toda su compañía bien á punto, teniendo de todas partes cercada la cueva, mas no por eso que ninguno se osase llegar á la boca della, porque el General lo habia enviado á mandar por evitar el daño que Lázaro hacia, y porque al tiempo que yo fui convertido en atun quedóse la espada puesta á la puerta de la cueva, de aquella manera que la tenia cuando era hombre, la cual los atunes veian temiendo que el revelado la tenia, y estaba trás la puerta. Y como llegamos, yo dije al General mandase retraer los que el sitio tenian, y que así él como todos se apartasen de la cueva: lo cual fué hecho luego. Y esto hice yo porque no viesen lo poco que habia que hacer en la entrada; yo me fuí solo y dando muy grándes y prestas vueltas en el agua, y lanzando por la boca grandes espadañadas della; en tanto que yo esto hacia andaba entre ellos de hocico en hocico la nueva como yo me habia ofrecido de entrar al negocio, y oia decir él morirá como otros tan buenos y osados han hecho: dejadle que presto veremos su orgullo perdido: yo fingia que dentro

habia defensa, y me echaban estocadas como aquel que las habia echado, y fuia el cuerpo á una y otra parte. Y como el ejército estaba desmayado, no tenia lugar de ver que no habia que ver, tornaba otras veces á llegarme á la cueva, y acometella con gran ímpetu y á desviarme como antes. Y así anduve un rato fingiendo peleas todo por encarecer la cura: despues que esto hice algunas veces, algo desviado de la cueva, comienzo á dar grandes voces porque el General y ejército me oyesen, y á decir: ¿ó mezquino hombre, piensas que te puedas defender del gran poder de nuestro gran Rey y Señor, y de su valeroso y gran Capitan, y de los de su pujante ejército? ¿Piensas pasar sin castigo de tu gran osadía, y de las muchas muertes que por tu causa se han hecho en nuestros amigos y deudos? Date, date á prision al insigne y gran caudillo, por ventura habrá de ti merced. Rinde, rinde las armas que te han valido, sal del lugar fuerte do estás que poco te ha de aprovechar, y métete en poder del que ningun poder en el gran mar le iguala. Yo que estaba, como digo, dando estas voces todo para almohazar los oidos al mandon, como hacer se suele por ser cosa de que ellos toman gusto, llega á mí un atun, el cual me venia á llamar de parte del General, yo me vine para él, al cual y á todos los mas del ejército hallé finados de risa. Y era tanto el estruendo y ronquidos que en el reir hacian, que no se oian unos á otros; como yo llegué espantado de tan gran novedad mandó el capitan General que todos callasen, y así hubo algun silencio, aunque á los mas les tornaba á arrebentar la risa, y al fin con mucha pena oí al General que me dijo: compañero, si otra forma no teneis en entrar la fuerza á nuestro enemigo que la de hasta aquí, ni tu cumplirás tu promesa, ni yo soy cuerdo en estarte esperando, y mas que solamente te he visto acometer la entrada y no has osado entrar, mas de verte poner con eficacia en persuadir á nuestro adversario lo que debe de hacer cualquiera. Y esto al parecer mio y de todos estos, tenias bien escusado de hacer, y nos parece tiempo muy mal gastado, y palabras muy dichas á la llana, porque ni lo que pides, ni lo que has dicho en mil años lo podrás cumplir, y desto nos reimos, y es muy justa nuestra risa ver que parece que estás con él platicando como si fuese otro tú, y en esto tornaron á su gran reir. Y yo caí en mi gran necedad y dije entre mí: si Dios no me tuviese guardado para mas, bien de ver es á estos necios lo poco y malo que yo sé usar de atun, y caerian en que si tengo el ser, no es natural. Con todo quise remediar mi yerro y dije: cuando hombre señor tiene gana de efectuar lo que piensa, acaécele lo que á mí. Alza

el capitan y todos otra mayor risa, y díjome: luego hombres eres tú. Estuve por responder: tú dixisti. Y cabia bien, mas hube miedo que en lugar de rasgar su vestidura se rasgára mi cuerpo: y con esto dejé las gracias para otro tiempo mas conveniente. Yo viendo que á cada paso decia mi necedad, y pareciéndome que á pocos de aquellos jaques podria ser mate comencéme á reir con ellos, y sabe Dios que regañaba con muy fino miedo que aquella sazon tenia. Y díjele: gran Capitan, no es tan grande mi miedo como algunos lo hacen, que como yo tenga contienda con hombre, vase la lengua á lo que piensa el corazon, mas ya me parece que tardo en cumplir mi promesa, y en darte venganza de nuestro contrario; contando con tu licencia quiero volver á dar fin á mi hecho. Tú la tienes, me dijo. Y luego muy corrido y temeroso de tales acaecimientos me volví á la peña, pensando como me convenia estar mas sobre el aviso en mis hablas, y llegando á la cueva, acaecióme un acaecimiento y tornándome á retraer muy de presto me junté del todo á la puerta, y tomé en la boca la que otras veces en la mano tomaba, y estuve pensando qué haria, si entraria en la cueva, ó iria á dar las armas á quien las prometí. En fin pensé si entrara por ventura seria acusado de ladronicio, diciendo: habello yo comido, pues no habia de ser hallado, el cual era caso feo y digno de castigo. En fin vuelvo al ejército, el cual ya movia en mi socorro, porque me habia visto cobrar la espada, y aun por mostrar yo mas ánimo cuando la cobré de sobre la pared que á la boca de la cueva estaba, esgremí torciendo el hocico, y á cada lado hice con ella casi como un revés. Llegando al General, humillando la cabeza ante él, teniendo como pude el espada por la empuñadura en mi boca dije: gran señor, veis aqui las armas de nuestro enemigo, de hoy no hay mas que temer la entrada pues no tiene con que defenderla. Vos lo habeis hecho como valiente atun, y sereis galardonado de tan gran servicio, y pues con tanto esfuerzo y osadía ganastes la espada, y me parece os sabreis aprovechar della mejor que otro, tenedla hasta que tengamos en poder este malvado. Y luego llegaron infinitos atunes á la boca de la cueva, mas ninguno fué osado de entrar dentro porque temian no le quedase puñal, yo me preferia ser el primero de la escala, con tal que luego me siguiesen y diesen favor; y esto pedia porque hubiese testigos de mi inocencia, mas tanto era el miedo que á Lázaro habian, que nadie queria seguirme, aunque el General prometia grandes dádivas al que conmigo segundase. Pues estando así, díjome el gran Capitan qué me parecia que hiciese, pues ninguno me

queria ser compañero en aquella peligrosa entrada. Y yo respondí: que por su servicio me atreveria á entrarla solo si me asegurasen la puerta, que no temiesen de ser conmigo. El dijo que así se haria, y que cuando los que allí estuviesen no osasen que él me prometia seguirme. Entonces llegó el capitan Licio, y dijo, que entraria trás mí; luego comienzo á esgremir mi espada á un cabo y á otro de la cueva, y á echar con ella muy fieras estocadas, y lánzome dentro diciendo á grandes voces: victoria, victoria, viva el gran mar y los grandes moradores del, y mueran los que habitan la tierra. Con estas voces, aunque mal formadas, el capitan Licio, que ya dije, me siguió y entró luego trás mí, el cual aquel dia estrañamente se señaló y cobró conmigo mucho crédito en velle tan animoso y aventajado de los otros, y á mí parecióme que un testigo no suele dar fé, y no quitándome de la entrada comienzo á pedir socorro, mas por demas era mi llamar, que maldito el que se osaba aun á llegar. Y no es de tener á mucho porque en mi conciencia lo mismo hiciera yo, si pensara lo que ellos, para que es sino decir la verdad, mas entrábame como por mi casa sabiendo que un caracol dentro no estaba. Comencé á animallos diciéndoles: ¡oh poderosos, grandes y valerosos atunes! ¿do está vuestro esfuerzo y osadía el dia de hoy, qué cosas se os ofrecerá en que ganeis tanta honra? vergüenza, vergüenza. Mirad que vuestros enemigos os ternan en poco siendo sabidores de vuestra poca osadía. Con estas y otras cosas que les dije, aquel gran Capitan mas con vergüenza que gana, bien espaciosamente entró dando muy grandes voces. Paz, paz, en lo cual bien conocí que no las traia todas consigo, pues en tiempo de tanta guerra pregonaba paz; desque fué entrado mandó á los de fuera que entrasen, los cuales pienso yo que entraron con harto poco esfuerzo, mas como no vieron al pobre Lázaro, ni defensa alguna aunque hartos golpes de espada daba yo por aquellas peñas, quedaron confusos; y el General corrido de lo poco que acorrió al socorro mio y de Licio.

CAPÍTULO IV.

COMO DESPUES DE HABER LÁZARO CON TODOS LOS ATUNES ENTRADO EN LA CUEVA, Y NO HALLANDO Á LÁZARO SINO Á LOS VESTIDOS, ENTRARON TANTOS QUE SE PENSARON AHOGAR, Y EL REMEDIO QUE LÁZARO DIÓ.

Mirada bien la cueva hallamos los vestidos del esforzado atun Lázaro de Tormes porque fueron del apartados cuando en pez fué vuelto, y cuando los ví, todavia temí, si por ventura estaba dentro dellos mi triste cuerpo y el alma sola convertida en atun. Mas quiso Dios no me hallé y conocí estar en cuerpo y alma vuelto en pescado. Huélgome porque todavia sintiera pena y me dolieran mis carnes viéndolas despedazadas y tragar de aquellos que con tan buena voluntad lo hicieran, y yo mismo lo hiciera por no diferenciar de los de mi sér, y dar con esto causa á ser sentido. Pues estando así, el Capitan general y los otros, atónitos á cada parte mirando y recatándose, temiendo, aunque deseando encontrarse con el que buscaban. Despues de bien rodeada y buscada la pequeña cueva, el Capitan general me dijo, qué me parecia de aquello y de no hallar allí nuestro adversario. Señor, le respondí sin duda yo pienso este no ser hombre, sino algun demonio, que tomó su forma para nuestro daño: porque quien nunca vió ni oyó decir un cuerpo humano sustentarse en el agua tanto tiempo, ni que hiciese lo que este ha hecho, y al cabo teniéndole en un lugar encerrado como este, y con estar aqui y tan cercado, habérsenos ido ante nuestros ojos; cuadrole esto que dije: y estando hablando en esto, sucedióños otro mayor peligro, y fué que como comenzasen á entrar en la cueva los atunes que fuera estaban, diéronse tanta priesa viéndose ya libres del contrario, y por haber parte del saco del, y vengarse de las muertes que habia hecho de sus deudos y amigos, que cuando miramos estaba la cueva tan llena que desde el suelo hasta arriba no metieran un alfiler que no fuese todo atunes, y así atocinados unos sobre otros nos ahogábamos todos, porque como tengo dicho el que entraba no se tenia por contento hasta llegar á do el General estaba pensando se repartia la presa. Por manera que vista la necesidad y el gran peligro que estábamos, el General me dijo: esforzado compañero, ¿qué medio tenemos para salir de aquí con vida, pues ves como vá creciendo el peligro y todos casi estamos ahogados? Señor, dije yo, el mejor remedio sería, si estos que cabe nos estan pudiesen darnos lugar, y que

yo pudiese tomar la entrada de esta cueva y defenderla con mi espada para que mas no entrasen, y nosotros con ellos sin peligrar. Mas esto es imposible por haber tanta multitud de atunes que sobre nosotros estan, y habrás de ver como no por eso se ha de escusar que no entren mas, y porque el que está fuera piensa que los que estamos acá dentro estamos repartiendo el despojo y quieren su parte: un solo remedio veo y es: si por escapar vuestra excelencia tiene por bien que algunos destos mueran, porque para ya hacer lugar no puede ser sin daño. Pues así es, dijo, guarda la cara al basto y triunfa de todos esos otros. Pues señor, le respondí, quedais como poderoso, señor, sacadme á paz y á salvo de este hecho, y que en ningun tiempo me venga por ello mal. No solo no te vendrá mal, dijo él, mas te prometo te vendrán por lo que hicieres grandes bienes, que en tales tiempos es gran bien del ejército que el caudillo se salve, y querria mas una escama que los súbditos. ¡Oh capitanes, dije yo entre mí, que poco caso hacen de las vidas agenas por salvar las suyas! ¡cuántos deben de hacer lo que este hace! Cuan diferente es lo que estos hacen á los que oí decir que habia hecho un Paulo Decio, noble capitan romano, que conspirando los latinos contra los romanos, estando los ejércitos juntos para pelear, la noche antes que la batalla se diese, soñó el Decio que estaba constituido por los Dioses, que si él moria en la batalla que los suyos vencerian y serian salvos, y si él se salvaba que los suyos habian de morir. Y lo primero que procuró comenzando la batalla fué ponerse en parte tan peligrosa que no pudiese escapar con la vida, porque los suyos la hubiesen y así la hubieron. Mas no le seguia en esto el nuestro general atun. Despues viendo yo la seguridad que me daba, digo la seguridad, y aun la necesidad que de hacello habia, y el aparejo para me vengar del mal tratamiento y estrecho en que aquellos malos y perversos atunes me habian puesto, comienzo á esgremir mi espada lo mejor que pude y á herir á diestro y á siniestro, diciendo: fuera, fuera, atunes mal comedidos que ahogais á nuestro Capitan, y con esto á unos de revés á otros de tajo, á veces de estocada, en muy breve hice diablu-

ras, no mirando ni teniendo respeto á nadie escepto al capitan Licio, que por velle de buen ánimo en la entrada de la cueva me aficioné á él, y le amé y guardé, y no me fué dello mal, como adelante se dirá; los que estaban dentro de la cueva como vieron la matanza comienzan á desembarazar la posada, y con cuanta furia entraron á mayor salieron. Y como los de fuera supiesen la nueva y viesen salir á algunos descalabrados, no procuraron entrar, y así nos dejaron solos con

los muertos, y me puse á la boca de la cueva, y desde allí empiezo á echar muy fieras estocadas; y á mi parecer tan señor de la espada me ví teniéndolas con los dientes, como cuando la tenia con las manos. Despues de descansado del trabajo y ahogamiento, el bueno de nuestro General, y los que con él estaban, comienzan á sorber de aquella agua que á la sazon en sangre estaba vuelta; y asimismo á despedazar y comer los pecadores atunes, que yo habia muerto, lo cual viendo, comencé á tenelles compañía haciéndome nuevo de aquel manjar que ya le habia comido algunas veces en Toledo, mas no tan fresco como allí se comia; y así me harté de muy sabroso pescado no impidiéndome las grandes amenazas que los de fuera me hacian por el daño que habia hecho en ellos; y ya que al General pareció, nos salimos fuera con avisalle de la mala intencion que los de fuera contra mi tenian, por tanto que su excelencia proveyese en mi seguridad. El como salió contento y bien harto, que dicen que es la mejor hora para negociar con los señores, mandó pregonar que los que en dicho ni en hecho fuesen contra el atun estranjero que muriesen por ello, y ellos y sus sucesores fuesen habidos y tenidos por traidores, y sus bienes confiscados á la Real Cámara, por cuanto si el sobredicho atun hizo daño en ellos, fué por ser ellos rebeldes y haber pasado el mandamiento de su Capitan, y puéstole por su mal mirar á punto de muerte, y con esto todos hubieron por bien que los muertos fuesen muertos, y los vivos tuviésemos paz: hecho esto, el Capitan hizo llamar todos los otros capitanes, maestros de campo, y todos los demas oficiales señalados que tenian cargo del ejército, mandó que los que no habian entrado en la cueva entrasen y repartiesen entre sí el despojo que hallasen, lo cual brevemente fué hecho, y tantos eran que á un bocado de atun no les cupo. Despues de salidos porque pareciese á todos, hacian participantes, pregonaron saco á todo el ejército, del cual fué hecho cumplimiento á todos los atunes comunes, porque maldita la cosa en la cueva habia sino fuese alguna gota de sangre, y los vestidos de Lázaro. Aquí pasé yo por la memoria la crueldad de estos animales, y cuán diferente es la benigna condicion de los hombres á la dellos; porque puesto caso que en la tierra alguno se allegase á comer algo de lo de su prójimo, el cual pongo en duda haber, mayormente el dia de hoy, por estar la conciencia mas alta que nunca, á lo menos no lo hay tan desalmado que á su mismo prójimo coma. Por tanto los que se quejan en la tierra de algunos desafueros y fuerzas qne les son hechos, vengan, vengan á la mar y verán como es pan y miel lo de allá.

CAPÍTULO V.

En que cuenta Lázaro el ruin pago que le dió el General de los atunes por su servicio, y de su amistad con el capitan Licio.

Pues tornando á lo que hace al caso, otro dia el General mismo me apartó en su aposento y dijo: esforzado y valeroso atun estraño, yo he acordado te sean galardonados tus buenos servicios y consejos, porque si los que como tú sirven no son galardonados, no se hallaria en los ejércitos quien á los peligros se aventurase, porque me parece en pago dello ganes nuestra gracia, y te sean perdonadas las valerosas muertes que en la cueva en nuestras compañas hecistes: y en memoria del servicio que en librarme de la muerte me has hecho, poseas y tengas por tuya propia esa espada del que tanto daño nos hizo, pues tan bien della te sabes aprovechar; con apercibimiento que si con ella hicieres contra nuestros súbditos y naturales de nuestro señor el Rey alguna violencia mueras por ello, y con esto me parece no vas mal pagado, y de hoy mas puedes te volver do eres natural y mostrándome no muy buen semblante se metió entre los suyos y me dejó: quedé tan atónito cuando oí lo que dijo, que casi perdí el sentido porque pensaba por lo menos me habia de hacer un gran hombre, digo atun, por lo que habia hecho, dándome cargo perpétuo en un gran señorío en el mar, segun me habia ofrecido. Ó Alejandre, dije entre mí, repartiades y gastábades vos las ganancias ganadas, con vuestro ejército y caballeros; ó lo que habia oido de Cayo Fabricio, capitan Romano, de qué manera galardonaba y guardaba la corona para coronar á los primeros que se aventuraban á entrar los palenques, ¡y tú Gonzalo Hernandez, gran Capitan español, otras mercedes heciste á los que semejantes cosas en servicio de tu Rey, y en aumento de tu honra es señalaron! ¡Todos los que sirvieron y siguieron! ¡á cuántos del polvo de la tierra levantastes y valerosos y ricos hiciste! Como este mal mirado atun conmigo lo hizo haciéndome merced de la que en Zocodover me habia costado mis tres reales y medio. Pues oyendo esto consuélense los que en la tierra se quejan de señores, pues hasta en el hondo mar se usan las cortas mercedes de los señores. Estando yo así pensativo y triste, conociéndomelo el capitan Licio, llegóse á mí y díjome: los que confian en algunos señores y capitanes, así como á ti acaece, que estando en necesidad hacen promesas y salidos dellas no se acuer-

dan de lo prometido. Yo soy buen testigo de todo tu buen esfuerzo y de todo lo que valerosamente has hecho, como quien á tu lado se halló, y veo el mal pago que de tus proezas llevas, y el gran peligro en que estás, porque quiero que sepas que muchos destos que ante ti tienes, estan entre sí concertando tu muerte; por tanto no te partas de mi compañía que de aquí te doy fé, como hijo-dalgo, de te favorecer con todas mis fuerzas, y con las de mis amigos en cuanto pueda, pues seria muy grande pérdida perderse un tan valeroso y señalado pece como tú: yo le respondí grandes gracias por la voluntad que me mostraba y acepté la merced y buena obra que me hacia, y ofreciéndome á serville en tanto que viviese, y con esto él fué muy contento y llamó hasta quinientos atunes de su compañía, y mandóles que dende en adelante tuviesen cargo de me acompañar y mirar por mí como por él mismo; y así fué que estos jamás de dia ni de noche de mi se apartaban, y con gran voluntad, que estos no era mucho que me desamasen; y no pienso que de los otros habia en el ejército quien no me tuviese gran voluntad, porque les pareció aquel dia del combate que me señalé ó dí á conocer gran valentía y esfuerzo en mí. Desta manera trabamos el capitan Licio y yo amistad, la cual nos mostramos como adelante diré. Deste supe yo muchas cosas y costumbres de los habitadores del mar, los nombres de los cuales y muchas provincias, reinos y señoríos del, y de los señores que los poseian. Por manera que en pocos dias me hice tan práctico que á los nacidos en él hacia ventaja, y daba mas cuenta y relacion de las cosas, que ellos mismos. Pues en este tiempo nuestro campo se deshizo, y el General mandó que cada capitanía y compañía se fuese á su alojamiento y dende á dos lunas fuesen todos los capitanes juntos en la corte, porque el Rey lo habia enviado así á mandar. Apartámonos mi amigo y yo con los de su compañía, que serian á mi ver hasta diez mil atunes, entre los cuales habia poco mas que diez hembras, y estas eran atunas del mundo, que entre la gente de guerra suelen andar á ganar la vida. Aquí ví el arte y ardid que para buscar de comer tienen estos pescados, y es que se derraman á una parte y á otra, y se hacen en cerco grande de mas de una legua en torno, y desque los unos de una parte se han juntado con los de la otra vuelven los rostros unos para otros, y se tornan á juntar, y todo el pescado que en medio toman muere á sus dientes. Y así cazan una ó dos veces al dia, segun como acaecen á salir; desta suerte nos hartábamos de muchos y sabrosos pescados, como era pajeles, bonitos, agujas y otros infinitos géneros de peces. Y haciendo verdadero el pro-

verbio que dice: que el pece grande se come al mas pequeño, porque si acontecia en la redada cojer algunos mayores que nosotros, luego les dábamos carta de guia, y dejábamos salir sin ponernos con ellos en barajas, escepto que si querian ser con nosotros y ayudarnos á matar y comer conforme al dicho, quien no trabaja que no coma. Tomamos una vez entre otros pescados ciertos pulpos, al mayor de los cuales yo reservé la vida y tomé por esclavo, é hice mi paje de espada, y así no traia la boca embarazada ni pena con ella, porque mi paje revuelto por los anillos una de sus muchas colas la traia á su placer, y aun parecióme á mí que se ufanaba y pompeaba con ella. Desta suerte caminamos ocho soles, que llaman en el mar á los dias, al cabo de los cuales llegamos á do mi amigo y los de su compañía tenian sus hijos y hembras, de las cuales fuimos recibidos con mucho placer, y cada cual con su familia se fué á su albergue, dejándome á mí y al capitan en el suyo. Entrados que fuimos en la posada del señor Licio, dijo á su hembra: Señora, lo que deste viaje traigo es haber ganado por amigo este gentíl atun que aquí veis, la cual ganancia tengo en mucho; por tanto os ruego sea de vos festejado, y hecho aquel tratamiento que á mi hermano hacer solíades, porque en ello me hareis singular placer. Esta era muy hermosa atuna, y de mucha autoridad, respondió: por cierto, señor, eso se hará como mandais, y si falta hubiere no será de voluntad; yo me humillé ante ella suplicándola me diese las manos para se las besar, sino que plugo á Dios se lo dije algo paso, y no se echó de ver y no oyeron mi necedad. Dije entre mí, maldito sea mi descuido, que pido para besar las manos á quien no tiene sino cola, la atuna me dió una hocicada amorosa rogándome me levantase, y así fui della recibido muy bien, y ofreciéndome á su servicio, fui della muy bien respondido como de una muy honrada dueña; y desta manera estuvimos allí algunos dias, y muy á nuestro placer, y yo muy bien tratado destos señores, y servido de los de su casa. En este medio yo mostré al capitan esgremir no lo habiendo en mi vida aprendido, y hízose de la espada muy diestro, lo cual él preciaba mucho, y asimismo á un hermano suyo que habia nombre Melo, tambien muy ahidalgado atun. Pues estando yo una noche en mi reposo pensando la muy buena amistad que en este pece mi amigo tenia, deseando se le ofreciese algo en que le pudiese pagar parte de lo mucho que le debia, vínome al pensamiento un gran servicio que le podia hacer, y luego á la mañana lo comuniqué con él, lo cual él tuvo en lo que fué justo, pues le valió tanto como adelante diré; y fué el caso, que viéndole yo tan aficiona-

do á las armas, le dije que él debia enviar á aquella parte donde fué nuestro desastre, y que allí se hallarian muchas espadas, lanzas, puñales, y otras maneras de armas, y que trujesen todas las que pudiesen traer, que yo queria tomar cargo de mostrar aquella nuestra compaña, y hacellos diestros, y si aquello habia efecto su compañía seria la mas pujante y valerosa de todas, y de quien el Rey y todo el mar mas caso haria, porque ella sola valdria mas que todas las otras juntas, y que desto le redundaria mucha honra y ganancia. Parecióle consejo de buen amigo y mucho que lo agradeció, y luego ejecutando el aviso envió á su hermano Melo con hasta seis mil atunes, los cuales con toda brevedad y buena diligencia vinieron trayendo infinitas espadas y otras armas muchas, de las cuales gran parte venian tomadas del orin y debian ser de cuando el poco venturoso D. Hugo de Moncada pasó otra tormenta en este paso; las armas venidas fueron repartidas entre los atunes que mas hábiles nos parecieron, y el capitan por un cabo, y su hermano por otro, y yo era como sobremaestro á quien venian con las dudas; no entendiamos en otra cosa sino en mostrárselas á tener y esgremir con ellas, y á que supiesen echar su revés y tajo, y fina estocada; á los demás que nos pareció dióse cargo para cazar y buscar de comer. Á las hembras hecimos entender en limpiar las armas con una gentil invencion que yo dí, y fué que las sacasen y metiesen en los lugares que tuviesen arena hasta que se parasen lucias. De manera que puestos todos á punto, quien viera aquel pedazo de mar le pareciera una gran batalla en el agua: acabo de algunos dias muy pocos de los atunes armados habia que no se tuviese por otro Aguirre el diestro. Entramos en consejo y fué acordado hiciésemos con los pulpos perpetua liga y amistad de que se viniesen á vivir con nosotros, porque nos sirviesen con sus largas faldas de Talavartes, y así se hizo, y holgaron dello, porque los tuviésemos por amigos, y los mantuviésemos. Los cuales, como dije, sin pena nos podian servir, y en este tiempo se cumplió el plazo de los dos meses, en cabo de los cuales el capitan General mandó que fuesen todos juntos los capitanes en la corte. Y Licio se empezó á poner á punto para la ida, y entre él y mí se platicó si sería bien irme yo con él á la corte, y besar las manos al Rey y que tuviese noticia de mí, hallamos no ser buena la voluntad que mostró el General, y que seria inconveniente por haber espresamente mandado me fuese á mi tierra, por lo cual despues de platicado bien el negocio, estando presentes á la plática Melo, hermano del capitan Licio, de muy buen ingenio, y la hermosa y no menos sábia

atuna su hembra, fué el parecer de todos por el presente que yo me quedase allí en su compañía, porque él acordó de ir á la lijera, y llevar pocos de los suyos, y que despues que él llegase allá informaria al Rey de mí, y del gran valor mio, y que como el Rey le respondiese, así haria lo que fuese bien. Con este acuerdo el buen Licio se partió con hasta mil atunes, y quedamos su hermano Melo y yo con los demás en el aposento. Y al tiempo que de mí se despidió, apartándome me dijo: verdadero amigo, hagoos saber que voy muy triste por un sueño que esta noche soñé, quiera Dios no sea verdad, mas si por mi desventura saliere verdad, ruegoos os hayais como bueno, y os acordeis de lo que en voluntad me sois en cargo, y no querais de mí mas saber, porque ni á vos ni á mí conviene, yo le rogué mucho se aclarase cómo, y no quiso, antes como estaba ya despedido de su dueña, y de su hermano, y de los demás, dándome con el hocico se fué no alegre, dejándome á mí muy triste y confuso. Pensé mucho, y varios pensamientos sobre aquel caso, y en uno dellos hice algun asiento, diciendo: por ventura este á quien tanto debo debe pensar que la hermosura de su atuna, que las mas veces con la mucha honestidad no se abraza, me cegará para que no vea lo que el mar veria tan gran maldad. Mas esta buena ley el dia de hoy está corrupta y en el mar debe de ser lo mismo y no es mucho. Pasé yo por la memoria muchas cosas en este caso, y parecióme prevenir el remedio, para que él se asegurase y mi lealtad no padeciese, y fué, llegados ante la capitana atuna yo y su cuñado, despues de haberla algun tanto consolado del pesar que la partida de su marido le causaba, mayormente en ver la tristeza que Licio llevaba, aunque tambien á mí y á ella se lo encubrió al tiempo que della se despidió. Yo le dije á Melo que yo deseaba ser su huésped si él por bien lo tenia, porque para estar en compañía de hembras era mal regocijado, y antes causaria á su merced tristeza, que seria en quitársela. Ella me fué mucho á la mano, diciendo: que si algun consuelo pensaba tener era por estar yo en su poder y posada, sabiendo el grande amor que su marido me tenia, y que si al tiempo que della se partió no le dió mayor cargo que el cuidado que de mí habia de tener, aunque yo no pensé lo que era, antes distaban nuestros pensamientos: al fin, como á mí se me habian asentado los negros celos aun como atun, que por ventura habia pasado por ellos con la mi Elvira, y mi amo el Arcipreste, nunca se pudo conmigo acabar que quedase, antes me fui con el cuñado, y cuando á visitalla venia, siempre le traia conmigo.

CAPÍTULO VI.

En que cuenta Lázaro lo que al capitan Licio su amigo le aconteció en la corte con el gran Capitan.

Pues estando así, como he contado, á ratos cazando, á ratos ejercitando las armas con aquellos que diestros se habian hecho, dende á ocho dias que mi amigo se habia partido nos llegó una nueva, la cual manifestó la tristeza que llevaba al partir con hacernos á todos los mas tristes peces de todo el mar. Y fué el caso que cuando el capitan General se hubo comigo tan ásperamente, como he contado, él quisiera qne me fuera luego del ejército, y qne los apasionados á quien yo habia echo ofensa me ofendieran, y dieran muerte, y aun como despues se supo él habia mandado á ciertos atunes, que viéndome desmandado me matasen, y averiguado no por mas de por parecerle como era verdad ser yo tal testigo de su cobardía, porque otra causa yo no hallaba sino por do merecia ser gratificado, mas Dios dió lugar á esta maldad poniendo como puso á Licio en corazon el favor que me hizo, lo cual sabido por el General tomó, asimismo con él gran odio y mala voluntad, afirmando y jurando que lo que Licio hizo por mi, fué por dalle á él pesar, y sabiendo tambien que él tenia mal testigo por estar junto á mí, cuando el General entró en la cueva diciendo: paz, paz. Juntóse todo, y lo que en mí habia hecho el buen Capitan, y mejor que él procuró con todas sus malas mañas hacer, y como fué en la corte luego fué con grandes quejas al Rey, infamándole de traidor y aleve, diciendo que una noche teniendo el dicho capitan Licio encargo la guarda y la mas cercana centinela por muchos dineros que le habia dado por libralle de ser preso. Y esto decian él y otros muchos mas. Y así le ayude Dios como dijo la verdad, que Lázaro de Tormes no le podia dar sino muchas cabezas dellos que tenia á sus piés; y despuso del diciendo, que habia traido de partes estrañas un atun malo y cruel, el cual atun habia muerto gran número de los de su ejército con una espada que en la boca traia, de la cual jugaba tan diestramente que no era posible sino ser algun diablo que para destruccion de los atunes tomó su forma, y que él viendo el daño que el mal atun habia hecho, lo desterró, y so pena de muerte le mandó se apartase del campo, y

que el dicho Licio en menosprecio del Real mandado y de la Real Corona, y á su despecho lo habian acojido en su compañía, y dado favor y ayuda por do habia incurrido en crímen *lese majestatis*, y por derecho y ley debia ser hecha del justicia porque fuese castigo de su yerro, y en él otros tomasen ejemplo, porque dende en adelante nadie fuese contra los mandamientos reales. El señor Rey, así mal informado y peor aconsejado, dando crédito á las palabras de su mal capitan, con dos ó tres malos y falsos testigos que juraron lo que él les mandó, y con una probanza hecha en ausencia y sin parte, el mismo dia que llegó á la corte el buen Licio muy inocente desto, mandó fuese luego preso y metido en una cruel mazmorra y echada á su garganta una muy fuerte cadena. Y mandó al General hiciese con toda solicitud poner en él guarda, y llevar á pura y debida ejecucion su castigo, el cual luego proveyó mas de treinta mil atunes que le hiciesen la guarda.

CAPÍTULO VII.

Como sabido por Lázaro la prision de su amigo Licio le lloró mucho él y los demás, y lo que sobre ello se hizo.

Estas tristes y dolorosas nuevas nos trujeron algunos de los que con él ido habian dándonos esta relacion á todos, y como le habian hecho cargo de lo que he dicho y la manera que en el oille, y estar con el á derecho se tenia, porque todos los jueces que en ello entendian tenia sobornados el General, y que segun pensaban, y la cosa tan de rota iba, no podria escapar de breve y muy rabiosa muerte. A esta hora me acordé y dije entre mí aquel dicho, del conde Claros, antiguo, que dice: *Cuando acabarás ventura,—cuando tienes de acabar:—en la tierra mil desastres,—y en las mares mucho mas.*—Comenzóse entre nosotros un llanto y alaridos y en mí doblado, porque lloraba el amigo y lloraba á mí, que faltando él no esperaba vivir quedando en medio del mar y de mis enemigos, del todo solo y desamparado, parecióme que aquella compañía se quejaba de mí, y con justa causa y razon, pues yo era causante que lo perdiesen al que bien querian; no sin causa decia su atuna: vos, mi señor, tan triste de mí os partides sin quererme dar parte de vuestra tristeza, bien pronosticábades

vos mi grande pérdida; sin duda decia yo, este es el sueño que vos mi buen amigo soñastes, esta es la tristeza con que vos de mí os partistes dejándome con ella. Y así cada uno decia y lamentaba, dije delante de todos: señora y señores y amigos, lo que con las tristes nuevas hemos hecho ha sido muy justo, pues cada uno de nosotros muestra lo que siente, mas ya que este primer movimiento que en mano de nadie es pasado, justo será, mis señores, que pues con lloro nuestra pérdida no se cobra, que demos órden brevemente en pensar el mejor remedió que nos convenga. Y esto pensado, y visto ponello luego en ejecucion, pues segun dicen estos señores la demasiada priesa que nos dan los que nos desaman lo requiere: la hermosa y casta atuna, que derramando muchas lágrimas de sus graciosos ojos estaba, me respondió: todos vemos, esforzado señor, ser gran verdad lo que decís, y asimismo la demasiada necesidad que de nuevo tenemos, por lo cual si estos señores y amigos de mi parecer son, debemos todos de remitirnos á vos como á quien Dios ha puesto claro y señalado seso, y pues Licio mi seños siendo tan cuerdo y sábio sus árduos y pesados negocios de vos confiaba, y vuestro parecer seguia, no pienso errar, aunque soy una flaca hembra en suplicaros lo tomeis á cargo de proveer y ordenar lo que convenga á la salvacion del que de un tan verdadero amor os ama, y al consuelo desta triste que siempre os quedará en gran deuda. Y esto dicho tornó á su gran llanto, y todos hecimos lo mesmo Melo y otros atunes con la señora capitana estaban, y con ella se hallaron á su parecer conformes, los cuales me dieron cargo desta empresa, ofreciéndose á seguirme y hacer todo lo que yo les mandase. Pues viendo que yo era obligado á hacerlo de ponerme en todo cuidado y trabajo, por el que por mí en tanto estrecho estaba, comedidamente lo acepté, diciéndoles conocer yo que cada cual de sus mercedes lo hiciera mejor, mas pues eran servidos que yo lo hiciese, á mí me placia. Diéronme las gracias, y luego allí acordamos se hiciese saber á todo el ejército, lo cual luego fué hecho, y dentro de tres dias fueron todos juntos. Yo escojí para mi consejo doce dellos los mas ricos, y no tuve respeto á mas sábios si eran pobres, porque así lo habia visto hacer cuando era hombre en los ayuntamientos do se trataban negocios de calidad, y así ví hartas veces, dar con la carga en el suelo, porque como digo no miran sino que anden vestidos de seda, no de saber. Y estos apartados, fué el uno dellos Melo, y la señora capitana que era muy sesuda hembra, cosa por cierto muy rara en tierra y en mar. Y hecho esto mandamos á toda la compañia se fuese á comer y viniesen

luego á punto de guerra, los armados con sus armas, los otros con sus cuerpos, venidos que fueron hice contallos, y hallamos por número diez mil y ciento y nueve atunes, todos estos de pelea, sin hembras, pequeños y viejos, los cinco mil dellos armados cual de espada ó puñal, lanza y cuchillo, todos estos hicieron juramento en mi cola que sobre su cabeza pusieron á usanza de allá (y aun reíme en cuanto hombre entre mí de la donosa ceremonia) que harian lo que yo les mandase y pornian sus armas y los que no las tuviesen sus dientes en quien yo les dijese, procurando con todas sus fuerzas librar á su Capitan, guardando la debida lealtad á su Rey. Acordamos en el consejo de guerra que la señora capitana fuese con nosotros muy bien acompañada de otras cien atunas, entre las cuales llevó una hermana suya, doncella muy hermosa y apuesta. Y hecimos tres escuadrones, el uno de todos los atunes desarmados, y los dos de los que llevaban armas. En la vanguardia iba yo con dos mil y quinientos armados, y en la retaguardia iba Melo con otros tantos, los desarmados y carruaje iban en medio, y llevando asímismo con nosotros nuestros pajes ya dichos, que las espadas nos llevaban.

CAPÍTULO VIII.

De como Lázaro y sus atunes puestos en órden van á la Corte con voluntad de libertar á Licio.

Desta suerte, que arriba he dicho, nos metimos en camino, y con mucha priesa dando cargo á los que nos pareció de la pesca para bastecer la compañía porque no se desmandasen, y tomé aviso de los que nos habian traido la nueva, del asiento de la corte, y el lugar donde nuestro capitan estaba preso: y acabo de tres dias llegamos á diez millas de la corte, y porque por ir de nueva y estraña manera, si se supiese de nuestra ida, pondriamos escándalo, acordóse que no pasásemos adelante hasta que la noche viniese. Y mandamos á ciertos atunes de aquellos que la triste nueva nos habian traido, se fuesen á la ciudad, y lo mas disimulado que pudiesen, supiesen en qué estaba la cosa y volviesen á nosotros con el aviso, y dellos algunos vinieron dándonos la peor que quisiéramos. La noche venida fué acordado que la señora

capitana con sus hembras y Melo con ellas con hasta quinientos atunes sin armas, de los mas honrados y viejos, fuesen derecho camino al Rey. Y como bien sabian, suplicasen al Rey hubiese por bien de examinar la justicia de su marido y hermano, y que yo con todos los demas me metiese en una montaña muy espesa de arboledas y grandes rocas, que á dos millas de la ciudad estaba, do el Rey algunas veces iba á monte, y allí estuviesemos hasta ver lo que negociaban, los cuales nos avisasen. Luego llegamos al bosque y hallámosle bien proveido de pescados monteses, en el cual nos cebamos, ó por mejor decir hartamos á mucho placer; yo apercebí toda la compañía que estuviese lanza en cuja. La hermosa y buena atuna llegó allá al alba, y luego se fué para palacio con toda su compañía, y esperó gran rato á la puerta hasta que el Rey fué levantado, al cual dijeron la venida de aquella dueña, y lo mucho que á los porteros importunaba la dejasen entrar y hablar á su Alteza. El Rey, que bien sintió á lo que venia, le envió á decir se fuese en hora buena, que no podia oirla. Visto que de palabra no queria oir, fué por escrito, y allí se hizo una peticion bien ordenada de dos letrados que por Licio abogaban, en la cual se le suplicó quisiese admitir así aquel juicio, pues Licio habia apelado para ante su Alteza, porque el nuestro buen capitan estaba condenado á muerte por esos señores alcaldes del crímen, y habíase dado esta sentencia el dia de antes, la cual nosotros supimos de los que dije, diciendo: que su Alteza supiese que su marido habia sido acusado con falsedad, y muy injustamente sentenciado, y qne su Alteza hiciese tornar á examinar su justicia, y que hasta entánto sobreseyese la justicia y ejecucion de la sentencia; estas y otras cosas muy bien dichas fueron en la buena peticion, la cual fué dada á uno de los porteros. Y al tiempo que se la dió la buena capitana, se quitó una cadena de oro que traia con su joyel, y se la dió al portero, y le dijo que se doliese della y de su fatiga y no mirase al galardon tampoco, con muchas lágrimas y tristeza; el portero tomó del la peticion de buena gana y de mejor la cadena, prometiendo hacer su posibilidad, y no fué en vano la promesa, porque leida ante el Rey la peticion, muchas y buenas cosas se atrevió á decir con su boca llena de oro á su Alteza: juntamente con narralle los llantos y angustias que la señora capitana hacia por su marido á la puerta de palacio, q ue al mal aconsejado Rey hizo mover á alguna piedad, y dijó: vé con esa dueña á los Alcaldes del crímen, y diles que sobresean la ejecucion de la sentencia, porque quiero ser informado de ciertas cosas convenientes al negocio del capitan Licio; y con esta em-

bajada vino muy alegre el portero á la triste pidiéndole albricias de su buen negociar, las cuales de buena gana ella se las ofreció; y luego sin detenerse fueron al aposento de los alcaldes, y quiso su desdicha que yendo por la calle, toparon con D. Paver, que así se llamaba el inventor destos nuestros afanes, el cual muy acompañado iba á palacio; mas como vió la dueña y su capitanía, y supo quien era, y conoció el portero, como astuto y sagaz, sospechó lo que podia ser, y con gran disimulacion llamó al portero, é interrogándole á do iba con aquella compañía, el cual simplemente se lo dijo: y él demostró que le placia dello, siendo al revés, diciendo que se holgaba de lo que el Rey hacia; porque al fin Licio era valeroso y no era justo así hacer justicia de él sin bien examinar el negocio; en mi posada quedan los alcaldes que á pedir mi parecer en este negocio venian, y yo iba á hablar al Rey sobre ello, y ellos me quedan allí esperando; mas pues traeis despacho, volvamos y decirles heis lo que el Rey nuestro señor manda; y yendo llamó á un paje suyo, y muy riendo le dijo que fuese á los alcaldes, y les dijese que luego á la hora hiciesen de Licio la justicia que se habia de hacer, porque así convenia al servicio del Rey. Y que en la cárcel ó á la puerta della lo justiciasen sin traello por las calles, entretanto que yo detengo este portero: el criado lo hizo así, y llegando á la posada, el traidor metió consigo al portero, y dijo á Melo y á su cuñada que esperasen mientras entraba á hablar á los alcaldes, y que de allí todos irian á la prision de Licio á dalle el parabien de su buena esperanza, y que él queria con ellos ir, mas á esta hora la desventurada fué avisada de la gran traicion, y mayor crueldad del gran Capitan. Pues aunque peor voluntad tuviera al buen Licio, mirara á la angustia y lágrimas de la buena capitana su mujer, y fuera mejor aplacallo por este respeto. Y cuando el malaventurado y traidor llamó al paje para que fuese á negociar la muerte del buen Licio, quiso Dios que uno de sus criados lo oyó, y díjolo á la buena capitana, del cual el mal capitan no se guardó, la cual cuando se lo dijo cayó sin sentido casi muerta sobre el cuello de su cuñado que junto á ella estaba. Melo, como lo oyó, tomó treinta atunes de los que consigo estaban para que con la mayor presteza que pudiesen me diesen aviso del peligro en que el negocio estaba, los cuales como fieles y diligentes amigos se dieron tanta priesa que en breve fuimos sabedores de las tristes nuevas que nos llegaron, dando muy grandes voces: armas, armas, valientes atunes, que nuestro capitan padece muerte por traicion y astucia del traidor D. Paver, contra voluntad y mandado del Rey nuestro Señor, y en

breves palabras nos cuentan todo lo que yo he contado. Hice luego tocar las bocinas, y mis atunes fueron juntos con sus bocas armadas, á los cuales yo hice una bravísima habla, dándoles cuenta de lo contado, por tanto que como buenos y esforzados mostrasen sus ánimos á los enemigos socorriendo á su señor en tan estrema necesidad, y ellos respondieron todos que estaban prestos á seguirme y hacer en el caso su deber; acabada su respuesta, luego comenzamos á caminar para allá: quien viera á esta hora á Lázaro atun delante de los suyos haciendo el oficio de esforzado capitan, animándolos y esforzándolos sin haberlo jamás usado; escepto pregonando los vinos que hacia casi lo mismo, incitando los bebedores, diciendo: aquí, aquí señores, que aquí se vende lo bueno, y no hay tal maestro como la necesidad. Pues desta suerte, á mi parecer, en menos de un cuarto de hora entramos en la ciudad y andando por las calles con tal ímpetu y furor que me parece á aquella sazon lo quisiera haber con un Rey de Francia, y puse á mi lado los que mejor sabian la ciudad para que nos guiasen, do él sin culpa estaba, por el mas breve camino.

CAPÍTULO IX.

Que contiene como Lázaro libró de la muerte á Licio su amigo, y de lo que mas por él hizo.

Yendo nosotros con el furor y velocidad que tengo dicho, dimos con nosotros en una gran plaza que ante la torre de la prision estaba; mas nunca á mi pesar socorro entró ni llegó á tan buen tiempo, ni aquel buen Cipion Africano, socorrió á su patria, que casi del todo estaba ocupada del gran Anibal, como nosotros corrimos el buen Licio. Finalmente que el mensajero que el traidor envió supo tambien negociar, y los señores jueces que así mismo holgaron de contentar aquel, aunque malo, gran señor, y privado del Rey, porque otro dia le dijese que tenia muy buena justicia, y que los que la ejecutaban eran muy suficientes; y así les ayude Dios que cuando llegamos tenian al nuestro Licio sobre un repostero, y á la hermosa su mujer con él dandole la postrer hocicada que por grandes ruegos la dejaron llegar, muy sin esperanza ella y Melo de nuestro velocísimo socorro. Estaban

en torno de la plaza y por las bocas de las calles que á ella venian, mas de cincuenta mil atunes de la compañía del mal gran Capitan, á los cuales habia dado la guarda del buen Licio. El ejecutivo verdugo estaba dando gran prisa á la señora capitana se apartase de allí y le dejase hacer su oficio, el cual tenia en su boca una muy gruesa y aguda espina de ballena del largo de un brazo para metelle por las agallas á nuestro muy gran Capitan, que así mueren los que son hijosdalgo. Y la triste hembra muy á su pesar dando lugar á aquel verdugo con grandes lloros y gemidos que ella y su compañía daban: ya el buen Licio se tendia para esperar la muerte, y cerrando para siempre sus ojos por no verla, ya que al verdugo como es costumbre le habia pedido perdon, Y llegándose á él, le andaba tentando el lugar ó la parte por donde habia de herir para mas presto dejalle sin vida. Cuando Lázaro atun habia hendido con su compañía por medio de los malos guardadores, derribando y matando cuantos delante del se ponian con su toledana espada, y llegó á buen tiempo; al cual se debe creer que lo trujo Dios que quiere socorrer á los buenos en tiempo de mas necesidad; pues llegando al lugar que digo, y visto el duro peligro en que el amigo estaba, dí una gran voz, como las que solia dar en Zocodover: antes que llegase el verdugo á hacer su deber, yo le dije, vil Gurrea, ten, ten tu mano, sino morirás por ello. Fué mi voz tan espantosa y puso tanto temor, que no solo al Cegoñino, mas á los demas que allí estaban, dió espanto, y no es de maravillar por qué, de verdad, á la boca del infierno que tal voz sonara, espantara á los espantosos demonios, que fuera parte que me rindieran las atormentadas ánimas. El verdugo atónito de me oir y espantado de ver el velocísimo ejército que en mi seguimiento venia, esgrimiendo mi espada á una y otra parte por ponelle mas miedo, y dalle materia en que ocupase la vista, me esperó; mas como yo llegué parecióme asegurar el campo, y dí al pecador que matarle queria una estocada por el testuz, por do cayó luego muerto al lado del que nada desto veia, aunque animoso y esforzado pece; la tristeza y pesar de verse tan injusta malamente morir le tenia á esta sazon fuera de su acuerdo, y cuando así le ví estar pensé si por desdicha mia habia acaecido antes que yo llegase, que el miedo le hubiese muerto, y con esto apresuradamente llegué á él llamándole por su nombre, y á las voces que le dí levantó un poco la cabeza y abrió los ojos, y como me vió y conoció, como si de la muerte resucitara, se levantó, y sin mirar nada de lo que pasaba se vino á mí, y yo le recibí con el mayor gozo y alegria que jamás ni

despues hube, diciéndole: mi buen señor, quien en tal estrecho os puso, no os debe amar como yo. Ay, mi buen amigo, me respondió, cuán bien me habeis pagado lo poco que me debiades, plega á Dios me dé lugar para os pagar lo mucho que hoy vuestro deudor me habeis hecho. No es tiempo, mi señor, le respondí, destas ofertas, do tanta voluntad de todas partes sobra, mas entendamos en lo que conviene, pues ya veis lo que pasa; metí mi espada entre el cuello y cortele un cabo de guindaleta con que estaba atado. Como fué suelto, tomé una espada á uno de nuestra compañía, y fuimos á su hembra, y Melo y los otros que con él estaban, que á esta hora atónitos y fuera de sí estaban de ver lo que vian; mas tornados en sí comienzan á darme gracias de la buena ventura. Señores, yo les dije, habéislo hecho vosotros como buenos; yo de aquí adelante y mientras tuviere vida, haré lo que pueda en vuestro servicio y de Licio mi señor, y porque no hay tiempo de hablar mi hecho, mas de hacer algo, eutendamos en ello, y sea que vosotros, señores, no os aparteis de nosotros, porque venís desarmados y no recibais daño; y vos, señor Melo, tomad una arma, y cien atunes de vuestra escuadra con sus armas, y no entendais en otra cosa mas que en seguirnos, y mirad por vuestra hermana y esas otras hembras, porque nosotros llevamos acá los negocios y la victoria, y hayamos venganza de quien tanta tristeza y trabajo nos ha dado. Melo hizo como yo le rogué, aunque conocí del, quisiera emplearse á mas peligro, yo y el buen Licio nos tuvimos, y nos metimos entre los nuestros que andaban tan bravos y ejecutivos que pienso tenian muertos mas de treinta mil atunes, y como nos vieron entre sí, y conocieron su capitan, nadie puede contar el alegria que sintieron; allí el buen Licio, haciendo maravillas con su espada y persona, mostraba á los enemigos la mala voluntad que en ellos habia conocido, matando y derribando á diestro y siniestro cuantos ante sí hallaba; mas á esta hora ellos iban tan mal trechos y desbaratados, que ninguno dellos entendia sino en huir y esconderse, y meterse por aquellas casas sin hacer defensa alguna mas de la que las flacas ovejas suelen hacer á los bravos y carniceros lobos.

CAPÍTULO X.

Como recojiendo Lázaro todos los atunes. entraron en casa del traidor de D. Paver y allí le mataron.

Visto esto mandamos tocar las bocinas, porque los nuestros, que derramados andaban, se juntasen, al son de las cuales todos fueron juntos, y en ellos se renovó la demasiada alegria de ver á su buen capitan vivo y sano, y la victoria que de nuestros adversarios habiamos habido, porque pareció milagro, y por tal se debe tener que casi todos los que murieron eran criados y paniguados del malo D. Paver, á los cuales habia dado la guarda del buen Licio por la gran confianza que dellos tenia. Y todos ellos deseaban haber hecho en él lo que nosotros hecimos en ellos; cosa muy acaecedera que cuando el señor es malo, los criados procuran serlo con él, y al revés, cuando el señor es piadoso, manso y bueno, los criados le procuran imitar, ser buenos y virtuosos, y amigos de justicia y paz, sin las cuales dos cosas no se puede el mundo sustentar. Pues tornando á nuestro negocio, visto que no teniamos con quien pelear, el buen Licio y todos á grandes voces me dijeron y que me parecia se debia hacer, que todos estaban aparejados á seguir mi consejo y parecer, pues habia de ser el mas acertado. Pues mi voto quereis, valerosos señores y esforzados amigos y compañeros, les respondí; á mi me parece, pues Dios nos ha guardado en lo principal, así hará en lo accesorio, que tengo creido que esta victoria y buena andanza nos lo ha dado para que seamos ministros de justicia, pues sabemos que á los malos desama y castiga. El mayor de los que tantas muertes ha causado, no sería justo quedase con la vida, pues sabemos que la ha de emplear en maldades y traiciones; por tanto, si, así señor Licio os parece, vamos á él y hagamos en él lo que en vos hacer quiso, que siempre oí decir de los enemigos los menos; que muchos grandes hechos se han perdido juntamente con los hacedores dellos por no saber dalles cabo; si no pregúntese al gran Pompeyo y á otros muchos que han hecho lo que él, mayormente que la ocasion no todas veces se halla. Y como libraremos por lo hecho, libraremos por lo que está por hacer. Todos á grandes voces dijeron ser muy bien acordado, y que antes que se escapase diésemos sobre él. Con este

acuerdo con muy buena ordenanza y con toda presteza llegamos á la posada del traidor, al cual á aquella hora le habian llegado las tristes nuevas de la libertad de nuestro buen Capitan y de la gran matanza de los suyos. Á esta sazon se le debia doblar el pesar cuando le entrasen á decir como le tenian cercado la casa y mataban á cuantos se defendian, y la cruel y espantosa y nunca oida manera de nuestro pelear; él era de suyo cobarde, y es Dios testigo que no se lo levantó, ni lo digo por quererlo mal, mas porque así lo ví y conocí; y como viese esto debíase encobardar, mas porque en los pusilánimes es muy acaecedero, y lo contrario en los animosos. Y así se dió tan mala maña, que ni en escaparse ni en defenderse entendió: la casa cerrada, Licio adelante y yo á su lado, entramos dentro con harta poca resistencia, do le hallamos casi tan muerto como le dejamos; con todo quiso hasta su fin usar de su oficio, no de capitan, mas de traidor disimulado, porque como así nos vió ir para él, con una vocecita y falsa risita, haciendo del alegre nos dijo: buenos amigos, ¿qué buena venida es esta? Enemigo le respondió Licio, á daros el pago de vuestro trabajo, y como quien tenia delante la gran afrenta y peligro en que puesto le habia no curó con él de mas pláticas sino juntársele y meterle la espada tres ó cuatro veces por el cuerpo; yo no le quise ayudar ni consentir que nadie lo hiciese por no haber dello necesidad y tambien porque así convenia hacerse á la honra de Licio; por manera que apocado y cobardemente feneció el traidor D. Paver, como él y los de sus costumbres suelen. Salimos de su casa sin consentir que se hiciese algun daño, aunque hartos de los nuestros deseaban saquealla, en la cual habia bien de que trabar, porque aunque malo, no necio, ni tan fiel como se cuenta de Scipion, que siendo acusado por otros no tales como él, haber habido grandes intereses de la guérra de África, mostrando en su cuerpo muchas heridas, juró á sus dioses no le haber quedado otras ganancias de las dichas guerras, las cuales heridas ni juramento no pudiera mostrar, ni hacer el malo de nuestro adversario, porque siempre en la guerra lo mas de lo que en ella ganaba se llevaba, y lo mejor. Y con lo menos acudia al Rey, y así era muy rico, y tenia muy sano y entero el pellejo, que bien pienso yo que hasta el dia que murió no se le habian rompido, porque él se guardaba de hallarse en las batallas en lugar de peligro, sino á ver de lejos en que paraba la cosa, á manera de muy cuerdo capitan. Y digo que porque no se pensase de nosotros codicia, mas de que viesen que de sus males y no de los bienes lo quisimos despojar, no se tocó en cosa alguna. Á esta hora todos

los atunes que en la corte estaban, y los mas peces que en ella se hallaron naturales y estranjeros recorrieron á palacio; la vuelta fué tan grande, y el ruido y voces tan espantoso, que el Rey en su retraimiento lo oyó, y preguntando la causa, le dijeron todo lo pasado, de que se espantó y alteró en gran manera, y como cuerdo parecióle: que Dios te guarde de piedra y dardo, y de atun denodado: determinó por entonces no salir al ruido, y asimismo mandó que nadie saliese de palacio, mas que allí se hiciesen fuertes hasta ver la intencion de Licio. Y así sé yo que bien estarian en el real palacio y delante de él mas de quinientos mil atunes, sin otros muchos géneros de pescados que en la corte á sus negocios asistian; mas á mi ver si la cosa hubiera de pasar adelante, tan poca defensa pienso tuvieran como otros: mas Dios nos guarde que tu ley y á tu Rey guardarás. Dejarónnos solos en la ciudad, y todos desampararon sus casas, y haciendas, no se teniendo en ellas por seguros; y los que no se iban al real palacio, salíanse huyendo al campo y lugares apartados, por manera que se podrá decir: dependen ciento de un malo, pues por aquel malo padecieron y fueron muertos y amedrentados muchos que por ventura no tenian culpa. Mandamos pregonar qne ninguno de los nuestros fuese osado de entrar en ninguna casa, ni tomar un caracol que ageno fuese, sopena de muerte, y asi se hizo.

CAPÍTULO XI.

Como pasado el alboroto del capitan Licio, Lázaro con sus atunes entraron en su consejo para ver lo que harian, y como enviaron su embajada al Rey de los atunes.

Esto pasado entramos en nuestro consejo para ver lo que haríamos; algunos hubo que dijeron ser bien volvernos á nuestro alojamiento y hacernos fuertes en él, ó contratar amistad y confederacion con solos los que al presente teniamos por enemigos, y con vernos airados, y ver nuestro gran poder, holgarian de nuestra amistad y nos darian favor: el parecer del bueno y muy leal Licio no fué este, diciendo que si esto se hiciese que hariamos verdad la enemistad y mentira de nuestro enemigo, haciéndonos fugitivos y dejando nuestro Rey y naturaleza, mas que era mejor hacerlo saber al Rey nuestro señor. Y que si

su Alteza fuese bien informado de la mucha causa que hubo para lo hecho, mayormente aqnella postrera y mas peligrosa traicion del traidor ser contra la voluntad y mando de sn Alteza, pues queriendo sobreseer el negocio como su Alteza enviaba á mandar con el portero al alcalde, usó de mandado para que su maldad y no el querer del Rey su señor fuese cumplido. Y que visto esto por su Alteza y que no habia sido desacato, ni atrevimiento á su real corona lo hecho, sino servicio á su justicia debido; con este parecer nos arrimamos los mas cuerdos. Pues en este consejo acordamos enviarle con quien bien lo supiese á decir; sobre quien habia de hacer esto tuvimos diversos pareceres, por que unos decian que fuesen todos y le suplicasen se parase á una *finiestra* (*) á oir; otros dijeron que parecia desacato y era mejor ir diez ó doce de nos; otros dijeron que como estaba enojado no se desenojase en ellos; de manera que estábamos en la duda de los ratones, cuando pareciéndoles ser bien que el gato trajese al pescuezo un cascabel, contendian sobre quien se lo iria á colgar; á la fin la sábia capitana dió mejor parecer, y dijo á su varon que si servido fuese, que ella sola con diez doncellas se queria aventurar á hacer aquella embajada, y le parecia se acertaba el negocio; lo uno, porque contra ellas y sus flacas servidoras no se habia el real poder de mostrar, lo otro porque ella por librar á su marido de muerte tenia menos culpa que todos, y lo demás porque pensaba sabello tambien decir, que antes le aplacase que indignase: á nuestro capitan le pareció bien, y á todos nosotros no mal. Y ella, apartando consigo á la hermosa Luna, que así se llamaba la hermosa atuna su hermana de quien ya dijimos, y con ellas otras nueve las mejores de hocicos y muy bien dispuestas, se fué á palacio, y llegando á las guardas les dijeron hiciesen saber al Rey como la hembra de Licio su capitan le queria hablar, y que su Alteza le diese á ello lugar, porque convenia mucho á su real servicio, y para evitar escándalos, y pacificar su corte y reino, y que por ninguna via la dejase de oir, y que si lo hiciese haria justicia, porque ella y su marido y los que con él estaban lo pedian y querian fuese bien castigado el culpado, y que si su Alteza no la queria oir, que desde allí su marido Licio ponia á Dios por testigo de inocencia y lealtad, para que en ningun tiempo fuese juzgado por desleal. Y de todo esto y lo demás que habia de decir y hacer la señora capitana iba bien informada, y ella que sabia muy bien hablar; llegada al Rey

(*) Ventana.

esta nueva, aunque muy airado estaba, mandó que le diesen lugar y entrase segura. Y puesta ante él haciendo el acatamiento, antes que comenzase su habla, el Rey le dijo: ¿pareceos, dueña, que le ha salido á vuestro marido buena obra de entre las álas? Señor, dijo ella, vuestra Alteza sea servido de oirme hasta dar fin á mi habla, y despues mande lo que servido fuere, y cumplirse há todo lo mandado por vuestra Alteza, sin faltar uu punto; el Rey dijo que dijese, aunque tiempo de mas reposo era menester para oirla. La discreta señora, cuerda y muy atentadamente en presencia de muchos grandes que con él estaban, los cuales á aquella sazon debian de estar bien pequeños; comenzando del comienzo, muy por estenso dió cuenta al Rey de todo lo que hemos contado, contando y afirmando ser así verdad, y si un punto dello saliese en todo lo que decia, fuese de ella cruel justicia hecha, como de inventora de falsedad ante la real presencia, y asimismo Licio su marido y sus valedores fuesen sin dilacion justiciados. El Rey le respondió: dueña yo estoy al presente tan alterado de ver y oir lo que se ha hecho; por ahora no os respondo mas de que os volvais para vuestro marido, y decille heis si le parece estalle bien que levante el cerco que sobre mí tiene, y deje á los vecinos deste pueblo sus moradas, y mañana volvereis acá y dárase parte del negocio á los de mi consejo y hacerse ha lo que fuere justicia. La señora capitana, aunque desta repuesta no llevaba minuta, no le quedó en el tintero la buena y conveniente respuesta, y dijo al Rey: señor, mi marido ni los que con él vienen no tienen cerco sobre vuestra real persona, y asimismo él ni nadie de su compañia en casa alguna ha entrado sine en la de D. Paver. Y así los vecinos y moradores de aquí no se quejarán con razon, que en sus casas les han hecho menos una toca, y si estan en el pueblo es esperando lo que vuestra Alteza les manda hacer, y para esto es mi venida: y no quiera Dios que en Licio, ni en los que con él vienen haya otro pensamiento, porque todos son buenos y leales. Dueña, dijo el Rey, por agora no hay mas que responder. Ella y sus dueñas haciendo su debida mesura con gentil continente y reposo, se volvió á nosotros; y sabida la voluntad del Rey, á la hora salimos de la ciudad con muy buena ordenanza, y nos metimos en el monte, mas no muy muertos de hambre, porque dimos en nuestros enemigos muertos, y aun mandamos llevar á los desarmados bastimentos para los nuestros tres ó cuatro dias con quedar tanto, que tuvo toda la ciudad y corte hartazgo; y mal pecado no rogasen á Dios que cada ocho dias echase allí otro tal nublado guardando al que ro-

gaba; la ciudad desembarazada de los nuestros, los moradores de ella cada cual se fué á su posada, las cuales hallaron como las dejaron, y el Rey mandó que le trujesen lo que en la posada del muerto gran capitan hallasen; y fué tanto y tan bueno, que no habia Rey en el mar que mas y mejores cosas tuviese, y aun fué esto harta parte para que el Rey diese crédito á sus maldades, por parecelle no podia tener lo que se halló con justo título, sino habido mal y cautelosamente, y hurtándoselo á él. Despues de esto entró en su consejo, y como quiera que á do hay malos, alguna vez se halla algun bueno, debiéronle decir que si era asi como la parte de Licio decia, no habia sido muy culpado en su hecho, mayormente pues su Alteza habia mandado no hiciesen de él al presente justicia hasta ser bien informado de su culpa; junto con esto el portero que el mandato llevó declaró la cautela, que el cauteloso con él habia usado; y como le metió en su posada y engañó, diciendo estar ahí los jueces, y como no lo dejó salir de ella, y la diligencia que hizo allí, y los alcaldes ante el Rey dijeron como era verdad que el Capitan general les habia enviado á decir que su Alteza les mandaba que luego á la hora hiciesen la justicia, y por dar en ello mas brevedad no le trujesen, como se suele hacer, por las acostumbradas calles, y que ellos, creyendo que aquel fuese el mandado de su Alteza lo habian mandado degollar. Por manera que el Rey conoció la gran culpa de su capitan, y fué cayendo en la cuenta, y cuanto mas en ello miraba, mas se manifestaba la verdad.

CAPÍTULO XII.

Como la señora capitana volvió otra vez al Rey, y de la buena respuesta que trajo.

Asi estuvimos aquel dia y la noche en el monte no muy descansados, y otro dia la señora capitana con su compañía tornó á palacio, y por evitar prolijidad el señor nuestro Rey estaba ya harto mas desenojado, y la recibió muy bien diciendo: buena dueña, si todos mis vasallos tuviesen tan cuerdas y sábias hembras, por ventura en sus bienes y honras aumentarian, y yo me ternia por bien andante. Digo esto porque en verdad viendo vuestra cordura y sábias razones, habeis aplacado

mi enojo y librado á vuestro marido y sus secuaces de mi ira y desgracia, y porque de ayer acá yo estoy informado mejor que estaba; decidle que sobre mi palabra venga á esta corte seguro él y toda su compañía y amigos, y por evitar escándalos por el presente le mando tenga su posada por cárcel hasta que yo mande otra cosa y vos visitadnos á menudo, porque huelgo mucho en ver y oir vuestro buen concierto y razonamiento. La señora capitana le besó la cola dándole gracias de tan crecidas mercedes como muy bien supo; y así se volvió á nos con muy alegre respuesta, aunque algunos les pareció no lo debiamos hacer, diciendo ser mañosamente hecho para cojernos. Á la fin como leales acordamos de cumplir el mandado de nuestro Rey, y ahincando sobre una prenda que eran nuestras bocas, en las cuales confiábamos cuando nuestra lealtad no nos valiese. Luego movimos para la ciudad y entramos en ella acompañados de muchos amigos, que entonces se nos mostraban con ver nuestro hecho bien hilado. Y antes de esto no se osaban declarar por tales, conforme al dicho del sábio antiguo que dice así: cuando fortuna vuelve enviando algunas adversidades, espanta á los amigos que son fujitivos, mas la adversidad declara quien ama ó quien no. Fuimos á posar á un cabo de la ciudad, lo mas despoblado y sin embarazo que hallamos, donde estaban hartas casas sin moradores de los que nosotros sin vida hecimos; allí aposentamos lo mas congregado que pudimos, y mandamos que no saliese á la ciudad ninguno de nuestra capitanía por parecer se hacia cumplidamente lo que su Alteza mandó. En este medio la señora capitana visitaba cada dia al Rey, con la cual él trabó mucha amistad, mas de lo que yo quisiera, aunque todo, segun pareció, fué agua limpia, pagando la hermosa Luna con su inocente sangre, gentil y no tocado cuerpo. Porque como ella iba con su hermana á aquellas estaciones, y como suelen decir, de tales romerías tales veneras, el rey se pagó de ella tanto que procuró con su voluntad haber su amor, y bien creo yo la hermosa Luna no lo hizo con consejo y parecer de su hermana, y así fué de ello sabidor el buen Licio, porque casi me lo declaró pidiéndome mi parecer, yo le dije me parecia no ser mucho yerro, mayormente que seria gran parte y el todo de nuestra deliberacion. Y así fué que la señora Luna privó tanto con su Alteza, y él fué de ella tan pagado que á los ocho dias de su real ayuntamiento pidió lo que pidió y fuimos todos perdonados. El Rey alzó el carcelaje á su cuñado, mandó que todos fuésemos á palacio, Licio besó la cola del Rey, y él se la dió de buena gana, y yo hice lo mismo, aunque de mala gana en cuanto hombre por

ser el beso en tal lugar. Y el Rey nos dijo: capitan, yo he sido informado de vuestra lealtad, y de la poca de vuestro contrario; por tanto desde hoy sois perdonado vos y todos los de vuestra compañía, amigos y valedores que en el caso pasado, os dieron favor y ayuda, y para que de aquí adelanle asistais en nuestra corte os hago merced de las casas y de lo que en ellas está, del que permitió Dios las perdiese y la vida con ellas, y os hago merced del mismo oficio que él tenia de nuestro Capitan general, y de hoy mas lo ejerced y usad como sé que bien sabeis hacer; todos nos humillamos ante él, y Licio le tornó á besar la cola, rindiéndole grandes loores por tantas mercedes, diciendo que confiaba en Dios le haria con el cargo tales y tan leales servicios que su Alteza tuviese por bien habérselas hecho. Aquel dia fué informado el Rey nuestro señor del pobre Lázaro atun, aunque á esta sazon estaba tan rico y alegre de verlos ser amigos que me parece jamás haber habido tal alegria. El Rey me preguntó muchas cosas y en los de las armas como habia hallado la invencion de ellas, y á todo le respondí lo mejor que supe. Finalmente se holgó y preguntó con qué número de peces pensaria pelear con los armados que traimos; yo le respondí: señor, sacada la ballena, á todo el mar junto osaré esperar y pensaré ofender. Espantóse de esto y díjome que holgaria si hiciésemos una muestra ante él por ver el modo que teniamos en pelear; acordóse que el dia siguiente se hiciese, y que él saldria al campo á verlos. Y así fué que Licio nuestro general, y yo y los demás salimos con todos los armados de nuestra compañía, y ordené aquel dia una buena invencion, aunque acá los soldados la usan, hícelos poner en ordenanza, y así pasamos ante su Alteza, y hecimos nuestro caracol, y aunque el coronel Villalba y sus contemporáneos lo debian hacer mejor, y con mejor concierto, á lo menos para el mar, y como no habian visto estar ordenados escuadrones, parécioles á los que los veian maravillosa cosa: despues hice un escuadron de toda la gente, poniendo los mejores y mas armados en las primeras hileras; y hice á Melo que con todos los desarmados, y con otros treinta mil atunes saliesen á escaramuzar con nosotros, los cuales nos cercaron de todas partes, y nosotros muy en órden, nuestro escuadron bien cerrado, comenzamos á defendernos y herir y ofenderlos, de manera que no bastara todo el mar á entrarnos. El Rey vió que yo habia dicho verdad, y que de aquel modo no podiamos ser ofendidos, y llamó á Licio y le dijo: maravillosa manera se dá este vuestro amigo en las armas, páreceme es esta manera de pelear para señorear todo el mar. Sepa vuestra Alteza que es así ver-

dad, le dijo el Capitan general, y cuanto á la buena industria del estraño atun mi buen amigo, no puedo creer sino que Dios viene, y que lo ha acarreado en estas partes para gran pró é honra de vuestra Alteza, y aumento de sus reinos y tierra; crea vuestra Grandeza que lo menos que en él hay es esto, porque son tantas y tan escelentes las partes que tiene, que nadie basta á las decir: el mas cuerdo y sábio atun que hay en el mar, virtuoso y honrado, y el atun de mas verdad y fidelidad, el mas gracioso, y de buenas maneras es que yo jamás he oido decir; finalmente no tiene cosa de echar á mal, y vuestra Alteza piense que no me hace decir esto la voluntad que le tengo, sino la mucha verdad que en decillo digo. Por cierto mucho debe á Dios, dijo el Rey, un atun que así con él partió sus dones, y pues me decís ser tal, justo es le hagamos honra, pues á nuestra corte ha venido, sabed de él si querrá quedar con nos, y rogádselo mucho de vuestra parte, y de la mia, que podrá ser no se arrepienta de nuestra compañía.

CAPÍTULO XIII.

Como Lázaro asentó con el Rey y como fué muy su privado.

Pasado esto, el general tomó cargo de me lo decir, y el Rey se volvió muy contento á la ciudad, y nosotros tambien; despues el capitan me habló diciendo lo que con el Rey habia pasado, y como deseaba que le sirviese, y todo lo demás. Finalmente, yo fuí rogado; y mucho á mi honra hice mi asiento. Veis aquí vuestro pregonero de cuantos vinateros en Toledo habia, hecho el mayor de la casa real, dándome cargo de la gobernacion de ella, y andaos á decir donaires. Dí gracias á Dios, porque mis cosas iban de bien en mejor, y procuré servir á mí Rey con toda diligencia, y en pocos dias casi lo era yo; porque ningun negocio de mucha ó poca calidad se despachaba sino por mi mano, y como yo queria. Con todo esto no dejé sin castigo á los que lo merecian, y por mis mañas supe cómo y de qué manera la sentencia de Licio se habia dado tan injustamente, aunque al presente el Rey habia puesto silencio en el caso, por ser el capitan pece de calidad y muy emparentado; de que me ví en alto presumí de repicar

las campanas, y dije al Rey que aquel habia sido un caso feo, y no digno de disimularse, porque era abrir puerta á la justicia; por tanto que á su servicio cumplia fuesen castigados los que tuviesen culpa. Cometiólo su Ateza á mí como todo lo demás, y yo los cometí de tal suerte, que hice prender todos los falsarios que muy descuidados estaban, y puestos á cuestion de tormento, confesaron haber jurado falso en dichos y condenaeion que al buen Licio se hizo. Preguntándoles por qué lo hicieron, ó qué les dió el mal Capitan general porque lo hiciesen, respondieron no les haber dado ni prometido, ni eran sus amigos ni servidores. ¡Oh desalmados pecadores, ó litigantes y hombres que os quejais que vuestro contrario hace mala probanza con número de testigos falsos que tiene grangeados para sus menesteres, venid, venid al mar, y vereis la poca razon que teneis de os quejar en la tierra; porque si ese vuestro adversario presentó testigos falsos, y les dió algo por ello, ó lo premetió, y ser antes sus amigos, por quien el otro dia hacia otro tanto! ¡mas á estos infieles peces, ni promesa, ni galardon, ni amistad lo hace hacer, y así son mas de culpar y dignos de gran castigo! y así fueron ahorcados; supe mas, el escribano ante quien pasaba la causa, ningun escrito que por parte de Licio se presentó, ni auto que en su defensa hiciesen, admitia ni queria recibir. ¡Oh desvergüenza, dije yo, y como se sufria en la tierra! por cierto, ya que el escribano no fuese favorable, hiciera lo demás honestamente tomando las escrituras, y despues las pusiera en el proceso, mas no las hiciera perdedizas; mas ese otro hecho es el diablo: y asimismo se hizo de él justicia; súpose como no fué agua limpia la mucha brevedad que se tuvo en sentencialle, y yo culpé mucho á los ministros, diciéndoles: un pleito de dos pajas no le determinaré en un año, ni en diez, ni aun en veinte, y la vida y honra de un noble pece deshaceis en una hora; diéronme no sé qué escusas, las cuales no les escusarán de pena, sino que el Rey mandó espresamente hubiese con ellos disimulacion por lo que tocaba al real oficio, y así lo hice, mas bien sentia habia andado en medio de ellos y del mal General, el generoso y gracioso brazo que es el que suele bajar los montes y subir los valles, y adonde esto entra todo lo corrompe; por la cual causa el Rey de Persia dió un cruel castigo á un mal juez, haciéndole desollar, y teniendo tendida la piel en la silla judicial, hizo sentar en ella á un hijo del mal juez; y así el Rey bárbaro proveyó por maravillosa y nueva forma, que ningun juez dende adelante no fuese corrompido. En este propósito decia el otro que do aficion reina, la razon no es en-

tendida. Y que el buen legista pocas cosas puede cometer á los jueces mas determinallas por leyes, porque los jueces muchas veces son pervertidos, ó por amor, ó por odio, ó por dádivas; por lo cual son inducidos á dar muy injusta sentencia, y por tanto dice la escritura: «Juez, no tomes dones que ciegan á los prudentes, y tornan al revés las palabras de los justos.» Esto aprendí de aquel mi buen ciego, y todo lo demás que sé en leyes, que cierto sabia, segun él decia mas que Bártulo, y que Séneca en doctrina, mas por hacer lo que tengo dicho que el Rey me mandó, pasé por ello harto á mi pesar. En tanto que esto pasaba el General por mando del Rey habia ido con grande ejército á hacer guerra á los sollos, los cuales pronto venció poniendo su Rey de ellos en sujecion, y quedó obligado á darle cada un año largas párias, entre las cuales daban cien sollas vírgenes y cien sollos, los cuales por ser de preciado sabor el Rey comia, y las sollas tenia para su pasatiempo. Y despues nuestro gran Capitan fué sobre las toñinas, y las venció y puso bajo nuestro poderío. Creció tanto el número de los armados y pujanza de nuestro campo que teniamos sujetos muchos géneros de pescados, los cuales todos contribuian y daban párias, como hemos dicho, á nuestro Rey. Nuestro gran Capitan no contento con las victorias pasadas, armó contra los cocodrilos, que son unos peces fierísimos, y viven á tiempo en tierra, y á tiempo en el agua, y hubo con ellos muchas batallas campales, y aunque algunas perdió, de las mas salió con victoria; mas no era maravilla perder algunas; porque, como dije, estos animales son muy feroces, grandes de cuerpo, tienen dientes y colmillos, con los cuales despedazan cuantos se topan delante, y con toda su ferocidad los nuestros los hubieran desbaratado muchas veces, sino que cuando se veian de los nuestros muy apremiados dejaban el agua é íbanse en tierra. Y así escapaban, y al fin el buen Licio los dejó con haber hecho en ellos grande matanza, y él asimismo recibió gran daño y perdió al buen Melo su hermano, que fué para el ejército harta tristeza: mas como muriese como bueno fuénos consuelo porque se averiguó que antes que lo matasen, mató con su persona y con su buena espada (de la cual era muy diestro) mas de mil cocodrilos, y aun no lo matáran, sino que yendo ellos huyendo á tierra y él tras ellos en el alcance, no mirando el peligro, dió en tierra. y allí encalló y como no le pudieron los suYos socorrer, los enemigos, le hicieron pedazos. Finalmente, el buen Lício, vino de la guerra el mas estimado pece que habia vivido en agua del mar estos diez años trayendo grandes riquezas y despojos,

con los cuales enteramente acudió al Rey sin tomar para sí cosa alguna. Su Alteza lo recibió con aquel amor que era justo á pece que tanto le habia servido y honrado, y partió con él muy largo, hizo mercedes muy cumplidas á los que le habian seguido, por manera que todos quedaron contentos y pagados. El Rey por mostrar favor á Licio puso luto por Melo, y lo trujo ocho dias, y todos lo trujimos, porque sepa vuestra merced el luto que se pone entre estos animales cuando tienen tristeza, que en señal de luto y pasion no hablan, sino por señas han de pedir lo que quieren. Y esta es la forma que entre ellos se tiene cuando muere el marido ó la mujer ó hijo, ó principal persona valerosa, y guárdase en tanta manera que se tenia por gran ignominia, y la mayor del mar, si trayendo luto hablasen, hasta tanto que el Rey se lo enviase á mandar al apasionado, que le mandaba que alce el llanto y entonces hablan como de antes. Yo supe entre ellos que por muerte de una dama, que un varon tenia por amiga, puso luto en su tierra que duró diez años, y no fué el Rey bastante á se lo hacer quitar, porque todas las veces que se lo enviaba á decir que lo quitase, le enviaba á suplicar le mandase matar, mas que quitallo era por demás; y contáronme otra cosa de que gusté mucho, que viendo los suyos tan gran silencio unos á un mes, otros á un año, otros á dos, cada uno segun tenia la gana de hablar, se le fueron todos, que un atun no le quedó, y con esto le duró tanto el luto, que aunque quisiera quitallo no tuviera con qué, cuando esto me contaban, pasaba yo por la memoria unos hombres parlones que yo conocia en el mundo, que jamás cerraban la boca, ni dejaban hablar á nadie que con ellos estuviese; sino un cuenio acabado, y otro comenzado, y hartas veces porque no les tomasen la mano, los dejaban á medio tiempo tornaban á otro, y hasta venir la noche que los despartiese como batalla, no hubiésedes miedo que ellos acabasen; y lo peor que no ven ellos cuán molestos son á Dios y al mundo, y aun pienso que al diablo, porque de parte de ser sábio huiria de estos necios, pues cada semejante quiere á su semejante: vasallos de estos barones los vea yo, y que se les muera la amiga porque me vengue de ellos.

CAPÍTULO XIV.

Como el Rey y Licio determinaron de casar á Lázaro con la linda Luna, y se hizo el casamiento.

Pues tornando á nuestro negocio, y siendo pasado el luto y tristeza que todos tuvimos por la muerte de Melo, el Rey mandó con gran diligencia se entendiese en rebacer el número de los armados y en buscar armas donde se hallasen, y así se hizo. En este tiempo pareció á su Alteza ser bien casarme, y comunicolo con el buen Licio, al cual dió el cargo del negocio, y él se quisiera eximir de ello segun que del supe: mas por complacer al Rey no osó hacer otra cosa. Y díjomelo con alguna vergüenza diciendo: que él vía yo merecer mas honra segun la mucha mia; mas que el Rey le habia mandado espresamente que él fuese el casamentero. Finalmente dan, la ya no tan hermosa ni tan entera Luna, por mia. En dicha me cabe (dije entre mí); para jugador de pelota no valdria un clavo, pues maldito el voleo alcanzó sino de segundo bote, y aun plega á Dios no sea demás, con todo á subir acierto. Razon es de Arcipreste á Rey haber salto. Al fin lo hice, y mis bodas fueron hechas con tantas fiestas como se hicieran á un príncipe, con un vizcondado que con ella el Rey me dió, que á tenerlo en tierra me valiera algo mas que en la mar; al fin del estremo atun subí mi nombre á su señoría, á pesar de gallegos. Desta manera se estaba mi señoría triunfando la vida, y con mi buena y nueva Luna muy bien casado, y muy mejor con mi Rey, y no descuidándome de su servicio, pensando siempre como le daria placer y provecho, pues le debia tanto, y con esto en ningun tiempo y lugar lo via que no se lo alegase, fuese como fuese, y diese do diese guardándome mucho de decirle cosa que le diese pena y enojo, teniendo siempre ante mis ojos lo poco que privan ni valen con señores los que dicen las verdades. Acordéme del tratamiento que Alejandro hizo al filósofo Calístenes por se las decir, y con esto nada me sucedia mal, tenia á grandes y pequeños tan somano que en tanto tenian mi amistad como la del Rey. En este tiempo, pareciéndome conformar el estado del mar con el de la tierra, dí aviso al Rey diciéndole seria bien, pues tiene el trabajo, que tuviese el provecho, y era que hasta entonces la corona Real no tenia otras rentas sino solamente de treinta partes de una de todo lo que se vendia, y cuando tenia guerra justa y conveniente á su reino,

dábanle los peces necesarios para ella, y pagabánselos, y solos diez pescados para su plato cada dia; yo le impuse en que le pechasen todos cada uno un tanto, y que fuesen los derechos como en la tierra, y que le diesen para su plato cincuenta peces cada dia. Puse mas, que cualquiera de sus súbditos que se pusiese don sin venirle por linea derecha, pagase un tanto á su Alteza, y este capítulo me parece fué muy conveniente, por que es tanta la desvergüenza de los pescados, que buenos y ruines, bajos y altos, todos dones, don acá y don acullá, doña nada y doña nonada; hice esto acordándome del buen comedimiento de las mujeres de mi tierra, que ya que alguna caiga por desdicha en este mal latin, ó será hija de mesonero honrado, ó de escudero, ó casó con hombre que llaman su merced, y otras de esta calidad que ya que pongan el dicho don, estan fuera de necesidad; mas en el mar no hay hija de habacera que si casase con quien no sea oficial, no presuma dende á ocho dias poner un don á la cola, como si aquel don les quitase ser hijas de personas no honestas, y que no lo tenian, y que no lo tener muchas de ellas serian por ventura en mas tenidas, porque no darian causa que las desenterrasen sus padres, y traigan á la memoria lo olvidado, y sus vecinos no tratarian ni reirian de ellas, ni de su merced que se lo consiente poner, y á ellas de suyo sabemos no ser macizas; mas en esto ellos se muestran mas bravos y livianos. Pareció bien al Rey rentándole barto, aunque de allí adelante como costaba dinero pocos dones se hallaban. Destas y de otras cosillas y nuevas imposiciones mas provechosas al Rey que al reino avisé yo. El Rey con verme tan solícito en su servicio, tampoco era perezoso en las mercedes, antes eran muy contentas y largas; aprovechéme en este tiempo de mi pobre escudero de Toledo, ó por mejor decir de sus sagaces dichos, cuando se me quejaba no hallar un señor de título con quien estar, y que si lo hallára le supiera bien grangear, y decia allí el cómo del cual yo usé, y fué para mí muy provechoso, especialmente un capítulo de ella que fué muy avisado en no decir al Rey cosa con que le pesase, aunque mucho le cumpliese andar á su favor, tratar bien y mostrar favor á los que él tenia buena voluntad, aunque no lo mereciesen, y por el contrario, á los que no la tenia buena, tratándolos mal, y decir de ellos males aunque en ellos no cupiesen, no yéndoles á la mano á lo que quisiesen hacer, aunque no fuese bueno. Acordéme del dicho Calístenes, que por decir verdades á su amo Alejandro le mandó dar cruelísima muerte, aunque esta deberia tenerse por vida siendo tan justa la causa; ya no se usa sino vivir, sea como

quiera, de manera que yo me arrimaba cuanto podia á este parecer, y de esta suerte cayóse la sopa en la miel y mi casa se henchia de riqueza; mas aunque yo era pece tenia el ser y entendimiento de hombre. Y la maldita codicia que tanto en los hombres reina, porque un animal dándole sú cumplimiento de lo que su natural pide, no desea mas ni lo busca. No dará el gallo nada por cuantas perlas nacen en oriente, si está satisfecho de grano, ni el buey por cuanto oro nace en las indias, si está harto de yerbas, y así todos los demás animales; solo el bestial apetito del hombre no se contenta ni harta, mayormente si está acompañado de codicia; dígolo porque con toda mi riqueza y tener, porque apenas se hallaba Rey en el mar que mas y mejores cosas tuviese, fuí aguijonado de la codicia hambrienta y no con lícito trato; con esto hice armada para que fuese á los golfos del Leon y del Hierro, y á otros despaché á los bancos de Flandes do se perdian naos de gentes, y á los lugares do habia habido batallas, do me trujeron grande cantidad de oro, que en solo doblones pienso me trujeron mas de quinientos mil; reíase mucho el Rey de que me veia holgar y revolcar sobre aquellos doblones, y preguntábame que para que era aquella nonada, pues ni era para comer ni traer; dije yo entre mí: si tú lo conocieses como yo no preguntarias eso; respondíale que los quería para contadores, y con esto le satisfacia, y despues que á la tierra vine, como adelante diré, maldito aquel de mis ojos pude ver, y es que todos los que habia me los trujeron allí en el mar, y así acá no anda ya niñguno, y si lo hay débenlo tener en otro tan hondo y escondido lugar. Harto yo deseaba si ser pudiera hallar una nao que cargára de ellos, aunque le diera la mitad de mi parte al que me los diera á la mi Elvira en Toledo para con que casar á la mi niña con alguno, que bien seguro estaba haber hartos que no me la desecháran por ser hija de pregonero; y con esta gana, salí dos ó tres veces tras naos que venian de Levante dándoles gritos sobre el agua que esperasen, pensando me entenderian é imaginarian, y aunque no fuesen fieles mensajeros, en llevar el tesoro ó parte de él á Toledo, con que lo aprovechasen hombres me contentaba por el amor que yo tenia á la humana naturaleza; mas luego que los llamaba, ó me veian, me arrojaban harpones ó dardos para me matar, y con esto tornábame á mi menester y bajaba á ver mi casa, otras veces deseaba que Toledo fuera puerto de mar, para podelle henchir de riquezas, porque no fuera menos de haber mi mujer é hija alguna parte. Y con estos y otros deseos y pensamientos pasaba mi vida.

CAPÍTULO XV.

Como andando Lázaro á caza en un bosque, perdido de los suyos, halló la verdad.

Como yo me perdí de los mios, hallé la verdad, la cual me dijo ser hija de Dios y haber bajado del cielo á la tierra por vivir y aprovechar en ella á los hombres, y como casi no habia dejado nada por andar en lo poblado y visitado todos los estados grandes y menores, y ya que en casa de los principales habia hallado asiento, algunos otros la habian revuelto con ellos, y por verse con tan poco favor se habia retraido á una roca en la mar; contóme cosas maravillosas que habia pasado con todos géneros de gentes, lo cual si á vuestra merced hubiese de escribir seria largo, y fuera de lo que toca á mis trabajos; cuando sea vuestra merced servido, si quiere, le enviaré la relacion de lo que con ella pasé; vuelto á mi Rey le conté lo que con la verdad habia pasado.

CAPÍTULO XVI.

Como despedido Lázaro de la verdad, yendo con las atunas á desovar, fué tomado en las redes, y volvió á ser hombre.

Yéndome á la corte consolado con estas palabras, viví alegre algunos dias en el mar; en este medio se llegó el tiempo que las atunas habian de desovar, y el Rey me mandó que yo fuese aquel viaje, porque siempre con ellas enviaba quien las guardase y defendiese, y al presente el general Licio estaba enfermo, el cual, si bueno estuviera, sé que hiciera este camino, y despues que yo estaba en el mar habia ido dos ó tres veces, porque cada año una vez iban en la dicha desovacion. De manera que en el dicho ejército llevé conmigo dos mil armados, y en mi compañia fueron mas de quinientas mil atunas que se hallaron preñadas; y despedidos del Rey, tomamos nuestro camino, y nuestras jornadas contadas, dimos con nosotros en el estrecho de Gi-

braltar, y aquel pasado, venimos á Conil y á Vejer, lugares del Duque de Medina Sidonia do nos tenian armado; yo fui avisado de aquel peligro y como allí se solia hacer daño en los atunes, y aviseles se guardasen, mas como fuesen ganosas de desovar en aquella playa, y ella fuese para ello aparejada, por bien que se guardaron, en ocho dias me faltaron mas de cincuenta mil atunas. Y visto el daño como se hacia acordamos los armados de meternos con ellas en la playa, y mientras desovaban, si prenderlas quisiesen, herir en los salteadores y en sus redes, y hacérselas pedazos; mas saliónos al revés con la fuerza y maña de los hombres, que es otra que la de los atunes: y así nos apañaron á todos con infinitas de ellas en una redada, sin recibir casi daño de nos, antes ganancias, que como mis compañeros se vieron presos, desmayaron, y por dar gemidos desampararon las armas, lo cual yo no hice, sino con mi espada me asieron, habiendo con ella hecho harto daño en las redes, juntamente conmigo á mi buena y segunda mujer. Los pescadores admirados de verme así armado, me procuraron quitar el espada, la cual yo tenia bien asida; mas tanto por ella tiraron, que me sacaron por la boca un brazo y mano, con la cual yo tenia bien asida el espada, y me descubrieron por la cabeza la frente, ojos y narices, y la mitad de la boca. Muy espantados de tal acaecimiento me asieron muy recio del brazo y otros trabándome de la cola, me comienzan á sacar, como á cuero atestado en costal; miré y ví cabe mí la mi Luna muy afligida y espantada, tanto y mas que los pescadores, á los cuales comenzando á hablar en lengua de hombre, yo dije: hermanos, encárgoos las conciencias, y no se atreva alguno á visitarme con el brazo del mazo, ca sabed que soy hombre como vosotros; mas acabad de quitar la piel, y sabreis de mí grandes secretos; esto dije porque aquellos mis compañeros estaban cabe mí, muchos de ellos muertos, hechos pedazos los testuces con unos mazos que los de la javega en sus manos para aquel menester traian, y asimismo les rogué por gentileza que á aquella atuna que cabe mí estaba diesen libertad, porque habia sido mi compañera y mujer gran tiempo; ellos, en gran manera alterados en verme y oirme, hicieron lo que los rogué. Al tiempo que la mi compañera de mí partia llorando y espantada, le dije en lengua atunesa: Luna mia y mi vida, vete con Dios, y no tornes á ser presa, y dá cuenta de lo que ves al Rey y á todos mis amigos, y ruégote que mires por mi honra y la tuya. Ella, sin me dar respuesta, saltando en el agua, se fué muy espantada. Sacáronmos de allí á mí y á mis compañeros que veia á mis ojos matar, y hacer pedazos á la len-

gua del agua, y á mí teníanme echado en el arena medio hombre y medio atun, como he contado, y con harto miedo si habian de hacerme ceniza; acabada la pesca aquel dia, habiéndome preguntado, yo les dije la verdad, y rogándoles me sacasen del todo, lo cual éllos no hicieron; mas aquella noche me cargan en un acémila, y dan conmigo en Sevilla, y ponénme ante el ilustrísimo Duque de Medina, y fué tanta la admiracion, que con mi vista ellos y los que me veian sentian y sintieron, que en grandes tiempos no vino á España cosa que tanto espanto pusiese. Tuviéronme en aquella pena ocho dias, en los cuales supieron de mí cuanto habia pasado. Á cabo de este tiempo sentí á la parte que de pece tenia detrimento, y que se estragaba por no estar en el agua, y supliqué á la señora Duquesa y á su marido que por amor de Dios me hiciesen sacar de aquella prision, pues á su alto poder habia venido, y dándoles cuenta del detrimento que sentia holgaron de lo hacer, y fué acordado que diesen pregon en Sevilla para que viniesen á ver mi conversion, y en una plaza que ante su casa está hecho un cadalso, porque todos me viesen allí. Fué juntada Sevilla y desque la plaza se hinchió por calles, tejados y terrados no cabia la gente, luego mandó el Duque que fuesen por mí y me sacasen de una jaula que luego que vine del mar me hicieron, do estuve, y fué bien pensado, porque segun la multitud de las gentes que siempre me acompañaban, sino hubiera verjas en medio de mí y de éllos, ahogáranme sin falta. ¡Oh gran Dios! decia, ¿qué es lo que en mí se ha renovado? porque hombre en jaula ya lo he visto estar y mucho á su pesar, y aves; pescado nunca lo ví. Así me sacaron y llevaron en un paves con cincuenta alabarderos que delante de mí iban apartando la gente y aun no podian.

CAPÍTULO XVII.

QUE CUENTA LA CONVERSION HECHA EN SEVILLA EN UN CADALSO DE LÁZARO ATUN.

Pues puesto en el cadalso, y allí tirándome unos por la parte de mi cuerpo que defuera tenia, otros por la cola del pescado me sacaron como el dia en que mi madre del vientre me echó, y el atun se quedó solamente siendo pellejo; diéronme una capa con que me cubrir, y el

Duque mandó me trujesen un vestido suyo de camino, el cual aunque me arrastraba me vestí, y fuí tan festejado y visitado de gentes, que en todo el tiempo que allí estuve casi no dormí, porque de noche no dejaban de me venir á ver y á preguntar, y el que un rato de auditorio conmigo tenia se contaba por muy dichoso; al cabo de algunos dias, despues que del todo descubrí mí ser, caí enfermo porque la tierra me probó, y como estaba hecho al mantenimiento marino, y el de la tierra es de otra calidad, hizo en mí mudanza, y pensé cierto que mis trabajos con la vida habian acabado; quiso Dios de este trabajo con los demas librarme, y desque me ví para poder caminar, pedí licencia á aquellos señores, la cual de mala gana alcancé, porque me pareció quisieran tenerme consigo, por oir las maravillosas cosas que me acontecieron, y las mas que yo glosaba, á las cuales me daban entero crédito con haber visto en mí tan maravillosa mudanza. Mas en fin, sin embargo de esto diéronme la dicha licencia, y me mandaron magníficamente proveer para mi camino; y así di conmigo en Toledo, víspera de la Asuncion que pasó, el mas deseoso hombre del mundo de ver á mi mujer y á mi niña, y dalle mil abrazos, la cual manera de retozo para cuatro años iba que no la usaba, porque en el mar no se usa, que todo es hocicadas. Entré de noche y fuime á mi casilla, la cual hallé sin gente; fui á la de mi señor el Arcipreste, y estaban ya durmiendo, y tantos golpes dí que los desperté; preguntándome quien era, y diciéndolo, la mi Elvira muy ásperamente me respondió á grandes voces: andad para beodo, quien quiera que sois, que á tal hora andais á burlar de las viudas; á cabo de tres ó cuatro años que al mi malogrado llevó Dios, y hundió en la mar á vista de su amo, y de otros muchos que lo vieron ahogar, venís agora á decir donaires; y tórnase á la cama sin mas me oir ni escuchar. Torné á llamar y dar golpes á la puerta, y mi señor enojado se levantó y púsose á la ventana, y á grandes voces comenzó á decir: que bellaquería es esa, y que gentil hecho de hombre de bien; queria saber quien sois para mañana daros el pago de vuestra descortesía, que á tal hora andais por las puertas de los que estan reposando, dando aldabadas, y haciendo alborotos, con los cuales quebrais el sueño y reposo. Señor, dije yo, no se altere vuestra merced; que si quiere saber quien soy, tambien yo lo quiero decir. Vuestro criado Lázaro de Tormes soy; apenas acabé de decillo, cuando siento pasar cabe las orejas un guijarro pelado con un zumbido y furia, y trás aquel otro y otro, los cuales dando en los que en el suelo estaban, con lo que la calle estaba empedrada, hacia saltar vivo fuego

y ásperas centellas; visto el peligro, que no esperaba razones, tomé la calle abajo ante los ojos y á buen paso me alejé, y él quedó desde su ventana dando grandes voces, diciendo: venios á burlar y vereis cómo os irá. Eché seso amonton, y parecióme tornar á probar la ventura, porque yo no me queria descubrir á nadie, y por ser ya muy noche determiné de pasar lo que quedaba de ella por allí, y venida la mañana irme á casa; mas no me acaeció así, porque dende á poco pasó por donde yo estaba un alguacil, que andaba rondando, y tomándome la espada, dió conmigo en la cárcel, y aunque yo conocia á algunos de los gentiles-hombres que de porquerones lo acompañaban, y los llamé por sus nombres y dije quien era, reíanse de mí, diciendo que mas de tres años habia que el que yo decia ser era muerto en lo de Argel, y así dán conmigo en la cárcel, y allí me tomó el dia, el cual venido, cuando los otros se visten y aderezan para ir á la iglesia á holgar una tan solemne fiesta, pensando yo haria lo mismo porque luego seria conocido de todos, entró el alguacil que me habia preso, y echándome grillos á los piés, y una buena cadena gruesa á la garganta y metiéndome en la casa del tormento, todo fué uno. Este gentil-hombre que teniendo disposicion y manera para ser corregidor, y se hace pregonero, esté aqui algun dia, hasta que sepamos quien es, pues anda de noche á escalar las casas de los clérigos; pues á fé que ese sayo no se debió cortar á vuestra medida, ni trae olor de vino como suelen traer los de vuestro oficio, sino de un fino ambar; al fin vos direis, mal de vuestro grado, á quién lo hurteis, que si para vos se cortó, á fé que os hurtó el sastre mas de tres varas. En hora mala acá venimos, dije yo entre mí; con todo eso le hablé diciéndole que yo no vivia de aquel menester, ni andaba á hacer lo que él decia. No sé si andais, dijo, mas agora sale el Arcipreste de S. Salvador de la casa del corregidor diciendo que anoche le quisieron robar, y entrar la casa por fuerza, si con buenos guijarros no se defendiera, y que decia el ladron que era Lázaro de Tormes, un criado suyo; le dije como os topé cabe su casa y me dijo lo mismo, y por eso os manda poner á buen recaudo; el carcelero dijo: ese que decís, pregonero fué en esta ciudad, mas en lo de Argel murió, y bien le conocia yo, perdónelo Dios, hombre era para pasar dos azumbres de vino de una casa á otra sin vasija. ¡Oh desventurado de mí! dije yo, que aun mis fortunas no han acabado; sin duda de nuevo tornan mis desastres: ¿qué será esto que aquellos que yo conozco y conversé y tuve por amigos me niegan y desconocen? mas no podrá tanto mi mala fortuna que en esto me contraríe, pues mi muger

no me desconocerá, como sea la cosa que en este mundo mas quiero y ella quiere; rogué mucho al carcelero, y paguéselo, que fuese á ella y le dijese que estaba allí, que me viniese á hacer sacar de la prision, y él riendo de mí tomó el real, y dijo lo haria, mas que le parecia que no traia juego de veras, porque si yo fuera el que decia él lo conociera, porque mil veces le habia visto entrar en la cárcel, y acompañar los azotados, y que fué el mejor pregonero y de mas clara y alta voz que en Toledo hubo: al fin como yo importunase, fué y pudo tanto que trujo consigo á mi señor, y cuando le iba á hablar que lo metió do yo estaba, trujeron una candela; aquella alegria que los del limbo debieron sentir al tiempo de su libertad sentí, y dije llorando de tristeza, y mas de alegria. ¡Oh mi señor Rodrigo de Yepes, Arcipreste de S. Salvador! mirad cual está el vuestro buen criado Lázaro de Tormes, atormentado y cargado de hierros, habiendo pasado tres años las mas estrañas y peregrinas aventuras que jamás oidas fueron; él me llegó la candela á los ojos, y díjo: la voz de Jacob es, y la cara de Esau. Hermano mio, verdad es que en la habla algo os pareceis, mas en el gesto sois muy diferente del que decís. Á esta hora caí en la cuenta, y rogué al carcelero me hiciese merced de un espejo, y él lo trujo; y cuando en él me miré, vime muy desemejado del ser de antes, especialmente del color que solia tener como una muy rubicunda granada, digo como los granos de ella, y agora como la misma gualda, y figuras tambien muy mudadas; yo me santigüé y dije: agora, señor, no me maravillo, estándolo mucho de mí mismo, que vuestra merced ni nadie de mis amigos no me conozcan, pues yo mismo me desconozco; mas vuestra merced me la haga de sentarse, y vos, señor alcalde, nos dad un poco lugar y verá como no he dicho mentira; él lo hizo y quedando solos le dí todas las señas de cuanto habia pasado despues que lo conocia, y tal dia esto, y tal dia esto otro; despues le conté en suma todo lo que habia pasado, y como fui atun, y que del tiempo que estuve en el mar y del mismo mantenimiento y del agua, me habia quedado aquel color, y mudado el gesto, el cual hasta entonces yo no me habia mirado. Finalmente, despues quedóse muy admirado y dijo: eso que vos decís muy notorio se dijo en esta ciudad, que en Sevilla se habia visto un atun hombre, y las señales que me dais tambien son verdaderas, mas todavia dudo mucho; lo que haré por vos será traer aqui á Elvira mi ama, y ella por ventura os conocerá mejor, y le dí muchas gracias y le supliqué me diese la mano para la besar, y me echase su bendicion como otras veces habia hecho; mas no me la quiso dar. Pasé aquel dia

y otros tres, al cabo de los cuales una mañana entra el teniente de corregidor con sus ministros y un escribano, y comiénzanme á preguntar, y sino lo han por enojo, á querer ponerme á caballo, ó por mejor decir verdad, en potro; no pude contenerme de no derramar muchas lágrimas dando muy grandes suspiros y sollozos, quejándome de mi sobrada desventura, que tan á larga me seguia; con todo esto con las mejores y mas razones que pude, supliqué al teniente que por entonces no me tormentase, pues harto lo estaba yo, y porque lo contentase viese mi gesto, al cual llegando la luz dijo: por cierto este pecador yo no sé que fuerza podrá hacer en las casas, mas él sin ella está á lo que parece, segun su disposicion muestra, dejémosle agora hasta que mejore, ó se muera y dalle hemos por libre, y asi me dejaron. Supliqué al carcelero tornase á casa de mi señor y le rogase de su parte, y suplicase de la mia cumpliese la palabra que me habia dado de traer consigo á mi muger, y tornéle á dar otro real; porque estos nunca echan paso en vano, y él lo hizo y me trujo recaudo, que para el dia siguiente ambos me prometieron de venir; consolado con esto, aquella noche dormí mejor que las pasadas, y en sueños me visitó mi señora y amiga la verdad, y mostrándose muy airada me dijo: tú, Lázaro, te quieres castigar, prometiste en la mar de no me apartar de ti, y desque saliste casi nunca mas me miraste. Por lo cual la divina Justicia te ha querido castigar, y que en tu tierra y en tu casa no halles conocimiento, mas que te vieses puesto como malhechor á cuestion de tormento; mañana vendrá tu muger, y saldrás de aqui con honra, y de hoy mas haz libro nuevo. Y así se me despidió de presente; muy alegre de tal vision, conociendo que justamente pasaba, porque eran tantas y tan grandes las mentiras que yo entretegia y lo que contaba, que aun las verdades eran muy admirables, y las que no eran, pudieran de espanto matar las gentes; propuse la enmienda y lloré la culpa. Y la mañana venida, mi gesto estaba como de antes, y de mi señor y de mi muger fui conocido, y llevado á mi casa con mucho placer de todos; hallé á mi niña ya casi para ayudar á criar otra. Y despues que algunos dias reposé, tornéme á mi taza y jarro, con lo cual en breve tiempo fui tornado en mi propio gesto, y á mi buena vida.

CAPÍTULO XVII.

Como Lázaro se vino á Salamanca, y la amistad y disputa que tuvo con el Rector, y como se hubo con los estudiantes.

Estando ya algo un tanto á mi placer, muy bien vestido y muy bien tratado, quíseme salir de allí do estaba por ver á España, y solearme un poco, pues estaba harto del sombrío del agua. Determinando á do iría, vine á dar conmigo en Salamanca, adonde, segun dicen, tienen las ciencias alojamiento. Y era lo que habia muchas veces deseado por probar de engañar algunos de aquellos abades ó mantilargos, que se llaman houbres, de licencia. Y como la villa está llena de estos, el olor tambien se siente de lejos, aunque del de sus noches Dios guarde mi casa. Fuíme luego á pasear por la villa, y avezado de la mar, maravilleme de lo que allí veia, y bien era algo mas de lo que tenia oido. Quiero contar una cosa de lo que allí me aconteció yendo por una calle de las mas principales: venia un hombre á caballo en un asno, y como era guiñoso, y debia estar cansado, no podia caminar adelante, ni aun volver atrás, sino con gran trabajo; comienza el hombre á dár sus gritos, arre acá, señor bachiller; con esto no me moví yo, aunque pensé en volverme; pero entendiendo él que con mas honrado nombre se moveria mas presto, comienza de decir: arre, señor licenciado, arre con todos los diablos, y dale con un aguijon que traia; viérades entonces echar coces atrás y adelante, y el licenciado á una parte y el caballero á otra; nunca ví en mi vida, ni en el señorío de la mar ni en el de la tierra, licenciado de tal calidad, que tanto lugar le hiciesen todos, ni que tanta gente saliese por verlo. Conocí entonces que debia ser de los criados con alguno de nombre, y que se hacian tambien de honrar con sus nombres, como yo me habia hecho por mi valer y fuerzas en la mar entre los atunes. Pero todavia los tuve en mas que á mí, porque aunque me hicieron señoría no me dieron licencia, mas de la que yo de mí por mi esfuerzo entre ellos me tomaba. Y cierto, señor, que yo pasado algun tiempo, me quisiera ser mucho mas el licenciado asno, que Lázaro de Tormes. De aquí vine siguiendo el ruido á dar en un colegio, adonde ví tantos estudiantes, y oí tantas voces, que no habia ninguno que no quedase mas cansado

de gritar que de saber. Y entre muchos otros, que conocí (aunque á mí ninguno de ellos) quiso Dios que hallé un amigo mio de los de Toledo, conocido de buen tiempo, el cual servia á dos señores, como el que arriba movió el ruido, y aun era de los mayores del colegio; y como era criado de consejo y de mesa, habló con sus amos de mí de tal manera, que me valió una comida y algo mas. Es verdad que fué á uso de colegio, comida poca y de poco, mal guisada y peor servida; pero maldito sea el hueso que quedó sin quebrar. Hablamos de muchas cosas estando comiendo, y replicaba yo de tal manera con ellos, que bien conocieron ambos haber yo alcanzado mas por mi esperiencia, que ellos por su saber. Contéles algo de lo que habia á Lázaro acontecido, y con tales palabras, que cierto todos me preguntaban, adonde habia estudiado, en Francia, ó en Flandes, ó en Italia, y aun si Dios me dejára, acordar alguna palabra en latin, yo los espantára, tomé la mano en el hablar, por no darles ocasion de preguntar algo, que me pusiese en confusion. Todavia ellos pensando que yo era mucho mas de lo que por entonces habian en mí conocido; determinaron de hacerme defender unas conclusiones; pero pues sabia que en aquellas escuelas todos eran romancistas, y que yo lo era tal que me podia mostrar sin vergüenza á todos, no lo rehusé, porque quien se vale entre atunes, que no juegan sino de hocico, bien se valdria entre los que no juegan sino de lengua; el dia fué el siguiente, y para ver el espectáculo fué convidada toda la Universidad; viera vuestra merced á Lázaro en la mayor honra de la ciudad, entre tantos doctores, licenciados y bachilleres, que por cierto con el diezmo se podrian talar cuantos campos hay en toda España, y con las primicias se ternia el mundo por contento; viera tantos colores de vestir, tantos grados en el sentar, que no se tenia cuenta con el hombre, sino segun tenia el nombre. Antes de parecer yo en medio quisiéronme vestir segun era la usanza de ellos; pero Lázaro no quiso, porque pues era estrangero, y no habia profesado en aquella Universidad, no se debian maravillar sino juzgar mas segun la doctrina (pues que tal era esta) que no segun el hábito, aunque fuese desacostumbrado. Ví á todos entonces con tanta gravedad y tanta mesura, que si digo la verdad, puedo decir que tenia mas miedo que vergüenza, ó mas vergüenza que miedo no se burlasen de mí: puesto Lázaro en su lugar (y cual estudiante yo) viendo mi presencia doctoral, y que tambien sabia tener mi gravedad como todos ellos, quiso el Rector ser el primero que conmigo argumentase, cosa desacostumbrada entre ellos. Así me propuso una cues-

tion harto difícil y mala, pidiéndome le dijese cuantos toneles de agua habia en la mar; pero yo como hombre que habia estudiado, y salido poco habia de allá, súpele responder muy bien, diciendo que hiciese detener todas las agua en uno, y que yo lo mensuraria muy presto, y le daria de ello razon muy buena. Oida mi repuesta tan breve y tan sin rodeos, que mal año para el mejor la diera tal, viéndose en trabajo pensando ponerme, y viendo serle imposible hacer aquello, dejóme el cargo de mensurarla á mí, y que despues yo se lo díjese. Avergonzado el Rector con mi repuesta, échame otro argumento pensando que me sobraba á mí el saber ó la ventura, y que como habia dado resolucion en la primera, así la daria en la segunda; pídeme que le dijese cuantos dias habian pasado desde que Adan fué criado hasta aquella hora, como si yo hubiera estado siempre en el mundo contándolos con una péndola en la mano, pues á buena fe que de los mios no se me acordaban sino que un tiempo fuí mozo de un clérigo, y otro de un ciego, y otras cosas tales, de las cuales era mayor contador que no de dias. Pero todavia le respondí, diciendo que no mas de siete, porque cuando estos son acabados, otros siete vienen siguiendo de nuevo, y que asi habia sido hasta allí, y seria tambien hasta el fin del mundo. Viera vuestra merced á Lázaro entonces ya muy doctor entre los doctores, y muy maestro entre los de licencia.

Pero á las tres vá la vencida, pnes de las dos habia tan bien salido, que pensó el señor Rector que en la tercera yo me enlodára, aunque Dios sabe qué tal estaba el ánimo de Lázaro en este tiempo, no porque no mostrase mucha gravedad, pero el corazon tenia tamañito. Díjome el Rector que satisfaciese á la tercera demanda, yo muy pronto respondí que no solo á la tercera, pero hasta el otro dia se podia detener. Pidiome que á do estaba el fin del mundo. ¿Qué filosofias son estas? dije yo entre mí, ¿pues cómo? no habiéndolo andado todo, ¿cómo puedo responder? Si me pidiera el fin del agua algo mejor se lo dijera. Todavia le respondí á su argumento, que era aquel auditorio á do estábamos, y que manifiestamente hallaría ser así lo que yo decia, si lo mensuraba, y cuando no fuese verdad, que me tuviese por indigno de entrar en colegio. Viéndose corrido por mis respuestas, y que siempre pensando dar buen jaque, recibia mal mate, échame la cuarta cuestíon muy entonado, preguntando que cuanto habia de la tierra hasta el cielo. Viera vuestra merced mi gargajear á mis tiempos con mucha manera, y con ello no sabia qué responderle, porque muy bien podia él saber que no habia yo hecho aun tal camino; si me pi-

diera la orden de vida que guardan los atunes y en qué lengua hablan, yo le diera mejor razon; pero no callé con todo, antes respondí que muy cerca estaba el cielo de la tierra, porque los cantos de aquí se oyen allá, por bajo de hombre cante ó hable, y que sino me quisiese creer, se subiese él al cielo, y yo cantaria con muy baja voz, y que si no me oia, me condenase por necio. Prometo á vuestra merced, que hubo de callar el bueno del Rector, y dejar lo demas para los otros. Pero cuando le vieron como corrido no hubo quien osase ponerse en ello; antes todos callaron y dieron por muy escelentes mis respuestas. Nunca me ví entre los hombres tan honrado, ni tan señor acá ni tan señor acullá; la honra de Lázaro de dia en dia se iba acrecentando; en parte la agradezco á las ropas que me dió el buen Duque, que si no fuera por ellas, no hícieran mas caso de mí aquellos diablos de haldilargos, que hacia yo de los atunes, aunque disimulaba. Todos venian para mí, unos dándome el parabien de mis respuestas, otros holgándose de verme y oirme hablar. Habiendo visto mi habilidad tan grande, el nombre de Lázaro estaba en la boca de todos, y iba por toda la ciudad con mayor zumbido que entre los atunes. Mis convidados quisiéronme llevar á cenar con ellos, y yo tambien quise ir, aunque rehusé segun la usanza de allí á la primera, fingiendo ser por otros convidados. Cenamos, no quise decir qué, porque fué cena de licencia aquella, aunque bien ví que la cena se aparejó á trueco de libros, y así fué tan noble. Despues de haber cenado y quitados los manteles de la mesa, tuvimos por colacion unos naipes, que suelen ser allá cotidianos, y cierto que en aquello algo mas docto estaba yo, que no en las disputas del Rector. Y salieron en fin dineros á la mesa, como quiera que ello fuese. Ellos, como muy diestros en aquella arte, sabian hacer mil traspantojos que á ser otro, dejára cierto el pellejo, porque al medio mal me iba; pero á la fin les traté tan bien que ellos pagaron por todos, y demas de la cena, embolsé mis cincuenta reales de ganancia en la bolsa. Tomaos, pues, con aquel, que entre los atunes habia sido señoria, de Lázaro se guardaran siempre, y por despedirme de ellos, les quisiera hablar algo en lengua atunesa, sino que no me entendieran. Despues temiendo no me pusiese en vergüenza, porque no les faltara ocasion, partíme allí pensando que no todavia puede suceder bien. Así determiné volverme dándome verdes con mil cincuenta reales ganados, y aun algo mas que por honra de ellos al presente callo, y llegué á mi casa, adonde lo hallé todo muy bien, aunque con gran falta de dinero. Aqui me vinieron los pensamientos de aquellos

doblones que se desaparecieron en el mar, y cierto que me entristecí, y pensé entre mí que si supiera, me habia de suceder tambien como en Salamanca, pusiera escuela en Toledo, porque cuando no fuera sino por aprender la lengua atunesa, no hubiera quien no quisiera estudiar. Despues, pensándolo mejor, ví que no era cosa de ganancia porque no aprovechaba algo; así dejé mis pensamientos atrás, aunque bien quisiera quedar en una tan noble ciudad con fama de fundador de universidad muy celebrado y de inventor de nueva lengua nunca sabida en el mundo entre los hombres. Esto es lo sucedido despues de la ida de Argel; lo demas con el tiempo lo sabrá vuestra merced, quedando muy á su servicio

LÁZARO DE TORMES.

OTRA SEGUNDA PARTE

DE LA VIDA

DE

LAZARILLO DE TORMES,

SACADA DE LAS CRÓNICAS ANTIGUAS

DE TOLEDO,

POR H. DE LUNA,

INTÉRPRETE DE LA LENGUA ESPAÑOLA.

Á LOS LECTORES.

La ocasion, amigo lector, de haber hecho imprimir la segunda parte de Lazarillo de Tormes, ha sido por haberme venido á las manos un libro que toca algo de su vida, sin rastro de verdad. La mayor parte de él se emplea en contar, como Lázaro cayó en la mar, donde se convirtió en un pescado, llamado atun, y vivió en ella muchos años, casándose con una atuna de quien tuvo por hijos tres peces como el padre y la madre. Cuenta tambien las guerras que los atunes hacian, siendo Lázaro el capitan, y otros disparates tan ridículos como mentirosos, y tan mal fundados como necios. Sin duda que el que lo compuso, quiso contar un sueño necio, ó una necedad soñada. Este libro, digo, ha sido el primer motivo que me ha movido á sacar á luz esta segunda parte al pié de la letra, sin quitar ni añadir, como la ví escrita en unos cartapacios, en el archivo de la jacarandina de Toledo, que se conformaba con lo que habia oido contar cien veces á mi abuela y tias al fuego las noches de invierno, y con lo que me destetó mi ama: por mas señas, que disputaban muchas veces ellas, y otras vecinas, cómo habia podido ser que Lázaro hubiese estado tanto tiempo dentro del agua como se cuenta en esta segunda parte) sin ahogarse. Las unas decian en pró, las otras en contra: aquellas acotaban el mesmo Lázaro, que dice no le podia entrar el agua, por estar lleno y colmado de vino hasta la boca. Un buen viejo esperimentado en nadar, para probar ser cosa hacedera, interpuso su autoridad, diciendo habia visto un hombre, que entrando á nadar en el Tajo, se zambulló y metió en unas cavernas, desde que el sol se puso hasta que salió, que con su resplandor pudo atinar el camino, y cuando todos sus parientes y amigos estaban hartos de llorarle y buscar su cuerpo para darle sepultura, salió sano y salvo. La otra dificultad que en su vida hallaban era, el no haber ninguno conocido ser Lázaro hombre, y que todos los que le veian lo juzgasen por pez: á esto respondia un buen canónigo (que por ser muy viejo estaba todo el dia al sol con las hilanderas de rueca) haber sido mas posible: ateniéndose á la opinion de muchos autores antiguos á

modernos, entre los cuales son: Plinio, Eliano, Aristóteles, Alberto Magno, los cuales certifican haber en la mar unos pescados, que á los machos llaman tritones, y á los hembras nereydas, y á todos hombres marinos, los cuales de la cintura arriba tienen figura de hombres perfectos, y de alli abajo de peces; y yo digo que aunque esta opinion no fuera defendida de autores tan calificados, bastaba para escusa de la ignorancia española, la licencia que los pescadores tenian de los señores inquisidores; pues fuera un caso de Inquisicion, si dudaran de una cosa que sus señorías habian consentido se mostrase por tal. Á este propósito (aunque sea fuera del que trato ahora) contaré una cosa que sucedió á un labrador de mi tierra, y fué, que enviándole á llamar un inquisidor para pedirle le enviase de unas peras que le habian dicho tenia estremadas, no sabiendo el pobre villano lo que su señoría le queria, le dió tal pena que cayó enfermo, hasta que por medio de un amigo suyo supo lo que le queria: levantóse de la cama, fuése á su jardin, arrancó el árbol de raiz, y lo envió con la fruta, diciendo no queria tener en su casa ocasion de que le enviasen á llamar otra vez; tanto es lo que los temen, no solo los labradores y gente baja, mas los señores y grandes, todos tiemblan cuando oyen estos nombres Inquisidor é Inquisicion mas que las hojas del árbol con el blando céfiro. Esto es lo que he querido advertir al lector para que pueda responder, cuando en su presencia se verificasen tales cuestiones; y asimismo le advierto me tenga por coronista, y no por autor de esta obra, con que podrá pasar una hora de tiempo: si le agradare aguarde la tercera parte con la muerte y testamento de Lazarillo, que es lo mejor de todo, y si no reciba la buena voluntad. Vale.

CAPÍTULO PRIMERO.

Donde Lázaro cuenta la partida de Toledo para ir á la guerra de Arjel.

Quien bien tiene y mal escoje, por mal que le venga no se enoje. Dígolo á propósito, qne no pude ni supe conservarme en la buena vida que la fortuna me habia ofrecido, siendo en mí la mudanza como accidente inseparable que me acompañaba tanto en la buena y abundante, como en la mala y desastrada vida. Estando pues gozando el mejor tiempo que patriarca gozó, comiendo como fraile convidado, y bebiendo mas que un saludador; mejor vestido que un Teatino, y con dos docenas de reales en la bolsa mas ciertos que revendedora de Madrid; mi casa llena como colmena, con una hija injerta á canutillo, y con un oficio qne me lo podia envidiar el echa-perros de la iglesia de Toledo, llegó la fama de la armada de Argel, nueva que me inquietó é hizo que como buen hijo determinase seguir las pisadas y huellas de mi buen padre Tomé Gonzales (que buen siglo halla), con deseo de dejar en los venideros siglos ejemplo y dechado, no de guiar á un astuto ciego, ratonar el pan del avariento clérigo, servir al pelon escudero, y finalmente gritar las faltas agenas; mas el ejemplo y dechado fué de dar vista á los moros ciegos en sus errores, de abrir y romper los atrevidos y corsarios bajeles, de servir á mi valeroso capitan de la Orden de San Juan, con quien asenté por repostero, capitulando que todo lo que ganase seria para mí (como lo fué); finalmente, quise dejar ejemplo de gritar y animar, llamando á Santiago y cierra España. Despedíme de mi amada consorte y cara hija; esta me rogó no me olvidase de traerla un morisco, y la otra que me acordase de enviarle con el primer mensajero una esclava que la sirviese, y algunos cequíes berberiscos con que se consolase de mi ausencia. Pedí licencia al Arcipreste mi Señor, á quien encargué el cuidado y regalo de mi muger é hija, prometiéndome haria con ellas como si fueran propias suyas. Partí de Toledo alegre, ufano y contento, como suelen los que van á la guerra, colmado de buenas esperanzas, acompañado de grande cantidad de amigos y vecinos que iban al mesmo viaje llevados del deseo de mejorar su fortuna. Llegamos á Murcia con intencion de irnos á

embarcar á Cartagena, donde me sucedió lo que no quisiera, por conocer que la fortuna que me habia puesto en lo mas alto de su rueda voltária y subido á la cumbre de la bienaventuranza terrestre con su curso veloz, comenzaba á despeñarme á lo mas ínfimo: fué, pues, el el caso, que llegando á la posada ví un semi-hombre, que mas parecia cabron segun las vedijas é hilachas de sus vestidos: tenia un sombrero encasquetado, de manera que no se le podia ver la cara; la mano puesta en la mejilla, y la pierna sobre la espada que en una mala vaina de cimoges traia: el sombrero á lo picaresco, sin coronilla, para evaporar el humo de la cabeza; la ropilla era á la francesa, tan acuchillada de rota, que no habia en donde poder atar una blanca de cominos; la camisa era de carne, la cual se veia por la celosía de sus vestidos; la calzas al equivalente; las medias, una colorada y la otra verde, que no le pasaban de los tobillos; los zapatos eran á lo descalzo, tan traidos como llevados: en una pluma que cosida en el sombrero llevaba, sospeché ser soldado: con esta imaginacion le pregunté de dónde era, y adonde bueno caminaba: alzó los ojos para ver quien era el que se lo preguntaba, conociéndome y yo á él: era el escudero que en Toledo serví, quedé admirado de verle en tal trae. Conocida mi admiracion, dijo: no me espantaria, Lázaro amigo, te maravillase verme como me ves, pero presto no lo estarás si te cuento lo que por mí ha pasado desde el dia que yo te dejé en Toledo hasta hoy. Tornando á casa con el trueque del doblon para pagar á mis acreedores, encontré con una arrebozada que, tirándome del herreruelo, con lágrimas y suspiros mezclados con sollozos, me pidió con encarecimiento la favoreciese en una necesidad que se le ofrecia: roguele me diese cuenta de su pena, que más tardaria en dármela que yo en dalle remedio: ella sin dejar el llanto, con una vergüenza virginal dijo, que la merced que le habia de hacer, y ella me suplicaba le hiciese, era la acompañase hasta Madrid en donde le habian dicho estaba un caballero, que no se habia contentado con deshonrarla, sino que ademas le habia llevado todas sus joyas, sin tener respeto á la palabra de esposo que le habia dado, y que si yo queria hacer por ella esto, ella haria por mí lo que una muger obligada debia. Consoléla lo mejor que pude dándole esperanzas, que si su enemigo estaba en el mundo se tuviese por desagraviada. En conclusion, sin tornar el pié atrás partimos á la corte, hasta donde la hice la costa. La señora que sabia bien adonde iba, me llevó á una bandera de soldados, donde la recibieron con alegria y la llevaron delante del capitan, para que la pusiese en la lista de las ci-

catriceras, y tornándose á mí con una cara de poca vergüenza dijo: á dios seor peligordo, pues esta no es para mas. Viéndome burlado, comencé á echar espumajos por la boca, diciéndole, que si como era muger fuera hombre, la sacaria el alma de cuajo. Un soldadillo de los que allí estaban se llegó á mí y me hizo una mamona, no osando darme un bofeton, que si me lo hubiera dado, allí podian abrir la sepultura: como ví aquel negocio mal encaminado, sin decir chus ni mus, me fui mas que de paso, por ver si me seguiria algun soldado de talle para matarme con él: porque si me pusiera con aquel soldadejo, y le matara (como sin duda hiciera), ¿qué honra ó qué fama ganaria? mas si hubiera salido el capitan ó algun valenton, les hubiera dado mas cuchilladas que arenas hay en el mar. Como ví que ninguno osaba seguirme, fuime muy contento.

Busqué una comodidad y por no haberla hallado tal cual merecia, estoy como ves: verdad es que he podido ser repostero, ó escudero de cinco ó seis remendonas, oficios que aunque muriese de hambre no los tomaria. Concluyó el bueno de mi amo con decir que por no haber hallado unos mercaderes de su tierra, que le prestasen dineros, estaba sin ellos y no sabia adonde ir aquella noche. Yo que le entendí la leva, le convidé con la mitad de mi cama y cena; admitió el convite: cuando nos quisimos acostar le dije, quitase los vestidos de encima del lecho que era pequeño para tanta gente. Á la mañana quise levantarme sin hacer ruido, eché mano á mis vestidos, y fué en vago, porque el traidor me los habia hurtado é ídose con ellos: pensé quedarme muerto en la cama de pura pena, y me hubiera sido mejor por evitar tantas muertes como despues recibí: dí voces apellidando, al ladron; al ladron; subieron los de casa y halláronme como el nadador, buscando con que cubrirme por los rincones del aposento: se reian todos como locos, y yo renegaba como carretero: daba al diablo al ladron fanfarron que me habia tenido la mitad de la noche contando grandezas de la persona y linage. El remedo que por entonces tomé (porque ninguno me lo daba) fué ver si los vestidos de aquel mata siete me podian servir, hasta que Dios me deparase otros; pero era un laberinto, ni tenian principio, ni fin: entre las calzas y sayo no habia diferencia: puse las piernas en las mangas, y las calzas por ropilla, sin olvidar las medias que parecian mangas de escribano: las sandalias me podian servir de cormas, porque no tenian suelas: encasquetéme el sombrero poniendo lo de arriba abajo, por estar menos mugriento: de la gente de á pié y de á caballo que iban sobre mí, no hablo. Con esta figurilla

fui á ver á mi amo que me habia enviado á llamar, el cual espantado de ver aquella madagaña, le dió tal risa, que las cinchas traseras se aflojaron, é hizo flux: por su honra es muy justo se pase en silencio. Despues de haber hecho mil paradillas, me preguntó la causa de mi disfraz; contéselo, y lo que de ello resultó fué, que en lugar de tener lástima de mí, me reprendió y echó de su casa, diciendo: que como aquella vez habia acogido aquel hombre en mi cama, otro dia haria lo mismo con alguno que le robase.

CAPÍTULO II.

Como Lázaro se embarcó en Cartagena.

De cosecha tenia el no durar mucho con mis amos: asi lo hice con este, aunque sin culpa mia; víme desesperado, solo y afligido, en traje que todos me daban de codo y se burlaban; unos me decian: no está malo el sombrerillo con puerta falsa, parece tocado de flamenca: otros, la ropilla es al uso, parece pocilga de puercos, pues demas que vuestra merced está dentro: le corren tan gordos, que los podria matar y enviar salados á la señora su mujer. Díjome un mochiller, seor Lázaro, por Dios que las medias le hacen buena pantorrilla: las sandalias son á lo apostólico, replicó un barrachel; es que el señor va á predicar á los moros. Tanto me decian y corrian, que estuve determinado á tornarme á mi casa; no lo hice por pensar que la guerra seria muy pobre si en ella no se ganaba mas de lo perdido: lo que mas sentia era, que huian de mí como de un apestado. Embarcámonos en Cartagena: la nave era grande y bien abastecida: izaron las velas, y diéronlas al viento, que la llevaba é impelia con grande velocidad. La tierra se nos escondió, y el mar se embraveció con un viento contrario, que levantaba las velas hasta las nubes: la borrasca crecia y la resperanza faltaba: los marineros y pilotos nos desauciaron: los gemidos y llantos eran tan grandes, que me pareció estábamos en sermon de pasion: con la grande bataola no se entendia nada de lo que se mandaba: unos corrian á una parte: otros á otra: pareciamos caldereros: todos se confesaban con quien podian, y tal hubo que se confesó con una *piltrafa*, y ella le dió la absolucion tambien como si hubiera cien

años que ejercitara el oficio. Á rio revuelto ganancia de pescadores; como ví qne todos estaban ocupados, dije entre mí: muera Marta y muera harta. Bajé á lo hondo də la nave, donde hallé abundancia de pan, vino, empanadas, conservas que nadie les decia, ¿qne haceis hay? comencé á comer de todo y á henchir mi estómago por hacer provision hasta el dia del juicio. Llegóse á mí un soldado pidiéndome le confesase, y espantado de verme con tan buen aliento y apetito, preguntóme como pedia comer viendo la muerte al ojo: díjele lo hacia por miedo de qne el agua de la mar que habia de beber cuando me ahogase, no me hiciese mal: mi simplicidad le hizo sacar la risa de los carcañales. Á muchos confesé que no decian palabra con la agonía, ni yo la escuchaba con la prisa de tragar. Los capitanes y gente de consideracion, con dos clérigos que habia, se salvaron en el esquife: yo estaba mal vestido, y asi no cupe dentro. Cuando estuve harto de comer, fuíme á una pipa de buen vino, y trasmudé en mi estómago todo lo que cupo: olvidéme de la tormenta y aun de mí mismo. La nave dió al través, y el agua entraba por ella como por su casa: un cabo de escuadra me asió de las manos, y con la agonia de la muerte me dijo le escuchase un pecado que me queria confesar, y era que no habia cumplido una penitencia que le habian dado de ir en romería á nuestra Señora de Loreto, habiendo tenido mucha comodidad para ello, y que entonces que queria no podia: y yo le dije, que con la autoridad que tenia se la conmutaba, y que en lugar de ir á nuestra Señora de Loreto, fuese á Santiago: ¡ay señor! dijo él, cuánto quisiera yo cumplir esa penitencia, mas el agua empieza á entrarme por la boca, y no puedo: si asi es, le repetí, os doy por penitencia, que bebais toda la de la mar: mas no la cumplió, que muchos hubo alli que bebieron tanto como él. Llegando á mi boca le dije, á otra puerta, que esta no se abre, y aunque la abriera, no pudiera entrar, porque mi cuerpo estaba tan lleno de vino, que parecia cuero atisbado. Al estallido de la nave acudió gran cantidad de pescados: parecia les habian dado socorro con los del navio: comian de las carnes de los miserables ahogados (y no en poca agua), como si pacieran en prado concejil. Quisieron hacer ejecucion en mi persona: puse mano á mi tizona, y sin detenerme en pláticas con tan ruin gente, daba en ellos como asno en centeno verde. Silvando me decian, no queremos hacerte mal, salvo saber si tienes buen gusto. Tanto hice, que en menos de medio cuarto de hora, maté mas de quinientos atunes, que eran los que querian hacer gaudeamos con estas carnes pecadoras. Los pescados vivos

se cebaron en los muertos, y dejaron la compañía de Lázaro que no les era provechosa. Víme señor en la mar sin contradicion ninguna. Discurrí de unas á otras partes, donde ví cosas increibles: infinidad de osamenta y cuerpos de hombres: hallé cantidad de cofres llenos de joyas y dineros: muchedumbre de armas, sedas, lienzos y especería. Todo me daba envidia, y todo lástima por no tenerlo en mi casa: con que, como decia el vizcaino, comiera el pan empringado con sardinas. Hice todo lo que pude, y no hice nada. Abrí una gran arca, é henchíla de doblones y joyas preciosísimas: tomé algunas sogas de muchas que allí habia, con que la até, y añudando unas á otras, hice una tan larga, que me pareció bastante para llegar á la superficie del agua. Si puedo sacar estas riquezas de aquí (decia entre mí), no habrá bodegonero en el mundo mas regalado que yo: haré casas: fundaré rentas, y compraré un jardin en los cigarrales: mi muger se pondrá don, y yo señoría: casaré á mi hija con el mas rico pastelero de mi tierra: todos vendrán á darme el parabien, y yo les diré que lo he bien trabajado, sacándolo, no de las entrañas de la tierra, pero del corazon de la mar: no mojado de sudor, mas remojado como curadillo seco. En mi vida he estado tan contento como entonces, sin considerar, que si abria la boca, quedaria allí con mi tesoro sepultado hasta ciento y un año.

CAPÍTULO III.

Como Lázaro salió de la mar.

Viéndome tan cerca de morir, temia: y tan cercano de ser rico, me alegraba: la muerte me espantaba, y el tesoro me deleitaba, para huir de aquella y gozar de este. Desnudéme los andrajos que mi amo primero me habia dejado por el servicio que le habia hecho: atéme la soga al pié, y comenzé á nadar (que aunque sabia poco, la necesidad me ponia alas en los piés y remos en las manos). Los pescados que al rededor estaban acudieron á picarme, haciéndome caminar con sus rempujones, que me servian como de estribo: ellos picando y yo coceando, llegamos hasta la superficie del agua, donde me sucedió una cosa, que fué causa de toda mi desdicha. Los pescados y yo encontra-

mos con unas redes que unos pescadores habian tendido, los que sintiendo la pesca enredada tiraron con tanta furia, y el agua me comenzó á entrar, no con menor, que sin poder resistir me comencé á ahogar, y lo hubiera hecho si los marineros con su prisa acostumbrada, no sacaran la presa á los barcos. Doy al diablo el mal sabor: en todos los dias de mi vida he bebido cosa peor: súpome á los meados del señor Arcipreste, que un dia mi muger me hizo beber diciendo ser vino de Ocaña. Puesto en el barco los peces y yo á revuelta de ellos, comenzaron á tirar de la cnerda, por la cual (como dicen) sacaron el ovillo. Halláronme atado á ella, y admirados decian: ¿qué pescado es este que tiene las facciones de hombre? ¿si es diablo ó fantasma? tiremos de esta soga, veremos que trae asido al pié: tiraron con tanta fuerza que el barco se iba á lo hondo: conociendo el peligro la cortaron, y con ella las esperanzas á Lázaro de hacerse de los Godos. Pusiéronme boca á bajo para que echara el agua que habia bebido: vieron que no estaba muerto (que no hubiera sido para mí lo peor): diéronme un poco de vino, con que como lámpara con aceite torné en mí. Hiciéronme mil preguntas, á ninguna respondí, hasta que me dieron de comer, y cobrando aliento, lo primero que les pregunté fué por la corma que traia atada al pié: dijéronme como la habian cortado por librarse del peligro en que se habian visto. Allí se perdió Troya, y Lázaro sus bien colocados deseos: allí comenzaron sus dolores, angustias y tormentos. No hay mayor dolor en el mundo que haberse visto rico, y en los cuernos de la luna, y verse pobre y sujeto á necios. Todas mis quimeras se fundaban en el agua, y ella me las anegó todas. Conté á los pescadores lo que ellos y yo habiamos perdido en haberme cortado las pihuelas. Fué tan grande el enojo que recibieron, que uno de ellos se quiso desesperar. El mas cuerdo de todos dijo: seria bueno me tornasen á la mar, y que me aguardasen allí hasta que saliese: siguieron todos el voto de este, y no obstante los inconvenientes que yo les representé, estaban en sus trece: diciendo, que pues sabia el camino, me era fácil (como si fuera ir á la pastelería ó al bodegon): cególes tanto la codicia, que me querian ya echar, si mi dicha ó desdicha no ordenase llegase donde estábamos un barco que venia á ayudarles á llevar la pesca: callaron porque los otros no supiesen el tesoro que habian descubierto: fuéles forzoso por entonces dejar su mala intencion; llegaron los barcos á la lengua del agua, echáronme entre los pescados para disimular, con intencion de tornarme á buscar cuando pudiesen. Tomáronme entre dos y llevaron á una cabañuela que cerca tenian.

Uno que no sabia el misterio, les preguntó qué era aquello: respondiéronle ser un mónstruo que habian cogido con los atunes. Puesto en aquella pobre zahurda, les rogué me diesen algunos andrajos con que cubrir mi desnudez y con que poder salir delante de los hombres: eso será, dijeron ellos, despues de haber hecho cuenta con la huéspeda: no entendí entonces esta gerigonza. Estendióse la fama del mónstruo por la comarca: venia mucha gente á la choza para verme: los pescadores no me querian mostrar diciendo aguardaban licencia del señor Obispo é Inquisidores para mostrarme, y que hasta entonces era escusado. Yo estaba atónito, sin saber qué decir ni hacer, no adivinando su intencion: sucedióme lo que al cornudo, que es el postrero que lo sabe. Inventaron, pues, estos diablos una invencion, que el mismo Satanás no hubiera urdido otra semejante, que pide un nuevo capítulo y una nueva atencion.

CAPÍTULO IV.

Como llevaron á Lázaro por España.

La ocasion hace al ladron: los pescadores echando de ver se les ofrecia tan buena, asiéronla de la melena, y aun de todo el cuerpo. Viendo que acudia tanta gente al nuevo pescado, determinaron desquitarse de la pérdida que habian hecho cortándome la soga del pié, y así enviaron á pedir licencia á los señores Inquisidores para mostrar por toda España un pez, que tenia cara de hombre: alcanzáronla con facilidad, por medio de un presente que del mejor pescado que habian cogido hicieron á sus señorías. Cuando el buen Lázaro estaba dando gracias á Dios por haberle sacado del vientre de la ballena (que fué un milagro tanto mayor, cuanto mi industria y saber era menor, nadando como una barra de plomo), tomáronme entre cuatro de aquellos, que parecian mas verdugos de los que crucificaron á Jesucristo, que hombres: atáronme las manos y pusiéronme una barba y casquete de musgo, sin olvidar los mostachos, que parecia salvage de jardin. Envolviéronme los piés en espadañas: víme como trucha montañesa. Lloraba mi desdicha: gemia quejándome de mi hado ó fortuna: decia, ¿qué es esto que tanto me persigues? en mi vida te ví, ni te conozco;

pero si por los efectos se rastrea la causa, por lo qne de ti he esperimentado creo no hay sirena, basilisco, vívora, ni leona parida mas cruel que tú: subes á los hombres con halagos y caricias á la cumbre de tus deleites y riquezas, dejándolos de allí despeñar en el abismo de todas las miserias y calamidades, tanto mayores cuanto tus favores lo habian sido. Oyó mi soliloquio uno de aquellos borreros, y con voz carretil me dijo: si el señor atun habla mas palabra, le pondrán en sal con sus compañeros, ó lo quemaremos como á mónstruo: los señores Inquisidores han mandado, prosiguió, lo llevemos por las villas y lugares de España, á enseñarlo á todos como portento y mónstruo de natura. Yo les juraba que no era atun, mónstruo ni otra cosicosa, mas que hombre, tanto como cualquiera hijo de vecino, y si habia salido de la mar, era por haber caido en ella con los que se ahogaron en la armada de Argel. Eran sordos, y tanto peores, cuanto menos querian entender. Viendo que mis ruegos eran tan perdidos como la legía con que laban la cabeza al asno, tuve paciencia aguardando á que el tiempo que todo lo cura, curase mi mal, que procedia de aquellos malditos metamorfosios. Pusiéronme en una media cuba, hecha al modo de un vergantin, que llena de agua, y yo sentado en ella, me llegaba hasta los lábios: no me podia levantar en pié por tenerlos atados con una soga, de la cual salia un cabo por entre los cellos de aquel pelambre, de suerte que si por malos de mis pecados pipeaba, me hacian dar un camarujo, cemo rana, y beber mas agua que hidrópico: cerraba la boca hasta que sentia que el que tiraba aflojaba; entonces sacaba la cabeza fuera como tortuga y escarmentába en la mia propia. Puesto de esta suerte me mostraban á todos, y eran tantos los que acudian á verme (pagando cada uno un cuartillo) que en un dia ganaban doscientos reales. Crecia la codicía á medida de la ganancia, la cual les hizo dudar de mi salud; para conservarla entraron en bureo, si seria bueno sacarme las noches del agua, por temer que la mucha humedad y frialdad no me acortase la vida, que ellos querian mas que á la propia (por el provecho que de ella se les seguia). Determinaron estuviese siempre en ella, creyendo que la costumbre se tornaria en naturaleza; de manera que el pobre Lázaro estaba como arroz ó como cáñamo en balsa. Á la piadosa consideracion del benigno lector dejo lo que en tal caso podia sentir, viéndome preso con tan estraño género de prision. Cautivo en tierra de libertad y aherrojado por la malicia de aquellos codiciosos titiriteros, y lo peor y que mas sentia era, serme necesario contra hacer

el mudo sin serlo, ni aun podia abrir la boca, porque al punto que la abria, estaba tan alerta mi centinela, que sin que nadie lo pudiera ver, me la henchia de agua temiendo no hablase. Mi comida era pan remojado, que los que venian allí echaban para verme comer: de manera que en seis meses que en aquel baño estuve, maldita otra cosa que comí: perecia de hambre, mi bebida era agua de la cuba, que por no ser muy limpia, era mas sustanciosa, particularmente que con la frialdad me dieron unas camarillas, que me duraron lo que me duró aquel purgatorio aguado.

CAPÍTULO V.

Como llevaron á Lázaro á la Corte.

Lleváronme aquellos sayones de ciudad en villa, y de villa en aldea, y de aldea en cortijo, mas alegres con la ganancia que pascua de flores. Burlábanse del pobre Lázaro y cantaban diciendo: viva, viva el pescado que nos dá de comer sin trabajo.

El atahud iba encima de un carro; acompañábanme tres: el carretero, el que tiraba de la cuerda cuando yo queria hablar, y el relator de mi vida: este hacia las arengas contando el estraño modo que habian tenido en pescarme, y mintiendo mas que sastre en víspera de pascua. Cuando caminábamos por despoblados, me permitian hablar, que fué la mayor cortesía que dellos recibí: preguntábales quién diablos les habia puesto en la cabeza me llevasen de aquella manera puesto en piscina. Respondíanme que sino lo hacia asi moriria al punto, pues siendo como era pescado, no podia vivir fuera del agua. Viéndolos tan porfiados determiné de serlo, y asi me lo persuadia, pues que todos me tenian por tal, creyendo que el agua de la mar me habria mudado, siendo la voz del pueblo, como dicen, la de Dios: y asi de allí adelante no hablaba mas que en misa. Entráronme en la Corte, donde la ganancia era grande por ser la gente de ella amiga de novedades, á quien siempre acompaña la ociosidad. Entre muchos que vinieron á verme fueron dos estudiantes que considerando por menudo la fisonomía de mi rostro, dijeron á medio tono jurarián en una ara consagrada, que yo no era pescado sino hombre, y que si ellos fueran ministros de justicia sacaran la verdad en limpio, limpiándonos á todos

las espaldas con una penca. Rogaba á Dios en mi alma que lo hiciesen, con tal que me sacasen de allí; quise ayudarles, diciendo, los señores bachilleres tienen razon; mas apenas habia abierto la boca, cuando mi centinela me la habia metido en el agua: los gritos que dieron todos cuando me zambullí (ó me zambulleron) impidió que los buenos licenciados pasasen adelante en su discurso. Echábanme pan, y yo lo despachaba antes que se remojase mucho: no me daban la mitad de lo que comiera. Acordábame de la abundancia de Toledo y de mis amigos los Alemanes, y de aquel buen vino que solia pregonar. Rogaba á Dios repitiese el milagro de la cena de Galilea, y que no permitiese que muriese á manos del agua mi mayor enemigo. Consideraba lo que aquelos estudiantes habian dicho, que por el ruido nadie lo entendió: confirméme en que era hombre, y por tal me tuve de allí adelante, aunque mi muger me hahia dicho muchas veces era una bestia, y los muchachos de Toledo me solian decir, señor Lázaro encasquétese un poco el sombrero que se le ven los cuernos: todo esto y el llevarme en remojo me habia hecho dudar si era hombre perfecto ó no: mas desde que oí hablar á aquellos benditos zahorís del mundo, no dudé mas en ello, y asi procuraba librarme de las manos de aquellos caldeos. Una noche en el mayor silencio de ella, viendo que mis guardas dormian á pierna suelta, procuré soltarme, mas por estar las cuerdas mojadas me fué imposible: quise dar voces: pero consideré que no me serviria de nada, pues el primero que las oyese me taparia la boca con un azumbre de agua. Viendo cerrada la puerta á mi remedio, con gran impaciencia empecé á revolcarme en aquel cenagal, y tanto hice y forcejeé que la cuba se trastornó y yo con ella: derramóse toda el agua: viéndome libre grité pidiendo favor: lor pescadores despavoridos conociendo lo que yo habia hecho acudieron al remedio que fué taparme la boca, hinchéndomela de yerba, y para confundir mis voces las daban ellos mayores apellidando justicia, justicia; y diciendo y haciendo tornaron á henchir la cuba de un pozo que allí estaba, con una presteza increible: el huésped salió con una alabarda, y todos los de la posada, cuales con asadores y cuales con palos: acudieron los vecinos y un alguacil con seis corchetes, que por allí acertó á pasar; el mesonero preguntó á los marineros qué era aquello: respondieron ser ladrones que les querian hurtar su pez: él como un perdido gritaba: á los ladrones, á los ladrones: unos miraban si saldrian por la puerta ó si saltarian de un tejado á otro: ya mis custodios me habian tornado á la tina. Sucedió que el agua que de ella se habia derramado cayó toda

por un abugero á un aposento mas bajo, sobre una cama donde dormia la hija de casa; la cual movida de caridad habia acogido en ella á un clérigo que para su contemplacion habia venido á aposentarse allí aquella noche. Espantáronse tanto del diluvio del agua que sobre su cama caia, y de las voces que todos daban, que sin saber qué hacer, se echaron por una ventana desnudos como Adan y Eva, pero sin hojas de higuera en sus vergüenzas. Hacia una luna muy clara, que su claridad podia competir con la del que se la daba; al punto que los vieron, apellidaron: ladrones, tengan los ladrones: los corchetes y alguacil corrieron trás ellos, y á pocos pasos los alcanzaron, porque como iban descalzos, las piedras no les dejaban huir; y sin ser oidos ni vistos los llevaron á la cárcel. Los pescadores salieron muy de mañana de Madrid á Toledo sin saber lo que Dios habia hecho de la simple doncellita y del devoto clérigo.

CAPÍTULO VI.

Como llevaron á Lázaro á Toledo.

La industria de los hombres es vana: su saber, ignorancia, y su poder flaqueza, cuando Dios no le fortalece, enseña y guia. Mi trabajo sirvió solo de acrecentar el cuidado y solicitud de mis guardas, los cuales enojados del asalto de la noche pasada, me dieron tantos palos por el camino, que me dejaron casi muerto, diciendo: maldito pescado, ¿queriais iros? ¿no conoceis el bien que os hacen no mataros? sois como la encina, que no dais el fruto sino á palos. Molido, reprendido y muerto de hambre, me entraron en Toledo: aposentáronse junto á Zocodover en casa de una viuda, cuyos vinos solia yo pregonar. Pusiéronme en una sala baja, adonde acudia mucha gente. Entre otros vino mi Elvira con mi hija de la mano: cuando la ví no pude detener dos hilos de lágrimas que rebentaron de mis ojos. Lloraba y suspiraba, pero antre cuero y carne, porque no me privasen de lo que tanto amaba, y de la vista de lo que qnisiera tener mil ojos para ver; aunque fuera mejor que los que me privaban de la palabra lo hicieran de la potencia visiva, porque mirando atentamente á mi muger, la ví, ¡no sé si lo diga!... víla la tripa á la boca: quedé espantado y atónito;

aunque si tuviera juicio no tenia de qué, pues el Arcipreste mi señor me habia dicho cuando salí de aquella ciudad para la guerra, haria con ella como si fuera suya propia. De lo que mas me pesaba era de no poder persuadirme estaba preñada de mí, pues habia mas de un año que estaba ausente. Cuando moraba con ella y viviamos en uno, y me decia: Lázaro, no creas te haga traicion, porque si lo crees, haces muy mal; quedaba tan satisfecho, que huia de pensar mal de ella, como el diablo del agua bendita: pasaba la vida alegre, contento y sin celos, que es enfermedad de locos. Muchas veces he considerado entre mí, que esto de hijos consiste en la aprension; porque ¡cuántos hay que aman á los que piensan serlo suyos sin tener mas de ellos que el nombre! ¡y otros que por alguna quimera que se les pone en el capricho, los aborrecen por imaginar que sus mugeres les han puesto la madera tinteril en la cabeza! Comencé á contar los meses y dias; hallé cerrado el camino de mi consolacion: imaginé si mi buena consorte estaba hidrópica: duróme poco esta pia meditacion, porque al punto que de allí salió, comenzaron dos viejas á decirse una á otra: ¿qué os parece de la Arcipresta? no le hace falta su marido. ¿De quien está preñada? preguntó la otra. ¿De quien? prosiguió la primera: del señor Arcipreste, y es tan bueno que por no dar escándalo si pare en su casa sin tener marido, la casa el domingo con Pierres el gabacho, que será tan paciente como mi compadre Lázaro. Este fué el toque y el *non plus ultra* de mi paciencia: comenzóseme á abrir el corazon sudando dentro del agua, y sin poder irme á la mano me caí desmayado en la pocilga: el agua se entraba á mas andar por todas las puertas sin resistencia alguna, dando muestras de estar muerto, harto contra mi voluntad, la cual fué de vivir todo lo que Dios quisiera y yo pudiese, á pesar de gallegos y de la adversa fortuna. Los pescadores afligidos hicieron salir fuera á todos, y con grande diligencia me sacaron la cabeza fuera del agua: halláronme sin pulso, y sin aliento, y sin él se lamentaban, llorando la pérdida que para ellos no era pequeña. Sacáronme fuera de la tina: procuraron hacerme vomitar lo que habia bebido; mas fué en vano, porque la muerte habia cerrado la puerta trás si. Viéndose en blanco, y aun en alvis, como domingo de Cuasimodo, no sabian imaginar el remedio, ni aun dar un medio á su pena y fatiga: salió decretado por el concilio de tres, que la noche venida me llevasen al rio y me echasen dentro con una piedra al cuello para que me sirviese de sepulcro la que lo habia hecho de verdugo.

CAPÍTULO VII.

De lo que sucedió á Lázaro en el camino del rio Tajo.

Ninguno desespere por mas afligido que se vea, pues cuando menos se catará abrirá Dios las puertas y ventanas de su misericordia, y mostrará no serle nada imposible, y que sabe, puede y quiere mudar los designios de los malos en saludables y medicinales remedios para los que en él confian. Pareciéndoles á aquellos sayones de ramplon, que la muerte no se burlaba, siendo costumbre suya no hacerlo, me metieron en un costal, y atravesándome en un macho, como zaque de vino, ó por mejor decir de agua, estando lleno de ella hasta la boca, se encaminaron por la cuesta del Cármen con mas tristeza, que si llevaran á enterrar al padre que los habia engendrado y á la madre que los parió. Quiso mi buena suerte que cuando me pusieron sobre el mulo, fué de pechos y tripas: como iba boca abajo, comencé á echar agua por ella, como si hubieran levantado las compuertas de una represa, ó esclusa. Torné en mi acuerdo y cobrando aliento conocí estar fuera del agua y de aquel desdichado pelambre. No sabia donde estaba, ni adonde me llevaban: solo oí decir: importa para nuestra seguridad buscar un pozo muy hondo para que no lo encuentren tan presto. Por el hilo saqué el ovillo: imaginándome lo que era, y viendo que no podia ser mas negro el cuervo que las álas, oyendo ruido de gente cerca, dí voces diciendo: aquí de Dios, justicia, justicia. Los del ruido eran la ronda, que acudieron á mis gritos con las espadas desnudas: reconocieron el costal y hallaron al pobre Lázaro hecho un abadejo remojado. En cuerpo y alma sin ser oidos ni vistos, nos llevaron á todos á la cárcel: los pescadores lloraban por verse presos, y yo reia por estar libre. Pusiéronlos á ellos en un calabozo y á mi en una cama. Á la mañana siguiente nos tomaron nuestros dichos; ellos confesaron la traida y llevada por España, mas que lo habian hecho creyendo era pescado, habiendo para ello pedido licencia á los señores Inquisidores. Yo dije la verdad de todo, y como aquellos vellacos me tenian atraillado y puesto de manera que no podia pipear. Hicieron venir al Arcipreste y á mi buena Elvira para probar si era verdad que yo fuese el Lázaro de Tormes que decia: dijo ser verdad que parecia en algo á su

buen marido; mas que creia no era él, porque aunque habia sido una gran bestia, antes seria mosquito que pez, y buey que pescado: diciendo esto y haciendo una grande reverencia se salió. El procurador de mis verdugos requirió que me quemasen, porque sin duda era mónstruo, y que él se obligaba á probarlo. ¡Eso seria el diablo, decia yo entre mí, si hay algun encantador que me persigue, transformándome en lo que le dá gusto! Los jueces le mandaron callar. Entró el señor Arcipreste, que viéndome tan descolorido y arrugado, como tripa de vieja, dijo no me conocia en la cara, ni talle. Trújele á la memoria algunas cosas pasadas y muchas secretas, que entre nosotros habian pasado; particularmente le dije se acordase de la noche que vino desnudo á mi cama, diciendo tenia miedo de un duende que habia en su aposento, y se habia acostado entre mi muger y mí. Él, porque no pasase adelante con las señas, confesó ser verdad que yo era Lázaro su buen amigo y criado. Concluyóse el proceso con el testimonio del señor capitan que me sacó de Toledo y fué de los que se escaparon de la tormenta en el esquife, confesando ser yo en persona Lázaro su criado. Conformóse con esto la relacion del tiempo y lugar en que los pescadores dijeron haberme pescado. Sentenciáronlos á cada uno á doscientos azotes, y su hacienda confiscada, una parte para el Rey, otra para los presos, y la tercera para Lázaro. Halláronles dos mil reales, dos mulas y un carro: de que pagadas las costas y gastos, me cupieron veinte ducados. Quedaron los marineros pelados y aun desollados, y yo rico y contento, porque en mi vida me habia visto señor de tanto dinero junto. Fuíme á casa de un amigo, donde despues de haber envasado algunas cántaras de vino para quitar el mal gusto del agua, y puesto á lo de Dios es Cristo, comencé á pasearme como un conde, comiendo como cuerpo de rey, honrado de mis amigos, temido de mis enemigos, y acariciado de todos. Los males pasados me parecian sueño; el bien presente, puerto de descanso, y las esperanzas futuras, paraiso de deleites. Los trabajos humillan, y la prosperidad ensoberbece. El tiempo que los veinte escudos duraron, si el Rey me hubiera llamado primo, lo tuviera por afrenta. Cuando los españoles alcanzamos un real, somos príncipes, y aunque nos falte, nos lo hace creer la presuncion. Si preguntais á un mal trapillo quién es: responderos há por lo menos, que desciende de los Godos, y que su corta suerte lo tiene arrinconado, siendo propio del mundo loco levantar á los bajos y bajar á los altos; pero que aunque asi sea, no dará á torcer su brazo, ni se estimará en menos que el mas preciado, y morirá antes de ham-

bre, que ponerse á un oficio; y si se ponen á aprender alguno, es con tal desaire que, ó no trabajan, ó si lo hacen es tan mal, que apenas se hallará un buen oficial en toda España. Acuérdome que en Salamanca habia un remendon que cuando le llevaban algo que remendar, hacia un soliloquio quejándose de su fortuna que le ponia en términos de trabajar en un tan bajo oficio, siendo descendiente de tal casa y de tales padres, que por su valor eran conocidos en España. Pregunté un dia á un vecino suyo, quiénes habian sido los padres de aquel fanfarron: dijéronme que su padre habia sido pisador de uvas, y en invierno matapuercos, y su madre lava vientres: quiero decir, criada de mondonguera. Habia yo comprado un vestido de terciopelo raido, y una capa traida de raja de Segovia: llevaba una espada con cuya contera desempedraba las calles. No quise ir á ver á mi muger cuando salí de la cárcel, por hacerle desear mi visita, y para vengarme del desprecio que habia hecho de mí, en ella: creí sin duda que viéndome tan bien vestido se arrepentiria y recibiria con los brazos abiertos: mas tijeretas eran y tijeretas fueron. Halléla parida y recien casada: cuando me vió dijo gritando, quítenme de delante á ese pescado mal remojado, cara de ansaron pelado, que si no, por el siglo de mi padre, me levante y le saque los ojos. Yo con mucha flema la respondí: poco á poco señora atiza-candiles, que sino me conoce por marido, ni yo por muger: dénme á mi hija, y tan amigos como antes: hacienda he ganado. proseguí, para casarla muy honradamente. Parecíame que aquellos veinte ducados habian de ser como las cinco blancas de Juan espera en Dios, que en gastándolas hallaba otras cinco en su bolsa; mas á mí, como era Lazarillo del diablo, no me sucedió asi, como se verá en el siguiente capítulo. El señor Arcipreste se opuso á mi demanda, diciendo, que no era mia, y para prueba de ello me mostró el libro del bautismo, que confrontado con los capítulos matrimoniales, se veia que la niña habia nacido cuatro meses despues que yo habia conocido á mi muger. Caí de mi asno, en que hasta entonces habia estado á caballo, creyendo ser mi hija la que no lo era. Volví las espaldas tan consolado como si jamás las hubiera conocido. Fui á buscar á mis amigos, contéles el caso, consoláronme, que fué menester poco para ello. No quise tornar al oficio de pregonero, porque aquel terciopelo me habia sacado de mis casillas. Yéndome á pasear hácia la puerta de Visagra, en la de San Juan de los Reyes, encontré á una antigua conocida, que despues de haberme saludado me dijo, como mi muger estaba mas blanda despues que habia sabido tenia dineros, particularmente porque

el gabacho la habia parado como nueva. Roguéla me contase el caso; ella lo hizo diciendo, que el señor Arcipreste y mi muger se habian puesto un dia á consultar si seria bueno tornarme á recibir á mí y echar al gabacho, poniendo razones en pró y en contra: la consulta no fué tan secreta, que el nuevo velado no la entendiese, el cual disimulando, á la mañana se fué á trabajar al olivar, adonde su muger y la mia fué á medio dia á llevarle la comida. El la ató al pié de un árbol, habiéndola primero desnudado, donde le dió mas de cien azotes., y no contento con esto, hizo un lio de todos sus vestidos, y quitándole las sortijas se fué con todo, dejándola atada, desnuda y lastimada, donde sin duda muriera si el Arciprestre no hubiera enviado á buscarla. Prosiguió diciendo, creia sin falta, que si yo echaba rogadores me recibirian como antes, porque ella la habia oido decir: desdichada de mí, ¿por qué no admití á mi buen Lázaro, que era bueno como el buen pan, nada melindroso, ni escrupuloso, el cual me dejaba hacer lo que queria? Este fué un toque que me trastornó de arriba abajo, y estuve por tomar el consejo de la buena vieja, pero quise comunicarlo primero con mis amigos.

CAPÍTULO VIII.

Como Lázaro pleiteó contra su mujer.

Somos los hombres de casta de gallinas ponederas, que si queremos hacer algun bien, lo gritamos y cacareamos; pero si mal, no queremos que nadie lo sepa, para que no nos disuadan lo que seria bueno estorbasen. Fuí á ver á uno de mis amigos, y hallé tres juntos, porque despues que tenia dineros, se habian multiplicado como moscas con la fruta: díjele mi deseo, que era tornarme con mi muger, y quitarme de malas lenguas, siendo mejor el mal conocido, que el bien por conocer: afeáronme el caso, diciendo era un hombre que no tenia sangre en el ojo, ni sesos en la cabeza, pues queria juntarme con una ramera, piltrafa escalentada, mata-candiles, y finalmente, mula del diablo, que así llaman en Toledo á las mancebas de los clérigos. Tales cosas me dijeron y tanto me persuadieron, que determiné de no rogar ni convidar. Echando de ver mis buenos amigos ¡del diablo lo fueran

ellos! que su consejo y persuasiones eran eficaces, pasaron adelante diciendo, me aconsejaban como quien tan íntimo lo era suyo, sacase las manchas y quitase el borron de mi honra tornando por ella, pues iba tan de capa caida, dando una querella contra el Arcipreste y contra mi muger, pues todo no me costaria blanca, ni cornado, siendo ellos como eran ministros de justicia. El uno que era un procurador de causas perdidas, me ofrecia cien ducados por mi provecho: el otro como mas entendido por ser un letrado de cantoneras, me decia que si él estuviera en mi pellejo, no daria mi ganancia por doscientos: el tercero me aseguraba (que como corchete que era lo sabia muy bien) haber visto otros pleitos menos claros, mas dudosos que habian valido á los que los habian emprendido, una ganancia sin cuento; cuanto mas que creia que á los primeros encuentros del dómine Bacalarius, me hinchiria á mi las manos, y se las untaria á ellos, porque desistiésemos de la querella, rogándome que tornase con mi muger resultándome de ello mas honra y provecho, que no si yo lo hacia. Encarecieron la cura arregostándome con buenas esperanzas. Cogiéronme del pié á la mano, sin saber qué responder á sus argumentos sofisticos, aunque bien se me alcanzaba ser mejor perdonar y humillarse, que no llevar las cosas á punta de lanza, cumpliendo el mandamiento de Dios mas dificultoso, que es el amor á los enemigos, y mas que mi muger no me habia hecho obras de ello; al contrario, por ella habia comenzado á alzar cabeza y á ser conocido de muchos, que con el dedo me señalaban diciendo: veis aquí al pacífico Lázaro: por ella comencé á tener oficio y beneficio. Si la hija que el Arcipreste decia no ser mia, era ó no, Dios escrudiñador de los corazones lo sabe, y podria ser que así como yo me engañé, él pudiera engañarse tambien, como puede suceder que alguno de los que leyendo mis simplicidades, riendo se hinche la boca de água, y las barbas de babas, sustente á los hijos de algun reverendo; trabaje, sude y afane por dejar ricos á los que empobrecen su honra, creyendo por cierto, que si hay muger honrada en el mundo es la suya; y aun podria ser que el apellido que tienes, amigo lector, de cabeza de Vaca, lo hubieses tomado de la de un toro. Mas dejando á cada uno con su buena opinion, todas estas buenas consideraciones no bastaron, y asi dí una querella contra el Arcipreste y contra mi muger. Como habia dineros frescos, en veinte y cuatro horas los pusieron en la cárcel, á él en la del arzobispo, y á ella en la pública. Los letrados me decian no reparase en los dineros que me podia costar aquel negocio, pues todo habia de salir de las

costillas del dómine; y asi por hacerle mas mal, y que fuesen mayores las costas, daba cuanto me pedian. Andaban listos, solícitos y bulliciosos; sentian el dinero como las moscas la miel; no daban paso en vano. En menos de ocho dias el pleito estuvo muy adelante y mi bolsa muy atrás Las probanzas se hicieron con facilidad, porque los alguaciles que los habían preso, los hallaron en fragante delito y los llevaron á la cárcel en camisa como estaban: los testigos eran muchos, y sus dichos verdaderos. Los buenos del procurador, letrados y escribanos, que conocieron la flaqueza de mi bolsa, comenzaron á desmayar; de suerte, que para hacerles dar un paso, era menester meterles mas espuela que á mula de alquiler. La remision fué tan grande, que conocida por el Arcipreste y los suyos, comenzaron á gallear, untándoles las manos y los piés á los suyos: parecian pesas de reló, que subian á medida que los mios bajaban. Diéronse tal maña, que en quince dias salieron de la cárcel bajo fiado, y en menos de ocho, con testigos falsos condenaron al pobre Lázaro á pedir perdon, en costas y destierro perpétuo de Toledo. Pedí perdon, como era justo lo hiciese, quien con veinte escudos se habia puesto á pleitear con quien los contaba á espuertas. Dí hasta mi camisa para ayuda de pagar las costas, saliendo en porreta á eumplir mi destierro: víme en un instante rico, pleiteando contra una dignidad de la Santa Iglesia de Toledo, empresa solo para un príncipe; respetado de mis amigos, y puesto en predicamento de hombre honrado que no sufria moscas en la matadura, y en el mismo me hallé echado, no del paraiso terrenal, cubiértas mis vergüenzas con hojas de higuera, mas del lugar que mas amaba y de donde tantos regalos y placeres habia recibido. Cubierta mi desudez con andrajos, que en unos muladares habia hallado, acojíme al consuelo comun de todos los aflijidos, creyendo que pues estaba en lo mas bajo de la rueda de la fortuna, necesariamente habia de volver á subir. Acuérdome ahora de lo que oí decir una vez á mi amo el ciego, que cuando se ponia á predicar era un águila; que todos los hombres del mundo subian y bajaban por la rueda de la fortuna, unos siguiendo su movimiento, y otros al contrario, habiendo entre ellos esta diferencia: que los que iban segun el movimiento con la facilidad que subian, con la misma bajaban; y los que al contrario, si una vez subian á la cumbre, aunque con trabajo, se conservaban en ella mas tiempo que los otros. Segun esto yo caminaba á pelo y con tanta velocidad, que apenas estaba en la alto, cuando me hallaba en el abismo de todas las miserias. Víme hecho pícaro de mas de marca, ha-

biendo sido hasta entonces recoleto, pude muy bien decir: desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano. Encaminéme hácia Madrid pidiendo limosna, que lo sabia muy bien hacer: molinero solia ser, volvíme á mi menester. Contaba á todos mis cuitas, unos se dolian y otros se reian de mí, y algunos me daban limosna; con ella como no tenia hijos ni muger que sustentar, me sobraba la comida y aun la bebida. Aquel año habian cojido tanto vino, que á las mas puertas que llegaba me decian si queria beber, porque no tenian pan que darme; jamás lo rehusé, y asi me sucedió algunas veces, en ayunas haber envasado cuatro azumbres de vino, con que estaba mas alegre que moza en vispera de fiesta. Si he de decir lo que siento, la vida picaresca es vida, que las otras no merecen este nombre: si los ricos la gustasen, dejarian por ella sus haciendas, como hacian los antiguos filósofos, que por alcanzarla, dejaban lo que poseian, digo por alcanzarla, porque la vida filósofa y picaral es una misma; solo se diferencian en que los filósofos dejaban lo que poseian por su amor, y los pícaros sin dejar nada la hallan. Aquellos despreciaban sus haciendas, para contemplar con menos impedimento en las cosas naturales, divinas y movimientos celestes: estos para correr á rienda suelta por el campo de sus apetitos: ellos las echaban en la mar, y estos en sus estómagos: los unos las menospreciaban como caducas y perecederas: los otros no las estimaban, por traer consigo cuidado y trabajo, cosa que desdice de su profesion; de manera que la vida picaresca es mas descansada que la de los reyes, emperadores y papas. Por ella quise caminar como por camino mas libre, menos peligroso y nada triste.

CAPÍTULO IX.

Como Lázaro se hizo gana-pan.

No hay oficio, ciencia ni arte, que si se ha de saber con perfeccion, no sea necesario emplear la capacidad del mas agudo entendimiento del mundo: á un zapatero que haya ejercitado treinta años su oficio, decidle que os haga unos zapatos anchos de puntas, altos de empeine y cerrados de lazo: ¿harálos? Primero que os haga un par como le pedís, os perderá los piés. Preguntad á un filósofo, por qué las moscas

cagan en lo blanco, negro, y en lo negro, blanco: pararse há tan colorado, como moza á quien se lo vieron afeitar á la candela, y no sabrá qué responder; y si á esto responde, no lo hará á otras mil niñerías.

Encontré junto á Illescas un archipícaro, conocílo por la punta: me llegué á él como á un oráculo, para preguntarle el cómo me habia de gobernar en la nueva vida sin perjuicio de barras: respondióme, que si queria salir limpio de polvo y paja, juntase á la ociosidad de María, el trabajo de Marta: á saber que con ser pícaro añadiese serlo de cocina, del mandil, del rastro, ó de la soguilla, que era como poner una salvaguardia á la picardía. Díjome mas; que por no haberlo hecho asi al cabo de veinte años que ejercitaba su oficio, el dia anterior le habian dado doscientos por holgazan: agradecíle el aviso y tomé su consejo. Cuando llegué á Madrid compré una soguilla, con que me puse en medio de la plaza, mas contento que gato con tripas. Dios y en hora buena, el primero que me engüeró fué una doncella (él me perdone si miento) de hasta diez y ocho años, mas relamida que monja novicia; díjome la siguiese; llevóme por tantas calles que pensé lo habia tomado á destajo, ó que se burlaba de mí: á cabo de rato llegamos á una casa, que en el postiguillo, patio y mugercillas que allí bailaban, conocí ser del partido: entramos en su celda, donde me dijo si queria me pagase de mi trabajo antes que de allí saliese: respondile, bastaba cuando llegásemos á donde llevaba el lio: cargué con todo, y encaminándose á la puerta de Guadalajara, allí me dijo se habia de poner en un carro para ir á la feria de Nájera. La carga era ligera, por ser lo mas de ella salserillas, redomas de aceites y aguas: en el camino supe usaba de aquel oficio. El primero que me dió canilla, dijo ella, fué el padre Rector de Sevilla, de donde soy natural, el cual lo hizo con tanta gracia, que desde aquel dia le soy muy devota: encomendóme á una beata con quien estuve bien proveida de lo necesario mas de seis meses: de allí me sacó un Capitan llevándome de ceca en meca, y de zoca en colodra hasta donde me veis: ¡y pluguiera á Dios jamás hubiera salido de la proteccion de aquel buen padre que me trataba como á hija y me amaba como si fuera su hermana! al fin me ha sido necesario trabajar para ganar mi vida. En estas llegamos al carro que estaba para partir, puse en él lo que llevaba, pidiéndole me pagase mi trabajo. La descosida dijo, que de muy buena gana, y levantando el brazo me dió tan gran bofetada, que me echó en el suelo, diciendo: ¿es tan bozal que pide dineros á las de mi oficio? ¿no le dije antes que

partiésemos de la casa llana, se pagase en mí si queria? Saltó en el carro como un caballejo; picó dejándome picado: quedé mas corrido que mona, sin saber lo que me habia sucedido, considerando que si el fin de aquel oficio era tal como el principio, medraria bien al cabo del año. No me habia apartado de allí, cuando llegó otro carro que venia de Alcalá de Henares. Saltaron en tierra los que venian dentro, que todos eran putas, estudiantes y frailes. Uno de la órden de San Francisco, me dijo si le queria hacer caridad de llevarle su hato hasta su convento: díjele con alegría que si, porque bien eché de ver que no me engañaria como habia hecho la berrionda. Carguémele, y era tan pesado, que apenas lo podia llevar; mas con la esperanza de la buena paga me esforcé. Llegué al monasterio muy cansado, porque estaba lejos: tomó el fraile su lio, y diciendo, sea por el amor de Dios, cerró tras sí la puerta: aguardé allí hasta que saliese á pagarme; mas viendo que tardaba, llamé á la portería. Salió el portero preguntándome lo que queria: díjele me pagase el porte del hato que habia traido: respondióme fuese con Dios que ellos no pagaban nada, y cerró la puerta diciendo no llamase mas, porque era hora de silencio, y que si lo hacia me daria cien cordonazos: quedéme helado. Un pobre de los que estaban en la portería me dijo: hermano bien se puede ir que estos padres no tocan dineros, porque viven de mogollon. Ellos, repliqué, pueden vivir de lo que quisieren, que mi trabajo me pagarán, ó yo no seré quien soy. Torné á llamar con gran cólera; salió el lego motilon con mayor, y sin decir qué haces ahí, me dió un rempujon, que me echó en el suelo como si fuera pera madura, y poniéndose de rodillas sobre mí, me dió media docena de rodillazos y otros tantos cordonazos, con que me dejó magullado, como si hubiera caido sobre mí la torre del reló de Zaragoza. Quedéme allí tendido mas de media hora sin poderme levantar: consideraba mi mala dicha, y las fuerzas de aquel irregular tan mal empleadas, que mejor estuviera sirviendo al Rey Nuestro Señor, que no comiendo las limosnas de los pobres; aunque ni para aquello son buenos, porque son carnes holgazanas. El emperador Carlos V mostró bien esto, cuando el general de los Franciscos le ofreció veinte y dos mil frailes para la guerra, que no pasasen de cuarenta años, y que llegasen á los veinte y dos. El invicto emperador respondió que no los queria, porque habria menester veinte y dos mil ollas todos los dias para sustentarlos: dando á entender, ser mas hábiles para comer que para trabajar. ¡Dios me lo perdone! que desde aquel dia aborrecí tanto á estos religiosos legos que me parecia cuando los

veia ver un zángano de colmena, ó una esponja de la grasa de la olla. Quise, pues, dejar aquel oficio, mas aguardé pasasen las veinte y cuatro horas.

CAPÍTULO X.

De lo que le sucedió á Lázaro con una vieja alcahueta.

Desmayado y muerto de hambre me fuí poco á poco la calle adelante, y pasando por la plaza de la Cebada encontré una vieja rezadora con mas colmillos que un jabalí. Llegóse á mí diciendo, que si queria llevarle un cofre á casa de una amiga suya que estaba cerca de allí, me daria cuatro cuartos. Cuando lo oí dí gracias á Dios que de una boca tan hedionda como la suya salia una tan dulce palabra como era que me daria cuatro cuartos: díjele que sí, de muy buena gana, aunque mas buena era la de empuñar aquellos cuatro cuartos, que no de llevar carga, pues mas estaba para ser llevado que para llevar. Cargué el cofre con gran dificultad, porque era grande y pesado: díjome la buena vieja lo llevase con tiento, porque habia dentro unas redomas de aguas que las estimaba en mucho. Respondila no tuviese miedo, que yo iria poco á poco; porque aunque quisiera no pudiera hacer otra cosa, por estar tan hambriento que apenas podia menearme. Llegamos á la casa donde llevábamos el arcon: recibiéronle con grande alegria, particularmente una doncellita cariampollar y repolluda (que tales sean las musarañas de mi cama, despues de bien harto), la cual con rostro alegre dijo queria guardar el cofre en su retrete. Llevélo á él; la vieja le dió la llave diciéndole lo guardase hasta que volviese de Segovia, adonde iba á visitar una parienta suya, y de donde pensaba volver dentro de cuatro dias. Abrazóla despidiéndose de ella: díjole dos palabras al oido, de que quedó tan colorada la doncella, que parecia una rosa; y aunque me pareció bien, mejor me hubiera parecido si estuviera harto. Despidióse de todos los de aquella casa, pidiendo perdon al padre y á la madre de la niña del atrevimiento: ellos le ofrecieron su casa para servirse de ella: dióme cuatro cuartos, diciéndome á la oreja, que á la mañana siguiente volviese á su casa y me haria ganar otros tantos. Fuíme mas alegre que una pascua, y que dia de San Juan: cené con los tres, guardando uno para pagar la

cama. Consideraba la virtud del dinero, que al punto que aquella vieja me dió aquellos pocos cuartos, me hallé mas ligero que el viento, mas esforzado que Roldan y mas fuerte que Hércules. ¡Oh dinero que no sin razon la mayor parte de los hombres te tienen por Dios! Tú eres la causa de todos los bienes, y el que acarrea todos los males. Tú eres el inventor de todas las artes, y el que las conservas en su perfeccion: por tí las ciencias son estimadas y las opiniones defendidas, las ciudades fortalecidas, y sus fuertes torres allanadas, los reinos restablecidos y al mismo tiempo perdidos. Tú conservas la virtud, y tú mismo la pierdes: por tí las doncellas castas se conservan, y las que lo son dejan de serlo: finalmente no hay dificultad en el mundo que para ti lo sea, ni lo mas escondido que no penetres; cuesta que no allane, ni collado humilde qne no ensalces.

Venida la mañana fuí á casa de la vieja, como me lo habia mandado: díjome volviese con ella á traer el cofre que habia llevado el dia antes. Dijo á los señores de la casa que volvia por él, porque en el camino de Segovia, á media legua de Madrid, habia encontrado á su parienta que venia con la misma intencion que ella, de verla; y que lo habia de menester luego, á causa de la ropa limpia que en él habia, para aposentarla. La niña de la rollona la volvió la llave besándola y abrazándola con mas ahinco que la primera vez; y volviéndose á hablar al oido, me ayudaron á cargar mi cofre, que me pareció mas ligero que el dia antes por que mi vientre estaba mas lleno. Bajando por la escalera encontré con un estorbo, que el diablo sin duda habia puesto allí: tropecé, y rodando con él bajé hasta el recibimiento donde estaban los padres de la inocente niña. Rompíme las narices y las costillas. Con los golpes que el diablo del arca dió, se abrió y apareció dentro un galan mancebo, con su espada y daga. Estaba vestido de camino; no tenia herreruelo; las calzas y ropilla eran de raso verde, con plumaje del mismo color; ligas encarnadas con medias de nacar; zapato blanco y alpargatado. Púsose en pié con buen donaire, y haciendo una grande cortesía y reverencia, se salió por la puerta afuera. Quedaron atónitos de la repentina vision, y mirándose el uno al otro parecian matachines. Habiendo vuelto de su éstasis, llamaron á gran prisa á dos hijos que tenian, y contándoles el caso con grande alboroto tomaron sus espadas diciendo: muera muera, salieron á buscar al pisaverde; mas como iba de prisa no le pudieron alcanzar. Los padres que quedaron en casa cerraron la puerta y acudieron á vengarse de la alcahueta, mas esta que habia oido el ruido y sabido la causa, se salió

por una puerta falsa siguiéndola siempre la novia. Halláronse burlados y atajados, y bajaron á dar en mí, que estaba derrengado sin poderme mover, que si no fuera por esto hubiera seguido las pisadas del que me causó tanto mal. Llegaron los hermanos sudando y jadeando, jurando y votando que pues no habian alcanzado al infame habian de matar á su hermana y á la tercera; mas cuando les dijeron que se habian ido por la puerta trasera, allí fué el blasfemar, jurar y renegar. El uno decia: ¡que no encontrára yo ahora aqui al mismo diablo con una caterva infernal para hacer en ellos tanto estrago como si fueran moscas! venid, venid, diablos; ¿mas para qué os llamo? pues cierto que adonde estais temeis mi cólera y no osareis poneros delante. ¡Si yo hubiera visto aquel cobarde, con solo soplar, lo hubiera aventado adonde jamás se hubieran oido nuevas de él! El otro proseguia: ¡si le hubiera alcanzado, el mayor pedazo que de él quedára habia de ser la oreja! mas si está en el mundo, y aunque no lo esté, no se escapará de mis manos, porque yo lo buscaré aunque se esconda en las entrañas de la tierra. Estas fanfarronadas y fieros decian, y el pobre Lázaro aguardaba que todos aquellos nublados descargarian sobre él. Mas miedo tenia de los muchachos, que habia diez ó doce, que de aquellos valentones. Chicos y grandes de tropel arremetieron á mí: los unos me daban de coces, los otros de puñadas; estos me tiraban de los cabellos, y aquellos me abofeteaban. No salió en vano mi temor. que las muchachas me metian las abujas de á blanca, que me hacian poner el grito en el cielo: las esclavas me pellizcaban haciéndome ver las estrellas: los unos decian, matémosle; los otros, mejor será echarlo en la letrina. El martilleo era tan grande que parecia majaban granzas, ó mazos de batan, que no cesaban. Viéndome sin aliento, cesaron de herirme, mas no de amenazarme. El padre como mas maduro, ó como mas podrido, dijo me dejasen, y que si yo decia la verdad de quien era el robador de su honra, no me harian mas mal. No les podia satisfacer su deseo, porque ni sabia quien era, ni lo habia visto en mi vida hasta que salió del atahud; pero como no les decia nada tornaron de nuevo. Allí era el gemir, allí el llorar mi desdicha, allí el suspirar y renegar de mi corta fortuna, pues siempre hallaba nuevas invenciones para perseguirme. Díjeles, como pude, me dejasen, que yo les contaria lo que habia en aquel caso: hiciéronlo, y yo les dije al pié de la letra lo que pasaba; pero no daban crédito á la verdad. Viendo que la tempestad no cesaba, determiné engañarlos, si podia, y así les prometí de enseñarles el malhechor. Cesaron de martillear sobre mí, ofreciéndome

maravillas: preguntáronme cómo se llamaba y en donde vivia: respondíles que no sabia el nombre, ni menos el de su calle; pero que si ellos me querian llevar, porque ir por mis piés era imposible, segun me habian maltratado, les enseñaria su casa. Holgáronse de ello; diéronme un poco de vino, con que torné algun tanto en mí, y bien armados me tomaron entre dos, de los sobacos, como á dama francesa, y me llevaron por Madrid. Los que me veian decian: á ese hombre lo llevan á la cárcel, otros, al hospital, y ninguno daba en el blanco. Iba confuso y atónito sin saber qué hacer ni decir, porque si queria llamar ayuda, habian de dar queja de mí á la justicia, que la temia mas que á la muerte: huir era imposible, no solo por el quebrantamiento pasado, pero por ir en medio del padre, hijos y parientes, que para el caso se habian juntado ocho ó nueve, y iban todos como unos San Jorges. Cruzamos calles, pasamos callejas, sin saber adonde estaba, ni adonde los llevaba. Llegamos á la Puerta del Sol, y por una calle que á ella sale, ví venir un galancete pisando de punta, la capa por debajo del brazo, con un pedazo de guante en una mano, y en la otra un clavel, braceando, que parecia primo hermano del Duque del Infantado: hacia mil ademanes y contorsiones. Al punto le conocí, que era mi amo el escudero, que me habia hurtado el vestido en Murcia: y sin duda que algun santo me lo deparó allí (porque yo no habia dejado ninguno en las letanías que no hubiese llamado). Como ví la ocasion que me mostraba su calva, asíla del copete, y con una piedra quise matar dos pájaros, vengándome de aquel fanfarron, y librándome de aquellos sayones. Así les dije, señores, alerta, que el galan robador de vuestra honra viene aqui, que ha mudado de vestido. Ellos ciegos de cólera, sin hacer mas discurso me preguntaron quién era: señaléselo: arremetieron á él y asiéndole de los cabezones le echaron en el suelo, dándole mil coces, puntapies y mojicones. Uno de los mozalvillos, hermano de la doncella, le quiso meter la espada por el pecho; mas su padre lo estorbó, y apellidando á la justicia lo maniataron. Como ví el juego revuelto y que todos estaban ocupados, tomé las de villadiego, y lo mejor que pude me escondí. Mi buen escudero me habia conocido, y pensando que eran algunos deudos mios que le pedian mi vestido, decia: déjenme, déjenme, que yo pagaré dos vestidos; mas ellos le tapaban la boca á puñadas. Ensangrentado, descalabrado y molido le llevaron á la cárcel, y yo me salí de Madrid, renegando del oficio, y aun del primero que lo habia inventado.

CAPÍTULO XI.

Como Lázaro se partió para su tierra y de lo que en el camino le sucedió.

Quise ponerme en camino, mas las fuerzas no llegaban al ánimo, y así me detuve en Madrid algunos dias; no lo pasé mal porque ayudándome de muletas, no pudiendo caminar sin ellas, pedia limosna de puerta en puerta, y de convento en convento, hasta que me hallé con fuerza de ponerme en camino: dime prisa á ello por lo que oí contar á un pobre, que al sol con otros se estaba espulgando: era la historia del cofre como la he contado, añadiendo que aquel hombre, que habian puesto en la cárcel pensando era el del arca, habia provado lo contrario, porque á la hora que habia pasado el caso, estaba ya en su posada, y persona del barrio le habia visto con otro vestido del con que le habian prendido; mas que con todo eso lo habian sacado á la vergüenza por vagamundo, y desterrádolo de Madrid: y así él, como los parientes de la doncella buscaban un ganapan, que habia sido el que lo habia urdido, con juramento que el primero que lo encontrase lo habia de acribillar á estocadas. Abrí el ojo, y púseme en uno un parche, rapándome la barba como cucarro: quedé con tal figurilla, seguro de que la madre que me parió no me hubiera conocido. Salí de Madrid con intencion de irme á Tejares por ver si tornando al molde, la fortuna me desconoceria. Pasé por el Escorial, edificio que muestra la grandeza del monarca que lo hacia (porque aun no estaba acabado) tal que se puede contar entre las maravillas del mundo, aunque no se dirá de que la amenidad del sitio ha convidado á edificarle allí, por ser la tierra muy estéril y montañosa; pero sí la templanza del aire, que en verano lo es tanto, que con solo ponerse á la sombra no enfada el calor, ni la frialdad ofende, siendo por estremo sano. Á menos de una legua de allí encontré con una compañia de gitanos, que en un casal tenian su rancho: cuando me vieron de lejos, pensaron era alguno de los suyos, porque mi traje no prometia menos; mas de cerca se desengañaron. Esquibáronse algun tanto, porque segun eché de ver, hacian una consulta ó leccion de oposicion: dijéronme que aquel no era el camino derecho de Salamanca, pero sí el de Valladolid. Como

mis negocios no me forzaban mas á ir á una parte que á otra, díjeles, que pues asi era queria antes que volviese á mi tierra ver aquella ciudad. Uno de los mas ancianos me preguntó de donde era, y sabiendo que de Tejares, me convidó á comer por amor de la vecindad de los lugares, porque él era de Salamanca: admití el convite, y por postres me pidieron les contase mi vida y milagros. Hícelo sin hacerme de rogar con las mas breves y sucintas palabras, que cosas tan grandes permitian. Cuando llegué á tratar de la cuba, y de lo que en Madrid me habia sucedido en casa de un mesonero, dióles muy gran risa, particularmente á un gitano y á una gitana, qne daban las carcajadas de mas de marca. Comencé á correrme poniéndome colorado: el gitano compatriota que conoció mi corrimiento dijó; no se apure hermano, que estos señores no se rien de su vida, siendo ella tal, que pide antes admiracion que risa, y pues tan por estenso nos ha dado cuenta de ella, justo es le paguemos en la misma moneda, fiándonos de su prudencia, como él lo ha hecho de la nuestra; y si estos señores me dan licencia contarle hé de donde la risa procedió. Todos le dijeron la tenia, pues sabian que su mucha discrecion y esperiencia no le dejarian pasar los límites de la razon. Sepa, pues, prosiguió él, que los que allí rien y carcajean, son la doncella y clérigo, que saltaron por la ventana *in puribus*, cuando el diluvio de su cuba los quiso anegar: ellos, si gustan, le contarán los arcaduces por donde han venido al presente estado. La gitana flamante pidió licencia, captando la benevolencia del ilustre auditorio, así con voz sonora, reposada y grave relató su historia del modo siguiente. «El dia que salí ó salté, por mejor decir, de casa de mi padre y me llevaron á la trena, me pusieron en un aposento mas oscuro que limpio, y mas hediondo que adornado: al dómine Urvez, que está presente y no me dejará mentir, le metieron en el calabozo, hasta que dijo ser clérigo, que del mismo lo remitieron al señor obispo de anillo, que le dió una muy grande reprension por haberse pensado ahogar en tan poca agua, y haber dado tal escándalo; pero con la promesa que hizo de ser mas cauto, y de atar su dedo de modo que la tierra no supiese sus entradas y salidas, le soltaron mandándole no dijese misa en un mes. Yo quedé en guarda del alcaide, que como era mozo y galan, y yo niña, y no de mal talle me bailaba el agua delante. La cárcel era para mí jardin y Aranjuez de deleites: mis padres, aunque indignados de mi libertad, hacian lo que podian para que la tuviese; pero en vano, porque el alcaide ponia los medios posibles para que no saliese de su poder. El

señor licenciado que está presente andaba al rededor de la cárcel como perro de muestra, por ver si podia hablarme; hízolo por medio de una buena tercera, que era un águila en el oficio, vistiéndolo con una saya y cuerpo de una criada suya, y poniéndole un rebozo por la barba como si tuviera dolor de muelas. De la vista resultó la traza de mi salida. La noche siguiente se hacia un sarao en casa del conde de Miranda, y al final habian de danzar unos gitanos. Con ellos se concertó Canil (que así se llama ahora el señor vicario) para que le ayudasen en sus pretensiones: hiciéronlo tan bien, que mediante su industria, gozamos de la libertad deseada, y de su compañía, que es la mejor de la tierra. La tarde antes del sarao hice al alcaide mas monerias que gata tripera y mas promesas que el que navega con borrasca: obligado de ellas respondió no con menos, rogándome le pidiese, que mi boca seria la medida, como no fuese carecer de mi vista. Agradecíselo mucho, diciéndole que el carecer de la suya seria para mi el mayor mal que me podia venir. Viendo la mia sobre el hito, roguéle que aquella noche, pues podia, me llevase á ver el sarao: parecióle cosa dificultosa; pero por no desdecirse, y porque el cieguecillo le habia tirado una flecha, me lo prometió. El alguacil mayor estaba tambien enamorado de mí, y habia encargado á todas las guardas, y al mismo alcaide tuviese cuenta con mi regalo, y que ninguno me traspusiese: por hacerlo mas secreto me vistió como page, con un vestido de damasco verde, pasamanos de oro; el bohemio de terciopelo del mismo color, forrado de raso amarillo: una gorra con garzota y plumas, con un cintillo de diamantes; una lechuguilla con puntas de encaje; medias pajizas, con ligas de gran balumba; zapatillo blanco picado y espada y daga dorada á lo de aires bola. Llegamos á la sala donde habia infinidad de damas y caballeros: ellos galanes y bizarros, y ellas gallardas y hermosas: habia muchos arrebozados y embozadas. Canil estaba vestido á la valentona, y en viéndome se me puso al otro lado, de manera que yo estaba en medio del alcaide y de él. Comenzó el sarao, donde ví cosas que por no hacer á mi cuento dejaré: salieron los gitanos á bailar y voltear: sobre las vueltas se asieron dos de ellos de palabras, y de unas en otras, desmintió el uno al otro. El desmentido le respondió con una cuchillada en la cabeza, haciéndole echar tanta sangre de ella que parecia habian muerto un buey. Los asistentes, que hasta entonces habian pensado ser burlas, se alteraron, gritando; aquí de la justicia; los ministros de ella se alborotaron; todos los circunstantes metieron mano á las es-

padas; yo saqué la mia, y cuando me ví con ella en la mano me puse á temblar de miedo de ella. Prendieron al delincuente, y no faltó, quien echado para ello, dijese que estaba allí el alcaide á quien lo podian entregar: el alguacil mayor le llamó para encargarle el homicida. Quisiera llevarme consigo; pero por miedo que no me conociesen me dijo me retirára á un rincon, que me mostró, y que no me apartase de allí hasta que él volviese. Cuando ví aquella ladilla despegada de mí, tomé de la mano al dómine Canil, que estaba sin volverse de mi lado, y en dos brincos salimos á la calle donde hallamos á uno de estos señores, que nos encaminó á su rancho. Cuando el herido, que ya todos tenian por muerto, echó de ver que estariamos libres, se levantó diciendo: señores basta de burla, que yo estoy sano, y esto no ha sido sino para alegrar la fiesta. Quitóse una caperuza dentro de la cual estaba nna begiga de buey, que encima de un buen casco acerado tenia llena de sangre preparada, y con la cuchillada se habia reventado. Todos comenzaron á reir de la burla, sino el alcaide, para quien fué muy pesada: torció al lugar señalado, y no hallándome en él, comenzó á buscarme preguntando á una gitana vieja si habia visto un page de tales y tales señas. Ella que estaba advertida le dijo que sí, y que le habia oido decir, cuando salió de la mano con un hombre, vámonos á retirar á San Felipe: fuese con grande prisa á buscarme, mas en vano, porque él iba hácia oriente, y nosotros huíamos al occidente. Antes que saliésemos de Madrid, habiamos trocado mi vestido, y del que me dieron encima doscientos reales: vendí el cintillo en cuatrocientos escudos: dí á estos señores en llegando doscientos, porque así se lo habia prometido Canil. Este es el cuento de mi libertad, si el señor Lázaro quiere otra cosa mande, que en todo se le servirá como su gallarda presencia merece.» Agradecíle la cortesía, y con la mejor que pude me despedí de todos: el buen viejo me acompañó media legua; preguntéle en el camino si los que estaban allí eran todos gitanos nacidos en Egipto: respondióme que maldito el que habia en España, pues que todos eran clérigos, frailes, monjas ó ladrones, que habian escapado de las cárceles, ó de sus conventos; pero que entre todos, los mayores bellacos eran los que habian salido de los monasterios, mudando la vida contemplativa en activa. Tornóse con esto á su rancho, y yo á caballo en la mula de San Francisco me dirigí á Valladolid.

CAPÍTULO XII.

De lo que sucedió á Lázaro en una venta, una legua antes de Valladolid.

Que rumiar llevé para todo el camino de mis buenos gitanos, de su vida, costumbres y tratos. Espantábame mucho cómo la justicia permitia públicamente ladrones tan al descubierto, sabiendo todo el mundo que su trato y contrato no es otro que el hurto. Son un asilo y añagaza de bellacos, iglesia de apóstatas y escuela de maldades; particularmente me admiré de que los frailes dejasen su vida descansada y regalona, por seguir la desastrada y aporreada del gitanismo; y no hubiera creido ser verdad lo que el gitano me dijo, si no me hubiera mostrado á un cuarto de legua del rancho, detrás de las paredes de un arrañal, un gitano y una gitana, él rehecho y ella carillena; él no estaba quemado del sol, ni ella curtida de las inclemencias del cielo. El uno cantaba un verso de los salmos de David, y la otra respondia con otro: advirtióme el buen viejo, que aquellos eran fraile y monja, que no habia mas de ocho dias que habian venido á su congregacion con deseo de profesar mas austera vida. Llegué á una venta una legua antes de Valladolid, en cuya puerta ví sentada á la vieja de Madrid cón la doncellita de marras: salió mi galancete á llamarlas para que entrasen á comer; no me conocieron por ir tan disfrazado, siempre con mi parche en el ojo, y mis vestidos á lo bribonesco; mas yo conocí ser el Lázaro que habia salido del monumento que tanto me habia costado. Púseme delante de ellos, para ver si me darian algo: no me podian dar, pues no tenian para ellos. El galan, que habia servido de despensero, fué tan liberal, que para él, para su enamorada y para la vieja alcahueta, habia hecho aderezar un poco de hígado de puerco con una salsa: todo lo que habia en el plato, lo hubiera yo traspalado en menos de dos bocados. El pan era tan negro como los manteles, que parecian túnica de penitente ó barredero de horno: coma, mi vida, le decia el señor, que este manjar es de príncipes: la tercera comia y callaba por no perder tiempo, y por ver que no habia para tantos envites, comenzaron á fregar el plato que le quitaban el betun: acabada la triste y pobre comida, que mas hambre que artura les habia causa-

do, el señor enamorado se escusó con decir que la venta estaba mal provista. Viendó que allí no habia nada para mí, pregunté al huésped si habia que comer, díjome que segun la paga: quísome dar una poca de asadura: preguntéle si tenia otra cosa, ofrecióme un cuartillo de cabrito que aquel enamorado no habia querido por ser caro; quise hacerles un fiero, y asi dije me le diese: púseme con él á los piés de la mesa, donde era de ver el mirar de ellos: á cada bocado tragaba seis ojos, porque los del enamorado, los de la señora y los de la alcahueta estaban clavados en lo que comia. ¿Qué es esto? dijo la doncella, ¿aquel pobre come un cuartillo de cabrito, y para nosotros no ha habido mas que una pobre patorrilla? El galan respondió habia pedido al huésped algunas perdices, capones ó gallinas, y que habia dicho no tenia otra cosa que darle: yo que sabia el caso, y que por no gastar, ó por no tener de que hacerlo, les habia hecho comer con dieta, quise comer y callar: parecia aquel cabrito piedra iman; cuando menos me caté, los hallé á todos tres encima de mi plato: la sin vergüenza cachondilla, tomó un bocado y dijo: con vuesa licencia, hermano, y antes de tenerla, ya lo habia metido en la boca: la vieja replicó, no le quiteis á este pecador su comida; no se la quitaré, dijo ella, porque yo se la pienso pagar muy bien; y diciendo y haciendo comenzó á comer con tanta prisa y rabia, que parecia no lo habia hecho en seis dias: la vieja tomó un bocado por probar qué gusto tenia; el galan diciendo, esto les agrada tanto, se hinchó la boca con un tasajo como un puño. Viendo pues que se desmandaba, tomé todo lo que habia en el plato y me lo metí de un bocado: como era tan grande no podia ir atrás, ni adelante. Estando en este conflicto, entraron por la puerta dos caballeros armados con jacos, casquetes y rodelas: traia cada uno un pedreñal al lado, y otro en el arzon de la silla: apeáronse dando las mulas á un criado de á pié: dijeron al huésped si habia algo que comer: él les dijo habia muy buen recado y que entretanto que lo aderezaba, si sus mercedes se servian, podian entrarse en aquella sala. La vieja, que al ruido habia salido á la puerta, entró con las manos en la cara, haciendo mil inclinaciones, como fraile novicio: hablaba por eco; retorcíase hácia una y otra parte, como si estuviera de parto, dijo lo mas bajo y mejor que pudo: ¡perdidos somos! los hermanos de Clara, que este era el nombre de la doncelluela, estan en el portal: la mozuela comenzó á desgreñarse y mesarse, dándose tan grandes bofetadas, que parecia endemoniada. El galancete, que era animoso, las consolaba diciendo, no se afligiesen, que donde él estaba no habia de que

temer: yo, atisbando, con la boca llena de cabrito, cuando oí que aquellos valentones estaban allí, pensé morir de miedo, y lo hubiera hecho: mas como mi gaznate estaba cerrado, el alma se tornó á su lugar, por no hallar la puerta abierta. Entraron los dos Cides, y al punto que vieron á su hermana y á la alcahueta, dijeron gritando: aquí estan, aquí las tenemos, aquí morirán. Á los gritos fué tal mi espanto, que dí en el suelo: con el golpe eché el cabrito que me ahogaba. Pusiéronse las dos detrás del caballerejo, como pollos debajo de las álas de la gallina, cuando huyen del milano: él con gentil ánimo metió mano á su espada, y se fué para ellos con tanta furia, que de espanto se quedaron hechos dos estátuas: helarónseles las palabras en la boca, y las espadas en las vainas. Preguntóles qué querian ó qué buscaban, y diciendo esto arremetió al uno y le sacó la espada, poniéndosela en los ojos, y la otra al otro: á cada movimiento que él hacia con las espadas, temblaban como las hojas en el árbol. La vieja y la hermana que vieron tan rendidos á los dos Roldanes, se llegaron á ellos y los desarmaron: el ventero entró al ruido que todos hacíamos (porque ya yo me habia levantado y tenia al uno de la barba). Parecióme aquello á los toros uncidos de mi tierra, que cuando los muchachos los ven huyen de ellos, mas poco á poco se les atreven, y conociendo que no son bravos, ni lo parecen, se les llegan tan cerca, que perdido el temor les echan mil estropajos. Como ví que aquellas madagañas no eran lo que parecian, me animé y acometí á ellos, con mas ánimo que mi mucho temor pasado permitia. ¿Qué es esto? dijo el huésped, ¿en mi casa tanto atrevimiento? Las mugeres, el caballerete y yo comenzamos á gritar, diciendo eran ladrones que nos venian siguiendo para robarnos: el ventero que los vió sin armas, y á nosotros con la victoria, dijo: ¿ladrones en mi casa? y echó mano de ellos, y ayudándole nosotros los metió en un sótano, sin valerles razon que alegasen en contrario. El criado de los dos, que venia de dar recado á las mulas, preguntó por sus amos, y el ventero le puso con ellos: tomó sus maletas, cojines y porta-manteos, y los encerró; repartiéndonos las armas, como si fueran suyas, no nos pidió nada de la comida por que firmásemos la sumaria que contra ellos habia hecho, en que como ministro de la Inquisicion, que decia era, y como justicia de aquel pago, condenó á los tres á galeras perpétuas, y á doscientos azotes alrededor de la venta. Apelaron á la chancillería de Valladolid, adonde el buen mesonero con tres criados suyos los llevaron, y cuando los desdichados pensaron estar delante de los señores oidores, se hallaron delante de

los inquisidores; porque el taimado ventero habia puesto en el proceso algunas palabras, que ellos habian dicho contra los oficiales de la santa Inquisicion (crímen imperdonable). Pusiéronlos en oscuros calabozos, de donde, como ellos pensaron, no pudieron escribir á su padre, ni avisar á persona alguna para que los ayudasen, y donde los dejaremos bien guardados para tornar á nuestro huésped, que lo encontramos en el camino. Díjonos como los señores inquisidores le habian mandado hiciese parecer ante ellos á los testigos què firmaban en el proceso; pero que él como amigo nos avisaba nos escondiésemos. La doncellita le dió una sortija que tenia en su dedo, rogándole hiciese de modo que no fuésemos á su presencia: prometióselo: el ladron habia dicho aquello por hacernos huir, porque si quisiesen oir los testigos no se descubriese su bellaqueria (que no era la primera). Dentro de quince dias se hizo auto público en Valladolid, donde ví salir entre los otros penitentes á los tres pobres diablos, con mordazas en las bocas, como blasfemos, que habian osado poner la lengua en los ministros de la santa Inquisicion, gente tan santa y perfecta como la justicia que administran. Llevaban corozas y un sambenito cada uno, en que iban escritas sus maldades, y las sentencias que por ellas les daban: pesóme de ver aquel pobre mozo de mulas, que pagaba lo que no debia: de los otros no tenia tanta lástima, por la poca que de mí habian tenido: confirmaron la sentencia del huésped, añadiendo á cada uno trescientos azotes, de manera que les dieron quinientos, y los enviaron á galeras, donde se les pasaron los fieros y bravatas. Yo busqué mi fortuna: muchas veces encontré en el prado de la Magdalena á las dos amigas, sin que jamás me hubiesen conocido, ni supiesen que yo las conocia. Al cabo de los pocos dias ví á la doncellica de religiosa en la casa de poco trigo, donde ganaba para sustentar á su respeto y á ella: la vieja ejercitaba su oficio en aquella ciudad.

CAPÍTULO XIII.

Como Lázaro sirvió de escudero á siete mugeres juntas.

Llegué á Valladolid con seis reales en la bolsa, porque la gente que me veia tan flaco y descolorido, me daba limosna con mano franca y yo la recibia, no con escasa: fuime derecho á la roperia, donde por

cuatro reales y un cuartillo, compré una capa larga de bayeta, que habia sido de un portugués, tan raida como rota y descosida. Con ella, y con un sombrero alto como chimenea, ancho de ála, como de fraile Francisco, que compré por medio real, y con un palo en la mano me paseaba por el lugar: los que me veian se burlaban de mí; cada uno me decia su apodo: los unos me llamaban filósofo de taberna; otros: veis allí á San Pedro vestido en víspera de fiesta: otro: ¡ah señor ratiño! ¿quiere sebo para sus botas? No faltó quien dijese parecia alma de médico de hospital: yo hacia orejas de mercader y pasaba por todo. Á pocas calles andadas, encontré con una muger de verdugado y chapines de mas de marca, puesta la mano en la cabeza de un muchacho, un manto de soplillo, que lo cubria hasta los pechos: preguntóme si sabia de un escudero: respondíle no sabia de otro sino de mí, y que si le agradaba podia disponer como de cosa propia. Concertéme con ella en dame acá esas pajas; prometióme tres cuartillos de racion y quitacion: tomé posesion del oficio dándole el brazo; arrojé el palo, porque no tenia de él necesidad, pues solo lo traia para mostrarme enfermo y mover á piedad. Envió el niño á casa mandándole dijese á la moza tuviese la mesa puesta y la comida aderezada: trújome mas de dos horas de ceca en meca, y de zoca en colodra; á la primera visita que llegamos me advirtió la señora, que cuando ella llegase me habia de adelantar á la casa adonde iba preguntando por la señora ó señor de la casa, y decir: Juana Perez, mi señora, que este era su nombre, quiere besar á su merced las manos: advirtióme tambien que jamás me habia de cubrir delante de ella, cuando estuviese parada en alguna parte: dijele que yo sabia la obligacion de un criado, y así cumpliria con ella. Grande era el deseo que tenia de ver la cara de mi ama reciente; mas no podia por ir rebozada: díjome que no me podia tener solo para ella; pero que buscaria algunas vecinas suyas á quien sirviese, entre las cuales me darian la racion que me habia prometido, y que entretanto que todas no concurriesen, que seria con brevedad, ella me daria su parte. Preguntóme si tenia donde dormir; respondíle que no: no os faltará, dijo ella, porque mi marido es sastre y os acomodareis con los mancebos: no podiais, prosiguió, hallar en la ciudad mejor comodidad, porque antes de tres dias tendreis seis señoras, que cada una os dará un cuarto. Quedé medio atónito de ver la gravedad de aquella muger, que parecia por lo menos lo era de algun caballero Pardo, ó de algun ciudadano rico: espantóme tambien de ver que para ganar tres pobres cuartillos cada dia, habia de servir á

siete mugeres; pero consideré que valia mas algo que nada, y que aquel no era oficio trabajoso, de lo que yo huia como del diablo, porque siempre quise mas comer berzas y ajos sin trabajar, que capones y gallinas trabajando. Dióme el manto y los chapines en llegando á casa, para que los diese á la criada: ví lo que deseaba: no me dejó de agradar la mugercilla, era briosa, morenica y de buen talle: solo me desagradó que la relucia la cara como cazuela barnizada: dióme el cuarto diciendo acudiese cada dia dos veces, una á las ocho de la mañana, y otra á las tres de la tarde, para ver si ella queria salir de casa. Fuime á una pasteleria, y con un pastel de á cuarto dí fin á mi racion. Todo lo demás del dia pasé como camaleon, porque ya habia acabado la limosna, que en el camino me habian dado, y no osaba ponerme á pedirla, porque si mi ama lo supiera me comiera. Fuí á su casa á las tres: díjome que no queria salir pero que me advertia que de allí adelante no me pagaria el dia que no saliese, y que si no salia mas de una vez al dia, no me daria mas de dos maravedises: mas me dijo: que pues ella me daba cama, la habia de preferir á las demas, intitulándome por su criado. La cama era tal, que merecia bien esto y mas; hízome dormir con los aprendices encima de una gran mesa, sin maldita otra cosa, que una manta raida para cubrirnos: pasé dos dias con la miseria, que con cuatro maravedises podia comprar: al cabo de ellos entró en la cofradía la muger de un zurrador, que regateó mas de una hora los dos ochavos. Finalmente en cinco dias tuve siete amas, y de racion siete cuartos. Comencé á comer espléndidamente, bebiendo, no de peor; aunque no de lo mas caro, por no tender la pierna mas de hasta donde llegaba la sábana: las otras cinco dueñas eran una viuda de un corchete; la muger de un hortelano; una sobrina, que decia ser, de un capellan de las Descalzas, moza de buen fregador; y una mondonguera, que era á quien yo mas queria, porque siempre que me daba el cuarto me convidaba con caldo de mondongo: y antes que de su casa saliese, habia embasado tres ó cuatro escudillas con que pasaba una vida, que Dios nunca me la dé peor. La última era una beata; con esta tenia mas que hacer que con todas, porque jamás hacia sino visitar frailes, con quienes cuando estaba á solas, no habia juglar como ella: su casa parecia colmena: unos entraban, otros salian, y todos le traian las mangas llenas, y á mí, porque fuese fiel secretario, me daban algunos pedazos de carne, que de su racion se metian en las mangas. ¡En mi vida he visto mayor hipócrita que esta! Cuando iba por las calles, no alzaba los ojos del

suelo, no se le caia el rosario de la mano, siempre lo rezaba por la calle: todas las que la conocian la pedian rogase á Dios por ellas, pues que sus oraciones eran tan aceptas: ella las respondia era una grande pecadora; y no mentia, que con la verdad engañaba. Cada una de estas mis amas tenia su hora señalada: cuando me decian no querer salir de casa, iba á la otra, hasta que acababa mi tarea: señalábame el tiempo en que debia volver á buscarlas, y esto sin falta, por que si por males de mis pecados tardaba un poco, la señora delante de las que estaban en la visita me decia mil perrerias, y me amenazaba, que si continuaba en mis descuidos, buscaria otro escudero mas diligente, cuidadoso y puntual. Quien la oia gritar y amenazar con tanto orgullo, sin duda creia me daba cada dia dos reales, y de salario cada año treinta ducados. Cuando iban por las calles, parecian la muger del presidente de Castilla, ó por lo menos de un oidor de Chancilleria. Sucedió un dia, que la sobrina del capellan, y la corcheta, se encontraron en una iglesia, y queriéndose volver las dos á sus casas á un mismo tiempo, sobre á quien habia yo de acompañar la primera, hubo una riña tan grande, que parecia estábamos en el horno (1) tiraba de mí, la una por un cabo la otra por otro, con tanta rabia que me despedazaron la capa. Quedé en pelota, porque debajo de ella maldita otra cosa tenia, sino un andrajo de camisa, que parecia red de pescar. Los que veian las carnes que por la desgarrada camisa descubria, reian á boca llena: la iglesia parecia taberna. Los unos se burlaban del pobre Lázaro: los otros escuchaban á las dos damas, que desenterraban sus abuelos. Con la prisa que tenian de recojer los pedazos de mi capa, que de maduros se habian caido, no pude escuchar lo que se decian: solo oí decir á la viuda: ¿ de dónde le viene á la piltrafa tanto toldo? ayer era moza de cántaro, y hoy lleva ropa de tafetan, á costa de las ánimas del purgatorio. La otra le respondia, ella la muy descosida la lleva de burato, ganada con un *Deo gratias*, *y sea por amor de Dios*, y si yo era moza de cántaro, ella lo es hoy *de jarro*. Los presentes las separaron, que se habian ya comenzado á asir de la melena. Acabé de recojer los pedazos de mi

(1) En muchos pueblos hay hornos públicos que llaman de poya, adonde cada vecino puede llevar su pan á cocer, pagando un pequeño estipendio al arrendatario del horno: y como se reunen muchas mugeres, sobre á quién le toca la primera, etc., arman una algazara, y á veces riñas que aturden el barrio.
(*Nota del Editor.*)

pobre herreruelo, y pidiendo dos alfileres á una que se halló allí, la acomodé como pude, con que cubrí mis vergüenzas: dejélas riñendo y fuime á casa de la sastresa, que me habia mandado acudiese á acompañarla á las once, porque habia de ir á comer á casa de una amiga suya. Cuando me vió tan mal tratado, me dijo gritando: ¿pensais ganar mis dineros y venirme á acompañar como un pícaro? con menos de lo que os doy á vos, podria tener otro escudero con calzas atacadas, bragueta, capa y gorra; y vos no haceis sino borrachear lo que os doy. ¡Qué borrachear, decia yo entre mí, con siete cuartos que gano el dia que mas! pasando muchos que mis amas por no pagar un cuarto no querian salir de su casa. Hízome hilbanar los pedazos de mi capa, y con la prisa que se daban, pusieron unos pedazos de abajo arriba: de aquella manera fuí á acompañarla.

CAPÍTULO XIV.

Donde Lázaro cuenta lo que le pasó en un convite.

Ibamos á paso de fraile convidado, porque la señora temia qne no habria harto para ella: llegamos á casa de su amiga, donde habia otras mugeres de las convidadas: preguntaron á mi ama si era yo capaz para guardar la puerta: díjoles que sí: dijéronme, quedaos, hermano, que hoy sacareis el vientre de mal año. Acudieron muchos galancetes, sacando cada uno de su faltriquera, cual una perdiz, cual una gallina; uno sacaba un conejo, otro un par de palominos: este un poco de carnero: aquel un pedazo de solomo; sin faltar quien sacase longaniza, ó morcilla: tal hubo que sacó un pastel de á real envuelto en su pañuelo: diéronlo al cocinero, y entretanto retozaban con las señoras y daban en ellas como asno en centeno verde: lo qne allí pasó, no me es lícito decirlo, ni al lector contemplarlo. Acabada esta comedia, vino la comida: las señoras comieron los *Kyries*, y los galanes bebieron el *Ite misa est*. No quedaba nada en la mesa que las damas no metiesen en sus faltriqueras, envolviéndolo en sus mocadores: sacaron los postres los galanes de las suyas: unos manzanas, otros queso, aceitunas, y uno de ellos, que era el gallo, y el que se las daba con la sastresa, sacó media libra de confitura. Mucho me agradó aquel modo

de tener la comida tan cerca de sí, para una necesidad, y propuse de allí adelante hacer tres ó cuatro faltriqueras en las primeras calzas que Dios me deparase, y una de ellas de buen cuero bien cosida para meter el caldo, porque si aquellos caballeros, que eran tan ricos y principales, lo traian todo en su faltriquera, y las señoras lo llevaban cosido en las suyas, yo que no era sino un escudero de piltrafas, lo podia bien hacer. Fuímonos á comer los criados, y maldita otra cosa habia para nosotros sino caldo y sopas, que me espantó cómo aquellas damas no se las metieron en las mangas: no habiamos apenas comenzado, cuando oimos gran ruido en la sala donde estaban nuestros amos: disputaban quienes habian sido sus mugeres, y quienes eran los maridos de ellas: dejando atrás las palabras vinieron á las manos, y entre col y col lechuga, dábanse puñadas, bofetadas, pellizcos, coces, bocados; desgreñábanse, mezábanse y daban tantos mojicones, que parecian muchachos de aldea cuando van á procesion. La riña se comenzó, segun pude entender, porque algunos de ellos no querian dar ni pagar nada á aquellas señoras: diciéndoles bastaba lo que habian comido. Sucedió que la justicia pasaba por la calle, y oido el ruido, llamaron á la puerta diciendo: abran á la justicia: oida esta palabra, huyeron los unos por aquí, los otros por allí: unos dejaban los herreruelos, los otros las espadas: esta dejaba los chapines, aquella el manto: de manera que todos desaparecieron escondiéndose cada uno lo mejor que pudo: yo, que no tenia por qué huir, estúveme quedo, y como era portero abrí, porque no me achacasen hacia resistencia á la justicia. El primer corchete que entró me asió de los cabezones diciendo fuese preso por la justicia: teniéndome asido cerraron la puerta, y fueron á buscar á los que hacian el ruido: no dejaron aposento, retrete, sótano, bodega, desvan ni letrina que no registrasen. Como no hallaron á nadie, me tomaron el dicho, confesé de p á pa los que habia en la compañía y lo que habian hecho: espantáronse que habiendo tantos como yo decia, no pareciese ninguno; si vá á decir la verdad, yo mismo me espanté de ello, habiendo doce hombres y seis mugeres; con mi sencillez les dije (y aun lo creia) que pensaba fuesen trasgos todos los que allí habian estado y hecho aquel ruido: riéronse de mí, y el alguacil dijo á los que habian bajado á la bodega, si habian mirado bien todo: hizo encender una hacha y entrando por la puerta vieron rodar una cuba. Espantados los corchetes echaron á huir, diciendo: ¡por Dios que es verdad lo que este hombre dice, que aquí no hay sino duendes! El alguacil, que era mas astuto,

los detuvo diciendo no temia al diablo: fuese á la cuba y destapándola halló dentro un hombre y una muger: no quiero decir cómo los halló, por no ofender las castas orejas del benigno y escrupuloso lector; solo digo que la violencia de su accion habia hecho rodar la cuba, y fué causa de su desgracia, y de mostrar en público lo que hacian en secreto: sacáronles fuera: él parecia á Cupido con su flecha, y ella á Venus con su aljaba. El uno y el otro desnudos como su madre los parió, porque cuando la justicia llamó estaban en una cama haciendo las paces, y con el alarma no habian tenido lugar de tomar sus vestidos, y por esconderse se habian metido en aquella cuba vacía donde proseguian su devoto ejercicio. Dejó admirados á todos la hermosura de los dos: echáronles dos capas, entregándolos á dos corchetes para que los guardáran: pasaron adelante á buscar á los otros; descubrió el alguacil una tenaja de aceite, donde halló un hombre vestido: el aceite le llegaba á los pechos: al punto que lo descubrieron quiso saltar fuera; mas no lo hizo tan diestramente que la tenaja y él no diesen en el suelo: saltó el aceite hasta los sombreros de los ministros de justicia, y sin respeto los manchó; renegaban del oficio y aun de la puta que se lo habia enseñado: el aceitado que vió que ninguno le acometia, antes todos huian de él como de apestado, dió á huir; el alguacil gritaba: ténganlo, ténganlo, mas todos le hacian lugar: fuese por una puerta falsa meando aceite: de lo que sacó de su vestido hizo arder la lámpara de Nuestra Señora de las Congojas mas de un mes. La justicia quedó bañada en aceite; renegaban de quien allí los habia traido, y yo tambien, porque decian era el alcahuete, y como á tal me habian de emplumar; salieron como buñuelos de la sarten, dejando rastro por donde iban. Estaban tan enojados, que juraron á Dios y á los cuatro sacrosantos Evangelios, habian de hacer ahorcar á todos los que hallasen: temblábamos los presos; fueron á los alhorines á buscar otros: entraron dentro, y de encima de una puerta derramaron una talega de harina con que cegaron á todos los que dentro estaban; daban voces diciendo: ¡resistencia á la justicia! Si querian abrir los ojos al punto se los cerraban con agua y harina: los que nos tenian nos dejaron para ir á socorrer al alguacil que gritaba como un loco. Apenas habian entrado cuando les taparon los ojos con harina y agua, andaban como gallinas ciegas: encontrábanse los unos con los otros y se descargaban golpes, que se rompian las mejillas, dientes y muelas: como los vimos de vencida dimos todos en ellos, y ellos mismos en sí propios; tanto que de cansados cayeron en el suelo, donde llovian golpes sobre ellos y gra-

nizaban coces. Ni gritaban ni se meneaban, como si estuvieran muertos; si alguno queria abrir la boca para ello, al punto se la hinchian de harina embutiéndolos como á capones en caponera: atámosles las manos y piés, y arrastrando como puercos los llevamos á la bodega, echándoles en el aceite como peces á freir: revolcábanse como lechones en cenagal: cerramos las puertas yéndose cada uno á su casa: el de aquella vino, que estaba en el campo, y hallando las puertas cerradas y que ninguno respondia, porque una sobrina suya que era la que habia prestado su casa para hacer aquel convite, se habia ido á la de su padre, por temer á su tio, hizo descerrajar las puertas, y cuando vió su casa sembrada de harina y untada de aceite, se enojó tanto que daba voces como un borracho: fué á la bodega donde halló su aceite derramado, y á la justicia que se revolcaba; con la rabia que tenia de ver su hacienda desperdiciada, tomó un garrote y dió tantos palos al alguacil y corchetes, que los dejó medio muertos: llamó á sus vecinos y entre todos los sacaron á la calle; donde los muchachos les tiraban lodo, estropajos y suciedades: estaban tan llenos de harina que nadie los conocia. Cuando tornaron en sí y se vieron en la calle libres, se fueron huyendo: entonces se podia decir. tengan á la justicia que huye: dejaron sus herreruelos, espadas y dagas, sin osar jamás volver por ellas, porque nadie supiese el caso. El amo de aquella casa se quedó con todo, por el daño que habia recibido. Cuando yo salí para irme, encontré con una capa, no mala: dejé la mia y tomé aquella: daba gracias á Dios que habia salido medrado de aquella jornada (cosa nueva para mí) pues siempre iba con las manos en la cabeza: fuime á casa de la sastresa: hallé la casa revuelta, y al sastre su marido que la molia á palos, por haber venido sola, sin manto, ni chapines, corriendo por la calle, con mas de cien muchachos trás ella. Llegué á buena hora, porque al punto que el sastre me vió dejó á su muger, y envistió conmigo dándome una puñada, con que me acabó de quitar los dientes que tenia. Dióme diez á doce coces que me hicieron vomitar lo poco que habia comido ¿Cómo, decia, bellaco alcahuete, no teneis vergüenza de venir á mi casa? Aquí pagareis la de antaño y las de ogaño: llamó á sus criados, y trayendo una manta me mantearon tan á su gusto, cuanto á mi pesar: dejáronme por muerto, y como estaba me pusieron en un tablero. Era ya noche cuando torné en mí y me quise menear: caí en tierra, rompiéndome de la caida un brazo: venido el dia, poco á poco me fuí á la puerta de la iglesia, donde con voz lastimosa pedia limosna á los que entraban.

CAPÍTULO XV.

Como Lázaro se hizo ermitaño.

Tendido en la puerta de la iglesia y haciendo alarde de mi vida pasada, consideraba los infortunios en que me habia visto desde el dia que comencé á servir al ciego hasta el punto en que me hallaba, y sacaba en limpio que por mucho madrugar no amanece mas temprano, ni el mucho trabajar enriquece siempre; y así dice el refran, mas vale á quien Dios ayuda, que no quien mucho madruga: encomendéme á él para que el fin fuera mejor que habia sido el principio y el medio. Estaba junto á mí un hermanuco venerable, barba blanca, báculo y rosario en la mano, en cuyo remate colgaba una calavera, tan grande como de conejo. Como el buen padre me vió aflijido, con palabras dulces y blandas me comenzó á consolar; preguntándome de donde era, y que sucesos me habian traido á tal término. Contéle con breves y sucintas razones el largo proceso de mi amarga peregrinacion; quedó admirado de oirme, y con piedad y lástima que mostró tener de mí, me convidó con su ermita: acepté el partido, y como pude, que no fué con poca pena, llegamos al oratorio que estaba una legua de allí en una peña: pegado á él habia un aposento como una alcoba y una cama: en el patio estaba una cisterna con fresca agua, de la cual se regaba un huertecillo, mas curioso que grande. Aquí, dijo el buen viejo, há veinte años que vivo fuera del tumulto é inquietud humana: este es, hermano, el paraiso terrestre: aquí contemplo en las cosas divinas y aun humanas: aquí ayuno cuando estoy harto, y como cuando hambriento: aquí velo cuando no puedo dormir, y duermo cuando el sueño me acosa: aquí paso en soledad cuando no tengo compañía, y estoy acompañado cuando no solo: aquí canto cuando estoy alegre, y lloro cuando triste: aquí trabajo cuando no estoy ocioso, y lo estoy cuando no trabajo: aquí pienso en mi mala vida pasada, y contemplo la buena presente; aquí finalmente es donde todo se ignora, y todo se sabe. En el alma me holgaba de oir al chocarrero ermitaño, y así le supliqué me diese alguna noticia de la vida eremítica, porque me parecia la nata de todas; ¿cómo, respondió él, la mejor? ¡éslo tanto, que solo el que la ha gustado puede saberlo!

mas la hora no nos dá tiempo para mas, porque se acerca la de comer. Roguéle me curase mi brazo, que me dolia mucho: hízolo con tanta facilidad, que de allí adelante no me hizo mas mal: comimos como reyes, y bebimos como tudescos; acaba la comida en medio del dormir de la siesta, comenzó á gritar mi bueno del santero, diciendo: ¡que me muero! ¡que me muero! levantéme y halléle que queria espirar. Viéndole de aquella manera, preguntéle si se moria, respondióme sí, sí, sí; repitiendo sí falleció dentro de una hora. Víme afljido considerando que si aquel hombre se moria sin testigos podian decir que yo lo habia muerto, y costarme la vida, que hasta entonces con tantos trabajos habia sustentado, y para esto no eran menester muchos testigos, porque mi talle mostraba ser antes salteador de caminos que hombre honrado. Salí al punto de la ermita, por ver si parecia por allí alguno que fuese testigo de aquella muerte: mirando á todas partes ví un hato de ganado cerca de allí; fuí allá presto (aunque con trabajo por estar molido de la refriega sastresca), hallé seis ó siete pastores, y cuatro ó cinco pastoras á la sombra de unos sauces junto á una fuente despejada y clara: ellos tañian y ellas cantaban: los unos bailaban y los otros tocaban: este tenia de la mano á una, aquel dormia en el regazo de la otra: finalmente pasaban el calor en requiebros y palabras regaladas: llegué despavorido á ellos, rogándoles que sin dilacion se viniesen conmigo porque el ermitaño se moria: vinieron algunos de ellos, quedando los otros á guardar el rebaño: entraron en la ermita y preguntaron al buen ermitaño si se queria morir: dijo que sí (y mentía porque él no lo queria, haciánselo hacer contra su voluntad); como ví que estaba siempre en sus trece de decir que sí, díjele si queria que aquellos pastores sirviesen de albaceas y cabezaleros, respondió sí; preguntéle si me dejaba por su único y legítimo heredero, dijo que sí; proseguí si confesaba que lo que poseia y de derecho podia poseer me lo debia por servicios y cosas que de mí habia recibido, dijo otra vez sí; aquel quisiera hubiera sido el último cuento de su vida, mas como ví que aun le quedaba aliento, porque no lo emplease en daño, proseguí con mis preguntas, haciendo que uno de aquellos pastores sentase todo lo que decia: hízolo el pastor con un carbon en una pared, porque no habia tintero, ni pluma; díjele si queria que aquel pastor firmase por él, pues que no estaba para ello, y murió diciendo sí, si, sí. Dimos órden de enterrarlo, hicimos una sepultura en su huerto (todo con gran prisa porque temia que resucitase); convidé á merendar á los pastores, no quisieron admitirlo, por

ser hora de repastar: fuéronse dándome el pésame: cerré bien la puerta de la ermita y dí vuelta á todo: hallé una gran tenaja de buen vino, otra de aceite, y dos orzas de miel; tenia dos tocinos, mucha cecina y algunas frutas secas, todo esto me agradaba mucho, mas no era lo que buscaba: hallé sus arcas llenas de lienzo, y en un rincon de una un vestido de muger: esto me maravilló, y mas de que hombre tan prevenido, no tuviese dineros: quise ir á la sepultura á preguntarle donde los habia puesto: parecióme que despues de habérselo preguntado me responderia: ignorante, piensas que estando en despoblado, sujeto á ladrones y malandriñes, los habia de tener en un cofre á peligro de perder lo que amaba mas que á mi vida: esta inspiracion, como si realmente la hubiera oido de su boca, me hizo buscar en todos los rincones, y no hallando nada, consideré, si yo hubiese de esconder aquí dineros, para que ninguno los hallase, donde los esconderia: dije entre mí, en aquel altar; fuí á él y levanté el delante altar de la peana, que era de barro y adobes: en un lado ví una rendija por donde podia caber un real de á ocho, la sangre me comenzó á bullir y el corazon á palpitar: tomé una azada, y en menos de dos azadonazos, eché la mitad del altar á tierra, y descubrí las reliquias que allí estaban sepultadas: hallé una olla llena de dineros: contélos y habia seiscientos reales: fué tan grande el contento del hallazgo que pensé quedarme muerto: saquélo de allí, é hice un hoyo fuera de la ermita, donde los enterré, porque si me querian echar de allí, tuviese fuera lo que mas amaba: hecho esto vestíme los hábitos del ermitaño, y fuí á la villa á dar noticia de lo que pasaba al prior de la cofradía, no olvidando de tornar á acomodar el altar como antes estaba; hallé juntos á los cofrades, de quienes dependia aquella ermita, que era de la advocacion de San Lázaro, de donde conjeturé buen pronóstico para mí: como los cofrades me vieron ya cano y de ejemplar aspecto, que esto es lo que mas importa para tales cargos; aunque hallaron una dificultad, y fué que no tenia barba, porque como habia tan poco que me la habia tundido, no me habia aun nacido, mas esto no obstante, viendo por relacion de los pastores, que el muerto me habia dejado por su heredero, me dieron la tenencia de la capilla. Acuérdome á este propósito de barbas, de una cosa que me dijo una vez un fraile: que en una religion, de las mas reformadas, no hacian superior á ninguno que no fuese bien barbado; y así sucedia que habiendo algunos capáces para ejercitar aquel cargo, lo escluian y ponian en él á otro con tal que tuviese lana (como si el buen gobierno dependiera de los pelos, y no del

entendimiento, capacidad y madurez): amonestáronme viviese con el ejemplo y buena reputacion que mi predecesor habia vivido, siendo tal que todos le tenian por Santo. Prometíles vivir como un Hércules: advirtiéronme que no pidiese limosna sino los martes y sábados; porque si la pedia otro dia, los frailes me castigarian: prometíles hacer en todo lo que me ordenasen: particularmente porque no tenia gana de enemistarme con ellos, pues habia gustado á lo que sabian sus manos. Comencé á pedir con un tono bajo, humilde y devoto, como lo habia aprendido en la escuela del ciego: hacia esto, no por necesidad, sino porque es uso y costumbre de mendingantes, que cuanto mas tienen piden mas, y con mas gusto. Las gentes que oian decir, den limosna para la lámpara del señor San Lázaro y no conocian la voz, salian á las puertas, y viéndome se espantaban: preguntábanme por el P. Anselmo, que así se llamaba el buen Arias; díjeles se habia muerto: los unos decian, ¡buen siglo le dé Dios, que tan bueno era! su alma está gozando de la bienaventuranza: otros: ¡bendito sea él, que tal vida hacia! en seis años no ha comido cosa caliente: aquellos, que se pasaba con pan y agua. Algunas piadosas mentecatas se hincaban de rodillas, invocando al P. Anselmo. Preguntóme una qué habia hecho de su hábito: díjele que era el que yo llevaba: sacó unas tijeras, y sin decir lo que queria, comenzó á cortar un pedazo de lo que primero encontró, que fué de hácia la horcajadura. Como ví que acudia á aquellas partes, comencé á gritar: viéndome tan alborotado, dijo: no se espante, hermano, que no quiero dejar de tener reliquias de aquel bienaventurado, yo le pagaré el daño del hábito. ¡Ay! decian algunos, sin duda que antes de seis meses lo canonizarán, porque ha hecho muchos milagros. Acudió tanta gente á ver su sepulcro, que la casa estaba siempre llena, y así fué necesario sacarlo á un cobertizo que estaba delante de la ermita: de allí adelante no pedia para la lámpara de S. Lázaro; pero sí para la del bienaventurado Anselmo. Jamás he podido entender este modo de pedir limosna para alumbrar á los Santos, ni quiero tocar esta tecla que sonará mal. No se me daba nada de no ir á la ciudad, porque en la ermita tenia todo lo que queria; mas porque no dijesen que estaba rico, y que por eso no pedia limosna, fuí el dia siguiente donde me sucedió lo que verá el que leyere.

CAPÍTULO XVI.

Como Lázaro se quiso casar otra vez.

Mas vale fortuna, que caballo ni mula: al hombre desdichado la puerca le pare perros: muchas veces vemos muchos hombres levantarse del polvo de la tierra, y sin saber cómo se hallan ricos, honrados, temidos y estimados: si preguntais ¿este hombre es sábio? deciros han que como una mula: ¿si es discreto? como un jumento: ¿si tiene algunas buenas perfecciones? como la hija de Juan Pito. ¿Pues de dónde le ha venido tanto bien? responderos han; de la fortuna. Otros por el contrario, que son discretos, sábios, prudentes, llenos de mil perfecciones, capaces para gobernar un reino, se ven abatidos, desechados, pobres y hechos estropajos del mundo; y si preguntais la causa, deciros han: la desdicha los persigue. Esta pienso me seguia y perseguia, dando al mundo un ejemplo y dechado de lo que puede, porque desde que él se fundó no ha habido un hombre tan combatido de esta desdichada fortuna. Iba por una calle pidiendo como solia para el señor San Lázaro, porque en la ciudad no osaba pedir para el beato Anselmo: esto solo era para los bozos y motolitas, que venian á tocar sus rosarios al sepulcro donde, segun su dicho, se hacian muchos milagros. Llegué á una puerta, y haciendo lo que en otras, oí que de una escalera me decian: ¿por qué no sube Padre? suba, suba: ¿qué novedad es esta? Subí, y en medio de la escalera, que estaba un poco oscura, me asaltaron varias mugeres y niños. Unas se me colgaban del cuello, otras me trababan de las manos, metiéndome las suyas en las faltriqueras: todas me preguntaban la causa de no haberme visto en ocho dias. Cuando hubimos acabado de subir la escalera, y que con la claridad de las ventanas me vieron, se quedaron mirando las unas á las otras hechas matachines: dieron en reir, que parecia lo habian tomado á destajo: ninguna podia hablar: el primero que lo hizo fué un niño, diciendo: ¡este no es papá! Despues que aquellas grandes crecidas de risa se mitigaron un poco, las mugeres, que eran cuatro, me preguntaron, para quien pedia limosna; díjele que para San Lázaro: ¿cómo dijeron ellas, pedís vos? ¿El P. Anselmo está bueno? Bueno, le respondí yo; no le duele nada, porque hace ocho

dias que murió. Cuando esto oyeron dispararon á llorar, que si la risa era grande antes, los llantos era mayores despues. Estas gritaban: aquellas se mesaban los cabellos, y todas juntas hacian una música tan disonante, que parecian monjas encantaradas. Esta decia, ¿qué haré, desdichada de mí, sin marido, sin amparo y sin consuelo? ¿á donde iré? ¿quién me amparará? ¡oh amarga nueva! ¿qué desdicha es esta? Aquella lamentando entonaba: ¡oh yerno mio y mi señor! ¿cómo nos has dejado, sin despedirte de nosotras? ¡oh nietecitos mios huérfanos y desolados! ¿dónde está vuestro padre? Los niños llevaban el tiple de aquella mal acordada música: todos lloraban, todos gritaban: todo era lamentaciones y lástimas. Cuando las aguas de aquel gran diluvio cesaron un poco, se informaron de mí, cómo y de qué habia muerto: contéselo, y el testamento que habia hecho, dejándome por su legítimo heredero. ¡Aquí fué ello! las lágrimas se tornaron en rabias, los lloros en blasfemias y las lástimas en amenazas. Vos sois algun ladron que lo habeis muerto por robarlo; mas no os alabareis de ello, decia la mas moza, que ese ermitaño era mi marido, y estos tres niños sus hijos, y si vos no nos dais toda su hacienda, os haremos ahorcar: y si la justicia no lo hace, puñales y espadas hay con que sacaros mil vidas, si mil vidas tuviéreis. Díjeles como habia buenos testigos, delante de quienes habia hecho testamento, Todas esas, dijeron ellas, son marañas y embustes, porque el dia que vos decis que murió, estuvo aquí, y dijo no tenia compañía. Como ví que el testamento no se habia hecho por ante escribano, y que aquellas mugeres me amenazaban, y por la esperiencia que tenia de la justicia y pleitos, determiné hablarles con blandura, por si con ella podia acabar, lo que por justicia sabia habia de perder, y tambien porque las lágrimas de la recien viuda me habian atravesado las telas del corazon; y así les dije se sosegasen, que no perderian nada conmigo: que si habia aceptado la herencia habia sido por creer que el muerto no era casado, no habiendo oido decir jamás que los ermitaños lo fuesen. Ellas, pospuesta toda tristeza y melancolía, se comenzaron á reir diciendo, que bien se echaba de ver ser nuevo y poco esperimentado en aquel oficio, pues no sabia que cuando decian un ermitaño solitario, no se entendia haberlo de estar de la compañía de mugeres, no habiendo ninguno que no tuviese una por lo menos, con quien pudiese pasar los ratos que le quedaban desocupados de su contemplacion en ejercicios activos, imitando unas veces á Marta y otras á María, particularmente siendo gente que tenian mas conocimiento de la voluntad de Dios, que quiere

que el hombre no esté solo, y así ellos como hijos obedientes, tenian una ó dos mugeres, que sustentaban, aunque fuese de limosna; y con especialidad aquel desdichado que sustentaba cuatro: á esta pobre viuda: á mí, que soy su madre: á estas dos, que son hermanas, y á estos tres niños, que son sus hijos, ó á lo menos que el tenia por tales. Entonces la que decian era su muger dijo, que no queria la llamasen viuda de aquel viejo podrido, que no se habia acordado de ella el dia de su muerte, y que aquellos niños, ella juraria no ser suyos, y que desde entonces anulaba los capítulos matrimoniales. ¿Qué contienen esos capítulos, le supliqué yo? La madre dijo: los capítulos matrimoniales que yo hice cuando mi hija se casó con aquel ingrato, fueron los siguientes: que para decirlos es menester tomar el agua de atrás. Estando en una villa llamada Dueñas, seis leguas de aquí, habiéndome quedado estas tres hijas de tres diferentes padres, que segun la mas cierta conjetura, fueron un Monje, un Abad y un Cura, porque siempre he sido aficionada á la iglesia, me vine á vivir á esta ciudad, por huir y evitar las murmuraciones, que en lugares pequeños nunca faltan. Todos me llamaban la viuda eclesiástica; porque por mis pecados todos eran muertos, y aunque hubo luego otros bue entraron en su lugar, eran gente de poco provecho de menos autoridad, y no queriéndose contentar con la oveja, acometian á las tiernas corderillas. Viendo pues el peligro evidente, y que la ganancia no nos podia pelechar, hice alto, y asenté aquí mi real, donde á la fama de las tres mozuelas, acudieron como mosquitos al tarugo; y de todos, á ninguno me incliné tanto como á los eclesiásticos, por ser gente secreta, rica, casera y paciente. Entre otros llegó á pedir limosna el Padre de San Lázaro, que viendo esta niña le hinchó el ojo, y con su santidad y sencillez me la pidió por muger: dísela con las condiciones y capítulos siguientes. Primera: que se obligaba á sustentar nuestra casa, y que lo que pudiésemos ganar, seria para vestirnos y ahorrar. Segunda: que si mi hija en algun tiempo tomase algun coadjutor, por ser él algo decrépito, que callaria como en misa. Tercera: que todos los hijos que ella pariese, los habia de tener por propios, á quienes desde luego prometia lo que tenia y podia tener: y si mi hija no tuviese hijos, la hacia su legítima heredera. Cuarta: que no habia de entrar en nuestra casa cuando viese á la ventana jarro, olla, ú otra basija, que era señal que no habia lugar para él. Quinta: que cuando él estuviese en casa y viniese otro, se habia de esconder donde le dijésemos, hasta que el tal se fuese. Sexta y última:

que nos habia de traer dos veces á la semana algun amigo ó conocido que hiciese la costa, dándonos un buen gaudeamos. Estos son los artículos, prosiguió ella, con que aquel desdichado dió palabra á mi hija, y ella á él. El casamiento quedó hechó y acabado sin tener necesidad de ir al cura, porque él nos dijo no era menester, pues lo esencial de él consistia en la conformidad de voluntades, é intencion mútua. Quedé espantado de lo que aquella segunda Celestina me decia, y de los artículos con que habia casado á su hija. Estuve perplejo sin saber qué decir, mas ellas abrieron camino á mi deseo; porque la viudeja se me colgó del cuello diciendo: si aquel desdichado tuviera la cara de este ángel, yo le hubiera amado: y con esto me besó. Trás este beso me entró un no sé qué, que me comencé á abrasar. Díjele que si queria salir del estado de viuda y recibirme por suyo, guardaria no solo los artículos del viejo, mas todos los que quisiere añadir. Contentáronse de ello diciendo, que solo querian les entregase todo lo que en la ermita habia, que ellas lo guardarian; prometíselo, con intencion de encubrir el dínero para una necesidad. La conclusion del casamiento quedó para la mañana siguiente, y aquella tarde enviaron un carro, en que se llevaron hasta las estacas: no perdonaron al lienzo del altar, ni á los vestidos del santo. Yo estaba tan picado, que si me hubieran pedido el ave Fenix, ó las aguas de la laguna Estigia, se las hubiera dado. No me dejaron sino una pobre marraga, donde me echase como un perro. Como la señora mi muger futura, que vino con la carreta, vió que no habia dineros, se enojó porque el viejo le habia dicho que los tenia; mas no donde. Preguntóme si sabia donde estaba el tesoro: díjele que no. Ella como astuta me trabó de la mano para que lo buscásemos: llevóme por todos los rincones y escondrijos de la ermita, sin dejar la peana del altar, y como vió qne estaba recien acomodada, concibió mala sospecha. Abrazóme y besóme, diciendo: mi vida, dime donde están los dineros, para que con ellos hagamos una boda alegre. Yo lo negué siempre diciendo que no sabia de dineros: sacóme de la mano é hizo diésemos una vuelta á la ermita mirándome siempre á la cara, y cuando llegamos donde yo los habia escondido se me fueron los ojos hácia allá. Llamó á su madre diciendo cavase debajo de una piedra que yo habia puesto: topó con ellos y yo con mi muerte: disimuló diciendo: veis aquí con que nos daremos buena vida. Hizóme mil caricias, y al punto, porque se hacia tarde se fueron á la ciudad, quedando convenidos que á la mañana yo iria á su casa, donde haríamos la mas alegre boda que jamás se vió. ¡Plegue á Dios que orégano sea!

decia yo entre mí. Estuve toda aquella noche puesto entre la esperanza y el temor de que aquellas mugeres no me engañasen, aunque me parecía era imposible hubiese engaño en una tan buena cara. Esperaba gozar de aquella polluela, y así la noche me pareció un año. No era aun bien amanecido, cuando cerrando mi ermita me fuí á casarme, como quien no decia nada: no me acordaba que lo era; llegué á hora que se levantában: recibiéronme con tan grande alegria, que me tuve por dichoso, y pospuesto todo temor, comencé á hacer y deshacer en casa, como en propia: comimos tan bien y con tanto gusto, que me parecia estaba en un paraiso. Habian convidado á seis ó siete de sus amigas: despues de comer danzamos, y á mí, aunque no lo sabia hacer, me forzaron á ello. ¡Era verme bailar, con mis hábitos de ermitaño, cosa de risa! Venida la tarde, despues de bien cenar y mejor beber, me entraron en un aposento no mal aderezado, donde habia una buena cama. Mandáronme acostar en ella: entretanto que mi esposa se desnudaba, descalzóme una criada, y dijo me quitase la camisa, porque para las ceremonias que se habian de hacer, era menester estar en cueros. Obedecí luego, entraron por el aposento todas las mugeres y mi esposa detrás vestida de ceremonia, trayéndole uua la cola. Así que llegaron me asieron cuatro de los piés y de los brazos y con grande deligencia me echaron cuatro lazos corredizos, y atando las cuerdas á los cuatro pilares de la cama, quedé aspado, como un San Andrés. Comenzaron todas á reir al verme en aquella forma y trayendo una un caldero de agua del pozo, y otra una olla de agua hirviendo empezaron á echarme por todo el cuerpo jarros ya de fria, ya de caliente. Yo ponia con esto los gritos en el cielo: ellas me mandaron callar, amenazándome que de otro modo seria mas sério el chasco; y que pensase para qué habia nacido. Luego tomaron una gran vacía con agua muy caliente y me metieron en ella la cabeza; abrasábame, y lo peor era que si queria gritar me daban tantos repizcos y azotes con los chapines, que tomé por mejor partido sufrir y dejarlas hacer cuanto quisieran: peláronme las barbas, cejas, cabellos y pestañas. Paciencia decian ellas, que las ceremonias se acabarán presto y gozará de lo que tanto desea. Roguélas que me dejasen, pues el amor se me habia pasado; pero sin hacer caso de mis lamentos, con el tizne de las sartenes me pusieron la cara y todo el cuerpo de modo que parecia el mismo demonio. Entonces una, la mas vivaracha y desahogada, dijo á las demás: no seria malo llamar á Pierres el capador para que lo hiciese músico. Riyeron todas la ocurrencia, y

en particular mi muger. Se preparaban á ponerlo por obra diciéndome: ¿creia el dómine ermitaño que no hay mas que casarse, y que todo lo que le decíamos era el Evangelio? pues no era ni aun la epístola ¿De mugeres se fiaba? ahora verá el pago que lleva. Yo como me ví en un peligro tan inesperado, hice tales esfuerzos que rompí una cuerda con un pilar de la cama, y ellas temiendo acabase de romperla me desataron, y cogiendo las puntas de la manta sobre que estaba tendido, empezaron á mantearme con mucha alegria diciéndome: estas son las ceremonias con que comienza el casamiento: mañana si quiere volver acabaremos lo demas. Yo estaba tan rendido y quebrantado, que ni aun aliento tenia para hablar. Entonces envuelto en la misma manta me llevaron entre cuatros lejos de la casa, dejándome en medio de la calle, en donde me amaneció; y los muchachos me comenzaron á correr y hacerme tanto mal, que por huir de su furia me entré en una iglesia y puse junto al altar mayor donde cantaban una misa. Como los clérigos vieron aquella figura, que sin duda parecia al diablo que pintan á los piés de San Miguel, dieron á huir y yo trás ellos por libertarme de los muchachos. La gente de la iglesia gritaba: unos decian guarda el diablo; otros guarda el loco; yo tambien gritaba, que ni era diablo ni loco, sino un pobre hombre á quien sus pecados habian puesto así. Con esto se sosegaron todos: los clérigos tornaron á acabar su misa, y el sacristan me dió un bancal de una sepultura, con que cubrirme. Púseme en un rincon considerando los reveses de la fortuna, y que por donde quiera hay tres leguas de mal camino, y así determiné quedarme en aquella iglesia para acabar allí mi vida, que segun los males pasados no podia ser muy larga, y para escusar el trabajo á los clérigos de que me fuesen á buscar á otra parte despues de mi muerte.

Esta es, amigo lector, en suma la segunda parte de la vida de Lazarillo, sin añadir ni quitar, de lo que de ella oí contar á mi visabuela. Si te diere gusto me huelgo, y á Dios.

DIÁLOGO

ENTRE

CARONTE Y EL ANIMA DE PEDRO LUIS FARNESIO,

HIJO DEL PAPA PAULO III.

SU AUTOR

DON DIEGO HURTADO DE MENDOZA.

DIÁLOGO

ENTRE

CARONTE Y EL ÁNIMA DE PEDRO LUIS FARNESIO,

HIJO DEL PAPA PAULO III.

Anima. ¡Hola, hola! ¡Ah viejo de la barca! ¿No oyes? Espera, no te partas, respóndeme á lo que quiero preguntarte.

Caronte. Quien será este presuntuoso arrogante, que con tanta furia camina y con tanta prisa me llama? Quiero esperalle y saber quien es. ¡Válgalo la ira mala! Extraño debe ser este. Sin piés ni manos camina, hendida la cabeza, como dicen, de oreja á oido, degollado y con dos estocadas por los pechos. Mátenme sino debe ser de la rota de Albis, y hase tardado en llegar por falta de piernas.—Camina, si quieres; que me haces perder el tiempo esperándote. Entra y dime quien eres, que extrañamente bienes lisiado.

Anima. ¿Que dices? ¿Que cosa es entrar? ¿Con tan poco respeto me hablas? ¿Soy hombre yo, por ventura, que tengo de entrar en docena con esa canalla de que tienes llena la barca?

Caronte. Perdóname, que el verte desnudo, lleno de heridas y maltratado me hizo creer que eras alguno de los que voy tan cargado, y que te habias tardado de no haber podido caminar mas con esas piernas, que me parecen tan ruines como las manos. Pero ¿quien eres?

Anima. Romano.

Caronte. Tu habla da testimonio. Ni por esas señas te conozco.

Anima. ¿Como no? ¿No conoces al duque de Castro, al príncipe de Parma, al duque de Plasencia, al marqués de Novara, capitan general y confalonier de la Iglesia?

Caronte. Todo eso no basta para que te conozca, por que los mas de los títulos que has dicho son tan nuevos, que aun no han llegado á mi noticia. Pero dime tu propio nombre si quieres que te conozca.

Anima. ¡Oh viejo loco, ignorante! ¿Es posible que no conozcas al hijo del Papa?

Caronte. No, que no le conozco, ni aun sabia yo que los papas tuviesen hijos. Mas agora me acuerdo de un cierto duque de Valentinois, que pasó por aquí no se cuantos años ha, tan arrogante como tu, y aun casi tan bien acuchillado, que dijo ser hijo de un otro papa, y queria tambien, como tu, que por esto se le tuviese respeto.

Anima. Yo creo que disimulas conmigo, por verme así solo y maltratado, fingiendo no conocerme; pero no puede ser que no conozcas á Pedro Luis Farnesio, gentilhombre romano.

Caronte. ¡Oh, oh, oh! Agora si que te conozco como á mi. ¿No eres tu el coronel Pedro Luis, hijo de Alejandro Farnesio, que al punto es Paulo III, sumo pontífice de los cristianos? De la primera vez te conociera si dijeras tu propio nombre; pero por esos otros títulos nuevos é inusitados apenas te conociera quien te los dió. Mas dejado esto ¿como vienes asi?

Anima. Matáronme ciertos vasallos mios.

Caronte. ¡Oh mal caso! oh grave maldad! ¿Es posible que los vasallos osen matar á su natural señor? ¿Donde te mataron?

Anima. En Plasencia, de donde me habia hecho duque y señor mi padre, poco ha mas de dos años.

Caronte. ¿Y eran placentinos los que te mataron?

Anima. Si, y de los mas principales de aquel estado.

Caronte. Pues de esa manera, ¿como dices que eran tus vasallos? Agora no me maravillo de que te matasen; pero maravíllome mucho que tu padre te hiciese señor de lo que no era suyo ni podia ser tuyo.

Anima. ¿Como no? ¿No puede el Papa hacer lo que quiere del patrimonio de la Iglesia?

Caronte. No, segun dicen algunos de vuestros canonistas, que han pasado por aquí; pero demás destos, otros juristas imperiales, y particularmente milaneses, me han dicho que el estado de Plasencia no es sino patrimonio del ducado de Milan, que fué empeñado por poca cantidad de dinero; y si es, ¿mira como te lo podria dar?

Anima. No faltó allá en el mundo quien dijo todo eso á mi padre y se lo dió á entender, y todavia el me lo dió, y yo no habia de buscar mejor título, cuanto mas que lo busqué y procuré y supliqué al Empe-

rador por la investidura; el cual nunca me la quiso dar, siendo mi consuegro y habiéndole servido.

Caronte. Si á todos los que le han servido mas y mejor que tu hubiese el Emperador pagado como á tí y á los tuyos, seria menester, ó que conquistase otro nuevo mundo para pasar, ó se despojase de lo que tiene para pagar. Mas ¿sabes que he pensado? Que los placentinos te pagaron imperialmente de los males y daños que á ellos les habias hecho, como de los deservicios que al Emperador pensabas hacer.

Anima. De lo hecho no digo nada, por que todo el mundo sabia como he vivido; pero ¿quien te ha dado aviso de lo que pensaba hacer?

Caronte. ¡Que bobo eres! Por mas avisado te tenia. ¿No sabes que pasó por aqui, pocos meses ha, el conde de Fiesco, que iba tras Joanetin Doria, á quien él por tus persecuciones hizo matar, el cual como mozo y de poca esperiencia, contó aquí en esta barca á otros rapaces como él cuantos tratos tenia contigo, salvo los carnales, que por ser tan feos, aun los demonios que acá están aborrecen oillos? Pero no es nada esto. ¿No sabes que ayer, á manera de decir, pasó por aquí el rey Francisco de Francia, tu caro amigo y pariente que habia de ser, el cual me dijo en secreto casi la mayor parte de las tramas que entre él y tu habíades urdido, y venia mal enojado con la muerte, por que le habia atajado los pasos antes que las pudiese poner en efecto? Demas desto, ¿no sabes que el año pasado bajó acá Barbaroja, que la mayor lástima que llevaba era no haberse podido vengar de tu padre de no haber cumplido con el Turco ni con él nada de tanto que les prometió cuando lo de Castro y cuando lo de Tolon? como si tu padre, por mucho que lo intentó pudiese estorbar que los cielos y los hados no favorezcan y prosperen las cosas del Emperador, y que no las levanten al cielo, cuando en la opinion de los hombres estan mas cerca de caer por tierrra. Mira si de tales tres testigos he podido ser bien informado de tus hazañas y de las de tu padre.

Anima. ¡Que digresion tan larga has hecho y cuan fuera de propósito! Y ya que así sea lo que has dicho, ¿que tiene que hacer con el derecho que yo tenia al estado de Plasencia, ni con la autoridad que mi padre tuvo para dármelo?

Caronte. Á esto respondí, si te acuerdas, antes que viniese á la digresion que dices; sino que como traes la cabeza tan abierta, hásete salido de la memoria por la herida. Todavia torno á decir, y tu lo sabes, que no era de tu padre ni te lo podia dar, y que por ser contra todo derecho, el Emperador no lo quiso consentir. Y aun si miraras

al título de la concesion, vieras que no habia en él ninguna firma del cardenal ni de ningun vasallo ni aficionado á su magestad. Donde se ve claro que fué concesion injusta, hecha por *aliamtiam* y de manga como se suele decir.

Anima. ¿Que se me dá á mi de eso? Yo me era duque de Plasencia á su placer ó su pesar; y si mi derecho era bueno ó malo, yo no tenia necesidad de ponello en disputa con nadie; cuanto mas, que cuanto al testamento de Adan, tan mio era aquello como del Emperador lo que tiene, y si vamos con curiosidad del derecho de cada uno, ninguno lo tiene mejor á lo que tiene que la posesion, y al cabo el mejor derecho es el mas antiguo de posesion; de manera que sola esta ventaja me podrian á mí hacer los otros príncipes, que era habérmelo yo conquistado y ellos heredado.

Caronte. Si trujeras la cabeza sana, creyera que la traias vacia; pero véotela tan llena de sesos, que revientan por defuera, de manera que no sé qué me diga de tí. Todavia quiero replicar á lo que has dicho con sola una palabra, y es que de no dársete nada, y de ser duque á pesar del Emperador, y de haber tu usurpado la señoría y hecho de la fuerza derecho, mira lo que has ganado, y dés las gracias á tu padre por la merced y beneficio que te hizo.

Anima. ¡Oh, oh, oh! Eso es fuerza de propósito; por que los hombres valerosos acometen las grandes hazañas, no obstante que la salida de ellas sea difícil y trabajosa, cuanto mas que el hombre pone y Dios dispone.

Caronte. Es verdad, y así me parece que aconteció á ti con los condes que te mataron y á ellos contigo, por que tu acometiste tiranamente serles señor; gobernaste despues como tirano, por no saber, como dices, la salida de las cosas; y al cabo moriste como tirano, y ellos acometieron como valerosos en matar al tirano sin saber como saldrian dello; y dispúsolo Dios de manera que les salieron las cosas mejor de lo que pensaban. Mas dejado esto, ¿donde estabas cuando te mataron?

Anima. En la ciudadela, que es una casa fuerte de aquella ciudad.

Caronte. No debia ser muy fuerte, pues tan poco te aprovechó.

Anima. Si era, y harto; pero estaba casi solo.

Caronte. Pues ¿como, siendo tirano, estabas solo?

Anima. ¿Quien se puede guardar de traidores?

Caronte. Quien no la hace no la teme, quien no hace agravio, mal ni daño alguno.

Anima. Á los que me mataron poco les habia tomado, puesto que si me esperaran cuatro horas....

Caronte. Ya te entiendo; de manera que si ellos fueron traidores, tu eras alevoso; y sino se anticiparan . tu te anticiparas.

Anima. Si, por que tenia ya aviso de sus tramas y tratos.

Caronte. Bien se parece en el cuidado que tuviste de guardar tu persona.

Anima. ¿Quien habia de pensar que cuatro ó cinco vasallos mios, sin favor ni calor de otro, osaran de acometerme?

Caronte. Quien los tenia injuriados, quien les habia hecho agravios, y se los hacia cada dia.

Anima. Nunca yo les hice agravio particular á ellos, que el pueblo no lo recibiese muy mayor; y sufriéndolo este, pensaba yo que aquellos lo sufrian.

Caronte. Si te engañó tu pensamiento, la experiencia te lo muestra, cuanto mas que era gran liviandad la tuya, pensar reinar como tirano y poder vivir seguro; porque la indinacion del pueblo maltratado pone armas en la mano del noble, el clamor de la injuria del pueblo despierta é incita á la venganza el ánimo del noble; ¿como es posible que no hayas oido la fin que hubieron los tiranos que contra toda la razon quisieron señorear?

Anima. Ya que eso sea así, no vivia yo tan descuidado como eso, ni tan á lumbre de pajas; que guarda tenia de á pié y de á caballo, muchos particulares y amigos, muchos caballeros y muchos soldados pláticos y valientes, á quien entretenia por buen respeto y para mayor seguridad de mi persona.

Caronte. Pues ¿que se hicieron esos que dices? ¿Donde estaban cuando los hubiste menester?

Anima. Por ser la casa estrecha, y tambien porque me fiaba de pocos, los tenia aposentados por la ciudad, y solamente tenia conmigo dentro de la ciudad aquellos que no podia escusar.

Caronte. Antes, segun me dijo un Obispo, mozo de buen gesto, que tu martirizaste diabólicamente pocos años ha, solamente tenias contigo los que pudieras y debieras escusar, y quizá aquellos polvos trujeron estos lodos; pero no me maravillo de que te fiases de pocos, como dices, sino de que siendo tirano y viviendo como vivias, osases fiarte de ti mismo, considerado que la vida del tirano no es otra cosa que una sombra de la muerte, una gruta obscura llena de mil malas visiones, un camino áspero y estrecho, lleno de todas partes de mil géneros

de inconvenientes, lazos y peligros, sin que pueda excusar de caer en alguno de ellos. Malaventurado de ti, nómbrame alguno de esos parientes, amigos ó criados que tenias contigo, que te sirviesen por amor ó por tus virtudes y valor.

ANIMA. Servíanme por el bien que mi padre y mis hijos les hacian, y por el que yo les pudiera hacer si viviera.

CARONTE. Pero si por interés te servian, ¿como no considerabas que aquel á quien basta el ánimo para servir á un tirano por interés, le bastará el ánimo para matarle?

ANIMA. Ya lo consideré algunas veces; pero asegurábanme los buenos tratamientos que yo les hacia.

CARONTE. ¿Buenos tratamientos llamas quitarles cada dia las haciendas, sus franquezas y libertades? ¿Cuál tirano hizo jamás mejor tratamiento á privado suyo, que hacía el duque Alejandro, tirano de Florencia, aunque con mas honesto título, que tambien pasó por aqui los otros dias, á Lorencin de Médicis, su primo hermano, el cual por premio de tantos beneficios lo mató despues á puñaladas?

ANIMA. Fué cosa muy fea y gran maldad de caballero.

CARONTE. Verdad es; pero permitió Dios á las veces un gran mal por excusar otro mayor, como permitió que Joab, capitan de David, matase á Absalon, su mas caro hijo, por escusar el daño mayor, que fuera si el hijo matara al padre y le quitara el reino; y como permitió que Judit, viuda, mujer honesta, siendo ejemplo de verdad y de bondad, ensangrentase las manos y degollase aquel tan famoso capitan Holofernes, porque aquel no usurpase el reino á Osías.

ANIMA. Tu eres gran sofista; yo no vine aqui para disputar contigo, ni menos para oir tus sermones; yo te digo que me vi duque y señor pacífico de Parma y Plasencia, temido de muchos y estimado de todos.

CARONTE. ¿Quieres dejarme decir una palabra, y despues dí cuanto quisieres? Mira cuan grande era tu ignorancia allá en el mundo, que aun te dura hasta agora. ¿Como te podias llamar duque pacífico, si tus mismos vasallos, como tu los llamas, te hacian la guerra? y si eras temido de muchos, ¿como no temias de ninguno? Pues quiere toda buena razon que tema de muchos aquel de quien todos temen; y si eras estimado de todos, ¿como estimabas tan poco á los que te mataron?

ANIMA. Porque no eran hombres para competir conmigo.

CARONTE. ¡Ah, ah, ah! Esa es la mas nueva necedad que nunca

he oido; ¿fueron hombres para matarte, y dices que no eran para competir contigo? Agora veo que el desacato que te tuvieron te hace desvariar de lo que comenzaste á decir.

Anima. Digo que yo era señor, ora fuese por amor, ora por fuerza, y puesto que yo fiaba mucho en la autoridad de mi padre, en el parentesco que tenia con el Emperador, y en lo que habia hecho de nuevo con franceses y venecianos, todavia para prevenir lo de adelante y asegurarme á mi y perpetuar mi estado, comencé á labrar mi castillo desde los fundamentos, que por ventura si se acabara, fuera de los mejores de Italia.

Caronte. Pues ¿porque no lo acabaste?

Anima. No por falta de diligencia, porque jamás se hizo tanta, como se puede ver hoy en él, que en dos meses y medio lo puse desde la primera piedra casi en defensa, y tenia pensado al fin de este mes, y estar allí de ordinario, donde pensaba estar tan seguro como en el castillo de San Angel.

Caronte. ¿Y habias hecho en tan poco tiempo castillo para defenderte, y labrado aposento adonde pudieses estar? ¿Cómo puede ser?

Anima. El aposento no lo labré yo, porque me servia para este efecto de un muy hermoso monasterio de frailes, á la redonda del cual hice fundar el castillo, de modo que quedase el monasterio por aposento dél.

Caronte. Pues ¿cómo de casa de oraciones hacias espelunca de tirano? No quiero decir de ladrones porque no te enojes.

Anima. Sí, porque me convenia así, tanto por la bondad del sitio, cuanto por la presteza, y aun decirte he la verdad, por ahorrar de costa.

Caronte. Esa debieras decir primero, y de ahí debio nacer la tos á la gallina, porque, sino me engañan de la quiromancia ó de la fisonomía que me mostró un cierto favorecido de tu padre que pasó poco há en esta barca, debes ser avarísimo; y créolo, porque si fueras liberal, no te halláras tan solo cuando te mataron; pero díme, ¿cómo osaste tomar el monasterio que no era tuyo para usar tan mal dél? ¿No veias que era temeridad y cosa contra vuestra religion?

Anima. Á propósito no le hilamos tan delgado los príncipes como la gente popular, cuanto mas que no lo hice sin el consentimiento de mi padre.

Caronte. No lo crees ni es de creer, puesto que otras cosas peo-

res se han dicho de tu padre en esta barca. Pero si tu lo hiciste sin autoridad, hiciste mal; y si tu padre te la dió, paréceme que hizo peor. Y agora me maravillo menos de lo que hicieron los placentinos, pues entraba Dios á la parte en el número de los injuriados. ¿Porqué suspiras? ¿Porqué te pelas la barba?

ANIMA. ¡Oh que estoy desesperado!

CARONTE. Créolo, y cada dia lo estarás mas.

ANIMA. No lo digo por eso, sino que habiéndome avisado los astrólogos que todo este mes, hasta los quince del que viene, estaba sujeto á cierta mala influencia de estrellas que me amenazaban de muerte, no fuí para guardarme.

CARONTE. ¿Cómo? ¿que los astrólogos te avisaron dello?

ANIMA. Yo te diré; cuanto que el mesmo dia de mi muerte predije yo á ciertos criados mios lo que fué de mí. Mas otra cosa me desespera mas, y es, que mi padre me despachó desde Roma un correo diciendo que tal dia á tal hora y á tantos puntos, ni mas ni menos, hiciese poner la primera piedra de los fundamentos de mi castillo, porque el cielo y los planetas estaban entonces bien dispuestos y señalaban perpetuidad en lo que en aquella hora se comenzase á fabricar, y hame salido de la suerte que ves.

CARONTE. ¡Ah, ah, ah! Yo rio, y si pudiese caber en mí dolor de la miseria é ignorancia de los hombres, en lugar de reirme, lloraria. ¿Es posible que tu padre sea tan vano como eso, y que dé crédito á tales ruindades? Agora te digo que no creo que es tu padre ni te quiere bien, sino que tu madre, por parecer á tu tia, te hizo á hurto y cargóselo despues á micer Alejandro.

ANIMA. Sobrado atrevimiento y desvergüenza es la tuya, y bien parece que estoy solo, que no me osaras tratar así. Pero ¿de donde sabes tu tantas particularidades de mi casa?

CARONTE. ¡Hu hu, hu! ¿que piensas? ¿no crees que llegan acá las nuevas de maestro Pasquino? Sabes que tu madre pasó por aquí antes del papa Alejandro, y despues dél tu tia, y que dél y de ellas podia yo saber mas de lo que te he dicho. Pero tornando á los astrólogos, paréceme que no te mintieron en nada, puesto que sea el mentir su propio oficio, porque en lo de tu vida decian bien si te guardaras; y aun yo, que no sé apenas navegar esta barca, cuanto mas astrología, te supiera decir que tenias necesidad de guardarte, porque claro está que siendo tirano y malo, que estabas sujeto razonablemente á morir mala muerte, y tanto mas presto cuanto tus abominables obras lo me-

recian mas, y tus maldades é insolencias crecian de dia en dia y de hora en hora; y siendo ello así, para excusar los peligros era necesario guardarte. Y si te guardaras tanto, que pasara el influjo que ellos decian, yo creo que tenian gentil escusa con decir que viviste porque te guardaste y que murieras sino te guardaras, y no guardándote tu y sucediendo como ha sucedido, no solo los puedes tener por buenos astrólogos, mas por verdaderos profetas. Pero, ¡ah, ah, ah! ¿sabes de lo que me rio? De lo que te escribió tu padre acerca de la perpetuidad del castillo, y de cómo el juicio fué verdadero, y el astrólogo debia ser avisado, salvo que no lo entendiste tu, y menos tu padre.

Anima. Y tú ¿cómo lo entiendes?

Caronte. Desta manera: que el castillo comenzado en aquella hora y debajo de aquellas señales y disposiciones de planetas será perpetuo por las razones que te diré; y sino fuesen bastantes, desde agora me obligo á pasarte de la otra parte del rio sin dineros. El castillo será perpetuo porque la fábrica dél es maciza y excelente, y es, como se suele decir, una labor de Dios, pues se hizo con sus dineros; el castillo será perpetuo porque no es tuyo; será perpetuo porque me da el alma que se ha de entrar en el Emperador, que lo querrá para sí; y será perpetuo porque teniendo tal dueño, sabrálo cuidar de manera que perpetuamente quede en su casa. Mira si será perpétuo, mira si profetizaba este caso el poeta cuando dijo:

Sic vos non vobis mellificatis apes.

Anima. Por Dios que lo creo, porque los que me mataron es menester que se valgan del favor de algun príncipe, que los defienda y ampare, y ninguno les viene tan á cuenta como el Emperador, que tiene allí á dos pasos á don Hernando Gonzaga, su capitan general y lugarteniente, que ni perderá tiempo ni dejará de aprovecharse de la ocasion; pero ¿parécete á tí, que haces del santo y del justo, que es bien que el Emperador se lleve el fruto de mis trabajos y sudores, y tanto mas siendo injustos, como tu los llamas?

Caronte. *Tu videris*, le respondieron á otro tal como tú, que está desa otra parte, preguntando él otra pregunta casi desta suerte. Mas embárcate no perdamos tiempo; que me has detenido aquí una hora con tus cuentos.

Anima. ¿Cómo que me embarque? ¿Qué rio es este? ¿Quién eres tu?

Caronte. ¡Qué desatinado que estás! ¿Cómo no conoces á Caronte, que habla contigo? ¿No sabes que este es el rio Leteo, y esta barca la que sirve de pasar las ánimas de los que acá bajan, como servia en Plasencia á los caminantes la que tu quitastes á cuya era, contra toda razon, para darla á quien tu querias?

Anima. Hice bien, porque era señor, y podia poseer y desposeer á quien á mi me pareciese.

Caronte. Si no fueses tan bravo, sino temiese que me llamases en estacada, responderte hia que mientes á lo que dijiste de haber hecho bien; pero todavia porque entiendas que entiendo los puntos de duelo, digo que no hiciste bien, y pruébotelo desta manera: que si fuera bien hecho, no lo hicieras por no hacer bien ni perder tu natural costumbre, que era hacer mal.

Anima. Paciencia, algun dia será la nuestra. Dime, ¿es este el rio del olvido?

Caronte. Si; ¿porqué lo preguntas?

Anima. ¿Cual es la laguna Estigia?

Caronte. Muy lejos de aquí. ¿Quieres por ventura rodear por allí pudiendo pasar por acá?

Anima. ¿Cómo pasar? ¿Piensas que soy de tan poco valor ó tan solo, que me quiera embarcar contigo y olvidar la traicion que me han hecho? ¿Crees que no sé yo la propiedad de estas aguas? Ya sé que me conviene ir á la laguna Estigia, y pasearme he por la ribera della hasta que mi padre y mis hijos venguen mi muerte.

Caronte. ¡Ah, ah! Que largo plazo tomas! Pues quieres estarte allí al sol y al frio, y al viento y al sereno hasta entonces?

Anima. Sí quiero estar, y no será el plazo tan largo como piensas; que yo tengo allá tales que me vengarán, y por ventura con mayor daño de la cristiandad que tú crees.

Caronte. Con daño de la cristiandad ¿cómo puede ser, muertos el rey de Francia y Barbaroja, que eran la esperanza de tu padre y tuya? y siendo deshecha la malvada liga luterana, tan á su pesar y al tuyo, ¿quien habrá que se ose mover para hacer daño á la cristiandad teniéndola el Emperador en su proteccion?

Anima. Basta, yo me entiendo, bien se lo que me digo.

Caronte. ¿Quien piensas que hará esta venganza?

Anima. Mi padre y los cardenales y duques, mis hijos y toda mi casa.

Caronte. ¿Sobre quien ha de ser esta venganza?

Anima. ¿Cómo sobre quien? Sobre los que me mataron y sobre los que los defendieron.

Caronte. Y si por acaso los favorecia el Emperador, como habemos dicho, si se amparasen dél, ¿qué harán tu padre y tus hijos?

Anima. Nuestra sangre, que pide venganza, la injuria hecha, y el daño recibido les enseñará lo que habrán de hacer. Cuanto mas, que antes que yo muriese dejé ya enhilada la cosa de arte que con poco trabajo quedarán satisfechos.

Caronte. ¿Sabes de qué temo, Pedro Luis? que esta tu sangre ha de venir al cabo sobre tu padre, sobre tus hijos y sobre toda tu casa. Y porque sepas que tengo espíritu profético y que no hablo sin fundamento, quiero decir lo que entiendo deste negocio. Á tu padre le pesa de la grandeza y buena fortuna del Emperador, como aquel que tiene entendido que no ha de consentir que dure tanto tiempo la disolucion del clero y la desórden que hay en la Iglesia de Jesucristo, y que ha de salir al cabo con la empresa tan santa que ha tomado de juntar el concilio y remediar juntamente con las heregias de Alemania, la bellaqueria de Roma. Y que esto sea así verdad, bien sabes por cuantas vias tu y tu padre habíais intentado estorbarlo, y que por cumplir con el mundo, no pudiendo hacer otra cosa, cuando viste la determinacion del Emperador, que era hacer la guerra á los rebeldes del imperio, porque domados aquellos, como nervios principales de todo el cuerpo de la heregía, era despues fácil atraer al pueblo aleman á tener y creer lo que en el concilio se determinaria; digo pues que, viendo y considerando esto tu padre, envió una hermosa banda de gente italiana, con tantos dineros que bastasen solamente á llegar allá, y con órden espresa que en llegando y habiendo hecho una muestra delante del Emperador, se decidiesen y resolviesen en uno, de suerte que no pudiese su majestad.... dellos, diciendo particularmente tu padre, como se sabe que lo dijo, estas palabras á Alejandro Vitelli, lugarteniente de tu hijo Octavio: «Haced allá en llegando una hermosa apariencia, y despues trabajad que se dehagan y que se vengan: porque el Emperador querémoslo amigo, pero no patron.» Despues de esto, viéndole victorioso, domados los rebeldes, vencidos sus enemigos y todo el imperio sugeto, y que ya no podia dejar de haber efecto el concilio, que trataste tú y tu padre de revocarlo, como en efecto lo deshicistes, alegando para ello razones que ni eran verdaderas ni aparentes; y no contentos con esto, traíades él y tú mil tramas con mil naciones, para estorbar al Emperador tan santa obra, ocu-

pándolo en otras guerras civiles, llamando para esto al Turco, como lo llamastes otra vez cuando lo hicistes venir en pulla, tirado de vuestras promesas y persecuciones. Pero Dios, que no quiere consentir tantas maldades, abrió los ojos de los que te mataron, y abrirá los del Emperador para que lleve adelante su buen propósito; por lo cual, tu padre, que de antes habia pocas ganas de concilio, tendrá agora menos; y dejando el negocio de Dios por accesorio, verás que ha de tomar el tuyo por principal, y sin acordarse de que es vicario de Jesucristo, obligado á dar bien por mal, querrá, como tú esperas, vengar tu muerte, y para esto no curará del daño de la cristiandad, ni de indignarse y hacerse enemigo de un emperador, que á él y á todo el resto de la Iglesia de Cristo sustenta en la propia religion con la propia virtud y la propia espada; vendrá como he dicho, á no querer concilio, y declarar su buena intencion, de que se seguirá que el Emperador, movido de justicia, irá á juntar el concilio, y querrá ver el fruto que dél resultará; y esto no se podrá hacer sin daño y vergüenza de tu padre y de tus hijos y linaje, los cuales, siendo pocos y solos durarán ante la fuerza del Emperador lo que suele durar un pequeño torhellino de polvo ante un viento recio y poderoso, y no creo que para esto será necesario que él tome la espada ni que sus ejércitos se ocupen en tan baja guerra; bastará que no os dé el calor y favor que siempre os ha dado, y que alce la mano de vosotros, y se esté mirando, ni será menester que dé licencia á los alemanes herejes, para que ellos lo hagan, como lo habrian hecho veinte años há, si no los hubiese tenido el miedo y el respeto del Emperador. Pero ¿qué mejores alemanes que los coloneses? ¿Cuales mejores svizaros que los vicenos, los malatestas, valones, los varanos, los de Perosa, los de Arimino y otros infinitos que son vuestros enemigos, á quien tu padre, despues que es papa, ha hecho muchos males, daños é injurias? Ni sabes tú que todos estos, de miedo del Emperador, no osan hablar, y que si él quiere disimular con ellos y estarse á ver, como he dicho, en dos dias extirparán de Italia y del mundo, no solamente la casa, mas aun la memoria de los Farnesios; pues mira si soy mal adivino, mira si hago mal discurso y si vendrá al caso tu sangre sobre tu padre y sobre sus hijos, si no muda de opinion, sino enmienda su vida, y si no hace lo que el Emperador con tanta instancia le ruega, que es lo mismo que tu padre, como buen pastor y como buen vicario de Cristo, debria rogarle. Bastáraos á ti y á tus hijos haberos sacado casi del polvo de la tierra para dejaros hechos príncipes. Pero agora se me acuerda otro

ponaire. ¿Cómo quieres ir á la laguna Estigia? ¿No sabes que están allá los reverendísimos de Córdoba y de Gandía, y los demás que atosigaste? No sabes que está allá el pobre obispo de Fano? No sabes que há doce ó trece años que está allá el pobre cardenal de Médicis, esperando venganza de tí, que por hacer ricos á tus hijos le quitaste la vida, siendo el mejor mozo y el mas virtuoso que ha traido en Roma capelo rojo de cien años acá? ¿Cómo piensas defenderte de ellos, si allí vas tullido y malaventurado, siendo ellos mancebos y robustos? salvo si de sus deudos, sabiendo tu muerte, no les han despachado con el aviso de su venganza, para que no estén mas detenidos esperándola, puesto que no lo creo, porque si asi fuese, ya se habrian venido.

Anima. ¡Qué grande hablador eres! ¡Qué de cosas has dicho! ¿Quién te trae aquí tantas nuevas y tan particulares avisos de todo? ¿Cómo puede ser que sepas tú casi todos mis secretos?

Caronte. ¡Ah ah! quiérotelo decir con condicion que te embarques luego, y no me detengas aquí con tus quimeras. ¿No sabes que los que habitamos acá abajo nos es concedido de la suma bondad saber todo lo pasado y lo presente?

Anima. Ya lo he oido decir, pero tambien tengo entendido que de lo porvenir no sabeis nada, porque este secreto lo reservó Dios para sí solo; y siendo así, ¿como sabes tú las profecias que me has dicho? Cómo quieres que te las crea?

Caronte. La luenga edad y la mucha experiencia hace á los hombres doctos y expertos, y estando aquí casi desde la creacion del mundo, y platicando cada dia con tantos que pasaban en esta mi barca, no te maravilles si por las conjeturas, considerado lo pasado y sabido lo presente, digo algo de lo que está por venir; pero, para que entiendas mejor como se pueda saber; ¿tu no dijiste poco há que esperabas que tu padre y tus hijos harán memorable venganza de tu muerte?

Anima. Si que lo dije, y será así.

Caronte. No sé yo tan adelante como eso; pero dime ¿cómo sabes que será asi?

Anima. Sélo, porque yo tenia tendidas mis redes, y ordenada la cosa de suerte que no pueda dejarle de suceder al Emperador una guerra muy grande, puesto que de ella uo se seguirán los efectos que yo tenia pensados.

Caronte. ¿Tienes otra certenidad mas desa para creer que sucederá como dices?

Anima. ¿No te parece que bastará para creer que sucederá así,

quedar ya la cosa tan adelante, que me tomó casi la muerte con el fuego en la mano, y si se tardára dos meses, yo abrasára á Italia ó fuera el mayor príncipe della?

Caronte. Pues si bastan esas conjeturas para que adivines lo que ha de ser, ¿cuanto mejor lo podrá adivinar un demonio, que sabe mas que tú, aunque no sea tan malo como tú? Ves aquí como nosotros podemos adivinar lo que ha de ser, y tambien por conjeturas, como tú haces. Pero aun te quiero decir otro punto mas importante, porque me creas. ¿No sabes que tu padre se deleita de la nigromancia, y tiene espíritus familiares, trata y habla con ellos; cosa que no solamente la Iglesia, mas el mismo Dios la defiende? Pues tratando él tantas veces de la materia, siendo este el paso y ellos todos unos, mira si puedo de hora en hora ser avisado de todo lo de allá mas y mejor que otro, y en lo que toca á todos los secretos, sábete que despues que llegaste aqui, han llegado una infinidad de demonios que tú tenias ligados y apremiados dentro de un libro pequeñuelo, cerrado con dos candados, con las cubiertas de terciopelo carmesí, forrado en tablas de plomo por mas señas.

Anima. ¡Cómo! ¿que mi libro tan preciado ha sido abierto, y que son sueltos los demonios que en él estaban apremiados? ¿Quien lo abrió?

Caronte. Óyeme si quieres, y no te congojes, porque no tiene remedio. Sábete que mientras he estado aquí hablando contigo, llegaron todos aquellos espíritus tus esclavos, á los cuales conocí yo, y muy bien por que entre ellos habia gente principal, y maravillándome de verlos salir tristes saliendo de la prision en que los tenias, le pregunté la causa, y una de ellos me respondió: «Sábete que á don Hernando Gonzaga le dieron el libro adonde estábamos apremiados, y él, como caballero animoso y religioso, no quiso, pudiéndolo hacer, servirse de nosotros, ni que otro se pudiese jamás servir, y así tomando el libro, rompió las cerraduras, y abriéndolo, á todos nos ha puesto en libertad. Mas ¿qué nos aprovecha? que siendo nuestro oficio y nuestra inclinacion hacer mal, nunca haremos tanto siendo libres; cuanto mas agora, que tenia el traidor tramada una tela al Emperador con que muriera la mayor parte de la cristiandad, que bastara para hacerse rico á tí, y á nosotros contentos. Entonces me contó la gran manada de puercos que tenias apalabrada en tierra de svizaros, para traer á la carnicería de Lombardia; el concierto con franceses, con venecianos y con el Turco, demás de los otros que yo me sabia. Así que, destos he sido informado de las particularidades y secretos que

te he dicho, los cuales así mesmo me dijeron cómo don Hernando hacia tomado ya la posesion, y pacíficamente, de Plasencia, y le habian hecho el homenaje, y que luego por la primera cosa mandó que se siguiese la obra del castillo, y que se diese en ella la misma prisa que tú te dabas para ponerlo en defensa. Díjome como le habian acudido de todo el estado de Milan mucha gente de guerra de á pié y de á caballo debajo del gobierno de muy buenos capitanes. Díjome como habia visto tu cuerpo arrastrado por aquel lodo, entre los piés de los villanos súbditos, los cuales no se hartaban de pisarte y ofenderte. Díjome, y aun con admiracion, qne te habia mandado don Hernando enterrar, y que te desenterraron tres ó cuatro veces, y queriendo deste demonio saber la causa, díjome que habiéndote cubierto como cuerpo de príncipe, y puesto en una iglesia, el pueblo, indignado de que á cuerpo de tan mal hombre se hiciese mas honra en la tierra de la que te harán acá en el infierno, te tornaron á quitar de allí, despojándote de nuevo y tornándote á echar en el lodo; y fué cosa justa, que cuerpo que se deleitó tanto en las suciedades abominables que el tuyo se deleitaba, lo viese el mundo despues, á quisa del puerco, revolcar por el lodo, y que ninguna iglesia te sufriese, en pago de haber hecho della casa fuerte para tus maldades; puesto que tambien me dijo que al fin don Hernando lo mandó tornar á enterrar de nuevo, y lo tornaron á cubrir como á príncipe, porque veas cuan bueno es Dios; vinieron al fin á recojerte en un monasterio de donde tu habias sacado los frailes y echádolos sin culpa ninguna, y así usaron la caridad con tu cuerpo aquellos mesmos que no hallaron en tí ninguna. Y mas te hago saber, que te pesará mas; que me dijo este demonio que estaba don Hernando maravillado de que tu hijo Octavio, enviándole cada dia correos por lo que toca á tu ropa, nunca habrá él ni otro acordado de enviar á pedir tu cuerpo, y enterrarle conforme á la dignidad ducal y á la pompa y locura del mundo.

Anima. ¿Cómo que no ha enviado por mi cuerpo?

Caronte. No, que no ha enviado, ni aun piensa inviar por él, que es peor.

Anima. ¿Eso cómo lo sabes?

Caronte Sélo porque hasta agora no solamente no ha hecho mas mencion, ni aun pensado, y sélo porque hay un proverbio, que vale mas un novicio que un Obispo muerto. Pero ¿sabes de que me rio? De que me ha dicho que don Hernando mandó que te digan muchas misas, de las cuales, habiendo venido aquí, habrás el beneficio que han los demas.

Anima. Muchas gracias al señor don Hernando, despues de haberme descalabrado en la frente, me unta el celebro.

Caronte. ¡Ah, ah! Pues con mas razon lo dirias si supieras como te descalabró.

Anima. Ya lo voy poco á poco entendiendo, que desas gentes de guerra que le acudieron tan presto como dices, tuve yo noticia; ya un mes antes que fuesen fuí yo avisado dello, pero no pensé que eran para este efecto.

Caronte. Créolo, porque estarias ciego, y suele acontecer que cuando Dios quiere ó permite que uno se pierda, la primera cosa que hace es cegarle el entendimiento.

Anima. Basta, basta; aun no ha salido el año; no será mi padre el que debe, si él se le va alabando.

Caronte. Tambien me dijeron como tu padre lo ha mal amenazado; pero ¿sabes qué dicen? Que quien amenaza, uno tiene y otro espera. Si tu padre fuere el que debe, como dices, el disimulára, conociendo que fué poca pena á tanta culpa; y sino fuere el que debe, acontecerle ha algo por donde tenga mas que llorar en sus trabajos que en los tuyos.

Anima. ¿El duque Octavio, mi hijo, no ha hecho demostracion ninguna sobre esto, sabiendo que todas mis quimeras y todos mis pensamientos eran con fin de dejarle gran príncipe?

Caronte. Sí ha hecho, segun me ha dicho aquel demonio, y aun hecho mas de lo que le convenia hacer, porque se metió luego en Parma y se hizo fuerte en ella, y no á nombre de la Iglesia, sino como señor heredero.

Anima. Y eso ¿te parece que le convenia?

Caronte. No; porque si don Hernando quisiera á Parma, antes la hubiera que tu hijo, y si el Emperador quisiera, ni él ni tu padre son parte para defenderla. Demás de esto, lo que á él estaba mejor era, en entrando en Parma entregarla á don Hernando, y con diligencia irse luego al Emperador y decirle: «Á mi padre han muerto sus vasallos, y su hacienda está en poder de vuestros ministros; yo me vengo á poner en vuestro poder, porque sois mi suegro y mi señor. Cree que se hicieran mejor sus negocios, y que le cantara otro gallo si él hiciera esto, muy al revés de lo que se hará si prosigue por la via que al presente lleva.

Anima. Pues ¿cómo? ¿te parece á tí que fuera mejor acudir al Emperador, que era su suegro, que al Papa, que era su abuelo?

Caronte. Si que me parece mejor, porque el Papa es ya viejo, y como dicen vive de gracia, y como yo creo, es permision de Dios para que se enmiende. Morírase mañana, y herido el pastor, no te daria un higo por todas las ovejas de tu linaje, y si Octavio queda en desgracia con el Emperador, y él lo desampara, dime ¿ quien lo favorecia ó cual árbol le hará sombra? Tanto mas si se hace como se hará, el concilio, que los cardenales, tus hijos, quedarán cercenados como los otros.

Anima. Todavia quieres ser adivino; ¿cómo sabes tú lo que resultará del concilio, ya que se haga?

Caronte. De hacerse no tengas duda, sino que se hará porque lo quiere Diós; porque el Emperador lo ha tomado tan de veras y lo tiene tan adelante, que no podrá dejar de hacerse. Lo que resultará saco por conjeturas, por la via que ya dije, y aun porque sé que la primera ocasion que movió á los alemanes á negar la obediencia á la Iglesia nació de la disolucion del clero y de las maldades que en Roma se sufren y se cometen cada hora. ¿Piensas tú por ventura que querria yo concilio, ó que lo deseo? La mayor pérdida será que me pueda venir, por que uniéndose y reformándose la Iglesia, pierdo la gracia de tantos alemanes herejes que pasan por aquí á nubadas como tordos, los cuales de su propia voluntad se quieren ir al infierno; puesto que por otra parte creo que mudada y reformada la Iglesia, los príncipes cristianos se unirán asimismo y darán sobre el Turco de donde podré yo haber mayor ganancia; pero ¿quién son estos que con tanta furia caminan hácia nosotros?

Anima. ¡Oh triste de mí! Llega, Caronte, tiende la plancha, y dame la mano, que ya los conozco.

Caronte. ¡Ah, ah, ah! Entra, entra, desventurado, que tambien los conozco: ya, ya comienza á acusarte tu conciencia. Estos son los cardenales que atosigaste, y el obispo de Fano, que tan torpemente martirizaste; mira si fueras á la laguna Estigia y te toparas con ellos, ¡cual te paráran! Acaba de entrar y siéntate, y alárgame, porque si pasasen en esta barca y te conociesen, no te valdria tu padre; *guia in inferno nulla est redemptio.*

CARTA

DE

DON DIEGO DE MENDOZA

AL CAPITAN SALAZAR,

SOBRE EL LIBRO QUE ESCRIBIÓ DE LA DERROTA DE LOS SAJONES, CONSEGUIDA POR EL SEÑOR EMPERADOR CÁRLOS V.

CARTA

DE DON DIEGO DE MENDOZA

AL CAPITAN SALAZAR,

SOBRE EL LIBRO QUE ESCRIBIÓ DE LA DERROTA DE LOS SAJONES, CONSEGUIDA POR EL SEÑOR EMPERADOR CÁRLOS V.

Por ser, como es, la fama recuerdo general del mundo, ha llegado á esta corte, cargada de las victorias del Emperador nuestro señor; y pensando pasarlo como doblon de plomo, vino tambien cargada con un libro vuestro, dirigido cuando menos á la ilustrísima señora duquesa de Alba, en el cual se relata la victoria habida contra los sajones, con sus anexidades y dependencias; tan particularmente escrita y tan bien ordenada, como se podia esperar de hombre que lo vió todo y lo habló todo, y aun estoy por decir que vos, que lo escribís, lo hicísteis todo. Pero esta corte, como creo que lo sabreis, tiene algo de satírica, á causa de residir en ella el diablillo Observalotodo; y á vueltas de la libertad que se han tomado los críticos de reprehender los vicios ajenos, se han metido igualmente en las necesidades de otros, hablando con perdon de vuestra merced; y como hay entre ellos hombres de delicado juicio que quieren partir el cabello en muchas partes y hilarlo tan delgado, han puesto mas calumnias en vuestro libro que tiene letras, sin tener respeto á vuestra persona ni al grado de capitan que teneis; á cuya causa, así por ser yo de Granada, como por seros aficionado por las nuevas que de vos tengo, quise defenderos por buenas razones, pues con las armas no soy para ello; porque tengo un corazon mucho mas afeminado que el que tenia Arteaga, cuando llevándole una noche consigo don Sancho de Leiva, muy armado, á parte donde le pudiera haber menester, el dicho Arteaga le preguntó que á quien queria que diera las armas que llevaba, por que no era de su profesion matar ni ser muerto. Mas señor capitan,

aunque yo fuera un Rodamonte, ¿que hiciera, pues cuando acabé de reconocer los enemigos, hallé que eran tantos, que me fué forzoso confesar que era un bachiller de Arcadia en querer tomar sobre mis hombros defender vuestro libro? Bien sé que os parecerá flaqueza de ánimo, y creo que lo debe ser; pero acuérdaseme de un disparate que dijo Navarrico al rey de Nápoles, que hace tanto á mi propósito, que basta para tenerme por excusado; y fué, que entrando un dia lloran-
do donde el Virey estaba, su excelencia le preguntó: «Porqué lloras, Navarrico?» «Porque todos estos soldados, respondió él, dicen mal de vos;» de lo que riéndose don Pedro de Toledo, le dijo: «Pues ¿porqué no matas tú á los que dicen mal de mí?» Navarrico respondió todavia llorando: «Si fuere uno ó dos, quizá lo haria; mas si son tantos, y todos dicen mal de vos, ¿quereis que yo solo me mate con todos?» Tornando al propósito, no embargante que todos os calumnien y reprehendan, digo que no tienen razon, antes son unas bestias (salvo honor); y que esto sea verdad, quizás que os lo probaré, no con autoridad de soldados, sino con una de Salomon, que supo algo mas que vuestra merced; el cual escribió un cierto reportorio de los tiempos, y hablando de amores con la reina vieja de Sabá, visabuela de Tulurtin, dijo que, habiéndolo visto y examinado todo, hallaba que este mundo era una vanidad de vanidades, y que de él no se saca otra cosa buena mas del placer que el hombre se toma y el bien que hace; de que se viene á inferir que vuestro libro no es solamente bueno, mas aun bonísimo; la razon es esta, y notad este puntillo de sofista: si lo bueno de este mundo es alegrarse y holgarse, ¿cuan bueno será el que da materia para que los otros se huelguen y alegren, y cuanto mas bueno lo que alegra y hace holgar, y cuanto mas os habeis de holgar vos, que nos habeis hecho tanto bien con vuestro libro, que jamás hombre lo leerá, por descontento que esté, que no se alegre y ria mucho con él? Y de esta manera podeis, Señor, ver, si fuésemos uno á uno, si podia yo sustentar vuestra parte y contrastar con unos reprehensores, sino que es un diablo tener que hacer con tantos. En una cosa sola no puedo negar que no tengan alguna razon vuestros envidiosos que dicen: «¡Cuerpo ahora de Dios! si Salazar peleaba tanto, ¿cómo veia tanto? Cómo, estando envuelto con los enemigos, podia ver lo que hacian los amigos? Y si estaba delante de todos, ¿cómo podia ver lo que hacian los que estaban detrás? Y si estaba á mirar y á notar lo que todos hacian, ¿cómo se señalaba primero en todas las ocasiones?» Hablando como pláticos, me alegan á este propósito no

sé qué conseja, mas luenga que la esperanza de los cortesanos, de un pastor, que teniendo tantos ojos como una red, no pudo ver tanto que Mercurio no le hurtase una vaca que guardaba. «Mirad, dicen ellos, cómo Salazar andando peleando, podia aguardar á tantas hazañas, sin que se le escapase ninguna» Vuestra merced responda por sí á esta calumnia ó se la dispute; porqne ellos se encierran, como lógicos, en solas dos razones: si Salazar peleaba, no veia pelear; si veia pelear no peleaba, y si estaba delante, no veia lo que se hacia detrás. De las otras cosas que os ponen, cuando fuéremos, como he dicho, uno á uno, yo responderé por vos, y tomo desde ahora á mi cargo satisfacer á todas sus dudas, y si dijeren que por qué causa os hizo su-majestad caballero, decirles he yo que fué por mofar ó por suplir á natura, ó fué porque lo quiso hacer él y fué bien hecho; cuanto mas que si pudo hacer á Amador, zapatero de viejo, caballero, ¿por qué no hará á Salazar, cronista nuevo? Y cuando todo esto no bastare, el Emperador es justo príncipe y hombre de conciencia; ¿por qué os habia de negar un espaldarazo con un «Dios os haga buen caballero,» no costándole nada de su casa, y habiéndolo vos merecido mas que el pan de la boca?

Y si me preguntaren en qué ó cuando estudiásteis autoridades de romanos, que así las alegais en vuestro libro, decirles he yo que no saben lo que se dicen; porque ni vos estudiásteis nada, y una palabrilla de *Comentarios* dicha por via de comparacion se pudo alegar acaso sin mirar en ello y sin mirar lo que decíades; como cuando á uno se le suelta un pedo entre damas, que hace lo que nunca pensó hacer y lo que no quisiera haber hecho. Donosa cosa es. Con que, ¿pudo Boscan siendo quien era, peerse delante de su dama descuidadamente, y no podeis vos, siendo quien sois, soltar una autoridad entre el acatamiento de vuestro libro, sin haber leido ni estudiado?

Si me dijeren que cómo matábades y hendíades vos solo tantos hombres el dia de la derrota de Albis, direles yo que una cosa es huir y otra el seguir, y que yo, con ser un etcétera, me bastaba el ánimo á hacer tajadas al Lansgrave, si huyese de mí, mientras no me volviese el rostro, cuanto mas vos, que, demas de ser quien sois, estais encarnizado en higadillos de tudescos, que deben saber ó sacar tonadas de cómo todo lo componen á estocadas; mas ¿quién no fuera entonces valiente, viendo estar peleando su señor natural, y mas si tuviera, como teneis vos, un título de capitan á las ancas? El cual, aunque sea prendido con alfileres, como el don de la sevillana, vale mas para lo del mundo que el grado de caballero que os han dado.

En una cosa estoy confuso, y es, que si por cubrir las faltas de vuestro libro, les dijere que tengan respeto que vos no sois cronista, como lo decís en él, y que lo escribísteis en pocas horas, y en aquellas que habiades de reposar, tengo temor que algunos de estos diablos respondan lo que respondia Apéles á un pintor gafo, el cual habiéndole mostrado una imágen que habia hecho, viendo que Apéles hacia con ojos y rostro señales de admiraciones, pensando que se maravillaba de la perfeccion de ella, le dijo: «Pues mas quiero que sepais, para que os maravilleis mas, y es que la he hecho en tantas horas,» señalándole un tiempo brevísimo; al cual el buen Apéles respondió: «No me maravillo de eso, si no como en estas pocas horas no has hecho otras mil imágenes como esta.» Pero, señor capitan, no hay estocada sin reparo; no se os dé nada, que si acaso me lo dijesen, decirles he el cuento de Miguel Angel, saeado á la letra de un trasunto del *Cortesano*, en romance, cuando dijo á uno que tachaba un cuadro suyo: «Vos que sois tan gran pintor, tomad el pincel y pintadme una calabaza.» Salgan, cuerpo de mi, estos petracristas y estos cronistas que presumen tanto, hagan ellos otro libro como vos habeis hecho, y reirnos hemos de ellos y de su libro, como se rien ellos de vos y del vuestro. No es mal punto este, señor Salazar.

Tambien podria ser que algunos dijesen que tomásteis la empresa de cronista, no lo siendo, y que quisisteis hacer regalo á nuestro amo, á riesgo de que os cargasen de sátiras; pero véngan se los bufones, véngan se á mí, pues les quiero probar que no saben del mundo tanto como vos, ni la mitad; porque si así no fuese, no sabrian los..... no me lo hagan decir, que cuando Dios llueve, ni mas ni menos llueve para los ruines que para los buenos, y cuando el sol muestra su cara de oro, igualmente la muestra á los pícaros de la córte como á los cortesanos de ella. Pero notad por mi vida esta comparacion que se me viene á la boca. Si los que os reprehenden estuviesen ó hubiesen estado eu Málaga, donde se tiran las *juvejas*, habrian visto que cuando sale alguna muy llena de pescado, cogen los pescadores lo mejor y mas grueso para el señor de la *juveja*, dejando lo menudo y que menos vale á la gente pobre que quiere llegar á tomarlo. Pues ¿que otra cosa ha sido esta victoria de Sajonia, sino una red grande de pescado, donde los cronistas del dueño de la armadija cogerán, como creo habrán cogido, lo bueno, y de lo bueno lo mejor, de tantas hazañas, para dejar lo escrito por pompa del mundo y para mayor gloria suya y de sus sucesores? Pero siendo tanto, á viva fuerza han de dejar lo que no vale ni importa

tanto á los pobretes que lo quisieren coger y valerse de ello. Y no os parezca mal esta comparacion, ni la tengais en menos por haber sido baja y material, pues las buenas comparaciones han de ser palpables y tratables y que se dejen entender; cuanto mas que el buen ballestero suele poner el punto segun la mira, y tenerle bajo cuando quiere dar en el suelo.

Dicen que habeis hecho mercancía de vuestra habilidad, y que será bueno por esto el haber escrito vuestro libro. Peor hizo el conde don Julian, que vendió á su patria. Hagamos cuenta que vuestro libro es un huerto lleno de puerros, de ajos y de cebollas, y que no las habíades menester, ¿á quien parecerá mal haberlas sacado á vender á la plaza? por que es gran cosa vivir los hombres de industria. Si es de sabios mudar consejo, ¿por qué no pudisteis vos, si os hallábades mal con la ley del guerrero, pasaros á la de escritor? Y si el Duque se agraviare de que hayais puesto la lengua trás él, aunque sea para alaballe, y díjese acaso: «Mirad, por amor de Dios, que la vuestra es *trompa* de Homero, digna no solamente de ser codiciada, pero aun suspirada y llorada, como la suspiró y lloró Alejandro;» decidle vos, pues estais allá, que acorte él sus victorias, sino quiere que os alargueis vos á escribirlas; que no haga él cosas dignas de tan gloriosa memoria y fama, sino quiere que quedeis vos corto escribiéndolas; y en suma, que si el vuestro no es ingenio de tan alto sugeto, que tanta culpa tienen sus hazañas de no dejarse contar como vuestra ignorancia en no saberlas escribir. Cuanto mas, que sino valiéredes por testamento, valdreis por codicilio, que seria como si dijésemos: «Si Salazar no vale un maravedí para trompeta del Duque, valdrá para cronista extravagante» Y aun decidle, si os pareciere, que si vos no sois tal como Homero, tampoco Agamenon era tal como Cárlo Magno, ni Aquiles como don Fernando de Toledo, y vereis como con su propio loor les coseis las bocas, que no osarán replicar.

Pues lleguénsemelo á decir que fué mala la consideracion de poner en el libro los estandartes y banderas que se ganaron en la batalla, y las medidas de ellos y de ellas, y vereis como les santiguo los bigotes. Por Dios, que me parece á mí que fueron aquellas banderas en aquel libro lo mismo que las especias, salsas y el azúcar en los potajes, y que así como sin esto lo que se come no tiene gusto ni sabor, así el libro sin aquellas pinturas no tuviera con que entretener á los muchachos; porque á la verdad, un libro sin pinturas es como un templo de luteranos, que no tiene crucifijo ni santo á que volver los ojos.

Y si quieren decir, como han dicho, que aquí han visto otra relacion de las banderas y estandartes, enviada al cardenal Fernes, y difieren en la medida, por que en las unas hay un dedo mas, y en las otras un canto de real de menos de anchura y de largura, digo que, ya que esto sea error, es digno de perdon, pues nada va en ello; vos podeis tener el palmo mas largo que otro que las midió, y tampoco sois vos lencero, aunque lo pareceis, que hayais de mirar en esas miserias; pues ponellas allí sacadas del natural fué muy buen acuerdo, por que cuando se mezclaren con las otras que los pasados del Duque ganaron, conozca cada uno lo suyo y pueda decir: «Estas me dejó mi padre.» En una cosa tuvisteis descuido, y fué qué, como pusisteis aquellos garabatos en todas ellas y aquellas letras, no os acordásteis de poner la etimología de ellas y de ellos; puesto que un tudesco que hace aquí vidrieras dice que la V... la D... la M., la Y. y la E. quieren decir: *Verbum Domini manet in aeternum*. Lo demas interpretadlo vos, pues sois cronista.

Lo que yo, como vuestro amigo, quiero reprehenderos, porque me parece digno de reprehension, es que siendo español, y escribiendo á una dama española y de tales prendas, que os obligaba á grandísima consideracion, usais de ciertos vocablos italianos insinuados y que no los conocerá Galban, y será menester que si la excelentísima Duquesa quisiere, por desenfadarse, leer en vuestro libro, tenga un Calepino delante que lo construya ó interprete y declare ¿Para qué decis *hosteria*, si os entendieran mejor por *meson*? Por qué *estrada* si es mejor y mas claro *camino*? Para qué *forraje*, si es mejor decir *paja*? Para qué *foso* si se puede decir mejor *casa*? ¿*lanzas*, y no *hombres de armas*? ¿*emboscadas* y no *celadas*? ¿*corredores* y no *adalides*? ¿*marcha*, y no *camina*? ¿*el caz*, y no *el vado*? ¿*indignacion* en lugar de *devocion*? y otros mil de esta calidad, los cuales, pues aun siendo vuestro amigo me parecen mal, ¿qué harán á quien no lo es? Mal gozo vea yo de una espectativa que tengo en Granada, en la que he puesto tanta esperanza como vos en vuestros memoriales, sino me han amohinado tanto los vocablos que he dicho y otros que por la amistad dejo de decir, que no ha estado en dos dedos para entrar en la conjura y decir mal de vuestro libro, que fuera otro que palabras; y porque tengo razon, deciros he lo que pasa.

Salió una vez de Logroño un mozuelo, hijo de una viuda y un sastre ya difunto, y determinóse de ir á ver mundo. Llegó hasta Tolosa, en Francia, que no está mil leguas de allí, donde estuvo cinco ó seis

dias, y habiéndosele resfriado la cólera, y sintiendo la falta de los regalos de la madre, acordó volverse, y para el camino hizo compañía con otro mozuelo francés que iba á Santiago. Llegando pues el mozo con el amigo en casa de su madre, fué bien recibido, y no embargante que no habia aun veinte dias que habia partido de allí, hacia tanta profesion de la lengua francesa, que no hablaba palabra castellana, antes, preguntándole la madre cómo venia y cómo le habia ido por el camino, el hijo le respondió: *Mamera, parle bus á Pierres, é Pierres parlera á moé* y mostrábala, diciendo esto, al muchacho francés para que hablase con él, que la entenderia mejor, y la cuitada de la madre replicaba: «¡Triste de mí, hijo mio, que no ha veinte dias que partiste de aquí, y te se ha olvidado ya tu lengua! ¿No ves que aun te traes los zapatos que llevastes? ¿Por qué no hablas en lengua que te entienda?» Á lo cual el hijo no respondió mas que preguntar al muchacho francés que era lo que su madre decia. Entended por lo dicho lo que quiero decir.

Conviene á saber, que hable vuestra merced la lengua de su tierra, y no la materna, sino la moderna que se habla en Granada desde el año de 1492 á esta parte, y deje á Pierres hablar la lengua que se le antojare; y si vuestra merced hace esto, yo me mataré con quien dijese que hay falta en vuestro libro. Mirad lo que importa hablar el hombre como valiente con los que aparentan serlo. No puedo estar de risa en acordarme del cardenal Bembo, que habrá poco tiempo fué *Á porta inferi*, el cual se quemó toda su vida las pestañas y aun los ojos para escribir los *Anales de Venecia*, no habiendo en ellos cosa que pudiera ser leida sino la jornada de Previca, y vos antes de llegar al *beabá* os bastó el ánimo á tomar sobre vuestras espaldas un peso que no llevara el gigante Atlante. ¡Bienaventurado capitan Salazar, que tan alto osaste levantar tus pensamientos, que la empresa de tal libro osaron emprender! Bienaventurado libro, que desnudo de estilo, de tantas y tan gloriosas hazañas, vas vestido y ordenado! Y mas que todo, bienaventuradas hazañas, pues cuando los cronistas no saben ni osan atreverse á escribir la menor parte de ellas, rebosan por la boca y libro de Salazar! ¡Estos si que son loores del autor! Esto si que es retórica nueva! Esto si que es estilo heróico y elegancia de hablar! ¿Paréceos, amigo, que sabria yo hacer un medio libro de don Florisel de Niquea, y que sabria yo irme por aquel estilo de alforjar que parece al juego de «este es el gato que mató al rato,» etc., y que sabria decir «la razon de la razon, que tan sin razon por razon

tengo», para alabar vuestro libro? Estas voces, esta elocucion hay en él; así os esplicais en todas sus cláusulas. ¡Que cadencia! Que frases tan admirables! Viva el autor de esta maravilla. Vos habeis sabido labrar vuestra dicha con cosas que nadie entiende. Por esto vale mas, buena ventura que mala ganancia. Veis ahí al obispo de Mondoñedo, que hizo (y no debiera) aquel libro del *Menosprecio de la córte y alabanza de la aldea*, que no hay quien no le celebre, como tenga el gusto bien acondicionado, y con todo, solo ha merecido algunos aplausos de los que son verdaderos sábios; pero otros le han hecho mil injurias, porque no saben hacer otra cosa. Y esto es, que su ilustrísimo autor, sino ser un gran filósofo, mayor teólogo, jurisconsulto célebre y perfecto humanista, nada mas sabe; y vos, que aunque nada habeis estudiado, habeis andado, visto, hecho y peleado, servido, escrito y hablado mas que todo el ejército junto que envió la santidad de nuestro santo padre á esa guerra, no teneis otros elogios por vuestra grande obra que los mios; y siempre os aconsejaré que os andeis á inmortalizar los hombres con vuestros escritos, para que supliquen al Emperador, nuestro señor, que os mate la hambre, pero no se os dé nada de esto, porque para vos todo es poco, y mas vale vuestra virtud y habilidad, que mil ducados de deuda; cuanto mas que aquí se ha dicho por cosa cierta que sumajestad os quiere dar el habito de Santiago, sin que tomeis el trabajo de hacer probanzas, en recompensa de lo que habeis servido y de lo mucho que habeis trabajado en componer vuestro libro, tan lleno de doctrina y de bello estilo, que acaban de proponerle para enseñar por él á hablar bien á los mudos de nacion. En fin, pillad vuestro hábito, y advertid que cuando se le dió la Reina Católica á Rincon el viejo, él dijo: «Su alteza me ha hecho poner esta cruz porque no se meen en mí»

Acuérdaseme, mientras voy escribiendo estas locuras, un donáire que escribió en una epístola Ciceron á Marco Cecilio Rufo, en la cual tratando de un cierto amigo de los dos, dice estas palabras: «¿Qué mas quereis, sino que cuanto mas me acuerdo de él, casi me trasformo en él?» queriendo inferir que, siendo el amigo que he dicho vacio del tercio primero, hablando con él se tornaba tan loco como él.

Ahora, señor Salazar, yo me canso, y tocan las campanillas, y si me tardase mas, sería necesario irme á comer á un bodegon; por lo cual, acabo con deciros que sois diestro, y pues os muestro, como buen esgrimidor, en esta carta la mayor parte de las ofensas y defensas de vuestro libro, no lo tengais en poco, que si vos supiéredes la

defensa, no os ofendiera el tudesco en Nuremberg. No esteis ocioso en escribir, daos prisa á componer libros y á imprimirlos, que no serán tan malos que no hallareis quien los compre. Con esto iba á concluir; pero antes debo advertiros una cosa, y es, rogaros que no os enojeis con esta carta ni me querais mal por ello, ni menos hagais diligencia por saber quien os la escribe; básteos que os jure en ley de hombre de bien, que soy vuestro amigo y que os quiero mas que el Duque; y si me dijéredes que no se me parece en la carta, respondo que no hay hábito tan malo ni tan peligrosa opilacion como la de los donáires, los cuales tienen estrecho parentesco con ciertos desahogos de la naturaleza, los que en queriendo salir, si se detienen, causan dolores de tripas, cólicos y otras mil desventuras. Á mi me vinieron á la boca estos disparates oyendo leer vuestro libro en casa del Embajador, y no osándolos fiar de nadie, por amor vuestro, ni pudiéndolos tener secretos en el cuerpo, fuí forzado á echarlos fuera de la manera que veis; pero si vos sois tan cortesano como valiente, cosa que no puede ser, respondedme, y vereis que si acertais á llevarme el contrapunto, holgaréis de descartaros conmigo; pero, si quereis jugar y os metiéredes en la baraja, tratadme lo peor que podais, hacedme un libelo y guardad la cara al basto; triunfad del manjar que quisiésedes, con tal que no sea de espadas; porque, como tengo dicho, no soy pizca valiente ni valgo nada para pelear, y en tal caso tendré por menor mal que jugueis de bastones ó de varapalos, como decia don Juan Pacheco. Mi nombre hallareis aquí debajo, y si por él no me conosciésedes, no cureis mas de ello; baste que si pusiésedes responder, lo podeis hacer encaminando vuestra carta á mi con el sobrescrito así: « Al Bachiller, en manos del señor don Diego de Mendoza, nuestro embajador; » que su señoría tendrá cuidado de dármela; pero torno á avisaros que mireis lo que haceis, y que jugueis limpio y de llano, pues no hay para qué dejemos de ser amigos, y se recomienda á vos, *El Bachiller*.

ÍNDICE.

PÁGINAS.

Dedicatoria. V
El Editor.. VII
Expediente formado para la publicacion de la Biblioteca. . . IX
Noticias biográficas y bibliográficas. LIII
GUERRA DE GRANADA.—Prólogo de Luis Tribaldos de Toledo. . LXXXIX
LIBRO PRIMERO.—Antiguos pobladores de Granada.—Los Reyes Católicos la conquistan.—Primera rebelion apaciguada.—Gobierno que quedó establecido.—Leyes contra los cristianos nuevos.—Señales de nueva rebelion.—Juntas de los conjurados.—Comision del marqués de Mondéjar.—Plática de don Fernando el Zaguer.—Don Fernando de Válor es elegido rey.—Primer insulto de los conjurados.—Socorros del Turco y de Africa.—Los moriscos armados se encaminan á Granada.—Prudencia del marqués de Mondéjar.—Retíranse los rebeldes.—Llegan socorros á Granada.—Orden al marqués de los Vélez.—Abenhumeya se recoge á la Alpujarra.—Acometen los rebeldes á Órgiva.—Proclamacion de don Fernando de Válor.—Comienzan las persecuciones contra los cristianos.—Persiguen los rebeldes á Diego de la Gasca.—Rómpelos don García de Villarroel.—Ganan á Castil de Ferro, y vuelven sobre Adra.—Son vencidos por el capitan Gasca.—Gana Abenhumeya la puente de Tablate.—El marqués de Mondéjar en Dúrcal.—Acomete y toma la puente de Tablate.—Socorro de Órgiva.—Batalla de Poqueira, ganada por el Marqués,—Gánase el castillo de Jubiles. 1
LIBRO SEGUNDO.—Toman los rebeldes la puente de Tablate.—Son derrotados en Iñiza.—El marqués de Mondéjar en Andarax.—Muerte de Diego de la Gasca.—El marqués de Vélez entra por el rio de Almería, y gana varios lugares.—Miedo de los rebeldes.—Jornada de las Guájaras.—Muerte de don Juan de Villarroel y otras personas principales.—

Toma del fuerte de las Guájaras.—Redúcense muchos moriscos, aunque sin fruto.—Acusaciones contra el de Mondéjar.—Guerra de Almería.—Triunfos del de Vélez.—Prision malograda de Aben Humeya.—Rota de los de Mondéjar en Válor.—Manda el rey suspender las hostilidades, y piensa en nombrar caudillo contra los rebeldes á don Juan de Austria.—Alboroto en Granada contra los moriscos presos en las cárceles, de que mueren casi todos.—Intentan los moros apoderarse de Almería.—Combaten las tropas la sierra de Gádor, y gánanla.—Muerte del Zaguer.—Toma el mando del ejército don Juan de Austria.—Provisiones de don Juan.—Descripcion de la ciudad de Granada.—Desórdenes de los soldados.—Estado de Aben Humeya.—Mortandad de doscientos cincuenta soldados en la cuesta de Talera.—Empresa y toma de las Albuñuelas.—Expulsion de los moriscos de Granada.—Levántase la sierra de Bentomiz.—Empresa del rey de Argel contra el de Túnez. 34

LIBRO TERCERO.—Vienen á España con las galeras de Italia el Comendador mayor y don Alvaro de Bazan.—Victoria en el fuerte de Frexiliana.—Levántanse de nuevo muchos pueblos de la Vega.—El marqués de Vélez es nombrado general de la guerra de Granada.—Acércase el Rey á la guerra.—Vana tentativa de Aben Humeya.—Otros sucesos.—Miseria del ejército de Vélez.—Sale este contra Aben Humeya.—Llama el Rey al marqués de Mondéjar.—Cargos al de Vélez.—Desórdenes en Granada.—Sale el de Vélez en busca de los enemigos, y se encamina á Baza.—Toma Aben Humeya el lugar de las Cuevas.—Intenta destruir á Motril.—Muere asesinado.—Eligen en su lugar á Abenabó.—Suceso de Órgiva.—Levantamiento de Galera, de Orce y el rio de Almanzora.—Cerco de Galera y jornada de Güéjar.—Entra don Juan de Austria en Güéjar sin hallar enemigos.—Prepárase después para ir al cerco de Galera. . . 68

LIBRO CUARTO.—Prosíguese la empresa de Galera y gánase á los enemigos.—Estado de Abenabó.—Marcha del duque de Sesa.—Sale don Juan de Austria para Seron, donde entra derrotando á los enemigos.—Muerte de Luis Quijada.—Órdenes de Abenabó.—Hambre en el campo del duque de Sesa.—Rota del marqués de la Favara.—Matan los re-

beldes á ciertos amotinados que salieron de Adra.—Reduccion intentada por don Juan de Austria y contrariada por los ministros.—El duque de Sesa se apodera de Castil de Ferro.—Don Antonio de Luna es enviado á Vélez-Málaga y á expulsar los moriscos de la sierra de Ronda.—Desórden de los soldados, de que se aprovechan los enemigos.—Estancia del Rey en Sevilla.—Sale el duque de Arcos á un reconocimiento por la parte de Sierra Bermeja.—Consigue algunos triunfos.—Órden para la expulsion general de los moriscos.—Concluye el duque de Arcos la guerra en la sierra de Ronda.—El Comendador mayor recorre la Alpujarra.—Pártese don Juan de Austria á Madrid con el duque de Sesa y el Comendador mayor.—Muerte y suplicio de Abenabó. 109

VIDA DE LAZARILLO DE TORMES.=PARTE PRIMERA.

Prólogo del autor. 141
Cuenta Lázaro su vida y cuyo hijo fué. 143
Como Lázaro se asentó con un Clérigo, y de las cosas que con él pasó 151
Como Lázaro se asentó con un Escudero, y de lo que le acaeció con él. 160
Como Lázaro se asentó con un fraile de la Merced, y de lo que le acaeció con él 173
Como Lázaro se asentó con un buldero, y de las cosas que con él pasó 174
Como Lázaro se asentó con un Capellan, y lo que con él pasó. 179
Como Lázaro se asentó con un Alguacil, y lo que le acaeció con él. 180

SEGUNDA PARTE.

Capítulo I. En que dá cuenta Lázaro de la amistad que tuvo en Toledo con unos Tudescos, y lo que con ellos pasaba. . 183
Cap. II. Como Lázaro por importunacion de amigos se fué á embarcar para la guerra de Argél, y lo que allá le acaeció. 185

Cap. III. Como Lázaro de Tormes hecho atun salió de la cueva, y como le tomaron las centinelas de los atunes y lo llevaron ante el general 191
Cap. IV. Como despues de haber Lázaro con todos los atunes entrado en la cueva, y no hallando á Lázaro sino á los vestidos entraron tantos que se pensaron ahogar, y el remedio que Lázaro dió 196
Cap. V. En que cuenta Lázaro el ruin pago que le dió el general de los atunes por su servicio, y de su amistad con el capitan Licio 199
Cap. VI. En que cuenta Lázaro lo que al capitan Licio su amigo le aconteció en la corte con el gran capitan. 204
Cap. VII. Como sabida por Lázaro la prision de su amigo Licio le lloró mucho él y los demás, y lo que sobre ello se hizo. 205
Cap. VIII. De como Lázaro y sus atunes puestos en órden van á la corte con voluntad de libertar á Licio. 207
Cap. IX. Que contiene como Lázaro libró de la muerte á Licio su amigo, y de lo mas que por él hizo. 210
Cap. X. Como recogiendo Lázaro todos los atunes, entraron en casa del traidor de D. Paver y allí le mataron. 213
Cap. XI. Como pasado el alboroto del capitan Licio, Lázaro con sus atunes entraron en su consejo para ver lo que harian, y como enviaron su embajada al Rey de los atunes . . . 215
Cap. XII. Como la señora capitana volvió otra vez al Rey, y de la buena respuesta que trajo 218
Cap. XIII. Como Lázaro asentó con el Rey, y como fué muy su privado 221
Cap. XIV. Como el Rey y Licio determinaron de casar á Lázaro con la linda Luna, y se hizo el casamiento 225
Cap. XV. Como andando Lázaro á caza en un bosque, perdido de los suyos, halló la verdad. 228
Cap. XVI. Como despedido Lázaro de la verdad, yendo con las atunas á desovar, fué tomado en las redes, y volvió á ser hombre 228
Cap. XVII. Que cuenta la conversion hecha en Sevilla en un cadalso de Lázaro atun 230
Cap. XVIII. Como Lázaro se vino á Salamanca, y la amistad y disputa que tuvo con el Rector, y como se hubo con los estudiantes 235

OTRA SEGUNDA PARTE.

Á los lectores 243
Capítulo I. Donde Lázaro cuenta la partida de Toledo para ir á la guerra de Argel 245
Cap. II. Como Lázaro se embarcó en Cartagena. 248
Cap. III. Como Lázaro salió de la mar 250
Cap. IV. Como llevaron á Lázaro por España 252
Cap. V. Como llevaron á Lázaro á la corte 254
Cap. VI. Como llevaron á Lázaro á Toledo 256
Cap. VII. De lo que le sucedió á Lázaro en el camino del rio Tajo 258
Cap. VIII. Como Lázaro pleiteó contra su muger. 261
Cap. IX. Como Lázaro se hizo gana-pan. , ... 264
Cap. X. De lo que le sucedió á Lázaro con una vieja alcahueta. 267
Cap. XI. Como Lázaro se partió para su tierra, y de lo que en el camino le sucedió. 271
Cap. XII. De lo que le sucedió á Lázaro en una venta, una legua antes de Valladolid. 275
Cap. XIII. Como Lázaro sirvió de escudero á siete mugeres juntas. 278
Cap. XIV. Donde Lázaro cuenta lo que le pasó en un convite. 282
Cap. XV. Como Lázaro se hizo ermitaño. 286
Cap. XVI. Como Lázaro se quiso casar otra vez. 290
Diálogo entre Caronte y el ánima de Pedro Luis Farnesio, hijo del papa Paulo III. 299
Carta de D. Diego de Mendoza al Capitan Salazar. 319